3 1761 08166231 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 9.º NUM. 103.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JULIO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 9
no. 103-05

TERESA

I

—¡Animo, hijos míos, ánimo!

—Ya lo tenemos, señor Alcalde, pero la faena está bastante fea; temo que nos va á dejar mal á todos.

Quien así respondía á la primera autoridad local era el viejo Toni, el más anciano de los barqueros, que había visto riadas por el estilo y meneaba la gris cabezota enmarañada, siempre cubierta con la tradicional montera roja de los *paroni* del Po.

—Cumplamos nosotros nuestro deber, Toni, que el resto lo hará la Providencia.

Toni no contestó. Púsose otra vez á trabajar, juntamente con los demás barqueros y operarios, atentos todos ellos á transportar haces de ramaje, sacos de arena, cascote, ladrillos, cantos, para poner dique al río.

—¡Santo Dios!—exclamó el Alcalde, con un acento mitad juramento y mitad plegaria, mirando el río que iba creciendo de continuo.

La noche estaba obscura, con un cielo amenazador, pre-

ñado de lluvia. Había llovido todo el día, estaba lloviendo treinta y cuatro días seguidos.

La piedra donde se veía señalada la altura de las anteriores inundaciones estaba ya cubierta del todo. El río subía con una lentitud implacable, con la calma feroz de un monstruo que está seguro de su presa. Había invadido la margen baja; á la sazón llegaba al borde de la margen superior, espumarajeando, con un ruido sordo.

El gran peligro era que el agua socavase la ribera.

Cuarenta y ocho horas llevaban de trabajar sin descanso, derribando árboles y casas viejas, las más próximas al río, las en mayor peligro. Los habitantes de tales casuchas, casi todos pobres, huían llevándose consigo los bártulos; y apenas estaban fuera, cuando resonaba ya el pico de los albañiles haciendo rebotar los escombros á la pálida luz de las hachas de viento sostenidas por chiquillos.

Una vieja octogenaria, á quien habían quitado la cama para llevarla á sitio más seguro, se acercó á los hombres que transportaban aquel pobre mueble carcomido, y les dijo llorando:

—Echadla también ahí dentro, pues mañana no podré ya dormir en ella.

—Sí, echadla—repitió el Alcalde—haré dar otra á esta pobre mujer.

La cama de la vieja desapareció en seguida entre las ávidas ondas que subían y subían.

El Subgobernador y el teniente de la guardia civil llegaban juntos del lado de los bosques, á donde habían ido para inspeccionar la seguridad de las riberas.

—¿Y por allí?—preguntó el Alcalde al verles.

—Ningún peligro por el momento. ¿Y aquí? ¿Tienen ustedes miedo?

—Un poco de temor ha infundido la orden reciente de que nadie se acueste en toda la noche, y de andar listos al oir el toque de la campana.

—¡Se comprende!

El Subgobernador, un meridional guapo y elegante, con frente de poeta, se metió (por una costumbre de saloncillo) la mano derecha entre los cabellos para arreglárselos, mientras miraba la negreante turba de los ciudadanos, casi todos recogidos encima del dique, ansiosos, formando grupos varios y fantásticos, entre los cuales corrían como fuegos fatuos las antorchas de resina. Luego se inclinó al oído del teniente, murmurando con gestos vivarachos:

—Dígame usted si hubo sentido común al edificar un pueblo en estas condiciones, con el agua encima de la cabeza. Detrás del malecón va el suelo bajando con una pendiente espantosa; y, allá abajo, aquella boca donde han fabricado su maldito pueblo, parece propiamente la copa destinada al brindis.

El teniente de civiles, piamontés y cachazudo, se calló; y no sabiendo qué responder á las brillantes pero poco oportunas observaciones de su superior, limitóse á hacer:

¡Jem, jem!

Acudía la gente por todas las embocaduras, plañendo, jurando, preguntándose unos á otros, entrechocándose, procurando adelantarse á los demás, sin cumplidos ni miramientos.

Asediaban á preguntas á los dos ingenieros enviados por el Gobierno, dando su parecer y sugiriendo medidas.

Los ingenieros decían que sí á todo, presurosos, inclinados sobre el río, probando con el pie la resistencia de los diques en los puntos más débiles.

—¿Qué altura tenemos, Toni?

—Aún ha subido medio centímetro—respondió el barquero, después de acercar á la piedra su cabezota gris, alumbrándose con una cerilla.

Un gemido de desaliento serpenteó por la muchedumbre. Algunos, que no habían comprendido, preguntaban:

—¿Qué hay? ¿Qué hay?

—Aún ha subido medio centímetro más.

Un grupo de mujeres rodean al Alcalde y le dicen:

—Si el señor Alcalde permitiese una procesión en honor de San Juan Nepomuceno, que es abogado de las aguas y ha hecho milagros.....

El Subgobernador interrumpe, exclamando:

—¿Qué hacen aquí las mujeres? ¡Fuera mujeres! ¿Y los chiquillos? ¿También los chiquillos? ¡Fuera chiquillos! ¡Fuera, fuera, fuera! ¡Largo, á casa!

El Alcalde le sosegó, diciéndole quedo:

—Pero, ¿qué quiere usted que hagan en sus casas? ¡Si ni siquiera pueden acostarse en esta desventurada noche!

—Es verdad, es verdad; pero no puedo aguantar á las mujeres, me atacan los nervios.

—¡Oh!.....

—En ciertos casos, se comprende, como éste. Luzzi (y cogió por un brazo á su secretario), telegrafíe usted en seguida á S. E. el señor Ministro, diciéndole que hace falta dinero, que el río no para de correr, y que el estado moral de la población está muy abatido.

El secretario echó á correr. Volvióle á llamar su jefe:

—¡Luzzi! Añada usted que las autoridades están en su puesto, dando ánimos y ayuda.

Un hombre vestido de negro, con el cráneo cubierto por una gorra de pieles, aproximóse al grupo de las autoridades, masculleando entre los hombros del Alcalde y del Subgobernador:

—Su Ilustrísima, mi señor, me envía á ver si es necesaria su presencia.... pues, á decir verdad, le está dando tormento el reuma.....

—¡No se moleste su Ilustrísima!—exclamó el Subgobernador.—Que se cure del reuma: aquí hacen más falta brazos que rezos.

—¡Sí—añadió el Alcalde con acento conciliador—es inútil que exponga su preciosa salud! Ofrecedle nuestros respetos, y decidle que ruegue por todos.

—¡Y que atienda á ver si toca la campana!

El hombre negro se escurrió tras de la multitud.

—¿Quién es ese tipo?—preguntó al teniente uno de los ingenieros.

—El mayordomo de su Ilustrísima.

—¿Y su Ilustrísima?

—¡Diantre! es su Ilustrísima, el abad mitrado, el jefe de nuestro clero, el que oficia en las fiestas solemnes.

—¡Cuántas autoridades hay en este país!—exclamó el ingeniero irónicamente.

Y se puso otra vez á mirar el dique, corroído por el agua, y las amenazadoras ondas, y la población (la ciudad) tendida como un condenado en su lecho de muerte.

Una voz chillona gritó:

—Está inundada la vía férrea junto á Cremona; se han suspendido los trenes.

Todos miraron á quien había hablado. Era el Sr. Caccia, el recaudador de contribuciones: un hombre alto, rojo de cara, ancho de espaldas, con una cabeza estrafalaria, con rizos encima de las orejas y un par de cejas enarcadas que le hacían parecerse un poco al retrato de Goldoni, pero de un Goldoni brusco.

—¿Es verdad eso, Sr. Caccia? ¿Cómo lo sabe usted?

—He tenido noticias por mi cuñado, que acaba de llegar de Piadena hace dos horas.

—¿Sí? ¿Y qué cuenta?

—Un espanto. En una granja cercana á Bosco murió ahogada una familia entera: padre, madre y cinco hijos, con la mujer de uno de éstos. No pudo salvarse ninguno.

—¡Virgen Santísima!

—Las posesiones del marqués de Arco están anegadas por completo, tumbados los trigos, y de la uva no hay que decir. ¡Cincuenta familias de aldeanos, que este invierno no sabrán qué comer!

—¡Paciencia! Aquellos otros de la granja darían algo bueno por no saber qué comer en este invierno.

Una señora preguntó en voz baja al recaudador:

—¿Y su mujer de usted, Sr. Caccia? Dígame, ¿cómo está su mujer?

—¡Ya puede usted imaginárselo!..... Todo el día está con los dolores.

Otra que lo oyó, preguntó á su vez:

—¿Está enferma su mujer?

El señor Caccia enarcó aún más las cejas, murmurando:

—¡Eh, eh!

Entonces cayó en la cuenta la señora, ruborizóse ligeramente y dijo entre dientes:

—¡Pobrecita, en esta misma noche!

El Sr. Caccia buscó entre el gentío la cara larga y flaca del doctor Tavecchia; y, viéndole conversar animadamente con el Subgobernador, le dijo:

—Si puede usted, por un momentito, darse una escapada á mi casa.... como amigo, ¿sabe?..... para mi mujer, por tranquilizarla nada más.

—Voy, voy.....

—¡Oh! no corre prisa; me basta cualquier momento.

Luego, al ver pasar á Caramella, el cojo que vendía manzanas, y dirigirse hacia la ciudad, le cogió por la manga:

—¿Vas á casa, Caramella?

—Sí, señor recaudador. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

—Precisamente. Ya que pasas por delante de mi casa, éntrate y dí á mi mujer que no hay peligro por ahora; que esté tranquila; que el doctor Tavecchia irá á verla..... que yo me quedo un rato aún, hasta ver en qué paran estas cosas.

Caramella se alejó cojeando.

De pronto, la atención general se fijó en una masa negra que bajaba por el río, junto á la orilla.

—Es leña muerta.

—Es una tabla.

Vióse moverse á alguien; quizá, pobres náufragos arrojados de sus casas, van en busca de una muerte cierta.

—Es una barca—gritó Toni.

—¿Una barca? ¡Imposible! ¿Quién queréis que la gobierne?

—No va gobernada de ningún modo; va á merced de la corriente.

—Pues entonces está vacía.

—No.

—Sí.

La atención se hizo tan intensa que ya ninguno hablaba. Todos trataron de adelantarse, para ver mejor.

Los ingenieros, cogiendo un hacha de viento, avanzaron subidos al malecón. Siguiéronles el Subgobernador y el Alcalde; y también poco á poco todos los demás, atemorizados, curiosos, estremeciéndose.

Algunas mujeres recitaban deprisa el rosario, apretándose debajo de la barba el pañuelo que llevaban puesto en la cabeza, no atreviéndose á adelantarse demasiado.

—Cierto que es una barca.

—Dadle voces.

—¡Haláaa!

No una, cien voces repitieron:

—¡Haláaa!

Y entre tanto descendía la barca como si fuese á hundirse en el fondo.

Al punto prepararon cuerdas y ganchos para auxiliar á la barca (que era una grosera barca de pescadores) y que tocase á la orilla.

—Pero ¿quién es ese loco?— preguntó en voz baja el Subgobernador al teniente de la guardia civil, el cual se encogió de hombros.

Distinguíase la forma de un hombre, de pie en medio de la barca, luchando fuertemente con los remos para evitar el choque de los troncos de árboles que la corriente arrastraba entre sus torbellinos; y en derredor mugía el río levantando una gruesa espuma amarillenta, turbia, y en la superficie de la cual

flotaban guiñapos, trozos de madera, muebles rotos, cadáveres de animales.

—¿No le conoce nadie? — volvió á preguntar el Subgobernador.

—Sí..... me parece..... — respondió el Alcalde, vacilando, no muy seguro.

Una voz, salida de entre los barqueros, gritó:

—Es Orlandi.

—Es Orlandi, es Orlandi; — repitieron todos los presentes, atónitos, admirados.

—Eso quería yo decir —murmuró el Alcalde.— ¡Sólo él es capaz!....

—¿Orlandi? ¿Alguno de esta tierra?

—No, es de Parma; pero aquí le conoce todo el mundo. ¡Una cabeza vacía!....

—Ya se conoce.

Entre tanto que las autoridades comentaban con poca benevolencia la audacia del temerario, el entusiasta pueblo le aclamaba.

Cuando la barca tocó á la orilla y Orlandi saltó á tierra, mojado, con las ropas en desorden y heridas las manos, aunque arrogante como si viniese de un viaje de recreo, todos aquellos barqueros le rodearon mareándole á preguntas.

Antes de contestar á nadie, Orlandi cogió del fondo de la barca un bulto envuelto en una manta de lana y lo puso en brazos de la primera mujer que tuvo cerca.

—Ahí va un chiquitín que os llega sin costaros ninguna fatiga.

—¡Virgen Santísima!—exclamó la mujer descubriendo con sumo cuidado el cuerpecito de un niño de teta.

En seguida se pusieron alrededor las mujeres, besándole, acariciándole, calentándole las manitas, yertas de frío.

Orlandi dijo haberle salvado por milagro, en una mísera casucha de la cual habían huído todos los moradores, enloquecidos ó vuelto crueles por el terror.

—Pero usted, querido Orlandi — preguntó el Alcalde adelantándose;—¿tiene en tan poco aprecio su vida como para exponerla en el río con semejante noche?

—Le aseguro á usted que no tuve tiempo de pensar en ello —respondió Orlandi meneando la altiva cabeza y sonriéndose de modo que entre aquella semiobscuridad pudo verse, cual un relámpago, lo blanco de los dientes bajo el negro bigotillo. —Tres días há que voy de viaje llevando socorros, que muchas veces llegan tarde, como los de Pisa. ¡No importa! Se hace lo que se puede. Encontrábame allá abajo, en los bosques del Arese, cuando el río rompió el dique y ya no hubo remedio. Cogí esta barca, metí en ella al niño y me puse en manos de Dios ó del demonio.

—¡No blasfeme usted! — se atrevió á decirle la mujer que había tomado el niño. — Salió usted con bien y debe dar por ello gracias á la Providencia.

Orlandi ya no hacía caso de nadie, atento á mirar los trabajos de encauzamiento y los terribles destrozos de la inundación.

—Paréceme que, por esta noche, ya no crece más.

—Si Dios quiere.

Los grupos comenzaron á aclararse; las mujeres y los viejos se decidieron á volver á sus casas; el Sr. Caccia se marchó arrastrándose detrás del doctor.

Quedaron las autoridades, por obligación. Quedaron después los jóvenes, los fuertes, entre ellos Orlandi, embriagados por el peligro y la fatiga, ayudando al transporte de los sacos, dirigiendo las antorchas, echando mano al pico de los albañiles, hasta que lució el alba sobre los bosques, iluminando las caras pálidas y abatidas, el río, amenazador aún, y detrás la ciudad con sus casas despanzurradas, semejantes á enormes é incurables gangrenas.

II

La casa del recaudador de contribuciones estaba hacia la mitad de la calle de San Francisco, la llamada también «calle del *Señorío*», y no es que el Sr. Caccia fuese un señorón, sino que su mujer (que era de buena familia) llevó en dote la casa cuando se enamoró de él y se empeñó en casarse con él á toda costa.

Era una casa pequeña, de apariencia modesta y provinciana en comparación de las casas señoriales de la calle de San Francisco; apabullábala sobre todo el contraste con el palacio Varisi, todo negro, imponente, con las ventanas siempre cerradas, porque el marqués vivía en Cremona, pero con un escudo cuartelado encima de la puerta principal, como para manifestar la presencia en espíritu del propietario.

Otros palacios más ó menos antiguos desfilaban á derecha é izquierda, comenzando por una parte en la Plaza Mayor, perdiéndose por la otra en el campo.

La casa del recaudador tenía iluminadas las ventanas del primer piso, y á través de los visillos se adivinaba cierto movimiento.

En la alcoba nupcial, la señora Soave Caccia, sentada en un sillón, con los codos encima de los brazos de éste, se quejaba dulcemente.

—¡Qué noche, señora Catalina, qué noche!

La señora Catalina, una mujerona de cara pletórica bajo una cofia de tul negro con cintas de color de naranja, la consolaba lo mejor que podía, dando vueltas por el aposento y haciendo preparativos.

—Y mi marido que se empeñó en irse al malecón...

—¿Qué quiere usted? Un hombre es un hombre, todos están allí: el Subgobernador, el Alcalde, el teniente...

—¡Y la campana, Dios mío!... Si sonase la campana de alarma... ¿cómo me las arreglaría para huir?

—Tranquilícese usted ya; eso de la campana es una precaución, pero no sucederá nada. Si llegase el caso, su marido de usted, que está en el puesto, tendrá tiempo de proveer. No faltan allí brazos y personas de buena voluntad. Figúrese usted que hasta los cantantes, aquellos pobres cantantes que vinieron aquí con la esperanza de poder conseguir un buen abono en nuestro teatro, ¡bueno! hasta á ellos también les han hecho ir. El empresario les amenazó con no pagarles si no contribuían con su trabajo; el tenor ha preferido huir, renunciando al trimestre; pero todos los demás se arremangaron los brazos y desde esta mañana trabajan en el dique. Carlitos está en casa, ¿no es cierto?

—Sí. También quería irse al dique, pero su padre no ha querido que vaya. Con Teresita está. Las dos gemelas se han acostado bien y vestidas... por si acaso... Pero, ¡qué noche, qué noche! ¡Ah, señora Catalina, soy muy desgraciada!

La señora Catalina, deteniéndose en medio del aposento con una faja en la mano, puso la cara seria, con aquella severidad imperiosa y brusca con que siempre conseguía calmar á sus clientes.

—En verdad le digo que, si continúa agitándose de este modo, quiere usted acabar mal. No piense usted en el Po, sino en lo que está haciendo.

La señora Soave no respondió más que con un gemido, dejando deslizar las manos desde los brazos del sillón y apretándolas resignada contra el vientre.

Era la esposa del Sr. Caccia una mujercita como de cuarenta años, poquita cosa, muy padecida, con la cara larga y térrea, pálidamente iluminada por unos ojos negros, opacos, sin brillo; ojos bondadosos y tranquilos que habían llorado mucho, que aún lloraban fácilmente, con una debilidad resignada y

dulce. Jamás nombre ninguno le vino tan de molde á una mujer. Cuando se decía en el país *la señora Soave*, nadie podía separar este nombre del rostro melancólico de la mujer del recaudador. Y algo así como de cansancio, de cadena largo tiempo arrastrada, se veía en todos sus movimientos. Sus palabras eran breves y vacilantes, acostumbrada á callar ante la voz cascada, pero imperiosa, del Sr. Caccia, sin arranque para reaccionar, sin ánimo para responder, convencida de que la primera virtud de una esposa debe ser la obediencia. Sobre la estrecha frente bajaban, divididos por enmedio, sus cabellos de color de café tostado; y á menudo, con un movimiento lánguido acompañado de un suspiro, levantaba la mano para alisárselos. Veíase entonces una manita flaca y descolorida, como de cera vieja, oprimida en la muñeca por unos brazaletitos de crín trenzada, coronados por una roseta.

—Precisamente hará quince años el mes que viene,—dijo la señora Soave, después de haber seguido un rato en silencio el curso de sus pensamientos.

—¿Quince años de qué?

—De haber nacido mi Teresa.

—Es verdad.

—Y el año siguiente, Carlitos. ¿Se acuerda usted, señora Catalina?

—¡Otra que tal! Ya va una siendo vieja.

Nuevo silencio.

—Las gemelas tienen ocho años... No creí que aún iba á tener más...

—¡Vaya! Quien va al molino se enharina.

—Es voluntad de Dios,—concluyó suspirando la señora Soave.

La mujerona grande y gruesa se echó á reir á carcajadas, tambaleándose su maciza persona.

—¡Si á lo menos fuese un varón!—volvió á suspirar la señora.

—¿No tiene usted bastante con Carlitos?

—¡Oh! no es por mí; pero, las pobres niñas, ¿qué esperan de bueno en este mundo?..

Una gran tristeza hízola bajar los ángulos de la boca; y sus ojos negros, opacos, se nublaron de lágrimas.

—Tate, tate, déjese de melancolías. Somos mujeres; pero, ¡qué demonio! nadie se nos ha comido. Ya tiene usted tres muchachas, lo mismo da una más que una menos... así no irá soldado su Carlitos.

Volvió á reinar el silencio, grave, tormentoso, roto á veces por los gemidos de la parturienta.

—Mire usted, señora Catalina, en este dormitorio nací yo; en este dormitorio... pronto... quizá hoy, quién sabe si habré de morir.

—¿Aún tengo que oir esas cosas?—interrumpió la señora Catalina, poniéndose en jarra.—Oyéndola á usted, se creería que es una chicuela sin juicio y no la madre de cuatro hijos, y dentro de un momento de cinco. ¿Por qué ha de morir? Tanto puede usted morirse como yo, de pronto, por accidente. ¿No supo usted lo de ayer? ¿Lo del hermano del Alcalde, aquel mocetón que parecía la estampa de la salud? En un *Jesús,* en menos que se dice *Amén,* estaba leyendo una carta y *¡paf!* quedóse muerto. No se debe pensar en la muerte; cuando viene es porque ha de venir; además, nosotras las mujeres tenemos siete vidas como los gatos..... por consiguiente, alégrese. Dentro de una hora, de hora y media á lo sumo, todo habrá concluído. Mire usted, antes de salir de casa dije á mi cuñada Pepita: «espérame al amanecer, que la señora Soave despacha pronto.» No es este el primer día que nos conocemos, ¡eh! Confíe usted.

Un poco tranquilizada la señora Soave, paseó por el aposento una mirada cariñosa, como para encontrar amigos en las dos cómodas panzudas de nogal; en la cama, semioculta por una hermosa colcha de filoseda amarilla con florones verdes, con la vuelta de la sábana encimera guarnecida de muselina; en el reclinatorio, todo lleno de libros, con el escabel

hundido por las largas genuflexiones; en el verdoso espejillo, colgado demasiado alto, donde no se veía más que la cara; en los cortinajes de las ventanas, hechos por ella, á cuadros, con un pajarito y una palma alternando en cada uno; en los dos únicos cuadros, con marco de madera negra, representando los desposorios de la Virgen María.

Pero, más que todo, la mirada de la señora Soave se detuvo complacida en un Niño de cera cubierto por un fanal de vidrio. Aquel Niño amarillento, con dos puntitos negros encima y á los lados de un pequeño relieve que simulaba la nariz; aquel Niño, de expresión dulce y resignada, echado más de veinte años ha en medio de las flores de papel y las cintitas de plata que adornaban su cuna; aquel Niño desnudo y santo, atraíase de un modo particular la ternura de la señora Soave, que se consumía de amor y de respeto, ¡con más ganas de llorar y de besarle y de encomendarse á sus benditas manitas! La grandeza de Dios, representada por aquel Niño pequeñín, llenábala de un estupor piadoso y devoto. Levantóse del sillón y moviéndose con trabajo fué á dar un beso al fanal de vidrio; permaneciendo luego inmóvil, juntas las manos, absorta en una contemplación dolorosa.

La puerta de junto á la cama se abrió poquito á poco, y una cabeza de niña, pasando por el resquicio, exclamó:

—¡Mamá!

Estremecióse la señora Soave.

—¿Qué quieres, Teresita? ¿No te has acostado un poco?

—¡Oh? ¿Cómo es posible? Estoy á la ventana con Carlitos; aguardamos á papá. Ha pasado Caramella y me ha dicho que estemos tranquilos, que no hay peligro por ahora. Papá vendrá pronto.

—¡Alabado sea Dios! Vete á la cama, Teresa, vete á la cama.

—¿Y tú, mamá?

—Dentro de poco iré.

La niña hizo ademán de retirarse; pero antes de que se

cerrase la puerta, acercósele perpleja la madre, poniéndola una mano en el hombro y diciendo en voz baja, con acento tembloroso:

—Ruega por mí.....

—¡Mamá!..... ¡Mamá!.....

La señora Soave se puso un dedo en los lábios, compungida, con una solemnidad misteriosa y dulce.

—Esta noche tendrás otro hermanito..... Estas son cosas que comprenderás más tarde..... pero ya eres tú mayorcita y debes saberlo. Ahora, vete á la cama.

Echóla afuera con cariño y cerró la puerta.

A la otra parte, en un estrecho corredor que separaba la alcoba matrimonial del dormitorio de las niñas, Teresita permaneció inmóvil, apoyada en el quicio de la puerta, con la garganta oprimida y una repentina turbación.

Tenía quince años. Había crecido en el tranquilo ambiente de la familia, en aquella ciudaducha de provincia, lejos de todas las emociones. Era el primer año que estaba en la casa desde que salió del colegio, y en sus deberes de ama jóven tenía aún la incertidumbre de la inexperiencia; pero se sentía cortada de su misión de ayudar á su mamá. Su temperamento la llevaba á la seriedad, y su corazón al cariño.

Las pocas palabras de la madre, dichas á ella junto á la puerta, en la turbación de aquella noche, habíanla impresionado profundamente.

De pronto se sentía mujer, con un presentimiento de dolores lejanos, con una responsabilidad nueva, con un raro pudor mezclado de extraordinaria dulcedumbre.

Parecía que en aquel momento, sólo en aquel momento, reconocía su propio sexo, sintiendo discurrir por sus venas una onda de languidez nunca notada antes, y surgir en su cerebro una curiosidad viva y punzante, la cual cesó de pronto al advertir el rubor que le subía á las mejillas.

Todo esto duró el espacio de cinco minutos, cual si hubiera vuelto á correrse el velo que la había hecho vislumbrar lo

futuro. Sosegóse otra vez, con una calma más melancólica, más intensa; entró de nuevo en su alcobita; su hermano, que la esperaba apoyado en el alféizar de la ventana, miró con una intuición nueva; y habiendo pronunciado él algunas palabras, estremecióse Teresa al oir el sonido de aquella voz de hombre y le miró á hurtadillas, temiendo que pudiera leer en su cara su secreto.

Pero Carlitos no se ocupaba más que de la riada. Hubiera querido estar también en el dique con los demás, y sacaba el cuerpo fuera de la ventana por ver si pasaba alguien á quien pedir noticias.

Algunas otras ventanas, como la de ambos muchachos, estaban abiertas. Mujeres medrosas se asomaban por ellas á la escucha, temiendo siempre que llegase á tocar la campana que había de advertirlas la huída.

—¿Sabes?—dijo Carlitos, con la risa un poco fatua de los muchachotes de catorce años.—La vieja Tisbe está en pie desde hace dos horas, con los cubiertos de plata en el delantal y el perrito debajo del brazo.

Teresita no se rió.

—Si pudiese hacer una escapatoria, nada más que por ver.....—volvió á decir Carlitos pasando una pierna por encima del alféizar.—¿Crees que no sería capaz de descolgarme por la ventana?

—Vamos, fuera; ¡no faltaría otra cosa!—le respondió Teresa entre dientes, erguida en el hueco de la ventana, con la mirada tercamente fija en las tinieblas.

De pronto se aproximó á su hermano, pasándole un brazo alrededor del cuello, inclinándose levemente hasta acariciar con las mejillas los cabellos de él, cortos y tiesos como las crines de un cepillo.

Carlitos no advirtió la caricia. Con medio cuerpo fuera, apoyándose en los brazos, mirando en dirección á la plaza, decía:

—¡Si viniese desde allá lejos hasta aquí! ¡Uf, qué estrépito allá abajo, allá abajo!.....

No le agitaba el miedo al peligro, sino la emoción de aquel entretenimiento nuevo.

—¡Todo el río desde allí lejos hasta la ciudad!

Y se reía pensando aún en la vieja Tisbe, con el perrito debajo del brazo y los cubiertos en el delantal.

—¡Qué desgracia tan grande!—murmuró Teresita, temblando y estrechándose contra el muchacho, con una necesidad irresistible de ternura.

—¡Quita!—exclamó él, dándola un empujón con la espalda.—¡Me sofocas!

Y esquivó el abrazo, rezongando.

Resentida la niña, retiróse al fondo del aposento, donde estaba su cama. Se sentó en la silla, junto á la cabecera, y dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

Allí cerca estaba la cama de las gemelas, acostadas una en la cabecera y la otra en los pies, vestidas, con un mantón echado á través de sus cuerpos. Dormían á pierna suelta.

De allí á poco, un ir y venir, un insólito movimiento en el dormitorio de su madre, hizo levantar la cabeza á Teresita, quien se encaminó á la puerta para escuchar.

Siguió un breve silencio. Estaba para regresar á su sitio, junto á la cama, cuando el vagido de una criatura la hizo prorrumpir en una exclamación; y de repente, obedeciendo á un impulso del corazón, entró en el aposento contiguo.

—¿Me permites, mamá?

La señora Catalina se presentó en la puerta, seria, con un dedo puesto delante de los labios.

—Déjela usted entrar—murmuró débilmente, desde debajo de la colcha de flores, la voz de la señora Soave.

Teresita entró de puntillas, conmovida, conteniendo el aliento. La señora Catalina la presentó una niña recién nacida, roja toda, envuelta en un pañal.

—¡Oh, qué pequeñita es!

Quería cogerla en brazos, pero la señora Catalina no lo permitió.

—Después, cuando esté fajada.

Teresita la besó con cuidado en el pelo; luego, aproximándose á la cama de su madre, se inclinó sobre ella, reverente, llena de ternura, con un recóndito sentimiento de temor.

—¡Déjala estar á mamá!—dijo bruscamente la señora Catalina.

—Estoy bien—volvió á murmurar la señora Soave, devolviendo con una mirada las caricias de su hija; y añadió:—Teresa es mi mujercita, tendrá que hacer de segunda madre.....

—Sí, sí—respondió la niña, tan conmovida que casi sollozaba.

La señora Catalina, sin decir palabra, la cogió por un brazo y la hizo salir del dormitorio.

Acercóse Carlitos al encuentro de su hermanita, gritando:

—Ya está aquí papá. Ahora sabremos las noticias; ya me ha dicho que han derribado todas las casas próximas á San Roque.

Teresita no se fijó en nada; también ella tenía su noticia que dar, y se la dijo á su hermano, temblorosa, pálida:

—Nos ha nacido una hermanita.

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó Carlitos.—Ya lo sabía yo que tenía que nacer.

Y bajó corriendo por la escalera, al encuentro de su padre.

Teresita permaneció inmóvil, extrañándose de las últimas palabras de su hermano. ¿Cómo lo sabía?

III

El miedo de la inundación había pasado. La ciudad recobraba poco á poco su calma de enfermo resignado con su suerte y á quien nada sonríe en el porvenir. Las anchas y larguísimas calles volvieron á quedar desiertas, silenciosas tras la

doble fila de celosías cerradas y de las altas murallas negras á cuyos pies verdeaba una alfombra de hierba inmaculada. El esqueleto grandioso de aquella que había sido una gran ciudad, contrastando con la escasez numérica de los habitantes, daba al conjunto una entonación triste, bajo aquel cielo opaco del valle del Po, en la atmósfera húmeda y muelle, á lo largo del río bordeado por melancólicos bosques deshojados por Noviembre.

El cojo Caramella, que habitaba en el comienzo de la ciudad, donde tenía el huerto, empezaba su correría matutina, empujando ante sí la carretilla, cargada de manzanas y de peras.

—¡Qué ricas peras!.... ¡Peras!.... ¡Peras!....

La calle de San Francisco estaba enteramente despoblada, silenciosas todas las casas; había en el aire un vapor gris, algo como de tenebroso y adormecido.

Caramella se detuvo delante del estanco, abandonando la carretilla en la acera, y entró á beber una copa de aguardiente de guindas.

—Pronto quiere venir el invierno; — dijo la estanquera, empinándose sobre la punta de los pies para alcanzar la botella puesta en el estante.

El frutero no respondió al pronto, ocupado en atarse los calzones alrededor de la cintura. Tomó luego la copa de encima de la vasera de lata y se la echó al coleto de un trago, abriendo una boca de á palmo y haciendo castañetear después la lengua.

—¡Bah!—dijo entonces.—El peor de todos los inviernos es el que sentimos en las espaldas.

Echó una ojeada fuera, á la carretilla, y otra al cielo gris parduzco.

—¿No quiere usted manzanas para su niña?

—Hoy no; la tengo en cama, la voy á purgar.

Caramella se recostó en el quicio de la puerta, con las manos en el bolsillo. Acercósele la estanquera con cara misteriosa, semisonriéndose.

—Usted que va á casa de los señores de Portalupi, ¿no sabe nada?

—¿De qué?

—De la hija segunda..... Dicen que la corteja el Subgobernador.

—¡Es increíble!

El cojo no dijo más. Echó mano lentamente á la carretilla, con la nariz al aire y los ojos fijos en las ventanas de las casas.

La estanquera le vió alejarse y le siguió con vista distraída, pensando en otra cosa, hasta que otro parroquiano la hizo volver á entrar en su tienducha.

—¡Qué ricas peras..... peras..... peras!....

Sin embargo, Caramella no miró al palacio Varisi, ni tampoco á la casa contigua, donde vivía la Calliope, aquella chiflada enemiga de los hombres, á quienes hacía muecas como un pilluelo, detrás de las rejas de la planta baja.

En cambio, se detuvo frente á la casa del juez municipal y tocó á la puerta como hombre seguro. En efecto, allí le compraban siempre peras; porque el juez tenía seis ó siete chicuelos en edad de ir á la escuela, y las peras cocidas sientan bien á los niños.

También en el palacio Portalupi, el émulo del palacio Varisi, el cojo tenía entrada libre: proveía la despensa de los señores Portalupi, marido y mujer, ricachones, con tres pollas casaderas, y servía á la vieja Tisbe, doncella retirada, á quien los Portalupi habían cedido un par de piececitas en el piso segundo.

Nada tenía que hacer con D. Juan Boccabadati, un don Juan de nombre y de hecho, cuya vida misteriosa y equívoca le señalaba á la curiosidad de las mujeres y á la envidia de los hombres.

En la casa donde vivía, sólo con un criado viejo, veíanse algunas veces entrar y salir sombras femeninas, á las cuales en vano la anciana Tisbe dirigía los anteojos y á quienes las tres jóvenes Portalupi miraban desdeñosamente, mordiéndose los labios.

Entre la casa Boccabadati y la del juez estaba la de Caccia; y también aquí el cojo hizo una breve parada, porque al oirle pasar la señora Soave había dicho á Teresita:

—Compra unas peras para las gemelas.

Teresita, medio dormida aún, arreglándose el pelo con las manos, había mandado á la criada á la puerta, y ella se había puesto á la ventana, mirando á Caramella, que escogía delicadamente las peras y las iba poniendo en la balanza; bellas peras pequeñitas y dulces, de piel suave que se había dorado al cocer, y que aún humeaban en un baño de caldillo espeso.

—¡Qué ricas peras..... peras..... peras!....

El cojo se aleja por allá abajo, hacia la plaza, con la carretilla, que iba dejando en pos de sí un buen olor y casi como un dulce calor de familia, de hogares encendidos, de niños alegres con el delantalito abierto y terso; olor y calor que se fundían en una sensación compleja de bienestar, difundiéndose ligera, subiendo, en aquella rigidez gris de una mañana de otoño.

Teresita seguía desde la ventana con los ojos la carretilla. Y cuando dejó de verla ya, siguió mirando aún la larga calle, con sus casas alineadas: la blanca de la Calliope; la de los Varisi, ennegrecida; la de los Portalupi, toda amarilla, con los dinteles de las ventanas imitando á mármol; la casucha larga y baja, pintada de color rosa, donde habitaba el juez con su numerosa familia; la misteriosa casita de D. Juan, con las celosías verdes y la puertecita estrecha, y luego todas las demás, en hilera, apretadas, perdiéndose á lo lejos á derecha é izquierda, bajo la línea irregular de las techumbres, en la faja de cielo pálido que aparecía en lo alto.

Teresita, apenas cubierta con un trajecillo de percal, sentía correr por sus brazos un frescor penetrante, no molesto, casi simpático, y sus cabellos juvenilmente descompuestos le bailaban por la frente y el cuello, produciéndole un grato cosquilleo, como de caricias. Si cesaba la brisa sacudía la cabeza, para sentir aún aquellas leves ondas á través del cuello, y pro-

longaba su impresión con una ingenuidad infantil, con la mirada siempre errante por la larga calle, observando con interés el empedrado de cuña y la escasa hierbecilla y las dos aceras rojizas, hechas de ladrillitos puestos de canto, hundidas en muchos puntos.

Por el fondo, desde la plaza, apareció el cartero, arrastrando de mala gana los zapatones de punta cuadrada, con la cartera de piel al costado, con cara de pocos amigos. Desapareció por un momento. Teresita creyó al pronto si habría entrado en la farmacia. Reapareció, recorriendo la calle en sesgos de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, dejando *La Mode nouvelle* á las señoritas Portalupi y el *Corriere di Cremona* á su papá, tres cartas á D. Juan Boccabadati. Pasó por delante de su casa sin detenerse; echó una gruesa carta amarilla y algunos impresos por debajo de la puerta del juez; luego volvió á cruzar la calle y fué á levantar el herrumbroso aldabón de la casa de la Calliope.

Un sentimiento incompleto, indeterminado, pero nuevo, se apoderó de Teresita: una especie de mortificación y de disgusto.

Todos aquellos periódicos, todas aquellas cartas llevaban á sus destinatarios un mundo de sensaciones.

En la cartera negra del cartero iban alegrías, dolores, esperanzas, embriagueces, promesas, curiosidades, fantasías, afectos: todo lo desconocido, lo deseado, aquello que la niña no sabía. Era la vida lejana, los hilos simpáticos que unen á los ausentes, el principio de historias futuras, la última palabra de cien historias pasadas. En aquella vulgar cartera que un indiferente iba llevando de puerta en puerta, se estremecían mil corazones, se entrecruzaban mil intereses: negocios y pasiones, arte y hambre, nobles sacrificios, refinadas venganzas, vilezas innobles, santos heroismos.

Iba allí todo secreto de la vida. Teresita no se dijo todo esto á sí misma, pero lo pensó vagamente, con un recóndito sentimiento de envidia, con una avidez desconocida, que sur-

gía en aquel instante dentro de ella por primera vez, y que henchía su pecho con un suspiro hondo y amargo.

La casa de la Calliope continuaba cerrada á piedra y lodo, silenciosa, semejante á un sepulcro.

El cartero, apoyado en la pared, escogía entre tanto las cartas, sacándolas del fondo de la cartera: cartas anchas, con el sobrescrito breve, claro, de caracteres alargados, comerciales; cartas blancas, lindas, cuidadas, escritas con falsilla, puesto el sello de franqueo simétricamente, como suelen mandarlas las colegialas; cartas cerradas en sobre inglés, de papel fuerte, de color perla, perfumadas, misteriosas; cartas con tinta violeta, bien escritas, de larga inicial dorada, correspondencia entre mujeres; cartas grandonas, mal plegadas, de tinta diluída, con huellas de manos poco pulcras, con dos líneas de sobrescrito y cuatro errores.

Y una multitud de tarjetas escritas vertical, horizontal y diagonalmente, con muchísimas, muchas, pocas, poquísimas palabras, casi ninguna, una sola; circulares, anuncios, esquelas de invitación, folletos, todo pasaba con rapidez bajo la experta mano del cartero, que volvía á meterlo todo en la cartera, conservando sólo una carta en la mano y llamando por tercera ó cuarta vez en la invencible puerta.

Teresita no conocía á Calliope, no la había visto nunca bien; sólo la había entrevisto por los barrotes de la reja de su ventana, con la cara medio escondida bajo un amplio pañuelo amarillo, hablando sola y diciendo pestes á todos los hombres que pasaban. Harto poco tiempo hacía que Teresita se había hecho mujer, para haber considerado á la Calliope de diversa manera de como la consideraban los muchachos de la ciudad: como una loca que hacía reir. Había oído contar su historia á retazos, con muchas lagunas entre uno y otro episodios; lagunas que la sobria imaginación de la niña nunca se había tomado la molestia de llenar.

Sabía que la recogió de pequeña una condesa, educándola casi como á una hija. Y aquí se le presentaba la primera la-

guna, habiendo muchas personas que afirmaban cómo Calliope era en verdad hija de la condesa, afirmación que á Teresita le parecía absurda. Pero, sea lo que fuere, la condesa la había querido mucho y habíala hecho instruir por un anciano sacerdote, ocupándose ella misma de lo que pudiera ser deficiente en materia de educación femenina.

Habitaban entonces las dos en una hacienda solitaria; y sabíase ya que la Calliope tenía gustos extravagantes, saliendo sola por los campos, con el cabello suelto por la espalda y un pequeño fusil en banderola, atrevida, violenta, salvaje. Los pocos que tenían ocasión de cruzar por la hacienda la oían silbar en los bosques de álamos, imitando el canto de los pajarillos, y algunas veces la veían correr desenfrenada á través de los campos, saltando los setos vivos, con las manos arañadas por las espinas y con los vestidos destrozados.

Había sido hermosa, de una belleza varonil y fuerte.

El doctor Tavecchia, que la asistió una vez, con motivo de haberse roto un brazo por una caída desde un árbol, afirmaba que era una de las mujeres más guapas que jamás vió. Los extraños vestidos que llevaba adaptábanse á su cuerpo de amazona, robusto y ágil. Cuando se cubría la cabeza, hacíalo con un sombrero de hombre, negro y ancho; nunca llevaba cintas, galones ni joyas; vestía de negro ó de blanco; á menudo se cosía todo alrededor del corpiño flores frescas, y sólo con flores se fabricaba un tocado extraño, original, que en cualquiera otra hubiera parecido zafio y con el cual estaba encantadora.

Segunda laguna: Teresita había oído susurrar misteriosamente algo, acerca de un oficial francés, de fuga, de traición, de otras cosas que no comprendía bien, y que nunca la interesaron hasta entonces.

Luego se le aparecía Calliope monja. Había estado en un convento dos años, siendo modelo de abnegación y de penitencia; de repente, la víspera de pronunciar los votos solemnes, desapareció.

Tercera y última laguna, la cual abarcaba unos quince años, y que había conducido á la extraña señora (sola ya en el mundo) á encerrarse en aquella casa, de donde nunca salía y donde la gente de la población tenía la caridad de no ocuparse de ella, dejándola en paz con su inofensiva locura.

Pero toda aquella historia, enmarañada é inverosímil, se presentaba tenazmente á la imaginación de Teresita, mientras el cartero permanecía aguardando; por último, al abrirse las persianas del piso bajo y aparecer tras de la reja la lunática cabeza de la Calliope, la niña la miró intensamente y con nueva lástima.

No tuvo lugar para observarla despacio, porque la alocada, después de coger sin garbo la carta, cerró en seguida las celosías, soltando dos ó tres palabrotas gordas contra el cartero.

Teresita permaneció con los ojos fijos, como una sonámbula, en la cerrada ventana de la Calliope, dejándose mecer por aquel fenómeno común de la mente, en virtud del cual parece que se sueña despierto.

Allá lejos, bajo los rayos del sol, que subía lentamente, iba la calle saliendo de la niebla gris de la mañana, para entrar en un baño de luz. Algunas puertas se habían abierto. La vieja Tisbe, fiel á las costumbres madrugadoras de su antiguo cargo, había extendido sobre el alféizar de la ventana las ropas de su lecho, y de vez en cuando aparecía en el hueco, rascándose por debajo de la cofia, echando de soslayo miradas sospechosas á la casita de enfrente, donde las persianas verdes seguían cerradas en absoluto, con el aislamiento tibio y dulce de misterios desconocidos para los profanos.

Pasó el doctor Tavecchia, un poco encorvado por los años, con el gabán de paño obscuro y cuello de terciopelo; pasó cabizbajo, pensando en sus enfermos.

Pasó la cocinera de su Ilustrísima, una gordinflona, rubia, mal encarada, que parecía dueña de todo el país y pretendía que los tenderos le diesen los mejores géneros, diciendo que eran para su Ilustrísima.

Pasó Luzzi, el secretario del Subgobierno civil, ágil, vivaracho, con pardesú de entretiempo de un bonito color claro, ceñido á los riñones; miró hacia arriba, á todas las ventanas, volviendo un poco la cabeza para observar á Teresita.

Pasó la mujer del Alcalde, arrebujada toda en un velo negro y llevando en la mano un abultado devocionario de color de pulga, rozado por las puntas; iba á misa, á San Francisco.

Abriéronse de par en par, con gran estruendo, las celosías de casa de los Portalupi; la vieja Tisbe retiró al punto ventana arriba las ropas de su cama, y una tras otra aparecieron las señoritas Portalupi entre las cortinas de encaje, luciendo las tres gorrita de color de rosa. Se asemejan de un modo extraño, á cual más feas todas, sin competencia. Saludaron ligeramente con la cabeza á Teresita, con la boca encogida, tiesas de hombros, con brazos apretados contra el talle, cerrados los ojos, en una postura noble y digna. Estuvieron un momento apoyadas en el alféizar de la ventana (ó más bien en un cojinete rehenchido y bordado por sus preciosas manos), y luego se retiraron una tras otra, como habían venido.

De la puerta del juez salieron cuatro niños, seguidos por su mamá; la cual (¡pobre señora!), despeinada y en chancleta, se afanaba por tranquilizar al más pequeño, que no quería ir á la escuela y lloraba como un grifo abierto.

La vista de los niños hizo dar un salto á Teresita. ¿Y las niñas? Habíase olvidado de ellas.

Corrió á escape junto á la cama de las gemelas, y las encontró poniéndose los pantalones del revés y peleándose por las peras de Caramella, porque cada una quería la más grande.

Las ayudó á vestirse deprisa, las lavó y peinó, las hizo rezar en voz alta sus oraciones, preparó las peras en la cestita, poniendo al lado dos grandes zoquetes de pan.

—¡Yo no quiero de ese pan!

—¿Por qué no lo quieres?

—No me gusta.

—Y yo quiero queso, además de las peras.

—Mamá no lo ha dicho.

—Yo lo quiero, yo lo quiero.....

—Chito, no gritéis, porque mamá duerme; la pobrecita no ha pegado ojo en toda la noche, á causa de Ida; pero Ida es muy pequeñita, apenas tiene dos meses, y no sabe atender á razones. Pero vosotras debéis ser buenas, ¿sabéis? Ya tenéis ocho años, y ocho años son muchos.

Las mandó á la escuela, recomendándoles que fuesen buenas, besándolas en las mejillas, con uua ternura como de madre joven.

Las miró alejarse, á pie quieto, dejándose acometer por una languidez fantástica, que aquella mañana la inducía á soñar despierta.

IV

Apenas pasados los umbrales de casa de los señores de Caccia, había en el portal, á la izquierda, dos escaloncitos y una puertecilla, por donde se entraba en el despacho del recaudador.

Era este un aposento pequeño, con las paredes blanqueadas con cal y embellecidas con esponjazos azules, bajo una cornisa de color de chocolate.

La más absoluta sencillez en el mueblaje uníase á cierta oficinesca importancia, que se revelaba sobre todo en un armário lleno de papeles oficiales, cerrado, ya que no defendido, por una rejilla de alambre; con él hacía juego un estante pequeño, algo apolillado, con algún vidrio roto, y medio lleno de libros viejos, en buen orden. Arrimada á la pared, para no impedir mucho el paso, veíase una mesilla ocupada por papeles escritos é impresos, con un tintero de hueso negro en el

centro, dos plumas y las gafas del recaudador. Encima, el retrato del rey. Cuatro sillas, forradas de piel obscura, completaban el mobiliario, además del vetusto sillón, en forma de carro romano, donde estaba como en un trono el Sr. Caccia, á menudo altanero, siempre imponente.

Fuera de los contribuyentes que acudían en horas fijas á pagar sus cuotas en manos del recaudador (y á quienes acogía con la superioridad de maneras de un Ministro), pocas personas entraban, y nunca inútilmente, en el despacho. La señora Soave, por la mañana, para ponerlo un poco en orden, tímidamente, empleando infinitas precauciones, cuidando de no remover ningún papel y de no cambiar de sitio ni siquiera un milímetro el tintero. Teresita, á las cuatro en punto, entreabriendo nada más la puerta, con los pies fuera, exclamando: «Está en la mesa.» Carlitos dos horas todos los días, cuando llegaba del colegio á casa, con todos sus libros latinos y sus gramáticas.

Estudiaba las lecciones bajo la severa mirada del padre, obligado á una perfecta inmovilidad, frente al estante de los libros, todos los cuales conocía por el lomo. Con la cabeza entre las manos, meditando dolorosamente acerca de Virgilio y Cicerón, fijaba los ojos en aquellos volúmenes alineados, inmóviles, siempre los mismos: *La Divina Comedia*, *Orlando furioso*, *Jerusalén libertada* (todos encuadernados en piel roja), un *Diccionario de la Fábula* (en pergamino), otros dos ó tres diccionarios, *Nicolás de Lapi*, el *Cementerio de la Magdalena*, *Las Noches*, de Young, y la *Historia de Italia*, por Botta (una tabla entera esta última obra: dieciocho tomitos de color de garbanzo, sin encuadernar).

En los ángulos había también libros de aguinaldo, almanaques, dos ó tres tomos descabalados de Walter Scott, los *Remedios seguros contra toda clase de insectos*. Pero Carlitos no miraba más que los primeros, aquellos augustos, serios, que, según dicho de su padre, contenían gran copia del saber humano; y en las horas penosas de sus estudios, como una

amenaza continua, le imponía la obligación de llegar él también á ser un grande hombre, de escribir dieciocho tomos como Botta, ó una colección tan extraordinaria de versos á porrillo como en el *Orlando*.

El Sr. Caccia, lleno de sosiego, enarcando las cejas, estaba á la mira de su único hijo varón, el pimpollo que había de transmitir á las futuras generaciones el ingenio de los Caccia, desconocido hasta entonces. Estaba convencidísimo de que obligando á Carlitos á estudiar, Carlitos hubiera estudiado; que obligándole á comprender, hubiera comprendido; que obligándole á pensar, hubiera pensado. Y no le dejaba á sol ni á sombra, con asiduidad y rigor, aterrorizándole con sus ojazos y con su voz desgarbada de falsete, haciéndole entrar el latín á fuerza de rapapolvos.

El muchacho, que á fuerza de empujones había llegado al cuarto año, procedía cual sucede á veces á algunos, que, hallándose en medio de una muchedumbre, no caminan con sus propias piernas, sino que se dejan llevar por la multitud. Y estudiaba, estudiaba, apretándose con las manos la cabeza, mientras le estaba mirando su terrible papá; salvo tomarse luego el desquite fuera, en los caminos solitarios cubiertos de hierba, donde sus compañeros le aguardaban ganduleando en las tibias horas del medio día, y en la margen del río, hacia los bosques, donde la orilla desciende hasta el nivel del agua, donde crecen abundantes zarzamoras bajo la larga sombra de los álamos.

Frente al cuartito de estudio en el cual hacía Carlitos su aprendizaje forzado de genio en agraz, á la otra parte del pasillo, se abría una habitación grande, larga, obscura y triste, el gineceo de la familia; allí estaban las mujeres para coser, repasar la ropa blanca y hacer las cuentas del gasto diario; también allí se comía y se pasaban las noches de invierno alrededor de una vieja lámpara de aceite, arreglada para petróleo. El mobiliario, poco más ó menos, parecíase al del despacho: en vez del estante, un gran armario de madera blanca, una

alacena donde guardaban el pan y las sobras de la comida; la mesa en medio, un pequeño diván incómodo, anguloso, duro como un peñasco; varias sillas de diferentes formas y colores, una de ellas muy baja puesta encima de un escalón de madera, en el hueco de la ventana. Lo que dominaba y apabullaba á aquel modesto mueblaje burgués era un gran cuadro colgado en la pared mayor: cuadro con marco macizo de un palmo de espesor, dentro del cual se escondían los secretos de un mecanismo ingenioso, destinado á poner en movimiento simultáneamente las aspas de un molino, el borriquillo del molinero y el reloj embutido en el campanil.

Reloj y jumento estaban parados desde largo tiempo hacía; pero el molino seguía agitando como un fantasma inquieto sus descarnados brazos, en medio de los árboles de cartón pintado que formaban el fondo del paisaje.

Como adornos volantes, había allí calcetas empezadas, ovillos, pañales extendidos, juguetes viejos, cuadernos, cestillos.

La señora Soave daba de mamar á la pequeñina, sentada en el diván, con un taburete debajo de los pies, pálida siempre, desmadejada por su reciente maternidad. Teresita iba y venía con la papilla, con las ropitas, llevando órdenes y contraórdenes á la criada en la cocina. Cuando podía descansar un momento, poníase en la sillita en lo alto del escalón y aun trabajaba.

Mirábala enternecida la madre, derritiéndose al ver aquella su hijita tan buena.

—¡Quién sabe si sería afortunada, ó á lo menos más afortunada que ella!.....

Cuando la asaltaban estos pensamientos, la señora Soave inclinaba los ojos sobre el flaco seno del cual pendía aún otra niña, y se ponía cada vez más triste.

Difícilmente entraba en el gineceo el Sr. Caccia; y si por casualidad lo hacía, suspendíase de pronto, al parecer, aquella dulce intimidad entre madre é hija. Ambas le miraban atentas, temerosas de verle de mal humor, prontas á obedecerle á la menor señal.

Luego que él se iba, la madre recobraba su calma melancólica, contemplativa; y Teresita, en la feliz serenidad de los quince años, sonreíase como si saliese de una pesadilla.

Carlitos hacía irrupciones tempestuosas, espantando á su madre, poniendo á prueba la paciencia de su hermana, revolviendo los ovillos, armando una batahola irreflexiva, tocándolo todo con sus manos puercas de granujilla y de escolar emborronapapeles.

La paz concluía del todo al regresar del colegio las gemelas. Entonces había pelea segura. La señora Soave perdía los últimos restos de su energía, levantando al cielo sus negros ojos opacos, cruzándose sobre el pecho la toquilla de lana gris con un movimiento descorazonado.

Duraba la rebelión hasta la hora de almorzar; hasta que el Sr. Caccia, sentándose á la mesa, echaba en torno suyo aquellas feroces miradas que infundían terror en toda la familia.

Después, por la tarde, cuando el recaudador iba al café de la plaza á leer los periódicos, reanudábase el barullo entre Carlitos y las gemelas, aumentado por los lastimeros vagidos de la mamoncilla y roto por las súplicas de Teresita y por los gemidos de la señora Soave.

Y así todos los días.

Transcurrió el mes de Noviembre. A las grises nieblas siguieron las nieves; espesa nieve que se hacinaba intacta en la vía pública, cubriendo la hierba y las piedras, apagando los pasos de los rarísimos transeuntes; la nieve blanca que gravitaba sobre los tejados, arrojando en derredor un reflejo fastidioso; la eterna é infatigable nieve, que descendía lenta, igual, sin descanso; tan espesa á veces, que parecía una cortina delante da las ventanas.

Entonces se ponía aún más obscuro el saloncillo de los Caccia; veíase obligada Teresita á estar de pie en el escalón de madera, con los visillos levantados y arrimada la cabeza á las vidrieras, cosiendo deprisa en las breves horas del día. Cansada, de rato en rato levantaba los ojos y miraba á la ca-

lle, á la acera de enfrente, al palacio Virisi, herméticamente cerrado, todo él negro en medio de la nieve.

—Deja de trabajar, muévete un poco—decía la madre.

Pero, ¿dónde moverse? Fuera de la sala, toda la casa estaba como el hielo. Teresita aguantaba el frío; tenía algunos sabañones en las manos, pero prefería estarse en su triste nicho, trabajando y viendo la nieve.

La voz interior de la juventud no hablaba aún á su alma tranquila. Teresita estaba serena y era casta. Apenas si un insensible levantamiento del pecho, en ciertos instantes, y cierta languidez en los ojos, daban indicio del ligero fermento que se formaba sin saberlo ella. Miraba entonces con más intensidad el blanco velo que tenía delante, y las altas paredes y el cielo, con una fijeza prolongada y distraída que la hacía entrever lejanos horizontes indeterminados.

Vino Diciembre con sus fiestas, con el alegre ajetreo de la casa, con las solemnes funciones religiosas; Diciembre, el mes de los niños, en el cual compraron ambas gemelas una muñeca nueva, que Carlitos se encargó de romper en seguida con el pretexto de mejorarla. En Diciembre también echó su primer diente Ida, la pequeñita.

Enero disipó la nieve. Brillaba el sol, pero el frío era más intenso que nunca. El Sr. Caccia advirtió que era preciso economizar la leña, si se quería que llegase al fin del invierno.

En casa de Portalupi había un movimiento insólito. Las tres señoritas iban á los bailes de casa de los de Arese, una vez cada quince días; y era un continuo ir y venir con cajas y cajitas de la oficiala de modista que iba á probar y volver á probar; mientras la modista principal enviaba desde Cremona ciertas expediciones misteriosas, en gran velocidad, y mandaba paquetes de muestras.

Las noches de baile, Teresita espiaba junto á la ventana la salida del coche; y fijando los ojos en las portezuelas, veía hoy un blanquear de velos, mañana un reflejo de raso azul, ya el fulgor de una piedra preciosa, ya un guante de piel son-

rosada mórbidamente provocador; y el coche pasaba con estrépito, al trote de dos buenos caballos de la Romaña, dejando en los ojos de Teresita el rastro luminoso de una visión.

—¡Qué lujo, eh?

Dijo una noche la mujer del juez, que era una parlanchina; iba cada seis ó siete días, con toquilla á la cabeza, como buena vecina; las noches que sus niños se dormían pronto. Y añadió:

—Quieren casar á esos tres escorpiones.

—Creo que se hablaba de la segunda — objetó la señora Soave.

—¿Con el Subgobernador? Se proponen escajarle la primera. Mi opinión es que no se quedará con ninguna. ¡Vaya usted á fiarse de estos meridionales! Yo estuve por allá cuatro años, y los conozco.

—Tienen buena dote.

—Así se dice, por lo menos; pero nosotras, querida, no nos hemos casado por nuestra dote, ¿no es verdad?

La señora Soave se cruzó el pañuelo sobre el pecho, como para ocultar los pesares que ella sola conocía, y respondió:

—Se hace lo que se puede.

—De seguro, lo comprendo, cuando se tienen hijas casaderas... Las mías, por fortuna, son pequeñas aún. Usted no, pues aquí tiene una muchacha mayorcita ya...

Miró á Teresita, la cual se puso muy colorada y se sintió presa de repentina vergüenza.

—Teresita es joven aún.

—Sí; pero, ¿y si se le presentase un buen partido?...

—Todo es cuestión de suerte,—interrumpió gravemente la señora Soave, con aquella lastimera inflexión de voz que corría pareja con la apagada mirada de sus ojos negros.

Y llegó Febrero y vino Marzo.

La primavera no producía ningún cambio en las monótonas costumbres de la familia; pero, abríanse las ventanas y de la calle entraban un rayo de luz nueva, el rumor de los pasos, el murmullo de las voces.

También las ventanas de las otras casas se abrían, descubriendo los cortinajes de muselina, recién planchados; lucíanse en los alféizares las macetas de flores que se tuvieron encerradas á causa del frío; ramos secos de geranio, tallos polvorientos de cedro; sólo las violetas, verdes y lozanas, brotaban ya los primeros botones.

En la ventana de la vieja Tisbe bailaban al viento los mantones de invierno, los refajos de punto y los justillos de franela.

La casita de D. Juan Boccabadati estaba más cerrada que nunca. Habíase marchado una mañana, elegantemente vestido, con una maleta de piel de Rusia, de candado y cantoneras niquelados. El viejo sirviente, mudo como una esfinge, le acompañó hasta el dintel; después cerróse herméticamente la puerta, como si el viejo hubiera debido sepultarse allí.

—Don Juan tiene dinero,—dijo entonces la mujer del juez;—tiende el vuelo como las golondrinas...

Teresita pensó un rato en esta frase de la «jueza.» Parecióle que debía de ser muy hermoso eso de volar, volar, volar, como D. Juan, una buena mañana de Abril, con un maletín en la mano, corriendo mundo, en busca de lo desconocido, por campos verdes y floridos, por lagos azules, por montes fantásticos, por ciudades encantadas; ó volar como las golondrinas de su jardín, á los dulces nidos pequeños, tan pequeños que apenas en dos de ellos se podía estar.

Teresita miraba con ternura aquellos nidos, colgados en las vigas del pórtico, alegres con juveniles amores, de fiesta por las nuevas polladas. Uno solo permanecía abandonado en la tristeza de la viudez, en la irreparable tristeza de los días que ya no existen.

Detrás del pórtico se extendía por fuera un irregular espacio de terreno, llamado abusivamente jardín. En realidad, había delante algún arriate que á primera vista podía confirmar la ilusión; sobre todo, en aquella estación del año, puesto que los pensamientos estaban en flor, con sus infinitas gradaciones

de matices en el intenso terciopelo de los pétalos obscuros, en el raso luminoso de los pétalos pálidos; y por encima de ellos ondeaban temblorosos dos arbustos con aquella flor que se asemeja á una nevada.

Pocos metros después comenzaba un conato de huertecillo doméstico, reducido á la exposición rudimentaria de un surco de ensalada, tras masas de salvia, de romero y de hinojo, con la compañía de un escuálido albaricoquero cubierto de escasas florecillas sonrosadas.

Después, ya no había nada más. El terreno arenoso, lleno de escombros, se negaba á la vegetación. Sólo en un ángulo una higuera, el árbol de las tierras estériles, alzaba sus ramas nudosas hasta por encima de las bordas de la tapia.

V

¿Cómo había hecho para moverse aquella anciana tía de su padre, para dejar á Marcaria donde nació sesenta años antes y donde había transcurrido toda su honesta y obscura vida?

Teresita estaba asombrada y sobre todo, alegre por el cariño que la buena vieja le demostraba; contenta hasta lo increible, porque obtuvo la promesa de acompañar á la tía en su regreso á Marcaria y detenerse allí una quincena.

Al pronto, el Sr. Caccia dijo que no, moviendo la cabeza y poniendo entrecejo; tanto, que, asustada Teresita, ni siquiera se atrevía á rechistar. Y la señora Soave, con un valor insólito, aun cuando como siempre con lágrimas en los ojos, fué quien acudió en súplica á su marido para convencerle de que esa pequeña distracción inocente vendría bien á la muchacha.

—¿Y cómo te las arreglarás tú, mamá?

Esto lo dijo Teresita, porque se sentía en el deber de decirlo.

—No pienses en ello, Teresa; se trata de pocos días.

—¿Y si la niña no es buena?

—Vaya, será buena.

—¿Y si las gemelas no se dejan peinar?

—Se dejarán; estate tranquila y goza en paz tus vacaciones ¡mientras puedas!..

La señora Soave pronunció tan tristemente estas últimas palabras, como si supiese que son contados los días de goce, que su hija se le echó al cuello besándola.

La tía Rosa, en la serena placidez de una vida vegetativa, conservaba algo de la estatuaria belleza que á los dieciocho años la echó en brazos de un hombre, sin que ni uno ni otro se amasen, porque él tenía necesidad de encontrar mujer para acudir á su tráfico y ella era una jovencita casadera.

Desde entonces estuvo siempre en su establecimiento, serena y fiel, aparentando ignorar las numerosas escapatorias de su consorte, unidas á una relación antigua que casi siempre le tenía fuera de casa. Tuvo dieciséis ó diecisiete hijos, pero sin conocer el amor, pues nunca fué amada. Continuamente estaba criando ó en cinta, absorta en esos cuidados, sin sentir la falta de amor, ilusionada ó pagándose de las apariencias del mismo. Así llegó á verse con el pelo blanco; y después de haber criado tantos hijos, vióse sola, porque casi todos se le murieron y los pocos supervivientes buscaron fortuna lejos.

Permaneció sola detrás del mostrador, siempre tranquila, con los hermosos brazos esculturales puestos en el regazo, hasta que, reclamando asiduamente su presencia los achaques del marído, tuvo que renunciar también á los negocios.

Ahora se llevaba consigo á Teresita, y su bondad pasiva de mujer linfática se complacía en el gozo de la muchacha, como plácido retorno á la juventud, á la juventud que ella perdió sin embriagueces ni pesares. Mirábala con ojos apacibles, siguiendo los movimientos y la casta expresión de su sonrisa y las gracias inconscientes de su persona, hasta sentirse enternecida por ello.

¡Dieciséis años apenas!

La señora Soave, con la niña en brazos, las acompañó al coche, que esperaba en la calle.

—Adios mamá; pronto volveré.

—Bueno, no pienses en eso.

—Si necesitas el vestido blanco de Ida, está en el último cajón de mi cómoda.

—Bien, bien.

—Te escribiré, mamá.

La señora Soave no pudo ya responder; apoyada en el quicio de la puerta, se quitaba con las amarillas manitas un rayo de sol; pero detrás de las manos relucían los ojos opacos.

—¡Cuánto te quiere mamá!—susurró la tía Rosa.

—¡Oh, sí, sí, me quiere mucho!

Así repitió Teresita, llena de júbilo, tomando puesto en el coche, tan feliz como si subiera las gradas de un trono; y en la embriaguez que la dominaba, levantó los ojos, vió en la ventana á la vieja Tisbe y la saludó con una inclinación muy espetada.

Carlitos, dándole zumba, le dijo al oído:

—Te pareces á la mayor de las Portalupi, cuando saluda al Subgobernador.

Echóse á reir Teresita.

A los primeros vaivenes del coche, cuando se movió el caballo, Teresita sintió palpitarle el corazón cual si toda su vida cambiase en aquel punto. Echó otro beso á su mamá, mirando á la puerta del juez por si había alguien para verla; y le desagradó que todas las ventanas de las de Portalupi estuviesen cerradas.

Pero luego, al atravesar las calles de la ciudad, aquello fué un triunfo. Luzzi, que estaba en el café fumando un cigarro, le hizo con el sombrero un saludo tan profundo que sintió ponerse toda encendida; D. Juan Boccabadati, que estaba junto á él, indolente y distraído, pensando en las musarañas, también la miró entornando un poco los ojos. El farmacéutico sa-

lió á la puerta de la botica, alargando el cuello. Junto á la iglesia se le sonrieron á Teresa con benevolencia dos señoras: la mujer del Alcalde y la hermana del doctor Tavecchia.

En conclusión, Teresita había inclinado tantas veces la cabeza y mantenídose tan tiesa de talle, que en el momento de llegar á la carretera principal, fuera de la población, dejóse caer descansando sobre los almohadones de piel, con un gran suspiro de felicidad.

Habituada á una continua ocupación, placíanle aquellos momentos de ocio; le parecía ser una gran señora y miraba en derredor con complacencia, observando los árboles, el camino real y el cielo, como si los viese por vez primera.

No era nada romántica; pero aquel sentirse transportar en medio de nubes de polvo, por un camino largo, muy largo, la exaltaba ligeramente; pensaba que todo aquel polvo era levantado por ella, que el caballo corría por ella, y que por ella rechinaban tan alegremente los desvencijados muelles del cochecillo, por ella y por su tía.

Sentía infinito reconocimiento hacia Dios, un impulso de amor á la naturaleza y á sus semejantes. ¡Cuán bello era todo en el mundo! ¡Qué buenos eran todos!

Se interesó por los pueblecillos y casitas desparramados en los campos. De seguro habitaban allí familias tranquilas, papás y mamás amorosos, niños felices.

¡Qué hermosas carreras á lo largo de los setos! ¡Qué alegres cantares en los prados, por la noche, cuando vuelan las luciérnagas! Entre tanto, todo era esplendor, todo refulgía bajo los rayos del sol. El camino amarillento, llano, serpeante, se perdía en medio de la cultivada campiña, de un verde intenso; en toda la llanura no se veía más que verde, el verde uniforme del heno de Mayo, el variado verde de los olmos y nogales, el verde pálido de los sauces; encima, más alto, recortándose sobre el cielo, el tembloreo cambiante de los álamos blancos.

—Tía, ¿falta aún mucho?

—Un poco.

Pensaba Teresa cuán contento estaría Carlitos si hubiese podido encontrarse en su lugar; y, con su incorrupta bondad de corazón, casi tuvo remordimiento de su alegría; pero luego se consoló, prometiéndose á sí misma llevar al hermano un ruiseñor desencastado, del cual tenía tantos deseos.

—Habrá ruiseñores en Marcaria, ¿no es verdad?

—¿Si los hay allí? Me parece..... sí, sí, debe haberlos.

La tía Rosa contestaba plácidamente, con las manos cruzadas sobre su robusto pecho de matrona, para sujetar la mantilla que la brisa hacía ondear por el aire.

Teresita aspiraba con avidez aquella brisa, con todo el cuerpo fuera de la ventanilla, insensible al sol y al polvo, limitándose á cerrar los ojos cuando no se veía más.

—¿Falta mucho, tía?

—Otro poco.

Un cochecillo, tirado por un potro negro, venía á todo escape, como una exhalación.

—¿Es posible ser más desesperado?—exclamó la tía mientras que, habiendo encontrado un alfiler, se prendía con él metódicamente la mantilla.

El camino en aquel punto era más bien estrecho; el cochecillo, corriendo como un loco, chocó contra una rueda del coche, rompiendo uno de los rayos, que saltó lejos.

El cochero de éste detuvo en seguida su vehículo, y, jurando, se apeó para examinar los desperfectos, mientras la tía Rosa, tranquila y risueña, exhortaba á Teresita para que no tuviese miedo.

—No es nada,—dijo el cochero;—peor pudo haber sido.

También se había parado el cochecillo. Quien lo guiaba, un jovencito moreno, bajó deprisa y se aproximó á informarse de si se habían asustado las señoras.

Las señoras no se habían asustado.

Entonces el jovenzuelo gratificó al cochero en compensación de la rueda, subióse otra vez al cochecillo, y, llevándose ligeramente la mano al sombrero, volvió á poner el potro al trote.

—¡Jóvenes aturdidos!—exclamó la tía Rosa.

—Este es el más atolondrado de todos.

—¿Le conoce usted?

—¿Y cómo no conocerle? Se le encuentra en todas partes: hoy aquí, mañana en Mantua; por la mañana en coche por el campo, á la tarde en Parma ó en Cremona. ¡Es Orlandi!

—¡Ah! ¿Orlandi?—dijo Teresita.—Si hubiera sabido que era Orlandi, le hubiese mirado mejor.

Sacó la cabeza por la ventanilla; pero el cochecillo, ya lejano, sólo se veía como un punto negro en medio del polvo.

—¡Se habló de él tanto el año pasado, cuando hubo la inundación!.....—prosiguió Teresita, con un dejo de amargura por no haberle visto.

Descendía la siesta, ardiente, sobre toda la campiña. Quemaba el sol, quemaba el polvo; sobre la verde llanura se extendía una ligera capa incandescente, como de oro fundido, grave y monótona en aquella amplitud solemne de la vega del Po, bajo un cielo uniforme, lácteo. Ni un piar de pájaros, ni un roce de alas, ni un canto de aldeanas; por todas partes el silencio altísimo del medio día, el silencio de los campos desiertos, de la naturaleza dormida, de los bosques mudos y misteriosos.

Teresita repitió su pregunta.

—¿Falta mucho?

Y esta vez la tía respondió:

—Poco.

Cuando en Marcaria bajaron el puente levadizo y el coche pasó el río Oglio por encima de aquel armatoste herrumbroso, poco faltó á Teresita para dar gritos de asombro. En verdad, hubiera querido que allí estuviese su hermano Carlitos.

En cuanto á ella, tenía una idea muy vaga é incompleta de los puentes levadizos, ni su fantasía limitada podía sugerirla fantasmas medioevales; pero, aun así, túvolo por cosa extraña y digna de recordación cuando contara su viaje en casa.

El tío la esperaba inmóvil, sentado en un sillón, con las piernas estiradas encima de una sillita de paja. Era un vejancón alto y robusto, con espesa cabellera hirsuta, ojos astutos y boca sensual. Miró en seguida á su sobrina, instintivamente, con la rápida y segura ojeada del antiguo mujeriego.

Su mujer se le acercó con mucha premura, preguntándole cómo estaba y si iban bien las piernas.

Dejó él oir un gruñido sordo, meneando la cabeza, mientras con las manos se palpaba las rodillas.

Teresita, con un arranque de bondad, le echó los brazos al cuello, y al besarle encontró por casualidad los helados labios del viejo; echóse ella atrás en seguida, pero él arrojó un leve grito de placer, mirándola con ojos encandilados y dándola gracias, hasta que un sordo reclamo de su mal le hizo llevarse otra vez las manos á las rodillas, doblando la cabeza.

—¿He hecho bien en traerla?—preguntó la tía Rosa en voz baja.

Indicó que sí.

—Próspero disfruta de buena salud, así como su mujer y todos sus hijos. Me han encargado que te salude.

Nueva seña con la cabeza.

—Esta pobrecilla nunca ha visto nada, lleva una vida de vieja en su casa; ya sabes las ideas de Próspero.

El vejestorio levantó la cabeza de pronto, preguntando:

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis cumplidos.

Estas palabras, «dieciséis años», detuviéronse en el aire como suspensas encima de la cabeza de ambos cónyuges, que se miraron un momento, movidos por las mismas reflexiones.

La tía Rosa suspiró plácidamente, con las manos caídas en el regazo. Su marido hizo un gesto rabioso y volvió á restregarse las rodillas, con los ojos fijos y los labios colgando.

Entretanto Teresita había corrido á la puerta que comunicaba aquella planta baja con el jardín.

Era un jaspeado de luz, de verde, de rosales floridos; un

hermoso perro dormía al sol, dos gatitos jóvenes jugueteaban con una ramita seca. Teresa se sonrió, sonrió al sol, á las flores, á la misma juventud que irradiaba sobre cada objeto circunvecino. Sentíase fuerte, con apetito; tenía en las piernas un hormigueo de vida exuberante; los pulsos le latían deliciosamente, con un ritmo alegre y lleno de promesas.

Al llamarla su tía echó á correr, á saltos como un cabritillo, comprometiendo la seriedad de su vestido largo, que por vez primera llevaba; tan feliz, tan feliz, que si le hubieran dicho que volara, en seguida hubiese hecho la prueba.

—¿Qué tal, te aburres?—preguntó la tía Rosa, con su cariñoso acento de madre anciana.—Esta es una casa un poco triste para una jovencilla.

—¡No, no! ¡Oh, no!

Así protestaba Teresita, sinceramente, gustando el goce, nuevo para ella, de un reposo absoluto, mirando en torno suyo, curiosa, aquel gran aposento vacío, un poco frío, un poco enmohecido, donde las serenas figuras de los dos viejos parecían sobrevivir á un sinnúmero de recuerdos extintos.

—Este es el mostrador—dijo la tía, apuntando con el dedo á uno grande, de encina, ennegrecido;—este es el mostrador de la tienda.

—¡Ah! ¿Sí?

—Este es el diván donde mi penúltimo hijo, Juan, estuvo enfermo siete meses.

—¡Pobrecito!

—¿Ves aquel cuadro, aquel cuadro bordado, la Virgen de los Dolores? Fué el trabajo que hizo para los exámenes mi pobre Judith, el último año que estuvo en el colegio.

—¡Qué bonito!

—Observa las manos: sólo para las manos trabajó dos meses y medio.

—¡Oh! ¿De veras?

Y Teresita permaneció extática ante todos aquellos recuerdos, dulcemente conmovida, hasta que el tío, apoyándose á

duras penas en los brazos del sillón, hizo ademán de levantarse.

—Ya es hora de ir á la mesa; han dado el toque, y esta chiquilla debe de tener hambre.

Luego la echó una mirada indefinible, murmurando entre los labios desdentados:

—¡Diez y seis años!

VI

El despertar por la mañana en otro dormitorio fué para Teresita un manantial de nuevos placeres.

Habíase despertado al pronto sobresaltada, creyendo oir llorar á las gemelas y tirarse del moño una á otra; pero al percatarse de su error sonrióse, y volviendo á meter las piernas, que había sacado ya de la cama, se arrebujó dulcemente entre las sábanas. El blando colchón, puesto sobre un jergón de pluma, había cedido bajo su cuerpo, formando un hoyo caliente, en el cual se hundía con delicia la muchacha. Estaba echada de costado, con las manos recogidas junto al pecho, las rodillas un poco altas, la cabeza encima de una almohada baja, y miraba en derredor suyo.

Nada especial había en aquel aposento; mas para Teresita todo era nuevo, empezando por la cama y concluyendo por la jofaina, de una bonita loza con flores azules. En las paredes, cuatro cuadritos modestos representaban las aventuras de Telémaco: Venus, conduciendo el Amor á la isla de Calipso, estaba allí pintada con un vestido de color de rosa, de hechura á lo *virgen* y con manga *perdida*. Teresita no pensó si aquella indumentaria estaría ó no conforme con las tradiciones clásicas: veía á aquella hermosa señora vestida de color de rosa, en medio de otras varias vestidas de blanco, y al joven Telémaco

entre ellas, y no le pareció antipática la escena, sino todo lo contrario.

En su casa tenía precisamente delante de la cama una imagen de santa Lucía con los ojos en un plato: la comparación era favorable á las aventuras de Telémaco.

Un ligero roce junto á la puerta le hizo dar un grito. Entró la tía Rosa, tranquila, serena, con una tacita de café en las manos.

La vergüenza de verse sorprendida aún en la cama hizo que Teresita balbuciese muchas excusas; pero la tía la interrumpió al punto sonriéndose, diciendo que á su edad gusta mucho dormir y que debía de estar algo cansada por el viaje del día anterior.

—Pero, tía, usted ya está levantada.....

—¡Oh! Eso es diferente. Yo he perdido la costumbre de dormir desde que estuve criando, y luego siempre tuve algún hijo enfermo; además, tengo á mi viejo. Yo no duermo ya.

Dijo «yo no duermo ya» tranquilamente, con un fondo de languidez perenne; como si su vida, lo mismo de día que de noche, sólo respondiese al simple mecanismo de las funciones materiales.

Teresita no quería tomar el café, por no estar acostumbrada á ello. En su casa, solamente la mamá tomaba café.

—No importa, aquí eres forastera—replicó la tía Rosa con su sonrisa de buena, que animaba.

Y así que lo hubo tomado Teresita, por obediencia, sintió dulcemente confortados los nervios, un bienestar en todo el cuerpo, una notable energía, una extraña lucidez mental. La tía había salido. Volvió Teresita á coger la taza que había puesto en la mesilla con un resto de café, y la apuró hasta la última gota, relamiéndose los labios. Luego saltó de la cama, cual despedida por un resorte.

Nadie le metía prisa; su mamá no le gritaba: «¡Teresita, Teresita!», con aquella vocecilla apagada que tan bien conocía; ni las gemelas para que las peinase y les diese el desayu-

no, ni para que arrollase de un modo pasadero las fajas de Ida; ni la áspera voz de su padre gritando: «¡Que nadie toque los papeles de mi oficina!»

Todo el aposento vacío era para ella una extensión sin límites, una libertad absoluta.

Comenzó á vestirse despacio, saboreando el placer de corretear descalza sobre el alfombrín delantero de la cama, y dar vueltas en enaguas, sin chambra, levantándose á cada momento el canesú de la camisa, que se le escurría por un brazo.

¡Qué blancos eran sus brazos! Nunca había tenido tiempo de mirárselos, y aparecíansele ahora como si fuesen los brazos de otra persona, ¡tan finos, redondos y blancos! En verdad, no podía comprender cómo es que eran blancos mientras el color de la cara y hasta del cuello era moreno; sólo descendiendo por bajo de la clavícula, donde principiaba el pecho, reaparecía lo blanco.

Sorprendióla esta desigualdad de su piel; de seguro que eso no debía de ser cosa normal. Entonces le ocurrió de repente un pensamiento extraño: ¿era guapa ó fea?

¡Si fuese guapa!

Se miró al espejo y se puso á examinarse tan detenidamente, tan de cerca, que su aliento empañó el cristal. Con paciencia lo limpió en seguida, primero con la mano y después con la servilleta, hasta que lo dejó del todo brillante; vòlvió á mirarse su propia cara reflejada, pero la duda no se desvanecía.

No experimentaba al mirarse aquel asombro que causa la belleza; antes, por el contrario, descubría con un poco de disgusto que su nariz no bajaba recta y afilada como la de la tía Rosa, la cual fué una mujer de verdadera hermosura; sus mejillas y su barba tampoco tenían aquella pureza de líneas que hacían asemejarse á su tía á una estatua de mármol.

En ese caso, ¿era fea? Teresita estaba por llegar á tal conclusión, si no fuese porque al dar un postrer vistazo general que abarcaba la armonía entera del rostro, recibió buena im-

presión y sintióse consolada. No creía ser hermosa; pero fea, tan fea como las Portalupi, tampoco.

Anduvo buscando un momento una palabra, una palabra que ella conocía y que en su sentir era aplicable á su propia fisonomía, pero no la encontró en seguida.

Decidió entonces vestirse y lo hizo con un esmero insólito, oprimiéndose el talle, observando bien si tenía los cabellos partidos con igualdad á uno y otro lado.

—¡Yo también comienzo á *presumir!*

Dijo, sonriéndose á sí misma en el espejo, por la bufa idea de que pudiera *presumir* ella: y permaneció inmóvil, chocándole el brillo que vió ante sí en aquellos labios sonrosados y turgentes, en aquella dentadura de una candidez deslumbradora. Volvió á sonreirse. ¡Qué cosa tan estupenda! Todo su rostro cambiaba de expresión. ¿Produciría, pues, aquel efecto ella en los demás al reirse?

Apoderábase de ella un gozo curiosísimo: continuaba riendo y saltando por el aposento, ¡con más ganas de cantar, de bailar, de abrazar á alguien!

De pronto se detuvo haciéndose cargo de su tontera.

Bajó al huertecillo, grave, espetada, dándose aires de señorita, mirando con benevolencia al perro que dormitaba tendido á la larga en su cobija; dió algunos pasos por el jardín, inclinándose para olisquear los rosales, seria, como persona que lo entiende.

—¡Coge rosas!—gritó detrás de ella la voz de su tío.

El vejestorio la observaba desde la ventana del comedor de los criados, apoyándose en el quicio con sus descarnadas manos.

Teresita cortó las rosas escogiéndolas, dejando en las ramas los pequeños capullos no abiertos aún, prefiriendo las rosas dobles y prietas, de matiz intenso y muy aromáticas; iba oliéndolas una por una, antes de juntarlas en un ramo; volvió á olerlas todas juntas, por largo rato, con la cara metida entre los frescos pétalos, mojándose de rocío las mejillas.

—Son bonitas, ¿no es verdad?

—Preciosísimas.

Volvió sobre sus pasos, lentamente, buscando aún entre las matas, apretando contra el pecho todas aquellas rosas que se le escapaban de entre los dedos.

—¡Enséñamelas!

Teresita se acercó á la ventana, donde el vejancón hacía entonces increíbles esfuerzos para sostenerse derecho; y le presentó las rosas, echándose hacia adelante, rozándole con las manos sus manos afiladas.

Tambaleóse él un momento, al oler las rosas en el seno de la muchacha; y después cayó desvanecido en el sillón, con la cabeza inclinada sobre un hombro.

Se asustó la niña, dejó caer las flores encima del alféizar, y corrió en busca de su tía.

—Un leve desmayo y nada más;—dijo ésta levantando con mano ducha la cabeza de su marido.

Una taza de caldo caliente le repuso del todo; y cuando al caldo se agregó una copita de vino de Málaga, los ojos del anciano empezaron á brillar á intervalos, hasta que por fin quedaron inmóviles, codiciosamente atraídos por las rosas esparcidas en torno suyo.

Media hora después dormía.

Los hombres — dijo plácidamente la tía Rosa, haciendo los puntos de una calceta— son mucho más débiles que nosotras.

—¿Sí?—exclamó incrédula Teresita.

—Sí.

La tía no añadió nada más. Aquella sílaba encerraba una larga experiencia multiforme, segura. En ese aserto, que sintetizaba la debilidad del sexo fuerte, compendiábase el fruto de su vida pasada observando: observando tranquila detrás del mostrador, junto á las camitas de sus dieciséis hijos, en las horas lentas y pacientes de la soledad femenina.

Teresita no podía comprender, y no comprendió; pero le

quedó la impresión de un pensamiento grave, indeterminado, al contemplar á aquellos dos viejos, decrépito y aferrado furiosamente á la vida el uno, serena en su indiferentismo la otra, bella en el sosiego marmóreo de las formas jamás alteradas por soplo ninguno de pasión. El tío le causaba un poco de respetillo y secretamente cierto desagrado; pero no podía saciarse de mirar y remirar á la tía Rosa, sentada con la imponente majestuosidad de una antigua romana, moviendo las agujas de hacer calceta, despacio, con sus regordetas manos, levantando de rato en rato los ojos, de un mirar cristalino, de una limpidez como de agua.

Escribió á su mamá: «La tía Rosa es tan buena como guapa.»

Pero, ¿quién era el jovenzuelo alto y delgado, con pantalón de color de canela, que pasaba por la mañana al pie de su ventana, en el preciso momento de abrir ella las celosías?

Por fin llegó una vez á saberlo, en la mesa; porque, al servir la sopa de fideos, dijo la tía:

—No sé qué tiene Paquito, que le veo pasar por aquí cinco ó seis veces al día; Paquito, el hijo del administrador de correos.

Sabía su nombre, sabía que era hijo del funcionario postal. Mirándole mejor, supo también que no era feo mozo, un poco sufrido, con unos ojazos á flor de cara que parecían querer coger á las personas como con tenazas.

Era una diversión el verle pasar todas las mañanas, y venía bien para saber la hora: la llegada de Paquito significaba lo mismo que las siete y media en punto.

La tía Rosa, relacionada con la familia del administrador de correos, no se negó á acceder cuando una noche fueron á invitar á Teresita á que diese cuatro saltos al son de un organillo; y Teresita, que en su vida había bailado, sintió darle un vuelco la sangre. Ciertamente era feliz, pero hubiera querido ocultarse á todas las miradas. ¡Tan poca seguridad tenía en sí misma, y tanto era su temor de parecer tonta de capirote y no acostumbrada al trato de sociedad!

Al entrar en la sala y ver todas aquellas sillas en fila junto á las paredes, el suelo regado con agua fresca y cuatro velas puestas delante de cuatro espejitos, experimentó un vértigo momentáneo. No vió á nadie, ni miró nada; á paso de sonámbula, llegóse al rincón más obscuro, donde había una humilde sillita olvidada en el hueco de la ventana, después de servir para colgar una colcha blanca á modo de cortinaje.

Sentóse allí Teresita y permaneció como clavada.

Veía confusamente dos ó tres parejas que daban vueltas y le pareció que la tía Rosa, desde el otro lado de la sala, estaba invitándola con señas á salir de aquel rincón y moverse como las demás. Pero había una niebla delante de sus pupilas y no percibía con claridad los contornos; creció la niebla y trocóse en obscuridad absoluta, así que se detuvo precisamente delante de ella una cosa de color canela.

—¿Me permite usted?

¿Qué se quería de ella? ¿Qué cosa le ofrecían? ¿Quién hablaba?

—¡No, no!—respondió ella con viveza, rechazando un cartuchito, toda temblorosa.

—¡Se lo ruego, hágame usted el favor, aunque no sea más que un dulce!

¿Eran dulces, de verdad? ¿No se proponían burlarse de ella? ¿No eran más bien guijarrillos ó bolas de miga de pan? ¡Tantas veces le había hecho su hermano esa jugarreta!

De tal manera insistió la voz, que Teresita se decidió á alargar la mano y cogió un dulce grande.

—¿No baila usted?

Poco á poco iba Teresita saliendo de su estupor y comenzaban sus ojos á ver claro. Paquito tenía un modo de hablar melifluo y estaba inclinado ante ella con tamaño respeto, que Teresa tuvo una remota intuición de que le causaría placer aceptando sus agasajos corteses.

Respondió, sin embargo, con dulzura:

—Nunca he bailado.

—¿No sabe usted bailar?

—¡Oh! en el colegio..... ó bien con mis hermanitas.....

—Pues lo mismo es. Hágame el favór de una vuelta; estoy convencido de que baila usted divinamente.

Guardóse los dulces en un bolsillo de la americana y le ofreció galantemente la mano.

—Temo que la cabeza me dé vueltas.....

—No tenga usted miedo; tengo firme el brazo, conmigo no puede caerse.

Y para darle al punto una prueba de su fuerza, la cogió con brío por el talle.

Teresita volvió á sumirse en las tinieblas. Ya no tenía noción de sí misma; daba vueltas y más vueltas, cegada por las cuatro velas, que le parecían lámparas deslumbradoras, sintiendo en un costado el cartucho de dulces que Paquito tenía en el bolsillo, y sin atreverse á decirle que no la apretase tanto.

—¿Está cansada?

Estaba medio muerta, pero no tuvo el valor de confesarlo, ebria de movimiento, de música que provocaba á saltar, de calor de aquel cuerpo pegado al suyo, del intensísimo olor á jazmín que exhalaban los cabellos de su pareja.

—Señorita, baila usted como un ángel.

Por fortuna, el organillo dejó de tocar; dejóse caer Teresita sobre la primera silla, con el rostro encendido como un ascua.

La segunda vez y la tercera que bailó con Paquito, ya no tenía tanto reparo; pero iba en aumento su turbación. Al fin de la velada había llegado al extremo de no poder hablarle sin que le temblara la voz; y cuando dijo él, pronunciando con languidez las palabras y poniendo unos ojos muy expresivos:

—¡Cuánto siento que pasen estas horas!

Arrebatada, fuera de sí, preguntó Teresita:

—¿Por qué?

Paquito no esperaba otra cosa.

—Por tener que separarme de una persona tan simpática.

La sala daba vueltas como una devanadera; giraba el organillo, con quien lo tocaba; giraba la tía Rosa; giraba ella misma, Teresita, opresa por los brazos de Paquito.

Y quienes realmente daban vueltas eran ellos dos solos, en los últimos compases del galop final.

—¿Te has divertido?—preguntó la tía Rosa, cuando estuvieron en casa.

—¡Muchísimo!—respondió Teresita con una convicción que le salía por los ojos.

Una vez encerrada en su cuarto, fué feliz por unos instantes, repitiendo con el pensamiento todas las frases de aquel memorable baile, recordando sílaba por sílaba todo aquello que le había dicho Paquito: «*¿Me permite usted? Se lo ruego, hágame el favor de tomar á lo menos un dulce. ¿No baila usted?*» Todo, todo, hasta aquellas palabras: «*una persona simpática.*» Sólo de pensar en éstas, le daba un vuelco el corazón.

Contempló amorosa el dulce, indecisa entre el deseo de comérselo y el de conservarlo eternamente.

Pareciéronla dura la cama y demasiado pesadas las cubiertas. Estaba rendida y no lograba pegar los ojos; si se le entornaban los párpados, al punto los abría creyendo oir murmurar sobre la almohada: «*una persona tan simpática*». Y luego acudían á su mente las tocatas del organillo y se agarraba al colchón, con el brazo izquierdo arqueado hacia arriba y el brazo derecho estirado, haciéndose la ilusión de que aún estaba bailando. Al amanecer quedóse dormida.

Al despertar, el primer pensamiento fué para él; pero en vez de ser una idea alegre y risueña, se le presentó casi como un dolor, cual una espina agudísima clavada en la piel.

Conforme iba entrando el día aumentaba su melancolía, sin que jamás hubiera experimentado una tristeza semejante. Sentíase cambiada, como si la hubiesen caído encima gran número de años; tenía tétricos pensamientos de muerte, de enfermedades, un desconsuelo, un vacío.

Se tocaba el vestido acá y allá, donde lo había tocado él, y dábanle grandes antojos de llorar.

A la hora de comer tenía el corazón tan oprimido, que casi no pudo probar bocado.

—Vete á acostarte, pobrecilla; estás cansada.

Teresita no se lo hizo decir dos veces: sufría mucho al tener que dominarse delante de los tíos; sentía la necesidad de estar sola, para encontrarse libre con el nuevo huésped que albergaba dentro de sí, para poder cerrar los ojos y pensar en Paquito.

No fueron mejores la segunda noche ni el día siguiente. Por la mañana le había visto pasar, desde la ventana de su cuarto, y la tenaz mirada que le echó él habíala hecho feliz por un instante; pero después se apoderó de ella otra vez la melancolía, con insistencia atormentadora.

—Esta muchacha está enferma—dijo la tía Rosa, acariciándola con dulzura—tal vez la prueben mal estos aires.

—No, tía, no me hacen daño.

—Estás pálida, intranquila; déjame tomarte el pulso. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

—Déjala en paz—interrumpió el viejo, echándole á hurtadillas una de sus miradas penetrantes.—No tiene nada.

—Creo que no es nada, pero la juventud necesita de vez en cuando algún refrigerante. A mis hijos, cuando no estaban del todo bien, les daba una cucharada de maná. Es dulce.

Y como Teresita, dando vueltas por la habitación, se hubiese alejado un poco, el viejo hizo una bocina con las manos delante de la boca, en dirección á su mujer, diciendo:

—¡Está enamorada!

Y se echó á reir con sorna, meneando la cabeza al ver la candidez de la buena mujer, la cual no fué capaz de rechistar ni una palabra, quedándose con los ojos absortos: aquellos ojos cristalinos, claros, que habían visto muchas cosas en la vida, pero jamás el amor.

VII

El señor Caccia vino de punta en blanco á llevarse consigo su hija, la cual ni siquiera intentó resistirse; pero le entró tal tristeza por esa decisión, que á duras penas podía contener las lágrimas.

—Es demasiado sensible– dijo doña Rosa—se parece toda á la bendita de su mamá.

Y el tío, al despedirla, dijo muy quedo:

—Alégrate, todo pasa; el único mal que no tiene remedio, mira, es éste.

Y señaló á sus propias piernas enfermas y á sus blancos cabellos.

Teresita se sonrió á regañadientes: en medio de su dolor, aún sentía los estímulos de la juventud, y las ilusiones cantaban en ella más alto, más fuerte que la breve experiencia humana.

Le vió antes de marcharse. Esperaba él delante de correos el paso del coche. Cruzaron una mirada apasionada, y en todo el viaje Teresita no hizo más que pensar siempre en aquella mirada.

La carretera le pareció muy larga y muy triste; pero al ver las primeras casas de su ciudaducha, la imagen de su mamá y de sus hermanas la absorbió casi por completo.

Al pasar por la plaza, miró en derredor suyo, conmovida. Había allí edificios muy conocidos: la farmacia, el café, las Casas Consistoriales. El sombrerero, como de costumbre, había extendido sus «formas» de fieltro sobre los bancos de la plaza, para que se secasen; la presuntuosa de la modista estaba fisgoneando en el quicio de la puerta de su establecimiento.

Todo era lo habitual, todo le era conocido. Sólo Teresa había cambiado: los objetos eran los mismos, pero sus ojos los veían de diversa manera.

La señora Soave advirtió al punto la mudanza de su hija.

—Te has hecho ya una mujer—le dijo.

Y luego siguieron largas conversaciones. La pequeñita le había dado bastante guerra, no dormía nada por las noches. Las caprichosas gemelas no la dejaban en paz, todo lo hacían trizas. Los trajes de rayas rojas y negras estaban rotos ya por los codos; ¿había algún retal para remendarlos?

Teresita aseguró que sí.

Carlitos, entre tanto, era bueno. Con tal de que le dejasen revolver de arriba á abajo su cuarto, colocar trampas para los ratones, poner ramas cubiertas de liga, destruir alguna silla é irse á paseo de vez en cuando con sus compañeros, se podía ir pasando la vida.

Teresita escuchaba dócilmente y la señora Soave continuó un rato, porque las niñas estaban en la escuela, Ida en la cama, y ella tenía un momento de descanso, sentada en el diván, con el taburete debajo de los pies, la pañoleta gris cruzada sobre el pecho y sus manitas amarillas una sobre otra, siempre adornadas con las pulseras de crin.

—Y tú, ¿te has divertido?

—Sí, mamá.

—¿Eran buenos los tíos?

—Tan buenos; en especial la tía Rosa, que nunca se encoleriza ni de nada se queja. Es feliz, ¿no es verdad?

—¡Quién hay nunca feliz en este mundo!.. Teresita, no lo conoces aún; no, no lo conoces.

Los negros ojos de la señora Soave miraron desconsolados al cielo. Teresita tenía un deseo loco de contarle su secreto, pero en aquel momento no se atrevió.

Poco después, sin ninguna transición, como si una fuerza desconocida le sacase del cuerpo las palabras, exclamó:

—He bailado.

—¿Has bailado? ¿En Marcaria? Supongo que no habrá sido en casa del tío.

—No, en casa del administrador de correos.

—¿Y quién estaba allí?

—El médico y su mujer, el hijo del dueño, dos muchachas apellidadas Cacciamali...

La ocasión era favorable; el nombre de Paquito abrasaba los labios de la muchacha. No había mentado el baile sino para llegar á hablar de él; quería decírselo todo, todo, á su mamá. Pero aquel nombre no salió. Otros dos ó tres esfuerzos permanecieron infructuosos; un nudo inexplicable le apretaba la garganta, y el corazón le palpitaba desordenadamente.

—Tu padre está de mal humor. ¿No lo has notado? Los intereses van mal.

¿Qué intereses? Teresita no sabía nada de eso; sólo comprendió que había pasado la ocasión de hablar.

Llegaron juntos á casa, las gemelas y Carlitos.

—¿Me has traido el ruiseñor?

Teresita tuvo que confesar que no se había acordado de ello, y quedaron en santa paz con el aturdimiento. También las niñas se le echaron encima, preguntándole si había traído alguna cosa de Marcaria.

—Pero, ¿qué tenía yo que traeros, señoritas?

Estaba un poco despechada; por vez primera, sus hermanas le producían una sensación de molestia.

Pero las gemelas no se daban por vencidas; una por un lado y otra por el otro la agarraron por las faldas, acariciándola y registrándola impacientes hasta que por fin descubrieron en el bolsillo el dulce. Entonces, ya no se contuvieron.

—¡Devolvedme mi dulce!—gritaba Teresita con desesperación.

No había que esperarlo; las niñas se lo disputaban á fuerza de puños.

—¡Quiero mi dulce!—replicó Teresita, con lágrimas en los ojos, haciendo ademán de apoderarse de él á viva fuerza.

La señora Soave, que al pronto creyó que Teresita estaba de broma, al verla iracunda no pudo menos de reprenderle con dulzura. ¿Cómo podía permitir que llorasen las niñas por un dulce?

La joven comprendió lo justo de la reprobación de su conducta, y una intensa llamarada de vergüenza subió á sus mejillas. Ya no dijo nada más, dejando que el dulce fuese repartido á medias entre las gemelas, mientras ahogaba los sollozos con el delantal sobre la cara.

—¡Un papelito, un papelito!—gritaron las niñas.

—Es un dulce parlante—dijo Carlitos.

Teresita miró por entre el delantal, y viendo que Carlitos se precipitaba á coger el papelillo, balbuceó:

—Al menos, dame eso.

—Voy á leerlo antes.

—No, es mío.

—No es tuyo.

—Sí.

—No.

Teresita fué otra vez presa de la cólera, del despecho, del desconsuelo, al perder así la única memoria que le quedaba del baile.

Carlitos, leyó en voz alta, declamando con acento burlesco: *Recuerda, tirana—de pecho cruel,—á quien está muerto por tí, amante fiel.*

Teresita, cuyo corazón estallaba, alargó bruscamente la mano; Carlitos retiró la suya con igual prontitud, y se hizo pedazos el papel.

Incapaz de dominarse más tiempo, la muchacha corrió á su cuarto, donde tuvo una verdadera convulsión nerviosa.

Todo el verano estuvo meciéndose en aquel pensamiento de amor, acariciando ilusiones extravagantes. A veces imaginaba ver pasar á Paquito por la calle de San Francisco, ó que daba vueltas de incógnito por las cercanías, espiando la oca-

sión de verla. Quizá iba á recibir alguna carta. Tal vez se decidiera él á venir para pedirla por esposa.

Todas estas ilusiones la tenían muy ocupada, y cambiaban por completo el orden de sus ideas.

Comenzó en aquella sazón á leer algunas novelas, bajo las indulgentes miradas de su mamá.

—En eso no hay ni pizca de verdad, ¿sabes?—decía lánguidamente la señora Soave.—La vida no es como la describen en los libros; pero á tu edad también á mí me gustaba leer. ¡Cosas de la juventud!

Una vez que hubo una carta del tío de Marcaria, Teresita creyó volverse loca; y como se había dejado la carta encima de la mesa del recaudador, en su despacho, no hacía sino rondar por allá, impaciente, mirándola y tocándola, observando si en el sobre existían transparencias indiscretas.

Cuando el señor Caccia, calándose las antiparras, rompió el sello de goma, y después de leer de un vistazo su breve contenido, se metió la carta en el bolsillo, Teresita se quedó con la boca abierta, con el corazón suspenso; y, como se alejase el señor Caccia, tuvo el inaudito valor de correr tras él:

—¿No dice nada?

El «¿eh?» imperativo de su padre y las terribles cejas fruncidas la hicieron volver en sí, tanto, que añadió confusa, temblando por la mentira:

—¿Pone recuerdos para mí..... de parte de la tía Rosa?

A menudo, por la noche, cuando había acostado á las gemelas y ella misma estaba para irse á la cama, después de rezar las oraciones de costumbre, se sentaba medio desnuda en el borde del colchón, pensando en aquella noche.

Si pasaba un organillo, mientras cosía ella allá abajo sobre el escalón de madera, junto á la ventana, aquel sonido repentino la conmovía toda, recordándole deliciosas emociones.

En las ardorosas siestas del mes de Julio, durante el paseo en el malecón, y más tarde en la plaza, donde los jóvenes del país *daban vueltas á la noria,* trataba de inquirir por intui-

ción el móvil secreto de aquellas idas y venidas, de las paradas, de las medias palabras, de las señas misteriosas. Estaban allí Luzzi, Boccabadati, el teniente de la guardia civil, el farmacéutico; y Teresita buscaba con avidez é inútilmente en medio de todos.

En el mes de Noviembre, con motivo de la feria, se abrió el teatro con una discreta compañía de ópera. Daban *Rigoletto*.

Carlitos, que había ido allí una vez, al paraíso, donde se pagaba ochenta céntimos, canturreaba los principales trozos de la obra. Su hermana se le quedaba escuchando para volver á cantarlos en voz baja, sin olvidar la letra. La declaración amorosa del duque á Magdalena le gustaba, pero aún más de su agrado era, sobre todo, el aria de Gilda: *Tutte le feste al tempio*.

Quería que Carlitos le explicase quién era Rigoletto y quién el joven á quien su hija encontraba en la iglesia.

Carlitos daba algún detalle, de un modo brusco y zafio; describía la terrible cara de Sparafucile y la ridícula joroba del bufón.

—Pero, ¿y Gilda, Gilda?

Carlitos se encogía de hombros:

—Gilda maulla como una gata, y luego, ya sabes, yo no miro á las mujeres.

Teresita, que de ningún modo se hacía ilusiones respecto á poder ir al teatro, tuvo un gozo tal, como desde largo tiempo no experimentara, el día en que vino la jueza á decir á su mamá:

—Tengo la llave de un palco para esta noche; vamos mi cuñada y yo. ¿Deja usted venir también á Teresita?

La señora Soave, por delicadeza, observó que estarían demasiado estrechas tres mujeres en un palco.

Insistió la jueza; pero había que convencer al señor Caccia, porque nada se hacía sin su consentimiento. Entre las razones que daba la jueza, era una de ellas, que, siendo ya Teresita

una joven hecha y derecha, si querían casarla era preciso que se dejase ver.

El señor Caccia consintió, gruñendo. Aún hubo, además, algunas pequeñas dificultades relativas á la cuestión de trapos. La señora Soave dijo que Teresita no tenía un vestido á propósito; pero también aquí cortó el nudo gordiano la mujer del juez, asegurando que una muchacha bien peinada, con un par de guantes nuevos y con una flor, puede ir á todas partes.

Mientras estaba pendiente la cuestión, Teresita sufría como si estuviese en el potro; pero cuando por fin quedaron resueltas todas las dificultades y tuvo la certidumbre de la diversión que le esperaba, dejó rienda suelta á la alegría.

Abrazó á su madre, abrazó á la jueza; subió y bajó las escaleras á escape tres ó cuatro veces, sin necesidad ninguna; fué á la ventana; abrió cajas; comenzó una labor y volvió á dejarla.

—A esa chiquilla se le está encalabrinando la mollera,—dijo sentencioso el señor Caccia.—Cuidado con empezar.

—Pero, ¡si es cosa de su edad, Próspero! También hemos sido jóvenes nosotros.

La señora Soave vió á su hija marcharse, enternecida como cuando se fué á Marcaria, siguiéndola con húmedos ojos, llenos de ternura y de esperanza.

La jueza, que era una mujer muy desenvuelta, aconsejó á Teresa un continente resuelto, y la niña, recordando haber hecho ya su primera aparición en sociedad, le aseguró que no era novata como antes. En efecto, sentía en sí cierta arrogancia segura. Pero otra cosa fué cuando, al asomarse por el antepecho del palco, vió en derredor tres hileras de luces, y allá abajo todas aquellas cabezas, y arriba otras tantas cabezas más.

—Vamos, Teresita, pareces una estatua. Dinos algo.

La cuñada observó que mejor era dejarla serenarse poco á poco, hasta que se acostumbrase á aquel ambiente. Entonces las dos señoras empezaron á charlar una con otra, en el fondo

del palco. Teresita, apoyada en el antepecho, miraba el gentío, viendo acá y allá caras conocidas.

En segunda fila estaban las tres hermanas Portalupi, vestidas de color de canario y con tres abanicos de color de canario. En el palco inmediato el Subgobernador, elegantísimo, distinguido, con unos puños de camisa que brillaban como si de porcelana fuesen, con su hermosa barba de meridional, partida por medio, y los impertinentes ojos miopes que observaban de cerca á las señoras.

Toda la familia Arese, las mujeres con traje de terciopelo y con brillantes, los hombres serios, estirados, con algo de aburrimiento pintado en el rostro.

La mujer del Alcalde, con vestido negro, el mismo que se ponía para ir á misa, concurrente por complacencia, sin entender una pizca, deseando que el espectáculo termine pronto.

En un palquito de primera fila, Don Juan, solo, tendido sobre dos sillas, bostezando.

—¿Quién es aquel señor?—preguntó la cuñada, que era nueva en el país.

La jueza respondió en tono más bajo:

—Es Boccabadati, el querido de la Checca.

—¡No lo parece!

—De seguro, ¡aquí! Conoce á todas. Dicen que viene por la contralto, la que hace de Magdalena.

—¿Es rico?

—Bastante; pero las mujeres no le dejan mucho.

Bajó otro tono la voz, para decir:

—¿Ves aquella figura alta, pálida, allá en la platea?

—¿Con un velito en la cabeza y una rosa encarnada?

—Justo. Es la modista de la plaza. Hace como un año que la..... (pausa), y tuvo que desembolsar una bonita suma.

—¿Sí?

—Para el hijo.

Teresita escucha, tiesa, inmóvil. No podía ver á la modista, que estaba detrás; pero tenia delante á D. Juan, en su si-

barítica indiferencia, gordo y colorado, invadido ya por la languidez que hacia los cuarenta años aguarda á los hombres que han gozado de largo de la vida. Aquel gran sosiego, después de lo que Teresa había oído, la turbaba; estaba secretamente irritada por un misterio que de continuo huía de ella.

Un momento después, toda su atención estaba fija en el espectáculo. No pestañeaba ni alentaba; apenas abría la boca un personaje, era ella toda oídos; apenas se movía uno, ya estaban sus ojos siguiéndole atentamente. Corrido el telón, volvióse de pronto hacia la jueza:

—¿Y Gilda?

—Gilda aparecerá luego, en el segundo acto.

—Me parece malo aquel bufón.

—No, no es malo; depués lo verás.

—¿Y el duque?

—¡Ah! El duque..... verás, ya verás.

Apareció Gilda, vestida de blanco, feucha, pero bastante joven y con un aire modesto, que al punto fué del agrado de Teresa. Cantó bien, con sentimiento en lugar de voz, floreando con una melancolía suavísima el relato de sus amores con el estudiante.

Teresita estaba arrobada, en éxtasis; la belleza del arte se revelaba á su corazón, abierto ya al amor. Siguió con angustioso anhelo el desarrollo de la acción dramática; espantóse con el rapto de Gilda, lloró con Rigoletto, sintió desdén y desprecio por los cortesanos y aguardó palpitante la nueva aparición de Gilda en la escena.

Aquí volvió á extenderse un velo en su mente. Diéronla tentaciones de preguntar por qué manifestaba Gilda tanta desesperación por encontrarse en casa del duque; un vago instinto la sugirió que su pregunta era ridícula, y callóse, meditabunda.

Ardió en ira contra el duque, en la escena del bosque. Magdalena le pareció una estúpida, incapaz de inspirar amor. Pero el trágico fin de Gilda, mientras el escéptico pasa por el fondo

canturreando su canción, aquel final le impresionó hondamente. Tuvo que retirarse á la sombra, para disimular sus lágrimas.

—¿Qué haces, niña? ¿Es posible tanta ingenuidad? No es ningún hecho verdadero, ¿sabes? Gilda se irá á cenar, dentro de un rato, enteramente de acuerdo con su amante.

De este modo intentaba la jueza tranquilizar á Teresita, sin conseguirlo, porque su emoción tenía un origen oculto.

La pasión intensa de aquel drama de amor estaba en secreta é íntima correspondencia con el alma de la muchacha, á quien el amor se le había revelado con un sufrimiento. Las poderosas creaciones de Rigoletto y del duque, la suave figura de Gilda eran más que personajes: eran sentimientos, eran pasiones hechas carne; y la grandiosidad terrible y humana de todo aquel trabajo repercutía en todas sus fibras.

Con los golpes de aquella fuerte conmoción la naturaleza espiritual de la joven se templaba, ennobleciéndose, adquiriendo los contornos de un ideal seguro. Fundió mentalmente su propio amor con el amor de Gilda. Los recuerdos que ya principiaban á desvanecerse perdieron la huella personal, mezclándose con otro gran número de impresiones y aspiraciones nuevas.

Desde aquella noche no volvió más á pensar directamente en el joven que por vez primera había hecho palpitar su corazón. Pensó en el amor, vago, misterioso, desmedido; en todo un mundo tumultuoso, no revelado aún por completo, pero que iba desarrollándose de un modo paulatino, con resplandores imprevistos, con rápidas heridas, con intuiciones maravillosas, elevándose entre la canción burlona del duque y el estertor de Gilda moribunda.....

NEERA.

(Se continuará.)

CLEOPATRA

I

INCERTIDUMBRE DE SU HISTORIA

La historia de Cleopatra no está escrita, ni podrá escribirse jamás, porque los autores griegos y romanos que siguieron inmediatamente á su época, parecen enemigos confabulados para la denigración y escarnecimiento de la famosa Soberana del Nilo. No hay vicio, crímen, ni desvarío, que no le atribuyan; pero este mismo rencoroso encarnizamiento demuestra su histórica importancia. La pasión no puede obscurecer del todo la verdad de los hechos; y éstos, en su virtual sentido, ponen de manifiesto la acción elevada y transcendental que ejerció Cleopatra en los graves acontecimientos de aquel siglo de profunda y gigantesca transformación.

Cleopatra, con las nebulosidades de la historia, con la ojeriza de los escritores cesarianos y con las invenciones forjadas por la imaginación en la posteridad, ha llegado á ser un personaje leyendario que nadie define ni caracteriza con absoluta claridad.

Unos la han presentado como un tipo estruendoso de pro-

caz lascivia; otros como una artera embaucadora de príncipes y guerreros famosos; otros como una princesa altiva y ambiciosa; otros como una Circe irresistible, que fascinaba reyes y pueblos con su ingenio, con su cultura, con su belleza, con su esplendorosa elegancia, con el hechizo de sus palabras, en que nadie la aventajaba; otros, en fin, como un ejemplo sin igual del amor profundo, infinito, que sólo la muerte puede arrancar del alma.

Aun descartando las calumnias de la pasión política, queda siempre algo enigmático y confuso en esta mujer extraordinaria.

II

CALUMNIAS CONTRA CLEOPATRA

Entre las acusaciones y las insultantes invectivas que forjó el resentimiento *romano* y el venenoso espíritu de la calumnia aduladora, es el frío desdén con que suponen que recibió Octavio amorosos halagos de Cleopatra.—¿Cómo no rechazar esta malévola invención, después de leer en el mismo Plutarco la conmovedora entrevista de Octavio y Cleopatra, á poco de la muerte de Antonio?

Plutarco refiere esta escena con el lenguaje implacable de la realidad. Cleopatra, postrada ante Octavio (que engañosamente con siniestros fines la halagaba), nunca aparece más noble, más interesante, más apasionada, más *mujer*. Cleopatra no comprendía la vida sin Antonio, que había sido el único ídolo de su corazón y la esperanza de sus ambiciosos ensueños. En aquel trance doloroso, estaba resuelta á morir: nada quería para sí; y aunque, con sólo treinta y ocho años,

y todavía hermosa, no cabía ya en su mente la imagen de los triunfos mundanos.

Se postró, sí, á los piés de Octavio, á quien odiaba; pero fué para pedir clemencia, no al hombre, sino al árbitro del mundo, en favor de sus hijos, cuya existencia y bienestar no sin fundamento juzgaba amenazados.

No es dable leer sin emoción y lástima la relación de Plutarco. Forzoso es tenerla presente, si ha de buscarse la verdad en el carácter de aquella reina desventurada:

«Eran muchos los reyes y generales que pedían el dar se»pultura á Antonio; pero César (Octavio) no quiso privar á »Cleopatra de su cadáver: así es que ella lo sepultó regia y »magníficamente por sus propias manos. Mas del pesar y de »los dolores (pues, de resultas de los golpes que se dió en el »pecho, se le inflamó éste y se le formaron llagas) se le levan»tó calentura: ocasión de que ella se valió con gusto para ir »cercenando el sustento y acabar de este modo la vida.....»

«César (ansioso de que Cleopatra, sierva, realzase su triunfo »en Roma) tuvo de ello sospecha, y le hizo amenazas y miedo »con sus hijos; con lo cual la sujetó, y hubo de prestarse á »que la curaran y alimentaran del modo conveniente.»

«El mismo César pasó después de algunos días á visitarla y »consolarla. Hallábase acostada humildemente en el suelo, y »al verle entrar corrió en ropas menores y se echó á sus pies, »teniendo la cabeza y el rostro lastimosamente desaliñados, »trémula la voz y apagada la vista. Descubríase también la »incomodidad que en el pecho sufría, y en general se observa»ba que no se hallaba mejor de cuerpo que de espíritu; y, sin »embargo, la gracia y el encanto de su belleza no se habían »apagado enteramente..... César empezó á disculparse con »atribuir lo ocurrido á la necesidad y al miedo de Antonio; »pero la reina al punto recurrió á la compasión y á los ruegos »(sin duda en favor de sus hijos, pues ella sólo en morir pen»saba), como podría hacerlo quien estuviese muy apegado á »la vida..... César creyó que Cleopatra deseaba conservar la

»vida, y diciéndole que sería tratada en todo decorosamente, »más allá de cuanto pudiera esperar, se retiró contento, pen- »sando ser engañador, cuando realmente era engañado.»

«Cornelio Dolabela participó reservadamente á Cleopatra »que César se disponía á marchar por tierra por la Siria, y á »ella y á sus hijos tenía determinado enviarlos á Roma de allí »á tres días..... La reina, marchando al sepulcro y dejándose »caer sobre el túmulo: —Amado Antonio—exclamó.—Vivos, »nada hubo que nos separara; pero, en muerte, parece que »quieren que cambiemos de lugares: tú, romano, quedando »aquí sepultado, y yo, infeliz de mí, en Italia, participando »sólo en esto de tu patria..... Sepúltame aquí contigo, pues »que con verme agobiada de millares de males, ninguno es »para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo »que sin tí he vivido.»

César recibió un billete de Cleopatra, en el cual le pedía que se le diese sepultura con Antonio. «Al punto comprendió »lo que estaba sucediendo, y envió á toda priesa quien se in- »formara; pero el daño había sido muy pronto, pues por más »que corrieron, se hallaron con que los de la guardia nada ha- »bían sentido; y abriendo las puertas, vieron ya á Cleopatra »muerta, en un lecho de oro, regiamente adornada.....»

«César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopa- »tra, no pudo menos de admirar su grandeza de alma, y mandó »que su cuerpo fuera enterrado magnífica y ostentosamente »con el de Antonio.» (1)

Octavio, sin embargo, llevó en el triunfo, como á reina subyugada y sierva, la estatua de Cleopatra.

Las precedentes palabras de Plutarco prueban cuando menos que el mundo antiguo creía en el inmenso amor que Cleopatra había profesado á Marco Antonio y en el temple elevado y vigoroso de aquella ilustre y fascinadora Soberana.

Mas, como ya hemos visto, vencida, dispuesta á morir,

(1) *Plutarco.* Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.

calenturienta, desaliñada, con el cabello descompuesto, con el rostro y el pecho heridos por sus propias manos en la desesperación producida por la muerte del idolatrado triunviro, no es la avasalladora Cleopatra, reina de reyes, representación aún gloriosa de la antigua grandeza de los Faraones y de los Tolomeos: es la madre que, al pie de la tumba, exhala el último grito de amor de aquel corazón apasionado.

Pero todavía se hallan en las malevolencias de la historia (que no pocas veces cae en infamantes patrañas) otros regios desdenes, más inverosímiles que los de Octavio César.

Son estos desdenes los del funesto rey Herodes (el *Ascalonita*). Flavio Josefo refiere sin escrúpulo esta extraña invención, asegurando más de una vez, que Cleopatra, cuando estuvo en Judea, en el propio palacio de Herodes, *ofreció su amor* al odioso monarca, que éste rechazó con ánimo constante (1).

Aunque judío de nacimiento, Josefo era romano por predilección y por interés. Pertenece á la falanje de los aduladores del Imperio (2).

Describe la actitud desdeñosa del rey hebreo con circunstancias contradictorias, que hacen todavía menos admisibles sus aventuradas afirmaciones. Él mismo dice que Cleopatra aborrecía á Herodes; que había pedido su muerte á Marco An-

---

(1) «Cleopatra (dice Josefo), en sus pláticas con Herodes, le brindaba amor. Como era muy impúdica, acaso lo sentía; pero es más verosimil que emplease este medio para perderlo. Como quiera que sea, ella daba muestras de ardiente pasión. Por el contrario, Herodes, que la aborrecía, no solamente permaneció insensible á sus halagos, sino también le inspiró horror su descaro.»—*(Historia antigua de los judíos;* lib. XV, cap. V.)

(2) Josefo recuerda con visible complacencia, en su *Autobiografía,* las grandes mercedes que debió á Tito y á Vespasiano (tierras considerables en Judea, admisión entre los ciudadanos romanos, habitación en uno de los palacios imperiales, una pensión, etc.) y los testimonios de afecto y protección que le dispensaron el emperador Domiciano y la emperatriz Domicia.

tonio, á fin de apoderarse de sus Estados, y que Herodes festejó mucho á Cleopatra, haciéndole presentes de subido valor, y acompañándola á su regreso á Egipto.

¿Cabe imaginar siquiera que aquella altiva Soberana, sinceramente prendada de Antonio, fuese, por antojo de cortesana, á humillar su dignidad ante un monarca á quien odiaba?

Josefo, aferrado á su indigno propósito de vilipendiar á la gran Reina, desencadena contra ella (aun más que Horacio, Propercio, Plinio y otros) su calumniadora ojeriza. No hay delito ni malvado propósito de que no la juzgue capaz; lamentando siempre que «la pasión que había inspirado á Marco Antonio fuese tan extremada que parecía haberlo hechizado» (1). No fuera cuerdo conceder crédito alguno á tan parcial escritor, en sus juicios concernientes á la antigua enemiga de Augusto.

Por lo demás, parece irrisorio atribuir, por cualquiera razón que fuese, tan rígida continencia, tanta delicadeza de sentimientos y tan pudoroso dominio de sí propio al hombre que llegó á tener nueve mujeres (2); al padre desnaturalizado, que hizo asesinar á cinco de sus hijos; al Rey inhumano y feroz que ordenó el acto inaudito y horrendo de la *Degollación de los Inocentes.*

III

VIOLENTOS ULTRAJES Á CLEOPATRA, DE DOS ILUSTRES POETAS LATINOS *(Horacio, Propercio).*

Hasta las acerbas palabras de Horacio denotan la extraordinaria importancia histórica de aquella Reina desgraciada. La oda *Ad sodales*, que empieza *Nunc est bibendum*, es un cántico

(1) *Historia antigua de los judíos;* lib. XV, cap. IV.

(2) Las leyes judáicas permitían el casamiento simultáneo con varias mujeres. Josefo cita los nombres de las nueve esposas de Herodes.—*(Historia antigua;* lib. XVII, cap. III.)

al vencimiento de Cleopatra, escrito en el tono jubiloso y sereno de quien se ve libre de un peso abrumador. Al través de los insultos y las frases denigrativas, asoma, á pesar suyo, en la imaginación del gran poeta, cierto luminoso reflejo de la grandeza de los impulsos ambiciosos y del carácter de la poderosa Reina de Egipto. Se ve que el triunfo de Octavio sobre Cleopatra (esto es, sobre el Oriente) fué colosal acontecimiento, que había de acabar con la inquietud política de Roma, y hacer posible la dominación universal (1).

---

(1) Así habla Horacio:

«No há mucho, nadie se atrevía á sacar el *Cécubo* (vino generoso) de la despensa paternal, cuando una Reina, en el delirio de sus esperanzas y el desvanecimiento de su fortuna, soñaba locamente la ruina del Capitolio y los funerales del Imperio. ¡Sueño que ella vió desaparecer al propio tiempo que su armada!.... Buscando una muerte más generosa, ni á fuer de mujer temió la espada, ni con ligeros bajeles se retiró á escondidas regiones..... Osó contemplar con semblante sereno su ya triste palacio, y manosear, animosa, ponzoñosos áspides para introducir en su cuerpo el negro veneno. Más altiva y brava que nunca con la premeditación de la muerte, no consintió que las crueles naves de los Liburnos la llevasen al orgulloso triunfo que se preparaba.»

«Antehac nefas depromere Cæcubum
Cellis avitis; dum Capitolio
Regina dementes ruinas,
Funus et Imperio parabat.
.... quidlibet impotens
Sperare, fortunaque dulci
Ebria; sed minuit furorem
Vix una sospes navis ab ignibus.
.....
..... quæ generosius
Perire quærens, nec muliebriter
Expavit ensem, nec latentes
Classe cita reparavit oras.
Ausa et jacentem visere regiam
Vultu sereno, fortis, et asperas
Tractare serpentes, ut atrum
Corpore combiberet venenum;
Deliberata morte ferocior;
Sævis Liburnis scilicet invidens
Privata deduci superbo
Non humilis mulier triumpho.

(*Horacio,* lib. I, oda XXXVII.)

Otro poeta, famoso en aquellos tiempos, Propercio, ataca asimismo á Cleopatra. Pero era uno de aquellos escritores de ruín espíritu, que con la adulación envilecen la historia, y no supo, como Horacio, dejar traslucir, en medio de las ofensas, la admiración que causaba la memoria de aquella egregia y poderosa enemiga de Roma. En su elegía titulada *Lo que valen las mujeres*, sólo intenta Propercio lisonjear á Augusto y enardecer el rencoroso fanatismo de los romanos contra Marco Antonio y Cleopatra. Propercio extremaba su adulación al César vencedor y al pueblo de Roma, acaso para hacer olvidar que su padre, del orden de los Caballeros, fué condenado á muerte (por la cruel política del mismo Octavio), así como doscientos senadores, por haber seguido la parcialidad de Marco Antonio durante las discordias del triunvirato.

Lo que se columbra claramente en los enconados dicterios de Propercio, es que Roma (que no ignoraba la aspiración de la ambiciosa Reina á dominar todo el mundo romano), se había estremecido ante el formidable poder de Cleopatra y de Antonio, y que con la muerte de estos seres privilegiados habían salido los romanos del angustioso estado de dudas y temores en que se hallaban antes del providencial combate de Accio (1).

---

(1) Por su significación histórica, merecen recordarse algunos vilipendiosos versos de la singular elegía de Propercio:

«La Reina de la impura Canope, una meretriz, mancha infamante de la sangre de Filipo, osó oponer á nuestro Júpiter el ladrador *Anúbis* (dios egipcio con cabeza de perro); forzar al Tíber á sufrir las amenazas del Nilo; hacer retroceder ante el agudo sistro la trompeta romana..... ¡Goza, oh Roma, de tu triunfo: Augusto te ha salvado!.... Con un ciudadano tan grande ¿qué podías, Roma, temer de una mujer, y de un caudillo cuya lengua estaba, día y noche, anegada en vino?

»¡Cómo la ciudad, que desde lo alto de sus siete colinas domina el mundo entero, ha podido temblar ante las armas y las amenazas de una mujer!»

TEXTO LATINO

«Scilicet incesti meretrix regina Canopi,
una Philippeo sanguine adusta nota,

IV

CLEOPATRA EN EL DRAMA DE SHAKSPEARE «ANTONY AND CLEOPATRA.»

Grandemente se equivocan los que imaginan que la *Cleopatra* de Shakspeare es la admirable Reina de Egipto. Fundó exclusivamente su obra el gran dramaturgo británico en las noticias que, como de soslayo y para formar el cuadro indispensable en la narración, introdujo Plutarco en la vida de Antonio. Cabalmente por eso mismo es harto visible que el concepto que por los datos truncados y á veces contradictorios, por las insultantes diatribas y por las insubstanciales anécdotas que á Cleopatra conciernen, no puede dejar de ser arbitrario, incompleto y extremadamente distante de la realidad histórica. Plutarco, preceptor de Adriano, aunque nacido en Queronea, era, como todos los escritores griegos de aquellos tiempos, más romano que heleno. Cleopatra, por su poder y por su absorbente influencia sobre el ánimo del más insigne capitán de la época, y hasta por su especial cultura, bien di-

---

ausa Jovi nostro latrantem obponere Anubim
et Tiberim Nili cogere ferre minas;
Romanamque tubam crepitanti pellere sistro.
. . . . . .
. . . . . Cape, Roma, triumphum,
et lomgam Augusto salva precare diem!
Non hæc, Roma, fuit tanto tibi cive verenda,
nec ducis adsiduo lingua sepulta mero.
¡Septem urbs alta jugis, toto quæ præsidet orbi,
femineas timuit territa Marte minas!

(Propercio. Lib. III, elegía XI, *Feminæ quantum valeant.*)

ferente de la de Roma, había sido rémora y rival de los designios de Octavio César y del pueblo romano; y ya triunfante la grandiosa unidad del Imperio, el nombre de Cleopatra, asociado á los azarosos vaivenes de las luchas pasadas, era un recuerdo impopular y odioso.

Shakspeare (excepto en sus dramas históricos, admirables crónicas heroico-escénicas, en que la verdad absoluta se imponía y era, además, conveniente para la impresión teatral en el público inglés), se cuidaba poco de la exactitud étnica y local. Acaso deliberadamente la evitaba. Su incomparable instinto le decía que lo importante, lo esencial en la escena, es que el público pueda sentirlo y comprenderlo todo. Por eso no se paraba en ofrecerle estudios de propiedad arqueológica, sino cuadros de *verdad humana*. Pero no bastaba á Shakspeare que esta verdad humana fuese de carácter universal: para cautivar de un modo profundo y cabal al pueblo de Londres, la *verdad humana* de sus dramas había de ser, además, verdad *británica*.

De ello dió Shakspeare el más palpable testimonio en *Hamlet*. Bien sabía que era éste un príncipe dinamarqués, de tan remotos tiempos, que se perdía en las nebulosidades de las leyendas escandinavas; y, sin embargo, porque así convenía á su objeto, tuvo la audacia de convertirlo en un estudiante de Wittenberg, cuna de la Reforma protestante.

La estructura del drama *Antony and Cleopatra* no puede ser más imperfecta. Asombra la temeridad con que el inmortal dramaturgo se arrojó á formar una obra escénica, siguiendo servilmente la pobre, incongruente y descosida narración en que Plutarco hace la pintura de Cleopatra. La falta de armoniosa ilación se hace más reparable que en la historia, en la composición dramática, sujeta á más estrechas leyes de enlace y consecuencia lógica. Para demostrar la ausencia de la trabazón conveniente en el desarrollo de la obra, basta hacer notar que los actos segundo, tercero y cuarto tienen cada uno tantos cambios de decoración como escenas.

El acto tercero tiene *once* escenas y *once* cambios decorativos. El acto cuarto tiene *trece* escenas y *trece* cambios.

Si se hubiesen realizado á la vista de los espectadores tan repentinas y continuas *mutaciones*, el drama habría sido irrepresentable por imposibilidad material.

Es de notar, además, que en algunas cosas no es dable entender bien los conceptos del diálogo, sin haber leído antes la monografía de Plutarco. Por ejemplo, el chasco infantil que Cleopatra intenta dar á Antonio haciéndole sacar con el anzuelo peces desecados.

De este sistema de creación popular nació, sin duda, el extraño carácter que da el poeta á los personajes del drama. Exagerando y tergiversando el espíritu festivo y libre que atribuye Plutarco á la corte de Cleopatra, hace intervenir á Carmión y á Eira, damas favoritas de la reina, en un diálogo ingenioso y penetrante, como todos los del gran poeta, pero genuinamente inglés, del vulgo de ínfima laya, y tan descocado, que más parece de gente baladí que de sociedad cortesana. Así el grosero *humorismo* de este diálogo (1) como las

(1) He aquí una muestra del diálogo:

(En una cámara del palacio de Cleopatra.)

UN ADIVINO (*á Carmión*).

Sentirás más amor del que tú inspires.

CARMIÓN

Prefiero inflamarme el hígado á fuerza de beber.

. . . . . .

Anúnciame una buenaventura: como casarme con tres reyes en la misma mañana, y llevar el duelo de todos ellos; ó tener á los cincuenta años un hijo, al cual rinda homenaje Herodes el de Judea.

. . . . . .

EL ADIVINO

Sobrevirás á tu señora.

CARMIÓN

¡Cuanto me alegro! Más me gusta larga vida que comer higos.

. . . . . .

infantiles y sandias preguntas de Cleopatra, en la escena quinta del acto primero, desdicen grandemente de la nobleza y del instinto estético y aristocrático que tanto resaltaban en el palacio de la Reina.

¿Cómo habían de hablar de tal modo en la civilizada Alejandría las inseparables compañeras de una Reina patrocina-

---

Díme, ¿cuantos hijos he de tener, varones y hembras?

EL ADIVINO

Si cada uno de tus deseos tuviese un útero y fuese prolífico, tendrías un millón.

ALEXAS

¿Piensas que sólo tus sábanas son confidentes de tus deseos?

. . . . . .

CARMIÓN (*al adivino.*)

Vamos, dí á Alexas su buenaventura..... ¡Oh! Que se case con una mujer *inservible* (*that, cannot go*). Buena Isis, te lo pido de rodillas: que esa se muera y él se case con otra peor, y después de ésta, con otra aún peor, hasta que la peor de todas conduzca, riendo, á la sepultura á su marido, cincuenta veces cornudo *(cuckold).*

. . . . . .

EIRA

Amén..... Acoge los ruegos de todos; porque si quiebra el corazón ver á un gallardo mozo casado con mujer liviana, es aún más doloroso que un perillán se libre de los cuernos.

. . . . . .

ALEXAS

Se ve claro. Si estuviese en sus manos, se harían prostitutas con tal de ponerme cuernos.

TEXTO INGLES

Á SOOTHSAYER

You shall be more beloving than belov'd.

CHARMIAN

I had rather heat my liver with drinking.

. . . . . .

Good now, some excellent fortune! Led me be married to three kings

dora de las artes y de las letras, que la tradición pinta todavía como prototipo de buen gusto, de elegancia helénica y de refinada cultura, Carmión y Eira, de alma tan elevada que no quisieron sobrevivir un instante á su adorada Soberana?

¿Y el modo de presentar á Cleopatra? Aquella mujer que—según el mismo Plutarco—con su gracia, su discreción, su dis-

---

in a forenoon, and widow them all: let me have a child at fifty, to whom Herod of Jewry may do homage.

. . . . . .

SOOTHSAYER

You shall outlive the lady whom you serve.

CHARMIAN

O exellent! I love long life better than figs.

. . . . . .

Pr'ythee, how many boys and wenches must I have?

SOOTHSAYER

If every of your wishes had a womb, and fertile every wish, a million.

. . . . . .

ALEXAS

You think none but your sheets are privy to your wishes.

. . . . . .

CHARMIAN

Our worser thoughts heaven mend! Alexas—come, his fortune, his fortune!—O let him marry a woman that cannot go, sweet Isis, I beseech thee: and let her die too, and give him á worse! and let worse follow worse till the worst of all follow him laughing to his grave, fifty-fold a cuckold.

. . . . . .

IRAS

Amen. Dear goddess, hear that prayer of the people! for, as it is a heart-breaking to see a handsome man loose-wived, so it is a deadly sorrow to behold a foul knave uncuckolded.

. . . . . .

ALEXAS

If it lay in their hands to make me a cuckold, they would make themselves whores, but they'd do't!

cernimiento y hasta con la dulzura de su voz, embelesaba á Antonio, aparece en el primer acto del drama de Shakspeare voluble, desabrida, antojadiza y enfadosa, y dice á Antonio pueriles, sandias é impertinentes cavilosidades, más propias para infundir fastidio y desvío que para fascinar con las ilusiones del amor á un hombre del temple de Antonio.

Los golpes que da á los mensajeros, y las preguntas que en la escena quinta del acto primero hace Cleopatra al eunuco acerca de sus pasiones, son de tan perverso gusto que apenas se comprende que Shakspeare, aun dejándose llevar del espíritu depresivo de Plutarco, no advirtiese cuán mal cuadraba aquella abyecta actitud á una princesa que, como demostró en su llegada á Tarso, llevaba hasta el idealismo los pulcros refinamientos de su espíritu aristocrático.

Shakspeare incurre en las mismas contradicciones de carácter que Plutarco, y no piensa en formar y meditar un verdadero plan dramático, sino únicamente en seguir con servil puntualidad la entrecortada y defectuosa relación del biógrafo griego. Así es, que no advierte cuán mal se compagina la frívola y degradante trivialidad con que pinta á la reina en algunos pasajes, con la majestad que le atribuye en otros (1).

Por otra parte, el mismo Plutarco, cuando se apacigua algún tanto su espíritu de hostilidad romana, no puede ocultar la esplendorosa y elegante grandeza que enaltecía la vida de la hija de los Ptolomeos. Cuando amenaza el desencadenamiento de la guerra civil, dió Octavio cuenta al Senado de los sucesos que ocurrían en Alejandría. Entre ellos, llamó singularmente la atención el repartimiento de naciones que hizo

(1) Enobarbo dice de Cleopatra en la escena segunda del acto 2.º *(Antony and Cleopatra)*.

«Antonio jamás la dejará. La edad no puede envejecerla, ni la costumbre de verla embotar el hechizo, siempre nuevo, de sus infinitos encantos... Las cosas menos nobles toman en ella gracia especial y aun en medio de sus desvaríos los sacerdotes la bendicen.»

Antonio á los hijos de Cleopatra, el cual «pareció trágico, orgulloso y anti-romano».

«Había hecho colocar en el Gimnasio (dice Plutarco), sobre una gradería de plata, dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros más pequeños para los hijos. Allí proclamó á Cleopatra reina de Egipto, de Chipre, del Africa y de la Siria inferior... Ya entonces Cleopatra, y siempre en adelante, no salía en público sino con la ropa sagrada de Isis; y, como nueva Isis, daba oráculos.»

¡Cuánto dista esta ostentación orgullosa de gente endiosada con la elevación del nacimiento, del poder, de la opulencia y de la gloria, de aquellas actitudes de cortesana, antojadiza y baladí, que no se avergüenza de descender á las chocarrerías de la canalla!

Cleopatra era grandemente ambiciosa, y tienen más sentido histórico las pinturas de su ostentoso espíritu que las ruines aficiones, palabras y acciones que le atribuyen sus detractores antiguos, y algunos modernos.

Schlegel, hablando de los dramas de Shakspeare *Julius Cæsar* y *Antony and Cleopatra*, dice, con razón, que la verdadera dificultad del drama histórico consiste en que debe ser á un tiempo extracto conciso y cuadro animado de la historia. Añade que el gran dramático inglés, que vence casi siempre esta dificultad, no lo ha logrado enteramente en la última de las dos obras citadas, sin duda por los escollos inherentes á tan complicado asunto. Los muchos personajes importantes que se presentan un momento en la escena para no volver á ella, producen cierta confusión y cortan á menudo el interés dramático. «Quien no conozca de antemano — añade Schlegel — los hechos indicados en el drama, no podría comprenderlos: defecto grave, porque la inteligencia completa de una obra del arte dramático debe entrar en la obra misma, sin necesidad de estudio anterior. Pero en el drama de Shakspeare, especie de crónica abreviada, como tantas otras obras dramáticas de este grande hombre, resaltan notablemente los carac-

teres principales según los concibe el autor. *Antonio*, conjunto de grandes prendas y de grandes flaquezas. *Cleopatra*, mujer única en el mundo por su belleza y por el hechizo irresistible de su ingenio y de su elegancia, pero históricamente mal comprendida; como que Shakspeare no había consultado más fuentes literarias que la superficial pintura que hace de ella Plutarco, visiblemente inspirado por la tradicional hostilidad romana que profesaban los aduladores del Imperio contra la memoria de aquella ínclita Reina. *Octavio*, frío y egoista, forma en la obra del dramático inglés vivo contraste con el carácter franco é irreflexivo de Marco Antonio. Shakspeare, dando en ello un testimonio de su noble instinto, no se ha dejado alucinar por la inmensa dicha y el deslumbrador renombre de Augusto.

En cuanto á Cleopatra, no es, no puede ser la mujer antojadiza y hediondamente liviana, que busca impúdicas aventuras con los esclavos marineros del muelle y escandaliza con sus impuros desvaríos á la civilizada Alejandría, que la respetaba y la adoraba (1).

El Marqués de Valmar.

(Continuará.)

---

(1) Entre los detractores modernos puede contarse á Théophile Gautier, el autor de la relación novelesca francesa *Une nuit de Cléopâtre*, la más monstruosa é inverosímil calumnia contra la famosa Reina de Egipto.

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

OJEADA HISTÓRICA HASTA LA EXTINCION DE LA CASA DE AUSTRIA

V

INVASIONES Y MOTINES EN LA REGIÓN VASCONGADA

Hállanse situadas las Provincias eúskaras en las estribaciones occidentales de la cordillera pirenáica, que por ser las menos ásperas y empinadas de tan abrupta cadena de montañas, han ofrecido el mayor peligro para penetrar en nuestro territorio durante las seculares guerras con Francia.

En las postrimerías de la Edad Media eran muy distintas de las actuales las fronteras de los Estados que iban constituyéndose, tanto en la Península Ibérica como en las antiguas Galias: poseían los ingleses la Guyena y la Aquitania; los reyes de Aragón extendían sus dominios por las vertientes orientales de los Pirineos y el Mediodía de Francia, y, á su vez, gobernaban la Navarra española monarcas extranjeros, salvo en un corto período, á partir del fallecimiento de Carlos el

Noble, ocurrido en 1425. Trascendía la influencia gascona á San Sebastián y sus contornos, manifestándose en los nombres de las calles y de las montañas, en el fuero y gobierno municipal de las villas, y aun en las ceremonias religiosas, á causa de la jurisdicción ejercida en gran parte de Guipúzcoa por la Sede episcopal de Bayona.

Mas al vislumbrarse los albores de la Edad Moderna, avanzaba la consolidación del reino francés con rápidos é importantes progresos. Se había coronado Carlos VII, el *Victorioso*, en la catedral de Reims, gracias á la leyendaria aventura de Juana de Arco; sólo quedaba á los ingleses en la nación vecina el puerto de Calais, y hallábase tan adelantada la obra de la Reconquista y tan cimentado el poder y el prestigio de Luis XI, que los Reyes de Castilla, de Aragón y Navarra le sometieron en 1463 la sentencia arbitral de sus diferencias. En las entrevistas que con tal motivo celebrara con Enrique IV, el *Impotente*, dejó traslucir el Rey de Francia sus miras ambiciosas sobre Guipúzcoa, y como reconcentrase en la frontera un ejército de 16.000 hombres, cundió la alarma en sus habitantes; pero habiéndose unido la provincia á Castilla, *á condición de no ser desmembrada ni cedida*, formuló la oportuna protesta contra semejante pretensión.

Y acentuando los guipuzcoanos en tan lejana época su españolismo, entraron en la Liga formada por el Rey de Inglaterra y varios magnates franceses para combatir al citado Luis XI, correspondiéndoles en la contienda la invasión de la vecina tierra de Labord. Se presentó otra prueba del desapego de los Estados vascos hacia aquel monarca cuando el desdichado Enrique IV le concedió la mano de su hija, la *Beltraneja*—niña á la sazón de ocho años—para el duque de Guyena, celebrándose las capitulaciones en Medina del Campo, en Junio de 1470. Olvidó el Rey de Castilla el compromiso de Toros de Guisando, en donde se proclamó Princesa heredera á Isabel—llamada después la *Católica*.—« Vizcaya y Guipúzcoa reclamaron muy enérgicamente al Monarca contra esta boda,

pero todo fué desatendido» (1), y quejosos también los vizcaínos de ciertos propósitos del mismo sobre cesión de algunas villas y territorios, acordaron su destitución como *Señor de Vizcaya*, nombrando en reemplazo á su hermana Isabel. Enrique IV envió al Conde de Haro con el propósito de castigar á los rebeldes; pero las huestes del Señorío, auxiliadas por el Conde de Treviño y el Adelantado Padilla, le derrotaron en los campos de Munguia.

Eran las Provincias Vascongadas, y más especialmente Guipúzcoa, por su situación fronteriza, centinelas avanzados de la integridad del territorio, y condujéronse con tanta lealtad y celo durante los siglos pasados, y aun con tal perspicacia y don de acierto en las contiendas civiles de la Península, que alcanzaron constantes muestras de gratitud de los reyes castellanos.

Inclinóse la mayoría del país vascongado á D. Enrique de Trastamara, contra Don Pedro el *Cruel*, y con completa unanimidad á Isabel la *Católica* contra la *Beltraneja*.

Conquistada Navarra por el Rey *Católico*, con el concurso de los vascongados, intentó recuperarla Francisco I, y fué tan eficaz la cooperación de los guipuzcoanos, que cogieron á los franceses doce cañones, que figuran en el escudo de aquella M. N. y M. L. Provincia, y en la guerra de las Comunidades apoyaron las huestes eúskaras al Emperador, salvo las acaudilladas por el conde de Salvatierra en Alava y algunos grupos de aldeanos en Guipúzcoa. Durante el apogeo de la Casa de Austria no fueron frecuentes las invasiones francesas por el Bidasoa; pero acudían los vascongados á las guerras terrestres y marítimas, lo mismo á Andalucía para reprimir la rebelión de los moriscos, como á las empresas de Italia, Flandes, América, de las islas Terceras, y la Invencible y fué constante en fidelidad á la Corona.

---

(1) Lafuente: *Historia de España*, tomo VIII, parte II, libro III, capítulo XXX.

En las guerras de Felipe IV con Luis XIII fracasó el Príncipe de Condé en 1638 ante las murallas de Fuenterrabía, siendo la heroica defensa de la plaza una de las pocas páginas brillantes de aquel desgraciado período, en que se sublevaron Cataluña y Nápoles, perdiéndose Portugal, el Rosellón y otros importantes dominios españoles.

No faltaron, sin embargo, durante los reinados de los Austrias algunos conflictos en la tierra eúskara, originados por diversas pragmáticas dictadas en contravención de las exenciones forales. Hallándose en Lisboa Felipe II intentaron sus ministros gravar á Vizcaya con el impuesto de un real en fanega de sal, pero el Señorío, reunido en las Juntas de Guernica, entabló la reclamación oportuna, logrando que el Rey mandase recoger los despachos expedidos. Felipe III ordenó en 1601 que se plantease con decisión el *servicio de millones*, que originó una protesta análoga, resuelta también en sentido favorable á los recurrentes.

En cambio, el espíritu de absorbente *unificación* que, según hemos visto, aquejaba al Conde-duque de Olivares provocó en Vizcaya desagradables acaecimientos. No escatimaban sus Juntas á la Corona los servicios de hombres y dinero, cuando en Enero de 1631 se dictó la pragmática disponiendo el estanco de la sal; y las imprudentes órdenes dictadas por el Teniente corregidor para establecer desde luego los alfolíes, sin esperar á que el Señorío entablase previamente los recursos forales contra tan inusada novedad, excitaron los ánimos, promoviéndose serias alteraciones en varios pueblos, y especialmente en Bilbao, en donde adquirió la sedición marcadas tendencias comunistas, según suele ocurrir con frecuencia en las conmociones populares. El motín, basado «en un sentimiento patriótico, cual era la defensa de los derechos de Vizcaya, degeneró al cabo en algo parecido á una guerra social ó de clases» (1).

(1) *El Gobierno foral del Señorío de Vizcaya,* por D. Fidel de Sagarminaga. Tomo II, cap. I.

Convocada la Junta general de Guernica en Septiembre del mismo año, estaban los ánimos muy acalorados, y al comenzar la entrega de poderes, se promovió un gran tumulto, tomándose, bajo la presión de las turbas y á pesar de las objeciones del Corregidor, el acuerdo de que no se prestase obediencia á ninguna contravención de los fueros. El descontento y la sobrexcitación eran aún más vivos por el reciente servicio concedido de 250 infantes para Flandes y de dos galeones, más la llegada del Juez mayor de Vizcaya, con objeto de pedir un donativo voluntario para el Rey, destinado á las guerras en que se hallaba comprometido. Una vez soliviantados los procuradores pedían que no fuesen diputados *los que vistiesen calzas negras*, sino los aldeanos, como más celosos defensores de los derechos del país, y que se hablase en vascuence en las discusiones en vez del romance, pretendiendo esta y otras reformas ya denegadas en otras ocasiones.

Quedó en suspenso la aplicación del gravamen, y cuando parecían serenados los ánimos, las insidiosas acusaciones de los más exaltados contra varias personas principales, enardecieron las malas pasiones, originando atropellos, muertes y otros estragos, «y hubieran sido mayores las atrocidades á no haberlas atajado el cuerpo del Señorío, el Alcalde y Regimiento de Bilbao, los patricios y repúblicos, que unidos superaron la fuerza de los inquietos» (1).

Envió el Gobierno á reprimir el alboroto á D. Juan Alfonso de Idiáquez, Duque de Ciudad Real, heredero de las linajudas casas vizcaínas de Butron y Mújica. Congregó las Juntas en Febrero de 1633, y como los agitadores consiguieron atraerse á los representantes de las anteiglesias, no acertó el Duque á convencer á los descontentos; antes al contrario, la inquieta Asamblea acordó, no solamente que se reclamase de nuevo y con firmeza contra el estanco de la sal, sino denegar el pago del donativo ó tributo hasta la derogación completa

(1) *Escudo de la más constante fe y lealtad de Vizcaya*. Núm. 375.

del contrafuero, renovando además la solicitud de varios privilegios.

Mediaron largas y repetidas gestiones para resolver el conflicto, hasta que, por Real cédula dada en 12 de Mayo de 1634, se revocaron las providencias relativas al nuevo impuesto, expresándose el Monarca en estos términos: «Atendiendo á los señalados servicios que tiene hechos ese Señorío, y de presente hace y espera hará más adelante, como tan fieles y leales Vassallos, he tenido por bien mandar que goce de la paz y govierno con que se governaba antes que se embiasen las nuevas Ordenes cerca de lo tocante á la Sal.» Y con fecha del día inmediato se promulgó la cédula de indulto, concediendo amplio perdón á los causantes de los desórdenes, «excepto aquellos jóvenes que trascendiendo la línea de la inculpada defensa de los Fueros havian concitado la multitud, turbado el sossiego público y dado principio á las violencias». El Duque de Ciudad Real prendió sigilosamente á los más comprometidos, á los cuales ajustició en la plaza pública y en la cárcel.

¡Cuánto más acertado hubiera sido para el Gobierno de Felipe IV no intentar el planteamiento de la medida niveladora, causa de tantos trastornos, y por epílogo del desprestigio de la Corona! Y sin embargo, obró Olivares, al corregir su yerro, con más acierto que pocos años después, cuando con su dureza provocó á los catalanes, con olvido del ensayo ya practicado en Vizcaya.

Obsérvese que la alteración del orden ocurrida en el Señorío no tuvo la menor tendencia afrancesada ni separatista. Así se deduce del examen de los documentos custodiados en los archivos vizcaínos, y compruébase también en el interesante estudio del asunto hecho por un escritor diligente, extraño al suelo vascongado. Atribuye á los agitadores esta frase arrogante: «El Monarca no tiene poder ni fuerzas para conquistar á Vizcaya, y aunque todos fueran contra ella, *de Francia, Flandes é Inglaterra vendrían en ocho días los socorros de*

bastimentos y municiones necesarios, y gente si la quisiesen, aunque ésta nunca la habrían menester, porque bastaban los habitantes del Señorío para defenderse de todo el mundo. Alarmado al principio el Duque de Ciudad Real con aquella confianza, procuró averiguar su fundamento y echó de ver que eran todos sus juicios hijos de la fantasía, que sólo les servían para sustentarse en su daño y llevar adelante sus desatinos» (1).

Aparte de que estas baladronadas carecían de importancia, por hallarse en contra de la sedición las personas principales del país, más partidarias de las artes de la diplomacia que de las asonadas, se ve que aún la idea remota de proveerse de armas en el extranjero se refería á tres naciones distintas, sin señalar *ninguna preferencia ni conexión*. Tampoco se trasluce ningún síntoma encaminado á promover la independencia de Vizcaya, limitándose el movimiento á una desobediencia pasajera, del mismo género que los motines promovidos en Madrid en 1680 por los zapateros, á consecuencia del bajo precio de la tasa, y en 1699 contra el Presidente Conde de Oropesa, y la Reina, por efecto de las intrigas puestas en juego para recoger la herencia del desventurado Carlos II. Y á pesar del adelanto de nuestra época y de la mayor suavidad de las costumbres, presenciamos en España con harta frecuencia espectáculos tan poco edificantes, ora sea por la supresión ó traslado de un obispado ó de una capitanía general, ó bien por cualquier recargo en las tarifas de consumos, y aun por el simple cambio de guarnición de algún regimiento.

(1) *Rebeliones de Vizcaya en el siglo XVII*, por D. Eleuterio Delgado y Martín.

REFORMAS INTRODUCIDAS EN EL RÉGIMEN FORAL

DURANTE EL SIGLO XVIII

I

LA GUERRA DE SUCESIÓN EN ARAGÓN Y CATALUÑA

Llegó á tal extremo la postración de España al extinguirse la Casa de Austria, que fué precisa una crisis extraordinaria y un violento estremecimiento para hacerla resurgir del caos, á donde le condujeron los errores de una política desatentada y desprovista de buen sentido—según cierta ingeniosa frase—á nueva vida, no exenta de vigor, demostrándose así que el gigante vivía, aunque sufriendo transitorio aniquilamiento.

Durante aquel período desdichado, prestaron las regiones aforadas un concurso valioso á la Nación, como lo reconocen los historiadores imparciales. «¿Qué fué lo que nos sostuvo en medio de tanta flaqueza y adversidad como registra la historia del siglo XVII? A más del valor nativo en las poblaciones fronterizas á Francia, como Guipúzcoa y Cataluña, que con auxilio de fuerzas regulares acertaron á rechazar ó contener las invasiones francesas, nos sostuvo la alianza de familia con el Austria, etc.» (1). Y veamos el desarrollo de los sucesos desde la proclamación de Felipe V de Borbón.

---

(1) *Reinado de Don Felipe V*, por D. J. Maldonado Macanaz; obra en publicación. Tomo I, cap. I.

Las Provincias Vascongadas, muy celosas en la defensa de sus instituciones, pero siempre leales hacia Castilla, y más hábiles que otras regiones de la Península en adivinar los arcanos del porvenir, se decidieron desde el principio por el bando que resultó triunfante al término de la contienda, aceptando de buen grado la nueva dinastía; pero el provincialismo, tambien acentuado en los reinos de la antigua Corona de Aragón la acogió con recelo, porque escarmentada Cataluña de su pasajera veleidad francesa, comprendía, según observa el Conde de Robres en las *Guerras civiles,* «que una Monarquía centralizada y sistemáticamente adversa á toda representación popular, como la de Luis XIV, no podía ser propicia á los fueros. Encontrándose sumamente arruinados los pueblos de Castilla y muy favorecidos con sus exenciones los de Aragón, deseaban los primeros el alivio de los impuestos, y los segundos quien les observase inviolables sus leyes. Y como se persuadiesen en Castilla de *una segurísima paz* si recaía la corona en Don Felipe V, y, en consecuencia, exoneración de los tributos, y constituía para Aragón un golpe mortal un Príncipe *que ya no les respetase como fronterizos,* aplaudieron los castellanos el nombramiento de sucesor y lo sintieron los aragoneses.»

Aun cuando fué proclamado Rey de España el primer Borbón en todas las ciudades en los primeros meses de 1701, la Cuádruple Alianza le suscitó la guerra civil tres años después, comenzando el levantamiento por el reino de Valencia, á raiz del desastroso asedio de Gibraltar, ya ocupado por los ingleses.

No abrazó Cataluña el partido del Archiduque Carlos de Austria desde el advenimiento de Felipe V, el cual celebró Cortes en Barcelona desde el 12 de Octubre de 1701 al 14 de Enero de 1702, en cuya legislatura se dictaron 96 ordenaciones, confirmando en una de ellas «los privilegios, exenciones y libertades de comunes y particulares, eclesiásticos y seculares estilos del presente Principado, y revocando todos los actos y

abusos en contrario hechos» (1). A pesar de una sanción tan explícita de las libertades catalanas, no olvidó el nuevo monarca la tradición cesarista de su abuelo Luis XIV, al expedir varios decretos prohibiendo el cobro de los derechos de la Diputación; «ordenó alojamientos, cerró por tres años la Universidad y demás escuelas de Barcelona; interpuso su mandato en varias elecciones para cargos públicos; empleó la inaudita frase *obedeceréis aunque sea contra constitución,* y hasta en los asuntos de puro ceremonial mostró su propensión, aboliendo el privilegio que tenían los concelleres de cubrirse en su presencia. El combustible hacinado con tan imprudente conducta, más manifiesta en numerosas persecuciones, secuestros y destierros, sirvió á Inglaterra y Holanda, aliadas para encender la guerra de sucesión, apoyando las pretensiones del Archiduque, á quien consideraron los catalanes como restaurador de las libertades patrias.»

Cundió la sublevación á Barcelona y Zaragoza, que cayeron en poder de los austriacos; pero la brillante victoria de Almansa, alcanzada en 1707 por las armas españolas y francesas contra los aliados, y la conquista de Zaragoza y de gran parte de Valencia por las tropas de Felipe V, le determinaron á expedir en 29 de Junio el decreto aboliendo los fueros aragoneses y valencianos, y dispuso al efecto que se rigieran en lo sucesivo por las leyes de Castilla, estableciéndose una Chancillería en cada capital.

Las razones consignadas en el preámbulo eran las siguientes: «Considerando haber perdido por la rebelión que cometieron, faltando al juramento de fidelidad que me hicieron como á su legítimo Rey y Señor todos los fueros, privilegios, exenciones y libertades que gozaban, y que con tan liberal mano se les había concedido, particularizándoles en esto de los demás Reynos de mi corona..... He juzgado por conveniente, así

(1) *Los Fueros de Cataluña,* por D. José Coroleu y D. José Pella y Forgas. Título V. *De la abolición de los Fueros.*

por esto como por mi deseo de reducir todos mis Reynos de España á la uniformidad de unas mismas leyes, usos, costumbres y tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla, doy por abolidos y derogados todos los referidos fueros, etc..... facilitando Yo por este medio á los castellanos motivos de mi gratitud, dispensando en ellos los mayores premios y gracias tan merecidas de su experimentada y acrisolada fidelidad, y dando á los aragoneses y valencianos recíproca é igualmente mayores pruebas de mi benignidad, habilitándoles para lo que no lo estaban en medio de la gran libertad que gozaban antes.» (1) En esto debía aludir á la exclusión del comercio de América, reservado por el testamento de Isabel la Católica á los castellanos, y á los que podrían encontrar en la carrera de las armas y los destinos públicos al cesar la separación mantenida hasta entonces entre los diversos reinos.

Por Real decreto de 3 de Abril de 1711 se estableció en Aragón el nuevo régimen, creando al efecto la Audiencia de Zaragoza con dos Salas para lo civil y una para lo criminal. Se encomendó el gobierno *militar*, *político y económico* al Comandante general; constituyóse al propio tiempo la Junta ó Tribunal del Erario, y la Corona se reservó, no sólo el nombramiento de todos los vocales de la misma, sino el de las Justicias, Jueces, Corregidores, Alcaldes y subalternos de las ciudades, villas y lugares, salvándose tan sólo la legislación civil en aquel naufragio de las libertades aragonesas.

Los catalanes fueron más tenaces, y aun abandonados en Abril de 1713 por el Archiduque, quien al despedirse les relevó del juramento de fidelidad, se reunieron los brazos en el salón de San Jorge y nombróse una comisión para informar acerca de la conducta que convenía adoptar en tan críticos momentos. Aconsejó á la Asamblea la sumisión del Principado á Felipe de Anjou, recabando por gracia la confirmación de los fue-

(1) *Los Códigos Españoles.* Tomo VII Novísima Recopilación, libro III, Ley I.

ros de Cataluña. El Estamento militar y el eclesiástico asintieron sin repugnancia, mas no así el popular, fundado en que, según noticias, se había firmado la paz de Utrech sin dejar á salvo las libertades del Principado, *y en la experiencia trágica de la esclavitud de Aragón* (1). Al tener noticia de este belicoso acuerdo la nobleza catalana, adhirióse á la actitud de los síndicos populares, votando la guerra á España y Francia, que se declaró al son de timbales y clarines.

Para sojuzgar á los valientes defensores de Barcelona se necesitó la llegada del duque de Berwick con 20.000 franceses, en auxilio del ejército de Felipe V, y un terrible asedio con repetidos asaltos y aun el incendio de algunos barrios de la ciudad. En la noche memorable del 11 de Septiembre de 1714, lograron penetrar los aliados en medio de la espesa humareda producida por las llamas, y como epílogo de una lucha feroz sostenida en las calles y en los templos sucumbió la capital del Principado con un heroismo comparado por los historiadores coetáneos al de Sagunto y Numancia, quedando á merced de Felipe V.

Conquistada la plaza dirigió las obras de la ciudadela el Conde de Roncali, realizándose el plan del Conde-duque de Olivares, el cual había ofrecido retirar las tropas reales de Cataluña, si le permitían levantar en Barcelona una fortaleza en Montjuich y otra en la ciudad. Quedó en suspenso la Diputación general y el Consejo de Ciento, y nombró el Rey una Junta de Gobierno del Principado, como poder interino, hasta que se efectuase con más sosiego la reforma de la Constitución política, y esto tuvo lugar con el decreto de *Nueva Planta*, dictado en 16 de Enero de 1716.

n 9 de Octubre inmediato dispuso Felipe V «que habiendo con la asistencia divina y justicia de mi causa pacificado enteramente mis Armas el Principado, tocaba á mi Soberanía establecer gobierno en él y dar providencias para que sus mo-

(1) Corolen y Pellá.

radores vivan en paz, quietud y abundancia: para cuyo fin habiendo precedido madura deliberación y consulta de Ministros de mi mayor confianza, he resuelto que se forme una Audiencia en la qual presida el Capitán General ó Comandante General de mis Armas, de manera que los despachos después de empezar con mi dictado prosigan en su nombre.» (1)

Representaba de antiguo la Audiencia á la jurisdicción regia, y Felipe V sujetó á ella las instituciones provincial y municipal, ó sean la Generalidad y el Consejo de Ciento. «En la ciudad de Barcelona habrá 24 regidores y en las demás ocho *cuya nominación me reservo* y en los demás lugares se nombrarán por la Audiencia. Los regidores no podrán juntarse sin asistencia del Corregidor ó Bayle.» Se mantuvo el Consulado marítimo y en virtud del nuevo régimen, hízose la unión de Cataluña á Castilla con comunidad de ciudadanía, entrando respectivamente unos y otros al desempeño de cargos en ambos reinos. Se conservaron los fueros civiles, es decir, la organización de la familia y de la propiedad; el procedimiento criminal y parte del régimen administrativo, aunque sujeto á una centralización absorbente. Las causas instruídas en la Real Audiencia, que antes se tramitaban y sentenciaban en latín, aunque admitiéndose las demandas y declaraciones en catalán, se substanciaron en lo sucesivo en lengua castellana; se siguió empleando la lengua nativa en los contratos y escrituras públicas, así como en bastantes documentos oficiales. Los impuestos se cobraron en adelante por un sistema parecido al de la Corona de Aragón y distinto del admitido en Castilla, y se mantuvo la exención del servicio militar, pagando en equivalencia por medio de un encabezamiento (2).

La reforma más radical consistió en la supresión de las Cortes catalanas, ó sea del poder esencialmente político, pero observa Dou que no consta taxativamente en la *Nueva Planta*

(1) *Los Códigos Españoles.* Tomo VIII, libro V, título IX, ley I.
(2) Ramón L. Dou. *Derecho público.* Tomo I, capítulo 56.

que se mutilase aquel organismo, ni abrigó Felipe V la idea de *unidad*, por cuanto legisló en muchos casos, especialmente para Cataluña, formando una especie de derecho exclusivamente local; pero, correspondiendo á la Corona la convocatoria de los Estamentos, cayó en desuso su reunión.

Consigna D. Manuel Danvila en *El Poder Civil en España*, (1) que desde el ingreso de la Casa de Austria se introdujo en Cataluña el uso más frecuente del sistema de *peticiones* tomado de las Cortes de Castilla, y la facultad en los Reyes de negarlas ó reformarlas de que apenas se encuentra un ejemplo en las épocas anteriores. Por otra parte, la decadencia de aquella institución era bien patente, puesto que habiendo presidido Pedro III *el Ceremonioso* veinticinco veces la reunión de los Estamentos, las redujo al régimen absoluto de los Austrias en el reinado de Felipe III á la única convocatoria de 1599; con Felipe IV á la de 1526, y Carlos II no las llamó ni una sola vez.

A nuestro entender quedaron de hecho muy quebrantados los fueros del Principado, aunque salvándose cierta autonomía en el orden civil y económico. Obsérvese que no estaba apegado el primer Borbón á la máxima cerrada de *un rey y una ley*, según lo demostró más explícitamente en el país vasco-navarro, y es probable que, sin la extremada obstinación é intransigencia de los catalanes en la temeraria lucha contra dos naciones poderosas sostenida desde el abandono por los aliados, se hubiese logrado salvar del naufragio, ya que no el funcionamiento frecuente de aquellas célebres Cortes, como base fundamental del gobierno privativo del Principado y aun de las regiones españolas, por lo menos, una vigorosa autonomía para la Generalidad y la administración municipal.

Son siempre funestas las guerras civiles, pero se agravan sus deplorables consecuencias cuando se mezclan los Gobiernos extranjeros entre los contendientes, y el empeño tenaz de co-

(1) Tomo II, título III, capítulo III.

locar en el trono al Príncipe austriaco nos costó la humillación de perder entre las garras británicas el Peñón de Gibraltar. Este hecho infortunado basta por sí sólo para explicar el interés del Reino Unido en la postración de España, y puede servir de clave para levantar el velo de la insidiosa guerra con que los corresponsales y los periódicos ingleses hacen coro á los filibusteros *yankees* en la campaña de difamación contra España y en favor de sus extraviados hijos de la Perla de las Antillas.

II

LAS ADUANAS EN VIZCAYA Y GUIPÚZCOA

La alianza de España con Francia durante la guerra de Sucesión, evitó las invasiones por la frontera de Guipúzcoa, y aun cuando el temor de un desembarco de tropas enemigas por la escuadra anglo-holandesa indujo á Luis XIV á ofrecer guarniciones para Fuenterrabía y San Sebastián, no se aceptó la propuesta.

Cada una de las provincias vascongadas facilitó á Felipe V en 1703 un regimiento de 600 plazas, armado y uniformado, guarneciendo además las costas y fronteras con sus tercios. Los buenos servicios hechos por Guipúzcoa los reconoció el Duque de Orleans en carta dirigida á la Diputación en Abril de 1707 en estos términos: «No es esta la primera vez que me consta la fidelidad y adhesión que siempre habéis mostrado á mi sobrino el Rey *Católico* (1).

Mas apenas se afianzó en el trono Felipe V, resentido, sin duda, de la pérdida de varios Estados sancionada por el tratado de Utrecht, é instigado por el Cardenal Alberoni, tuvo la

(1) *Historia de la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa*, por D. Nicolás Soraluce. Del año 1700 á 1808.

audacia de emprender la conquista de Sicilia, desafiando la enflaquecida España á la coalición de Inglaterra, Alemania, Holanda y Francia. Y como si no bastase para abatir á nuestros Ministros tan magno conflicto europeo, se intentó simultáneamente la *nacionalización* de las Aduanas de las Provincias Vascongadas, trasladándolas á la orilla del mar, correspondiendo con esta medida impolítica á su correctísima actitud durante la guerra de Sucesión. Claro está que todos los Gobiernos acariciaban el propósito de suprimir las trabas del tráfico interior, uniformando la percepción de derechos en las fronteras marítimas y terrestres; y la reforma de esta índole planteada en las costas de Valencia y de Cataluña, al alterar sus fueros, les indujo probablemente á intentar una innovación de carácter más limitado en la región cantábrica, pero no resultó el proyecto ni tan fácil ni tan llano como debió creerlo Alberoni.

Congregada la Junta general de Guernica en 21 de Octubre de 1717, acordó *acudir á la piedad del Rey antes de dar uso al decreto*, representando «que los vizcaínos tuvieron siempre libertad de comprar y vender todo género de mercancías, sin imposición alguna, dentro ó fuera del Señorío, manteniéndola los Reyes como retribución á sus leales y señalados servicios, y como precisa para la conservación de este territorio fragoso; que por tales razones se mantuvieron siempre las Aduanas en Orduña y Balmaseda; que las libertades de los vizcaínos les han servido siempre de estímulo para concurrir voluntariamente en todas las urgencias de la Monarquía y durante el reinado feliz de Felipe V con donativos graciosos y un regimiento de infantería, reclutado, armado, vestido y puesto en los parajes que designó el rey á costa del Señorío, el cual tiene de la misma manera custodiadas y en buen estado de defensa las fortalezas y baterías de sus costas; que el sostenimiento del comercio de Vizcaya es necesario para el bienestar de sus naturales, etc.....; por lo cual esperaba el Señorío de S. M. que le atienda con su paternal amor, para que con in-

mutable lealtad pueda concurrir con mayores esfuerzos á cuanto sea del mejor servicio y agrado del Rey» (1).

Había en las Provincias Vascas gran aversión al traslado de las Aduanas al litoral, por la creencia de que, encareciendo la vida por la necesaria importación de artículos extranjeros, produciría la ruina del país; y como no recayese resolución favorable en las gestiones practicadas para derogar la Real cédula, comenzó á manifestarse el descontento en los tumultos de Vergara y de Begoña. Reunidos en esta república los labriegos el 4 de Septiembre de 1718, bajó un tropel de gente á Bilbao, dirigiéndose los alborotadores á casa del Corregidor y luego á la del Diputado D. Enrique de Arana, cuyo domicilio saquearon, incendiando también en Begoña el palacio del Marqués de Vargas y en Abando el de Allende.

No pudo reunir el Alcalde de Bilbao durante la noche á los vecinos armados para reprimir con energía el desorden, y en la mañana siguiente se acrecentaron las turbas con aldeanos de todas las anteiglesias próximas, y cada vez más enardecidos y ébrios asesinaron al Diputado foral Arana por acusarle, con evidente falsedad, de cómplice en el establecimiento de las Aduanas, y cegados por la furia y la impunidad cometieron toda clase de atropellos, saqueos y muertes, sin que salvase á las víctimas la inmunidad de los conventos. El intento de incendiar á Bilbao, mirado con no poca ojeriza por el país rural, se conjuró gracias á la actitud resuelta de sus habitantes; pero cundieron los desmanes á otras villas y lugares, pereciendo alevosamente en Ochandiano el Marqués de Rocaverde y D. Antonio Recalde; en Bermeo, el segundo Alcalde de Bilbao y su señora, resultando otras muchas personas maltratadas en diferentes puntos durante aquellos vandálicos sucesos de la *Machinada*.

Antes de que se desbordase la furia popular con ímpetu tan insano, había representado la Diputación á S. M., mani-

(1) Sagarminaga, tomo III, capítulo IX.

festándole «que la imprudente conducta del Administrador de la Aduana de Bilbao y el codicioso é indecoroso modo de sus Guardas ha dado motivo á que mis Hijos, havitadores de mi Tierra-llana del Infanzonado, se manifiesten ofendidos de que sus Mujeres é Hijas sean inmodestamente atropelladas con el pretesto de ser registradas á la entrada y salida de dicha mi Villa con verduras y densas viandas que diariamente traen á vender á la Plaza» (1).

En cuanto el Gobierno tuvo conocimiento de los motines de las Vascongadas, envió al General Loya con 3.000 hombres de infantería y caballería, que entraron en Bilbao el día 11 de Noviembre. Llegaron también el Fiscal del Real Supremo Consejo de Castilla y el Juez mayor de Vizcaya, quienes procesaron á los delincuentes y sus cómplices. Instruídas las causas, se ajustició á dieciséis reos, colocándose sus cabezas en varios pueblos del Señorío, algunas de ellas en el Arenal de Bilbao, en la plazuela de la Encarnación y en la Sendeja, y se condenó á presidio, á galeras ó á destierro, á cuantos aparecieron complicados en la rebelión, sufriendo estos castigos hasta el indulto concedido en 22 de Diciembre de 1726.

En este agitado período emprendió Felipe V las conquistas de Italia, que nada interesaban á la Metrópoli, é invadida Guipúzcoa en 1719 por 20.000 franceses á las órdenes del Duque de Berwick—que pocos años antes servía á la causa española—y bloqueada la costa por las escuadras aliadas, olvidaron las Provincias sus resentimientos para levantar los tercios y prepararse á la resistencia. Defendióse Fuenterrabía durante dos meses, alcanzando una honrosa capitulación, y San Sebastián, mal provisto de víveres y de municiones, rechazó con brío un asalto y se entregó después.

Supuso el Marqués de San Felipe que hubo alguna precipitación al rendirse estas plazas fuertes; pero como Felipe V regresó desde Lesaca hacia Pamplona, por no considerarse

(1) *Escudo de la más constante fe y lealtad.* Núm. 397.

con fuerzas suficientes para acometer á los invasores, quedó abandonada Guipúzcoa á sus propios recursos y sin esperanza de socorro. Comprendiéndolo así, ordenó el Rey á las autoridades de San Sebastián «que en viendo abierta la brecha capaz de entrarla por asalto, tratase de capitular» (1) y el Ministro Alberoni autorizó por Real orden de 24 de Julio la entrega de Fuenterrabía.

Penetró el ejército francés en Vizcaya, é invitada su Diputación por el General jefe para entablar negociaciones, tomó por único acuerdo el de enviar al Rey la carta original (2). Después de cubrir los deberes del honor militar, prestaron las tres provincias su sumisión al conquistador, y así continuaron hasta el año 1721; en que, ajustada la paz, evacuaron los franceses el territorio español, volviendo al dominio de su Monarca legítimo. Lejos de mostrarse resentido Felipe V por la conducta de Guipúzcoa, cuando al término de la guerra se le presentaron en San Lorenzo los diputados de la provincia, les dijo: *Yo la estimo y la quiero por su fidelidad y amor.*

Continuaban las Aduanas en la lengua del mar, á pesar de las repetidas solicitudes del Señorío para su traslado á Orduña y Balmaseda; pero cambió el giro de las gestiones cuando el Contador de rentas generales del Estado se encontró con una baja en la recaudación de 64,80 millones de maravedís en el período de tres años (3), y después de muchas consultas é informes acordó el Gobierno derogar la providencia, quedando ultimados los detalles en los *Estipulados* de 1727.

---

(1) *Diccionario Geográfico é Histórico de España,* por la Real Academia de la Historia, año 1802; tomo II. San Sebastián.

(2) Sagarminaga. Tomo III, cap. X.

(3) *El Señorío de Bizcaya* por D. Arístides de Artiñano, cuarta parte; capítulo III.

III

CAMPAÑAS CONTRA LA REPÚBLICA FRANCESA

Influyó mucho durante el siglo XVII en la decadencia de España la escasa capacidad de nuestros reyes y gobernantes, y, por el contrario, al renacimiento nacional hecho ostensiblemente en los reinados de los primeros Borbones contribuyó, no sólo la mayor aplicación de los monarcas á los negocios públicos, sino su mejor tino, por regla general, para escoger los ministros. Pero como si éste desgraciado país se hallase perpetuamente condenado á sufrir el yugo de enfatuados validos, tuvo la desdicha de caer en 1792—cuando por la revolución francesa se avecinaban guerras y complicaciones sin cuento—en manos del inexperto D. Manuel Godoy, elevado á la temprana edad de veinticinco años, desde modesto guardia de Corps á Teniente general, Duque y jefe del Gobierno de Carlos IV.

Fué el anciano Conde de Aranda partidario acérrimo de la política exterior pacífica, que hoy llamamos de no intervención, pero prevaleció la tendencia guerrera, y formados tres ejércitos para cubrir la frontera pirenáica, se determinó invadir Francia por Cataluña, respondiendo con entusiasmo la Nación á la lucha con los sanguinarios demagogos de la primera República. No pudo ser más brillante para las armas españolas, ni para el insigne General jefe Ricardos, la campaña de 1793 en las faldas francesas de los Pirineos orientales, y en las operaciones dirigidas por D. Ventura Caro, allende el Bidasoa, con menos elementos y la orden de mantenerse á la defensiva, se sostuvo el crédito de nuestras tropas, mientras los

ejércitos austriacos y prusianos sufrían grandes descalabros en las fronteras de Francia.

No se presentó la guerra con tan buenos auspicios en el año siguiente, porque la Convención pudo reforzar considerablemente sus huestes del Pirineo, y el fallecimiento de Ricardos privaba á los españoles de un caudillo de gran prestigio. En efecto, después de la desgraciada batalla de Boulou, invadió el enemigo á Cataluña, y sufrimos la vergüenza de contemplar la entrega de la fortaleza de Figueras, hecha sin oponer la menor resistencia, á pesar de sus 9.000 hombres bien armados y de sus recursos de víveres y material para mucho tiempo (1); debiendo consignarse que la cobardía inaudita procedió de los jefes de la guarnición, mientras los somatenes y miqueletes demostraban en aquellas abruptas montañas su coraje y gran antipatía hacia los franceses.

Se había acrecentado el ejército republicano del Pirineo occidental hasta 60.000 hombres, con el propósito de obligar á España á pedir la paz para atender con mayor desahogo á las campañas de Italia y del Norte. En cambio, no proporcionaba Godoy al General Caro los refuerzos que le pedía, ni pudo reunir más de 20.000 soldados de todas armas—entre los que sólo se contaban 8.000 del ejército regular—para extenderlos en una línea dilatada (2), de manera que era decisiva la desproporción entre las fuerzas beligerantes.

Después de un combate afortunado para nuestras armas entre Vera y Biriatú, debió ver muy comprometido aquel General el resultado de la campaña y dimitió, sustituyéndole el Conde de Colomera, que contaba setenta años. «Era más que temeraria la lucha por el aumento diario de las fuerzas francesas con batallones aguerridos procedentes de la *Vendée* y del Norte, no tardando en dejarse sentir el anuncio de

(1) Reinado de Carlos IV, por el general D. J. Gómez Arteche. Tomo I, capítulo VIII.

(2) Arteche. Tomo I, cap. IX.

los proyectos ya decisivos del enemigo, al considerarse con los medios suficientes para invadir nuestro territorio» (1).

Inició el General Moncey el movimiento de avance de tan formidable ejército por Arquinzun, en donde corrió grave peligro de caer prisionera toda la división española; continuó su marcha victoriosa por el Baztán, replegándose los nuestros á Santisteban, y Colomera consideró más prudente que la defensa de la fuerte posición de San Marcial retirarse á Hernani, y poco después á Tolosa.

Solo contaba la guarnición de Fuenterrabía—según varias obras francesas, que, como observa el General Arteche, no dejarían de exagerar el número de sus defensores—con 600 ú 800 soldados, ó sea una guarnición insignificante, y no pudo resistir; intimada la rendición á la plaza de San Sebastián, capituló también, por encontrarse tanto la autoridad militar como la civil en absoluta imposibilidad de una defensa regular.

Originó este hecho graves censuras relativas al comportamiento de los guipuzcoanos en aquella invasión; pero aparte de la defensa fundamentada en los *Registros de las Juntas* y otros documentos oficiales que hizo D. Nicolás Soraluce (2), hay un dato significativo de aquel desgraciado accidente. Al Gobernador militar de San Sebastián y al Alcalde Michelena, se les sometió á un Consejo de guerra que, como veremos después, les impuso castigos de poca monta, aun mediando cierta pasión revelada en los documentos del proceso, mientras se condenaba simultáneamente á la pena de muerte al Brigadier Torres y á otros jefes de la guarnición de Figueras, calificando su conducta en el decreto de indulto de *indecorosa*, *vil é ignominiosamente criminal*, y no les libró la gracia de la degradación, ni del destierro perpetuo.

El Conde de Colomera participó en 6 de Agosto de 1794 al

(1) Arteche. Tomo I, cap. IX.

(2) *Fueros de Guipúzcoa*. Parte III. V. Guerra.

Señorío de Vizcaya: que «habiendo los enemigos, *por sus crecidas fuerzas*, penetrado en Irún, se vió precisado á retirarse hasta Tolosa, en donde había tenido noticia de las capitulaciones de Fuenterrabía y de San Sebastián, no dudando que siguiendo Vizcaya su antigua y acreditada fidelidad, defendería su frontera y le auxiliaría con fuerzas por no ascender las suyas—del General jefe—*á cuatro mil hombres*, á fin de sostenerse y contener los progresos de los enemigos» (1), prueba evidente de que el Gobierno, ya sea por falta de medios ó por otras causas, tenía en el mayor abandono al ejército del Norte.

Vizcaya, en cambio, se condujo con verdadero heroismo en aquella campaña: había armado en masa el país, y al leerse en las juntas de Guernica el oficio de Colomera, hubo una explosión de entusiasmo, ofreciendo todos los apoderados *derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la religión, de S. M. y del Señorío*, y acordaron que la gente alistada se repartiera en tres tercios: el primero para ir á Tolosa, el segundo para defender la frontera vizcaína y el último de reserva. Cada uno de estos cuerpos contaba con 8.000 hombres, y si no marchó á reunirse con el General jefe el designado para ir á Tolosa, fué *porque éste decidió no mantener aquella posición* (2).

Con las fuerzas vizcaínas, auxiliadas con algunas otras procedentes de Alava y de Guipúzcoa, se riñeron en el invierno de 1794 y la primavera siguiente, varias acciones en Sasiola, el monte Azcárate, Musquirichu é Iciar, *en que con rara excepción salieron siempre mal parados los franceses* (3). Y aquella vigorosa resistencia la expuso Tallien á la Convención, afirmando según consta en el *Manifiesto histórico*, que los ene-

(1) *Manifiesto histórico de los servicios que ha hecho el M. N. y Muy Leal Señorío de Vizcaya en la última guerra con Francia.* Año de 1798.

(2) Arteche, t. I, cap. X.

(3) Idem, íd. íd.

migos de Francia más tenaces eran los vizcaínos, extendidos en número de 14 á 20.000 hombres en los desfiladeros y bosques del país.

Continuaban los combates en la línea del Deva, disputando los franceses con el mayor encarnizamiento la posición de Musquirichu en los días 17 y 24 de Junio, pero simuló Moncey el ataque á Elosua, dirigiendo el 28 á Sasiola el mayor núcleo de sus fuerzas, y consiguió romper la línea del Deva y ocupar á Marquina y Motrico, obligando al General Crespo á retirarse á Mondragón. «Los españoles combatieron bizarra»mente en aquella jornada; pero los franceses, con muchas »fuerzas y maniobrando más reunidos y siguiendo un plan »bien meditado, se hicieron irresistibles». Y prueba cuanto antecede que la resistencia presentada por los vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses, detuvo al invasor desde el 6 de Agosto de 1794, hasta fin de Junio del 95, ó sea durante el largo período de once meses.

PABLO DE ALZOLA.

(Se continuará.)

MARRUECOS

Renta de impuestos —Ingresos.—Explicación.— Las aduanas marroquíes por dentro y fuera.—Proyecto de Aduana en Ceuta.—Consejo sanitario.—Mustaf.—Gastos.—Su distribución.—Consideraciones.—La verdad de los tesoros.—Recaudadores de contribuciones.

El gran trabajo y el verdadero *busilis* del *Májsen* lo constituye la renta de impuestos; todo lo demás se considera en Marruecos, y en efecto lo es, accesorio. Si ha de creerse que esto significa toda la ciencia infusa que tiene que resolver un Gobierno, séanos lícito decir que el *Mágreb* representa en ello el todo de sus concepciones políticas y administrativas. Sigue, no un sistema, sino una tradición, en cuanto á método y manera de cobrar. ¿Cómo habría de creerse que una sociedad teocrática y fatalista, que no considera como cierto nada de lo que difiera de ambas teorías, podría conocer de Hacienda pública ni de Economía política, en el concepto que las naciones europeas tienen de estas ciencias? En las cuestiones económicas se observan contradicciones frecuentes, allí donde no rige una ley financiera ni hacendista. Contradicciones, que diría Proudhome, capaces de acabar con la paciencia; contradicciones ingénitas en el seno de los partidos militantes, que llevan consigo mudanzas extemporáneas en el modo de apli-

car la balanza mercantil, y que, naturalmente, tienen que producir nefastos resultados en el mercado interior y en el exterior. No son las leyes económicas caprichosas, ya lo sabemos, ni se puede implantar hoy el librecambio y mañana el proteccionismo. Mientras los Estados mantengan unos con otros relaciones de esta índole, mientras haya tratados mercantiles, se impone una mayor fijeza de miras en estas cuestiones; y por lo mismo que existe la estabilidad en las naciones civilizadas, existe también el deber en los Gobiernos de adelantarse á las ocurrencias futuras, prever las contingencias venideras y no arruinar por ende á los pueblos, comprometiendo sus intereses financieros con el azar de imprevistos sucesos. Pero Marruecos, dichoso país en el que sólo se piensa en dormir y cantar, en gozar placeres sensuales y salir á la guerra fratricida, sigue la rutina tradicional, y atentos los aduaneros á lo que ellos creen conveniencia, así aconsejan al *visir* de la Hacienda para que dicte leyes á su capricho.

He aquí la lucha: el pueblo, que no quiere pagar; el sultán, que cobra por la fuerza.

Vivir sin trabajar, aunque sea con detrimento del bienestar, es el placer del moro. Y como la tendencia es la misma en gobernadores y gobernados, administrados y administradores, y, además, las necesidades de la vida palaciega son algo mayores que las de kabileños y *dcháres*, los funcionarios del *Májsen* desconocen las concepciones administrativas que muchos pueblos cultos hoy tienen, y se entregan á punibles actos, que así sólo les facilita el logro de sus aspiraciones.

La mismísima idea tiene formada el sultán de lo que es su pueblo, y en este concepto, el sueldo mayor de que disfruta un primer ministro no excede de cinco pesetas diarias. Así, el sultán da á sus empleados carta de libertad para que moralicen y sean probos en el desempeño de sus destinos.

Creo que ha de ser curioso conocer los ingresos y gastos generales de la nación marroquí. Al efecto, en el *Specchio del mperio di Marocco*, en los estudios de Lenz, en los de Serruys,

y muy principalmente en los de Kardec, encontramos datos estadísticos y financieros del Gobierno de Marruecos, que valen mucho, máxime cuando es tarea muy difícil esta de echar cuentas, siendo así que ni los mismos gobernantes conocen á ciencia cierta estos problemas.

Ingresos aproximados.

	Pesetas.
1 — Aduanas	6.500.000
2 — Achúr	4.500.000
3 — Náiba	3.500.000
4 — N' káss.	3.500.000
5 — Hedia	2.500.000
6 — Deyat	750.000
7 — Jesia.	200.000
8 — Krá	150.000
Total. . . .	21.600.000

La renta de Aduanas es siempre la que ocupa el número uno de los ingresos. Estas son en la actualidad doce, y por orden de importancia en la recaudación se expresan: Mogador, Salé y Rabat, Tetuán, Tánger, Larache, Casablanca, Safí, Mazagán, Azemur, Mamora (Mehedia), Santa Cruz y Arcila.

En cuanto al *Achúr*, es el diezmo prescrito por el Korán. El Código malekita—en práctica en Marruecos—fija este impuesto teocrático en la cuadragésima parte de las cosechas y rebaños. Antiguamente se pagaba este tributo en especies; pero en la actualidad se satisface en dinero. Los territorios de la *soberanía religiosa* pagan todavía, por lo general, en especies cuando el sultán les envía sus tropas á cobrar. La repartición se hace por los *umána*, de acuerdo y aconsejados por los jefes de mezquita y los alcaides, en la pascua del *ansára*, que es una fiesta agrícola muy parecida á la de San Juan en país cristiano. Recientemente, el *achúr* se ha dividido en *achúr* propiamente dicho, impuesto sobre las cosechas, y *zekkát*, im-

puesto sobre las bestias, que comprende asimismo el *Tertib*, ó gravamen sobre las bestias de carga. Debemos hacer observar que las tribus del Guich no pagan más que el *Tertib* en especies, pues en cambio dan la contribución de sangre, á la que aportan numerosos contribuyentes, todos afectos á la causa imperial. En un principio, el *Tertib* era dar una bestia por cada cuarenta; pero como el Gobierno y sus agentes tienen de sobra para los servicios oficiales todas las caballerizas de las tribus del Guich y muchos mulos, camellos y asnos que pertenecen á la Administración sherifiana, que dispone de inmensas dehesas, decidió fijar el impuesto en dinero, bajo las bases siguientes:

Bueyes: el valor de uno por cada treinta cabezas.

Caballos: exentos de impuestos, pero sometidos al *Tertib*, en caso de escaseces.

Ganado mular: ídem.

Cabrío: ídem.

Camellar: uno por veinte.

Asnos: iguales condiciones que el *Tertib*.

La *Naiba* es una contribución que sostiene las obras públicas, entretenimiento de empleados del *Majsen* de viaje, *muna* á los viajeros provistos de documento especial del sultán, á los personajes oficiales extranjeros y á los emisarios del sultán. De ella están exentos, además de los Guich, las tribus seminómadas y nómadas, salvo en el caso de que el mismo sultán sea el viajero. También entran en la *Naiba* las cargas militares extraordinarias, ya en caso de guerra contra una invasión de rebeldes ó ya de cristianos. También bajo el mismo nombre figura la contribución de regalos al sultán cuando se verifican ciertas festividades religiosas y las bodas del emperador ó de sus hijos. Estas contribuciones que engloba la *Naiba* son causa constante de revoluciones y disgustos, por lo mismo que generalmente resulta arbitraria la distribución del impuesto y que á ellas se amparan los del *Majsen* para pretestar gastos que no existen. Muy amargos fueron los días últi-

mos del reinado de Solimán, que hubo de luchar encarnizadamente con muchos rebeldes á satisfacer una exagerada *muna*. Abd Erkahusén y el Hassan también tuvieron que sofocar importantes sublevaciones con el mismo motivo. Actualmente, son causa de serios disgustos las variables cantidades que señala la *Naiba*.

El impuesto más productivo que antiguamente gozaba el Gobierno marroquí, era el llamado *N'kass*. Hoy, como llevamos dicho, el número uno pertenece á las Aduanas. *En-n'káss* serían los *consumos* en España, unidos á la contribución industrial. Es la renta de las mercancías al entrar en determinadas poblaciones, el tanto por ciento de zoco, y una tarifa especial aplicada sobre los almacenes, molinos, fábricas de babuchas, de hilados, de cerámica, sedas, harinas, pólvora, etcétera, etc. En la costa fué suprimido este arbitrio, incluso la ciudad de Tetuán que está separada del mar unos siete kilómetros; bien es verdad que la supresión *in partibus* de esta contribución obedecía á una de las bases estipuladas en el convenio de Madrid de 1880.

Hedia es el *regalo* que voluntariamente hacen los habitantes del Imperio al sultán en la fiesta del *Aid El-Quebir,* y, por regla general, los propietarios señalan una cantidad fija, por lo que el cálculo aproximado del total fluctúa en dos millones y medio de pesetas. Unos le regalan como emperador y otros como jefe supremo de la religión del Magreb; de manera que de adictos y rebeldes saca *hedia* el monarca musulmán. En la tarde de la Pascua recibe solemnemente el sultán á los representantes de Fez y demás ciudades y tribus que van á llevarle el *regalo*.

La *Jesia* es un impuesto de capitación que pagan los judíos establecidos en el territorio del Gobierno imperial. Desde la edad de trece años paga cada israelista cuatro pesetas anuales.

La historia de este tributo, cuyo argumento conocíamos sin detalles, hé aquí como nos la explica el ilustrado autor de *Un Boulevard de l'Islam:* «Cuando los Reyes Católicos expul-

saron á los israelitas, en aquella ocasión muy numerosos en España y acusados de haber hecho traición á los cristianos en favor de los musulmanes, las comunidades judías enviaron una gran diputación al sultán de Marruecos, pidiéndole asilo. La petición fué bien recibida en la corte y los judíos autorizados para establecerse bajo la protección de S. M. Cherifiana entraron en Marruecos, aceptando ciertas obligaciones, como vivir en barrio separado, pagar una contribución, recompensa anual, no usar babuchas como las de los musulmanes y practicar determinadas costumbres de menos importancia. Permitióseles el culto talmúdico en comunidad, y toda libertad religiosa, privilegios á los que jamás han faltado los Gobiernos.» El acta fué firmada ante *adules* ó notarios, y colocada sobre la tumba de Idris, fundador de Fez, donde aún se encuentra, en la principal mezquita feci.

Permítasenos hacer una observación, que exceptúa este caso de la regla general. En el siglo pasado, uno de los sultanes hizo destrozar la judería de Tetuán antes de que entrasen los españoles que tenían cercada la población, y así eran ellos los que se aprovechaban de las primicias del botín. Cuando se fueron de Tetuán los españoles y la población volvió á ser musulmana, el sultán concedió, después de muchas peticiones y disputas, que se reconstruyera la judería en terrenos de un particular, cuya familia aún vive en dicha ciudad, pagándole un canon muy reducido por su propiedad; pero, á condición de que no se construyeran edificios para sinagogas. En efecto, las 19 que hay en Tetuán se hallan en otras tantas casas particulares, en cuyas habitaciones, las más amplias, sirven de templos. En ellos se cumplen tan precisamente las leyes religiosas israelitas, que el *mel-lah* de Tetuán tiene fama de ser su más religioso y exacto cumplidor. Los hebreos de Tetuán viven en tan estrechos lazos que, aunque exceden de 10.000, más bien semejan cariñosa familia que pueblo.

Las confiscaciones, derechos de tribunales y multas, se conocen bajo la denominación de *Deyat*.

El *kra* es el seis por ciento de interés al año que devengan los alquileres de casas y propiedades del Gobierno.

***

Los derechos aduaneros se fijan en artículos de importación y exportación. Las tarifas, si bien varían en las de exportación, son necesariamente fijas en las de importación, para responder de los compromisos comerciales de país á país. Estas son el diez por ciento *ad valorem,* aunque en determinados artículos ha habido modificaciones con posterioridad al año de 1890.

Sin embargo, no calcule el lector á partir de esta tarifa especial; porque, en realidad, el Estado no cobra más que un cinco ó seis por ciento, ya que hay la escandalosa costumbre, aceptada por aduaneros y comerciantes, de presentar facturas *ad hoc* á mitad de precio, con lo que resultan mermados en un cuarenta ó cincuenta por ciento los derechos. Esta causa, unida á la movilidad frecuente de los empleados, que por lo común no se sostienen más de un par de años en sus cargos, facilita el fraude, y no ha de ser escaso, por cuanto que es fama que los aduaneros son los que con más lujo viven y más pronto aportan un capital, que en manera alguna podrían reunirlo con un sueldo de diez á doce reales diarios.

Hay verdadero pugilato en la corte por optar á la provisión de destinos, y personas que están perfectamente informadas conocen detalles de estas oposiciones, que delatan á las claras la inmoralidad que desde los altos poderes trasciende á los ramos todos de la política y de la administración del Estado marroquí. Es cosa corriente y moliente que la destitución de un gobernador ó alcaide ó bajá se haga en cuanto deja de hacer regalos á visires y magnates, nombrando inmediatamente al opositor que más dinero y regalos presente al Gobierno.

Por lo común lleva con su nombramiento una autorización para prender y encarcelar al gobernador, alcaide ó bajá saliente, que sin otro delito, ni acusación, ni motivo, ni procedimiento judicial, pasa á las cárceles, donde concluye su existencia entre hambres y miseria, sin ver la luz del día ni fiar esperanzas en la suspirada libertad que todos bendecimos.

Otro tanto ocurre con los notarios, cuyo distintivo es un sellito de plata para lacre, en el que van grabados el nombre y rúbrica del sultán, la fecha y algunas alabanzas al Ser Supremo; pero si el nombramiento es arbitrario y untoso, son los empleados más estables y rara vez se ven destituídos de manera tan brusca y frecuente.

En cuanto á los administradores de las Aduanas ya se sabe. Preséntanse ante el mismo sultán, ante los visires y demás cortesanos, dispuesta la bolsa y franco el dinero. Conseguida su colocación, empiezan á recaudar sus pérdidas y logran una fortunita en poco tiempo. Acuden también los aduaneros al procedimiento de cobrar en especie, vendiendo luego en pública subasta las existencias de esta renta, negocio quizá el más pingüe que presenta la administración de las Aduanas marroquíes.

Los impuestos sobre los artículos de exportación generalmente fluctúan entre el diez ó el doce por ciento del valor de la mercancía, y constituye una buena renta para el Estado, contando el comercio con Melilla y Argelia, que en cuanto á exportación da un producto de tres á cuatro millones de pesetas. Sin embargo, en cuanto á esta renta, los cálculos posibles dependen de la cosecha más ó menos abundante, pues que la exportación de Marruecos prepondera y casi la monopoliza el grano. En las escaseces, dicta el sultán orden prohibitiva de exportación; así se concibe que estos derechos sean tan desiguales, que á veces constituyen cantidad insignificante y otros años ascienden á seis ú ocho millones de pesetas.

Téngase en cuenta que en estas cifras no entra el fraude escandaloso que se verifica tanto por las costas como por el

interior á espaldas de los administradores de las Aduanas, y si sumamos el que favorecen dichos empleados hay que suponer una mitad de fraude y otra mitad de obvenciones declaradas.

No hace mucho tiempo, las Aduanas estaban arrendadas por comerciantes indígenas, generalmente israelitas; pero esta práctica, que de antiguo venía cumpliéndose, fué abolida por el Hassan, padre del actual monarca, que rehuyó también de la venta de monopolios, clasificados bajo el nombre de *Tahuit*. Lo cierto es que los monopolios y la renta de Aduanas daban al Gobierno peor resultado que su actual administración.

Inclúyese también en las rentas aduaneras el tributo, que resulta nominal para el Gobierno, llamado *Mustaf*. Es el derecho que satisfacen los buques por anclaje en puertos. El *Mustaf* está administrado por el cuerpo diplomático de Tánger, para atender á los gastos del llamado *Consejo sanitario*, en el que delega el sultán sus poderes para todas las cuestiones marítimas y costeras.

Este Consejo sanitario atiende á la higiene pública en Tánger, al pago de empleados sanitarios europeos en puertos de mar y ríos, á las medidas cuarentenarias, despacho de papeles de buques y conservación reglamentada del lazareto oficial establecido en la Uzleta, que da frente á la bahía de Mogador. Goza de verdadero prestigio, y es quizá la única renta marroquí que ni sufre merma, ni está expuesta á fraudes, ni sometida al escarnio de la sociedad, como las anteriormente enumeradas.

Hablar aquí del régimen interior de las Aduanas marroquíes sería repetir lo que todos sabemos perfectamente, porque de alguna utilidad nos ha sido la intervención española en aquellos establecimientos cuando, á raiz de la guerra gloriosa de 1860, cobró nuestro Gobierno la famosa indemnización.

Un artículo cuya exportación produce bastante al Gobierno de Marruecos, es el de las sanguijuelas. España importa de

nuestro vecino país tripa salada, que utilizan en Extremadura, ganado vacuno y lanar, pieles y otros productos; pero su comercio con Marruecos es muy reducido, llevando la primacía el Reino Unido de la Gran Bretaña.

El comercio general de Marruecos, según datos de Oscar Leuz, fué:

Importaciones	20.114 725 francos.
Exportaciones	17.332.950 íd.
Que suman..... ..	34.447 675

Y el movimiento marítimo, según el mismo estadista, 1.130 buques con 322.625 toneladas.

***

Los detalles más precisos de la distribución de gastos del Gobierno marroquí, son los siguientes, por orden de importancia numérica:

	Pesetas.
Tropas. — Entretenimiento, sueldos, material, encargos de municiones y armas al Extranjero....	7 000.000
Sueldos de dignatarios, funcionarios, representantes del sultán en Tánger, de los *umaua*, aduaneros, tesoreros receptores, regalos á funcionarios por servicios especiales y extraordinarios.....	1.550 000
Gastos de la casa del sultán...	700.000
Jardines, cuadras, almacenes, edificios, residencias imperiales, casas, marabuts, garitones, atalayas y *burchs*: su entretenimiento.—Baterías de los puertos y del interior.....	600.000
Ofrendas á las grandes mezquitas y santuarios, á las hermandades religiosas, á las cofradías mahometanas y á los cherifes de Tafilete y Tuat.—Regalo á la Meca.	400.000
Regalos á los jefes de los Gobiernos extranjeros, á los emba-	
	10.250.000

	Pesetas.
Suma anterior.....	10.250.000
jadores, á las embajadas al Extranjero, misiones políticas y confidenciales.....	250 000
Gastos secretos de política interior, fondos secretos, gastos políticos, correos, gastos secretos de política exterior.....	200.000
Recibimiento y manutención de embajadores, cónsules encargados de misión á la Corte, personajes de distinción, musulmanes y extranjeros. *(Muna)*.....	200.000
Sostenimiento de buques, remolcadores de puertos, pontones, capitanes de puertos.....	250.000
Sueldos de diversos agentes oficiales.—Misiones confidenciales en los pueblos islámicos.....	170.000
TOTAL.....	11.320.000

No llega completo este dinero á sus respectivos destinos. Ya sabemos en lo que consiste.

La Hacienda resulta beneficiosa para el sultán, porque, si comparamos, resulta que sus ingresos fluctúan entre los 21.600.000 pesetas que hemos dicho, y los gastos aproximados alcanzan solamente 11.320.000, quedando un beneficio anual de pesetas 10.280.000 á favor de los sultanes.

Este sobrante se reparte entre el tesoro de Guerra, reserva metálica afecta al sostenimiento de la dinastía reinante, depósito para atender á compromisos de política interior ó exterior, que luego se reintegra á la corona y, por último, tesoro particular del sultán, de sus hijos y familia, que sostiene á los numerosos *schúrfa* pobres de la dinastía hasta el tercer grado consanguíneo.

Hablemos ahora de ese famoso tesoro, falseado en cuanto á cantidades y lugar que ocupa por muchos escritores europeos.

Ese gran tesoro se encuentra en Tafilete, bajo la custodia de libertos de toda la confianza del sultán. Da guardia al tesoro un centenar de *buéjer*. Aquel oasis es la cuna de la actual dinastía, y el Hassán, pocos meses antes de su muerte, ordenó

la construcción de un soberbio palacio en los alrededores del edificio donde se encuentran dichas cantidades, palacio que no sabemos si se habrá concluído. Ahito el Hassán de reclamaciones y embargos, de visitas é influencias extranjeras, creía, y creía muy bien, que trasladándose á treinta y cinco días de la costa, se libraría de percances y conflictos nuevos y podría cumplir á más y mejor sus decantados y conocidos planes políticos del «tarde, mal y nunca», en que estriban las tres gracias de las gestiones diplomáticas cerca de los marroquíes. Pero, astuto y sagaz el monarca, porque no le convenía alejarse por mucho tiempo de Fez, corazón y cabeza del Imperio, hizo saber su decisión de pasar la primavera en Tafilete, época del año en que suelen ir las embajadas á Fez, por ser el tiempo en que más facilidades presentan al viajero los caminos y temperatura. La muerte acabó con todos sus placeres, que no eran pocos.

En el tesoro de Tafilete ingresan las cantidades cada tres ó cuatro años, ya preparadas para dormir largo sueño, y la alta inspección y responsabilidad principal de ellas están á cargo de una familia de *schúrfa*, parientes cercanos del sultán.

Otra parte de las reservas, pero no tan grande, se halla en Mequinez bajo la guardia de los *bukkara*. Hempso hacía la descripción siguiente, á todas luces algo exageradilla, de la tesorería de Mequinez:

«..... El edificio que encierra en Mequinez el tesoro está confiado á la guardia de 2.000 negros descendientes de los *bukkára* (Hempso les llama *bókaris*). Exteriormente está protegido por espeso muro que lo circunvala, construído de piedras enormes, ligadas por cementos y llaves de hierro. El edificio está hecho de grandes piezas de hierro con buena envoltura de albañilería, modelo de perfección. El primer pabellón encierra un segundo, construído en las mismas condiciones de solidez y á toda prueba de inviolabilidad. Allí se encierran las habitaciones donde hay barras de oro, oro y plata en monedas, y piedras preciosas. Para abrir cada habitación hay cinco

puertas que salvar, con cinco cerraduras cada una, que son modelo de ingenio y resistencia.»

La llave principal se encuentra en poder del sultán, y las demás bajo la guardia de esclavos favoritos, que tienen á grande honra heredar el cargo.

En Fez y en Marraquech hay también tesoros imperiales, pero de menos importancia, siendo el de Fez más rico y para el servicio exclusivo de los gastos particulares extraordinarios del sultán.

En resúmen. El tesoro antiguo, el famoso, dinástico y religioso, se encuentra en Tafilete. Otro dinástico está repartido entre Fez, Mequinez y Marraquech. Y, todos, suman unos 250 millones de duros, si hemos de creer las palabras que el Garnit dirigió á un amigo íntimo en ocasión que el lector conocerá perfectamente:

«Si es necesario, les haremos la guerra. Tenemos 250 millones de duros en reserva, con los cuales el sultán puede dar muna durante más de cinco años á todas las tribus bereberes y montañesas, para la guerra contra los..... si nos llevan á tal extremo.»

En Tafilete hay mucho oro francés, alguna cantidad de doblas de oro españolas, y, sobre todo, muchos miles de duros en plata española, si son ciertas las hablillas de la corte. También hay respetable cantidad en piedras preciosas, que se heredan de dinastía en dinastía.

Los recaudadores de contribución necesitan en muchos casos la ayuda de soldados que, imponiéndose por la fuerza, consiguen hacer cumplir las disposiciones emanadas del sultán.

Kábilas hay donde un verdadero ejército sostiene lucha abierta con los contribuyentes, se encarniza la pelea y, por lo general, siempre salen perdiendo los paganos, que además se ven en la necesidad de dar *muna* al ejército invasor.

FELIPE RIZZO Y ALMELA.

CRÓNICA LITERARIA

ALGO SOBRE LA PRENSA PERIÓDICA

En el curso de la historia literaria (no en alguno de los *Cursos* que se imprimen y dan como textos universitarios, sino en el curso real de los hechos) adviértese una como vida de los géneros. De principios obscuros y pequeños levántanse á gran altura las principales de estas divisiones literarias; después mudan y se transforman; por último decaen y mueren. Hay sin duda algo, y aun mucho, de metáfora en esto de la vida de los géneros, pues un género literario no es en realidad un ser viviente, pero su mudar se asemeja al de los seres vivos. Estas mudanzas opéranse también en las demás artes, aunque son más visibles y fáciles de observar en las Letras.

¿Qué son hoy, por ejemplo, la epopeya y la tragedia clásica? Géneros muertos, como lo están entre las lenguas el latín y el griego antiguo. Y así como es posible que un humanista escriba una epístola ciceroniana ó imite un epigrama de Anacreonte, puede un erudito imitar las formas de la tragedia y la epopeya; mas estas reconstrucciones no dan vida á tales

géneros. Son restauraciones artificiosas, arqueológicas, juegos de espíritus muy cultivados, que suprimen en cierto modo la limitación del tiempo, y saben evocar y *vivir* en lo presente lo pasado. El hecho es que hoy no pueden escribirse *Iliadas* espontáneas, ni nada que se acerque á este tipo de obras. Ni hay público para ellas, ni la inspiración literaria toma ese camino.

El lugar de los géneros muertos, ocúpanlo otros nuevos. De uno de estos, popular por excelencia, y de los más influyentes en las sociedades contemporáneas, quiero decir en esta Crónica algunas palabras para que alternen con los juicios acerca de determinadas obras literarias (que forman comunmente el objeto de estos artículos) apreciaciones generales sobre los fenómenos literarios que á nuestra vista se desarrollan, y sobre los diversos géneros y las varias tendencias de la literatura contemporánea.

El género á que me refiero es la prensa periódica. ¿Es la prensa un género? Desde luego puede afirmarse que es algo más que una forma especial de publicidad. Los escritos más genuinamente periodísticos presentan ciertos caracteres genéricos que permiten ver en ellos una unidad colectiva: una especie, un género. La tendencia enciclopédica de los periódicos hace que estén representados en sus columnas géneros literarios que no son *per se* periodísticos (v. gr., cuando insertan cuentos ó poesías líricas, etc.); pero esto es accidental en los *papeles públicos*, y lo genuino y propio de ellos tiene caracteres especiales bien determinados.

Al hablar de la prensa, me refiero á la prensa propiamente dicha, no á todas las clases de publicaciones periódicas: esto es, al periódico diario político y de noticias, en que aparecen también generalmente algunas variedades literarias. Las revistas no tienen una fisonomía tan acentuada como la de los periódicos; son más bien una forma de publicidad, que una especie ó tipo particular de producciones literarias ó científicas. La *Revue des Deux Mondes*, que es, por decirlo así, el

tipo de la revista clásica, inserta novelas, obras históricas y filosóficas, relatos de viajes, etc., que luego aparecen en vo lúmenes sin variación alguna y sin que se diferencien esencialmente de las obras semejantes que no han sido insertas en revistas antes de publicarse en libros ó folletos. Esto, que puede decirse igualmente de la mayor parte de las revistas, indica que los trabajos de éstas no necesitan revestir una forma especial para hallar cabida en tales publicaciones. Lo peculiar de ellas se reduce á las crónicas de sucesos políticos, de literatura, bibliografía ó ciencias, que es lo que las relaciona con los periódicos y las asemeja á los mismos.

Las revistas modernas, en que predominan los extractos ó resúmenes, se aproximan más todavía á los periódicos; pero ni unas ni otras, ni tampoco los semanarios de literatura, de menor extensión y profundidad que las verdaderas revistas, y los cuales suelen ser recopilaciones de escritos de diferentes géneros, principalmente satíricos, tienen caracteres tan claros y definidos como los del periódico diario.

*
* *

Nadie niega la importancia grande de la prensa como instrumento político. Hanla llamado algunos cuarto poder, y aparte la determinación del número, no andaban muy descaminados. La importancia de los periódicos como elemento de información y de publicidad dentro del mecanismo complicado y la marcha rápida de la vida moderna, no hay tampoco quien no la reconozca, siquiera sea implícitamente; prueba de ello es que hasta los más refractarios á las ideas y costumbres modernas, los más enemigos de la prensa y del régimen de publicidad que supone, leen periódicos, aunque no sea más que para enterarse de las noticias de interés general que contienen.

Mas, por lo que toca al aspecto literario, no se concede, ni con mucho, igual importancia á los periódicos. En realidad, es muy escasa la que se les reconoce. La masa general de los lectores, sobre todo de los lectores de periódicos de gran circulación, no hace caso de eso. No busca primores literarios en la hoja cotidiana, sino noticias y apreciaciones políticas, prefiriendo en las últimas, al atildamiento y corrección de la forma, la energía, y aun á veces el descaro y el desenfreno. Y en cuanto á las personas leídas, es lo común que muestren no poco desdén hacia la literatura periodística, juzgándola pedestre y superficial, reñida con el saber y con la elegancia retórica.

Antes de procurar poner en claro lo que representa la prensa desde el punto de vista literario, y la influencia que ejerce sobre la literatura, conviene parar la atención un momento sobre lo que es, considerada en conjunto, sobre las funciones que desempeña y los elementos que la componen.

*
* *

Es verdaderamente maravilloso el progreso realizado por la prensa en un período de tiempo relativamente breve. En la historia de las instituciones sociales acaso no se hallará otro ejemplo de desarrollo tan rápido, de crecimiento tal en recursos, esfera de acción é influencia. Ha llegado á ser la prensa en las sociedades modernas un poder verdadero, uno de esos poderes de opinión, cuya fuerza no es inferior en muchas ocasiones, y aún es superior en algunas, á la de los poderes oficiales establecidos en las leyes, y que representan las manifestaciones superiores de la autoridad pública. Tan es así, que se habla á veces, con algún fundamento, de la dictadura de los periódicos, si bien justo es reconocer que á estas dictaduras elevadas sobre la persuasión es fácil combatirlas y derrocarlas por los mismos medios de donde ellas reciben su fuerza;

que además sólo son posibles en momentos excepcionales, y que las hace efímeras lo tornadizo é inconstante de las muchedumbres; debiéndose advertir también que, cuando la prensa ejerce esas momentáneas dictaduras, casi siempre peligrosas, concurren circunstancias independientes de la acción de los periódicos: fuertes corrientes de opinión, exaltaciones colectivas que aquellos pueden extremar ciertamente, pero que no les es dado producir casi nunca de un modo artificial. La dictadura de la prensa se parece mucho á la de los demagogos antiguos elevados por las multitudes. En uno y otro caso hay una acción recíproca entre el director aparente y los dirigidos. La masa empuja á su caudillo, y éste arrastra á la masa, siendo grande el riesgo de que pare la desordenada carrera en el abismo.

*
* *

La prensa es muy moderna. Puede decirse que es de este siglo. Cierto que antes se publicaron Gacetas diferentes, que eran á modo de bocetos de periódicos, y que en la época de la revolución francesa (que históricamente es el principio de este siglo, aunque cronológicamente pertenezca á los últimos años del XVIII), hay un activo periodismo político, mezcla de arengas pseudo clásicas y de escandalosos libelos. Y aún podrían hallarse *precedentes* muchísimo más remotos á la prensa, pues este género de buscas y de hallazgos es de lo más fácil que imaginarse puede, de tal suerte, que hay precedentes de todo y para todo, siempre que haya quien tenga paciencia y curiosidad para buscarlos, y posea también imaginación suficiente para basar sobre algún rasgo de más ó menos lejana semejanza la relación de parentesco entre las cosas añejas y las actuales.

Nació la prensa política con el sistema parlamentario ó de

Asambleas legislativas, y fué en sus principios complemento y auxiliar necesario del nuevo régimen constitucional. En los Estados modernos, compuestos de territorios dilatados y sujetos á un régimen relativamente centralizador, no hubiera habido fácil comunicación entre el país y el Parlamento á no contar éste con un medio eficaz de publicidad que llevase á todas partes el eco de sus deliberaciones y de sus acuerdos; que al propio tiempo difundiera la educación política necesaria para crear un cuerpo electoral, y preparase, *formando opinión* en uno ú otro sentido, las tareas de las Cámaras y la acción de los partidos políticos, que existen en todo sistema de gobierno, pero adquieren mayor importancia en el parlamentario, necesitando dentro de él de una organización estable y de eficaces instrumentos de propaganda.

Era, pues, al principio, el periodismo político una secuela de las nuevas formas de gobierno que sustituyeron al antiguo régimen. Venía á suplir los obstáculos de tiempo y espacio que la extensión territorial de las nacionalidades modernas pone á aquella fácil comunicación entre el pueblo y las Asambleas que vemos en los Estados antiguos, constituídos por una ciudad y por un número relativamente corto de ciudadanos, que se enteraban sin trabajo, en la plaza pública, del curso de los negocios políticos.

Con el tiempo la prensa ha ido adquiriendo importancia propia, y ese primer papel que desempeñó de complemento del régimen parlamentario, no es ya lo principal en los periódicos. Basta comparar el puesto preferente y la extensión que ocupaban en los periódicos de antaño las reseñas de las sesiones de Cortes y el lugar y extensión que ocupan en los actuales, para comprender el cambio operado. La prensa es hoy un elemento político que existe por sí y tiene su razón de ser en sí mismo. Goza de vida propia, ha dejado de ser complemento ó secuela de otra cosa. Tan rápidos han sido su emancipación y encumbramiento que, particularmente en los países donde la representación parlamentaria es en gran parte figurada y

ficticia, por defectos de educación política y de interés general en los negocios públicos ó por otras causas unidas á las anteriores, la prensa ejerce una influencia superior, en ocasiones, á la del Parlamento. Influencia real y efectiva que no se apoya en artículos de la Constitución ni está sujeta á reglas legales y que, por lo mismo, es ejercida con irresponsabilidad casi absoluta, sin otros límites apenas que los de la propia prudencia, pues las sanciones penales no asustan por lo general á los periódicos, ni tienen eficacia (por razón de su excesiva severidad teórica), á menos que no estén interesadas en hacerlas cumplir clases ó instituciones poderosas.

*
* *

La prensa es un género muy complejo, ó, si se quiere, un compuesto de varios géneros diferentes. Pero ante todo, es oratoria. Oratoria escrita, que viene á sustituir á la discusión de las antiguas Asambleas populares, á las arengas del Foro ó de la Agora. Y este carácter es más marcado en países como España, en cuyas costumbres no han arraigado las reuniones públicas como medio de propaganda, presentando siempre los *meetings* ó Asambleas que se celebran algo de falso y de teatral; de representación arreglada de antemano, en que se va á convencer á los que están ya convencidos y saben sobre poco más ó menos lo que allí va á decirse.

La mayor parte de los defectos de la prensa se explica con sólo fijarse en este aspecto de los periódicos. Tal como ellos son, ha sido siempre la oratoria popular: efectista, apasionada, más obediente á los variables sentimientos de las muchedumbres que á la razón y á la justicia, más atenta á las circunstancias del momento que á los intereses permanentes de la comunidad; vehemente, superficial, inconstante; hábil y terrible en la crítica y la censura, torpe y de cortas miras en

las soluciones positivas; arma, en fin, poderosa para destruir y de gran utilidad cuando se aplica á la destrucción de lo malo, pero instrumento débil é ineficaz para edificar cosas sólidas y permanentes.

Han variado tan poco en lo esencial los caracteres de las luchas políticas, á pesar de la mudanza de ideas, de costumbres y de organización de los Estados, que leyendo con atención los periódicos actuales pueden descubrirse en ellos muchos rasgos de los bandos y facciones de las democracias antiguas. Los artículos de los periódicos populares se parecen mucho á los discursos de los demagogos y de los agitadores de la plebe. Adulan las pasiones colectivas (como el deplorable fondo de jactancia que hay en nuestro carácter nacional), piden con frecuencia medidas arbitrarias sin curarse de la observancia de las leyes; proponen remedios estupendos para arreglar las mayores dificultades; deciden á la ligera de la paz y la guerra; crean reputaciones de un día, extremando al principio la lisonja, como extreman luego el olvido, y no están exentos de la inclinación demagógica á la tiranía, á una dictadura irregular é ilegítima que gobierne á gusto de las masas, aunque después venga el diluvio.

Los de enfrente, los periódicos gubernamentales, se parecen á su vez á los oradores de los aristócratas, á los abogados de los ricos. Las vacilaciones y equilibrios son su característica. Tienen inclinación decidida al *justo medio,* á dejar en todo alguna puerta franqueable para la rectificación ó la retirada. Les domina la superstición del *precendente,* de lo *establecido,* de lo *normal.* Inferiores en pasión y en atrevimieuto á sus contrarios, suelen ganarles en la habilidad y en la ironía.

El *más eres tú,* la argumentación *ad hominem* figuran entre sus recursos favoritos. Aventajan por lo común á sus adversarios en la solidez de la doctrina; pero éstos les superan á su vez en calor, en atrevimiento y en franqueza.

***

Además de esta parte oratoria, contienen los periódicos otra que puede denominarse histórica. Esta parte es la información, el relato de hechos que solicitan la atención de las gentes ó en algún modo las interesan. Es historia recogida al tiempo de hacerse ó antes de llegar *al acto*. Historia menuda, cominera, tomada sin escrúpulo de todas las fuentes y que forma un inmenso repertorio, un enorme almacén de datos contemporáneos, que será probablemente la desesperación de los historiadores del porvenir, obligados á buscar entre este enorme fárrago de referencias contradictorias la verdadera realidad y el verdadero sentido de los acontecimientos. Esta parte es acaso la que mejor aprecia el público en los periódicos y la que más contribuye á la gran difusión de éstos.

Bajo uno y otro aspecto, como oratoria escrita y como crónica cotidiana, la prensa es un género compuesto. Busca, antes que la belleza literaria, la utilidad, fines políticos ó fines de información que prevalecen sobre el fin estético. Con esto queda dicho que es, desde el punto de vista literario, un género subalterno; mas no se sigue de ahí que ejerza poca influencia en la literatura, ni que carezca de todo valor literario.

En países como España, en que apenas se lee otra cosa que periódicos, esta influencia es grandísima. Los géneros literarios superiores influyen menos en los periódicos que éstos en aquéllos. Lo contrario sucede en Francia, por ejemplo. Allí es la literatura propiamente dicha la que influye en los periódicos, y ha llegado á hacerlos verdaderamente literarios y esmeradísimos en el estilo, hasta en la parte política y de información general.

Influye el periodismo en la literatura, en primer término influyendo sobre el lenguaje. Que esta influencia es grande se demuestra con sólo considerar que los periódicos son la lectura más frecuente de la inmensa mayoría de los que leen algo y aun la lectura única de muchos de ellos. Los periódicos, reflejando el tipo corriente de la lengua hablada, han ayudado á que se admita en las obras literarias cierta llaneza de ex-

presión que antes era rara. Prestan la autoridad de lo impreso—poderosa para muchas gentes—á no pocas locuciones familiares y son fácil vehículo de vocablos nuevos, no siempre de formación acertada ni de buen orígen. Tal vez la prensa, dando entrada en el lenguaje literario á las formas de uso vulgar, á las locuciones familiares, ha contribuído no poco á modificar el estilo castellano, quitándole majestad y elegancia, dándole acaso mayores naturalidad y viveza, y aproximando de tal suerte la lengua literaria escrita á la lengua familiar hablada, que es lo común escribir como se habla y parece arcaica y artificiosa la magnificencia y riqueza de la retórica tradicional.

Esta influencia de la prensa sobre el lenguaje suele ser juzgada severamente. Es muy común la idea de que los periódicos están mal escritos y corrompen el idioma. Pero la verdad es que, en conjunto, no resultan inferiores á otros géneros que han alcanzado ó alcanzan grande aceptación. Peor escritas estaban las antiguas novelas por entregas; peor escritas están, por lo general, las obras del flamante género chico, y eso que estos son géneros (en la intención al menos) completamente literarios, mientras que la prensa es un género bello-útil, es decir, que no persigue como fin principal el de ofrecer á sus lectores modelos de literatura, sino que tiende á aplicaciones prácticas.

Hay que atender también á las condiciones en que se escriben los periódicos. La necesidad de improvisar se opone al esmero literario y aun á la corrección de estilo. Es seguro que los más famosos literatos, si se vieran obligados á ejercer la función de periodístas, no escribirían tan bien como pueden hacerlo disponiendo de tiempo para limar sus escritos y de libertad para elegir temas y asuntos, libertad que en los escritores de periódicos está frecuentemente coartada por las exigencias de la actualidad.

Hay, por otra parte, en la prensa, una gran desigualdad, así en el estilo como en todo. Depende de que en la compleja

labor de los periódicos toman parte elementos muy diferentes y de valor muy distinto, desde verdaderos literatos que podrían sobresalir en cualquier otro género de Letras, hasta personas que sólo tienen de la gramática la intuición del uso y las vagas reminiscencias de la escuela de primeras letras. Tiene que diferenciarse mucho naturalmente el lenguaje de unos y otros, y no es raro que predominen en número los segundos: ¿en qué género ó en qué profesión no están en mayoría los inferiores?

Influyen también los periódicos en las letras por medio de la crítica. Esta es una de las secciones que han llegado á *especializarse* ó á *diferenciarse* en la prensa. Y aunque no siempre tienen la debida competencia los *especialistas* encargados de esta tarea, ni tampoco son siempre imparciales, no puede negarse que sus juicios ejercen alguna influencia en el público, sobre todo en aquella parte, muy considerable, de él, que no lee los libros de que hablan los críticos, y, por consiguiente, tiene que creer á estos últimos bajo su palabra. Justo es reconocer que en esto se va adelantando algo en la prensa, y que se va distinguiendo en ella la verdadera crítica de las noticias bibliográficas enviadas por los editores, ó redactadas de prisa y corriendo sin leer otra cosa que la portada y el índice de los volúmenes.

A este adelanto de la crítica literaria en los periódicos han contribuído: por una parte la creciente colaboración en la prensa de literatos distinguidos que no son periodistas profesionales; por otra, el uso general de la firma en este género de trabajos.

El anónimo es, en efecto, uno de los obstáculos mayores para el progreso de la prensa. Muchas de las procacidades, muchos de los desaciertos y desatinos de ésta se evitarían si el uso de la firma estableciese de un modo claro é indudable la responsabilidad individual en cada escrito. Y á la vez no se daría el caso, tan frecuente hoy, de que periodistas meritísimos se viesen postergados y obscurecidos, fuera del círculo

limitado de las *gentes del oficio,* después de haber contribuído quizás al injusto encumbramiento de muchas medianías y hasta de algunas nulidades.

El uso de la firma ha contribuído á que sea la prensa francesa la primera del mundo en amenidad, ingenio y perfección literaria. A una medida política de desconfianza, encaminada á restringir la libertad del periodismo francés (como fué la que desterró el anónimo), debe aquél, según han reconocido muchos de sus más autorizados representantes, el grado de progreso á que ha llegado, sin perder por eso parte alguna de su libertad.

Ninguna reforma conviene tanto como ésta á la prensa española. No sólo desde el punto de vista del decoro profesional y desde el punto de vista literario, sino también en lo que toca á la depuración y rectificación de la influencia social de los periódicos, sería el uso de la firma origen de indudables adelantos y remedio de muchos males. Ganarían con ello seguramente el fondo y la forma de los escritos periodísticos y ganarían también sus autores.

Tal vez contribuiría esto á remediar cierta estrechez de horizontes, cierta timidez ó apocamiento intelectual que en las cuestiones de principios se observa con frecuencia en los periódicos, y que sorprende en ellos, osados y aun temerarios en otras cosas. Reina, por lo general, en la prensa un cierto espíritu de rutina, de exagerado respeto á la opinión del vulgo, al *sentido común* de grueso calibre y cortos alcances; una tendencia *oportunista,* que sirve de disculpa á las mayores inconsecuencias y hace que los que se llaman liberales discurran á veces como reaccionarios y los reaccionarios como radicales avanzados. Es frecuente oir, en descargo de estas anomalías, todos los lugares comunes pertinentes al caso: la apología del *espíritu práctico* y del *sentido de la realidad,* la condenación de las *abstracciones* y de las *utopias;* frases huecas, emitidas sin convicción, para encubrir la falta de ella y la carencia de ideas fijas y de verdaderos principios.

Nadie que tenga seso confundirá con el verdadero sentido de la adaptación histórica de las ideas, ni con aquella prudente transacción entre lo tradicional y lo progresivo, que es la base de los verdaderos adelantos, esa subordinación de todo ideal á las impresiones del momento, á las conveniencias de un partido ó de un hombre público, ó, lo que es peor, á los gustos y bajas pasiones de la plebe. Este vicio de la prensa ejerce una verdadera influencia deletérea en el país y tiene su castigo en el descrédito que ha reportado al periodismo.

Es este una gran escuela literaria y una gran escuela política. Ambas cosas por el mismo concepto: porque obliga al contacto continuado con la realidad, y pone al periodista en la situación de un espectador, que, colocado en buen puesto, ve desarrollarse ante sí muchos y variados acontecimientos. «La historia—ha dicho Freman—es la política pasada y la política la historia presente.» En este sentido el periodista ve *hacerse* la historia y contribuye á hacerla..... Pero la realidad y la historia son algo más que el fenómeno fugitivo, que el día en que vivimos, que la apariencia pasajera, que la opinión transitoria del momento.

Es ministerio de la prensa recoger y pesar todos estos fugaces accidentes; mas como datos, no como reglas de conducta ni como inspiraciones de criterio. Si tal autoridad les da, acorta su vista y empequeñece su horizonte: consiente en mirar el mundo por un agujero, pudiendo contemplarle desde la cima de una montaña.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL EMPLEO DE LA VIDA.

(Conclusión.)

XVII

LA TRANQUILIDAD DE ÁNIMO Y LA FELICIDAD

La prosperidad y la felicidad distan mucho de ir siempre juntas; y muchas personas son desgraciadas, aunque parecen tener todo lo necesario para ser felices. La naturaleza puede dar sin tasa á «su poderoso preferido», como dice el profesor Huxley, pero no puede hacerle feliz; eso le incumbe á él solo. Una vida de triunfos en la tierra está llena de peligros y de cuidados. El hombre que no tiene en sí los elementos de la dicha, no los encontrará en la belleza, ni en la variedad, ni en los placeres ó los intereses del mundo. «Para unos—dice Schopenhauer,—el mundo está desierto, causa hastío y carece de sentido profundo; para otros es rico, interesante, y está lleno de sentido». Si sabemos conducirnos, la felicidad vendrá por sí sola; pero no debe perseguírsela con demasiado ardor. Nuestra alegría más grande «desciende á los infiernos si, como

Orfeo, nos volvemos para mirarla» (1). Huid de los placeres y os perseguirán.

No penséis continuamente en vosotros mismos; no estais solos en el mundo.

«No busquéis el recreo—dice Ruskin,—pero estad siempre dispuestos á divertiros.» Es una gran cosa el saber convertir la vida en una sucesión de placeres, aunque sean de poca monta.

El sentido humorístico, por ejemplo, es un don que sólo el hombre posee. Pudiera preguntarse si los animales piensan, pero según todas las apariencias no conocen la risa. «El día más perdido de todos es aquel en que no nos hemos reído»—dice Chamfort.—En efecto, ¡qué placer el de oir una risa alegre! ¡Cómo parece regocijarlo todo!

«Un corazón alegre anda todo el día; un corazón triste se cansa al cabo de una milla.»

«El buen humor—decía uno de nuestros obispos—forma las nueve décimas partes del espíritu cristiano. Y si os encolerizais, que no se ponga el sol sobre nuestra cólera. Dos no riñen si uno no quiere: no seais el otro de los dos.»

Personas hay que pasan el tiempo quejándose: si nacieran en el Paraíso, aún habrían encontrado medio de quejarse de algo. Por el contrario, las hay que son felices en todas partes; no ven sino belleza y dulzura en cuanto les rodea.

«¡En qué Paraíso podría convertirse la tierra si pudiese quedar enterrado para siempre el temor, si la esperanza fuese duradera y fuese eterno el amor!» (2).

El buen humor es un gran tónico moral. Como el sol hace entreabrirse las flores y madurar los frutos, de igual manera el buen humor, el sentimiento de la libertad y de la vida, desarrolla en nosotros todos los gérmenes de bondad y todo lo que en nosotros hay mejor.

---

(1) Dallas.
(2) Morris.

El buen humor es un deber para con los demás. Hay una antigua tradición que pretende que se puede encontrar una copa de oro allí donde el arco iris toca al suelo; del mismo modo hay personas cuya sonrisa, cuyo timbre de voz, cuya sola presencia parecen, á semejanza de un rayo de sol, trocar en oro todo cuanto tocan.

Los hombres nunca se dejan abatir si conservan su buen humor. «Un corazón alegre es una fiesta continua para los demás como para sí mismo.» La sombra de Florencia Nightingale curaba más enfermos que sus medicamentos; y si compartimos la carga ajena aligeramos la propia.

Ciertas personas parecen creer que el buen humor supone indiferentismo; sin embargo, no hay ningún vínculo necesario entre ellos. «La alegría y el buen humor, que constituyen uno de los mayores beneficios para la humanidad—ha dicho el doctor Arnold—acompañan con frecuencia al pensamiento más profundo, al cariño más tierno, y con mucha mayor gracia que cuando van unidos á la insustancialidad ó á la dureza de quien ante Dios es un majadero.»

Hay muchos hombres cuyo nacimiento es una condena á trabajos forzados perpetuos. Pero esto no se refiere sólo á los pobres. Los ricos trabajan en nuestros días con tanto ahinco y á veces aún más.

Aparte de eso, ¡cuántas personas hay á quienes el dinero mismo hace desgraciadas, y cuya vida no conoce tranquilidad ni paz!

No podemos evitar el sufrimiento en este mundo; pero si lo deseamos podemos elevarnos por encima de él. Para hacerlo, conviene llenar nuestra memoria de bellas imágenes y felices recuerdos.

Todo el mundo querría divertirse, pero pocos saben hacerlo. El hombre no se da cuenta de toda la dignidad y de toda la ventura de la vida.

No abultéis las pequeñas contrariedades de la vida hasta convertirlas en grandes pruebas. «¿Qué penas hay en esta

vida—dice Cicerón—que puedan parecer grandes al hombre conocedor de la eternidad y de la grandeza del universo? Porque ¿hay algo en el conocimiento humano ó en el breve espacio de esta vida que pueda parecerle grande al sabio? Su espíritu está siempre de tal modo sobre sí, que nada inesperado puede acontecerle.»

Con mucha frecuencia nos figuramos estar mortalmente heridos, cuando sólo tenemos un arañazo. «Un médico á quien se llamó para curar una insignificante herida—cuenta Feller—envió por un emplasto á toda prisa.—¿Tan grave es mi herida?—dijo el enfermo.—No,—respondió el médico—sino que podría curarse ella sola antes de que vuelvan.» El tiempo nos cura de nuestros males, como de nuestras heridas.

«Un ingenio cultivado—dice Mill (y no pretendo referirme á un filósofo, sino á toda inteligencia á quien se hayan facilitado las fuentes del conocimiento y hecho ejercitar en cualquier grado sus facultades)—encontrará inagotable interés en todo cuanto le rodea: en los seres de la naturaleza, en las obras del arte, en las fantasías de los poetas, en los hechos de la historia, en las vías de la humanidad pasada y presente y sus perspectivas futuras. Sin duda, es posible llegar á sentir indiferencia por todo eso, aun sin haber agotado su mayor parte; pero sólo es porque desde el comienzo no supo encontrar en ello un interés moral ó humano, por haberse limitado á buscar una satisfacción de la curiosidad.»

Vivimos en un mundo de flores, árboles y hierbas; de ríos, lagos y mares; de montañas y de claro sol. La naturaleza es alegre para quienes están alegres, ofrece un consuelo á quienes saben aceptarlo.

«La mañana estaba esplendente de sol, serena y hermosa; una bruma aromática llenaba los aires; era tan suave el tiempo, que parecía como si hubiese vuelto la primavera para transportar con sus besos el mundo á un ensueño de felicidad» (1).

(1) Morris.

Pero para apreciar lo bello hay que tener el sentido de la belleza. Oimos muchas veces hablar de la inteligencia del perro y del elefante; no hay motivo para creer que el más hermoso paisaje del mundo les cause ningún placer.

Personas hay que, no teniendo que hacer otra cosa, se quejan de aburrirse; pero entonces la causa del aburrimiento está en ellas mismas.

«Si un hombre instruído, con buena salud, ojos, manos y tiempo á su disposición no encuentra objetivo á su existencia, es que el Omnipotente ha dado todos esos bienes á quien no los merecía.»

Ni la riqueza ni la alcurnia nos aseguran la felicidad. Sin amor, caridad y paz del alma, quizá seais grandes y poderosos, pero no seréis felices.

Dice un cuento persa, que sintiéndose desgraciado el Gran Rey, consultó á sus astrólogos. Dijéronle éstos cómo el único medio de ser feliz era llevar puesta la camisa de un hombre que, en absoluto, fuese dichoso. Buscóse por la corte y entre todas las clases acomodadas del país, pero en vano: ¡imposible encontrar ese hombre! A la postre se dió con un campesino que volvía de trabajar, quien llenaba todas las condiciones requeridas. Era absolutamente feliz, pero ¡ay! el remedio era más inaccesible que nunca. Porque el hombre..... ¡no tenía camisa!

Ya he demostrado, como los hombres más cuerdos lo han reconocido, que la felicidad no puede comprarse con dinero, ni exigirse por poderío. Las coronas de los reyes están á menudo erizadas de espinas.

«La masa de los hombres — dice Hierón á Simónides en el *Banquete*—se deja engañar por las exterioridades de la tiranía; no me extraña, puesto que la multitud parece juzgar, sobre todo, por los ojos, de la felicidad y la miseria ajenas. Pues bien; la tiranía despliega ante todas las miradas los bienes que parecen de subido precio, haciendo gala y ostentación de ellos; al paso que los tiranos guardan sus penas en el fondo de

su alma, donde, en efecto, residen la felicidad ó la desgracia de los hombres.

«En cuanto á mí, la experiencia me ha demostrado y te lo digo, Simónides, que los tiranos tienen la menor porción de los bienes más grandes, y la parte más amplia de los mayores males.»

Si sois desgraciados, hallaréis consuelo en las palabras de Massillón: «¿De dónde proviene esto, oh hombre? ¿No dependerá de que aquí abajo estás desterrado, de que estás hecho para el cielo y no es la tierra tu patria, y de que cuanto no fuere Dios nada es para tí?»

«Supera á nuestro poder el indicar los mil matices del placer y todas las atractivas maneras de la virtud; todo lo que podríamos decir de la virtud más alta es que hay en ella un encanto indefinible, y de la felicidad más honda que es inenarrable» (1).

Si consideramos las cosas como es debido, todos podemos repetir con Dante:

«Y lo que vi era universal felicidad, un júbilo que excede á toda comprensión, una felicidad que nadie sabría describir, una vida imperecedera de paz y de amor, riquezas inagotables y una ventura sin límites.»

En la naturaleza, todo se rige por una ley sabia y bienhechora, todo está unido para el bien y contribuye á realizarlo. Si sufrimos es por culpa nuestra ó para asegurar la dicha de los demás.

Según Cicerón, «tres especies de codicias distinguió Epicuro en el hombre: apetitos naturales y necesarios á la vez; apetitos naturales no necesarios, y apetitos que no son ni lo uno ni lo otro. Respecto á los necesarios, según él, casi nada hace falta para satisfacerlos, puesto que en todas partes se encuentran en abundancia los tesoros de la naturaleza. Respec-

(1) Bacon.

to á los de la segunda clase, cree también fácil satisfacerlos ó prescindir de ellos; respecto á los últimos, ni los exige la necesidad, ni los pide la naturaleza.»

Para gozar por completo de la vida, es preciso que estemos dispuestos á privarnos de muchos placeres atractivos. Gánase más renunciando á los deseos, que satisfaciendo las pasiones. Aunque los sentidos nos proporcionan sanas delicias, si cedemos á ellos nos conducirán á los escollos y remolinos de la vida, como las sirenas de antaño.

Una de las desdichas de nuestra época consiste en dejarnos tan poco vagar; vivimos en un torbellino perpetuo. ¡Cuántas mujeres, y hasta cuántos hombres han sentido lo que dijo Porcia: «¡Mi pequeño cuerpo está cansado de este gran mundo!»— «Sé que lo que á todos nos falta—dice Kingsley—es la paz interior, la paz del corazón y del alma; un carácter tranquilo, potente, resignado y lleno de abnegación, que no necesite estimulantes, porque no conozca el abatimiento; ni narcóticos, porque ignore la excitación febril; ni rigores ascéticos, puesto que debe ser lo suficiente fuerte para servirse de los dones de Dios sin abusar de ellos; en una palabra, un carácter que sea realmente moderado, no sólo para el alimento y la bebida, sino en todos sus deseos, pensamientos y actos, que esté libre de los apetitos y ambiciones á los cuales se doblegó Adán, quien buscó la vida y la luz por medios prohibidos y no halló más que calamidades y la muerte. Sí, sé todo esto; y también sé que el descanso no se encuentra sino allí donde ya lo habéis hallado.»

«Seguid la voluntad de Júpiter—dice Epicteto.—Si no lo hiciéreis, sufriréis las consecuencias de vuestra desobediencia. ¿Y cuál será vuestra pena, por no haber cumplido con vuestro deber? Perderéis lo que da la modestia, la fidelidad y el justo sentido de las cosas. ¿Puede haber penas más grandes que estas?»

«Nos quejamos—dice Ruskin—de no tener muchas cosas: votos, libertad, diversiones, dinero. ¿Quién de nosotros sabe

que necesita paz? Hay dos maneras de adquirirla. La primera está por completo en nuestro poder: consiste en atesorar ideas agradables. Ninguno de nosotros sabe aún, porque á nadie nos lo enseñaron en nuestra juventud, que palacios encantados podemos construir con bellos pensamientos, palacios á prueba de toda adversidad. Hermosas fantasías, recuerdos tranquilos, nobles historias, sinceras palabras, tesoros de pensamientos preciosos y aquietadores, que el cuidado no puede turbar, que el dolor no puede ajar, que la miseria no puede quitarnos: esas son las moradas, construídas sin manos, para mansión de nuestras almas.»

La última consigna dada al morir por Antonino, en quien la bondad competía con la grandeza, fué: «*Æquanimitas.*» Nada perturbó nunca la serenidad de la vida de Cristo.

«Renuncia al deseo y encontrarás la paz», dice Thomas A. Kempis.

Nos vemos contrariados en la vida por las cosas pequeñas, tanto como nos afligimos por las grandes pruebas.

«De todas las cosas malas que afligen á la humanidad, seguramente la peor es el mal humor.»

No es necesario que busquemos fuera de nosotros mismos para encontrar la felicidad, sino dentro de nosotros, en nuestros propios corazones. «El reino de los cielos está en vosotros.» Si aquí abajo no somos felices, ¿cómo podemos esperar serlo en otra parte? ¿Velará más la Providencia por nosotros allí que aquí? Si nosotros no creamos nuestra felicidad en la tierra, ¡cómo podemos esperar hallarla en el cielo!

Sin duda, así como la felicidad puede ser triple (por la idea anticipada, por el goce mismo y por su recuerdo), también puede haber para nosotros un gran manantial de felicidad en el hecho mismo de poder mirar adelante y esperar ver otra vez á aquellos á quienes amamos y perdimos, y conocer muchas cosas que ahora están ocultas para nosotros.

Nada tengo que decir contra esta fuente de felicidad, pero no debe hacernos menospreciar nuestros bienes terrenos.

Para tener una vida feliz y tranquila es preciso llenar nuestro espíritu de sensatos y nobles pensamientos. «Lo divino—decía Platón en el *Fedon*—es lo bello, verdadero, bueno, y todo cuanto posee cualidades análogas á éstas; y eso es también lo que alimenta y fortalece las alas del alma, mientras que las marchitan y desmedran todas las cualidades contrarias, tales como la fealdad y el mal.»

Por último—dice Sócrates—el hombre más virtuoso es aquel que trata de perfeccionarse; y el más feliz, quien advierte que realmente se perfecciona.

XVIII

DE LA RELIGIÓN

Si la religión de la teología es aún un misterio hasta para los más sabios, la religión del deber es inteligible hasta para un niño. Lo que decía Locke de los niños puede aplicarse á la mayoría de las personas. «Es preciso inspirarles amor y respeto á un Ser tan perfecto y tan bueno. Al principio, hay que limitarse á eso, sin explicarles nada más esta materia, por temor á que hablando demasiado pronto de los espíritus á los niños y apresurándose fuera de sazón á darles á conocer la naturaleza de este Ser infinito se formen de El ideas falsas ó ininteligibles. Por tanto, cuando les habléis de Dios, decidles solamente que Dios ha hecho y gobierna todas las cosas, que todo lo oye y lo ve, que colma de toda especie de bienes á los que le aman y obedecen su voluntad. Habiendo aprendido los niños á formarse tal idea de Dios, veréis que por sí mismos tendrán muy pronto nuevos pensamientos acerca de este soberano Ser. Si notais que no son del todo exactos, es preciso corregirlos en seguida. Creo que sería mucho mejor, en ge-

neral, que los hombres se detuviesen en la idea de Dios que acabamos de proponer, sin informarse con sobrada curiosidad de las propiedades de un Ser á quien todo el mundo debe mirar como incomprensible; pues hay muchas personas que careciendo de suficiente fuerza y claridad de entendimiento para distinguir de antemano lo que pueden conocer y lo que sobrepuja á su inteligencia, por esta curiosidad mal entendida van á dar en la superstición ó en el ateismo, haciendo á Dios semejante á ellas ó negándolo en redondo porque no pueden representárselo con ninguna otra idea.»

Lowell citaba con particularísima admiración estas palabras de Johnson: «Todo lo que nos eleva sobre el poder de nuestros sentidos, todo lo que hace más importante para nosotros el pasado, el porvenir y las cosas lejanas que el momento presente, aumenta nuestra dignidad de seres pensadores.»

La religión, en cierto sentido, debe ocuparse del cuerpo lo mismo que del espíritu. Importa que ambos sean tratados con igual honor.

La teología y el dogma constituyen la ciencia, pero no la esencia, de la religión. La religión en la vida cotidiana es una regla de conducta, una salvaguardia en la prosperidad, un consuelo en la desgracia, un sostén en las penas, un asilo contra el peligro, un apoyo en la tristeza, un refugio de paz.

«La religión—dijo Fichte, no sin fundamento,—no es asunto que existe por sí y para sí, que pueda ejercitarse á la vez que las demás ocupaciones, en ciertas horas ó en determinados días. Por el contrario, es el espíritu más íntimo que penetra todos nuestros pensamientos y actos y se extiende sobre todos ellos; los cuales, además, pueden seguir su curso corriente sin cambios ni interrupciones.»

La Biblia no nos confunde con definiciones obscuras, sino que más bien nos aparta el pensamiento de semejante tendencia.

«Porque este pensamiento que hoy te prescribo, no está demasiado elevado por encima de tí, y no está lejos de tí.»

«No está en los cielos para que no se diga: ¿quién subirá por nosotros á los cielos y nos lo traerá para hacérnoslo oir y que lo cumplamos?»

«Porque esta palabra está muy cerca de tí: está en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.»

Jesús dijo al doctor de la ley, que le interrogaba: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento.»

Y este es el segundo mandamiento, semejante á él: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se refieren á estos dos mandamientos» (1).

«La religión pura—dice Santiago—y sin mancha ante Dios vuestro Padre, consiste en visitar á los huérfanos y viudas en sus aflicciones, y perseverarse de la inmundicia del mundo.»

Puede que no sepamos de dónde venimos y á dónde vamos, podemos estar inseguros en nuestros pensamientos y en nuestras creencias; pero en nuestros corazones sabemos casi siempre cuál es nuestro deber. Nuestros deberes para con el prójimo forman parte de nuestros deberes para con Dios. El bandido de la Edad Media, que se llamaba «amigo de Dios y enemigo de los hombres», no se equivocó más completamente acerca del verdadero espíritu cristiano, que muchas personas menos excusables. Amando á tus semejantes, es como mejor se manifiesta el amor que se tiene á Dios. A veces propendemos á quejarnos de otro, y debiéramos recordar, que «si no puedes hacerte como quisieras, ¿cómo puedes prometerte encontrar otra persona en todo, según tus deseos?»

Y aun cuando tuviésemos justas razones para quejarnos, preciso es perdonar, como esperamos que se nos perdone, no hasta siete veces, como decía San Pedro, sino «hasta setenta veces siete.»

---

1) San Mateo.

El miedo al dolor, obra con más eficacia sobre muchos espíritus que la esperanza de la felicidad.

Hay en la iglesia de Faversham un antiguo epitafio que dice:

«Quien ha pensado á solas y á menudo cuán penoso es pasar de la cama al infierno, del infierno á los tormentos que nunca cesarán, ese no cometería un pecado por ganar el mundo entero.»

No deben descuidarse las promesas ni las advertencias celestes: «La luz está aún con vosotros por un poco de tiempo: caminad mientras tengais luz, por temor de que no os sorprendan las tinieblas, porque quien anda entre tinieblas no sabe á dónde va» (1). «Cualquiera que oiga estas palabras que digo y no las ponga en práctica, será un hombre insensato que edificó su casa encima de la arena; y cayó la lluvia, y se desbordaron los torrentes, y soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa. Cayó y grande fué su ruína.»

Mas, por otra parte: «A cualquiera que oiga estas palabras que digo y las ponga en práctica, le compararé á un hombre prudente que edificó su casa encima de la roca; y cayó la lluvia, y se desbordaron los torrentes, y soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa: no ha caído, porque estaba cimentada sobre la roca» (2).

Y, sobre todo, ¡ay de aquel que induzca á otros á error, principalmente á los jóvenes!

«Más le valdría que le pusieran al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar, que escandalizar á uno de estos niños» (3). Porque, «¿de qué le serviría á un hombre todo el mundo si perdía su alma, ó qué daría el hombre en cambio de su alma?» (4).

---

(1) San Juan.
(2) San Mateo.
(3) San Lucas.
(4) San Mateo.

El cristianismo es la religión de la esperanza más bien que del temor; pero convendría que combinásemos en nuestro pensamiento la esperanza y el temor, como dice Raleigh:

«Quien piensa á menudo en la muerte y en el juicio final, en el cielo y en el infierno, no puede dejar de conducirse bien.»

Pero es más fácil conducir á los hombres por la dulzura que por la fuerza. Los ejemplos valen más que los preceptos. Muchas personas que despreciarían los terrores de la Inquisición comprenderán la verdad de la observación de Drummond: «Diez minutos pasados todos los días en sociedad con Jesucristo (¿qué digo? aun dos minutos si está frente á frente con él y corazón con corazón) cambiarían la vida entera.»

Pensad en lo bueno y no haréis lo malo: «Que todas las cosas verdaderas, honradas, de buena reputación, de alguna virtud y dignas de alabanza, ocupen vuestro pensamiento» (1).

Dice Séneca: «No pidais á Dios lo que no quisiérais que los hombres supiesen, ni á los hombres nada que quisiérais ocultarle á Dios.» Cuando consideramos cuán efímeros é insignificantes somos en lo infinito del tiempo y del espacio, podemos preguntarnos con Spencer: «¿Se ocupan de nosotros en el cielo? ¿Hay en esos espíritus celestiales algo de amor á criaturas tan viles?»

El autor de los Salmos tiene razón al decir: «Cuando miro tus cielos, la obra de tus dedos, la luna y las estrellas que creaste, digo: ¿Qué es el hombre mortal para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que tú le visites?»

Pero, la respuesta de Coleridge nos tranquiliza:

«Los santos acudirán en auxilio nuestro si los hombres les llaman, porque la bóveda azulada del cielo se extiende con igualdad sobre todos.»

Se nos ha dicho: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá». Y en otra parte:

(1) San Pablo.

«Y lo que pidiéreis en mi nombre lo haré». También se nos dice que «para Dios todos los corazones están abiertos y todos los deseos son conocidos»; que no desprecia los suspiros de un corazón oprimido, ni los deseos de los tristes; que podemos descargarnos en él «de todos nuestros cuidados, puesto que cuida de nosotros» (1).

No debe pedirse una ayuda celestial por pereza. Sin embargo, no sólo se nos promete auxilio, sino que se nos dice: «Si el Eterno no edifica la casa, los que la edifiquen trabajan en vano. Si el Eterno no guarda á la ciudad, quien la guarde vela en vano». —«Toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de arriba y descienden del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra ninguna de mudanza» (2).

El cristianismo no nos ordena hacer el sacrificio de este mundo para ganar el otro. Por el contrario, «amar lo que está mandado, desear lo que está prometido», aumentaría nuestra felicidad aquí como en otra parte. No hay diferencia entre la felicidad terrena y la felicidad celestial, porque la religión hace sagrada la vida cotidiana.

«No es necesario abandonar por algún claustro á nuestros vecinos ni nuestro trabajo; la faena diaria nos proporciona todas las ocasiones que podemos pedir para hacer bien, y todo el tiempo preciso para consagrarnos á los demás» (3).

«No te ruego que los quites del mundo, dice Cristo hablando de sus discípulos, sino que los preserves del mal.»

Hay nobles sentimientos expresados en Platón, Aristóteles, Epicteto, Séneca y Marco Aurelio; pero no hay un evangelio de amor como el que contiene el Nuevo Testamento.

Cristo dijo con razón que su religión era una nueva religión. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos á los otros». Y más adelante: «Os he dicho estas cosas á fin de

(1) San Pedro.
(2) Santiago.
(3) Keble.

que mi alegría permanezca en vosotros y vuestro gozo se vea cumplido. Este es mi mandamiento: que os améis unos á otros como yo os he amado. Nadie tiene un amor más grande que el de dar su vida por sus amigos. Seréis mis amigos si hacéis todo lo que os mando. No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado mis amigos porque os he hecho conocer todo lo que he oído á mi Padre» (1).

La venida del cristianismo fué anunciada así: «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad» (2).

Cristo hizo comprender claramente la diferencia entre la doctrina de Moisés y la suya, ordenando en absoluto el perdón repetido y el amor hasta á nuestros enemigos. «Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á quienes os maldicen, haced bien á quienes os aborrecen y orad por quienes os ultrajan y persiguen.

»A fin de que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque hace levantar su sol sobre los malos y los buenos, y hace llover sobre los justos y los injustos.

»Porque si no amais más que á quienes os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen otro tanto los publicanos?

»Y si sólo acogéis á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen otro tanto los publicanos?

»Sed, pues, perfectos; como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (3).

Es de esperar que conozcamos las penas y los cuidados; pero podemos «glorificarnos hasta en las aflicciones, sabiendo que la aflicción produce paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba experiencia.» Aseguremos también que: «Hay cosas

(1) San Juan.
(2) San Lucas.
(3) San Pablo.

que el ojo no había visto, que el oído no había escuchado, que no habían acudido á la mente del hombre, y que Dios había preparado á quienes le aman.»

«En el lugar de todos los demás placeres—dice Epicteto—poned uno sólo: el de saber que obedecéis á Dios, y que hacéis lo que conviene á un hombre prudente y virtuoso.»

«Para ganar muy poco, se emprenderá un largo viaje—dice Thomas A-Kempis;—mas para ganar una vida eterna muchos no se moverán de su sitio.» Y en otra parte: «Escribid, leed, lamentaos, guardad silencio, orad, sufrid virilmente: la vida eterna bien vale que se sufran todas estas cosas y otras aún peores.» Sin embargo, ¡cuán poco se nos pide en realidad! Porque: «¿Qué te pide el Eterno, sino que hagas lo que es recto, ames la misericordia y camines en la humanidad con tu Dios?»

Pero aun en el caso de que se nos exigiesen mayores sacrificios, aunque se nos pidiese que renunciáramos á todo lo que tenemos en el mundo, ¿no es bastante breve la vida para que en ello consintamos?

Por otra parte: «Dios es fiel; no permitirá que seais tentados más allá de vuestras fuerzas; con la tentación os dará también la salida, de suerte que podais soportarla» (1).

Pero el hombre es tan débil que también se nos dice: «Velad y orad, por miedo á que no caigais en la tentación; porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (2).

Hay que tener puesta la mira en la perfección: «Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

La recompensa es inmediata y sin límites.

La religión nos promete el descanso y la tranquilidad, la paz del alma y un alivio en los cuidados, aun en este mundo. El cielo no está solamente en el mundo por venir; el cielo está en vosotros.

---

(1) San Pablo.
(2) San Mateo.

Si estais fatigados, ya se os ha dicho: Venid á mí los que estais trabajados y rendidos, yo os aliviaré» (1).

Se nos asegura que no hay verdadera razón de temor ó de inquietud: «Ved las aves del aire: no siembran, ni cosechan, ni guardan nada en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más excelentes que ellas?... ¿Y por qué estais con cuidado respecto al vestido? Mirad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan, ni hilan; sin embargo, os digo que el mismo Salomón, en toda su gloria, no fué vestido como uno de ellos.

«Por tanto, si Dios viste así á la hierba del campo, que hoy es y mañana será arrojada al horno, ¿no os vestiría mucho mejor á vosotros, gente de poca fé?» (2)

«Así, pues, no paseis afanes acerca de lo que comeréis ó de lo que beberéis, y no tengais inquieto el espíritu. Porque las naciones del mundo son quienes buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe las que necesitais. Pero buscad más bien el reino de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (3).

Y no se acaba de hacernos las mismas promesas.

«No amontonéis tesoros en la tierra, donde los gusanos y la herrumbe lo echan todo á perder y donde los ladrones entran con fractura y roban. Sino amontonaos tesoros en el cielo, donde ni los gusanos ni la herrumbe echan á perder nada, y donde los ladrones no entran con fractura ni roban; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.» Y más adelante: «Si las riquezas aumentan, no se adhiera á ellas vuestro corazón»: las riquezas, más bien que la indigencia, son lo que debiera ponernos en cuidado. «¡Cuán difícil es á los que se confían á las riquezas entrar en el reino de Dios!»

(1) San Mateo.
(2) San Mateo.
(3) San Lucas.

Se promete el cielo en el Sermón de la Montaña sólo á los misericordiosos, á los humildes, á los que aman la paz y á los limpios de corazón.

Se nos dice que no temamos á Dios, porque es nuestro Padre; y el amor echa de todas partes todo temor.

No tenemos que temer al hombre: «Me afirmo en Dios, nada temeré de lo que me hiciere el hombre» (1).

En verdad, nada podrá dañarnos: Sabemos que todas las cosas contribuyen juntas al bien de los que aman á Dios.»

También se nos repite que, entre todas nuestras penas, dificultades é inquietudes, «la paz de Dios, que excede á toda comprensión, guardará vuestros corazones y vuestros espíritus en el conocimiento y el amor de Dios; y la bendición de Dios estará en medio de vosotros y permanecerá con vosotros por toda la eternidad.»

Y estas promesas son para todos igualmente y no sólo para los ricos, los grandes de la tierra, los sabios y los hombres de genio, porque «Dios no distingue entre sus criaturas.»

«Dejad á los niños y no les impidais venir á mí, porque el reino de los cielos es para los que se asemejan á ellos» (2)

No podemos despojarnos nosotros mismos de esas ventajas:

«Porque seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las dominaciones, ni las potencias, ni las cosas presentes, ni las cosas futuras, ni las cosas elevadas, ni las cosas bajas, ni ninguna otra criatura, nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Jesucristo Nuestro Señor.» (3)

Asi, sólo así, será serena, apacible y feliz la vida.

«Conservad la inocencia y velad por el bien, porque esto conducirá finalmente á un hombre á la paz.»

---

(1) *Salmos.*
(2) San Mateo.
(3) San Pablo.

«Y así podréis estar en el número de aquellos cuyos nombres están inscritos en el Libro de la Vida.»

Y, por último, así podréis esperar ser felices, cualesquiera que sean vuestro destino y vuestra situación de fortuna.

«Porque todos los lugares que ve el cielo son para el sabio puertos y refugios de felicidad.»

Sed buenos, para citar las nobles palabras de Kingsley:

«Y que los demás brillen, si quieren. Haced nobles cosas, en lugar de pensarlas todo el día. Y así haréis de la vida, la muerte y el inmenso porvenir un solo ritmo poderoso y dulce.»

JOHN LUBBOCK.

EL TELÉGRAFO SIN HILOS

Puede afirmarse que la electricidad nos proporciona cada día nuevas sorpresas, y sus descubrimientos se multiplican con tal fecundidad, que la utopia de ayer se trueca mañana en una cosa corriente. Desde que Röntgen publicó el relato de sus experiencias acerca de los rayos que llevan su nombre, los inventores se han propuesto conseguir la transmisión de las ondas eléctricas á través de los medios resistentes; tanto, que, desde algunos meses ha, podía preverse el momento en que sería fácil prescindir de los hilos conductores en las transmisiones telegráficas. Sin embargo, dudo que los más audaces hayan soñado nunca consecuencias tan maravillosas como las que hoy se nos presentan.

Dos hombres de muy diversos orígenes y caracteres acaban de lograr simultáneamente resultados idénticos. Uno de ellos es un indio educado é instruído en Inglaterra, el doctor

Jagadis Chunder Bose; el otro es un joven italiano, de veintidós años, Guillermo Marconi, nacido en Bolonia en Abril de 1875. Sus descubrimientos son expuestos en las revistas *Mac Clur's* y *Strand* de Marzo último, por el sabio vulgarizador M. J. W. Dam.

Antes de ocuparnos de la nueva invención en sí, son indispensables algunas explicaciones preliminares. Sabido es que con el nombre de *éter* se designa esa substancia infinitamente tenue, junto á la cual parecería nuestro aire atmosférico infinitamente más pesado que el plomo, y que llena los espacios interplanetarios. Invisible, incoloro, inodoro é imponderable, preciso es decir que el éter sólo existe en virtud de una hipótesis cósmica. Hásele inventado para explicar la transmisión de la luz á través del infinito, transmisión que sería inexplicable si una substancia cualquiera no sirviese de vehículo á las ondas luminosas. Ya se había reconocido en tiempo de Platón la necesidad de su existencia. Newton y Descartes lo admitieron, y los sabios modernos han seguido en este punto el ejemplo de sus predecesores.

Tratemos de explicar, lo más sencilla y claramente posible, cuál es el papel representado por el éter; y, para eso, supongamos que el conjunto del Universo, incluyendo las estrellas más lejanas, las que brillan en el límite extremo del campo de penetración de nuestros más poderosos telescopios, está formado por una jalea incolora y transparente, análoga á esas que recubren las *galantinas* de nuestros salchicheros. Los mundos están, pues, bañados todos completamente en esa substancia, que los penetra de tal manera, que también está bañado cada uno de los átomos que los componen. Claro es que esa substancia no tiene ninguna solución de continuidad. Por consiguiente, un choque dado en cualquiera de sus partes repercute en la masa entera. Los mundos en ella contenidos no se remueven, pero la substancia que los compenetra transmite la sacudida á través de ellos con tanta facilidad como á través de la masa misma. En efecto, esa substancia es tan tenue, que

atraviesa y penetra todo, el vidrio, la piedra, el metal, la madera, la carne, el agua, etc. Así es como los rayos Röntgen pueden atravesar cuerpos opacos; así también la luz y la electricidad, excitando ondulaciones en la masa del éter, viajan á través de los espacios. La ondulación luminosa pasa á través del vidrio: es decir, se comunica á las moléculas de éter que rellenan el vidrio mismo. Por tanto, el éter transmitirá los rayos luminosos á través de ciertas substancias, pero no podrá hacer que estas mismas substancias sean atravesadas por los rayos Röntgen. Estos últimos circulan por los cuerpos que no dejan paso á la luz. Desde este punto de vista, los rayos eléctricos de pequeñas vibraciones difieren de los rayos luminosos y de los rayos Röntgen. Por el contrario, los que son de anchas oscilaciones difieren á su vez de los primeros. Por último, hay otras clases de rayos ó de ondulaciones, aún por descubrir, que tienen propiedades diferentes, es decir, que son tratados diferentemente por el éter.

Se ha calculado la densidad del éter según la energía con que la luz del sol hiere á la tierra: es menor que toda cantidad imaginable, lo mismo que su rigidez. Sin embargo, se considera que el éter es una substancia existente en verdad, y hasta se declara que es incompresible, porque de no serlo no podría transmitir las ondulaciones. Dicho se está que el éter contenido en los cuerpos sólidos transmite mucho menos libremente las ondulaciones que el éter del aire. Así, el vidrio sólo transmite los rayos luminosos con una velocidad de unos 4 kilómetros por segundo; el éter en el vidrio los transmite 40 veces más deprisa, ó sea á razón de 160 kilómetros por segundo, y el éter del aire á la de 260 kilómetros por segundo. Aún es un misterio la causa de esta diferencia en la rapidez de transmisión, pero hoy no tienen larga vida esta clase de misterios.

Las ondulaciones eléctricas fueron descubiertas en 1842 por un americano, Joseph Henry, de Washington.

Este descubrimiento, cuya inmediata consecuencia fué el

de los fenómenos de inducción, ha sido explotado por Edison para telegrafiar á un tren en marcha: en este caso, la corriente eléctrica *saltaba* literalmente desde los hilos que costeaban la vía hasta el receptor puesto en el tren. El sabio alemán Hertz ha proseguido el estudio de estas ondulaciones y sido el primero en advertir que podían atravesar la madera y el ladrillo, pero no los metales. Al joven italiano Guillermo Marconi, de quien hablamos más arriba, corresponde el honor de haber ampliado el concepto de las ondulaciones eléctricas é imaginado los instrumentos propios para conseguir este fin. La historia del joven Marconi tiene todo el aspecto de un cuento de hadas; y tal vez fuese tenida como tal, si cuatro graves comisiones, representando al Ejército, la Marina, Correos y Telégrafos y la Dirección de Faros de Inglaterra, no estuviesen ahí para responder de su perfecta autenticidad.

I

Pronto nos ocuparemos de Guillermo Marconi. Entre tanto, hablemos un poco de su inmediato predecesor en Londres, el Dr. Jagadis Chunder Bose, hoy profesor de Física en el *Presidency College* de Calcutta. El Dr. Bose es un indio que estudió en la Universidad de Cambridge y es conocidísimo en Inglaterra por sus trabajos acerca de las ondulaciones eléctricas, trabajos que le han valido las mayores recompensas en la *Royal Society,* en la *British Association* y en otras corporaciones más. Los descubrimientos del Dr. Bose pueden ser considerados á la vez como una preparación, al mismo tiempo que como una confirmación de los de Marconi.

—Desde hace tres años,—dice á M. Dam,—he estudiado especialmente la radiación eléctrica, y en particular las ondulaciones de velocidad mínima. Acerca de este asunto, he pre-

sentado á la *British Association* un aparato para comprobar las leyes de reflexión, refracción, interferencia, refracción doble y polarización de esas ondulaciones. Mi radiador es una bolita de platino entre otras dos más pequeñas del mismo metal, accionadas por una batería de 2 volts. Dando vuelta á una llave, envío una ondulación eléctrica que se propaga á través del éter del aire. Para emplear un lenguaje en extremo popular, una ondulación eléctrica se mueve en el éter de dentro á fuera, como las ondulaciones producidas al tirar una piedra á un estanque. Puede verse la ondulación del agua, al paso que permanece invisible la ondulación eléctrica. Supongamos que un trozo de corcho sobrenade en el agua, á alguna distancia del sitio donde se arroja la piedra. En seguida que á él llegue la ondulación, lo sacudirá con violencia. Igual acontece con los efectos de la ondulación eléctrica; y podemos hallar un medio de notarlos, como el corcho lo hace respecto á las ondulaciones del agua. Tal es, sencillamente expresada, la idea madre de mi aparato. Consta de un receptor colocado en un aposento, á 25 metros de distancia del radiador y separado de él por tres tabiques de ladrillo y mortero, de 20 centímetros de espesor cada tabique. La ondulación eléctrica atraviesa las paredes y llega al receptor, con una energía suficiente para hacer sonar una campana ó disparar una pistola.

—¿Pretende usted decir que la ondulación, desparramándose en todas direcciones, produce todo su efecto cuando sólo llega al receptor una parte de ella nada más?

—No. Se concentran los rayos eléctricos, como los luminosos, por medio de una lente puesta muy próxima al radiador. Esa lente recibe la mayor parte de la ondulación y dirige todos los rayos incidentes en líneas paralelas, de modo que llegan en derechura al receptor á través de las paredes. He ensayado gran número de esas lentes de concentración: las mejores son las de azufre y las de resina.

—En vez de hacer que suene una campana ó que se dispa-

re una pistola, ¿podría usted hacer pasar un parte telegráfico á través de esas paredes?

—Ciertamante; no hay en eso dificultad ninguna.

—¿Cuál es la ley de intensidad de la ondulación á una distancia dada?

—Exactamente la misma que para la luz. Por lo demás, esas ondulaciones eléctricas obran como los rayos luminosos.

—¿Podría usted, pues, telegrafiar de esta manera á través de las casas tan lejos como llega un rayo luminoso?

—No quisiera asegurarlo de un modo afirmativo; pero así es, en general.

—¿A qué distancia podría enviarse ese telegrama á través del éter?

—A una distancia ilimitada; todo depende de la energía de excitación. Me han dicho que en Salisbury Plain se enviaban los rayos eléctricos con un reflector parabólico á un cuarto de milla á través del éter y que luego se reproducían como los signos de Morse.

—Pero, al telegrafiar á través de las casas, en el supuesto de que las lentes y el reflector estén dirigidos convenientemente hacia el receptor, ¿qué cosa podría detener á esos rayos?

—El metal detiene las ondulaciones acerca de las cuales he trabajado; igual acontece con el agua. Pero atraviesan la madera, el ladrillo, el vidrio, el granito, las rocas, la tierra, y conservan sus propiedades.

—¿A qué distancia puede enviárseles con buen éxito?

—¿A través del aire? Creo que á una milla. ¿A través de las paredes? Por lo que yo sé, á 25 metros.

Conviene añadir acerca de esto que hay rayos de diferentes géneros. Los que emplea el Dr. Bose tienen vibraciones relativamente lentas: de 50 billones de vibraciones por segundo. Las vibraciones del éter que oscilan entre 200 y 400 trillones por segundo, producen la sensación de calor. Entre 400 y 800 trillones producen la sensación de luz. Estos rayos luminosos

varían de color al mismo tiempo que de rapidez. Los números más bajos dan á nuestros ojos la impresión del rojo, y la escala sube al amarillo, después al verde, luego al azul y, por último, al violado. Cuando el número de vibraciones excede de 800 trillones por segundo, los rayos se hacen invisibles. El límite de percepción del ojo humano oscila entre 400 y 800 trillones de vibraciones. Lo mismo acontece con las vibraciones del sonido: cuando no llegan á 16 ó pasan de 32.000 por segundo, no producen ninguna impresión en nuestros órganos auditivos.

—El éter—dijo el Dr. Bose para terminar—es el campo de los grandes descubrimientos del porvenir; y nadie puede concebir ó imaginar los misterios que reserva, hasta el día, próximo sin duda, en que sepamos arrancárselos.

II

Guillermo Marconi no se las echa de sabio. Limítase á decir que ha observado ciertos hechos y que ha inventado instrumentos para examinarlos. Por tanto, ha operado en un dominio absolutamente nuevo, ayudándole el distinguidísimo director de Correos de Inglaterra, mister W. Preece, quien también lleva mucho tiempo estudiando el problema de la transmision telegráfica sin hilos. El año pasado produjose una rotura en el cable entre Inglaterra y la isla de Mull. Montando líneas telegráficas una frente á otra en ambas costas opuestas, púdose telegrafiar por inducción á una distancia de 4 y media millas: se expidieron y recibieron así 156 telegramas, uno de los cuales de 120 palabras nada menos; la operación se hizo á través del aire, por medio de los signos del alfabeto Morse. En una conferencia dada recientemente en Toynbee por W. Preece, proclamó éste que el invento de Marconi (que es el

electroestático), era muy superior al suyo propio (que es electromagnético). Gracias á Preece son examinados en la actualidad los descubrimientos de Marconi por los ingenieros del Ejército, de la Armada, de Telégrafos y de Faros, en Inglaterra.

Marconi trabajaba el año pasado en construir un aparato para estudiar la distancia á la cual pueden viajar las ondulaciones eléctricas por el aire, cuando hizo otro descubrimiento: la ondulación que enviaba á través del aire, á la distancia de una milla, influía también sobre otro receptor puesto al otro lado de la colina; en otros términos: esas ondulaciones podían atravesar montañas.

—¿Cree usted—le pregunta M. Dam—que las ondulaciones atravesaban en realidad el monte?

—Lo creo, pero sin asegurarlo. Las ondulaciones pasaban á través ó por encima. La colina tenía un espesor de tres cuartos de milla y pude enviar fácilmente un despacho, en signos de Morse, al otro lado. Tal es el punto de partida de mis investigaciones ulteriores. He visto que, al paso que tenían limitadísimo poder de penetración las ondulaciones de Hertz, había otras que podían ser excitadas con la misma suma de energía y capaces de atravesar *no importa qué substancias*.

—¿Qué diferencia hay entre esas ondulaciones y las de Hertz?

—Lo ignoro; hasta imagino que la diferencia quizá esté por completo en la forma de las ondulaciones. Las mías daban 250 millones por segundo: no van más lejos que las de Hertz, pero tienen superior fuerza de penetración. Al paso que las de Hertz quedan detenidas por los metales y por el agua, las mías parecen penetrar con la misma facilidad á través de todas las substancias. No olvide usted que la suma de energía excitante es igual en ambos casos: sólo difiere la manera de producir la excitación. Mi receptor no puede obrar con el transmisor de Hertz, ni mi transmisor con su receptor. Es un aparato enteramente nuevo.

He conseguido enviar un telegrama *aéreo* á una milla y tres cuartos; he obtenido resultado también á dos millas, pero no era absolutamente satisfactorio. Empleé una bateria de tres amperes á ocho volts, cuatro acumuladores en una caja.

—¿Se valía usted de algún reflector?

—Sí; de un reflector de cobre, burdamente hecho. Era un reflector parabólico, con un error de dos y medio centímetros en la curva. Pero no volveré á emplearlo más; no sirve para nada.

—¿Ni lentes?

—Tampoco. Las ondulaciones de que hablo no están sujetas á reflexión ni á refracción; he comprobado este hecho. Con la misma batería, el mismo transmisor y el mismo receptor, hemos emitido y recibido las ondulaciones á y desde la Admistración central de Correos, á través de siete ú ocho paredes y á una distancia de 100 metros. No conozco con exactitud el grueso de las paredes, pero ya ha visto usted el edificio: está sólidamente construído.

—*¿Cree usted que desde esta estancia podría usted enviar un telegrama á través de Londres á la oficina central de Correos?*

—*Con instrumentos de dimensión y de potencia convenientes, no tengo la menor duda.*

—*¿A través de todas las casas?*

—*A través de todas las casas; sí, señor.*

Los dos interlocutores estaban en aquel momento en una casa de Talbot Road, Westbourne Park, á cuatro y media millas del despacho central de Correos.

—¿A qué distancia cree usted que se puede telegrafiar de esta manera?

—A 20 millas. Por supuesto la distancia depende simplemente de la suma de energía excitante y de las dimensiones de los dos conductores de donde emana la ondulación.

—¿Cuál es la ley de la intensidad á una distancia dada?

—La misma que la de la luz: inversa al cuadrado de la distancia. Eso significa que, sea cual fuere la energía creadora de

la ondulación, comparado el poder de esta ondulación á 20 metros con ese mismo poder á 10 metros, están en la proporción de 10 × 10 á 20 × 20, ó sea $^1/_4$ en este caso particular.

—¿Cree usted que esas ondulaciones pueden emplearse para los faros eléctricos, cuando las nieblas impiden el paso á la luz?

—Pienso que así es como se utilizarán los faros algún día. Una fuente constante de ondulaciones eléctricas, en lugar de un manantial constante de ondulaciones lumínicas: ¡y, entonces, un receptor puesto á bordo del buque indicará la distancia del faro al mismo tiempo que su dirección!

—Pero, las nieblas ó los metales ¿no interceptarán el paso de las ondulaciones?

—De ninguna manera; hasta creo que atravesarán un acorazado. En este momento Mr. Preece y yo trabajamos con objeto de establecer una comunicación regular, á través del aire, desde la costa á un buque de vapor. Este es el primer uso que pensamos hacer de mi aparato: comunicarse con los vapores á cualquiera distancia de la costa, desde milla y media hasta veinte millas y más.

—¿No podrían servir esas ondulaciones para evitar los choques de buques en tiempo de niebla?

—Creo que se utilizarán con ese objeto. Los buques pueden ir provistos de aparatos que señalen sus posiciones recíprocas, á la distancia que se quiera. En cuanto se aproximen dos buques, sonarán á bordo de ellos las campanas de alarma; una aguja indicará su dirección.

—¿Limitan ustedes la distancia á la cual puedan enviarse esas ondulaciones?

—De ninguna manera. No conocemoss esas distancia sino cuando son incitadas por una débil suma de energía.

—Pero, por ejemplo, ¿podrían ustedes enviar un telegrama de aquí á Nueva York?

—No lo sé. Pero este es un campo enteramente nuevo; y la discusión de las posibilidades, que en este caso podrían lla-

marse probabilidades, desprecia las dificultades que puedan presentarse cuando llegue su realización práctica. Por otra parte, no parecen existir imposibilidades visibles hoy.

—¿Qué dimensiones debería tener la estación que enviase un telegrama de aquí á Nueva York?

—Próximamente las dimensiones de este aposento, unos veinte pies cuadrados; y creo que una fuerza de cincuenta á sesenta caballos sería suficiente. El coste de dos estaciones completas no llegaría á 10.000 libras esterlinas (250.000 pesetas, estando el cambio á la par).

—¿Se propagarían las ondulaciones á través del aire ó de la tierra?

—No puedo decirlo de cierto; sólo creo que recorrerían con facilidad esta distancia, de un modo eficaz.

—Pero, no empleando lentes, ni reflectores, las ondulaciones se desparramarían en todas direcciones y llegarían á todos los lugares sitos á la misma distancia que Nueva York.

—Evidentemente.

—¿Qué otras aplicaciones de su invento prevé usted?

—La primera debe ser el reemplazo del actual telégrafo de campaña, para las necesidades militares. No hay ninguna razón para que un general en jefe no pueda comunicarse fácilmente, sin hilos, con sus subordinados, hasta 20 millas de distancia. Si mis compatriotas hubiesen tenido mis instrumentos en Massauah, hubieran podido pedirse los refuerzos en tiempo útil.

—¿Serán voluminosos los aparatos?

—De ninguna manera: un transmisor y un receptor bastarán.

—Entonces, ¿podría un almirante comunicarse cómodamente con los buques de su escuadra?

—Sí, pero.....

—Pero ¿qué?

—No sé aún si habrá alguna dificultad, pero me parece que habrá una. ¿Recuerda usted la experiencia de Hertz para de-

terminar la explosión de la pólvora de cañón por medio de las ondulaciones eléctricas? De igual modo podría yo hacer estallar una caja de pólvora puesta en lá casa de enfrente, al otro lado de la calle, si pudiera colocar allí dos hilos ó dos placas á través de los cuales se produjese la chispa para causar la explosión. Bastaría, pues, que en la santabárbara de un acorazado hubiese dos placas ó dos clavos, y volaría la santabárbara.

—Entonces, los faros de que hablábamos antes ¿podrían hacer estallar el pañol de pólvora de los buques desdo el punto en que pudiera percibirse su luz?

—Cierto que es posible. Eso dependería del poder de la energía excitante.

—En ese caso, la dificultad de emplear el aparato de usted en la Marina.....

—Esa dificultad consiste en el temor de que las ondulaciones produzcan la explosión de los pañoles de pólvora del mismo buque.

Aquí acabó la conversación de M. J. Dam con el joven sabio. Pero no podemos menos de advertir qué asombrosas consecuencias pueden sacarse de tales premisas. No se trata sólo de una revolución en la telegrafía, sino de una revolución en la guerra naval; revolución que pudiera llegar á una completa supresión. Los ingenieros de la Marina real inglesa han comenzado ya á examinar el invento de Marconi y á considerarlo en sus consecuencias. De todas las defensas costeras en que ha podido pensarse, ninguna sería tan abominablemente eficaz como esa explosión de los buques de guerra por medio de las ondulaciones eléctricas. Ciertamente, la cosa parece tener algo de milagro; pero, con la ciencia en general y la de la electricidad en particular, los milagros van siendo cada día lo más vulgar y común que puede verse.

D. L. Caze.

(Revista de las Revistas.)

ANATOLIO FRANCE EN LA ACADEMIA FRANCESA

En el punto culminante de su carrera agitada y laboriosa, Fernando de Lesseps había tenido la fortuna de ser alabado por el genio más ampliamente comprensivo de nuestro siglo. El 23 de Abril de 1885, al ingresar en la Academia, contestó Ernesto Renán á su discurso; y la continuación de los acontecimientos probó entonces una vez más que la simple aprobación de un poderoso ingenio, si es menos brillante homenaje al orgullo humano que las aclamaciones de todo un pueblo movido por el entusiasmo, también tiene un precio, no sólo más noble, sino aun más sólido, más duradero y más cierto. Dos años después de su muerte (tras haber sufrido los peores reveses del destino y los más trágicos horrores de la ingratitud de las muchedumbres), el que excavó el canal de Suez y fué llamado en un tiempo «el gran francés», habrá comenzado al menos á conocer la imparcial justicia del porvenir en el seno de esa misma Academia que antaño se honró acogiéndole en su seno, y que hoy se honra todavía más celebrando altamente su memoria.

Anatolio France acaba, no ciertamente de rehabilitar al hombre no necesitado de rehabilitación y cuya culpa (que sólo fué un error) hubiera debido desaparecer desde luego á los ojos de todos en el esplendor de una gloria incomparable, sino que ha hecho algo mejor: ha vengado públicamente al ilustre vencido de los bajos ataques que azuzaban en derredor de su nombre las viles pasiones de la multitud, y las más viles cobardías de los políticos de oficio. Por el poder maravillosa-

mente complejo de su pensamiento, el autor de *Thäis* no era menos apto que el autor de los *Orígenes del cristianismo* para comprender lo que fueron la vida, la obra y el carácter de Fernando de Lesseps. Y tendrá el mérito de decir su elogio á una hora en que quizá se necesita alguna valentía para oponerse, tanto á las ciegas corrientes de la opinión ignorante, como á los odios, que se pasan de listos, de los falsos sectarios de la austeridad contemporánea.

A quienes en los libros de Anatolio France no han querido ver nunca sino breviarios de elegante ironía y de universal escepticismo, sólo cabe aconsejarles la lectura de las páginas elocuentemente conmovidas en que el escritor ha hecho revivir ante nosotros «al emprendedor más grande del siglo». El filósofo bastante pesimista á quien debemos las disertaciones morales del ecléctico abate Jerónimo Coignard no gusta ciertamente de ser engañado por los demás ni por sí mismo. La agudeza de su mirada le ha revelado, sin duda, la pobre vanidad de hartas cosas, en las cuales las almas más sencillas que la suya han encontrado manantial de ilusiones respetables. Pero si se esfuerza en no considerar nunca desde un punto de vista demasiado vulgarmente trágico el espectáculo del universo, si se limita á observar con una indulgencia semiburlona sus múltiples aspectos contradictorios, siempre ha sabido tomar en serio lo que vale la pena de admirarse; y su admiración parece tanto más profunda y comunicativa, cuanto que no es pródigo de ella.

Ha admirado con más ardor que nadie á la antigüedad helénica, por el ensueño de belleza inmortal que legó al mundo. Y no la pidió solamente la inspiración de sus primeros poemas, sino que también tomó de ella ese sentimiento de la armonía y de la medida que se afirma hasta en la elección del menor epiteto, y que quizá también no haya dejado de contribuir en algún tanto á asentar entre las inteligencias excesivas y vulgares la leyenda de su incredulidad general y absoluta.

Ha admirado á Juana de Arco, por la grandeza de la ab-

negación y de la fe en un corazón sencillo de campesina ignorante, consagrándole años de trabajo y pacienzudas investigaciones. ¿Y cuántos le consagrarán aún, antes de dar por conclusa esta historia de la heroína, historia de la cual sólo conocemos fragmentos desperdigados, y que podría ser la obra capital de la vida eterna?

Ha admirado á Ernesto Renán, por la suma inmensa de ideas que agitó el fecundo cerebro del maestro; y como tuvo la ventura de frecuentar su trato mucho, no sólo le admiró sino que le amó, hasta el punto de no querer pasar por alto la ocasión que se le presentaba ahora de saludar con respeto en su discurso al creador de los *Diálogos filosóficos*.

Por último, ha admirado con la admiración más sincera á Fernando de Lesseps, por los inagotables tesoros de actividad y de energía que el viejo luchador llevaba dentro de sí, y porque no es menos hermoso haber «retocado la figura de la tierra», que haber modelado el mármol como Fidias, ó paseado por la escena el trágico séquito de las pasiones humanas cual Shakespeare.

Aun sólo desde el punto de vista estético, pocas existencias han sido más admirables que las del vencedor en Suez y vencido en Panamá. Antes del doble proceso que se vió ante el tribunal de apelación y el tribunal ordinario, cerníanse sobre la familia de Lesseps muchas prevenciones sordas, que el desastre del canal interoceánico pareció justificar de sobra. Habíanse pronunciado las palabras abuso de confianza y estafa. Los calificativos más denigrantes iban ligados al nombre del gran anciano. Cuando concluyeron las discusiones judiciales, cuando la magistratura puso en claro las feas interioridades de este misterioso y gigantesco negocio, cuando se oyeron las explicaciones dadas por la defensa, dirigiéronse á otra parte las responsabilidades, y se advirtió que los verdaderos culpables no eran precisamente aquellos que al pronto parecían los más gravemente comprometidos.

Muchos de los que seguimos de cabo á rabo el curso de las

audiencias, experimentamos la sensación de que los interrogatorios, que habían de concluir por sentencia condenatoria penal contra Fernando de Lesseps y su hijo, iban á parar al mismo tiempo en su casi absolución moral. Creo poderlo decir sin paradoja: sufrieron una derrota, más bien que una caída. E instintivamente lo comprendió tan claro la opinión pública, que nunca reclamó, á lo menos respecto del padre, la ejecución de la sentencia dada contra él. Presenciamos el extraño espectáculo de un criminal á quien la inflexibilidad de la ley acababa de ponerle nota de infamia, y á quien se dejó conservar en su pecho las insignias de la Legión de honor.

Hubiera sido imposible arrancárselas. Anatalio France nos ha referido cómo á lo edad de veinticinco años, inmovilizado el joven Lesseps en el lazareto de Alejandría, leyendo la Memoria del ingeniero Lepère acerca de la unión del Mar Rojo con el Mediterráneo, concibió el proyecto de realizar el sueño vagamente entrevisto antaño por Bonaparte. Poco menos de cuarenta años después nos demuestra realizado ese ensueño, y consagrado el triunfo de la temeraria empresa en una fiesta internacional, que fué una especie de apoteosis para el genio de Francia.

«El 16 de Noviembre de 1869 una empavesada flota de buques de guerra y de comercio estaba anclada en Port-Said. En la playa, donde ondeaban los pabellones de los pueblos, donde se alzaban la cruz y la media luna, elevábanse dos altares, uno para el protonotario apostólico, otro para el gran ulema, y de allí subían al cielo la oración cristiana y la oración musulmana, como dos líneas que tiradas por el matemático desde dos puntos del espacio se dirigen á una misma estrella, harto remota, sin juntarse jamás.»

El robusto obrero á quien debíamos aquella fiesta y aquel triunfo, cualesquiera que fuesen sus yerros, no debió ser degradado hasta el nivel de los piratas vulgares. Si los vergonzosos rencores políticos no se hubiesen inmiscuído en ello, tal vez hasta hubiera sido más digno de él y de nosotros suspen-

der todas las actuaciones y olvidar por una vez los artículos del Código y renunciar al triste privilegio de manchar por nuestras propias manos la gloria de uno de nuestros grandes hombres.

Tanto más cuanto que desde ahora, y á lo menos en la parte más ilustrada del país, comienza á dibujarse un movimiento de reacción en favor suyo. Se pregunta si el infortunio final no fué desproporcionado con respecto al castigo que merecía una imprudencia, después de todo, generosa. Y el día de la recepción de Anatolio France el auditorio académico sintió escalofríos cuando el orador, en términos de una amplitud igual á su asunto, recordaba las horas postrimeras de aquel que subió tan alto y acababa de caer tan hondo:

«En medio de los suyos, en esa mansión rústica de la Chesnaie, donde casi medio siglo antes había trazado en un mapa la breve línea destinada á unir dos mundos, débil, inerte, desolado, subiéndose por encima de las heladas rodillas la manta de viaje, moría en silencio el gran viajero. Pero un día viéronse correr lágrimas por sus apergaminadas mejillas.»

Aunque hubiera sido culpable, tan culpable como lo afirmaron sus ingratos detractores, después de los beneficios con que colmó á su país y á la humanidad, parece que tales lágrimas de agonía y de desesperación hubieran debido bastar para lavarle de sus culpas.

Y, en suma, si los paralelos biográficos, por el estilo de los de Plutarco, no constituyesen generalmente el más estéril de los juegos de ingenio literarios, ¿no sería esta la ocasión oportuna de evocar, con motivo de Fernando de Lesseps, el recuerdo de Cristóbal Colón?

Como el admirable genovés, aquel cuya epopeya se celebraba ayer bajo la cúpula del Instituto, pasmará sobre todo al mundo por el atrevimiento de su imaginación práctica, por la energía y la paciencia que empleó en perseguir su sueño dorado; en una palabra: por el extraordinario temple de un alma que parecía inaccesible á los embites de los hombres y de las

cosas. Como el ilustre navegante del siglo XV, que quiso hallar un camino más corto desde Europa á las Indias, y que, confundiendo las Antillas con las islas del Japón y el Orinoco con el Ganges, murió sin sospechar que había descubierto un continente nuevo, así también nuestro gran compatriota sólo buscó, á través de los arenales de Suez, un camino más rápido hacia el extremo Oriente, y no hizo sino realizar el proyecto concebido por su precursor.

Como él, no ha triunfado de los obstáculos puestos en derredor de su empresa sino después de largos años de esfuerzos y de luchas. Como él, modificando bruscamente por su audaz iniciativa las condiciones etnológicas del globo terráqueo, ha abierto una era nueva y preparado acontecimientos históricos y económicos cuyo incalculable alcance futuro nadie puede presentir. Por último, como él también, ha conocido en vida la amargura de ver olvidados sus beneficios y calumniado su genio.

Día llegará en que se citen, una junto á otra, la agonía de Fernando de Lesseps y la de Cristóbal Colón, cual memorables ejemplos de la bajeza de los hombres. Día llegará en que vaya á visitarse la hacienda de la Chesnaie con el mismo sentimiento de conmiseración respetuosa que lleva el actual viajero á ese edificio de las afueras de Valladolid, donde la municipalidad ha hecho poner una lápida de mármol con estas sencillas palabras, de una concisión penetrante: «Aquí murió Colón.»

Y aunque, como dice Anatolio France, acordemos «erigir en la margen del canal de Suez una estatua que sea saludada á través de los siglos por los pabellones de todos los países», acaso este tardío homenaje parezca harto insuficiente para atenuar el justo rigor del fallo que acerca de nosotros den esos siglos venideros.

MAURICIO SPRONCK.

(De la *Revista Azul.*)

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Las desgracias de los griegos.—El despotismo asiático representado por Turquía y la libertad occidental representada por Grecia.—El mundo cristiano sumergido en el mundo musulmán.— Aspiraciones universales contra el Korán.—Atávica permanencia de las cualidades helenas.—Responsabilidad de la dinastía.—Mala dirección diplomática.—Mala dirección militar.—Estado de Europa.—Estado de España.—Su crisis política.—Su crisis ministerial.— Consideraciones.—Conclusión.

I

Las desgracias de Grecia nos traen profundamente conmovidos. Nunca imagináramos que hubiesen llegado tan lejos los adelantos de Turquía y las retrogradaciones de su rival ilustre. El corazón se parte al considerar cómo, habiéndose abierto esta centuria cón una llave de oro por los jóvenes filohelenos llamados, desde aquella época, Byron, Goethe, Chateaubriand, Víctor Hugo, llegue á cerrarse, apagados estos genios en nuestros horizontes sensibles, con un ímpetu regresivo de naturaleza tan espantosa como el que acabaría marcando con hierro candente la media luna en el brazo de los griegos, amarrados á las galeras turquesas, cual nuestros antiguos cautivos, ó amontonados, como el pueblo de Dios, bajo los sauces y los cipreces del extranjero río en las mazmorras de nuevas

Babilonias. Creemos exageración de la leyenda el colosal despotismo personificado en los seculares colosos de Faraón, de Baltasar, de Nabucodonosor, de Sardanápalo. Y, sin embargo, á nuestros mismos ojos, en nuestra misma historia y vida, sobre las tierras del europeo continente, que imaginamos esencial parte del cerebro humano, donde habita el pensamiento, á cuya luz se esclarecen y á cuyo calor se animan todos los pueblos, aún hay déspotas, como los que vivían en un palacio, templo, cuartel, ciudad, por las orillas del Eufrates, ó como aquellos á quienes guardaban el sueño las esfinjes en pórfido levantadas sobre los arenales de Menfis y de Tebas. Donde Constantino dejó el Imperio heleno fundado, para que fuese sobre las familias y tribus de Oriente como el Imperio romano sobre las familias y tribus de Occidente, un foco luminosísimo esparciendo ideas y un verdadero núcleo de razas disciplinando fuerzas; allí, ante Asia y Europa, cerca de los archipiélagos, en cuyas islas amaneciera la cultura humana, yace un tirano sobre su lecho asiático, déspota dementado por los vapores de una omniscencia que cree divina él, pues ofende al cielo todo despotismo en el mundo; déspota viciado por una omnipotencia, pagada, en su soberbia, de que puede alterar, no solamente las leyes morales, violables por el humano albedrío, las leyes físicas fundadas en la fatalidad, pues le falta desde la razón hasta la conciencia; déspota generalísimo, aunque nunca se vea en cabeza de los ejércitos; déspota, pontífice ó califa, siquier nunca pontifique; déspota ulema, intérprete del Korán y depositario del saber, aunque los mismos adoradores de su despotismo civil rechacen su despotismo religioso, por creerlo vínculo de los verdaderos creyentes, ó sea de los árabes, adscritos por sus ascendencias á Mahoma y Alí, no de los mongoles, descendiendo éstos de Atila y de Tamerlán, azotes de Dios, por lo cual á la contínua muestra su ascendencia y atavismo desde su harén, donde los pebeteros le trastornan el seso con sus ponzoñosos perfumes y las odaliscas le beben la sangre con sus torpes sensua-

lidades, diezmando un día los armenios, otro los anatolios y los cretentes y los griegos, cual si fueran sus ejércitos legiones de ángeles exterminadores, y su primer ministro la muerte. Y este déspota, después de haber estado en un delirio consecutivo renovando las matanzas de los tiempos y de los pueblos carniceros, desde las fuentes del Eufrates y las raíces del Ararat hasta las aguas del Mediterráneo y las raíces del Yda, hociquea hoy en los cuerpos de aquellos que fundaron la civilización universal y que nos dieron el alma esencialísima de nuestro espíritu, aterrándonos con un retroceso á la barbarie y prometiéndonos por todo puerto la reacción hacia una guerra perenne que genere por toda solución á nuestros problemas sociales, el bárbaro y asiático régimen de una perenne conquista. El progreso jamás se desarrolló en una línea tan derecha que alguna vez no sufra oscilaciones regresivas, y la libertad jamás tuvo luz tan perenne que desafiara el eclipse y la noche á que se halla expuesto este astro moral, como todos los astros materiales; y no es cosa de que, así como los reyes del siglo diez y ocho pagaron en cien revoluciones y en cien guerras revolucionarias el crimen de haber enterrado bajo sus tronos esa triste Polonia muerta, perdiendo sus coronas históricas, trocadas en coronas parlamentarias, los pueblos paguen al fin del siglo décimonono, en cien reacciones tremendas y guerras reaccionarias, el crimen de haber asesinado á Grecia, rediviva otros días entre los derechos y las libertades populares, próximos á trocarse, bajo tal retroceso, en amarras que nos aten al más feroz despotismo.

II

Y, para que no parezcan exageraciones mías estos temores de retrogradación fatal, necesitamos traer á nuestro recuerdo la naturaleza del islamismo, y decir que aún ocupa considerable parte del planeta, obscurecido por esa mancha sangrienta, y forma una confederación de razas, á cuyos tremendos golpes puede peligrar toda la cristiandad, pues llegan desde el istmo de Suez hasta el gaditano estrecho sus huestes, y desde los desiertos tártaros, en el fondo de la mongólica barbarie, hasta los mares adriáticos, en el seno de nuestra más antigua y más espléndida civilización europea. Un temperamento secular como el temperamento bélico de los musulmanes, se despierta y se rehace así que lo provoca la menor externa excitación á mostrar la entraña de su pensamiento. El califato no ha sido en la tierra y en la historia otra cosa que un sacerdocio pontificando en armas, el cual oponía, como contraste con la cruz de los apóstoles y de los humildes, el corvo alfanje de los guerreros y de los conquistadores. Quien cree la predicación cosa vana, el apostolado inútil, femenina é impropia de varones la persuasión, conquistador por su naturaleza el Estado, guerrera la religión, sacerdotes los generales, soldados los pueblos, la trasmundana surrección segura para quien muere batallando, el servicio militar y la obediencia pasiva instrumentos de todo imperio, ha producido estos dogmas y tomado estos temperamentos, creándose un alma en lo interior, y en lo exterior un cuerpo, apercibidos á conquistar el mundo todo y, si posible fuese, hasta el cielo. Así, desde la Persia, dominada por los fieles á Zoroastro, hasta la Bética, dominada ya por el catolicismo romano, y desde la Bética y sus godos hasta la Sici-

lia y sus heleno-romanos, constituyóse al empuje de los primeros mahometanos una civilización, la cual acababa por arrastrar entonces en los ríos de sangre derramados por sus armas Egipto y Siria y Arabia y Palestina, que no pudieron resistir á la fuerza y á la conquista. Y no solamente los musulmanes tienen tal carácter impetuoso y bélico y conquistador de por vida; conservan esta vida mucho, muchísimo tiempo, en una perseverancia que ha pasado á ser histórica y secular, como los más altos y más enormes poderes cuyos recuerdos guarden los anales de la humana memoria. Por consiguiente, no puede darse aliento alguno al islamismo en parte ninguna del mundo sin que salte á la vista inmediatamente un peligro, y peligro muy grave, para toda la cristiandad. En los últimos días, los mahometanos redoblaban sus plegarias y sus maceraciones y sus ayunos para que Alah concediese al estandarte verde del sabio profeta Mahoma y á la media luna del califa Ostman la victoria decretada por el destino á los fieles creyentes sobre los perros cristianos. Y como aquellos fanáticos crean que Dios está donde cualquier victorioso esté, y el victorioso está con ellos, el victorioso es Edem Bajá, erguido sobre la frágil persona del Diodoko griego, resuena el Imperio turco todo entero con himnos de victoria, y estos himnos despiertan en el corazón de los últimos musulmanes, sentados en el desierto á la sombra de sus camellos, la indestructible aspiración hacia una guerra santa y hacia una conquista universal. Viajeros llegados á mi casa del Oriente y del Occidente, unos que han visto el hervidero de las pasiones musulmanas al pie mismo del Tabor, y otros que lo han visto en los aduares de Tánger, confiesan haber corrido de un extremo á otro extremo del mundo musulmán el eco de las recientes victorias mahometanas como un excitante al combate inmediato y como una esperanza muy cierta y muy fundada de segura é inmediata victoria.

III

Y no hay pueblo europeo que deje de temer alguna complicación grave con pueblos, ó de religión islamita ó de sangre africana. El más distante de toda política, magüer sus pasos últimos de adquisiciones transmarinas, el pueblo alemán, ha tenido muchas dificultades con Inglaterra por el sultán de Zanzíbar y muchas más por la noble República de los boeros, trasplantados desde las marismas del boreal territorio bátavo á los arenales de su austral territorio africano. Esta es la hora en que corren peligro de partir en guerra los dos Estados liberales del centro, británico y francés, por la tutela sobre los egipcios y el Egipto, como esta es la hora en que no han podido reconciliarse Italia y Francia, hija y madre, por la francesa conquista de Túnez. El célebre albanés, vestido todavía como lo enseña la leyenda, con su gorro griego á la cabeza y su cartuchera bordada de colores al cinto, pone su trabuco en el ojo y requiere su yatagán en el costado, buscando la ocasión propicia de por el suelo derribar los soldados austriacos, que sojuzgan la Bosnia y la Herzegovina. No puede haber paz entre Rusia y Turquía en adelante, aunque haya hoy un extraño armisticio. Turquía posee Armenia, que Rusia desea toda entera, después de haber puesto para esta reivindicación jalones y más jalones en su territorio; Turquía posee Anatolia, que Rusia desea, por estar enclavada una península tan hermosa y tan histórica como la península moscovita de Crimea entre Anatolia y Armenia; Turquía posee la cuenca del Jordán, que Rusia juzga como línea estratégica, militarmente considerada, superior á la cuenca del Nilo, y la tierra de Palestina, en cuyos senos encuentran los rusos satisfacciones

religiosas parecidas á las encontradas por los musulmanes en la Meca; Turquía posee Constantinopla, cuyas formas están dibujadas en la retina de todos los eslavos, quienes remedan las rotondas bizantinas en su Danubio y en su Neva, y ponen las cruces áureas de los tres brazos sobre las multicolores rotondas, y esperan ver, entrando por la misteriosa puerta que trazaron los ángeles, el sacerdote de la postrer mañana de Bizancio, todavía vivo, para continuar la misa cortada por el alfanje turco, entonando el Credo y el *Te-Deum* los griegos en Santa Sofía, resucitada tras cuatro siglos de servidumbre, peores que la muerte y más obscuros que el sepulcro, en una Pascua de Resurrección, semejante á la Resurrección celebrada en todas las iglesias. Y lo que digo de Rusia, digo de Inglaterra, protectora de las altas planicies del Afghanistan, en cuyos senos brotaran las primeras tribus mongólicas; soberana en el Ganges de más musulmanes que tiene reunidos en sus dominios el sultán mismo; primer potencia islamita, como ella se llama, protectora del Nilo y del canal de Suez, más importantes para el mundo musulmán y hasta para el mundo europeo que la Tracia, que el Bósforo de Tracia, que los codiciados Dardanelos. Y no hablemos de las naciones latinas, sabiendo, como sabemos, cuántos asedios y asechanzas han puesto los mahedíes á la Kassala de los italianos, y cómo desean éstos el dominio de Trípoli; cuáles sublevaciones musulmanas teme Francia dentro de su Argelia, y cuántas guerras sospecha tener con Marruecos; cuán reciente se halla en la memoria española su guerra de Africa, y cómo nos envanecemos de nuestra epopeya nacional, en que mostramos, combatiendo desde los Pirineos hasta Ceuta, el ardor con que sabemos aterrar á los conquistadores musulmanes y la constancia con que hicimos retroceder el Islam á sus guaridas en el desierto libico y en los desfiladeros del Atlas.

IV

Así no hay más remedio, ya que no por culto á los progresivos ideales, como nuestros padres, por interés de nuestra seguridad propia, como amenazada la civilización cristiana por el alud enorme de la barbarie islamita, sino defender Grecia en todos los consejos europeos y salvarla del turco, dejándola en la integridad completa de un territorio, del cual necesita para su defensa, pues no podría perder una pulgada sin detrimento propio y sin detrimento también de todos los cristianos. Así, yo, que nunca he conjurado á Grecia para que arrostrase la última guerra, por mi horror á todas las guerras, hoy reclamo de América y Europa, de cuantos pueblos cultos y cristianos hay en el planeta, una intervención á favor de que Grecia quede intangible, tal como estaba en los tiempos anteriores á sus recientes infortunios. Y reclamo, no intervenciones más ó menos diplomáticas, acompañadas de intervenciones más ó menos armadas; reclamo una intervención de cada opinión pública nacional en sus respectivas naciones y Gobiernos para que acorran y salven las tierras donde guarda sus mayores títulos de nobleza el género humano, separado allí del animal, como reivindicador de su personalidad libre, cual enseñan sus humanas estatuas, bien opuestas á las esfinges orientales, quienes muestran á una, con su cabeza de mujer y su cuerpo de tigre, cómo el hombre se hallaba confundido con el animal antes de Grecia, en los senos panteistas del Asia. La opinión pública de todos los pueblos europeos puede y debe hacer mucho. Pues qué, ¿se hubiera jamás creado Grecia sin aquellas legiones de filohelenos, cuyos generales eran poetas? Yo he oído contar á italianos meridionales cómo hicieron más por ellos

los libros de Gladstone que los desembarcos de Garibaldi. Nunca hubiera desenvainado Napoleón III la espada de los Césares franceses en los campos del territorio lombardo, si á ello no le mueven y para ello no le guían el coro de los grandes genios franceses, parecidos á estas legiones de ángeles precediendo desde los cielos á las legiones de los combatientes en las pinturas místicas. Los Czares de Petersburgo, poco inclinados, como buenos germanos, hacia las razas esclavonas, se vieron obligados á emancipar Bulgaria y Servia, porque se lo impusieron y ordenaron en sus libros apocalípticos los dos genios gemelos de Rusia, los leídos y consultados eslavófilos, que se llamaban Katkoff y Atkassoff. De modo que aquella cruzada del año setenta y seis, muy parecida de suyo á las cruzadas medioevales de la cristiandad; el paso franqueado á los rusos en las orillas del Danubio por mano de nuestros consanguíneos latinos los rumanos; el épico escalo de los Balkanes por el audaz Gurko, tan semejante al escalo de los Alpes por Aníbal y Bonaparte; los asedios á Plewna, que pueden llamarse troyanos por la paciencia de los sitiadores y por el coraje de los sitiados; las condiciones impuestas en San Estéfano, barrio de Constantinopla, donde se olfateaba ya el incienso de Santa Sofía; todos los esfuerzos que glorificaron una de las más grandiosas campañas posibles, tuvieron en los publicistas contemporáneos y en la prensa periódica un ideal como el mostrado por San Bernardo, y un impulso como el impreso por Pedro el Ermitaño á las cruzadas medioevales. Pues hay que seguir tan luminosos ejemplos. No se necesita coger arma ninguna para ir ahora en socorro de Grecia: basta con esgrimir las plumas leídas; tocar á rebato las campanas resonantes de nuestra elocuencia política; erigir desde cada tribuna parlamentaria un pararrayos que arranque al cielo tormentoso la centella vibrante sobre la divina madre del Verbo humano, para que se detenga el bárbaro vencedor, entre en las condiciones de un verdadero armisticio, y renuncie á desangrar de sus últimas gotas las exhaustas venas del pueblo revelador, y no imponga so-

bre su tesoro deudas, deudas inaprontables, exigidas por una codicia inextinguible; y quiera que la tierra de Tesalia, donde se congregaron los dioses redentores de la personalidad humana, y las tierras del Epiro, que convirtieron la luz material en espirituales idealidades, no pasen del cristianismo, que tanto prepararan, al dogma de la fatalidad, que todo lo emponzoña; y si han de hacer alguna rectificación en antiguas fronteras, se haga para preservar Grecia de la barbarie turca, y no para entregar á la barbarie turca Grecia, pues la patria del genio y del arte aparecerá siempre como un contrafuerte opuesto al Asia por Europa, y como el único laboratorio de ideas que puede, con su civilización y con su Iglesia orientales, llevar el Cristianismo al Oriente.

V

Los griegos han mostrado que las grandes cualidades atávicas, herencia de su nombre y sangre, no se han enflaquecido un ápice, aunque les haya negado el medio ambiente contemporáneo los medios de prosperarlas como prosperaron en los antiguos tiempos. No basta nacer en Roma para conseguir el dominio de la tierra, ni en Cartago para resucitar el comercio y navegación de los cartagineses, ni en España para invenir cada día mundos nuevos, ni en Florencia para pintar hermosos cuadros; y como se necesitan siglos de siglos para producir un verdadero Cervantes ó un Franklin, se necesitan muchas y muy milagrosas circunstancias para producir en Atenas un siglo como el siglo de Pericles. Pero amor á la patria, heroismo capaz de competir con el heroismo de sus progenitores, idealidades artísticas, abnegación de los intere-

ses personales en aras del interés general de su raza y de su gente consanguínea, el entusiasmo por todas sus generaciones pasadas acaban de lucir Grecia; pues si no han estado de su parte los laureles del triunfo, han estado los honores del esfuerzo. Lo que no ha estado ni ha parecido en verdadera congruencia con sus altas cualidades y con su valor nativo, es la dirección y gobierno de las legiones que han ido cual melodiosos seres á la muerte inmortal, como los vencedores de Salamina y de Pletea, resultando de todo ello la frustración del empeño, sobrehumano muchas veces, pero inútil de toda inutilidad, cuando no está dirigido por un formidable poder y por una verdadera competencia. Unas veces se han llevado las irrupciones hasta lo temerario y otras veces hasta el pánico los retrocesos. Después de haber vencido al contrario, se ha declarado la desbandada entre los mismos vencedores; y sobre un campo, donde solamente debió aletear la victoria, se ha extendido la plaga mayor que puede caer sobre los combatientes: el pánico, la declaración de inverosímil rota, engendrada por el terror propio, no por el ajeno triunfo. También la demasiada intervención del elemento popular en las operaciones, si ha dado calor al espíritu y fuerzas al ánimo, remontando en los soldados de la libertad los nervios, que mandan sobre los músculos y desarrollan sobrenaturales fuerzas en todos los héroes, ha impedido el secreto necesario en las operaciones y la pasiva obediencia del pensamiento y de la voluntad, indispensables á todos los ejércitos. El guerrillero, si ha de prestar auxilios en una guerra táctica y regular, ó debe destacarse del núcleo central, defendiendo con escaramuzas los flancos de éste, parando las marchas delante del enemigo, como hacía Garibaldi en la guerra franco-austriaca, engendrada por causa tan sublime como la independencia itálica, ó ha de someterse al resto del ejército con la sumisión ciega que tienen las máquinas y que quita toda espontaneidad así al combatiente como al combate: cosa grave cuando de voluntarios y de guerrilleros se trata. Hubo en los improvisados garibaldinos, llamémoslos así, mucha grandeza

heróica y rasgos de abnegación extraordinarios que se contarán entre los más honrosos á la especie humana siempre; pero no hubo en el regio Estado Mayor del ejército regular ni las fuerzas asimiladoras necesarias para como parte de su propio cuerpo adherírselas, ni aquella superior dirección que suple al número, saca fuerzas de flaqueza, y consigue, con la inteligencia generadora de una táctica y una estrategia provechosa, contrastar las fatalidades mecánicas del combate y trocar en victoria la derrota. No pueden maravillar á nadie ahora los anatemas fulminados sobre la cabeza del Duque de Esparta, cuando, al asumir el mando y la dirección de todo, asumió la responsabilidad en todo, y recoje tantas acerbidades, vencido, como victorioso recogiera provecho y gloria.

VI

Desde luego había que saber si contaba Grecia ó no con el apoyo europeo; después había que saber si contaba ó no con el auxilio de los pueblos balkánicos, un verdadero complemento al apoyo europeo; después si contaba ó no con profundas complicidades tangibles en los dos pueblos de Macedonia y del Epiro, donde la multitud de razas hace muy difícil, si no imposible, todo cálculo fundado y toda previsión segura, sobre cualquiera de sus inclinaciones; cálculo y previsión necesarios, pues sin ellos no puede ninguna campaña política emprenderse, ni menos ninguna campaña militar. No pudiera Cavour poner en la balanza, donde se decidían, el año cincuenta y seis, los destinos de la Nación itálica, el peso de la espada francesa, si no asegurara que toda Italia se sublevaba en cuanto viera el pantalón rojo de los zuavos resaltar entre las negras male-

zas y las eternales nieves del Monte Cenis. No pudiera cañonear Bismarck las tropas dinamarquesas, como las cañoneó el año sesenta y dos, si no contara con la complicidad manifiesta del Austria, detenida en inestable parálisis por su predominio y su presencia honorarias en la Confederación germánica; y no lanzara al Austria de la Confederación germánica, si no presintiera la escasa resistencia que habían de oponer á su marcha invasora y triunfal por Bohemia los primeros soldados del imperio austriaco, los húngaros, interesadísimos, al igual de los prusianos, en el triunfo de Prusia. Para explicar el apoyo europeo necesitábase con verdadera ciencia saber cuáles caracteres ofrece nuestra Europa contemporánea. Desde luego no hay que contar con el sentimentalismo por las nacionalidades, antaño tan poderoso; pues aunque Francia, en su corazón, dotado de inextinguible generosidad, no se arrepiente del auxilio concedido á Grecia y á Italia, está muy escarmentada en su propia cabeza y lleva el desprecio de las nacionalidades hoy hasta entenderse con el verdugo de Polonia, de esa Polonia mártir por quien hacía revoluciones interiores diarias durante la segunda República, y al extremo estuviera de promover una guerra europea durante el segundo Imperio. Grecia, en verdad, abrió con los heroicos esfuerzos de sus hijos predilectos, los cretenses, el año sesenta y seis, la guerra oriental, que se coronara dos lustros más tarde con un retroceso patente de Turquía en San Estéfano, salvada por Inglaterra merced al pacto de Berlín, y una victoria de la cristiandad oriental, representada por los cruzados que dirigían el pontifical Czar, Emperador político y religioso de la Santa Rusia. En el reparto de los despojos dejados por Turquía esparcidos entre los estremecimientos de su desgracia, acaparó Austria Bosnia con Herzegovina; Inglaterra Chipre; Francia el permiso necesario para su paso á Túnez; Rusia la codiciada Besarabia y una extensión de su territorio en Armenia; sus elevaciones á reino, y la extirpación hasta de sus respectivas nominales dependencias del sultán, Rumania y Servia; su

puerto de Dulciño, arrancado á los albaneses Montenegro; y Grecia solamente obtuvo unas porciones del Epiro y de la Tesalia, tan mal recortadas, que componían aquí una desmembración y allá otra: montones, los cuales habían de concluir, lanzados como pomas de discordia entre la nacionalidad helena y el imperio turco, por traernos horrible guerra, en que reclamara el déspota oriental una sanción por el mundo cristiano de su reconquista musulmana, cuyas tremendas indeclinables consecuencias podrían llevarnos al despotismo que trae consigo aparejado la barbarie. Y luego, cuando Grecia, condenada por los poderosos del mundo á tantos dispendios como cuestan siempre los preparativos de perdurable guerra, quebró, no tanto por su administración interior como por su política inevitable, maltratáronla sus acreedores, queriendo ponerla en tutela económica, como están Turquía ó Egipto, y amenazándola con otras humillaciones, sin darle ninguna compensación territorial, pues si osó reclamarlas, pusiéronle por contestación á sus reclamaciones un bloqueo infame y deshonroso para Europa, en el cual entraron dos pueblos cultos y libres, como la republicana Francia y la parlamentaria Inglaterra, olvidando su obra más gloriosa: la resurrección de Grecia, título justificativo de su predominio en los pueblos civilizados y del reverdecimiento de sus laureles en la moderna Historia.

VII

Debían los griegos, tan poseedores de una grande inteligencia como de un grande corazón, adivinar las dificultades invencibles con que habían de tropezar, así en los consejos de la Europa contemporánea, como en los campos de su terrible ataque á Turquía, evitando encontrarse á merced, por com-

pleto, de una intervención, la cual menguara su independencia, ó de una derrota, necesariamente inevitable, la cual hiriese de muerte su costosa y disputada integridad. No bastaba con tener una dinastía empingorotada y unida con las familias reinantes, si esta dinastía era desairada por tales familias en sus pretensiones, para cuyo logro importan mucho los intereses políticos análogos y poco las afinidades consanguíneas de unos reyes con otros reyes. Y aquí es donde comienza la responsabilidad moral de los monarcas helenos y de su maltrecha dinastía, la cual estaba en el caso de saber que no contaban en el Universo mundo con apoyo ninguno. Aunque reflexionaran poco, aquellos reyes entendieran, de recapacitar un minuto, serles imposible conseguirlo; porque, si bien á su favor estaban los cuatro pueblos occidentales de nuestro Continente, Francia, Inglaterra, Italia, España; Francia se veía paralizada en sus afectos por la terrible amistad con Rusia, exigiéndole servicios en todas partes, y con especialidad en Oriente; Inglaterra, por su incapacidad absoluta de ingerirse á su grado en la política continental, como no tuviera un pie puesto por medio de alianzas en Europa, y no le es dado contar con Francia, la natural aliada suya, mientras no le devolviese, devolución imposible, la deseada cotutela sobre el codiciado Egipto; Italia, por su tradición gibelina y alemana, contradictoria con la tradición güelfa y francesa, que la tiene ceñida indisolublemente al emperador Guillermo; España, por su neutralidad irremisible y por sus dos guerras, al extremo Oriente la una y al extremo Occidente la otra, de nuestro misérrimo planeta, las cuales obligáranle por mucho tiempo á recluirse dentro de sí misma, si quiere con verdadera voluntad rehacerse y confortarse. A los ojos de la dinastía helena estaba patente la complicidad moral entre los dos señores del Norte y del Centro, interesados por igual en la conservación de Turquía, y no pudo arrestarse sino movida por propensión demente al suicidio, hasta el extremo de retar al sultán á una guerra cuando el sultán tenía bien guardadas sus espaldas,

nada menos que por el emperador de Alemania y el emperador de Rusia, dueños del campo, no solamente por los sendos inacabables imperios que mandan, por la incapacidad absoluta en el emperador austriaco de moverse cuando se rompe, y en dos partes, su monarquía, se enciende, asaltada por las cóleras entre sus súbditos, en guerra civil perpetua, que no sólo destruye la unidad del imperio, lo aniquila y lo deshonra. Con dos protectores de Turquía, el uno deseoso, como el czar Nicolás, de que no se mueva hoja ninguna del árbol aquel mientras no pueda para sí acapararlo todo entero; el otro, deseoso de que Turquía no caiga, por haber él fiado su existencia intangible á los banqueros alemanes, tenedores de fondos, y á los oficiales adscritos á la instrucción de su ejército; con dos protectores así, no podía prometerse ningún favor de la fortuna el rey Jorge, tanto más cuanto que tras las ingratitudes británicas, en guerra con Abisinia, y tras las competencias entre Inglaterra y Francia en todo el orbe colonial, desde el Norte de América hasta el Norte de Africa, ambas naciones participan un poco del pensamiento de los dos jóvenes emperadores, tan maltratados por Gladstone, los cuales dos emperadores propenden á resucitar los sueños de Napoleón acerca del bloqueo continental contra Inglaterra.

VIII

Y si la parte diplomática de la campaña cae como un anatema sobre la imprevisora dinastía, cae con mayor pesadumbre aún la parte militar. Primeramente se forjaron los reyes muchas ilusiones respecto de su poder marítimo. Creían al sultán amedrentado por las escuadras helénicas y receloso de topar con otra Salamina, mientras, por mala dirección, sin du-

da, la valerosa y fuerte Marina de guerra no respondió á las regias esperanzas, puestas en sus maniobras, y no trajo los provechos preconcebidos y esperados para la hora suprema del apocalíptico trance, que todos los griegos aguardaban de uno á otro instante, como imposición fatal de su geografía y de su historia sobre todas las generaciones helénicas, llamadas, en sus providenciales designios, á preservar Europa del Asia como España está llamada por iguales designios también á preservar Europa del Africa. Y habiéndose apercibido por mar á este día terrible, aunque sin resultado, no se apercibieron los reyes de modo alguno por tierra. El ejemplo de Prusia, su verdadera patria, debió enseñar á la dinastía helena cómo proceden los pueblos relativamente chicos destinados á luchar con imperios grandes; pues así como Prusia estuvo destinada por el movimiento social á tener una guerra con Austria, mientras Austria radicara en la Confederación germánica, Grecia está destinada por el movimiento social á tener una guerra con Turquía mientras radique Turquía en nuestro continente. ¿Por qué no estar preparado el rey á tal trance? No prospera ninguna improvisación. No se improvisa una guerra con Imperio que aterró á los Czares en su choque postrero con Rusia. Desposeído Jorge de alianzas, necesitaba poseer fuerzas. Y para poseer fuerzas, necesitaba con tiempo atesorarlas y luego volverlas contra el enemigo en oportuna sazón. Y este proceder lo imponía el proceder contrario, la preparación tenaz de Turquía, quien, superando en fuerzas de un modo tan desmedido á los griegos, se industriaba en materia militar con el consejo y el ejemplo de Rusia. Los turcos, organizados desde los tiempos del gran Tamerlán para la conquista; nacidos con el temperamento atilesco, propio de una raza cruel y conquistadora; después de haberse descolgado de la Mongolia y sus anejos á los mares de Túnez y á los archipiélagos vénetos, han obedecido á la evidencia, y dando su brazo á torcer, se han desunido de su tradición y provístose de cañones y de generales en Alemania, resueltos á mantener una guerra, y una gue-

rra tremenda con la Europa cristiana, en la cual guerra lo primero que se les aparecía como una Ifigenia propiciatoria era la divina Grecia. Y mientras tanto, la dinastía helénica llegaba en sus despilfarros hasta la bancarrota y en sus imprevisiones hasta dispendiar el valor heroico de los griegos en pelotones, sin la ciencia, sin la disciplina, sin la organización indispensables á todo verdadero ejército. De aquí los pánicos tras los triunfos; las retiradas sin motivo y sin objeto; el abandono de Larissa, cuando todo aconsejaba mantenerse allí á pie firme; los trastrueques de rotas en victorias y de victorias en rotas; las luchas á ciegas entre los ejércitos nacionales, por ignorancia de la posición que ocupaba el enemigo; las retrogradaciones desde los desfiladeros del Tempe hasta los desfiladeros de las Termópilas; el malogro de los heroicos esfuerzos hechos en los campos históricos de Tesalia; el sacrificio inútil de tanto voluntario como han renovado el valor de Milciades y de Temístocles sin renovar sus hazañas; las quejas del coronel Vassos, antes de tiempo expedido á Creta y antes de tiempo reembarcado hacia Grecia; el anatema de Smolenski sobre los militares del cuartel general que rodeaba la figura del Príncipe heredero, y sobre este mismo Príncipe también, que ha estado á pique de saltarse los sesos y vístose obligado á partirse hacia Inglaterra para gastar en ceremonias cortesanas la grande actividad que debió emplear en los conflictos militares; la inmolación inútil de unos guerrilleros mártires que recordaban las huestes de Mina, inmortalizados por la ciencia táctica moderna; el naufragio deshecho que ha corrido la dinastía, salvada, no por la virtud eficaz de sus propios méritos, por la prudencia consumada de un pueblo que ha enseñado, como la filosofía y el arte, la política y los procedimientos políticos al mundo entero.

IX

Poco, muy poco tiempo nos resta para contar los demás asuntos europeos; pero los mencionaremos á la ligera, proponiéndonos tratarlos con mayor espacio en venideros trabajos. La información parlamentaria británica sobre la complicidad secreta de aquel Gobierno con los interlandeses ingleses, invasores del Transvaal, no disipa las dudas abrigadas por muchos á este respecto, promoviendo los escándalos de prensa y de calle y de tribunales, en los que sale un poco malherido Labouchère, fiscal asiduo de la conciencia pública, empeñado en acusar y perseguir á muerte toda inmoralidad. Estas informaciones parlamentarias dan resultados prácticos pocas veces; pero siempre dan resultados morales, requiriendo de la conciencia pública una clase de castigos puramente abstractos, pero muy temibles, por lo mismo que no tienen fuerza coercitiva y reinan solamente allí en las altas regiones del espíritu. Con este proceso parlamentario en Inglaterra, coincide un proceso político en Alemania. El ministro de Negocios Extranjeros, Marschal, muy asaltado por las maniobras policiacas y los libelos calumniosos de un cierto esbirro llamado Tausch, ha querido libertarse de tan molesto colaborador, cuyas temeridades llegaron hasta falsificar brindis del emperador y difundir la especie de que padecía éste caries parietal por un gangrenoso cáncer en el oído; quiso libertarse de tan molesta colaboración, acusando al colaborador, y como sea el ministro un progresista y el reo un cortesano, ha caído en desgracia quien estaba más alto en el aprecio público y ha entrado en gracia quien estaba más bajo en el desprecio público, saliendo absuelto el acusado y proscrito el ministro: prueba clarísima de que la reacción se aproxima siniestramen-

te al imperio germánico. La vuelta de los jesuítas decretada por el Reistachg; las leyes propuestas en daño del principio de asociación, aunque no aprobadas; los indignados discursos contra la cátedra libre y los catedráticos demócratas del potentado reaccionario Sturm, publicados en la *Gaceta*, no obstante las protestas del ministro de Instrucción, que mantiene la legislación vigente, protestas por la *Gaceta* calladas; el amparo descaradísimo al antropófago imperio turco; la enemistad con pueblo tan parlamentario y libre y progresivo como el pueblo inglés, enseñan que se halla en Alemania, no sólo el motor inmoble de la reacción germánica, sino el motor inmóvil de toda la reacción europea. Bien es verdad, que no convida mucho con su ejemplo á seguir tal régimen el Gobierno parlamentario que tiene frente á sí en perpetuo contraste Alemania, el Gobierno austriaco. ¡Desgraciado Imperio! Cuando se abre la cruenta sucesión de los turcos, á la cual tiene innumerables títulos Austria, sobrecojen tal número de agitaciones á este Imperio, que parece próximo á su acabamiento y desahucio. Debía renovar el pacto con los magyares; y por si están los últimos obligados con mayor cantidad ó menor á levantar las cargas públicas, el pacto se detiene, si no se rompe violentamente, cuando todos saben que su rompimiento violentísimo traería consigo aparejada una guerra. Y mientras porfían sobre tal tema húngaros y austriacos, porfían sobre cuestión más espiritual, pero no menos peligrosa, esclavones y alemanes, pertenecientes todos al mismo Imperio, y más encarnizados en odios entre sí mismos que alemanes y franceses, condenados á perpetua guerra. Solemos extrañarnos del ejemplo dado por la Convención el noventa y tres, la cual hizo más que Saturno, pues si este Dios de los tiempos eternos devoró sus propios hijos, aquella Diosa de las tormentas sociales se devora á sí misma, dándose terribles bocados de hidra, la demente, á sus propias carnes. El Parlamento de la coronal imperial austriaca hoy mismo hace algo peor que la Convención: se deshonra el cuitado á sí propio,

deshonrando su representación y sus representantes. Sesiones de aquelarre; insultos mutuos de taberna; injurias lanzadas por los labios de unos diputados á las frentes de otros diputados; sesiones suspendidas por la fuerza y á puños; presidentes desvanecidos sobre sus sillas curules en femeniles desmayos; actas rotas con desacatos aleves; bofetones dados y salibazos escupidos sobre aquellos rostros: la revolución más perturbadora sin sus combates heroicos y sin su trágica grandeza, ¿no indica todo ello una disolución? En justa compensación las fiestas británicas dicen lo que valen el Parlamento y la libertad.

X

Tarde llegan, muy tarde, los asuntos españoles á mi pluma, cansada por este larguísimo relato. Procuraré así á los hechos ajustarme y dar de mano á los comentarios. En fines de año comenzó una grande agitación, promovida en parte por los teócratas y en parte por los negreros, dos calamidades, á cual más horribles, de que adoleciera desde hace mucho tiempo nuestra generosa y nobilísima España: que ciñe un anillo de males en el mundo toda entidad natural y social, como ciñe un anillo de sombras en el éter los astros de la noche. Los teócratas radican en el archipiélago filipino, como los negreros son restos de la vieja maldita esclavitud negra, en Cuba, pues el mal, no solamente daña las generaciones, ó que la perpetraron ó que la consintieron; daña también, aun después de acabado y extincto, á las generaciones sucesivas, que lo heredan por una ley atávica semejante á la herencia legada por Adán á los mortales, sus hijos, de la cual herencia traemos en el nacimiento y en el desarrollo de nuestro ser infinitas é indelebles señales. Mandaba tranquilamente un general, como

Blanco, las Islas Filipinas, contento de la situación del país y seguro de sí mismo, cuando estalla terrible rebelión contra España, contagio del pésimo ejemplo dado en el extremo tropical Occidente al extremo tropical Oriente de nuestro dilatado imperio. El general, sin embargo, había cometido una grave falta, si bien secuela y continuación de faltas cometidas por sus antecesores: había mantenido una innecesaria guerra en la isla de Mindanao, guerra inspirada por los jesuitas, enderezadada contra indomables tribus mahometanas que los jesuitas quieren dominar por la fuerza, como dominó á los cristianos en ciertas edades el profeta Mahoma. Pero, aparte culpa tamaña, Blanco no cometió ninguna otra, vigilante y precavido, en el seno de cierta inercia, parte promovida por su temperamento natural, parte por achaques compañeros de sus crecidos años. Mas en cuanto se vió asaltado, al estallido de la súbita é inesperada rebelión, por tantos males, rescató sus faltas en una mezcla de previsión y de valor, á la cual debemos la conservación de aquellas islas y lo rápido y lo triunfal de aquella heroica y formidable campaña. Pero los reaccionarios todos, cuya representación genuína son los frailes agustinos, en mal hora para la civilización dentro del Escorial encerrados y con grandes influjos fuera, viendo á Blanco sorprendido por una desgracia, no singular y única en nuestra historia, con él arremetieron y lo derribaron por tierra, imputándole complacencias con los masones, concomitancias con los demócratas, á cuyos maleficios atribuían el mal, sin acordarse de cuán reciente y débil influjo podían ejercer las innovaciones y tendencias aisladas en la capital y centros de población frente á un poderío como el suyo, que data de cuatro siglos y se extiende á todos los espacios y á todos los extremos de la isla. Como la mancha de una mora con otra mora se quita, y un clavo saca otro clavo, y no hay peor cuña que la cuña de una misma madera, los reaccionarios requirieron de todas partes un general reaccionario que oponer á Blanco, y encontraron, en verdad, sin motivo, sin razón y sin funda-

mento, al general Polavieja, del general Polavieja hicieron su estandarte y su oráculo. Inútilmente se mantuvo éste siempre apartado de la política, inútilmente mostró preferencias liberales en sus inclinaciones últimas, inútilmente cumplió sus deberes religiosos como solemos cumplirlos en nuestra vida los demás españoles, por hábito heredado y fe natural, sin exageraciones y gazmoñerías; la reacción, perra de suyo, emperróse toda ella, con sus varios colores y matices, en llamar el general cristiano al general Polavieja, como si los demás generales nuestros fueran islamitas. Y después de darle tal carácter, confundiendo palabras tan dispares como catolicismo y reacción, empeñáronse todavía en una temeridad no menos peligrosa: en la temeridad increible de atribuir á personal iniciativa de la reina tamaño nombramiento, contrariado, según los reaccionarios, por el Sr. Cánovas desde su Presidencia del Consejo. Partióse, con efecto, el general, y empleando el valor de nuestro ejército, unido al propio valer suyo, aplicando un plan meditado y sabio, adelantó mucho la campaña, concluída casi á los pocos días del arribo, con la toma de Cavite, donde inscribió una fecha gloriosa más en los imperecederos anales de nuestras glorias históricas. Con la suerte militar, tan propicia para él, no sumó la suerte personal, muy adversa, pues enfermó en tales términos que debió volverse á la patria. Y de aquí un recrudecimiento en las preferencias reaccionarias por Polavieja, y en este recrudecimiento una serie de anatemas lanzados sobre la frente del Sr. Cánovas, suponiéndolo en disentimiento con el general y en desacuerdo con la Reina, como si él no hubiera nombrado á Polavieja por su propia voluntad, y él, por su propia voluntad, no le hubiese admitido la dimisión en regla y dádole su venia para que volviese á la Península. Mas en esta vuelta se le preparó una manifestación, toda ella de loor á su persona y á la persona de su majestad, pero toda ella de oposición al Gobierno, y con especialidad al Presidente, que no perdonó éste ni lo excusó de ningún modo, no tanto por referirse á su dignidad personal

como por referirse al poder depositado en sus manos, por quien experimenta un verdadero culto. Entre los incidentes de la manifestación, comenzada en Barcelona y concluída en Madrid, hubo cierto hecho especialísimo de singular carácter. Al entrar en la corte Polavieja fué á Palacio, y al salir de Palacio Polavieja se asomó al balcón que da sobre la entrada principal, su majestad, y este acto de complacencia con el general mereció clamores de un entusiasmo fervoroso á la reina y de una hostilidad patente al Ministerio. Siempre se necesita una confianza mutua del poder irresponsable en el poder responsable y del poder responsable en el poder irresponsable; pero mucho más cuando las naciones atraviesan crisis tan supremas como la que atraviesa en este período la Nación española. Y Cánovas creyó, tras aquel suceso, ó que la reina debía retirarle de un modo paladino la regia confianza con cuyo apoyo gobierna, ó que la reina debía darle autorización para explicar en la prensa lo sucedido como la cosa más natural del mundo y sin dejo alguno de hostilidad, ni á su Gobierno ni á su persona. Pero los numerosos enemigos del Ministerio no creyeron en estas explicaciones, y proclamaron como averiguado un disentimiento gravísimo entre la Corona y la Presidencia. Bajo estos auspicios las Cortes se reunieron á fines de Mayo, y los ánimos se agriaron á una, con verdadera y terrible acerbidad. Celebrábase, creo, la segunda ó tercera sesión del Senado. Un varón, en materias jurídicas tan sabio como el doctor Comas, tenía preanunciada una intencionadísima interpelación sobre las relaciones entre los Estados Unidos y España, con el fin y objeto de criticar la gestión del ministro de Estado español. Poco antes de pronunciarla ó explanarla, como decimos en lengua parlamentaria, se reunieron las secciones para los efectos reglamentarios, y al reunirse las secciones se produjo el hecho que ha determinado, primero el retraimiento de las oposiciones, después una crisis ministerial, que á punto estuvo de producir una crisis política.

XI

Los corredores, ó pasadizos, entre la sala de sesiones y las amplias galerías del Senado, edificio de grande amplitud, muy cómodo por ende, bien diferente del Congreso, quizás sea la parte fea y estrecha de toda su construcción. Y allí, al salir para las secciones, departían el ministro de Estado y el señor Abarzuza, en diálogo íntimo, sobre las dificultades políticas del día, sin que pudieran hablar en voz baja, ó en secreto y al paño, como dicen las antiguas comedias, cuando aparte se habla por uno y aun por varios de sus interlocutores. Acababa de pronunciar un gran discurso el jefe de los liberales con toda la vehemencia propia de su apasionado carácter y de su ardorosa oratoria. En este gran discurso de Sagasta se declaró acabado el armisticio establecido entre los dos grupos gobernantes; próxima la ruptura, en guerra parlamentaria, de ambos émulos; amenazadora una rebelión carlista; exacerbados los viejos é inocentes regionales; en mal estado la guerra de Cuba por su mala dirección política y por su dirección militar, cien veces peor que la dirección política. Como en estado de guerra jamás reinó la justicia, pues se juzga con imparcialidad, pero se combate con ceguera, comentaba el Ministro en sus conversaciones privadas con injusticia y ceguera también las frases amargas del guía y maestro de los liberales hispanos. Y como dijera éste las exageraciones ya vistas, dijo el otro por su parte análogas exageraciones, sobre todo la enorme de que, habiendo llegado por la mañana triste cablegrama, noticiando la votación senatorial del reconocimiento de beligerancia en los rebeldes cubanos, sobre tal insensata votación influyera el discurso de Sagasta, no pronunciado, cuando ya la votación estaba hecha y concluída. Oyendo tal especie,

Comas intervino en aquella conversación privada referente á un hecho público, é hizo algunas exaltadas consideraciones, en cuyo seno latía una verdadera y triste acerbidad. Sin embargo, por mucha que fuese, no podía dar ocasión racional ninguna, en ningún caso, á que Tetuán perdiera el juicio hasta descargar un bofetón sobre la cara de su interlocutor. Este bofetón dió motivo á una respuesta del mismo género. Y esta lluvia de bofetones á un duelo y este duelo á un acta, en la cual se decía que habiendo sido mutuos los agravios y sendas las bofetadas, se daba todo por retirado, quedando los contendientes como si nada hubiera pasado en aquel conflicto. Pero la minoría del Senado no se dió por satisfecha con las satisfacciones dadas al senador liberal, y exigió una satisfacción política también, y en el acto, sin la cual satisfacción estaban decididos á no entrar en el Senado, recurriendo á la última razón de los partidos españoles, al retraimiento. No quiso Cánovas que Tetuán saliera del Gobierno, y los liberales no quisieron entrar en el Congreso. A la negativa resuelta de no entrar ellos, sumóse la resolución tomada por los disidentes del partido conservador, que capitanea Silvela, de no entrar ellos tampoco. Resuelto el retraimiento, Cánovas no tenía más remedio que arrestarse á desafiar la crisis, y apresándose á desafiar la crisis, no tenía más remedio que suscitar al poder irresponsable la cuestión de confianza en su poder responsable. Y presentada la cuestión de confianza, el poder supremo, consultados los jefes oficiales de la política gobernante, así militares como civiles, ha confirmado la reina su confianza en Cánovas y le ha permitido quedarse con el antiguo ministerio. En esta larga crisis y en estas prolijas consultas muchas veces han creído las gentes, ya en la venida de un ministerio Sagasta, ya en la venida de un ministerio intermedio, nunca en la venida de un ministerio Cánovas. Y sin embargo, ha venido Cánovas. Y al venir Cánovas, sin dar la satisfacción después del desatino de Tetuán, las pasiones se han exacerbado con una exacerbación tremenda y los espíritus han subido á elevadísima temperatu-

ra revolucionaria. Y me guardaré muy bien de penetrar entre dos combatientes, que al asestar unos á otros sus respectivos golpes, descargaríanlos todos sobre mi propia persona, dejándome así malherido y maltrecho. Pero necesito concluir, pidiendo á los liberales que hagan oposición liberal y á los conservadores que hagan un Gobierno conservador y que dentro de sus respectivos deberes obren con arreglo al derecho y no desaten guerras en el espíritu público, las cuales trascenderían pronto al espacio patrio, teniendo que optar entre dos extremos tan terribles como anarquía y despotismo. Vivamos en paz y en libertad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Junio de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

I moventi a delinquere e il Codice penale italiano, per Ugo Conti.—Turin, 1897; un folleto de 45 páginas.

El asunto que el Sr. Conti trata es uno de los que más importancia han adquirido en el Derecho penal moderno. Muchos escritores de la escuela positiva vienen tiempo hace encareciendo la necesidad de tomar en cuenta la cualidad de los motivos que el agente haya tenido al realizar el hecho delictuoso, con el fin de determinar, en vista de ellos, si el referido agente es ó no punible, y en caso afirmativo, la clase y forma de pena de que en cada momento debe hacerse uso. Por otra parte, la *Société générale des prisons* de París ha discutido recientemente, con mucha amplitud, el problema de si será ó no conveniente establecer en los Códigos el sistema de penas paralelas; esto es: una escala de ellas deshonrosas y otra escala, paralela á ésta, de no deshonrosas, al intento de que los tribunales apliquen unas ú otras según la índole de los motivos que hayan impulsado á obrar al reo. Y todo el mundo va estando conforme en que el examen de los motivos debe ser uno de los elementos indispensables en todo juicio penal.

¿Qué significa esto? A mi entender, no otra cosa que lo

siguiente: que cada vez se va intuyendo con más claridad la idea de que al ejercitarse la función llamada penal, es preciso renunciar á la pretensión de habérselas con *un delito ya acontecido,* á fin de reaccionar contra él, de castigarlo en proporción á su *gravedad objetiva*, y hay que volver los ojos hacia el delincuente con el propósito de averiguar la magnitud del *peligro* que para el porvenir ofrece, y *conjurarlo*, evitando de esta suerte la comisión de *futuros* delitos. Y como uno de los medios más adecuados para conocer ese peligro es indagar el móvil de los actos del sujeto, porque ellos nos indican cuál sea la índole del mismo, de aquí la importancia que este dato tiene dentro del sentido que actualmente late en el organismo del Derecho penal.

El Sr. Conti estudia con gran competencia el problema, mirando, sin embargo, bastante al sistema de la pena-castigo, en el cual no puede, á mi ver, justificarse aquél de una manera lógica; y aun cuando no faltan observaciones de carácter general, el trabajo responde al propósito del autor, ya indicado en su título, y que consiste en mostrar hasta qué punto el vigente Código penal italiano toma en cuenta, en varios de sus artículos, la naturaleza del móvil que los delincuentes hayan seguido al ejecutar su acción.

P. Dorado.

Los orígenes de la vida económica, por Pedro Estasén.—Madrid y Barcelona, 1896. Un volúmen de 254 páginas.

El Sr. Estasén, autor de diferentes obras y escritos justamente apreciados por el público, ha añadido, poco hace, un libro más á la larga lista de los que anteriormente había dado á la estampa; y como en todos los otros, adviértese también en éste que quien lo ha escrito es un espíritu abierto á las inspi-

raciones y tendencias de los estudios modernos, enemigo del estancamiento, culto, erudito.

El Sr. Estasén nos ofrece, en el trabajo que ahora nos ocupa, un cuadro bastante completo de la evolución de la vida económica humana, á comenzar por las primitivas y más rudimentarias manifestaciones de la misma, ó sea la guerra, la caza, la pesca y la utilización y domesticación de los animales, y concluyendo por el arte y la ciencia, que son, para él, las superiores funciones de la vida económica. El autor nos va mostrando los varios momentos intermedios que se dan entre estos dos extremos, las causas á que obedece el tránsito de unos á otros y la forma como ese tránsito se verifica.

En un interesante capítulo, que es el último de la obra y qne se titula *Las leyes naturales y las leyes económicas,* hace el autor muy atendibles consideraciones sobre la naturaleza y carácter de la economía política y de los fenómenos á cuyo estudio se consagra, y pone de relieve los grandes auxilios que esta disciplina puede recibir—y debe recibir si no quiere permanecer estacionaria—de los nuevos adelantos de todas las ciencias naturales.

P. Dorado.

La Psicofísica.—Obra premiada por el Ateneo de Madrid, por Julián Besteiro.—Un vol., 144 págs.—Madrid 1897. Su precio, 2'50 pesetas.

Si yo tuviera una autoridad científica de que seguramente carezco, la aprovecharía gustosísimo para presentar desde estas páginas de La España Moderna al joven autor del libro cuyo título queda copiado. El Sr. Besteiro es, en efecto, uno de los pocos jóvenes presentables, de esta juventud española, hoy tan desorientada y frívola. Educado en buena escuela, Julián Besteiro tiene como lema de su vida el trabajo, y como

el trabajo redime, es de los pocos redimidos de quien la patria puede esperar el deseado y necesario renacimiento. A estas fechas, y á pesar de que Besteiro apenas contará veintitrés años, puede escribir en su hoja de servicios aquello de *valor probado:* sí, probado en varios años dedicados á la enseñanza con éxito indudable, en algunos artículos filosóficos, en el libro de que hoy voy á hablar, y por fin, en recientes oposiciones brillantísimas, que le han abierto las puertas del profesorado oficial, con la cátedra de Psicología, Lógica y Etica del Instituto de segunda enseñanza de Orense.

La Psicofísica, resumen de teorías difíciles é interesantes sobre Psicología, la ha escrito Besteiro para optar al premio Charrín-Hidalgo; que el Ateneo de Madrid está autorizado para adjudicar. Esta vez el Ateneo habían constituído una Comisión compuesta de hombres de ciencia, tan ilustres como Echegaray, Simarro, Ramón y Cajal, Cortezo y Carracido, con encargo expreso de juzgar los trabajos que se presentasen al certamen, y esa Comisión, por unanimidad, acordó que el de Besteiro merecía la honrosa distinción del premio á que me he referido.

El libro del Sr. Besteiro es de una oportunidad y utilidad indiscutibles. Es un libro de vulgarización y de orientación filosófica. Contiene una exposición, muy concienzudamente hecha, de los principios fundamentales de la Psicofísica. Con él, con los libros de Ribot y las excelentes obras de González Serrano, puede cualquiera en España ponerse al corriente de las doctrinas interesantísimas que se han producido, sobre todo en Alemania, acerca de la Psicología, considerada como ciencia independiente y formada en virtud de aplicación rigurosa de los procedimientos de observación y experimentación.

Besteiro divide su trabajo en tres partes. En la primera se estudian los antecedentes de la Psicofísica: contiene la historia de la formación de la Psicología como ciencia de fenómenos, estudiándolos en la filosofía cartesiana, en Locke, en la Psicología escocesa, en la filosofía francesa de este siglo, en

la Psicología matemática, especialmente en Herbart, en la escuela asociacionista inglesa, terminando esta indicación de antecedentes con un capítulo sobre la introducción del método experimental en psicología. La segunda parte, la más importante del libro, contiene, ya la exposición de las doctrinas misma de la Psicofísica, ocupando el lugar principal el estudio y crítica, rectificaciones é interpretación de la célebre ley de Fechner. La tercera parte, que comprende indicaciones muy bien orientadas del pensamiento filosófico del autor, refiérese á las relaciones de la Psicofísica con la Psicología experimental y con la Psicología fisiólogica y á la determinación de la posición de la Psicología contemporánea ante la filosófica.

Nada más diré; sin reservas, recomiendo el excelente trabajo del joven catedrático Besteiro, á quien desee enterarse de la importancia y significación de una de las escuelas ó tendencias más importantes, en la filosofía moderna.

A. Posada.

Delitti femminili a Napoli. Studio di Sociologia criminale, per l'aw. G. Ciraolo-Hamnett. —Max Kankorowicz, editore; Milano, 1896.—Un vol. de 181 págs., 3 liras.

La ciencia penal antigua (la de la corriente humanitario-individualista, ó sea la de la llamada escuela clásica) dirigió sus esfuerzos principalmente á combatir las penas, habiendo conseguido abolir muchas de ellas y dulcificar las restantes; la ciencia penal moderna dirige los suyos á combatir los delitos. Y como estos, según ella, son efecto de causas naturales, lo primero que se hace preciso es la investigación de tales causas. De aquí el sinnúmero de trabajos y monografías que ya á estas horas existe, consagrados á la investigación, por el

procedimiento realista, de las causas ó factores de los delitos, ora en general, ora con respecto á algún orden especial de delitos ó de delincuentes, con respecto á una nación determinada, á una región, á una localidad, etc.

A esta clase de trabajos pertenece el del Sr. Ciraolo-Hamnett. En él se estudia la delincuencia de las mujeres en Nápoles (ciudad que da mucho más contingente de delitos femeninos que las restantes de Italia), analizando una por una las causas (mesológicas, étnicas, históricas y sociales en general, y en particular de algunas, como las profesionales, la miseria, la religiosidad, el españolismo, etc.) que á juicio del autor la determinan, é indicando los remedios que á él le parecen más convenientes para contrarrestarlas.

Al libro, escrito con elegancia literaria, acompaña un apéndice estadístico, mediante el cual puede compararse fácilmente la delincuencia napolitana con la de otras regiones del reino de Italia.

P. Dorado.

La criminalidad en Antioquía (tésis de doctorado), por Miguel Martínez.—Medellín (República de Colombia), 1895.—Un folleto de 79 págs.

Es una monografía escrita con un fin análogo al de la anterior y empleando un procedimiento semejante; si bien debe advertirse que el Sr. Martínez *documenta* mucho más que el señor Ciraolo-Hamnett sus afirmaciones, ó sea hace mucho más uso que este último de las estadísticas y de toda clase de datos en general.

Siguiendo á la escuela penal positiva italiana, estudia el escritor colombiano la criminalidad en el departamento de Antioquía, pasando revista en la primera parte del libro á las

tres clases de factores de que, según la referida escuela, es el delito un resultado, á saber: el factor antropológico (las razas, los delincuentes antioqueños bajo el aspecto físico y moral), los factores naturales ó cósmicos (geografía del delito, clima) y los factores sociales (moralidad; matrimonios, adulterios, estupros, suicidios, prostitución, etc.; intrucción; riqueza y miseria; profesiones; administración de justicia, jueces de derecho, jurado; establecimientos de castigo; emigración é inmigración; instituciones políticas; amor al trabajo y vagancia; derecho de gracia, alcoholismo, el espíritu de litigio); y proponiendo en la segunda parte los remedios (reformas legales en el Código penal y en el enjuiciamiento; reformas sociales, en la moralidad, la instrucción, la miseria, las profesiones, la administración de justicia, etc.) que convendría introducir para neutralizar la acción de los dichos factores.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Alamo (M.)—¿Versos? Paco Picapoco. En 8.°, VIII-236 págs.: 2 pesetas.

Albaladejo (E.) — Indicador de correos. (Guía para el público.) *Año VI.* En 12.°, 17 hojas sin numerar, 121 págs. y anuncios: 1 peseta.

Antich é Izaguirre (F.) — Cartas finiseculares. En 12.°, 65 páginas: 0,50.

Anuario-Guía de la Prensa española é industrias anexas. Edición de 1897. En 4.°, XXII-200 páginas 6 pesetas.

Arabio Urrutia (P. F. M. de).—Monografía histórica de las incorruptas Santas Formas de Alcalá de Henares. En 8.°, 4 hojas, 199 págs.: 1 peseta.

Aragó (B.)—Cría lucrativa del cerdo: razas, construcción de pocilgas: reproducción, alimentación y engorde: productos, enfermedades y su curación: seguido de la matanza, salazón elaboración de toda clase de embutidos y aprovechamiento de los diferentes productos del cerdo. En 4.°, 264 págs.: 5 pesetas.

Arenal (C.) — Obras completas. *Tomos XV y XVI.* «El Pauperismo». 2 tomos. En 8.°, 430 y 421 páginas: 6 pesetas.

Arnao (A.)—La luz entre las tinieblas; cantos religiosos. En 8.°, 192 págs.: 2,50.

Barbasán Lagueruela (C.)—Biblioteca de los «Estudios militares». Memorias de un defensor. *Tomo I.* En 8.°, 431 págs.: 4 pesetas.

Barberá (F.) — La intubación estudiada en su pasado, su manual operatorio, sus accidentes y sus aplicaciones al tratamiento de las laringo-estenosis, y especialmente al del crup. En 8.° mayor, II-60 págs.: 2 pesetas.

Idem. — Fisiología é higiene de la voz. En 8.° mayor, XVI-237 páginas y 7 hojas: 6 pesetas.

Barra (E. de la).—El libro del niño; primeras lecciones en el arte de leer i escribir. En 8.°, 96 págs.

Idem.—La reforma ortográfica, su

historia i su alcance. En 8.°, 79 págs.

Idem.—Ortografía. En 8.°, 82 págs.

Barrios y Carrión (L.) — La milicia como elemento político contemporáneo, con un *Post scriptum* de Luis Vidart. En 4.°, 366 páginas, 9 hojas: 5 pesetas.

Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España. *Tomo XXII.* En 4.°, XII-357 págs. y XXXI láminas: 15 pesetas.

Bray (E. de).—La venganza de una madre: novela original. En 8.°, 338 págs.: 3,50.

Briones (G.)—La mujer del Tremendo; diálogo en verso. En 8.°, 35 págs.: 1 peseta.

Calvo y Madroño (T.)—Colección de láminas de dibujo geométrico, de arquitectura y de mecánica. En 4.° mayor apaisado, 5 hojas de texto y 20 láminas: 5 pesetas.

Canalejo y Soler (J.)—La fotografía al carbón: sistema de impresión inalterable. En 8.° mayor, 115 págs.: 1,50.

Cañal (C.)—San Isidoro; exposición de sus obras é indicaciones acerca de la influencia que han ejercido en la civilización española. En 4.°, 181 págs.: 5 pesetas.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. *Tomo XXVI.* En 8.°, 2 hojas, 317 págs.: 3 pesetas.

Código civil venezolano (El nuevo), con un estudio crítico comparativo con el español. En 4.°, 182 páginas: 5 pesetas.

Colom y Beneito (F.)—Cuestión legal que interesa conocer á todos los que tengan relaciones con el Banco de España. En 4.°, 14 páginas.

Coll y Manzano (L.) é Izquierdo y Sanz (M.)—Flor de cuernos. (Antología taurina.) Colección de biografías de toreros célebres, historietas, anales, narraciones, recortes tauromáquicos, diatribas de extranjeros, refutaciones de españoles, decadencia del arte, progresos futuros, etc. En 12.°, 64 págs.: 1 peseta.

Corral y Mairá (M.)—Cuentos ciclistas. En 8.°, 133 págs.; 1 peseta.

Cuellar (J. de). — La chifladura de B. Pérez Galdós. En 8.°, 29 páginas: 0,50.

Dávila (M.)—Guía de los establecimientos balnearios de España. En 4.°, 8 hojas, II-390 págs.: 2 pesetas.

Díaz Macías (J.) — La huelga; poema social. En 8.°, 35 págs.

Domínguez Blanco (J.) — Estudio sobre la moral de los filósofos, comparada con la de Jesús. En 8.° mayor, 204 págs.: 4 pesetas.

Escuelas públicas. Programas para los ejercicios de oposición á las plazas de Maestros y Auxiliares. En 8.°, 126 págs.: 1 peseta.

España ilustrada: vistas, monumentos, escultura y pintura. En 4.° apaisado. Láminas en fototipia y una hoja con explicación de las mismas, á dos columnas. *Cuadernos 1 á 7:* 1 peseta.

Establecimiento balneario de Arbieto, Orduña (Vizcaya). Aguas clorurado sódicas. En 4.°, 143 páginas con grabados.

No se ha puesto á la venta.

Estévanez (N.)—Diccionario militar. En 8.°, VIII-252 págs.: 6 pesetas.

Fernández Casadevante (M.) — La

práctica. En 8.° mayor, 84 páginas: 1,50.

Fernández Valbuena (R.)—¿Cubrió el diluvio toda la tierra? En 8.°, XX-396 págs.: 3 pesetas.

Forteza (J.)—Cosecha del Diablo. En 8.°, XIII-207 págs.: 2 pesetas.

Fuente (R.)—De un periodista. En 8.°, 224 págs.: 2 pesetas.

Gallerani (P. A.) Jesuítas expulsos de España, literatos en Italia. En 8.°, XVI-303 págs.: 3 pesetas.

García (L.) — Manual práctico de electricidad. En 8.°, 186 páginas: 3 pesetas.

Golpe (S.)—Patria y región. En 8.°, XII-226 págs.: 3 pesetas.

Gómez de Arteche y Moro (J.)—Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 á 1814. *Tomo X.* En 4.°, 567 páginas: 8,50 pesetas.

Gómez y Gómez (A.) — Eduardo y Adela: diálogos patrióticos. En 12.°, 67 págs.: 0,50 pesetas.

Gómez Ocaña (J.) — Función dinamógena de las cápsulas suprarenales. En 8.°, 11 páginas.

González y Martín (R.)—Filipinas y sus habitantes; lo que son y lo que deben ser. En 8.° mayor, 287 páginas: 3 pesetas.

Guanyubens (E.)—Alades; poesies. En 4.°, 102 págs.: 2 pesetas.

Gummá (A.) — Le Dondiin et les Philippines. En 12.°, 122 páginas: 1 peseta.

López-Ballesteros (L.) — Lucha extraña (novela). En 8.°, XI-244 páginas: 3 pesetas.

Mañé y Flaquer (J.)—Un ensayo de regionalismo. En 4.°, 31 páginas: 0,50 pesetas.

Martínez Ruiz (J.)—Bohemia (cuentos). En 12.°, 117 págs.: 2 pesetas.

Maspes (A.) — La kerida. (L'amante). Tradukzion de Karlos González Ugalde. En 8.°, 257 páginas: 2 pesetas.

Millán (P.) — Biarritz y sus cercanías; notas é impresiones. En 8.°, 370 págs.: 4 pesetas.

Ministerio de Ultramar. — Régimen del Gobierno y Administración civil de la isla de Puerto Rico. En 8.° mayor, 206 págs.: 2 pesetas.

Molina Solís (J. F.) — Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán. En 4.° menor, LX-911 páginas: 32 pesetas.

Montes (J.)— La pena de muerte y el derecho de indulto. En 4.°, 4 hojs. 251 págs.: 3 pesetas.

Monumenta historica Societatis Jesu nunc primum edita à patribus ejusdem societatis. *Annus quartus.* Fasciculus quadragesimus secundus. Mense Junio 1897. En 4.°, 160 páginas cada cuaderno: 3 pesetas.

Contiene: Litterae quadrimestres ex universis praeter indiam et brasiliam locis in quibus aliqui de Societate Jesu versabantur romam missae. Tomus quartus (1556. Pliegos 1 á 10.)

Morales (T.)—Las mendigas de Madrid; drama en siete actos en prosa. En 8.°, 87 págs: 2 pesetas.

Navarro (E.) — Filipinas. Estudios de algunos asuntos de actualidad. En 4.°, XI-285 págs.: 4 pesetas.

Nonell y Más (P. J.)—La Santa Duquesa. Vida y virtudes de la venerable y Excma. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón, condesa de Ribagorza y duquesa de Villahermosa. En 4.°, 412 págs. y una lámina: 2 pesetas.

Ocantos (C. M.)—Promisión; novela argentina. En 8.°, 407 págs.: 3,50 pesetas.

Ortega y Munilla (J.)—Fifina; cuentos y esbozos. En 12.°, 189 páginas: 0,50 pesetas.

O'Ryon (J. E.) — Bibliografía de la imprenta en Guatemala en los siglos XVII y XVIII. En 8.°, 121 páginas con varios facsímiles.

No se ha puesto en venta.

Pardo Bazán (E.) — El tesoro de Gastón; novela. En 8.°, 239 páginas: 2,50 pesetas.

Colección Elzevir. ilustrada. Vol. VI.

Pérez Galdós (B.) — Misericordia; novela. En 8.°, 398 págs.: 3 ptas.

Pérez Nieva (A.)—La tierra redentora; novela. En 12.°, 4 hojs., 225 páginas: 2,50 pesetas.

Polo de Lara (E.)—Estudio social y político de las islas Filipinas. En 8.° mayor, 165 págs.: 3 pesetas.

Reyles (C.) — El extraño; novela. En 8.°, XI-94 págs.: 1 peseta.

Royo Andolz (A.) — Los azares de una fuga; zarzuela cómico trágica para niños. En 8.°, 104 páginas: 2 pesetas.

Sánchez (J. R.)—Ensayo histórico-crítico sobre la obra de Lutero; tesis doctoral. En 4.°, 4 hojs. 91 páginas: 1,50 pesetas.

Sanchís (V.)—Chasquidos de tralla; historias íntimas. En 4.°, 342 páginas y 2 hojs.: 4 pesetas.

Sastre del Campillo (El). — Exposición general de Bellas Artes en 1897. Catálogo satírico. En 4.°, 61 págs.: 0,50 pesetas.

Sawa (M.) — Amor. En 8.°, 144 páginas: 2 pesetas.

Sbarbi (J. M.) — Ambigú literario. En 8.°, XXIV-448 págs.: 4 pesetas.

Suárez Capalleja (V.)—La salud del europeo en América y Filipinas, y del repatriado y criollo en Europa, según el sistema Kneipp. En 8.°, 547 págs.: 4 pesetas.

Taboada (L.) — Tipos cómicos. En 8.°, 254 págs.: 3,50 pesetas.

Unión-Ibero-Americana.— Informe de la Comisión permanente de relaciones comerciales. En 4.°, 15 páginas.

Valdés (J.)—Refutación que hace el mariscal de Campo D. Jerónimo Valdés, del diario que escribió D. José Sepúlveda, sobre la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824. La publica su hijo el conde de Torata, coronel retirado de Artilleria. *Tomo III.* En 4.° mayor, 508 págs., 5 mapas y una lámina de condecoraciones militares, y 593 páginas.

No se ha puesto á la venta.

Valentí (J. I.)—La mujer en la Historia. En 4.°, 499 págs.: 5 pesetas.

Valera (J.)— A vuela pluma; colección de artículos literarios y políticos. En 8.°, 554 págs.: 4 pesetas.

Villada (J.)—El matrimonio del clero. En 8.°, 54 págs.: 1 peseta.

Yxart (J.)—El arte escénico en España, *vol. II.* En 8.°, 4 hojas y 163 págs.: 2,50 pesetas.

Zambrana (A.)— Ideas de estética, literatura y elocuencia. En 8.°, 114 págs.: 3 pesetas.

Idem.— La administración. En 8.°, 148 págs.: 3 pesetas.

INDICE

Págs.

Teresa (novela), por Neera 5
Cleopatra, por el Marqués de Valmar 67
Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola 83
Marruecos, por Felipe Rizo y Almela 107
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 120
La prensa internacional.—El empleo de la vida, por Sir John Lubbock.—*El telégrafo sin hilos*, por D. L. Caze.—*Anatolio France en la Academia Francesa*, por Mauricio Spronck 133
Crónica internacional, por Emilio Castelar 169
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada 195
Obras nuevas 202

DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

LUIS GUMPLOWICZ

Profesor de Ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

PEDRO DORADO MONTERO

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Precio, **10 pesetas.**

La Justicia

por Herbert Spencer.

Un volumen grande, **7 pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIÁSTICAS

POR

H. SPENCER

Un volumen, **6 pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

por

H. SPENCER

Un volumen grande, **7 pesetas.**

España moderna

AÑO 9.º NUM. 104.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TERESA

NOVELA

(Continuación).

VII

El sol, que no conseguía desaprisionarse de las nubes, estaba sofocante cierto mediodía del mes de Agosto.

En la cocina baja, una cortina de cañas, amarilla, manchada por el agua y el polvo, caía por delante de la ventana única; fuera, entre la pesada transparencia producida acá y acullá por algunas roturas, los árboles del jardín mostraban sus troncos inmóviles, como si fuesen árboles de zinc.

Teresita, de pie ante una larga tabla puesta encima de la mesa, con las mangas levantadas y un delantal blanco, con peto, había hecho una masa de harina y la redondeaba con las manos, dándola vueltas, casi acariciándola.

Cuando le pareció que estaba en su punto la masa, con ambos puños hizo enmedio de ella un agujero; echó en él una cucharada de agua, un par de huevos y un polvito de sal; tapó luego el boquete levantando la masa de la base, y siguió acariciando aquella frágil montaña que iba consolidándose entre sus manos.

Conforme la pasta iba adquiriendo dureza poco á poco, te-

nía Teresita que ir empleando más fuerza. Había comenzado lentamente, con los brazos flojos, un poco distraída; pero la resistencia la instigaba. Remangándose mejor, apretó los brazos con energía, acompañando cada presión con un movimiento de todo el cuerpo, con la boca apretada y la frente fruncida.

Todos los miembros de la muchacha se hinchaban con la tensión; las venas de los brazos y del cuello aparecían obscuras en la superficie de la piel; el pecho subía y bajaba, luchando con el corsé; las caderas, con sus curvas juveniles, impelían la saya corta de rayadillo blanco y azul. Una robustez floreciente y jovial corría por toda su persona; su sangre se enardecía agradablemente con el movimiento; todos los nervios, todos los músculos se estremecían de gozo; y ella los estimulaba, exagerando la presión de las manos, abandonándose al bienestar físico de aquella especie de gimnástica.

Se detuvo un momento, para quitarse de los brazos algunos pedacitos de masa; teniendo altas las manos, al observar que en aquella postura desaparecían las venas, desvaneciéndose en lo blanco de sus prietas carnes.

Un rayo de sol, que desde un agujero de la cortina caía á plomo sobre los cabellos de la joven, formaba en derredor de la cabeza un fondo luminoso, donde resaltaban algunos mechoncitos que caían por detrás sobre el cuello hasta por dentro de la curva de los hombros, y ciertos ricillos pequeños que iban á su capricho entre el ojo y la oreja, cubiertos por un ligero polvo de harina.

Y volvió á ponerse á trabajar, extendiendo y alisando la pasta, que iba poniéndose translúcida y adquiría un tono cálido en la primera gradación del amarillo; después, con una caña gruesa, que descolgó Teresita de un clavo, dió comienzo á la difícil operación de estirarla despacio, con precauciones, para no romperla, cuidando de que toda la masa tuviese igual espesor al extenderla en superficie.

Cuando quedó casi tan delgada y compacta como una hoja

de papel, la joven, levantando la caña con un movimiento habilidoso, echó la pasta encima de la mesa, haciéndola crugir, desarrollándola, con la satisfacción que inspira una labor bien hecha.

En este instante apareció la jueza en la puerta de la cocina.

—¿Estás sola?

Teresita amaba á aquella mujer locuaz, que tenía conocimiento práctico del mundo y que parecía comprender tan bien las aspiraciones de una muchacha. Salióla al encuentro, sonriéndose.

—Sí, sola estoy..... Mamá está arriba, tiene, tiene jaqueca. Combinación: la Ida ha salido con papá..... ¡Sabe Dios cuánto le vuelve loco!

—¡Oh! No es cosa mayor. Tu padre tiene suma predilección por esa niña; soporta todos sus caprichos..... y no es poco decir en verdad. Pero continúa, ¿sabes? No gastes cumplidos.

—No, vea usted, ya he terminado; ahora la dejo que se seque un poco antes de cortarla.

Hizo ademán de arreglarse como para recibir visita, pero la jueza se sentó á escape en un escabel de paja, diciendo:

—Quedémonos aquí.

Callaron un momento, mientras Teresita se lavaba las manos y los brazos en una vasija de cobre; y luego fué también á sentarse junto á la jueza, bajándose despacio las mangas y haciéndose aire con el delantal.

—¡Qué calor! ¿No es verdad?

Teresita hizo señas «que sí», con la cabeza.

No temblaba una hoja, no se movía una cinta ni una paja, por las grietas de la cortina no entraba ni un soplo de aire. Lo sofocante del mes de Agosto gravitaba como plomo fundido, con un calor opresivo que quitaba el aliento. Zumbaban en la cocina algunas moscas, incansables, casi feroces, y ambas mujeres las espantaban con un movimiento automático de la mano, acometidas las dos por una especie de languidez en

aquel recinto cerrado, donde se exhalaba el olor húmedo y pesado de la masa.

Bruscamente preguntó Teresa, guiñando el ojo:

—¿Con que es verdad?

La otra comprendió al vuelo.

—¡Y tan verdad! Esta mañana fué á hacer la petición oficial; lo he sabido por el Escribano, que es íntimo amigo de Luzzi.

Una leve sombra cruzó por los ojos de Teresita.

—¡Lo que es el dinero, eh! Porque nadie me hará creer que Luzzi se case con ella por su linda cara; cuando, sin tener que buscar muy lejos, una cara un poco más simpática.....

Teresita interrumpió á escape, mascullando las palabras:

—Decíase que se iba á casar con ella el gobernador.

—¡Sí..... el gobernador! ¡Buen tuno está! Mientras tenga las sábanas de los demás, no querrá gastar las suyas.

Y sin fijarse en el majadero atrevimiento de una frase semejante, dicha á una muchacha, la jueza volvió á su idea:

—Dime la verdad, aquí entre nosotras..... ¿Nunca se te ha ocurrido que Luzzi pudiese venir por ti á pasear la calle de San Francisco?

Muy turbada Teresita, empezó á alisarse las arrugas del delantal, murmurando:

—Ciertamente que él nunca me lo ha dado á comprender, ni yo me hubiera atrevido á imaginarlo. ¿Quién quiere usted que piense jamás en mí?

—¡Toma! ¿Por qué no se puede pensar en tí? ¿No eres una joven como las demás? Y, cumplimientos aparte, á todas las Portalupi te las tragas de un bocado.

—Pero, soy pobre.

—¡Ah!..... eso.....

La jueza se mordió los labios, mientras golpeaba nerviosa con el pie el embaldosado, mirando distraída como si buscase alguna cosa en su cerebro.

Y Teresita, entre tanto, pensaba en que desde que habían

enviado á Carlitos á Parma, á estudiar en el Liceo, y todos los meses había que pagar la pensión de él, se hablaba mucho de economía en su casa: ya no tenían criada, y llevaba ella tres meses esperando un par de botitas nuevas.

De pronto, preguntó la jueza:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Aún eres joven. Pero, escucha: ¿conoces al profesor Luminelli, el que explica las clases cuarta y quinta? Uno que es de Ostiano..... que lleva anteojos..... ¿No?..... Es uno que se contonea así, al andar, meneando los brazos.

—¡Ah!

—¿Recuerdas ahora?

—¿Uno que tiene una niña de la misma edad que Ida?

—Justo y cabal. Tiene una niña, pero no tiene mujer, y anda buscándola.

Detúvose, mirando á Teresita entre ceja y ceja. Y añadió, arrastrando las palabras, sin dejar de mirarla:

—Busca una buena chica, sana, sin pretensiones, sin lujo...

Paróse otra vez, en espera de que su joven amiguita dijese algo; pero al verla muda, con la respiración un poco anhelante y como con ganas de echarse á llorar:

—¿No le aceptarías?—Dijo de sopetón, para ir más deprisa.—Responde.

—Pero, ¡si no le conozco!.....

—Eso no es ninguna razón.

—Me dobla los años.

—Es verdad, pero.....

—Es viudo.

—¡Bah! en cuanto á eso, querida mía, los hombres son siempre más ó menos viudos.

Teresita quiso replicar:

—¡Tiene una niña!

Pero temió decir una cosa mala, una cosa que la hiciese parecer falta de corazón, cuando no era así.

—Por último, ¿no te gusta?

—Pues bien: no.

—Haz lo que quieras, pero es un buen partido: un hombre formal, sin vicios, trabajador, con la casa bien puesta. Yo lo he visto: ricos muebles de nogal, y la cama con dosel.

—Y además,—saltó al punto Teresita:—ese señor no ha manifestado ni miajas de intención de casarse conmigo.

—Haremos que la tenga. Pasa todas las tardes en el café con mi marido y también ha estado algunas veces en nuestra casa..... Es fácil ponerse de acuerdo. Con tal que tu padre se decida á señalarte una pequeña asignación.....

Teresita escuchaba estupefacta, con un deseo de llorar que le anudaba la garganta, y una ira inexplicable contra sí misma.

—Comprendo—dijo tranquila la jueza, con un fondo de indulgencia guasona—esperas al príncipe Camaralzamán, aquel de *Las mil y una noches;* lo sueñas, y te figuras que los maridos se cortan por ese patrón.

—No es.....

—Déjame hablar. Benditas muchachas, todas sois así: nunca queréis aprovecharos de la experiencia de quienes saben más que vosotras. Por más que os digamos: «no busquéis belleza en el marido, no busquéis aire sentimental, no busquéis elegancia, no busquéis poesía..... son tonteras, cohetes, fuegos fatuos.» ¡Que si quieres! ¡Hasta que no dais de narices!.....

—Pero, mamá se casó con papá—interrumpió Teresita con la vivacidad de quien cree haber hallado una razón irrefutable—porque estaba enamorada de él.

La boca, discretamente maliciosilla, de la jueza se arqueó con tal sonrisa de compasión irónica, que no se necesitaba pensar en más explicaciones. Sin embargo, quiso añadir:

—Pregunta á tu madre si ha quedado contenta. Ha devorado más..... ¡Basta! me harías decir un despropósito.

—¿Y usted?—se arriesgó Teresita á preguntar con timidez.

—¿Yo? También he tenido mis desilusiones, ¡ah! Pero, cuando ví que pasaban los años, me casé con el Juez, que era entonces secretario del juzgado, que podía darme muy pocas ilusiones..... y que, en cambio, me dió un hijo cada año.

El lenguaje un poco brutal de la jueza hacía estremecer á menudo á la joven. Pensaba entonces en todos aquellos hijos nacidos sin amor, mientras en su cerebro existía fija la idea de que los hijos son una prenda de amor.

—Vamos, tontina, ¿en qué piensas? ¿Quieres el compendio de la sabiduría en pocas palabras? Un Luminelli que se casa, siempre es superior á un Luzzi que no se casa..... ó que se casa con otra.

Teresita se ruborizó por aquella nueva alusión al Secretario del subgobierno. No se daba cuenta de que alguna vez había pensado en el elegante pisaverde y de haberle seguido con tenaces ojos cuando pasaba por la acera, alta la cabeza, vestido con traje claro. Pero lo extraño era que, después de la noticia de su matrimonio con la segunda de las Portalupi, esta señorita le parecía doble antipática que antes.

—¿Con que nada de Luminelli?—prosiguió la jueza, al ver que la muchacha se obstinaba en callar.—Es lástima; con mucho gusto hubiera yo arreglado este negocio; eso sin contar con que es un hombre influyente en materia de estudios, tiene muchas relaciones y podría ayudar también á tu hermano.....

Humedeciéronsele los ojos á Teresita; por más que hiciese ya no se podía reprimir. Rompió á llorar, con un desconsuelo y un abandono tales, que enternecieron á la jueza, la cual, abrazándola maternalmente, se puso á consolarla:

—Vaya, vaya, no hablemos más de eso; eres tan joven..... ya saldrá algo mejor..... esperémoslo. ¡Oh, Dios, ved aquí esta bella muchacha, falta de amor! Y en cambio, ¡tantos hombres!....

Apretó el puño, amenazando en el aire á una invisible legión de hombres, y les llamó egoístas, brutales, codiciosos, calculadores.

—Mira, si supieses..... Si pudiera sólo decirte que no valen nada..... En fin, día llegará en que todo lo comprendas y dirás entonces: «Juanita tenía razón.»

Se levantó, dándose una palmadita en los sitios donde se le había ahuecado el vestido, un poco nerviosa.

—¿Se marcha usted?

—Sí. Es la hora en que mis rapacillos vuelven de la escuela. Si no me encuentran en casa, harán alguna diablura; ya sabes que tengo un sistema expeditivo para hacerles estar quietos..... Ese mismo quisiera para la Ida, que, dicho sea ahora que papá y mamá no nos oyen, es un verdadero diablillo en carne y hueso. Ayer golpeó á mi Estrella como si fuese un tambor, pero si llego á pillarla..... ¡Es tan pequeñita! Cuando llegue á ser grande.....

—En verdad, no sé que tiene esa niña en el pellejo — dijo Teresa;—créalo usted, mamá se desespera con ella..... pero mi pobre mamá no tiene salud; á mí me toca hacerla entrar en caja lo mejor que puedo, y no lo consigo; papá la protege siempre.

—Sí, sí; ya tienes buena cruz. ¿Y las gemelas, eh? Aquellas pécoras..... Despluman la gallina sin hacerla gritar, ambas de acuerdo; que lo que dice una eso mismo dice la otra: son dos cuerpos y un alma.

Habíanse dirigido al pasillo; se detuvieron otro momento, antes de abrir la puerta.

—Haces de mamá antes de tiempo. Querida Teresita, tan cierto como hay Dios, te amo tanto cual si fueses hermana mía. ¡Ojalá se te asemejasen mi Julia y Estrella, y Beatriz y Honorina; sería yo entonces una madre feliz.

Ambas se enternecieron, cogidas de la mano, dándose vaivenes una á otra, sin conseguir separarse.

La jueza, que tenía la cara vuelta hacia el jardín, exclamó:

—¡Qué hermoso cedro! Nunca he logrado tener uno tan alto y frondoso; siempre me lo comen los bichos, esos bichos

que nacen de la misma planta, que tienen igual color que ella y llevan en la espalda ciertas arrugas azuladas que parecen bordados de seda de gusanillo..... ¡Te digo que es un horror!

—¿Quiere usted un esqueje?

—Con mucho gusto.

—Al momento voy.

Dirigiéronse atrás, hacia las macetas de cedro, parándose á mirarlo, frotando sus largas hojas, ásperas y bien olientes.

La muchacha fué á coger una tijera.

—Pienso si los bichos me lo comerán también—exclamó la jueza lánguidamente.

—¡Oh! ¿Por qué ha de ser así? Yo veré de dárselo limpio.

Miráronse y se sonrieron. Una plácida simpatía de mujer las impulsaba una hacia otra. Mientras Teresa, inclinada sobre el arbusto, cortaba ramitas de él, la jueza le ponía más altas las trenzas sobre la nuca:

—Así estás mejor.

—Nunca tengo tiempo para peinarme bien.

—¡Pobre muchacha!

Al cedro se agregaron dos hermosos geranios de color rojo encendido y un clavel del mismo matiz.

—¿Sabes lo que significa en el idioma de las flores el clavel encarnado?—preguntó la jueza, juntando con delicadeza los tallos, con la cabeza un poco inclinada á un lado y guiñando un ojo:—*Amor vivo y puro.* Gracioso, si existiese, ¿no es verdad?

Teresita no hizo alto al pronto en la ironía; pero poco á poco la fué comprendiendo al ir otra vez hacia la puerta, y apoderóse de ella un sentimiento melancólico.

—Hasta la vista.

—Hasta la noche.

La puerta estaba cerrada. A punto de ir á salir por ella, la jueza se detuvo:

—¿Hay noticias de Carlitos?

—Buenas. Debe de llegar dentro de unos días.

—Pues, adiós; no sé marcharme de aquí. Saluda á tu mamá.

—Oiga usted.

Esta vez era Teresita quien la llamaba. Quería preguntarle cuándo iba á efectuarse el matrimonio de la Portalupi; pero acometida por una repentina vergüenza, tartamudeó y quedóse confusa.

La jueza, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Pronto habrá dulces de la boda en la otra parte de la calle; y ¡quién sabe! quizá también los haya en esta parte.....

Teresita meneó la cabeza, riéndose para mostrarse fuerte.

—¡Oh! Si dice usted que los hombres no valen un comino, que son egoístas, brutales, codiciosos, calculadores.....

Fuera ya, con un pie en las losas de la calle, la amiga giró en redondo:

—Y estoy pronta á repetirlo. Pero ¿qué quieres? Pasa en eso como en las cebollas. ¿Hay nada más vulgar, que irrita donde toca, hace llorar con solo manejarla, es tan doble que nunca se consigue contar sus capas, tan común que en todas partes se encuentra, y tan ingrata al paladar que no la come ningún animal? Pues, no obstante, dicen que sin cebolla es imposible hacer ningún guiso sabroso. ¡Adiós!

Y escapó resueltamente.

IX

Las dos ventanas del cuarto de Carlitos estaban abiertas de par en par, y por las amplias aberturas entraba una luz alegre, descaradilla, que se metía por todos los rincones, desde el empedrado al desván. Las paredes, casi desnudas y blancas, reflejaban los rayos del sol con la crudeza de una espléndida mañana.

El jovenzuelo había llegado la noche antes, alto, fornido, con asomos de bigotes en el labio superior, con un sombrerito verduzco, apabullado y puesto sobre el ojo izquierdo; y un conjunto tan cambiado, tan diverso del Carlitos habitual, que toda la familia quedó impresionada al verle.

Había salido hecho un zafio, encogido, con su traje de mala hechura; no sabía peinarse, llevaba mal cuidadas las manos; aún era el chiquillo, el granujilla que juega en medio de la calle.

Diez meses bastaron para transformarle, quizá con exceso, porque el señor Caccia no dejó de arrugar las cejas al verle; y á esta señal infalible de borrasca había seguido una verdadera tempestad de palabras acres y de denuestos, cuando el estudiante no tuvo más remedio sino confesar que en dos exámenes no había salido bien.

Pero entonces, en la alegría de su cuarto abierto, en el desorden del baul deshecho, de tantos objetos antiguos vueltos á encontrar, de tantos otros nuevos, para los cuales era preciso encontrar un sitio donde ponerlos, Carlitos no recordaba ya la reprensión furibunda de su padre.

Reíase, apoyado de espaldas en la pared, fumando medio cigarro, mientras Teresita sacaba la ropa blanca del baul.

La plena luz alumbraba á entrambos, hermano y hermana, haciendo resaltar la leve semejanza que tenían en lo oval de la cara, en el color del pelo, en la estatura: jóvenes y sanos los dos, pero diferentes ya en la expresión de la vida interior.

Los ojos de Teresita, melancólicos y dulces, buscaban la vivaz mirada de su hermano, descendiendo luego con ingenua curiosidad á lo largo de las mejillas, por aquellos bigotitos, por la línea del cuello, fuerte y musculoso. Se acercó á él, tocándole con el revés de la mano el carrillo, junto á la oreja, donde apuntaba un bozo moreno, y dijo, riéndose:

—¡Qué redondo!

Después permaneció junto á él, aspirando el humo del cigarro que le salía por los labios, en un estado beatífico; hasta

que, arrebatada por un vértigo de ternura, le besó de repente en un ángulo de la boca.

Rechazóla él dulcemente, con más dulzura que otras veces, dándole una palmadita en la mejilla.

Y luego le preguntó á quemarropa:

—¿Tienes novio?

La muchacha se puso roja, encendida, protestando, diciendo «¡no, no!» dos ó tres veces seguidas.

—Ya se ve.

Carlitos no dijo nada más; fué á la ventana, echando á lo alto las nubecillas de humo y siguiéndolas con los ojos, ya abiertos, ya entornados, como quien busca recuerdos varios y agradables.

Teresita iba sacando las camisas del baul, admirando su blancura azulada y su reluciente almidonado.

—Yo no sé estirarlas así.

—Sin embargo, están demasiado.

—Pero aquí falta un botón, y los cuellos están deshilachados. ¿Quién te cuida la ropa blanca?

—La patrona de mi casa.

—¡Ah, las muñequeras de lana roja que yo te hice! Aún están nuevas. ¿No te las has puesto?

—De seguro que no.

Y replicó Teresita, mortificada.

—El año pasado las llevabas puestas.

—¡Oh! el año pasado, el año pasado.....

—¡Te hacía sufrir tanto el frío en las manos!

—No me hace daño ya.

—Y los calcetines de gusanillo..... también intactos.....

—Prueba tú á ponerte calcetines de esos, todos llenos de nudos, gordos como bramante; prueba á ponértelos, dentro de un par de zapatos estrechos.....

—¡Ah! ¿Se llevan estrechos los zapatos?.....

—A la vista está: ¡gastaré zapatones, como Caramella!

La muchacha se quedó callada y prosiguió sacando ropas

del baul, extendiéndolas en la cama y en las sillas, para hacer que se les quitasen las arrugas feas.

—¡Qué pañuelo tan elegante! Y con la marca de *Carlos* bordada á mano..... Esto no te lo he hecho yo.

—Es un regalo de la patrona de casa. Bonito, ¿no es verdad?

—¡Oh! preciosísimo.....

Estaba á punto de añadir alguna otra cosa, pero se contuvo; cogió una silla y fué á sentarse junto á su hermana, mirando el baul abierto.

—Anda despacio, no me arrugues las corbatas.

Al coger un chaleco, se escapó del bolsillo un retratito; una fotografía de mujer.

—¿Qué es esto?

Carlitos la cogió vivamente de las manos de su hermana.

—No es nada.....

Después, cayendo en cuenta de que aquel «nada» era un absurdo, dijo:

—Es la novia de Orlandi.

—¿Conoces tú á Orlandi?

—¿Cómo no? Estando en Parma y haciendo vida de estudiante, es imposible no conocerle.

—Pero Orlandi es de la Universidad.

—¿Qué importa? Es el decano de los estudiantes, el jefe de la juventud parmesana; sin él no se organiza ninguna diversión.

Hubo un breve silencio.

—Déjame ver ese retrato—suplicó Teresita en voz baja.

—¡Curiosa!

—Vaya, déjamelo ver.

Carlitos lo miraba, teniéndolo cogido entre las palmas de ambas manos, juntas y ahuecadas en forma de nicho.

La joven, arrodillada en el suelo delante del baul, volvía la cabeza, levantándola hacia su hermano, y sentía leves latidos en el cuello. Volvió á suplicar.

—Déjamelo ver.

—¡Todas sois iguales! Míralo.

Se lo puso delante, con intención de hacerlo desaparecer en seguida; pero Teresita, poniéndose en pie de un salto, lo agarró con tal presteza que fué suyo. Y lo miró despacio, con atención reconcentrada, casi con ansia.

Era una hermosa mujer, de una belleza inmensamente procaz. La postura teatral y rebuscada ponía de relieve en una sola vez, cual una descarga de metralla, el ojo asesino, la sonrisa sensual, y el brazo y la redondez de los hombros acentuada por el cuerpo ceñido de su traje.

Parecióle á Teresita que aquella mujer estaba desnuda; sintió vergüenza por ello, y junto con la vergüenza una sensación confusa de rabia, que le hizo tirar casi con despecho la fotografía sobre las rodillas de su hermano. Cayó al suelo; recogióla él, limpiándola con la manga, y volvió á mirarla.

—¡Qué guapa!

—Es antipática.

—¡Qué ha de ser!..... Todo lo contrario. Parece como si tuvieras envidia.

—¿Yo?.....

No fué capaz de responder nada más. Sentíase envilecida, disgustada de que Carlitos pudiera sospechar que envidiase á una mujer más bonita que ella; disgustada del disgusto que sentía y con la repentina percepción de un aislamiento, como de una barrera que se interpusiese entre ella y el mundo; una especie de cuarentena sanitaria, en virtud de la cual los ecos de la vida llegasen á ella con retraso, podados, deshojados, incompletos.

Metió las manos en el baul, febrilmente, con la esperanza de encontrar otras revelaciones, con una curiosidad con la cual se mezclaba un ligero dolor.

Encontró un pedacito de raso rojo, en medio del cual estaba pegado un perrito de papel de plata. No se atrevió á preguntar qué era. Carlitos fué quien le dijo:

—¿Sabes qué es?

—No.

—Es una figura de cotillón.

—¿Una figura de cotillón?

—¿No comprendes?

—No.

Carlitos movió la cabeza con aire compasivo.

—El cotillón es un baile. Toman parte en él tantos muchachos como muchachas; se distribuyen chucherías como ésta, y de otras cien figuras; luego cada caballero baila con la señora á quien corresponde el don recibido. Por ejemplo: yo tuve este perrito y fuí en busca de una señora que tenía la perrita. ¿Comprendes ahora?

Teresita hizo seña de que sí; y miraba sin pestañear el retalillo rojo, sentada en el borde del baul, casi á los pies de su hermano.

—¿Has bailado en Parma?

—Todo el Carnaval.

—¡Oh! cuéntame.....

Arrimóse á él, cogiéndole una mano y quedándose con ganas de darle un beso.

—¿Qué quieres que te cuente?.....

Se balanceaba en la silla adelante y atrás, sin advertir el contacto de la muchacha, mirándola distraído. El medio cigarro ya no tiraba; lo arrojó lejos de sí.

Teresita se inclinó hacia la colilla, atraída por aquel perfume excitante, é hizo ademán de llevárselo á la boca bromeando.

—¡Puf!

Ruborizóse toda y lo rechazó con la punta del pie. Luego se inclinó otra vez hacia su hermano, con la cara puesta encima de las rodillas de él, con un rayo de humilde ternura en el fondo de las pupilas.

—¿Dónde has bailado?

—En todas partes. En el teatro, en el casino, en casas particulares.....

—¿Y había muchachas?

—¡Claro está!

—¿Bonitas?

—Bonitas y feas.

Teresita suspiró.

—En la última reunión del casino ví á las de Portalupi.

—¿Sí? ¿Cómo iban vestidas?

—¡Figúrate si voy á recordarlo! Ni siquiera las miré.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan. Además, enmedio de tantas otras, tenían propiamente el aspecto de los gaiteros de la montaña: zafias, mal vestidas..... no sé cómo, pero es lo cierto que mal.

—Sin embargo, ¡van siempre tan elegantes!

—¡Hazme el favor! ¿Cómo quieres juzgar tú de la elegancia?

Teresita bajó la cabeza y Carlitos añadió sonriéndose:

—No es por llevarte la contraria, ¿sabes? Pero, es preciso salir de esta población, y sobre todo de esta casa, para saber cómo visten las señoras elegantes. Tú ves á mamá, la jueza, la alcaldesa, la hermana del doctor Tavecchia, el ama de gobierno de Su Ilustrísima, el domingo, cuando se ponen el traje de gro; y en medio de todas ellas, las de Portalupi te parecen un esplendor.

En el fondo, Teresita no estaba disgustada de aquella declaración. Pasando por alto lo de su poca competencia en materia de elegancia, deteníase con placer en la observación de Carlitos acerca de que las Portalupi eran cursis y nada bonitas. Años atrás, cuando niña religiosa tenía que hacer examen de conciencia, ese júbilo la hubiera remordido como un pecado gordo; pero por entonces no creyó hacer mal.

Carlitos añadió:

—¡Si hubieses visto á la marquesita de Varisi!.....

—¿Cómo? ¿No están los Varisi en Cremona?

—Sí; pero la marquesita estuvo en Parma este Carnaval, en casa de una pariente suya. ¡Una figurita de sílfide vaporo-

sa, aérea; una gracia de sirena, una distinción de gran señora! Vestía siempre de tul blanco y llevaba una flor en el pecho, de diferentes colores, ya blanca como el vestido, ya sonrosada, ora de un rojo intenso, ora del azul más pálido: una vez se la puso negra, de terciopelo..... y se dijo que era señal de luto por una persona querida para ella.

Teresita escuchaba, sin alentar, con la boca medio cerrada y anhelante el pecho.

—¿Y dices que es tan hermosa?

—¡Un ángel!

—¿Rubia ó morena?

—Trigueña, pelo castaño.

—¿Era la más guapa de todas?

—¿De todas?..... No lo sé. La mujer del abogado Neri es quien la disputaba discretamente la palma, en riqueza y en adoradores.

Teresita titubeó un momento, insegura; por fin se determinó á balbucear:

—¡Pero si esa señora es casada!

—Bien, ¿y qué?

—Nada, nada.

La joven bajó la cabeza, confundida, deslumbrada por un vértigo de nuevas ideas. Al cabo de un instante de silencio, preguntó:

—¿Y es verdad que las señoras van á los bailes despechugadas?

—Y tan cierto.

Volvió á vacilar, pero la curiosidad pudo más:

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde les da la gana.

Teresita se mordió los labios, con el rostro oculto contra las rodillas de su hermano, mientras por el cuello y la nuca le subían llamaradas de rubor.

—Y tú, ¿no has bailado nunca?

—Jamás.

Volvió á reinar silencio. Carlitos continuaba meciendo la silla, con el pensamiento lejos de allí, absorto en su bienaventurado egoísmo de hombre.

Parecíale á la muchacha que había surgido una barrera entre ella y su hermano. Tenía éste un año menos, pero se le aparecía como mucho mayor, y le infundía una impresión de encogimiento que ahogaba su ternura de hermana. Había esperado con ansia su regreso al seno de la familia, por una confusa necesidad de cariño, de expansión: porque no tenía amigas, porque sus hermanas eran demasiado pequeñas y su madre demasiado tristona; porque se sentía sola en aquella casa, sola en el mundo, sola con su inútil juventud.

Pero el hermano, el amigo invocado, no la comprendía. Las vidas de ambos se desarrollaban en opuestas direcciones: tenían diferente concepto de la existencia, necesidades é ideas diferentes. Y además, Teresita, sin darse cuenta de ello, lo que apetecía era su intimidad como hombre. La frialdad de Carlitos la hería en una fibra que, no por ser inadvertida, era menos poderosa. Sufría junto á aquel joven robusto y feliz, aquel joven satisfecho, á quien los privilegios de su sexo le abrían todas las puertas. No meditaba esto la jovenzuela, pero tenía la intuición de una profunda injusticia, mientras que el instinto de la mujer la arrastraba ciegamente hacia su señor y dueño.

Una vocecita llamó repetidas veces á Teresita, desde fuera de la puerta.

Púsose en pie de un salto, salióse y volvió á entrar en el aposento llevando en brazos á una niña de cuatro años, su hermana Ida, que prometía ya ser la belleza de la familia.

Y colmábala de abrazos y besos, con un ardor que, reprimido hasta entonces, estallaba en pequeños gritos estridentes; extraño contraste con la tristeza de los ojos, en el fondo de los cuales había como un velo de lágrimas.

La pequeña se había escapado de la cama, en camisa, con los cabellos sueltos, en rizos, sobre los desnudos hombritos,

huyendo sin miedo ninguno al vozarrón del Sr. Caccia que la llamaba.

Y ahora se estaba quieta en los brazos de su hermana, agarrada á su cuello, mirando en derredor de la estancia los objetos esparcidos.

Sean cuales fueren los pensamientos de Teresita, no tenía tiempo de escucharlos: tenía que responder á todas las preguntas de la chiquilla, subyugada por aquellas gracias infantiles, conmovida por la fragilidad de la bella criaturita, para quien era una segunda madre.

Y luego, á los diecinueve años, las penas echan raíces, pero no dan sombra aún. Púsose á cantar enmedio del sol, acunando en sus brazos el ligero peso, con un diluvio de palabras dulces, de epítetos amorosos, de caricias y de besos; cantaba enmedio del sol, que por las amplias ventanas entraba luminoso y cálido.

X

Aun cuando en el cariño de su hermano no encontrase Teresita una verdadera satisfacción, antes bien le aconteciera muchas veces dolerse de la ruda indiferencia masculina, saboreaba en aquellas relaciones un placer acre, donde buscaba pasto la curiosidad y también la naciente é irresistible necesidad de amar.

Subía á menudo al aposento de él, tocaba sus libros, hojeaba algunos de ellos á escondidas, por las páginas donde se hacía referencia á relaciones entre hombre y mujer, abría los cajones de la cómoda y alisaba las corbatas, poniéndolas en buen orden.

También miraba los vestidos, contando cuántos bolsillos tenían, pareciéndole siempre que tenían demasiados. ¿Qué guardaba en aquellos bolsillos?

Agradábale, sobre todo, ponerse junto á su hermano cuando fumaba, observando de qué manera redondeaba la boca para sostener el cigarro, cómo hacía salir por entre los labios aquellas nubecitas blancas, aquellos circulitos azules; poníase frente á él, tosiendo un poco, pero proponiéndose resistir los vahos calientes y muy olorosos que Carlitos le echaba en el rostro. Inclinándose con ciertos movimientos repentinos, jugueteaba con la cadena de acero de su reloj, haciendo saltar el muelle del medallón vacío, y preguntándole:

—¿Por qué no pones aquí algo?

Tenía, por su parte, un secreto deseo: el de poseer un medallón, donde guardar pelo ó un retrato.

Algunas veces le preguntaba acerca de sus amigos, quiénes y cuántos eran, cómo se llamaban. Supo así que tenía dos íntimos amigos, ambos estudiantes del Liceo: uno pequeño, feo, marcado de viruelas, tañedor de guitarra, llamado Edmundo; el otro, alto, fuerte, con el cabello rizado y bigote rubio como el oro, que respondía al nombre de Frasquito.

Eso la dió rabia. Hubiera querido que el nombre de Edmundo perteneciese al joven guapo, con bigote de color de oro.

¿También Orlandi era amigo suyo? Sí, también Orlandi; pero un poco menos, por la diferencia de edades. Orlandi tenía veintiséis ó veintisiete años, acaso más. Estaba matriculado en Derecho, pero nunca iba á clase; á Orlandi podía buscársele en cualquiera parte, menos en la Universidad.

—¿Es entonces un joven malo?—preguntaba Teresita.

—Mal estudiante sí, pero no mal joven. Tiene agudo ingenio, muchísimo corazón; pero le gusta divertirse. ¡Es natural!

Teresita recibía con avidez todas estas noticias, que en el fondo podían interesarle muy poco; poblaba su virgen fantasía con las imágenes de todos aquellos desconocidos; poco á poco parecíale conocerlos y que eran verdaderamente amigos suyos.

Cosiendo bajo la ventana del saloncillo, casi á obscuras, figurábase las reuniones de los alegres jóvenes, cuánta risa y

algazara debían de traer; y ante ella, en el negro y cerrado palacio Varisi, parecíale ahora ver pasar entre una aureola luminosa á la bella marquesita, vestida de blanco y con una flor de terciopelo negro puesta en el pecho.

En medio de esas como alucinaciones, un grito de Ida, un lamento de su madre, la despertaban bruscamente, y pasaba sin transición á oir largas jeremiadas económicas, dichas por la señora Soave con su voz resignada. No había ya sábanas en el guardarropa, las gemelas tenían necesidad de vestido nuevo; no podía diferirse el estañado de las vasijas de cobre. ¡Y Carlitos costaba tanto!..... Sin embargo, ¿qué le hemos de hacer? Era el único varón, había que educarle bien, y con la educación venía todo lo demás.

Teresita tenía en la médula de los huesos estos discursos, formaban parte de su alimento cotidiano, los respiraba con el aire.

Luego, cuando el señor Caccia tronaba contra el lujo de las mujeres, predicándoles modestia, humildad, actividad silenciosa dentro del hogar doméstico, obediencia al sexo fuerte, reconocimiento espontáneo de los propios deberes frente á los derechos del hombre, entonces la muchacha se sentía tan pequeña, como envilecida casi, que le quedaba para todo el día una sensación de desaliento; y más adentro de ella penetraba la voz apagada de su madre, y mejor comprendía el mirar de sus grandes ojos melancólicos y sin brillo.

Teresita profesaba á su madre una gran ternura, un verdadero culto; y su madre la recompensaba con un cariño triste, lleno de sobreentendidos dolorosos. Nunca se habían hecho confidencias, ni tenían carácter para ello; también quizá faltase ocasión para empezar. Pero cuando en las horas de descanso, durante el sueño ó la ausencia de Ida, las dos mujeres se sentaban junto á la eterna ventana, su silencio tenía voz.

Después del regreso de Carlitos corría por la casa un hálito de vida nueva; pero corría sin difundirse y sin hacer partícipes á los demás de la propia vida. Cuándo era una canción

que se oía cantar á voz en grito, allá arriba, en el espacioso cuarto soleado; cuándo eran las rápidas pisadas y el comprimido reir de dos ó tres amigos que iban en busca del colegial, los cuales, al pasar por el salón abierto, saludaban de prisa y corriendo á las señoras, apurados y tímidos.

La caña de Indias de Carlitos, el cigarro de Carlitos, las trabillas blancas que Carlitos llevaba (imitando á los elegantes de Parma), veíanse en todas partes. Además, Carlitos iba de caza: su escopeta, derecha en un rincón de la cocina, era motivo de continuos terrores para la señora Soave; así como las casacas descosidas, los pantalones llenos de barro y los pañuelos partidos en dos pedazos, daban qué pensar y quehacer á Teresita.

Insensiblemente, aquel jovenzuelo de dieciocho años, el único varón, la esperanza futura, absorbía á toda la familia.

Cuando se retiraba en su cuarto á estudiar, había un silencio general; hasta Ida tenía que refrenarse, porque los dos exámenes que en el mes de Octubre estaba obligado Carlitos á sufrir por segunda vez, eran la cuestión más importante por entonces que se agitaba en casa del recaudador.

Este último, hombre de poco valer y presuntuoso, que escondía su propia nulidad bajo un aire orgulloso y áspero, sujeto á las rancias costumbres aristocráticas, tiranuelo vulgar, había establecido ya con su precedente el dominio absoluto del sexo fuerte.

Carlitos encontraba preparado el terreno, sin ninguna resistencia, sin combate ninguno; se acomodaba en él como en una cama.

Además, era un buen hijo. Muchas veces al entrar en el saloncillo donde cosían su madre y su hermana, sepultas bajo una montaña de trapos viejos, saltaba al cuello de las dos, y cogiendo á Teresita por el talle la sacaba por el pórtico, tarareando un vals.

Y Teresita, toda encendida y despeluznada, relumbrándole los ojos, con un hormigueo en todo el cuerpo, gritaba:

—¡Basta, basta!

Un día le dijo:

—Hermanita, hoy iré á comer melones.

—¿Hoy? ¿Cuándo?

—Después de comer.

—¿Dónde?

—A casa de la señora Letizia, la tía de Orlandi, que tiene un magnífico melonar no lejos de aquí, en el camino de la fuente. ¿Quieres venir tú también?

—¡Oh!..... ¡Si no conozco á la señora Letizia!

—Sí que la conoces: la ves en la iglesia los domingos, en el tercer banco de la derecha, distraída todo el tiempo que dura la misa en observar si su sobrino está en la iglesia. Ella te conoce á ti; me ha dicho que pareces buena muchacha, y que si quería llevarte alguna vez á verla.

—No, no—volvió á decir Teresita—yo no la conozco.

Hacia las seis de la tarde, mientras Carlitos se encasquetaba el sombrero en la cabeza, llamaron á la puerta de la calle; y la señora Letizia, con un velito negro en la cabeza y una mantilla en el brazo, se detuvo en el quicio.

Saliéndola al encuentro la señora Soave, la invitó á que entrara; pero, como era la primera vez que se hablaban y sentían cierta cortedad, permanecieron ambas en la puerta.

La señora Letizia dijo que al pasar por delante de la puerta se había detenido para pedir el permiso de llevarse también á Teresita.

La muchacha estaba oyendo, apurada, indecisa entre dos pareceres. La señora Letizia añadió:

—Me hará compañía por el camino.

La mamá quería que Teresita fuese á mudarse de vestido.

—¡Qué es eso! Vamos al campo, no nos verá nadie.

Cogió la mano á la muchacha y se la puso dulcemente debajo del brazo.

Las gemelas miraban, en un rincón, con envidia. Teresita

se fijó en ellas y tuvo vivo disgusto. Quería quedarse, pero ¿cómo?

Las gemelas, grandecitas ya (tenían doce años), alimentaban un sentimiento de envidia por aquella hermana á quien todos querían mucho y que, en calidad de hermana mayor, gozaba de algún pequeño privilegio.

Intentó hacerse perdonar el involuntario pasatiempo, abrazándolas tiernamente; pero una de ellas la rechazó y la otra volvió la cara.

Con el corazón oprimido, se fué Teresita con la señora Letizia; pero no bien llegaron á salir fuera de la puerta cuando Ida, llegando á la carrera desde el fondo del jardín, se agarró al vestido de ella, escandalizando á gritos.

Volvió pie atrás, excusándose con la señora, recobrando resignada su papel de *Cenicienta*, viendo ya en la boca de las gemelas una maligna sonrisa de complacencia.

—¡Cuántos caprichos!—dijo Carlitos, y cogiendo á la niña por los hombros, la hizo ir dando vueltas para atrás y después cerró la puerta.

En el fondo, Teresita iba sin entusiasmo á dar aquel paseo; hubiera preferido quedarse en casa y no ver el enfado de las gemelas, ni oir los chillidos de Ida.

Pero así que hubo salido de poblado, ante el hermoso camino que se perdía de vista, bajo el cielo rojizo por el fuego de la puesta del sol, en la calma de la llanura silenciosa, fué presa de aquel dulce bienestar que la invadía siempre en los raros momentos en los cuales, según expresión suya, se hacía la señora. En las últimas casas de la ciudad, se presentó Orlandi, y, acompañado por Carlitos, precedía á las dos mujeres. Era la vez primera que Teresita se encontraba con Orlandi, la primera vez que le veía á su sabor.

Alto y bien formado, su aire tenía la desenvoltura graciosa y altiva de una persona perfectamente equilibrada: todos sus movimientos respondían con armonía admirable á la justa proporción de las formas. La cara, de una palidez bronceada,

de suma regularidad de líneas, se destacaba de la barba negra, corta y rizosa; tenía una frente alta, de poeta, atravesada por una vena que se hinchaba fácilmente en el ímpetu de la alegría ó de la ira. La boca cortaba el negro intenso de la barba con un medio arco de color sanguíneo, á menudo entreabierto, y todo el rostro se iluminaba con la alegría de aquella risa, donde el atolondramiento, la bondad y el escepticismo alternaban con una movilidad extraña de expresión. Los ojos eran muy hermosos, rasgados, atrevidos, y con su mirada voluble y cambiante reflejaban las mismas gradaciones inseguras de la sonrisa; gradaciones que daban á aquella fisonomía una fascinación natural, casi irresistible, lo único que podía explicar las ardientes simpatías que Orlandi inspiraba lo mismo á las mujeres que á los hombres.

Era gran perorador; no decía cosas extraordinarias, pero revestía siempre su pensamiento de una forma vivaz, espontánea, que podía no persuadir, pero que arrebataba. Pronosticábanle sus amigos una brillante carrera como abogado.

Mientras iban andando, la señora Letizia habló de su sobrino: era su asunto favorito. Por otra parte, la buena señora no tenía muchos donde escoger.

Así que hubieron andado adelante una buena tirada, presentóse á la izquierda, en la planicie de una modesta plazoleta, el Santuario de la Fuente.

—¿Entramos un momento?—dijo la señora Letizia.

—Se hará tarde—gritó su sobrino, sin volverse.

La señora Letizia y Teresita entraron, dejando fuera á los dos jóvenes.

La señora enseñó á la muchacha las labores hechas por ella para dicha iglesia: un frontal de altar, de mallas de encaje bordadas, representando las principales escenas de la Pasión; un velario de espumilla de seda, amarillento ya, que había sido de su traje de boda; y luego toallas comunes y paramentos para las columnas, puestos á bastante altura del suelo, á causa de los perros.

—Visitemos á la Virgen.

La imagen, con su fuente milagrosa, estaba en un camarín debajo del altar mayor. Bajábase allí por una escalera que conducía directamente á la capilla circular: graciosa capilla, simpática, pintada de colores claros, con un pozo enmedio y dos ventanas, por las cuales penetraba el olor á albahaca del huerto del cura, mezclándose con el olorcillo desvanecido de las flores secas que amarilleaban en el altar.

Teresa, que casi nunca salía de casa y que en materia de templos no se apartaba del de San Francisco, por ser el más próximo, miraba en derredor suyo con placer, respirando el frescor aromoso y observando las pinturas. Sólo una vez había estado en el Santuario de la Fuente; y ahora le producía una nueva impresión, como de recogimiento, de dulce misterio, de éxtasis contemplativo.

Empinándose sobre la punta de los pies, miraba fuera, desde una ventana, las frondosas matas de albahaca. Enmedio de ellas vió aparecer de pronto la cabeza de Orlandi.

—Vengo á ver si mi tía ha terminado de orar por mí..... porque estoy seguro de que por mí reza.

Teresita, sonriéndose para disimular su confusión, mostrósela arrodillada al borde del pozo.

El joven había trepado por el exterior de la reja de la ventana, asomando adentro la cabeza; pero, en vez de mirar á su tía, fijó los ojos en los de la joven. Antes no se habían mirado, en el camino, cuando tenían todo el vagar preciso para ello. Encontráronse allí sus ojos, en aquel extraño avecinamiento, separados por una reja y casi solos. Teresita, en la penumbra tranquila y pura de la capilla, como una santa virgen destacada de la pared; Orlando, atrevido, en actitud agresiva, con su hermoso rostro bañado en luz por la púrpura del sol poniente.

La muchacha apartó los ojos, pero de mala gana, luchando contra una fascinación prepotente, sintiendo subirle del pecho á la garganta una apretura, como un dolor de herida.

La señora Letizia se levantó, después de haber besado de-

votamente el brocal que ceñía el pozo bendito; no había visto á su sobrino, el cual habíase marchado ya. Teresita la siguió luego pensativa; y cuando en el atrio encontró á Orlando, que salía del huerto del cura, ruborizóse, bajando los ojos.

Media hora después estaban los cuatro en la casa de campo.

Orlandi, loco de juventud y de alegría, arrastraba en pos de sí á Carlitos á los juegos más arriesgados. Saltaron fosos, rompieron vallas, se dieron zumba, se tiraron del pelo, con un rebote de frases picantes y burlas mordaces, ébrios por la onda de su sangre y por la fuerza de sus músculos.

La visita al melonar ocupó el resto de la tarde, siempre enmedio de risas y jarana; hasta que Teresita, acercándose á su hermano, le hizo observar que era tarde.

El regreso fué tranquilo.

La señora Letizia, apoyada en el brazo de Teresita, decía de vez en cuando alguna frase insignificante, admirando el hermoso crepúsculo. La joven callaba.

—Podíamos ser un poco más galantes,—dijo de pronto Orlandi.—Carlitos, dale el brazo á mi tía.

El ofreció el suyo, con mucho desparpajo, á Teresita; y así fueron todos juntos charlando gran parte del camino.

Al principio de la avenida principal, Orlandi y la joven notaron que se habían adelantado mucho á sus acompañantes y se detuvieron á esperarlos.

—No se la ve á usted nunca por la calle.

—Salgo poco.

—Pero, ni siquiera á la ventana.....

—¡Oh! no tengo mucho tiempo para estar á la ventana.

Teresita decía la verdad, sin darse importancia ni avergonzarse, con su ingenua sinceridad característica.

Orlandi no añadió nada más; pero hubo de notar la joven que la miraba él con ojos fijos entre la semiobscuridad de la avenida; y aquella mirada, más sentida que vista, la turbó toda.

Al llegar á los primeros faroles, dijo él:

—¿Estará usted cansada?

—No, de ninguna manera.

Teresita iba pensando que era harto insulsa para poder interesar á Orlandi; era natural que el joven no supiese qué decirle, desde el momento en que ella misma pasaba apuros para responderle.

El Sr. Caccia salió á su encuentro á la puerta, lleno de sosiego, imponente. Teresita soltó el brazo de su caballero.

—Volveremos á vernos, ¿no es verdad? — dijo la señora Letizia.

Teresita le dió las gracias, saludándola y cambiando un apretón de manos con la señora.

También Orlandi alargó su mano, que apenas tocó la joven, dejando la suya propia inerte durante medio minuto en la del joven.

XI

El órgano había terminado de tocar el *Gloria in excelsis;* las últimas notas vibraban aún bajo la obscura nave de la Iglesia de San Francisco.

En tanto que el sacerdote recitaba en voz baja las oraciones, los fieles hacían sus preparativos para el Evangelio. Quién tosía, quién se sonaba la nariz; las mujeres retiraban poco á poco la silla para apoyar los pies en la silla delantera; las que estaban en los bancos ponían en el borde del respaldo, hecho á manera de alféizar de ventana, el devocionario, los anteojos, el pañuelo de mano. Todos se colocaban con comodidad, alargando los codos para no estar demasiado prietos, limpiándose el garguero, dejándose caer con abandono, echada atrás la cabeza, respingando la nariz, emitiendo un pequeño suspiro resignado, como quien dice:

—¡Aquí estamos!

El cura de San Francisco predicaba mal, con voz monótona y siempre ronca; sus variaciones acerca del Evangelio no tenían originalidad ni vigor. Él mismo no lo pretendía; quizá comprendiese que no le escuchaban. Y viendo inclinarse poco á poco aquellas cabezas sobre sus pechos, ondulando, vencidas por el sueño; al ver aquella interminable fila de bostezantes, aquella inmovilidad rígida de los cuerpos entorpecidos, el bueno del cura precipitaba las palabras, atragantándose, truncando los finales; hasta que el sermón se convertía en un murmullo indistinto, dulce como canturia de nodriza, más dulce y mecedor que nunca en aquel mal día de Noviembre, propicio al sueño.

Recostada contra un pilar, como para encontrar en él un nicho, tampoco Teresita escuchaba.

Al principio estuvo un poco distraída, mirando á la gente que acudía con retraso, que no hallaba sitio donde colocarse y que lo buscaba con insistencia por entre las filas de paraguas goteantes que regaban el piso.

Las señoras que estaban sentadas, con los vestidos levantados del suelo y recogidos alrededor de las piernas, trataban de no moverse, entornando los ojos con místico recogimiento; pero un paraguas que se caía, un codazo contra el ala de sus sombreros, obligábalas á sacudirse, á apartarse.

Cuando todos estuvieron acomodados, y de aquella multitud de personas se elevó el resuello de los durmientes, ligero ó silbante, perdiéndose bajo las altas naves como un acompañamiento coral á la palabra del predicador, y Teresita se sintió casi sola, presentóse á acompañarla un pensamiento, el pensamiento habitual que tenía fijo en el cerebro desde un mes á la fecha, que la acompañaba en sus quehaceres domésticos, que la seguía por las calles, que se acostaba con ella todas las noches, y el primero que encontraba en la almohada todas las mañanas.

Su buena mamá dormía, como las demás, á su lado; de-

lante, las gemelas parecían dos estatuas. Teresita levantó la cabeza mirando al fondo de la iglesia, hacia la puerta principal; pero un grupo de campesinos puestos de pie le impedía verla. Entonces clavó los ojos distraída en las ventanas góticas, por las cuales entraba una luz pálida. Llovía sin parar; y aquellas gotas continuas sobre las vidrieras empolvadas, trazaban arroyuelos más claros sobre la densa transparencia del cristal.

—«El día del Juicio, oh pecadores.....»

Esta frase incompleta, que por un movimiento del predicador había llegado bastante clara á sus oídos, la estremeció; procuró estar atenta á la palabra divina, frunciendo el entrecejo, apretando con las manos el devocionario. Pero al cabo de un ratillo volvían á aflojarse las manos, y los ojos tomaban de nuevo el camino aéreo por encima de las cornisas, por entre las hojarascas de los capiteles, por el fondo de la cúpula y hasta por las pálidas ojivas azotadas por la lluvia.

Una sonrisa imperceptible asomó á sus labios; por extraño juego de la fantasía vió de improviso aquel ventanal iluminado por una puesta de sol de otoño; y, con un profundo suspiro, subíasele á la cabeza intenso aroma de albahaca, lo mismo que si delante tuviese las lozanas matas de aquella hierba.

Cerró los ojos, deslumbrada.

Por un momento, se hubiera podido creer que dormía: tan inmóvil y absorta estaba en su visión.

—«Así sucederá cuando, por la misericordia de Dios, nos hallemos reunidos en el Paraíso.»

Había terminado el sermón. Todos se levantaron, estirando las piernas, parpadeando para expulsar un resto de sueño. Teresita abrió el devocionario al acaso, temiendo que alguno se fijase en su distracción y deseando echarla afuera con lo intenso de sus rezos. No era por donde iba entonces el oficio de la misa; empero leyó igualmente, con un ardor inquieto, pronunciando las palabras, marcándolas mucho, llena de fervor.

—«Os abrazo ¡oh, Jesús! mi alegría y mi consuelo. ¡Oh, alma mía, creada á imagen de Dios, ama á tu Dios, de quien tan amada eres! ¡Oh, Jesús! Si no os amo bastante, encended en mí el fuego de vuestro amor, fuego que me abrase, me consuma, me haga toda vuestra.»

El celebrante llevaba despacio la última parte de la misa, absorto en el místico recogimiento de la comunión. La señora Soave, respondiendo á una pregunta de las gemelas, dijo:

—Pronto, tened paciencia. Haced el acto de adoración.

El *Ite, missa est*, fué acogido con un movimiento de satisfacción general. Teresita cerró el libro, serena al parecer, pero temblándole todo el cuerpo. Se santiguó, hizo la reverencia; palpitábale el corazón desordenadamente.

Apenas estuvo fuera de la iglesia, en los mismos umbrales, antes aún de abrir el paraguas, miró ansiosa á un ángulo de la plazoleta. Allí estaba Orlandi, resguardado bajo un canalón á la antigua, con la espalda apoyada en la pared, ojo avizor. Cruzaron una mirada rapidísima ellos dos solos; y luego, cuando estuvieron cerca uno de otro, el joven saludó.

—¿Cómo es que aún está Orlandi aquí? — dijo la señora Soave.—Hace ya un mes que debiera estar en Parma.

Teresita no respondió, pero se puso colorada, encendida.

No se atrevía á levantar la vista del suelo; caminaba automáticamente, mirando con fijeza las cuatro botitas de las gemelas, que golpeaban el piso delante de ella.

Pocos pasos había desde la Iglesia de San Francisco á su casa. En la puerta fueron alcanzadas por Orlandi, que se excusó por su atrevimiento, anunciando que al siguiente día iba á marcharse á Parma y venía á preguntar á la señora Soave si tenía algún encargo que hacerle para Carlitos.

La señora, agradecida y sonriéndose, le invitó á entrar; pero como estaba lloviendo, las gemelas abrieron la puerta y Orlandi se quedó atrás para dejar paso á las señoras.

Entraron primero las gemelas, luego la mamá y, por último, Teresita, la cual, más muerta que viva, sintió que la co-

gían rápidamente la mano y deslizaban en ella una carta.

No tuvo tiempo de rechazarla, ni de hablarle, ni siquiera de mirar al atrevido que, derecho en el quicio, protestaba no querer entrar por no producir molestia, y que le bastaba un recado para Carlitos.

El recaudador salió de su despacho, al oir la voz de Orlandi; las gemelas subieron despacio la escalera, arrastrando los pies para desembarrarse el calzado. Teresita las siguió.

Aquella carta le quemaba la palma de la mano; no sabía dónde meterla. Desnudóse con un puño cerrado, con movimientos febriles; devorando con los ojos á las dos niñas, que nunca acababan de quitarse los vestidos.

Debajo del pórtico cambiaban cumplimientos Orlandi, el Sr. Caccia y la señora Soave; después se marchó Orlandi. Teresita, con la cara pegada á la vidriera, le vió alejarse hacia la plaza.

—¿No estáis aún aviadas?

—¿A tí que te importa? Hacemos lo que nos viene bien.

Las gemelas eran malas y de mala intención; el instinto les advertía que fastidiaban á Teresita estando en su cuarto, y allí permanecieron por más tiempo.

Teresita miraba llover, con la frente apoyada en los vidrios; habíase metido en un bolsillo la carta, y tenía encima la mano, oprimiéndola con furor.

Al cabo se fueron de allí. Precipitóse la joven hacia la puerta, echó el cerrojo y abrió la carta temblando, cual si estuviese á punto de cometer un delito.

»Tengo precisión de hablarla á solas; no me niegue este favor. Esta noche pasearé la calle de diez á once, hasta que tenga la bondad de abrir la ventana del cuarto bajo.

»Aguardo y espero.

E. Orlandi.»

Era más y era menos de lo que ella suponía.

Desde un mes atrás el jovenzuelo le hacía la corte de un

modo visible, aunque delicado. Una declaración formal no podía estar muy lejos del pensamiento de Teresita; si la muchacha se hubiese atrevido á interrogarse á sí misma, hubiera encontrado el deseo de aquella declaración en todos los suspiros que daba al viento, en las ansiedades del domingo cuando tenía que ir á misa y sabía que iba á verle allí, en su sitio de costumbre; en sus frecuentes distracciones, en sus sueños agitados. Si, la declaración era esperada.

Pero aquella carta no decía ni una sola palabra de amor; en cambio, sin preámbulos, le pedía una cosa tan grave como era una cita.

Teresa no sabía qué resolver, hallábase en una excitación extraña. Por fortuna, nadie vino á llamar á su puerta, por lo cual tuvo tiempo para tranquilizarse un poco, al menos en apariencia.

Escondió la carta en el pecho, pero estaba demasiado alta y la sentía crujir á cada movimiento; abrió el corsé y la metió más adentro, cerca del corazón. Acometiéronle temores de que pudiera caérsele en la calle y perderse en casa, causándole esto un terror loco. Volvió á desceñirse toda, asegurando la carta con un alfiler á la camisa. Ni aun así se sentía tranquila, y á cada instante iba tocando con los dedos para convencerse de si la carta estaba en su lugar.

¿Qué quería Orlandi de ella? ¿Era posible que la amase de veras? ¡Él, el chico más guapo del país!

Golpeóse la frente y prorrumpió en un «¡oh!» de rabia, de dolor.

Se acordaba de una fotografía encontrada en el baul de Carlitos: el retrato de una hermosa mujer, á quien su hermano había llamado la novia de Orlandi.

Apoderóse de ella un desgarramiento, un frenesí horrible; unos celos rápidos, casi fulminantes; una necesidad de interrogar á su hermano, de saber quién era aquella mujer, si Orlandi la amaba mucho, si la quería aún, dónde estaba, qué hacía, todo, todo.

¡Y Carlitos estaba en Parma!

Mordióse las manos con despecho; si se lo hubiese preguntado al principio, á lo menos, lo sabría. Pero, ¿qué le importaba entonces? ¿Y ahora? ¿Amaba ya tanto á aquel Orlandi, le amaba hasta el punto de sufrir, de llorar por él? Porque es lo cierto que lloraba, no á raudales, sino con aquellas lágrimas escasas y ardientes que dejan surco por donde pasan.

No acudiría á la cita, ¡oh! no. Devolveríale su carta con desdeñoso silencio.

Pero, ¿y si no fuese verdad la historieta del retrato?

¿Y si Carlitos hubiese achacado á su amigo aquella novia como en broma? En efecto: ¿por qué tener en su baul el retrato de la novia de otro?

Tranquilizóse.

Rehizo dulcemente el breve cuadro de sus encuentros con el joven: la primera vez que se vieron en el paseo de la Fuente, la sorpresa que le dió el domingo, estando en la puerta de la iglesia. Volvió á pensar en sus miradas tan expresivas, en aquella apuesta figura, en aquella cabeza inteligente, en aquella sonrisa que parecía un rayo de sol.

Suave deliquio amoroso se apoderó de ella; sintió correr por las venas un júbilo nuevo, como si la aguardase una gran felicidad, como si se abriesen horizontes sin fin á su vida, encerrada hasta entonces. Pero quiso refrenarse: después de todo, ignoraba qué le diría Orlandi.

Por un instante pensó pedir consejo á la jueza. Si hubiera estado presente habría referido todo. Pero la jueza no se dejó ver aquel día.

Antes de bajar, Teresita cedió á un invencible deseo de releer la carta. Era la tercera ó cuarta vez que se desabrochaba el vestido, que sentía deslizarse sobre su piel aquella hoja de papel satinado, suave cual una caricia, punzante como una herida; y sonreía á la caricia, y á la punzada profería un leve grito, apagado por el placer, toda temblorosa; pareciéndole que ese papel, salido de manos de un hombre, y que escondía

ella en su propio seno, quitaba el primer velo á su pudor de virgen.

Cuando fué á reunirse con su madre en la sala del piso bajo, habíase pergeñado una expresión tranquila de rostro, pero tan grave y llena de misterio, que la señora Soave le preguntó al momento qué tenía.

Teresita mintió, como mienten todos los enamorados. Pero en el fondo del corazón le dolía aquel embuste dicho á su mamá, no sabiendo, además, ella misma, ni siquiera por qué callaba, por qué mentía.

La señora Soave, con las manitas de cera abandonadas encima de las rodillas y el taburete debajo de los pies, empezó á hablar de Carlitos, de las camisas que era menester enviarle, de los pañolitos que no estaban dobladillados aún, y á cada momento interrumpía la monótona letanía con un:

—¿Te acuerdas de esto, no es verdad, Teresita?

—Teresa decía que sí.

—Tu padre siempre se está quejando; dice que no hacemos ahorros, que aquel muchacho le cuesta un ojo de la cara, y que, si no sabemos moderarnos en los gastos, se verá constreñido á hacerle suspender los estudios.....

Un larguísimo suspiro levantó el débil pecho de la señora Soave, y quedóse por un instante sin voz; después prosiguió con languidez, poniéndose una mano en el corazón:

—He encargado á Arlandi que le dé buenos consejos..... ¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¿Qué podemos hacer nosotras, unas mujeres?

Al oir el nombre de Orlandi, Teresita se había estremecido imperceptiblemente, volviendo los ojos hacia el gran cuadro mecánico que contenía el reloj. Eran las dos de la tarde. ¡Ocho horas aún!

Entre tanto, las gemelas se tiraban una á otra del moño en el hueco de la ventana, mudas, sin pedir socorro á nadie: hubo que separarlas. Cinco minutos después se abrazaban en el mismo sitio, haciendo muecas á su hermana mayor.

Ida se aburría con aquel día tan malo; á causa de la lluvia no podía salir al patio á jugar. El aburrimiento para los niños es sinónimo de caprichos; comenzó á hacer tantas diabluras, que la señora Soave, con la cabeza mareada y sintiendo un principio de jaqueca, rogó á Teresita que la entretuviese.

Y Teresita, con mucha paciencia, se puso á cortar para ella hombrecitos de papel, y luego carretelas y tiestos con flores, y después casitas con techumbre, con puertas y ventanas que podían cerrarse y abrirse.

Estaba tranquila, se sonreía; pero cada cuarto de hora sus ojos buscaban la esfera del reloj, y cada vez que daba la hora sentía una llamarada de sangre.

A fuerza de contenerse, habíase puesto pálida. Se había olvidado de merendar; sentía necesidad, pero sin ganas de comer. Hasta el hablar le costaba fatiga. Hubiera querido encerrarse en su cuarto y no hacer otra cosa sino pensar en él, intensa y exclusivamente.

No era posible. Hacia las cuatro de la tarde tuvo que ir á la cocina para arreglar la comida; su mamá le ayudaba débilmente, sentándose á cada minuto, y oprimiéndose con las amarillas manitas la cabeza, que le dolía.

—Retírate, mamá; yo lo haré.

—Las gemelas podrían ayudarte un poco.....

—No, mamá; tienen que estudiar las lecciones.

Las gemelas eran la pesadilla de Teresita. Veíalas crecer junto á ella envidiosas, desconfiadas, recompensando todos sus afanes con fría esquivez. Hubieran podido ser sus amigas, sus confidentes; y, por el contrario, una barrera de hielo las separaba. Esto era un gran desconsuelo para Teresita.

Así, sola en la cocina baja, ocupándose en oficios vulgares, la muchacha entretenía lo eterno de la espera atada dócilmente á su cadena, aprendiendo la gran virtud femenina de dominarse, la profunda habilidad femenil de ocultar un tormento detrás de una sonrisa.

Al moverse con rapidez, al inclinarse, aún sentía el roce de la carta sobre las delicadas carnes del pecho; entonces apretaba los labios, palpitando levemente, como para saborear mejor aquella sensación que era á un tiempo mismo dolor y placer.

XII

Toda la familia estaba en la mesa: la señora Soave quejándose dulcemente, con dos gajos de limón en las sienes; el recaudador, con el rostro encendido, resoplando; silenciosas las gemelas; Ida echando un poco de menestra en el vaso, á escondidas.

Teresita sentíase casi como una extraña en medio de aquellas personas conocidas para ella, á quienes llamaba sus seres queridos, que por espacio de veinte años habían llenado exclusivamente su corazón. El amor la aislaba, la absorbía, con aquel egoísmo tiránico que es uno de sus principales caracteres.

Ella, tan buena, tan tímida, que se angustiaba siempre con los dolores de su mamá; ella, que temblaba ante las terribles cejas enarcadas de su padre, ese día sólo tenía una preocupación: el miedo de ser descubierta.

El reloj del campanario, encajado entre los árboles de cartón, jamás había atraído sus miradas tanto como entonces; las aspas del molino de viento parecían agitarse por ella, como brazos de silfos, de gnomos, de deidades desconocidas que le señalaran lejanos horizontes. Toda su alma estaba fija en aquel reloj.

—El caldo no sabe absolutamente á nada—dijo el señor Caccia.

La señora Soave suspiró, afligidísima.

—Cien veces os he dicho que pongáis á hervir en él un manojo de apio. ¿Lo habéis puesto?

—Eso pregúnteselo á Teresita—respondió con presteza una de las gemelas.

—¿Has puesto apio en el caldo, Teresa? ¿Lo has puesto?

La voz estridente del señor Caccia tuvo que repetir la pregunta. Teresita no había comprendido. A la segunda vez, sacudida por aquel falsete imperioso, permaneció atontada como uno que se despierte de improviso, por sorpresa, advirtiendo una sensación de antipatía hacia todas aquellas personas que la atormentaban.

¿El apio? Ya no se acordaba; por más esfuerzos que hizo, no pudo traer á la memoria el recuerdo de un hecho tan sencillo y reciente. Quedóse como estúpida, entre los suspiros de su madre y la irónica risa de las gemelas.

En su abatimiento, la joven fué presa de repentino terror. ¡Si su padre supiese!.....

Ninguna cosa podía asustar más á Teresita. Preguntóse á sí misma cómo se atrevía á esconder una carta y aceptar con gusto una cita, ante lo terrible de aquel personaje.

Bajó los ojos y se puso á temblar como la hoja de un árbol; sentía como si fuese á desmayarse.

Otro pensamiento horrible. ¿Y si se desmayara? ¡Si la desabrochasen el corsé para hacerla volver en sí..... y la carta, la fatal carta!.....

Dió un salto sobre la silla.

—¿Qué tienes, Teresita?

—Nada.

Tenía que avezarse á esa respuesta: «nada». Nada de lo que se pueda decir, de lo que se pueda participar; nada de lo que los demás comprendan.

«Nada», sinónimo de «todo» con tanta frecuencia.

Rápidamente decidió no comparecer á la cita, y destruir en seguida la carta. Era una vergüenza alimentar semejantes pensamientos en el seno mismo de la familia, junto á su

madre enferma y triste, entre sus inocentes hermanas.....

Un vivo sentimiento de pudor la puso como púrpura. ¡Cuán culpable se encontraba! ¡Qué descarada era! ¿Qué se había hecho de sus buenos principios, de sus votos de pureza?

Se acordó de algunos discursos oídos, según los cuales basta un minuto para perder á una mujer, que el honor de una muchacha se empaña, como el cristal, con un soplo; y volvió á temblar despavorida y con el rostro alterado hasta el punto de que su madre la indujo á moverse y tomar alguna cosa.

—Es el tiempo—dijo el señor Caccia.—Con esta humedad continua no se puede estar bien.

Teresita dió gracias á Dios de que su padre no tuviese ninguna sospecha.

El reloj señalaba las ocho. El Sr. Caccia se levantó majestuosamente: iba á tomar su ración de política en el café de la plaza.

Cuando se quedaron solas las mujeres, formaron grupo en derredor de la lámpara.

—Hijas mías, estad tranquilas, os lo suplico; tengo la cabeza como si quisiera estallar.

—¿Qué haremos toda la noche?

—¿No viene la jueza?

—No, tiene forasteros.

—Juguemos á la lotería.

—Yo no tengo gana.

Esta declaración era de Teresa.

—¡Sí, sí, á la lotería!

—¡A la lotería!

Las gemelas se obstinaban en ello. También Ida era partidaria de la lotería, por jugar con las habichuelas.

—¿Qué otra cosa puede hacerse?

—Leed—sugirió Teresita.

—Leer no es jugar.

—¡Cuéntanos un cuento!—exclamó Ida.

Un cuento era absolutamente imposible. ¿Dónde encontraría el argumento? ¿Y la calma y la paciencia para desarrollarlo?

—¡No, no; cuentos no!....

Negábase á ello suplicando, con una dulzura dolorosa. Parecía decir: «Señor, apartad lejos de mí este amargo cáliz.» Se sentía mal, de veras: el pulso latía desordenadamente; tenía la cabeza como lumbre, y las manos como el hielo.

La señora Soave gimió:

—Con tal de que estéis tranquilas.....

Teresita se resignó con la lotería.

Los números iban saliendo despacio de sus labios, á menudo incomprensibles, con mayor frecuencia aún equivocados. Había vuelto á sus visiones amorosas. Veía á Orlandi hermoso, seductor, que por favor le pedía que oyese una palabra, nada más que una. ¿Qué mal había en ello? ¿Quién iba á saberlo?

Una muelle indolencia adquiría el predominio sobre sus pensamientos. Por último, no era ella quien lo había buscado.

Esta última consideración, la más futil, tuvo el poder de calmarla. Cantó los números en voz alta y clara, reaccionando con un valor repentino, dirigiendo una mirada rapidísima al reloj.

Eran las ocho y media.

A las nueve comenzó á removerse.

Ida tenía sueño: fué preciso llevarla en brazos, desnudarla y acostarla. La pequeñuela habíale echado los brazos al cuello, quería dormir junto á ella. Teresita puso la cabeza encima de la almohada y fingió dormir.

¿Y si se hubiese dormido de veras, allí, sobre la cuna, inconsciente y serena como Ida?

Un paso que oyó en la calle le hizo estremecerse. ¡El, Dios mio! No, no era él.

Las gemelas estaban desnudándose, la señora Soave esperaba el regreso de su marido. Teresita corría como alma en

pena de una á otra, queriendo mostrarse desenvuelta; pero conforme pasaba poco á poco el tiempo, era presa de un temblor nervioso que la estremecía toda.

A las diez, habiendo regresado el amo de casa, echóse el cerrojo á la puerta, y los cónyuges se retiraron á su cuarto. Era el momento decisivo.

Sentada en una silla, con los ojos fijos en la cama de las gemelas, Teresita repetía: «No bajo, no bajaré.» Pero, aguzando el oído, espiaba todo paso que resonase en la calle. Ya le parecía oir aquel paso, taconear con cadencia, lentamente, como un tácito reclamo.

—No bajo, ¡oh!, no bajo ciertamente — dijo otra vez para persuadirse de que estaba bien decidida.

De pronto cogió la luz, echó la última mirada á las gemelas, que dormían, y deslizóse escaleras abajo, ligera como una sombra.

Se detuvo en el último peldaño, escondió la luz detrás de una pilastra y entró á tientas en la sala obscura.

—No le hablo—volvió á decir;—sólo vengo por ver si está.

No tropezó con ningún mueble; fué en derechura á la ventana y la abrió.

—¡Gracias!

Orlandi le había cogido las manos y se las apretaba con pasión.

La joven no respondió al apretón de manos ni á las gracias; pero temblaba de un modo tan extraordinario, que Orlandi, sonriéndose un poco, añadió:

—He estado atrevido y le ruego que me dispense..... Si me hubiese imaginado que la desagradaba.....

Teresita meneó la cabeza.

—¿No? Quizá no un desagrado, pero de seguro alguna molestia. ¡Oh! Tranquilíceme usted; dígame que esta bondad suya no ha de ser causa de disgustos por parte de la familia...

Teresita hizo por decir algo, y, no pudiendo conseguirlo, apretó ligeramente las manos que aprisionaban á las suyas.

Orlandi tuvo un alegrón y añadió:

—¿Estamos solos?

—Sí.

Breve silencio siguió á estas palabras. Para vergüenza de su osadía, también el joven parecía conmovido. Por último, dijo en voz baja, acercándose todo lo posible, con la cara medio metida entre los barrotes de la reja:

—¿Sabe usted lo que quiero decirle?

Teresita echóse á temblar de nuevo.

—¿No lo adivina usted?

Instintivamente, cual si se aproximase un peligro, quiso retirar ella las manos.

—¿No lo adivina? — repitió el joven, apretando con más fuerza. — ¿No ha comprendido usted nada?.... ¿No sabe que la amo?

La joven escuchaba rígida aquellas palabras tan nuevas para ella, sintiendo penetrar en todas sus fibras una embriaguez que subía desde las manos de su adorador.

¿Es la vez primera que así la hablaba un hombre?

¡Oh, sí!....

Había tanta inocencia, tanta tristeza y tamaño espanto juntamente en aquella exclamación, que Orlandi continuó diciendo, transportado:

—¡La amo, la amo!

Seguía la lluvia. Orlandi estaba calado desde la cabeza hasta los pies; también Teresita sentía caer la lluvia en su propio rostro, innumerables gotas heladas, en su cara, que ardía. La calle, á la pálida luz de un farol, relumbraba llena de charcos; casi todas las casas próximas estaban á obscuras; sólo en una ventana de la Caliope brillaba oscilante una luz.

—Pero, dígame usted algo..... ¿La he ofendido?

—No, señor.....

Aquel *señor* volvió á hacer sonreir á Orlandi. No llegaba á comprender el espanto de la muchacha, no estaba acostumbrado á eso; pero habituándose poco á poco, encontraba en

ello un sabor picante, mientras una insólita ternura circulaba por su corazón.

—Una palabra más..... ¿Me permite usted amarla?

—¡Oh Dios!.....

—¿Me lo permite?

Iba á añadir: «será un amor noble y puro». Pero comprendió que era inútil decir eso: Teresita no podía imaginar ningún otro.

—Tengo miedo.

También estas palabras hicieron sonreir al joven; pero con una sonrisa que nada tenía de irritante, que hasta semejaba una compasión, una caricia, una indulgencia de persona fuerte.

—Querida Teresa, ¿no se fía usted de mí?

Acariciábala las manos dulcemente, primero por el dorso, después por la palma, apretándole los dedos uno á uno. No se veían bien entre aquella obscuridad, donde sólo aparecían los contornos; pero se miraban intensamente, atraídos el uno por el otro.

Orlandi volvió á hablar de su amor. Dijo que, habiendo de irse á Parma al otro día, tendríase por dichoso si pudiera llevar consigo una frase de esperanza; que le escribiría desde Parma, y le preguntó si le contestaría.

A monosílabos, balbuceando, la joven declaró que no le era posible recibir sus cartas.

—¿Por qué?

—¡Si lo supiese mi padre!

—No lo sabrá.

—No salgo sola.

—Basta hablar al cartero. Es un buen hombre, nos ayudará. Esté usted con ojo á ver cuándo pasa, y nada más..... aquí, en esta ventana. No es cosa difícil.

Teresita no quería. Orlandi estuvo elocuente, insinuante; tan claro le demostró lo inconsolable que quedaría con su negativa, que á la postre consintió en ello.

Un paso incierto y renqueante resonó en la desierta calle, hacia la plaza.

—¡Por amor de Dios!

Asustada Teresita, hizo ademán de cerrar la ventana.

—No, aguarde usted..... déjeme que vea.....

La joven había aproximado ya las vidrieras, pero no se decidía á echar la falleba, murmurando por la abertura:

—Aléjese usted, por caridad.....

—Aguarde un momento. Es Caramella.

Pasó el cojo; y Orlandi, fingiendo indiferencia, se puso á cruzar con cautela el arroyo, cual si quisiera evitar el mojarse los piés en los charcos. Así que Caramella estuvo bastante lejos para no infundir sospechas en él, suplicó Orlandi:

—La última palabra.....

Teresita volvió á abrir las vidrieras.

—¡Dígame que también usted me quiere!

Teresita no lo dijo; pero suspiró y tembló de tal modo y oprimió tan suavemente las manos del joven, que éste no repitió la pregunta.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Piense usted en mí.....

Silencio elocuentísimo, muy prolongado.

—Adiós.

—Adiós.

Pero no se separaban.

—Pronto volveré.....

—Sí.....

Otro paso, á lo lejos, los decidió. Orlandi, embozándose en la capa, empapado en agua, apretó de nuevo las manos de la joven y se alejó.

Al separarse de la ventana, Teresita se tuvo que apoyar en la pared, porque se tambaleaba. Tenía mojados por la lluvia las mejillas, el cuello, los brazos; y, sin embargo, estaba ardiendo. Encontró medio apagada la luz, detrás del pilar.

Salió despacito, con cautela, pero no temerosa ya, pasmándose ella misma de sentirse tan fuerte.

Toda la casa estaba tranquila. Dormían las gemelas, roncando levemente, arrebujadas en las ropas hasta las orejas.

Teresita cayó de rodillas delante de la cama, con la frente sobre la almohada, en un éxtasis de amor, con una necesidad de elevar el corazón á Dios, de tomarle por testigo de sus emociones, de bendecirlo, y de purificarlo con una plegaria fervientísima. El cielo era para ella el punto de arranque de todo lo hermoso, y al cielo volvía todos sus nuevos deseos, casta y confiada.

Dió gracias á Dios, como por una merced recibida, como por una felicidad inesperada. Sentíase con doble vida que antes; otro ser palpitaba dentro de ella, produciendo la extraña sensación de dos pensamientos en uno.

¡Era amada! ¡Amaba!

Desnudóse con rapidez, olvidándose de todo y de todos: de su terrible padre, de su buena mamá, de Ida, que dentro de pocas horas estaría despierta reclamando sus cuidados. La absorción amorosa se manifestaba con todo su poderío. ¡Dios y Orlandi!

En la cama, con los ojos abiertos de par en par, inmóvil el cuerpo, apretando contra el pecho la carta, reprodujo en su pensamiento palabra por palabra, caricia por caricia, toda la escena de la noche.

Y era feliz.

No había ni la más remota probabilidad de que se quedase dormida; aunque pudiera, no habría querido, por no desasirse de la imagen dilecta.

Algo le amargaba el no haber sabido hablar, el no haber pedido mayores explicaciones, el no haberle hecho prometer que la amaría siempre. Desagradábale sobre todo no haberle preguntado su nombre.

¿Cómo se llamaba Orlandi? En la firma de la carta había una *E* de inicial, antes del apellido. ¿Acaso Edmundo, como

aquel amigo de su hermano? ¿Quizá Enrique? También serían muy bonitos los nombres Eduardo, Edgardo y hasta Eugenio.

Besó la carta varias veces con ternura, hablándole, cual á una persona, improvisando cantos y poemas, encontrando todas aquellas palabras que una hora antes, en la ventana, había tratado inútilmente de invocar.

Sentía bienestar en todas partes: en el cuerpo, en el alma, en el corazón. Dulcísima armonía circulaba desde sus ideas á sus sensaciones; tenía plena conciencia de su juventud y de su robustez. Estaba sana y era feliz.

Abrazábase á sí misma, poniéndose las manos en los opuestos hombros, pareciéndole sentir en las carnes un placer nuevo; y dentro, en lo íntimo de las fibras, una ligereza ideal que la arrebataba.

No pudo coger el sueño en toda la noche; pero soñó, entre una deliciosa semivigilia soñolienta, murmurando nombres de amor. Había abierto la carta sobre la almohada y puesto encima la cara, boca abajo, respirándola.

XIII

Teresita no hacía más que pensar en Orlandi; pero siempre, de día y de noche, sin descanso, con un completo sacrificio de todos los demás afectos, y por ello no sentía remordimiento ninguno.

Por el contrario, parecíale haber encontrado su verdadero camino, la única razón de la existencia. ¿Qué eran los demás amores, compartidos, incompletos, en comparación de este amor que se apoderaba de toda ella en alma y cuerpo?

Porque amaba mucho á su madre, pero nunca había pasado las noches soñando con ella; amaba á su hermanita peque-

ña, pero no se estremecía con el recuerdo de sus caricias. ¿Qué había de nuevo y de diferente en el amor á Orlandi, á ese extraño que en pocos días había suplantado á la antigüedad de los otros cariños?

Nunca olvidaba las hondas emociones que le produjo el *Rigoletto;* pero aún lo comprendía mejor ahora: comprendía el amor terrible que conduce á la muerte. Ni siquiera esta comprensión la entristecía; en la feliz aurora del amor no podía tener más que pensamientos de color de rosa.

Cantaba patéticamente «*Tutte le feste al tempio*», con un acento de mujer iniciada en los misterios de la pasión, pero con la faz alegre de quien se siente amada y no teme asechanzas.

En realidad, habíase enriquecido su vida con un inagotable manantial de alegrías. Cuando se sentaba en el hueco de la ventana, ocupada horas enteras en repasar la ropa, ¿quién podía impedir á su fantasía renovar cien veces y mil, hasta completa saciedad, su coloquio con Orlandi?

Ahora sí que podía Luzzi pasar impunemente, mirando á las ventanas de las de Portalupi; se sonreía al verlo.

Sonrióse también una mañana en que pasó el profesor Luminelli, meneando los brazos.

¡Cuán feos eran todos, en comparación de Orlandi! Parecíale que cada uno debiera fijarse en la suma ventura que le había cabido en suerte; muchas veces le entraban ganas de gritar:

—¡Oh, deteneos; Orlandi me ama!

Al mismo tiempo tenía la prudencia de la serpiente, para no manifestar su secreto. Una ó dos veces diarias se encerraba en su cuarto para leer y besar la carta; y luego salía serena, con un aire como si desafiase al Universo entero.

Creíase engrandecida, adquiriendo un concepto menos humilde de sí misma: si Orlandi la amaba y la había escogido entre tantas jóvenes, eso quiere decir que no era ella tan ínfima cosa como siempre creyera ser. La vanidad no podía germinar en su corazón, exquisitamente amoroso; pero una in-

genua satisfacción hacía brillar en su cara la belleza propia de las personas felices.

Su sonrisa, que siempre había sido graciosa, centelleaba; las pupilas tenían miradas más vivas, más seguras. En los cimbreos del talle, en los rápidos levantamientos del pecho, revelábase la mujer á través de las rigideces de la virgen.

Pensando un momento en el pesimismo de la jueza respecto á los hombres y al amor, Teresita sacó en consecuencia que la pobre mujer no debió de haber sido amada nunca. Si hubiese visto una sola vez los ojos de Orlandi como los había visto ella, fijos, elocuentes, húmedos, con un ardor comprimido; si hubiese escuchado aquella voz apasionada; si sus manos hubieran sufrido aquel apretón que cala hasta la médula de los huesos y no se olvida jamás, acaso no hablaría tan mal de los hombres.

Claro es que hay hombres perversos; pero en la serena mirada de Orlandi no podía esconderse maldad ninguna.

Pocos días después, vigilando por la mañana el paso del cartero, recibió Teresita una carta; una verdadera carta de amor esta vez, con palabras ardientes, con frases que le daban vértigos. Era todo un mundo que se descubría ante su alma y sus sentidos.

Aun cuando la índole, la educación y la vida habían hecho de ella una muchacha enteramente prosáica, con la vehemencia del novísimo afecto brotaban de su imaginación ideas de poeta.

Por la noche, cuando entre el monótono ronquido de las niñas y los lamentos de la madre y la lentitud del paso de las horas en la esfera del reloj, se sentía oprimir el pecho impulsada por deseos, por aspiraciones locas, salíase al jardín y se estaba allí diez ó quince minutos en éxtasis, saboreando aquel aislamiento que la permitía dedicarse á *él* por entero. Ni fríos, ni vientos, ni escarchas la preocupaban; ponía los pies en la húmeda arena de los senderos, abandonaba los cabellos al rocío de la noche, con los ojos dirigidos al cielo, bus-

cando en las miríadas de estrellas una combinación que formase la letra *E*.

Y cuando aquella letra de refulgentes caracteres se dibujaba en el inmenso firmamento azul, subía desde su corazón una onda conmovida, como una promesa, una profecía, un signo indeleble de la grandeza de su amor.

Ahora sabía el nombre de Orlandi: Egidio. No era ninguno de los antes imaginados, ni tampoco un nombre vulgar. No conocía á nadie de ese nombre, ni siquiera podía decir que era un nombre bonito; pues bien, luego de haberlo pronunciado una docena de veces, pensando en Orlandi, le pareció el nombre más dulce de la tierra.

No sólo con las estrellas componía aquel nombre; las horas en que, Cenicienta solitaria, se veía obligada á permanecer en la cocina, de pie junto al fogón, lo trazaba con una astilla en la ceniza.

En el reverso de las impostas, en los rincones obscuros de las paredes, en la margen del calendario, en todas partes donde un lápiz podía llegar, sucedíanse las *E*, acariciadas, prolongadas con trazos curvos y retorcidos.

En la puerta de su dormitorio, junto á su cama, donde nadie podía verlo, había una *E* mayúscula, enlazada con una *T;* y todas las noches, antes de acostarse, Teresita besaba aquel monograma, como hubiera besado una imagen bendita.

Todos sus actos se subordinaban de un modo involuntario al pensamiento dominante. Movíase y hablaba como si Orlandi la viese. En ocasiones sonreía al espacio, con la alucinación del rostro querido delante de los ojos. Tenía la costumbre de interrogarle, de pedirle su parecer. La ilusión era tan viva que, al desnudarse, prorrumpía en un grito espantoso, pareciéndole que Orlandi estaba allí.

En cualesquiera lugar y tiempo en que el joven se le hubiese aparecido, no podría sorprenderla, porque siempre consigo lo llevaba ella; hasta le causaba extrañeza no verle aparecerse tras de sus enérgicas evocaciones.

Se escribían á menudo. Esas cartas formaban ya un pequeño volumen, que la joven no lograba ocultar en su seno. Al cabo de largas vacilaciones y penosas rebuscas, Teresita resolvió coser su correspondencia dentro de la tela del colchón; pero á menudo lo descosía también para releerla, y todas las noches, al acostarse, se las arreglaba de manera que yaciese precisamente encima de su tesoro.

No era flojo compromiso el de responder á esas cartas.

Estaba convencida de ser iliterata, ignorante de todo artificio de estilo, y temía hacer mala figura; por tanto, limitábase á la conjugación del verbo *amar* en todos sus tiempos.

Su mayor goce consistía en escribir arriba *Mi queridísimo Egidio*, y abajo *tu fiel Teresita.*

La víspera de Navidad vino Carlitos á pasar las fiestas en familia.

Carlitos había visto á Orlandi, le había dado un apretón de manos: algo de *él* debía de habérsele adherido y quedado. Teresita le acosaba con astucia y agudeza, envidiándole la suma felicidad de ver á Orlandi todos los días.

Hacía uso de estratagemas ingeniosas para inducirle á hablar de su amigo.

—¡Qué graciosa es aquella corbata! Una semejante tenía.... ya no sé quién... ¡Oh, pero igualita! Pero, señor, ¿quién la tenía?

—Orlandi.

Y otra vez:

—¿Son aún amigos tuyos Paquito y Edmundo?

—Sí.

—¿No tienes otros..... de las clases superiores..... de la Universidad?

—Orlandi; es más amigo mío ahora que nunca.

Teresita se llenaba de júbilo.

La mañana del día de Navidad, mientras la mamá y las niñas acababan de disponerse para ir á misa, Teresita, vestida ya con su traje nuevo de lana y sombrerito de fieltro gris, se ponía los guantes al pie de la escalera.

Carlitos estaba silbando debajo del pórtico.

—Oye, Carlitos.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cierta fotografía que este otoño me enseñaste, de una dama..... así, con el brazo apretado contra el cuerpo..... vestida de blanco?

—¡Um!

—La tenías en el baul..... te parecía muy guapa.....

—Bueno, ¿y qué?

Teresita apretaba los dientes, haciendo fuerzas para abrocharse un guante, con la cabeza inclinada.

Debías enseñármela otra vez.

—¿Ahora mismo?

—No, ahora mismo no; cuando quieras.

—Ya no la tengo. Debo de habérsela entregado á Orlandi.

—¿A Orlandi?

—Sí, era suya.

El botón saltó de golpe, y la muchacha pudo hacer creer que la repentina contracción de su cara era efecto de aquel contratiempo.

Habíase prometido una buena mañana en la iglesia, con su traje nuevo y el sombrerito, que también le estaba; pero todo se echó á perder. Se sentía profundamente infeliz.

En la nave derecha, la joven señora de Luzzi, casada con él quince días antes, pálida, afectando un aire vaporoso, lucía bellísimos diamantes y encajes antiguos de Chantilly, ocasionando muchas distracciones y muchos pecados de envidia.

Nadie se fijó en el vestido de Teresita; pero eso no era lo que producía ira á la joven. Pensaba en aquel retrato de mujer.

Las tres misas pareciéronla seis. Tenía frenético deseo de estar sola, de quitarse todos aquellos inútiles vestidos, de echarse boca abajo en su cama y de llorar.

En aquella muchedumbre que la rodeaba, todas las caras parecíanle enemigas; la música del órgano le daba una tristeza

de campanas tañendo á muerto. Pero, ¿por qué se mostraba tan alegre la vieja Tisbe, tan vivaracha, con su cofia nueva? ¿Por qué estaba siempre tan rubicunda y reluciente como una manzana la gruesa ama de gobierno de su Ilustrísima? ¿Y la mujer del Alcalde, tranquila, serena, absorta en la lectura de su devocionario? ¿Y las dos hermanas Portalupi, recibiendo el reflejo de la elegancia de la otra hermana, vestidas ambas con traje nuevo, á la espectativa confiada de que las pretendiese un príncipe? Toda esa gente no amaba, no tenía celos; todas gozaban en paz de lo solemne de la Navidad.

Miró otra vez á la casadita señora de Luzzi. ¡Qué radiante! Ella era feliz.

También se acabó aquel tormento; salieron de la iglesia, las gemelas delante y Teresita detrás, con su mamá.

Carlitos las aguardaba en la plazoleta, pero junto á Carlitos estaba Orlandi. Teresita no quería dar crédito á sus ojos; ruborizóse, luego se puso pálida, después volvió á ruborizarse.

Ambos jovenzuelos se acercaron: Orlandi, aún más guapo que de costumbre, desenvuelto, risueño, radiante la mirada, con un abandono seguro en todos sus movimientos.

—¿Por Navidad aquí?—le dijo la señora Soave.

Orlandi respondió, mirando á Teresita de soslayo:

—He venido para ver á mi tía; me marcho dentro de una hora. No quería pasar este día sin verla.

Teresita comprendió: apropióse mirada, palabras é intenciones. Hubiera querido darle las gracias, allí, en sagrado, bajo aquel hermoso sol de invierno, en medio de toda aquella gente que un momento antes le parecía enemiga.

Levantó despacio los ojos, turbada y alegre, queriendo manifestarle su gratitud, y reprimida, sin embargo, por la necesidad de no hacerse traición á sí misma.

Acompañóla él hasta la puerta de su casa, dando la mano á todas, pero apretándosela á Teresita de un modo particular, como para confirmarla que sólo por ella había venido.

La muchacha estaba en éxtasis, disipada su melancolía,

desvanecido su despecho. Rió, cantó, dió dos ó tres vueltas bailando alrededor de su propio cuarto; miróse al espejo con suma complacencia, con un júbilo triunfante.

Sacó de un cajón de la cómoda dos cintas que las gemelas deseaban desde hacía algún tiempo y se las regaló.

Condujo á Ida de paseo por el jardín, jugando con ella, abrazándola á cada instante, con besos ardientes, furiosos.....

—Vuélvete á casa, Teresita, que vas á enfriarte.

¿Acaso hacía frío? Teresita obedeció y volvióse á casa; pero subiéndose de nuevo á su cuarto, abrió las vidrieras de la ventana, cediendo á una necesidad de aire, de luz, de movimiento.

Se habló de Orlandi en la mesa. El Sr. Caccia dijo que era una cabeza de chorlito, que daba malos ejemplos á Carlos, que ya se había comido varias veces el dinero para el título, y que nunca valdría para nada bueno.

Carlitos defendió á su amigo. Aseguró, sobre todo, que Orlandi iba teniendo juicio y que á fin de año se revalidaría, sin falta.

La primera parte de la conversación había hecho recaer á Teresita en sus furores, pero tranquilizáronla las explicaciones de su hermano.

También Orlandi la había escrito á ella que aquel año tomaría el título y después se casarían.

Aquella misma noche, antes de acostarse preparó una carta. Tenía debajo de la cama un platillo con tinta, para no infundir sospechas llevándose el tintero á su aposento; cogía el papel en el despacho de su padre, un papel azulado, cuadriculado, de hojas anchas como un pañuelo de cabeza; el día que llegase á tener una peseta, otorgaríase el lujo de comprar papel pequeño, inglés, como el que gastaba él.

Escribió que era feliz con la grata sorpresa; que por ella había pasado la Navidad más alegre de su vida, y otras muchas cositas graciosas como saben decir y escribir las muchachas enamoradas. Pero como siempre la quemaban en lo ínti-

mo del corazón los celos de la hermosa mujer fotografiada, al cabo de tres páginas de tornezas decidióse á meterse algo en aquel terreno peligroso. No podía soportar la duda; era demasiado atroz. Quería saber por él mismo la verdad.

Firmó como siempre: «*Tu fiel Teresita.*» Estaba bien segura de permanecerle siempre fiel, hasta la vejez, hasta la muerte. Contando con el promedio común, tenía por delante aún treinta años para amar á Orlandi; y se regocijaba al pensar cuán largos son treinta años.

Tres días después recibió como respuesta un cartapacio con franqueo doble, conteniendo el retrato de la hermosa, hecho trizas. Con esta nueva victoria, no tuvo ya límites la felicidad de Teresita.

Un leve humo de orgullo se mezcló con el puro sentimiento de su amor; sintióse potente y se volvió audaz.

Volvió á escribir diciendo que deseaba verle, hablar con él, proguntarle cien cosas, convencerse de que la amaba él de veras, oirlo repetir por su propia boca.

Vino el joven; diéronse cita como la vez primera, de noche, por la ventana, y fué la entrevista más larga que la primera vez, embriagadora; Teresita ya no tenía miedo.

De las cien cosas que deseaba preguntarle, no le preguntó ninguna: una sola fué dicha y repetida por ambas partes, sin variantes, con un *crescendo* de ardor, y la volvieron á decir al separarse, y se la juraron con el alma en los labios:

En lo sucesivo, nada parecía imposible á Teresita; con el amor de Orlandi, suyo era el porvenir.

Cada quince días, el estudiante se presentaba de improviso. Cosía ella junto á la ventana, y le veía de pronto aparecer acortando el paso, para poder cruzar al menos una mirada. ¡Qué emociones aquellas!

Cuando volvió la primavera y Teresita pudo trabajar con las vidrieras abiertas, su corazón estaba siempre en la calle espiando el paso de Orlandi.

Pasaba éste rasando la pared, murmurando palabritas

dulces; dejaba ella caer la aguja, opresa por una turbación deliciosa. Solamente sus miradas se encontraban en un abrazo inmaterial, y, sin embargo, todas las fibras de la joven se estremecían, cual si las tocase una llama.

Con el hábito iba perdiendo la prudencia. Ya no miraba si estaba desierta la calle, al asomarse para saludar á su novio, sin percatarse de que tras de las celosías hubiese algunas cabezas curiosas. Tenía todas las fes y los ardores todos del amor.

Una tarde del mes de Junio la jueza propuso á Teresita ir á darse un paseo por el malecón; llevaron también consigo á Ida, y así llegaron poco á poco á la parte del bosque, donde la orilla del río está casi desierta.

Hacía una tarde magnífica, una de esas puestas de sol purpúreas que se ven en las márgenes del Po, donde parece que arde un incendio tras la verde hilera de los álamos.

La niña se puso de pronto á buscar chinitas y hierbajos, saltando libre en campo abierto. Ambas amigas iban detrás silenciosas.

Ahora eran amigas de veras; desde que Teresita cumplió los veinte años, la jueza quiso que la tutease. Iban detrás, en silencio: la jueza, preocupada; Teresa en el éxtasis de sus ensueños, mirando la opuesta margen del río.

Bruscamente, según costumbre suya, dijo la jueza:

—¿Miras hacia Parma, donde está Orlandi?

Ruborizóse toda la joven, no preparada para la lucha.

—No lo niegues, ¿sabes? es inútil. El tuyo es el secreto de Polichinela.

—¿Cómo?.....

—Como acontece siempre con esta clase de secretos.

Teresita se lo refirió todo: puesto que guardar un secreto amoroso es una voluptuosidad, pero confiárselo á una amiga es voluptuosidad mayor.

Con el rostro encendido, con superabundancia de gestos y palabras, trató de dar á entender cuánto la amaba Orlan-

di; pero escuchábala callando la jueza, sin mucha emoción.

—¿Ves cómo he encontrado yo el amor ardiente y puro? ¡Existe!

La jueza seguía callando y andando cabizbaja, con aspecto meditabundo.

—Vamos, ¿no lo crees?

—¿El qué?

—Que Egidio me ama.

—¡Oh! sí, lo creo.

—Y entonces, ¿por qué pones esa cara mustia?

—Porque..... no sé por qué; pero no soy de opinión de que pueda hacerte feliz.

—¿No es un buen muchacho?

—Te lo concedo.

—¿Viste, cuando hubo la inundación, cómo se prestó sin recompensa ninguna, con riesgo de su vida? Todos hablaban de él entonces como de un héroe.

—Es verdad.

—Tiene talento.

—Sin disputa.

—Es simpático, guapo.....

—Y estos son, sin duda, sus méritos más evidentes.

—Además, si le conocieses en la intimidad, ¡cuánto se hace querer!.....

—También de eso estoy convencida. Pero es una cabeza caliente, ¿comprendes?, llena de grillos, con poca tenacidad de propósitos, sin afán ninguno por el trabajo.....

—¡Pareces mi padre!—exclamó Teresita con despecho.—¡Como si en el mundo todos hubieran de ser tiesos, graves y cargantes para servir de algo bueno!

—Es un hecho—prosiguió la jueza—que desde hace tres años se come el dinero del título.

—Pero, este año no: me lo ha prometido.

—Paso por ello. ¿Y después?

—Después..... nos casamos.

—¿Así, sin más ni más?

La muchacha dió muestras de no comprender.

—No puede ejercer la abogacía sin haber hecho antes la práctica en un bufete.

—La hará.

—Otros dos años.

—¡Cómo ha de ser, paciencia!

—No es rico por su casa.

—En resumen, acabemos: yo le amo.

Después de esta interrupción violenta, la muchacha lloró un poco, agarrándose al brazo de su amiga y repitiéndole que adoraba á Egidio, que sin él no podría vivir.

Enternecióse la jueza; ella también recordó sus primeros amores, las bellas ilusiones de los veinte años.

—En último término,—murmuró—puedo equivocarme. Orlandi no es malo; si te ama de veras, sabrá realizar el milagro.

—¡Me ama!

Así gritó Teresita, inflamada de entusiasmo, con los brazos extendidos hacia la margen derecha del Po, donde el sol al transponerse encendía los bosques.

XIV

Aquel año, la gran novedad entre los estudiantes era la reválida de Orlandi: una reválida espléndida, vencida con furiosa audacia, como un ataque á la bayoneta.

¿Qué había podido inducir á aquel estudiante, tan poco estudioso, á abandonar una vida que parecía estar para siempre en sus costumbres?

Hablábase con misterio en Parma de un amorío secreto. Del lado acá del río, el misterio se aclaraba de día en día: ya, ni siquiera era misterio. Todos habían visto á Orlandi en la

calle de San Francisco y adivinaban el por qué. Las muchachas dábanse á pensar de continuo cómo podía ser que el joven más guapo de los contornos se emplease tan mal en aquella Caccia que no era bonita, ni vistosa.

Y la miraban con envidiosa curiosidad al salir de misa, pasándola revista de pies á cabeza, comentándola sarcásticamente, con palabras breves, agudas, incisivas como saetas.

—Sin embargo, es simpática,—dijo una vez Luzzi, respondiendo á sus cuñaditas.

—¡Simpática!—exclamó la menor de las de Portalupi.

He ahí una palabra inventada para satisfacción de las mujeres que no tienen belleza ninguna.

Nada sabían aún en casa; pero la jueza continuaba recibiendo las confidencias de Teresita.

—¿Cuándo piensa casarse contigo?

—En cuanto acabe las prácticas.

—¿Dónde practica?

—En el bufete de Sandri, el primer abogado de Parma.

—¿No ha notado nada tu madre?

—No lo creo.

—Díselo.

Pero eso era un escollo. Teresita no sabía qué partido seguir; prefería aguardar en silencio la petición oficial.

Pasó un año entero, tranquilo en apariencia, agitado para Teresita, que dividía su tiempo en dos clases de días: aquellos en que tenía noticias de Orlandi, y aquellos que pasaban sin saber de él.

Todas las mañanas se levantaba pensando: «¿tendré carta hoy?» ¡Y qué fatigas, cuántos artificios, qué largas tramoyas hipócritas, para estar siempre en la ventana al paso del cartero. Habíanse hecho amigos: la saludaba él llevándose la mano á la gorra, con una indulgente sonrisa de persona de experiencia, de buen hombre sin malicia; dábale gracias ella con premura, echándole una mirada agradecida, y luego corría á esconderse con su tesoro.

Pero muchas veces el cartero no traía nada para Teresita; pasaba á la otra acera de la calle, haciendo una amistosa seña imperceptible con la cabeza.

Esto era siempre para ella un gran dolor, un espanto como si faltase la tierra debajo de los pies; le seguía con la vista, pareciéndole imposible que entre todas aquellas cartas no hubiese ninguna para ella. ¿De quién eran esas cartas? ¿Quién las recibía? Acaso hubiese alguna equivocación. Tal vez la carta de Orlandi yacía olvidada en el fondo de la cartera; quizá, y eso sería lo peor, la entregara el cartero, por error, á alguna otra persona.

Cuando esta duda se apoderaba de Teresita, era como si tuviese fiebre. No veía ni comprendía nada más. Pasaba la hora de almorzar, de peinarse, de vestirse, de trabajar; pasaban todas las horas, lentas, horribles. Teresita estaba mala; dolíala el corazón como si fuese á estallar, ó bien retardaba sus latidos como si hubiera de faltarle la vida de pronto.

Y disimulada siempre, impasible, dando vueltas por la casa como un autómata, hasta que á eso de las cuatro volvía á pasar el cartero con el segundo reparto, Teresita, que había estado esperándole todo el día, le llamaba con ansiedad, queriendo asegurarse de que no había llevado á otra parte la carta de Orlandi. Juraba él que no había carta. El corazón de Teresita parecía aliviarse un poco con esta declaración; cesaba el temor, pero acometíala una melancolía sutil, una sensación de aislamiento, de abandono, como si el mundo se hundiese en derredor de ella, y desapareciendo todos los seres vivientes quedara ella sola en una gran obscuridad fría.

Dos ó tres veces se habían encontrado á las once de la noche en la cita de costumbre; y como su amor llegaba al apogeo de la embriaguez habitual, aquellos encuentros estaban llenos de suavidad, llenos de ilusión.

Orlandi tenía aquella ternura delicada del hombre enamorado sinceramente, que esconde las uñas, no por hipocresía, sino por un transporte momentáneo del alma sobre el cuerpo.

Teresita tenía el confiado abandono de la mujer que no ha recibido aún desengaños.

Pasaban ambos el período más hermoso de la pasión, la zona refulgente y sin manchas. Él no había dicho todo, ella ignoraba mucho; y entre estas dos lagunas la imaginación se extendía hasta el infinito.

A través de la reja que los separaba, buscaban los mayores puntos de contacto, involuntariamente, impelidos por una irresistible atracción. Y era Teresita, en su ignorancia, quien se ofrecía; era ella quien acercaba el rostro, quien presentaba los labios, sin rubor, sin miedo, asombrándose de que Orlandi se retrajese en ciertos momentos y se mostrase frío al parecer, precisamente cuando con más ardor le apretaba ella.

La naturaleza, en su violencia y en su pureza, hablaba á Teresita; y ésta acogía el más sagrado de los instintos, no manchado por ningún mal pensamiento. Era buena, cándida, amaba; amaba á aquel joven que debía ser su marido; y como ponía sus transportes á los pies de Dios en sus fervientes plegarias, por eso no recelaba de él, ignorando las imposturas de la modestia, las reticencias de la coquetería.

Salía de aquellos coloquios con un recuerdo de felicidad, que bastaba para hacerla dichosa varios días seguidos. Su júbilo no tenía sombras. No tenía dudas acerca de la fidelidad de Egidio (del cual comprendía que era todo suyo), ni ansiedades por el porvenir. Su única pena era la separación; pero aun ésta sólo era temporal. Dentro de otros ocho ó diez meses pediríala Orlandi por esposa, y entonces todas las puertas le serían abiertas al novio.

No podía detenerse por largo tiempo en este pensamiento: ¡tan deslumbrante era la perspectiva! ¡Mujer de Orlandi, con su apellido, con el derecho de amarle, con la seguridad de ser amada, y para siempre!

Llevaba al amor la exaltación fatídica de los santos por su fe; sentíase llamada, guiada por una mano invisible. Célicos acordes resonaban detrás de ella. Soñaba su unión con Egi-

dio, como las vírgenes encerradas en el claustro sueñan unirse con el Señor, místicamente, en la elevación del alma que absorbe á la materia y la arrebata, abrasadas por la necesidad de transfundirse, enardecidas por el férvido deseo femenil que arrastra á todas, religiosas y amantes, á darse sobre un altar, á hacerse esclavas del hombre ó esclavas de Dios.

Este profundo afán de cadenas, que atormenta á las hermosas almas de mujer, tiene en sí una voluptuosidad extraordinaria; alcanzan en la debilidad aquellos mismos goces que de la fuerza consigue el hombre, y en el ceder encuentran una embriaguez aún mayor que otros hallan en el conquistar.

Otro sentimiento, nacido del amor, experimentaba Teresita: era una especie de respeto nuevo á su propia persona. Se lavaba con jabones de olor, se cuidaba las manos con minuciosa atención, cayendo por vez primera en cuenta de que tenía unas manos muy bonitas, deseando hacerlas aún más bellas, más suaves para los besos.

—No lo entiendo—decía la señora Soave—desaparecen de la despensa los limones, como si fuesen panecillos.

Y las gemelas gritaban á una voz:

—Teresita los gasta todos en limpiarse las uñas.

Hacíase refinada, en su inocente apetito de agradar. No tocaba los ajos ni las cebollas el día que esperaba hablar con Egidio, ó bien, temerosa de oler á cocina, agarraba hojas de geranio y se las ponía en el pecho. Nunca se encontraba suficientemente aseada; hubiera querido oler como una flor para él.

La mayor de las de Portalupi se casaba, no con el Subgobernador, sino con un empleadillo de Cremona. Las huérfanas del Asilo estaban cosiendo el equipo de novia; y Teresita, que conocía á la directora del piadoso establecimiento, fué un día á verlo juntamente con la jueza.

Sólo la palabra «boda» hacíala palpitar el corazón. Se sentía arrastrada por una curiosidad ardiente hacia aquel equipo que las huérfanas confeccionaban con arreglos hechos venir exprofeso de Milán. Las pobres chicas, un poco estúpidas,

muchas ignorantes, todas feas, desdoblaban la ropa blanca, enseñando los bordados, de una paciencia inaudita.

La directora, una solterona vieja, con pelos en la barba, con la faz endurecida por el ascetismo, tocaba con sus escuálidas manos la finísima batista, pasando la punta del delantal por debajo de los calados para darle mayor realce.

—¡Esta guirnaldita de violetas!—dijo la jueza.

—¡Y este encaje de Venecia!—añadió Teresita, indicando una camisa cuya mitad superior era toda ella de transparentes encajes.

La directora la desdobló por completo, deseando demostrar las habilidades de sus discípulas. Por el fondo de la camisa, después del borde del canesú, corría un adorno de encajes fruncidos, de una ligereza ideal.

Teresita interrogó con los ojos á su amiga.

—Son caprichos..... ¿sabes?..... en algunas circunstancias.....

La directora, rígida, sin comprender nada fuera de las labores, tenía en alto la camisa, desplegada como una bandera. En derredor suyo, con los ojos abobados y abierta la boca, miraban en silencio las huérfanas.

—¿Y todas las camisas sin mangas?—exclamó Teresita.

—¡Oh!—dijo la directora con acento pudibundo;—las camisas de noche, no.

—Esas no se llevan—murmuró la jueza.

—¿Qué dices?—susurró Teresita en voz baja, abriendo mucho los ojos.

—Digo que esas horribles camisas, altas hasta las orejas, con mangas largas, todas llenas de pliegues en el pecho, con puños y cuello vueltos, se quedan siempre como muestra en los equipos de boda, ¡á Dios gracias! En la práctica sirven mejor las otras.

La directora se mordió los labios, dura y correcta, tomando un paquete de pañuelitos blancos, y luego otro de colores variados: crema, rosa, azulado, lila pálido. Todos aquellos

matices juveniles juntos parecían un ramo de flores y alegraban la blancura uniforme de la tela, reapareciendo en las cintas de las cofias, en el viso de las camisetas de mañana.

La joven observaba todo minuciosamente, con la cabeza baja, atenta, queriendo grabar en la memoria los dibujos de los bordados para copiarlos, pensando con un poco de amargura que ella no tendría jamás todas esas maravillas.

—También tenemos dispuesto un equipo de recién nacido. ¿Desean verlo ustedes?

—¿De quién es?

—De la señora de Luzzi.

—¡Oh! La hermana.

— Justo.

—¿Con que es cierto?..... Un poquillo se ha hecho esperar, ¿eh?

La directora no respondió. No tenía obligación de conocer esas cosas.

Lo jueza dió un vistazo superficial á la canastilla. ¡Habían ya pasado tantas por sus manos! Y dijo á la muchacha, que estaba examinándola:

—Tiempo tienes para esto.

Teresita se ruborizó.

—Las hacemos más sencillas, si es preciso—añadió la directora, la cual seguía impasible el hilo de sus ideas—y tomamos de nuestras clientes todo, la tela, las puntillas, etc.

—Bien, bien.

—Se hace por estas pobres chicas, que no tienen padre ni madre.

Teresita miró á las huérfanas formadas en fila; y pareciéronle tan feas, que le inspiraron grandísima compasión. De seguro ninguna de ellas llegaría á conocer el amor; y sin amor, á qué se reduce la vida de una mujer?

—¡Pobrecitas!

La directora, creyendo que esa compasiva palabra se dirigía á la pobreza de sus educandas, se apresuró á añadir:

—Pero, sin embargo, aquí están bien; el alimento es sano, el trabajo no es excesivo. Cuando salen, si han aprendido un oficio, eso tienen en ventaja suya.

La jueza aprobó en silencio con la cabeza.

Teresita no estaba convencida de aquella fortuna. Pensaba en Egidio, en sus miradas de fuego, en sus apasionados apretones de manos. Poco á poco se olvidó de lo que la rodeaba. Su amiga hablaba en pie con la directora; y al ser interrogada ella, decía: «sí, no, muy bonito», sonriéndose ó meneando la cabeza, como una máquina, sin comprender.

Dentro y en torno de ella, una onda de pensamientos la ceñía como una nube, aislándola. Eran frases incompletas, un movimiento de labios, una agitación, un silencio, un suspiro... La última vez que estuvieron juntos habíala dicho «mis manitas», besándoselas; y al pensar en aquella noche, Teresita repetía lo de «mis manitas», con los ojos cerrados y los brazos caídos, apretándose ella misma la mano.

Tuvo un sobresalto cuando la directora la saludó: á aquel saludo hicieron eco las huérfanas á coro.

Pero fuera, en la amplitud de los caminos desiertos, ante el verdor de los árboles, bajo el cielo teñido en gradaciones de palideces opalinas, siguióla aquella onda dulcemente perseguidora, aquella absorción en un pensamiento único que tiranizaba á todos los demás.

Por la noche, mientras estaba desnudándose, volvieron á aparecer en su fantasía los encajes, la batista bordada, las cintas azules y de color de rosa. Suspiró levemente, con una sombra de melancolía en el rostro; y probó á arrollar las mangas de su camisa hasta por encima de los hombros, para juzgar el efecto de las camisas sin mangas. Dedujo que nunca se atrevería á gastarlas ella; pero echóse en el lecho turbada, con tentaciones que la tuvieron despierta por mucho tiempo.

Tenía veintidós años, estaba en el pleno goce de la juventud: era pura, pero no insensible.

El misterio de la vida comenzaba á abrirse paso en su ce-

rebro; pero, no habiendo aún tenido una revelación brutal, el hecho permanecía siempre sujeto á la idea. Sentía é ignoraba, y quería ocultar como una culpa esas sensaciones propias, precisamente por su ignorancia de que eran las mismas sensaciones de todo el mundo.

Ni siquiera se le pasaba por las mientes que su madre hubiese podido amar así, ni tampoco su amiga ni persona ninguna de su conocimiento. A nadie de ellas, á las cuales amaba desde años, con quienes estaba unida por lazos de costumbre y de confianza, hubiera manifestado ni uno solo de sus ardores.

Un pensamiento que la asediaba todas las noches, en la soledad de su cama, en la infinita dulzura de las tinieblas, era este: «¿Qué haría Egidio apenas se casaran, al principio, en el primer momento?» No tenía duda ninguna de que la abrazaría. Acá y allá había leído algo de abrazos amorosos, recordaba ciertas frases, ciertos girones de conversación, y parecíale que el abrazo sin una reja por medio debe de ser la mayor delicia del amor. Cerraba los ojos y sentía correr un escalofrío por todo su cuerpo.

Pero si el cura de San Francisco tronaba alguna vez contra las pasiones pecaminosas, si en su devocionario leía los anatemas lanzados contra la carne, le asaltaban escrúpulos. Creíase entonces una gran pecadora y se ruborizaba á obscuras en la cama, arrebujándose toda en la camisa, con un pudor extraño.

Otro raro pudor, inexplicable, sentía entonces en sus relaciones con su hermano.

Aguardaba las visitas de Carlitos con ansia grandísima, para tener nuevas de Orlandi, para oir hablar de él; pero ya no corría en demanda de sus besos, en busca de sus caricias; ya no se ponía enteramente junto á él, como en otros tiempos, para aspirar el olor del cigarro y para sobarle la barba naciente. Si la cogía él bromeando por el talle, separábase ella como bajo la impresión de un malestar, casi de una repugnancia física.

Se apresuraba después á corregir el desvío con una frase cariñosa, pero le quedaba una especie de acritud en la sangre. En una de estas ocasiones le dijo Carlitos:

—¡Qué salvaje eres! Como seas así siempre, no podrás agradar mucho á los hombres.

Un poco le mortificó ese dicho, temiendo no tener suficientes gracias. Empero estaba muy segura de que con Egidio no sería nunca esquiva; antes, por el contrario, atormentábale siempre el deseo de acariciarle. Y uno de sus más intensos placeres, cuando estuviesen casados, había de ser el de abrazarle y besarle como á Ida.

Colocaba á Ida encima de sus rodillas y, comenzando por los cabellos, la besaba, riéndose, toda la cara, hasta la barba, hasta el cuello, hasta por detrás en la nuca, donde le nacían los ricitos rebeldes. Pero á Egidio no podía sentárselo en las rodillas; y la idea de que pudiesen invertirse los papeles, le proporcionó uno de los más agitados desvelos.

NEERA.

(Se continuará.)

CLEOPATRA

(Segundo y último).

AMOR DE CLEOPATRA.—TRANSFORMACIÓN DE ANTONIO

Siempre fascinó á Cleopatra el héroe de Filipos. Acaso cuando, con su elegancia y su seducción de sirena, le hizo caer en sus redes en las novelescas vistas de Tarso, sólo sentía (fuera de ulteriores miras ambiciosas) la admiración que no podía menos de inspirar á una fantasía como la suya el hombre que no tenía rival entre los grandes capitanes de aquella época, que daba continuamente muestras de bizarra y aristocrática grandeza, y que ejercía, además, la prestigiosa influencia de una progenie semidivina (descendiente de Hércules).

Más adelante, cuando Cleopatra, con la milagrosa influencia de sus hechizos de todo linaje, cautivó á aquel hombre, antes infiel y tornadizo en sus siempre lúbricos amores, honda emoción de verdadera ternura penetró en el corazón de la hermosa Reina, y se formó entre ellos un lazo de misteriosa atracción recíproca, que sólo la muerte había de romper.

Cleopatra cobró afición honda é inalterable á Antonio; y después de tan tenaz unión de afecto, de cultura, de instintos, de grandiosas ilusiones de poder y de gloria, era natural que, al desaparecer del mundo Marco Antonio, aquella mujer, que no sabía sentir á medias, se viese asaltada por el implacable afán de morir, y, hallando cerrado el horizonte de su vida, buscase en el sepulcro el único refugio de su extremada desventura.

Cleopatra llegó á amar á Antonio con vehemencia. No se domina, de tal manera y por tan largos años, un corazón como el de aquel semidiós romano, sin el misterioso y absorbente poder del amor verdadero, que ninguna astucia ni femenil artificio puede reemplazar.

La Reina cayó también en la hoguera que ella había encendido; pero entre aquellas dos almas, tan entrañablemente unidas, preponderó siempre la suya.

TRANSFORMACIÓN DEL HEROICO CAUDILLO

Debajo de la áspera corteza del soldado romano vivían, adormecidas, facultades delicadas, tiernas, estéticas, que sólo despertaron cuando, con su vara mágica, tocó el alma de Antonio la Circe del Nilo. Causas especiales hubieron de contribuir á su fascinación. Cuando comprendió los deleitosos atractivos de la civilización de Alejandría, aquella brillante ciudad fué para él un mundo nuevo. La cultura filosófica, literaria y artística, los recreos públicos, todas las excelencias de la vida helénica habían pasado á Alejandría, donde ya reinaban los encantos del lujo oriental. No tenía rival, á la sazón, aquella civilización esplendente y amena. Los museos y las bibliotecas encerraban tesoros de literatura y de arte; y no es dudoso que, merced á los Institutos allí creados por la dinastía Lagida (en los cuales preponderaba el elemento helénico),

han llegado á nosotros, después de veinte siglos, las obras inmortales de la antigua Grecia.

La residencia de Marco Antonio en Atenas, en Jerusalen, en Ecbatana, en Éfeso, en Pérgamo y en otras hermosas ciudades orientales, había quebrantado en su ánimo la sequedad romana, y se complacía, cual pudiera un sátrapa persiano, en las ceremonias y festejos que le consagraban; en los cuales diferían mucho de los de Roma, los singulares ritos y los pintorescos trajes. De éstos usaba él mismo alguna vez, con disgusto y escándalo de los romanos (1); disgusto que, con artera intención fomentaba hábilmente para hacer creer que Antonio había perdido el sentimiento de la patria.

La verdad es que, sin menoscabar su leal afecto á Roma, profunda impresión hubo de causar en el ánimo de un hombre como Antonio, de índole á la vez inteligente, sensible y sensitiva, el espectáculo esplendoroso y recreativo que ofrecía aquella ciudad maravillosa.

Cleopatra (á pesar de las frivolidades de que sus enemigos la acusaron, cuando ya no existía), tomaba por lo serio los deberes de la realeza. Ella sostenía generosamente, con sus propios recursos, filósofos, naturalistas, matemáticos, astrónomos y otros cultivadores y maestros de las ciencias y de las letras; ella, que hablaba todos los idiomas del Asia occidental (2), y no sabía vivir sin los refinamientos de la inteligencia, era el alma del movimiento civilizador, que daba luz, vida y alegría á aquella capital greco-oriental (3).

(1) Vestía unas veces traje ateniense; otras, alguno de los trajes asiáticos.

(2) Los escritores de la antigüedad mencionan los siguientes idiomas (sin contar el griego, el latino y el egipcio): etíope, troglodita, hebreo, árabe, sirio, pártio, medo.

(3) Todas las clases participaban de aquella cultura y bienestar. Las cercanías de la ciudad estaban llenas de preciosas quintas, que llamaban *casas de flores*. El canal entre Alejandría y Kanope estaba constantemente poblado de barcas, en las cuales resonaban alegres cantos, y melodiosas armonías de flautas y de cistros.

Marco Antonio recibió de lleno la deslumbradora y halagüeña impresión, y no costó mucho á Cleopatra, con su magia y su ejemplo, convertir al bronco soldado en sincero admirador de las obras del ingenio y del arte. Muy señalado testimonio dió el triunviro de esta honrosa transformación, debida al dulce ascendiente de la Reina, cuando, al regresar de una de sus gloriosas campañas en el Asia Menor, le ocurrió llevar á Alejandría, como el más valioso y simpático presente que podía ofrecerse á Cleopatra, nada menos que la famosa biblioteca de Pérgamo, compuesta de doscientos mil volúmenes, entonces la segunda del mundo; acto que prueba su deseo de seguir los nobles impulsos de Cleopatra, acrecentando en Egipto el caudal de los frutos del saber humano; pero más digno de vituperio que de aplauso, pues la superioridad de las armas no autorizaba, en razón y en justicia, á despojar á aquella noble ciudad asiática del tesoro literario que con tanta gloria había reunido su esclarecido Rey Eumenes II.

AMOR DE ANTONIO

Extraviado por las funestas sugestiones de la más sañuda pasión política, Cicerón ha dejado un infiel retrato de Marco Antonio, presentándole como tipo horrendo de perversión moral, degradado por todo linaje de vicios y de crímenes. Séneca, menos violento, y dispuesto á la templanza, si bien arrastrado por la corriente de la lisonja cesariana, á vueltas de llamarle *varón insigne y de noble ingenio,* le declara incontinente y borracho (1).

---

(1) «M. Antonium, *magnum virum et ingenii nobilis,* quæ alia res perdidit, et in externos mores ac vitia non romana transjecit, quam

Plutarco, á fuer de moralista, pretende ser imparcial con el inmortal vencedor de Filipos; pero está muy distante de serlo, y sigue abiertamente la tradición denigrativa. No intenta hacer resaltar la grandeza de alma que demostró Antonio en sus relaciones con Julio César, de amigo, de leal subordinado, de heroico soldado; como igualmente el generoso espíritu, la elocuencia y hasta el noble arrojo con que defendió la gloriosa memoria de aquel grande hombre, en cuya escuela aprendió el arte de la guerra. En cambio, extrema la pintura de los defectos del triunviro hasta tal punto, que (principalmente en la primera parte de la narración) parece Antonio un ser envilecido por sus vicios, por sus desmanes, por la bárbara condición de su carácter. Hasta afirma, como para humillarle, haciéndole aparecer tramposo, que se apoderó en Roma de la casa de Pompeyo, negándose á pagarla.

Contra este espíritu estrecho y torcido del famoso biógrafo griego protestan los hechos mismos del héroe romano; y hay sobrados testimonios para poder juzgarle con absoluta imparcialidad.

Marco Antonio tuvo eminentes prendas de carácter, mezcladas con grandes imperfecciones morales. En los campamentos militares sobrio, paciente, dechado de rigorosa disciplina, capaz de soportar la sed y de alimentarse con hierbas y raíces, como el último soldado, en las marchas aflictivas, por parajes inhospitables y desiertos (1); en el alegre bullicio de las ciudades, olvidaba la austera energía de las campañas militares, era inmoderadamente fastuoso, buscaba con afán los deleites de toda especie, mostraba voluntad irreflexiva é inconsistente, y, como su antiguo ídolo Julio César, llevaba hasta el escándalo sus disolutas costumbres.

---

ebrietas, nec minor vino Cleopatræ amor?» — Séneca (Lucius Annæus) *Epístolas á Lucilio*, núm. LXXXIII.

(1) Así aconteció en la célebre retirada después del duro cerco de Fraata.

Era generoso y afable, y carecía por completo de la maligna astucia de Octavio. Pero le faltaban dos cualidades esenciales en un hombre que sube á tanta altura: previsión y dominio sobre sí mismo para reprimir las pasiones y gobernar con prudente firmeza los impulsos del corazón. La ausencia de estas cualidades basta á explicar cómo pudo llegar á tan desastroso término una figura tan imponente y tan esclarecida.

La pasión que le inspiró Cleopatra, fué profunda, avasalladora, apenas concebible en el veleidoso libertino de Roma. Flaco aliento demostró Marco Antonio para combatirla ó encaminarla; y el incomparable caudillo que por su vigor y su intrepidez había sido en las batallas asombro y ejemplo de los más animosos legionarios, cayó débil, vencido sin lucha y para siempre, á las plantas de aquella mujer que, por su belleza y su soberano prestigio, no tenía rival en el mundo.

Pero fuera sandia vulgaridad creer, como han creído algunos escritores, que las aficiones lascivas de Antonio y las seducciones externas de Cleopatra fueron la causa de la unión tenaz de aquellas dos almas superiores. La magia efímera de los sentidos no puede formar lazos tan robustos, que al tiempo, á los reveses y á la muerte misma resisten.

Catorce años pasaron desde la aparición de la Reina en Tarso en su deslumbradora galera (que produjo en el alma del triunviro la impresión de una visión del Empíreo) hasta la aciaga muerte del héroe en Alejandría. En este largo espacio ¡cuántas vicisitudes venturosas ó amargas! ¡Cuántos gigantescos esfuerzos para romper aquella unión, que era perpetua amenaza para la supremacía política de Roma y aun para todo el Occidente romano!

Todo en balde. En Roma llamaban afectadamente á Cleopatra la concubina de Antonio. Era uno de los medios de infamación que empleaba la intriga favorable á Octavio. Pero debió de labrar poco en la opinión este pobre artificio, no sólo porque en materia de laxitud de costumbres no era muy escrupulosa la sociedad romana, sino porque nadie podía ignorar

que Marco Antonio había repudiado á Octavia, la hermana de César Octavio, y contraído matrimonio con la famosa Reina de Egipto.

Antonio, en una carta á Octavio escrita el año 39 (antes de Jesucristo), le dice con harto familiar desenfado:

«No comprendo tu mudanza. ¿Consiste en que cohabito con una Reina (Cleopatra)? Pero es mi mujer *(uxor);* y no es cosa reciente, pues lleva ya nueve años de fecha. Apuesto á que poco antes de leer esta carta, te has solazado con Tertulla, ó con Terentilla, ó con Rufilla, ó con Salvia Titiscenia, ó con todas cuatro» (1).

Los que han intentado hacer de Cleopatra un tipo de impureza y lascivia, no la presentan nunca como legítima esposa de Marco Antonio; pero lo fué sin duda, y hasta los escritores de sano é imparcial espíritu de los tiempos modernos lo reconocen y confirman (2).

---

(1) Suetonio publicó esta carta, que existía en los archivos de la casa de Julio César:

«Quid te mutavit? Quod Reginam ineo? *uxor* mea est. Nunc cœpi, an abhinc annos novem? tu deinde solam Drusillam inis? ita valeas, uti tu, hanc epistolam quum leges, non inieris Tertullam, aut Terentillam, aut Rufillam, aut Salviam Titisceniam, aut omnes?»

(C. Suetonius Tranquillus.—*Octavius Augustus.)*

(2) Citaré un solo ejemplo, curioso por su rápida concisión, y por pertenecer á la famosa obra enciclopédica de la Edad Media, de Vicente de Beauvais:

«De nece Anthonii et Cleopatræ.—.....Porro cum est lascivus Anthonius correptus amore Cleopatræ Egipti Reginæ, repudiata Augusti sorore, ipam sibi Cleopatram matrimonio copulavit, et Augusto bellum indixit.»

(Speculum Historiale, lib. VII, cap. LIII.)

ALTA IMPORTANCIA HISTÓRICA DE CLEOPATRA.—COMBATE NAVAL DE ACCIO

Después de leer en autores antiguos y modernos los insultos y los panegíricos, se ve claramente que Cleopatra es una figura singular, que la historia disputa á la leyenda y la leyenda á la historia.

No ha faltado quien, prescindiendo de las frívolas anécdotas y de los cuadros de costumbres, ha estudiado en Cleopatra, no su carácter novelesco ó dramático, sino el concepto filosófico de su reinado, esto es: la influencia que aquella mujer, con su dominio sobre el albedrío de Marco Antonio, ejerció en el rumbo de los azarosos acontecimientos de tan crítico período de la historia romana, que dieron por resultado la unidad política del mundo, abriendo así más vasto y fácil campo á la revolución moral con que en breve el cristianismo había de traer nuevos consuelos y esplendores á la conciencia humana (1).

Pero como el aspecto poético y dramático de la vida de Cleopatra es más perceptible y simpático que el aspecto histórico, han sido por lo común poetas y novelistas los escritores inspirados por la hechicera soberana del Nilo. Shakspeare y Alfieri (los más renombrados entre todos), no se han parado á interpretar el siglo de Cleopatra, y cada uno de ellos se ha limitado á seguir su respectivo punto de vista, puramente dramático.

De los lances *leyendarios* que han nacido de la complicada historia de Cleopatra, ninguno se ha hecho tan proverbial co-

(1) *Cléopâtre,* par M. Jules de Saint-Félix.

mo la famosa perla de valor incalculable, que Cleopatra, en un festín, bebió disuelta en su copa de ágata.

Son muy variadas las versiones de esta anécdota, que, más que real, parece imaginaria. Una de las más extrañas es la que hallamos reproducida en el *Tesoro,* de Covarrubias. Ya no es una perla, son dos; y pierde la leyenda su poético carácter, por ser en el vinagre *de una ensalada* donde Cleopatra arroja una de las dos perlas. Lo más peregrino es que el sabio Canónigo de Cuenca, lejos de sospechar siquiera que la destrucción de la perla tiene trazas de fábula, presenta sin titubear, como hecho histórico, aquel cuento inverosímil (1).

Plinio es quien ha referido con mayor puntualidad la anécdota, difundida después por todo el mundo, de la perla disuelta bebida por Cleopatra. El gran naturalista, siguiendo el impulso de su tiempo, vitupera sin tregua á la hermosa Reina

(1) «Y si eran de precio algunas de estas arracadas que se usaban en el mundo, echaréislo de ver por las que traía Cleopatra, que un pinjante de una perla (que deshizo para echar en el vinagre de una ensalada, para hacer la cena que dió á Marco Antonio) costosa que no tenía precio; y, queriendo deshacer la otra, se lo impidió; la cual, después partida por medio, sirvió en Roma por arracadas á la estatua de Venus.»

(Sebastián de Covarrubias. *Tesoro de la Lengua Castellana).*

Covarrubias tomó, probablemente, de Plinio esta popular historia; pero no la reprodujo con fidelidad, ni comprendió el espíritu del autor latino. Este nada dice de la *ensalada,* invención que, por su prosaismo, daña al elevado carácter de la leyenda. No era *cena* tampoco, sino suntuoso banquete.

De estas perlas fantásticas de Cleopatra han hecho mención todas las literaturas de Europa. En España con bastante frecuencia, y siempre para denotar la elegancia y la riqueza de aquella Reina. He aquí un ejemplo sacado del teatro:

«De cuyo dulce consorcio
nació esa perla con alma,
con quien son todas berruecos,
aunque entren las de Cleopatra.»

(Vélez de Guevara.—*Más pesa el Rey que la sangre*).

y al heroico triunviro; pero su amor á las ciencias y á las artes, y su afición á las anécdotas de gran curiosidad ó resonancia, amortiguan su patriótico encono, y se inclina ante todo á pintar el lujo y la inaudita esplendidez de Cleopatra y de Antonio. Este es el propósito manifiesto de Plinio, que se reduce á dar idea, con la destrucción de la magnífica y costosísima perla, del exorbitante despilfarro de la elegante soberana.

Según la narración romana, la historia de las perlas procede de una apuesta temeraria entre los dos esposos. Cleopatra, en un arranque de orgullosa y ciega bizarría, dijo á Antonio que ella sola consumiría en un banquete diez millones de sestercios (2.100.000 pesetas aproximadamente). Antonio la escuchó con risa; no podía creer que hubiese medio de realizar la anunciada y misteriosa prodigalidad. Nunca habría imaginado que Cleopatra intentase destruir las dos perlas mayores del mundo, que habían sido fastuosa gloria de reyes orientales, y que eran maravilla sin igual de la naturaleza. La Reina bebió la primera perla; pero, al ir á arrojar en la copa la segunda, contúvola L. Planco, juez de la apuesta, y declaró vencido á Marco Antonio (1).

No malogra Plinio ocasión alguna para deprimir á Antonio y á Cleopatra, haciendo resaltar su fausto exuberante. Hasta se le ocurre recordar el hecho, consignado por el orador Messala, de que eran de oro macizo los vasos destinados al más ínfimo uso en la alcoba de Antonio (2).

(1) «At illæ corollarium id esse, et consumturam eam cœnam taxationem confirmans, solamque se centies H-S cœnaturam, inferri mensam secundam *(segundo servicio)* jussit. Ex præcepto ministri unum tantum vas ante eam posuere aceti, cujus asperitas visque in tabem margaritas resolvit. Gerebat auribus quum maxime singulare illud, et vere unicum Naturæ opus. Itaque expectante Antonio quidnam esset actura, detractum alterum merşit, ac liquefactum absorbuit. Injecit alteri mænum L. Plancus, judex sponsionis ejus, eum quoque paranti simile modo absumere, victumque Antonium pronuntiavit, omine rato.»

(C. Plinii Secundi Naturalis Historiæ, liber IX).

(2) *Plinio.*—Lib. XXXIII.

Tarea infructuosa. Con intención hostil quisieron desacreditar en la posteridad, por su fausto extremado, aquella corte magnífica y refinada, centro luminoso de las civilizaciones de Oriente y de Occidente. Todas las exageraciones relativas á aquel aparato inaudito de esplendor y opulencia, en vez de amenguar el prestigio de Cleopatra y de Antonio, no hicieron sino dar á su memoria mayor estrépito y grandeza.

A pesar de los circunstanciados pormenores que, con apariencias de convicción, emplea el escritor latino, el extraño suceso es en sí mismo tan insensato y monstruoso, que no es dable concederle realidad histórica, por mucha verosimilitud que quiera atribuirse á los vanidosos caprichos de Cleopatra.

COMBATE NAVAL DE ACCIO

Donde más activamente se hizo sentir el incontrastable ascendiente de Cleopatra sobre el alma de Antonio, fué en la batalla de Accio. Pero esta vez de un modo funesto y desastroso. Estaba en los inescrutables designios de Dios, que la catástrofe inesperada fuese infeliz remate de aquellos apasionados y ruidosos amores, donde en el espacio de dieciocho años todo había sido triunfos, venturas y esplendores.

La guerra entre Octavio César y Marco Antonio era la contienda ingente y formidable entre el Oriente y el Occidente. Cada uno de los dos rivales representaba una mitad del mundo. Italia, España, Galia, Iliria, Sicilia, Cerdeña con sus islas (es decir, el Occidente entero), se hallaban bajo la potestad de Octavio: sustentaban la causa de Antonio, Egipto, Grecia, Tracia, Macedonia, las provincias romanas del Asia, y gran número de dinastías orientales independientes, esto es, todo el Oriente civilizado.

Todo auguraba la victoria de Antonio. Componían el nú-

cleo de su ejército, sin contar los contingentes auxiliares de los reyes que estaban á sus órdenes, cien mil infantes (diecinueve legiones) y doce mil caballos: tropas aguerridas, siempre vencedoras, entusiasmadas con el prestigio militar de Antonio y confiadas en su genio y pericia, á las cuales nadie era capaz de resistir.

Pero (según el texto de Plutarco, conforme en el caso presente con todos los testimonios históricos) «estaba Antonio de tal modo pendiente de aquella mujer, que siendo las fuerzas de tierra aquellas en que considerablemente se aventajaba á su contrario, se decidió por el combate naval á causa de Cleopatra.»

La Reina formó empeño en asistir personalmente á la batalla. Su voluntad había llegado á subyugar tan poderosamente la de Antonio, que no supo éste resistir el temerario antojo, y la flaqueza indisculpable del héroe romano en aquel trance decisivo fué su perdición y su vergüenza.

De quinientas naves se componía la Armada de Antonio; mas la esperanza del triunfo se cifraba principalmente en sesenta de las famosas galeras de Cleopatra, muchas de ocho y diez órdenes, las más robustas y colosales que en aquel siglo cruzaban los mares (1).

«Cuando todavía la batalla—dice Plutarco—se mantenía indecisa, se vió de repente á las sesenta naves de Cleopatra desplegar sus velas para navegar y huir por medio de los que combatían. Mirábanlas los enemigos, asombrados al ver que

(1) Juzgábanse invencibles, y el temor que inspiraban se infiere de estas palabras de Plutarco: «Cuando se trabó el combate, no había choques ni roturas de naves, porque las de Antonio por su pesadez no tenían ímpetu, y las de César, no solamente se guardaban de ir á dar de proa contra unos espolones firmes y agudos, sino que ni siquiera se atrevían á embestir á las contrarias por los costados, porque las puntas de los suyos se rompían tan pronto como daban en unas naves hechas de grandes maderos cuadrados, compaginados unos con otros con abrazaderas de hierro. Era, pues, parecida esta pelea á un combate mural.»

con viento favorable se dirigían hacia el Peloponeso. Vióse allí claramente que Antonio no se condujo, ni como General, ni como hombre que hiciera uso de su razón..... Fué arrastrado por aquella mujer como si estuviera adherido y hecho una misma cosa con ella; pues no bien hubo visto su nave en huída, cuando, olvidado de todo, abandonando y dejando en el riesgo á los que por él peleaban y morían, se trasladó á una galera de cinco órdenes, y se fué en seguimiento de aquella que al fin había de perderle.»

Con estas llanas y expresivas palabras refiere el biógrafo de Queronea el hecho más trascendental que recuerdan los anales del mundo antiguo.

En Dion Cassio se encuentra una versión de este hecho inexplicable, en la cual aparece menos lastimado el glorioso nombre de Marco Antonio. Según el famoso historiador de Nicea, al ver alejarse la Armada egipcia, no ocurrió á Antonio que fuese por mandato de la Reina. Imaginó que era consecuencia de un repentino pánico, y se arrojó (en un tirreme ligero) al alcance de las naves, para contenerlas y llevarlas de nuevo al combate (1).

Ya no era tiempo. Cleopatra hubo de negarse á volver al

---

(1) «La batalla, largo tiempo dudosa—dice Dion Cassio—terminó e este modo: Cleopatra no tuvo aguante para esperar el resultado de un acontecimiento que tanto tardaba en resolverse. Devorada por impaciencia femenil propia de una egipcia, por el desasosiego que le causaba tan dilatada incertidumbre, y por la ansiedad que alternativamente la conmovía en uno ú otro sentido, se alejó inesperadamente del combate, dando la señal de la retirada á sus súbditos..... Antonio, persuadido de que era el miedo y no las órdenes de Cleopatra lo que había inducido á los egipcios á la huída, corrió á detenerlos..... Pero el desaliento y la turbación se apoderaron entonces del resto de los soldados.»

«Καὶ οὕτω τά τε ἱστία αὐτῶν εὐθὺς ἁραμένων, καὶ ἐς τὸ πέλαγος ἀφέντων, ἀνέμου τινὸς κατὰ τύχην φορᾶ συμβάντος, νομίσας ὁ Αντώνιος οὐχ ὑπὸ τῆς Κλεοπάτρας αὐτοὺς ἐκ παραγγέλσεως, ἀλλὰ καὶ ὑπὸ δέους, ὡς καὶ νενικημένους, φεύγειν, ἐφέσπετο σφίσι.»

(Dion Cassio: *Historia romana*, libro L.)

combate. Sus marinos acataron su voluntad; y la victoria, antes dudosa, se declaró irremediablemente en favor de Octavio César, á pesar del porfiado denuedo con que los guerreros de Antonio (sin él y sin las flota egipcia) continuaron heroicamente por espacio de diez horas la sangrienta batalla (1).

La versión de Dion Cassio es muy digna de ser tomada en cuenta, para no dejarse llevar de la corriente hostil á Antonio, que crearon fácilmente sus enconados vencedores.

Dion Cassio escribió un siglo después que Plutarco. Espíritu reflexivo y amante de la verdad y de la justicia, no adoptó rutinariamente, en deshonor de Antonio, la acusación ignominiosa que habían difundido Veleyo Patérculo y Plutarco.

La *Historia Romana* de Dion Cassio, no tiene menos valor y autoridad histórica que las *Vidas paralelas;* y consuela el pensar que hubo en aquellos remotos tiempos un escritor sesudo y grave, que no se hacía eco de la malicia del vulgo cruel y apasionado; que buscaba explicaciones plausibles á los hechos mal conocidos, y que no se avenía á ver un caudillo sin honra y sin entrañas, un desertor y un cobarde en el guerrero cuya intrepidez al frente de la caballería había sido asombro de las legiones; en el padre de sus soldados, en el caudillo inmortal de Filipos.

Lo que pasó en la batalla de Accio es un misterio histórico, cuya luz verdadera no asoma en el inextricable laberinto de las conjeturas y cavilosidades de la crítica histórica. Cleopatra, animosa cual ninguna, no era capaz, por pusilanimidad, de huir vergonzosamente del peligro, llevándose consigo obstinadamente su formidable armada, y privando de este modo al esposo que adoraba de uno de los elementos principales del triunfo. Marco Antonio era asimismo incapaz de la infamia que se le atribuye, sacrificando desatentadamente de improviso sus guerreros, su ambición y su gloria.

---

(1) «César tomó trescientas naves. Los muertos (de la Armada de Antonio) no pasaron de cinco mil.» (Plutarco).

Sabios marinos, á pesar de los escasos é inseguros datos que ofrece la Historia, han intentado explicar técnicamente la batalla naval de Accio.

Las descripciones científicas (hasta la del Almirante Jurien de la Gravière) (1) dejan helado el pensamiento. Hay allí mucho más: hay misterios del alma que no es fácil adivinar. El proceder de Cleopatra y Antonio, encierra un enigma psicológico, cuya solución no alcanza el entendimiento humano.

Lo que no parece dudoso es que la causa primordial y eficiente de la catástrofe de Accio fuese la presencia de la voluntariosa Soberana de Egipto en el combate. El haberlo consentido es el más grave cargo que puede hacerse al egregio triunviro; denota, con respecto á su carácter, contradicción, debilidad, demencia; y aquí es donde la recíproca pasión de Antonio y Cleopatra adquiere una significación aciaga y gigantesca.

No es aventurado juicio suponer que sin la intempestiva intervención bélica de Cleopatra, el desenlace de aquel supremo conflicto, en el cual iba empeñada la suerte del mundo, hubiera sido favorable á Antonio. Aun en el mar (ausente la mujer adorada) verosímilmente habría Antonio triunfado; mas dada la batalla por tierra, bien puede creerse que aquel gran Capitán habría arrollado con sus falanges aguerridas al ejército de Octavio (2).

---

(1) Le Vice-Amiral Jurien de la Gravière.—*La Marine des Ptolémées et la Marine des Romains.* Cap. IV.

(2) La creencia en la supremacía militar de Marco Antonio era constante en la antigüedad. Plutarco dice que Canidio aconsejaba «dirimir con las fuerzas de tierra aquella contienda... porque sería cosa muy dura y muy necia que siendo mayor la pericia de Antonio en los combates terrestres, no hiciera uso de la fuerza y superioridad de su numerosa infantería.»

LA MUERTE DE CLEOPATRA

La muerte de la famosa Reina es lo que más eficazmente ha contribuído á hacer de ella una figura altamente novelesca y dramática. A despecho de sus menguados detractores, viles lisongeros de los Césares, en las almas nobles de cualquier tiempo se han despertado siempre sentimientos de compasión y de admiración ante aquel voluntario y terrible sacrificio de una mujer tan admirable y encumbrada. Los móviles que hubieron de conducirla á tan lastimosa catástrofe, pueden conjeturarse fácilmente: el amor inmenso que profesaba á Antonio, sin el cual no veía en la existencia sino insoportable vacío; el orgullo de su raza y de su jerarquía; la costumbre de la regia autoridad y del acatamiento y aplauso de los dinastas orientales; asimismo, sin duda, el repentino desvanecimiento de la visión gigante del dominio universal, que hubo de presentarse no pocas veces á su imaginación potente y ambiciosa.

Estos móviles de alta ley hicieron simpático el nombre de Cleopatra, y su muerte, producida por el amor y la dignidad, bastó para que en el sentir común de las gentes se olvidasen sus faltas ante aquella expiación dolorosa.

Cuando ocurrió la muerte de Cleopatra, cercano estaba el cristianismo; pero aún no había venido su doctrina sublime á ser guía y luz de la conciencia, á establecer la santa ley de la resignación, á infundir en el alma, como anuncio de la justicia divina, los terrores ó las esperanzas de la segunda vida. Por eso los novelistas y los poetas no se han parado á analizar moral y psicológicamente el suicidio de Cleopatra, y sólo han visto en él, como el mismo Octavio, la grandeza de alma de la esposa amante y de la Reina infortunada.

Así aparece en las innumerables obras en prosa y verso

que en todas edades y naciones se han escrito acerca de los ruidosos amores de Antonio y Cleopatra. En España, en el extraño, afectadísimo y mal trabado drama *Los áspides de Cleopatra*, Rojas presenta á la Reina como heroica víctima de pasión sublime (1); pero los más, antes que en el amor, se han fijado, para explicar su muerte, en la energía incontrastable de una soberana orgullosa, que no quiere amenguar su estirpe y su corona con ninguna afrentosa humillación.

Muchos ejemplos de ello podrían presentarse; pero uno de los más señalados, la *Cleopatra*, del Cardenal Delfino, merece un recuerdo de la posteridad; no por el mérito absoluto de la tragedia, sino porque el carácter de la heroina es en ella tan brillante y animoso, que eclipsa á cuantos anteriormente se habían trazado de esta mujer extraordinaria. Expuesta á la ignominia de realzar cómo cautiva el triunfo de Augusto, cómo su hermana Arsinoe realzó el de César, sostiene con heroico espíritu su altiva dignidad. Incapaz de humillarse á potestad alguna terrestre, declara que su cabeza, acostumbrada á llevar regias diademas, no se inclinará sino ante la muerte. «Sepan—dice—los siglos venideros que el mundo entero ha podido someterse á Augusto, pero Cleopatra nunca» (2).

(1) Así dice Cleopatra en la comedia de Rojas:

Yo muero, y muero de amor.....
y todos á una voz digan,
cuando mi ruïna cuenten,
que aquí murió Marco Antonio,
y que aquí Cleopatra muere.

(2) «Nè voglio in vita impallidir per colpa;
non vedrà alcuno mai
questo mio capo, alle corone avvezzo,
adinchinarsi ad altri che alla morte.
Veggan l'età venture
che ha potuto ad Augusto
servire il mondo tutto,
ma non già Cleöpatra.

(Acto III. Escena I.)

Antes del Cardenal Delfino había resonado en la escena el eco tradicional de la grandeza heroica de Cleopatra. En el siglo anterior (XVI), un escritor de más vivo ingenio y de mayor renombre, el caballero ferrarés Giovanni Battista Giraldi Cintio (1), había anticipado, en su tragedia *Cleopatra*, el arranque de soberano orgullo que pone el Cardenal en los labios de aquella faraónica Reina, que no sabe doblegarse á su tiránico destino.

Vedrai, ch'essendo giunta ov'hora sono,
cieca non sono stata; et che *s'hai vinto*
l'Egitto, non hai vinta Clëopatra.
.....
Libera veggo pur (malgrado tuo),
ovunque io mi volgo, queste cielo,
sotto cui nacqui e vissi, e fui Reïna,
e anche questo ciel Cleopatra vede
non coi legami e le catene intorno,
ma in habito Real. Questo cielo anche
coglierà l'alma mia libera e sciolta.

También la creencia en el amor sincero de Cleopatra se había hecho tradicional. Exclama poco antes de morir:

..... Ecco che viene
¡oh Marco Antonio! à te la tua Cleopatra,
per non si dipartir più da te mai.

(1) De una de las novelas de Giraldi Cintio (en la colección *Gli-Ecatommiti*) tomó Shakspeare el asunto del *Otelo*.

El Marqués de Valmar.

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

REFORMAS INTRODUCIDAS EN EL RÉGIMEN FORAL

DURANTE EL SIGLO XVIII

IV

CARGOS DIRIGIDOS Á LAS PROVINCIAS VASCONGADA Y NAVARRA

Basta fijarse en las deficiencias del Ejército español de las Provincias Vascongadas y Navarra para comprender que no se hallaba en condiciones de resistir con buen éxito el empuje de 60.000 soldados entusiastas por el nuevo régimen, rodeados de la aureola de la victoria alcanzada por las armas francesas en la lucha gigantesca contra la coalición de las potencias, y mandados por expertos Generales. Pero en todos los reveses de esta índole se necesita una víctima; y algunos jefes militares y los enemigos de los fueros, como el flamante Príncipe de la Paz, quisieron disculpar sus propias faltas atribuyendo á la tibieza de los vascongados el fracaso de la campaña.

D. Antonio Alcalá Galiano decía en sus *Memorias* «que se entregó la plaza de San Sebastián por acto de los mismos guipuzcoanos, *muchos de los cuales,* con el apego á sus privilegios,

habían resuelto llevar á cabo su proyecto de fundar una República, no haciendo resistencia al enemigo. La prisión de los Diputados les volvió á la obediencia de España encendiendo su ira contra los enemigos; de suerte que *acudiendo á las armas toda la población* de aquella provincia montuosa, hubo de hacer difícil la permanencia de los invasores.»

D. Modesto Lafuente confirma que el enemigo tenía 60.000 hombres y después de consignar que no pudo el General Caro desalojar á Moncey de los Alduides, y de referir el avance de enemigo por Irun y Pasajes, exclama: «Siguió la torpe y del plorable entrega de San Sebastián, por lo que se impuso la pena de *suspensión* á varios Jefes y Oficiales, y no parece que estuvieron exentos de culpa el Alcalde y algunos de los más notables vecinos» (1). Siendo esto cierto, procedía que la autoridad militar destituyese al Presidente del Ayuntamiento, reemplazándole con otra persona más resuelta, sin que su debilidad ó falta de entusiasmo sirviera de disculpa para la capitulación; pero este particular lo examinaremos más adelante.

Según Muriel, se mostró quejoso el General jefe de los habitantes de Guipúzcoa y de la Diputación, suponiendo que no era bueno su espíritu, y que en la rendición de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián habían influído los Alcaldes y vecinos, existiendo indicios de que la Diputación retiró los hombres armados.

Las célebres *Memorias* de Godoy son sumamente confusas y están llenas de errores y contradicciones. «La Corte participó de la sospecha de aquella deslealtad. El Gobierno, *si lo creyó así,* tuvo por lo menos la prudencia de ocultarlo. *Pudo muy bien bastar el terror para infundir desaliento en los ánimos de aquellos habitantes, y ser consecuencia de él la entrega.....* El Gobierno hizo por medios ocultos que algunos de los pueblos dirigiesen representaciones al Rey, asegurando estar

(1) Tomo 21, parte 3.ª, libro IX, capítulo II.

prontos á sacrificarse en defensa del país, al modo del reino de Navarra, que había ordenado levantar cuatro mil hombres más para incorporarlos á los batallones.»

Las amenazas á los fueros vascongados, iniciadas por Godoy y continuadas desde el Convenio de Vergara, reverdecieron en 1873 en el famoso prólogo escrito por el Sr. Cánovas del Castillo en la obra *Los Vascongados*, de D. Miguel Rodríguez Ferrer. Enojado por el nuevo alzamiento carlista, dirigió á las provincias eúskaras el futuro Presidente del Consejo de Ministros de la Restauración aquella célebre amenaza: «Lo que Godoy no llegó á hacer desde que en 1806 publicó Llorente su *Memorial de agravios*, y lo que desde 1839 al 72 nadie hubiera imaginado, por el proceder prudentísimo de los vascongados, *violenta y fatalmente llegará á realizarse algún día,* si en las provincias exentas se arrancan con júbilo los árboles plantados en señal de paz, prefiriendo que ostenten lanzas á olivas: *únicamente me cumple decirlo al interés vasco.*»

Pero poseído, sin duda, el Sr. Cánovas de la pasión del momento, y olvidando la imparcialidad del historiador, dió asenso en su escrito á las diatribas contra el país vascongado insertas en la correspondencia de D. Francisco Zamora, Auditor del Ejército de operaciones, hombre de confianza del valido, pero de carácter rebajado, adulador y chismoso, según se desprende claramente al ojear sus cartas.

Decía Zamora que en un mes recorrieron los franceses desde el Deva á Miranda, ocultando que les costó cerca de un año pasar de la orilla derecha á la izquierda de aquel río; «que las poblaciones de Vizcaya y Alava acogieron á los invasores *como á hermanos y amigos,* y, en cambio, con pretexto de sus fueros negaban cuanto podían á las tropas nacionales; sólo así se explica la marcha triunfal de los franceses.» Estas falsedades se contestan con recordar que los sacrificios de Vizcaya llegaron á la enorme suma de 18,25 millones de reales (1), ci-

(1) *Manifiesto histórico de los servicios de Vizcaya.*

fra desproporcionada para su reducida población y escasos recursos. Por otra parte, ¿como habían de fraternizar con los invasores después de una defensa tan tenaz? Debiendo advertir que sólo mediaron algunos días desde la entrada en el territorio vizcaíno á la firma de la paz de Basilea. «El General Moncey nos ha avisado que tenía grandes y seguras inteligencias en Pamplona, en donde eran apasionados de su Gobierno *los eclesiásticos, los frailes*, veinte nobles comerciantes y curiales. Los vizcaínos, y entre ellos los mayorazgos y aspirantes al gobierno del Señorío. Los alaveses, y de ellos los abogados, *los clérigos* y unos trece nobles, y los guipuzcoanos y principalmente los nobles, *clérigos* y curiales.» Parece imposible que llevase Zamora su frivolidad hasta el punto de guiarse por las noticias del enemigo, interesado en presentar como simpatizadoras á las clases más influyentes del país; pero no hubo en Vizcaya ni en Alava el más insignificante síntoma de inteligencia con los franceses, y el presentar á todo el clero vasco-navarro como entusiasta de los adoradores de la diosa Razón, raya en lo absurdo.

El General Arteche refutó en *La Misión del Marqués de Iranda*, publicada en 1876, los principales errores contenidos en las cartas de Zamora. «El General francés Dessein dió en Durango una proclama conciliadora, á la que contestó la Diputación *con nuevo llamamiento á las armas.*» Crespo dijo en Bilbao *que se largaba con toda su tropa á Pancorbo*, y dispuso que se retirase la gente de Vizcaya, y la Real orden de 9 de Junio previno que si por desgracia llegaba el enemigo, *debían capitular los pueblos por medio de sus cabezas.* Concluía el ilustre historiador diciendo que Vizcaya cumplió como buena en la guerra de la República francesa, pero al dar á la estampa con posterioridad á su libro *Nieblas de la Historia Patria*, el tomo I de la *Historia de Carlos IV*, levantó en 1890 el velo de ciertas flaquezas de algunos prohombres de Guipúzcoa, manifestando que el cuadro de aquella catástrofe, trazado por Soraluce en los *Fueros de Guipúzcoa*, no consiguió disipar las nubes.

En cuanto á la entrega de San Sebastián, opina el General Arteche que la responsabilidad corresponde tanto al pueblo como á los jefes militares (1), «habiendo manifestado las autoridades locales un desánimo y falta de patriotismo poco dignos de la raza vasca, del que se han aprovechado los enemigos ó envidiosos de sus peculiares instituciones. Guipúzcoa hizo esfuerzos superiores á sus medios para sostener la guerra; pero lo largo de la contienda, los estragos sufridos en los pueblos de la frontera y el espectáculo de las últimas derrotas, esparcieron el pánico en el país, y sobre todo en sus autoridades. No se habían descuidado los franceses en fomentar el disgusto de los guipuzcoanos por medio de emisarios, y los Diputados forales, trasladados á Guetaria después de la pérdida de San Sebastián, debieron acariciar la esperanza de fundar un Gobierno independiente de España y de Francia, una pequeña Suiza. Y lo prueban los documentos, que nunca podrán desmentir la crítica rigurosa ni la conciencia histórica. Las relaciones entre la Junta de Guetaria y los representantes de la Convención, Pinet y Cavaignac, son conocidos; y ante la elocuencia de los datos que suministran, se debe reconocer que la provincia de Guipúzcoa tenía entonces á su cabeza gentes que no supieron corresponder á la confianza, ni inspirarse en el espíritu de sus administrados, que, como veremos luego, se reveló todo lo digno y patriótico que debía esperarse.»

Conformes con este último aserto, que analizaremos después, y respetando la opinión de una persona de la indiscutible competencia del General Arteche, hay muchos datos en prueba de que la ciudad de San Sebastián era entonces indefensable. D. Benigno Moraza, en su célebre discurso del Congreso de los Diputados, recordó los documentos oficiales que demuestran la propuesta del General jefe al Gobierno de retirarse á Navarra con todo el ejército, dejando entregada Guipúzcoa exclusiva-

(1) Tomo I, cap. IX.

mente á los esfuerzos de sus naturales: *que obtemperando, sin duda, á esta idea, desmanteló la plaza de San Sebastián, trasladó los cañones que allí había á Irún, y la dejó huérfana* (1). Y á la exposición que elevó en 1795 la ciudad de Fuenterrabía, pidiendo la formación de causa por la entrega, le contestó el Rey, que la responsabilidad de la rendición de una plaza *era única y exclusivamente del Comandante militar de la misma.*

Respecto de Vizcaya, prestó D. Fidel Sagarmínaga un servicio importante en el tomo V de su obra, trazando el proceso completo de los acuerdos de las Juntas y de la Diputación, que demuestra hasta la evidencia la unidad de miras y la lealtad de todos sus habitantes en tan difíciles circunstancias. Menciona el Apéndice del *Manifiesto histórico*, redactado por D. José Agustín Ibáñez de la Rentería, que es lástima permanezca inédito, por comprender la contestación cumplida de cuanto se ha dicho en desdoro del país, poniéndose en su verdadero aspecto los actos de los generales Conde de Colomera y Crespo, más terminantemente todavía de lo que consta en el impreso. «Vizcaya, resulta de todo ello, no salió de la guerra con la República francesa con menos gloria que las tropas regulares y sus Generales, de quienes se vió abandonado el Señorío, sin conseguir que, habiendo invertido cerca de diecinueve millones de reales en la defensa y armamentos y tantos sacrificios, aplacaran la mala voluntad de sus émulos.»

El *Compendio histórico de los servicios de la Villa de Bilbao* constituye también una apología elocuente de sus grandes esfuerzos. Cuando el victorioso ejército francés entró en Bilbao el día 19 de Julio de 1795, publicó el Alcalde un bando en nombre del *Rey nuestro señor*, y en todos los pasaportes que expidió en los días siguientes repitió aquella fórmula de adhesión con igual entereza; el día 26 dirigió á S. M., con un correo extraordinario, por la vía reservada, «una sumisa relación

(1) *Biblioteca bascongada.* Tomo VI. Complemento del Discurso.

de cuanto había sucedido, con dolor suyo, desde que recibió la proclama del enemigo y durante la capitulación que le había obligado á firmar.»

El referido *Compendio* termina con estas elocuentes palabras: «La noble Villa de Bilbao supo conducirse con heroico espíritu en los peligros que la cercaron: con su conducta política se granjeó el respeto del enemigo y el amor de su Soberano: supo, á su vista, mantener con el más alto decoro el exercicio de su real jurisdicción: merecieron todos sus actos las declaraciones más honoríficas de S. M. y del primer tribunal del reino: sus quatro rehenes capitulares acreditaron en la voluntaria prisión el más admirable patriotismo y en sus operaciones el honor más puro; y, finalmente, dexó un modelo de fidelidad, de constancia y de gobierno en iguales desgracias. El cielo nos liberte de ellas, y eternice la paz entre estas dos grandes naciones.»

V

ELOGIO DE VIZCAYA Y DE ÁLAVA EN EL LIBRO DEL DUQUE DE MANDAS

Hallábase solamente esbozada la acusación contra la conducta observada por ciertas personas influyentes de Guipúzcoa al invadir su territorio el General Moncey, cuando don Fermín de Lasala y Collado, Duque de Mandas, publicó en 1895 un elegante volumen con este título *sensacional* (1): *La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea.* Muy aficio-

(1) Aunque no pertenece esta palabra al lexicón académico, resulta más expresiva que otras completamente castizas.

nado al estudio nuestro Embajador en París; dueño de una biblioteca bien surtida, y en condiciones especiales por la variedad de los importantes cargos que ha ejercido para acumular materiales destinados al esclarecimiento de aquel episodio histórico, ha reunido en su obra una colección de documentos de indiscutible riqueza. Pero ¿ha hecho bien en disipar las nubes, en romper con ciertas preocupaciones, y dar á los vientos de la publicidad el arsenal de documentos preparado como fruto de sus pacientes investigaciones? Los amantes de la sinceridad creemos que sí, persuadidos de que el misterio y los artificios son, en general, más perjudiciales que provechosos.

Comienza exponiendo los motivos que le han inducido á imprimir su *Ensayo de investigación*, derivados principalmente del encargo dado por el Ayuntamiento de San Sebastián á otro publicista de recabar de la Academia de la Historia, bien originales ó en copia, las Actas que por caso extraño se conservan en Madrid de lo actuado por la Comisión municipal mientras las fuerzas francesas ocuparon la ciudad, desde Agosto de 1794 hasta Septiembre de 1795, y tiene cuidado de consignar que no son definitivas sus conclusiones, hallándose dispuesto á modificarlas cuando ajenos esfuerzos hayan acumulado nuevos datos encaminados á ilustrar la materia.

Según su reseña de la campaña, perdió el Conde de Colomera en San Marcial todas las baterías; la mayor parte de las tropas se retiraron desordenadamente, y los franceses llegaron el 26 de Agosto de 1794 hasta Ermua. «De sorprendida y aterrada que se hallaba la población desde la rota de Irún y *ante el estado del ejército nacional*, pasó á rehacerse al saber la actitud de la parte más alta de la provincia, declarada desde el día 9 *en su mayor hostilidad, si cabe, que hasta entonces contra Francia*, que no permitió entrase el enemigo en Vergara; todos los montes se cubrieron de paisanaje que le hostigó, perdió su convoy, y ya siempre perseguido entró de nuevo en Tolosa.»

Los franceses lograron desalojar al Marqués de Rubí, de

aquella villa, el 28 de Noviembre (1); pero el bravo D. Gabriel Mendizábal, jefe de uno de los batallones de Guipúzcoa, la recuperó el 2 de Diciembre, con fuerzas casi totalmente vascongadas. Entonces se acabó de organizar la resistencia, desapareciendo la falta de cohesión del principio, lo cual atribuye el Sr. Lasala á lo defectuoso del sistema militar del país eúskaro, fundado en el régimen de la Edad Media.

Con tal motivo se engolfa en consideraciones históricas, viniendo á concluir, que si los 24.000 hombres que armó Vizcaya y 20.000, aunque mal, Alava, se hubieran sustituído por 10.000 solamente, pero bien equipados é instruídos, puestos en las líneas de Irún, hubiesen sido mayores las probabilidades de que no tomara la campaña tan mal aspecto. Hace después un caluroso elogio del plan de milicias locales proyectado más adelante por el *gran vizcaíno* Zamácola; y reconociendo nosotros que se resintió aquella guerra de falta de unidad en el mando de las fuerzas militares y de los tercios vascongados, que contribuyó al fracaso de tan meritorios esfuerzos, hemos de ver más adelante cuán exagerada es aquella alabanza dedicada al escribano de Dima. No negamos sus dotes de inteligencia, actividad y energía, pero las empleó en sembrar la discordia en Vizcaya, y en rodear de incienso á Godoy, el mayor enemigo de sus instituciones, cegado por fantásticos planes que, con el inevitable fracaso, trajeron graves males al Señorío.

El itinerario inserto en el libro, de las operaciones practicadas por las fuerzas vizcaínas desde 16 de Agosto de 1794 hasta el 28 de Junio de 1795, es el mejor elogio que puede hacerse del comportamiento del Señorío. El único lunar consiste en la negativa de Vizcaya á enviar al General Colome-

(1) Cuando la guarnición de 2.000 soldados abandonó á Vergara retirándose hacia Bilbao, hasta las mujeres les increparon afeando su conducta. (*Biblioteca bascongada Moraza, y su gran discurso en el Congreso de los Diputados*. Tomo VI. Complemento.)

ra los 4.000 hombres que le pidió el 15 de Septiembre: examinando en la obra del Sr. Sagarminaga lo actuado, deducimos (1) que en efecto, celosos los vizcaínos de los derechos del país, á la sazón invadido y amenazado por Moncey, mostraban repugnancia á convertir sus tercios en tropas *regulares* destinadas á combatir en otras comarcas del Reino. No obstante, el Regimiento general de Vizcaya, reunido con los Padres de Provincia el 6 de Octubre, acordó encomendar á don José Irigoyen, primer teniente de las Guardias españolas, la formación de un cuerpo especial de 4.000 hombres con el nombre de Voluntarios del Señorío, para ponerlo á disposición del General jefe, con la condición de no sacarlo de Guipúzcoa.

El 31 de Octubre se convocó la Junta de Merindades á fin de dar cuenta de otra Real orden en la que se insistía en pedir *los 4.000 de sus bizarros naturales,* y verificada la reunión en Begoña el 10 de Noviembre, después de consultados varios antecedentes y previo informe de los Padres de Provincia, se acordó que debía «hacerse el servicio de distinto modo que hasta ahora.» El 27 congregó al Regimiento D. Juan Mariño, Consejero de Castilla, que llegó de Madrid para asumir las funciones de Corregidor; expuso *que el Rey se hallaba muy satisfecho de los servicios prestados por el Señorío;* que se acababa de recibir la gustosa noticia de que había adelantado la gente armada á la Provincia de Guipúzcoa para cubrir los puntos señalados por el Marqués de Rubí, por lo cual daba por sí y á nombre de S. M. las gracias más expresivas y concluyó diciendo, que el Rey mandaba aprontase 4.000 hombres armados y regimentados á disposición del General, sin limitación de servicio ni de tiempo.

La Junta accedió á que se completase el número de 4.000 vizcaínos para cubrir los puestos de Guipúzcoa, y poco después se acordó, á propuesta de Mariño, la unión del Señorío

(1) Tomo V, Capítulos XV y XVI.

con las Provincias de Alava y Guipúzcoa para las atenciones de la guerra. Quiere decir, que con alguna dilación derivada del antiguo régimen aplicado á la organización de los tercios, consiguió el Consejero de Castilla cuanto se propuso respecto del concurso de Vizcaya.

A los documentos ya conocidos en el país vascongado para demostrar la completa lealtad con que se condujeron las Corporaciones de Vizcaya y Alava, ha añadido el Duque de Mandas algunos nuevos. En la reunión celebrada en Guernica bajo la presión de las bayonetas francesas, se negaron á nombrar nueva Diputación que sustituyera á la que por orden del Gobierno se retiró á Castilla con el ejército, limitándose á designar apoderados para convenir en Vitoria las condiciones de neutralidad del país ya ocupado por el enemigo. Estos aceptaron el encargo por su *inalterable fidelidad al Soberano para sacar á beneficio del Rey N. S. sus derechos, regalías é intereses como los del Señorío.* Coincidió con su llegada á Vitoria la paz de Basilea y á la comunicación en que dieron cuenta de la conducta observada por Vizcaya desde la invasión, contestó el Duque de Alcudia: «S. M. no ha podido juzgar de infieles los procedimientos de V. S. S. y sus constituyentes, y deben vivir asegurados de que su paternal amor y soberana protección no les faltará jamás.»

Restablecida la paz, como Godoy estaba muy prevenido contra las tres Provincias, encargó al Corregidor de Vizcaya, al convocar las nuevas Juntas, «la más exacta pesquisa de cuanto ocurra, pues tiene entendido que el humor republicano se conserva en el país, y quiere se le avise cuanto se note, pues si el tiempo pasa sin precaver resultas, llegará la desgracia al extremo de conocer por enemigos á los naturales de Vizcaya.» El Corregidor Mariño contestó: «Siempre he advertido una aversión nada afectada al sistema de los republicanos franceses, *á cuya nación aborrecen muy de veras.*» Quiere decir, que no tuvo ningún eco en el Señorío la propaganda republicana, á pesar de las suspicacias del Duque de Alcudia,

pero, en cambio, se descubrió en Madrid la conspiración de Picornel, y había en Burgos una Junta dispuesta á felicitar á los franceses en cuanto pasasen el Ebro.

Presenta el Sr. Lasala las comunicaciones recibidas por la Diputación de Alava, que demuestran también se atuvo extrictamente, en la capitulación de Vitoria y en todas las medidas adoptadas, á las instrucciones de Godoy, quien reconocía en la Real orden de 3 de Julio de 1795 *el noble y constante anhelo que hasta aquí ha manifestado en sus esfuerzos*, y en 13 de Agosto *que S. M. le aseguraba su amor y constante protección;* pero era tanta la doblez del valido, que mientras firmaba estas comunicaciones se hacía eco de los embustes de Zamora, diciéndole que *por entonces convenía el disimulo*, y se quejaba á Iriarte de lo infieles al Rey que eran los vasallos de la Vasconia.

Injuriaba también al Ejército, escribiendo á Zamora «que sólo unas tropas infieles, sólo una turba de oficiales ignorantes, una opinión infame sobre la cual se apoya el honor de esos caballeros, pudieron haber sido móviles capaces á destruir los planes que tenía formados por un Ministro que se desvive por ponerlos á cubierto de sus maldades. A ese Ejército deberá España el sacrificio de una parte de sus fuerzas, la pérdida de las Provincias y la degradación de la soberanía.» En otro documento que revelaba de igual modo su atolondramiento é incapacidad para el buen desempeño de un cargo tan elevado, decía: «Estamos en el abismo de la impotencia y de la ruina.» El descalabro vino, en efecto, pero fué algunos años después, como resultado de su funesta alianza con Francia y de la guerra con Inglaterra.

VI

PATRIOTISMO CASI UNÁNIME DE GUIPÚZCOA DURANTE LA INVASIÓN DE MONCEY

El esclarecimiento de este punto ha sido el objetivo principal del Sr. Duque en su obra, y merece que le dediquemos alguna atención.

Era San Sebastián en 1794 el *pueblo de tanda,* ó sea el de asiento de la Diputación guipuzcoana, que según el Fuero alternaba en su residencia con Azcoitia, Azpeitia y Tolosa. A las diez de la mañana del día 1.° de Agosto, tuvo noticia la Corporación provincial de la derrota del Ejército mandado por el Conde de Colomera en las líneas de Irún, y resolvió en el acto trasladarse por mar á Guetaria, á donde le acompañó el representante del Rey, *Corregidor político* D. José Rouger.

Debemos recordar que el comportamiento de Guipúzcoa fué hasta entonces intachable. Estaba aún muy reciente la pérdida de una flota de 15 buques cargados, que sufrió la misma en 1780, durante la guerra con Inglaterra; pero el día siguiente de la ejecución de Luis XVI *tomó la iniciativa* de ofrecerse á Carlos IV para el caso de que estallase la guerra con Francia (1), y convocadas las Juntas en Azcoitia, por Febrero de 1793, se acordó el alistamiento general de 24.000 hombres, levantando desde luego 4.600, sin contar los que estaban ya en pie de guerra en las costas y fronteras, ni la organización de las reservas. Mereció esta conducta las mayores alabanzas en el primer período de la guerra, pero hubo después contestaciones agrias respecto de la exactitud del servicio entre el Ge-

(1) Saraluce. *Fueros de Guipúzcoa.* V. Guerra.

neral Caro y la Provincia, alegando ésta que anunciada la invasión desde larga fecha, no podía tener constantemente en las filas á todos los naturales, *padre por hijo* por no permitirlo el cuidado de los campos y de los artefactos, ni los recursos del erario provincial. Y es natural que hallándose colindante á la frontera, en donde duró la guerra cerca de tres años, careciese de medios para sostener á sus expensas todos los tercios, y proveer á las tropas invasoras.

Copia algunos párrafos de las Memorias de Godoy, que terminan con estas palabras: «¡Honor y *gloria al Ejército* de Navarra y Guipúzcoa que cansó la paciencia y refrenó el poder del ejército más fuerte que lanzó la Francia en las fronteras españolas!» Y exclama el Sr. Lasala: «Causa lástima y dolor que revele la pequeñez de su alma y el odio que le dominaba estampando una injusticia tan insigne como la que voluntariamente comete el valido.»

Al embarcarse la Diputación para Guetaria no se atuvo extrictamente á lo acordado por las últimas Juntas, las cuales dispusieron se retirase, en caso de empezar el sitio de San Sebastián, á Hernani, Tolosa, *ó donde mejor convenga*, optando por el último extremo, que equivalía á separarse del ejército. Entonces empezó una serie de recriminaciones: el Corregidor, que faltando á sus deberes se fugó de Guipúzcoa para Madrid, acusaba á la Diputación; ésta, al General jefe por la desbandada de las tropas y los desmanes cometidos por ellas en los pueblos, y el Conde de Colomera manifestaba recelos de haber retirado la Diputación sus habitantes armados, constando con toda minuciosidad en la obra del Sr. Lasala los documentos oficiales cambiados en tan críticos momentos. De su examen se deduce «que no hubo más solidez y disciplina en los soldados que en los tercios, ni el Conde se hallaba á la altura de las circunstancias».

Había recaído, pocos días antes de estos sucesos, el nombramiento de Diputado general de Guipúzcoa en D. José Fernando Echave, y el de Diputado de uno de los partidos ó

distritos en D. Joaquín María de Barroeta, debidos á la circunstancia casual de que, habiendo correspondido por turno á Guetaria la celebración de las Juntas en Julio de 1794, propuso la Villa, según costumbre, la candidatura de la nueva Diputación. Ambos eran hombres de valer, especialmente el primero, y el Sr. Lasala consigna que no es exacta la acusación de Colomera y Zamora, recogida por algunos historiadores, de que los Diputados habían tenido *inteligencias previas con los franceses.* Por el contrario, la víspera de la entrada del ejército republicano en España por el Baztán—día 24 de Julio,—dieron los Representantes de la Convención esta proclama: «El territorio español, en que vamos á entrar, debe formar parte de la República; la bandera tricolor lo convertirá en propiedad francesa, y vamos á tomar posesión en nombre del pueblo.»

En cuanto capituló San Sebastián y se retiró de Guetaria la escuadra española, entabló el Diputado general negociaciones con los franceses, nombrando al efecto una comisión, compuesta de tres individuos, para presentarse á los convencionales, á fin de pedir una suspensión de hostilidades por diez días, proponiéndose la Corporación provincial reunir inmediatamente la Junta de Guipúzcoa.

Entre las condiciones que, según el Sr. Lasala, llevaban los comisionados para un arreglo definitivo, decía la «3.ª Que sea la provincia independiente como lo fué hasta el año 1200. 5.ª Que sea garante el pueblo francés de estos artículos.» Realmente es injustificable esta conducta, porque ni el pánico, ni el aturdimiento, autorizaban el conato separatista. Pero emprendido con tanta ligereza el mal camino, envió la Diputación, en 16 de Agosto, á los Representantes franceses el proyecto de convenio, en el que se proponía una *sólida amistad con la República francesa,* bajo la condición de no darle soldados, pero sí los socorros que antes se facilitaban al Ejército español.

No se hizo esperar la respuesta Pinet y Cavaignac; según

la cual la provincia de Guipúzcoa, reducida á un pequeño territorio, *sin medios de subsistencia, ni población, ni armamentos, y vecina de un enemigo formidable é irritado, no puede formar una República separada;* y queriendo probar á sus habitantes el deseo de verlos libres, les proponían formasen parte de la República francesa, concediendo á la Junta general el plazo de veinticuatro horas para decidirlo, y conminándola en caso negativo *á tratar á Guipúzcoa como país conquistado.* No sirvió á los Diputados guetarienses la apelación á expedientes dilatorios, porque los Representantes del pueblo contestaron sin demora «que sus primeros movimientos en vista de las proposiciones tan extraordinarias fueron de indignación. La audacia *de un puñado de individuos* que no tienen de recomendable más que su debilidad, y que osaban dictar leyes á la República francesa, era verdaderamente incomprensible, y ha llegado el tiempo de terminar esta lucha escandalosa entre *unos cuantos españoles astutos* y la poderosa República.»

La consecuencia de acariciar un proyecto tan descabellado fué que el 26 de Agosto prendieron y llevaron á la ciudadela de Bayona á cuarenta apoderados ó *junteros* de Guetaria, y Echave Romero fué también detenido; pero en Abril del año siguiente de 1795 formó parte de un triunvirato provincial constituído por él, Zuaznabar y Mr. Larralde, reinstalándose también durante la dominación francesa el Ayuntamiento de San Sebastián, presidido por Michelena.

Los enemigos del país vasco achacaron la reacción que hubo en Guipúzcoa contra los franceses, al atropello cometido con la Junta de Guetaria, lo cual no es exacto, según lo demuestra el Sr. Lasala. El día 5 de Agosto, inmediato á la capitulación de San Sebastián, se incorporaron todos los hombres útiles de los valles de Oyarzun y Rentería á las tropas españolas de Navarra; el 7 acordó el Señorío de Vizcaya el armamento de todos los vizcaínos; el 9 tomaba el Valle Real de Leniz, en la alta Guipúzcoa, una medida análoga; el 10 se

encaminó el Alcalde de Motrico, D. Julián de Churruca, con los paisanos armados, á Tolosa, y el 18 recuperó aquella villa; el 30 desalojaron á los franceses de Vergara y fué tan enérgica la resistencia organizada contra la invasión extranjera y la protesta contra la apocada Diputación de Guetaria, que el país entero la desautorizó congregándose en Mondragón en Junta general el 1.° de Septiembre, *para defender la patria y combatir sin tregua* á los que en política y en religión profesaban opiniones diametralmente opuestas á las de los vascongados.

Reunidos los Procuradores, se apresuraron á «dar á S. M. en esta crítica situación, y sin embargo de hallarse descubierto el país, sin fortificaciones y sin tropa, las pruebas más relevantes del amor y fidelidad que habían heredado de sus mayores.» Y al terminar el día 12 las sesiones de esta Junta, elevaron á Carlos IV un caluroso mensaje que contenía estas palabras: «Señor: El trastorno que han causado en mi distrito los enemigos de Dios y de V. M., el vivo penetrante dolor que me produce la memoria de haber tenido mi autoridad y mi gobierno en manos de hombres que han sido notados de excesos que me llenan de espanto y de horror, mi amor á la Religión y á V. M., el deseo que me asiste de sofocar con mis esfuerzos y mi lealtad los ataques que ha podido preparar la malignidad y los progresos del enemigo, todas estas razones me han obligado á convocar mis pueblos á esta villa á fin de elegir nueva Diputación y acordar las providencias que parezcan conducentes para la defensa de V. M. y seguridad del país, con ánimo de someter todas mis determinaciones á la aprobación y consentimiento de V. M., etc..... La Provincia, enemiga la más declarada de la perfidia, á la medida misma de su acreditada lealtad, apurará todos los medios imaginables para la averiguación de los delincuentes, pasando á sus reales manos el proceso que se forme.»

Recayeron los nombramientos en personas muy principales, que, según el Sr. Lasala, organizaron la nunca bastante

encomiada defensa de la línea del Deva; allegaron recursos con ahinco y energía, y cuando, por virtud de las órdenes recibidas en Madrid, se retiró el Ejército á Miranda de Ebro, obedecieron también las instrucciones del Gobierno, partiendo para Bribiesca, y demostraron siempre «que sólo son buenos vascongados los que son buenos españoles.»

VII

PROCESOS INSTRUÍDOS Á LAS AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES

Firmada la paz de Basilea, convocó la Diputación de Guipúzcoa la Junta general en Noviembre de 1795 para la villa de Cestona. Presidió las sesiones el Corregidor Mendinueta, quien ensalzó en su discurso inaugural los grandes y extraordinarios servicios de Guipúzcoa y «la jamás interrumpida Lealtad, Fidelidad y Amor hacia la Real persona, sin que pueda empañarla alguna excepción, constando á todos que se había atacado el honor y el lustre de la Provincia por la malignidad y la envidia.»

Se opuso la Junta á escuchar la lectura de un escrito remitido desde Bayona por los Diputados de Guetaria, encaminado á demostrar que no habían sido infidentes; y cuando se dió cuenta del informe de la Comisión, se desaprobó por completo su conducta, acordando dirigirse á S. M. en solicitud del permiso para procesar y castigar á los que resultasen culpables, y de la licencia para imprimir un Manifiesto de justificación. El privado de Carlos IV denegó ambas cosas; la primera, porque el Gobierno francés interpuso su influencia en favor de los emigrados, y la segunda, por el propósito de Godoy de emprender una campaña contra las instituciones forales. «Este proceder—según Lasala—es habitual en los pequeños, venga-

tivos y débiles; necesitan atribuir á un elemento ó persona el mal éxito de su política; necesitan vengarse, y caen sobre lo que juzgan menos resistente.»

No tuvo tan buenos padrinos el Alcalde de San Sebastián, D. Juan F. Michelena, á quien se encarceló, sometiéndole á un Consejo de Guerra, cuyos curiosos documentos aparecen en el libro que nos ocupa. Contiene el Apéndice III la *Representación de la Ciudad al Rey sobre la capitulación de 1794.* Achacaba los cargos dirigidos al Ayuntamiento á calumniosas imputaciones esparcidas por algunos jefes y oficiales contra los capitulares y vecinos, cuando el conflicto provino de la pérdida por el Ejército de las líneas de Irún, que consideraban pocos días antes como *inconquistables.* Intimada la rendición y retirado el General Colomera á Tolosa, paisanos y militares reconocieron unánimemente el estado indefenso de la plaza; los cañones de las principales baterías se habían llevado á Irún; no había estacadas; los fosos estaban convertidos en jardines; faltaban granadas de mano y otros elementos para resistir el asalto por diferentes puntos descubiertos, así como tacos para los cañones, provisión de agua, surtido de pan, carbón, leña y demás provisiones. La guarnición era escasa, y el Gobernador militar, D. Alonso Molina Sierra, *octogenario* y caduco, se hallaba incapacitado para el mando de una plaza sitiada.

«Y si el influjo de los Alcaldes y vecinos de la ciudad causó la rendición, ¿por qué no se retiraron al castillo las tropas, como sucedió el año 1719? Por el contrario, este Gobernador lo abandonó y puso en salvo su persona antes que el General francés concediese la capitulación.» Extendíase en otras muchas consideraciones para demostrar que ante un descuido tan completo, el Ayuntamiento cumplió el deber de evitar un sacrificio estéril de las vidas de sus administrados y de los intereses importantes que habían de destruirse con el bombardeo de la ciudad.

Examinado el asunto con imparcialidad, resultan bastante atendibles las razones expuestas en defensa del Ayuntamiento

para justificar la entrega, y así se deduce del proceso. A pesar de la superioridad del patriotismo actual respecto del concepto del mismo sentimiento un siglo há, ¿cuántas ciudades francesas resistieron al ejército prusiano en la última guerra?

El Consejo de Guerra de Oficiales generales, celebrado en Pamplona, condenó al Brigadier gobernador y al jefe del castillo á la privación de empleo, y en cambio, impuso al primer Alcalde *diez años de encierro* en una fortaleza, y al segundo dos años de destierro. Debió haber mucha parcialidad en este juicio, cuando sometido el fallo al Consejo Supremo de la Guerra redujo la pena del Alcalde «á que perpetuamente no pueda entrar en oficio de Concejo y la multa de 300 ducados.»

Reconocía que la avanzada edad del Gobernador militar no era á propósito para el mando de la plaza, y disculpaba el abandono de los urbanos, como gente no ligada á la defensa por las Ordenanzas militares, y sobrecogida por la laxitud é indisciplina de las tropas fugitivas, que esparcieron el espanto en la ciudad. Añadía que consideraron como indefensable á la plaza, el General Ricardos y la junta de Generales de Irún, no debiendo sorprender el temor de los paisanos ante las atrocidades de un enemigo orgulloso, terrorista é inmoral. «La voz de la Patria es ciertamente muy imperiosa, pero también es muy difícil que personas no comprometidas por pacto explícito se desentiendan al grito de la naturaleza...»

Según el Consejo Supremo, «se receló de traición respecto de la Junta que propuso la rendición á las autoridades militares; pero debe manifestar á V. M. en honor de la justicia, que por exquisitas y aun excesivas que hayan sido las diligencias practicadas, *no han producido ni el más sutil vapor que pueda empañar la acrisolada lealtad* que en otras ocasiones ha hecho digna á la ciudad de la gratitud de los Soberanos, y que en la presente habría, sin duda, confirmado con noble empeño, si en lugar del descuido é inercia de los que debieron inspirarla el glorioso entusiasmo, *no se hubiera convenci-*

do de la ineficacia de todo esfuerzo. Y es conforme á la justicia que V. M. se digna declarar en la *Gaceta*, que ni el Ayuntamiento de San Sebastián en cuerpo, ni alguno de sus miembros en particular, *faltaron en manera alguna á su antigua lealtad y fidelidad.* Y por la calumnia atroz que ha padecido en su fama, honor, persona é intereses D. Juan José de Michelena, cree igualmente el Tribunal debido en justicia, que á más de la declaración colectiva de fidelidad en que sea comprehendido este honrado aunque tímido vasallo, como cabeza del Ayuntamiento, tenga V. M. *á bien mandarla hacer individual y solemne de su persona* en la misma *Gaceta*, respecto de que por ella se esparció el equivocado concepto de su infidencia en virtud de la carta del General Conde de Colomera.»

El Príncipe de la Paz se separó en algunos puntos del razonado fallo del Consejo Supremo al dictar la Real resolución de 3 de Enero de 1800: mantuvo para los jefes militares la privación de sus empleos, recogiéndoles los Reales despachos; á los oficiales de la milicia que se ausentaron de la plaza se les impusieron á 200 ducados de multa, debiendo servir de soldados si volvieran á formarse compañías de urbanos, y al Alcalde Michelena se le condenó á seis años de extrañamiento á 20 leguas de San Sebastián, con privación perpetua de empleo ó cargo de la ciudad, quedando *absuelto de las acusaciones que se le han hecho sobre infidencia.* Y realmente debió sincerarse bien, cuando le juzgó tan favorablemente el Consejo Supremo, y no le impuso Godoy mayor castigo, á pesar de su acentuada ojeriza hacia las autoridades vascongadas.

Las recomendaciones del Gobierno francés debieron influir para que no se instruyesen procesos análogos respecto de los Diputados guetarienses, y á pesar de haber desaparecido un cajón de documentos concernientes á aquel período, ha recogido el Sr. Lasala papeles más que suficientes para formar juicio del asunto.

En la *Representación* dirigida desde Bayona por D. José

F. de Echave y Romero á la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, en 2 de Octubre de 1795, procuró sincerar su conducta. Decía que cuanto había hablado ó escrito fué en virtud de órdenes dictadas por los jefes de un ejército vencedor, habiendo sacrificado su reputación é intereses y expuesto su vida, como único medio de salvar al país. Recordaba que sus compañeros fueron conducidos á Bayona y él y Aldamar á San Sebastián, no pudiendo fugarse por el peligro que hubieran corrido los cuarenta y cuatro presos.

Examinando desapasionadamente su proceder, se deduce: 1.° Que fué completamente leal hasta la entrega de San Sebastián. 2.° Que sobrecogidos con el descalabro de las líneas de Irún, que sin duda lo consideraron como un triunfo decisivo para los invasores, perdieron la serenidad, trasladándose á Guetaria en vez de seguir al Ejército para ponerse de acuerdo con el General jefe y las Diputaciones hermanas de Vizcaya y de Alava. 3.° Que dado este mal paso, y entrando prematuramente y sin la autorización Real en negociaciones con los representantes de la Convención, estuvieron acertados en oponerse á anexionar Guipúzcoa á la República francesa, á pesar de los tentadores halagos y de las amenazas que le dirigieron. Y 4.° Que la idea de constituir una República independiente en tan pequeño territorio, *vecino á un enemigo formidable y por un puñado de individuos*, constituía un plan tan extravagante, que no se comprende lo patrocinasen *en serio* dos personas inteligentes, siendo, probablemente, el medio de disfrazar las simpatías de los Sres. Echave y Aldamar por las instituciones liberales, y de su enemiga contra el desprestigiado Gobierno del Privado.

Pero ¿fué un caso insólito el de los Diputados forales de Guipúzcoa? No es nada raro que excelentes magistrados, en los tiempos de paz, carezcan de la entereza y del heroismo necesarios para ejercer el mando si los desastres de la guerra, de las asonadas populares ó los horrores de una epidemia mortífera asolan un país, y en tal caso procede su reemplazo, que

debió disponer inmediatamente la autoridad militar (1); pero allí resultó realizada espontáneamente por la lealtad de los pueblos congregados en Mondragón. Durante las agitaciones de la *Zamacolada*, ocurridas en Vizcaya en 1804, se fugó de Guernica, en el período de Juntas, el Diputado foral Sr. Ibáñez de Rentería, hombre de notable inteligencia y gran ilustración, pero perdió el aplomo y dió muestras de un apocamiento excesivo, que no justificaron por completo las circunstancias, y siendo D. Estanislao Figueras Presidente de la República española, se escapó también clandestinamente de Madrid, abandonando su elevadísimo cargo.

Tampoco puede compararse la deserción de los Diputados guipuzcoanos á Guetaria á una felonía comparable á las realizadas en siglos anteriores por el Condestable de Borbón, el Príncipe de Condé ó el General Pedro Navarro, ni la que ofrecieron á la sazón en la misma Francia la sublevación de Burdeos, Lyon y Marsella, entregándose Tolón voluntariamente á las escuadras enemigas de Inglaterra y España, precisamente en esa nación francesa en donde ahora se rinde un culto tan ferviente al patriotismo.

El influjo del vencedor es tan grande, que en varios pueblos de la vecina República se vitoreó en 1793 á las tropas españolas, y cuando se volvieron las tornas, hubo capitulaciones ignominiosas como la de Figueras y una serie de descalabros del Ejército. La rota de las formidables líneas de Irún produjo verdadero pánico; y si los Diputados forales se separaron de las desmoralizadas fuerzas de Colomera, hizo lo propio el Corregidor, con la circunstancia agravante de ausentarse de la provincia. Había, además, el precedente de la invasión francesa de 1719, en la que después de salvar el honor de las armas y de la capitulación de las mismas plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, ocupó el enemigo el país vascongado prestando las

(1) Cuando en la primavera de 1872 se unió á las fuerzas carlistas la Diputación de Vizcaya, quedó en el acto sustituída por otra nombrada de Real orden.

tres Diputaciones obediencia al Rey de Francia (1), y lejos de enojarse por ello Felipe V, acogió con cariño á los comisionados de las provincias cuando se le presentaron en 1721 al restablecerse la paz. Durante la guerra de la Independencia, el espíritu de acomodamiento con los invasores fué moneda corriente entre muchas personas ilustradas y principales; brilló por su ausencia el patriotismo de la familia Real, del Gobierno y de no pocas corporaciones, y recuérdese, por último, que en la guerra franco-prusiana de 1870 bastaron unos cuantos hulanos para penetrar en Nancy y en otras ciudades del vecino Imperio.

En resumen: los Sres. Echave y Aldamar fueron unos precursores de los afrancesados, pero no tuvo ningún eco en el país vascongado su flaqueza de ánimo, habiendo consistido la mayor falta en tan críticos momentos, en dejarse guiar por las inclinaciones políticas propias y por las rencillas locales, en vez de inspirarse en el sentimiento general de los pueblos. Como dice el Sr. Lasala, «se levantaron absolutameute unánimes Vizcaya y Álava en calurosa adhesión á la Patria y al Rey, y en la casi unanimidad de Guipúzcoa se desvió una agrupación imperceptible, á la que un azar dió momentáneamente alguna importancia»; y téngase presente que sin la grandísima energía desplegada por las Provincias Vascongadas hubiera podido penetrar Moncey sin dificultad hasta el centro de Castilla, realizándose la paz de Basilea en condiciones mucho más desventajosas.

Nada hay en el libro del Duque de Mandas que empañe las glorias de la tierra eúskara, pero encontramos impropio el pomposo título de *La separación de Guipúzcoa,* pues no se ajusta al contenido de la obra, reduciéndose á lo sumo la inocente calaverada del grupo guetariense á un *chispazo separatista,* tan ridículo entonces como ahora, si algún enajenado soñase en renovarlo.

(1) *Los Eúskaros,* por D. Ladislao de Velasco; cap. XIX.

PABLO DE ALZOLA.

CURIOSIDADES

ACERCA DE LA

HISTORIA DE LA PÓLVORA

SUMARIO.—Gran interés que inspira el asunto.—Ventajas que ha reportado á la humanidad el descubrimiento de la pólvora.—Importancia de la Química en el estudio de este particular.—Conocíanla los chinos desde remota época.—Composición del *fuego griego*.—El sitio de Niebla.—Bertoldo Swart.—Rogerio Bacón.—Fiesta de la Palometa en Valencia.—Sitios de Baza y de Algeciras.—Primeros fabricantes de pólvora que hubo en Cataluña.—Noticias bibliográficas especiales, relativas al descubrimiento.—Primeros explosivos que se fabricaron en España.—Pintores.—Un precioso cuadro de Goya, relacionado con este asunto.—El clorato de potasa como componente de la pólvora.—El falmicotón y fecha de su empleo.—La cibalita.—Consideraciones generales.—Conclusiones.

I

Entre los muchos asuntos que merecen fijar la atención en mayor grado, y ser examinados á la espléndida luz de la crítica, es seguramente, á poco que se medite, la investigación del origen de la substancia que, por sus transcendentales efectos y sus radicales consecuencias, ha ocasionado en el mundo más perturbaciones y catástrofes, así como también no pocos indirectos beneficios, cambiando la faz de las sociedades y trastornando el mapa de las naciones, como si una influen-

cia poderosa y una energía sobrenatural interviniese en tan poderosos resultados.

Y aunque parezca paradógico y absurdo, debe también decirse muy alto, la que ha economizado vidas, acelerando la terminación de las guerras, el pronto remate de las luchas y la solución de conflictos, que antes se hacían interminables con el arma blanca, la flecha, el ariete, la piedra lanzada en el espacio ó los diversos medios de combate que ha empleado el hombre para dirimir sus contiendas ó resolver sus querellas, cuando han sido impotentes la razón y el raciocinio.

Tal es *el descubrimiento de la pólvora*, cuya historia es curiosíma, y que ha de figurar, sin duda alguna, unida á las humanas peregrinaciones y á los períodos de grandeza y decadencia de los pueblos; verdadero acontecimiento histórico, cuyos resplandores brillan á través de los tiempos, sin extinguirse ni debilitarse en lo más mínimo, antes al contrario, coloreando con preciosos y mágicos matices todo cuanto alcanzaran, lo cual produce como un himno de sonoros cánticos que las generaciones entonan al autor de un descubrimiento tanto más importante, cuanto pueden medirse de un modo más perfecto sus consecuencias.

Ciertamente que hoy, el interés, el temor, el horror ó la admiración que pudiera inspirar la pólvora, han decaído de un modo extraordinario, y han palidecido en extremo las tintas del cuadro con que se pudieran pintar estas sensaciones cuando se comparan con los terribles, destructores y horrendos efectos de la dinamita ó de los más funestos de la melinita y panclastita y aun de la novísima fulgurita; mas no por esto habrá de olvidarse lo que se refiere á una materia explosiva que durante siglos ha imperado en el mundo, y que, á pesar de haber aparecido otros cuerpos que la sustituyan, no por eso ha sonado, ni mucho menos, la hora de relegarla al panteón del olvido ó al recuerdo de lo que no existe.

La pólvora es indudable que hizo innecesarios los hombres de fuerzas hercúleas y musculatura á propósito para las luchas

personales y cuerpo á cuerpo, sustituyendo la inteligencia imprescindible para su manejo, á la fuerza material á que se encomendó en otras edades el resultado de las batallas, y lo que constituía el más importante factor en el éxito que coronaba una guerra y en la adjudicación del laurel de la victoria.

II

Acontece en la historia del descubrimiento de la pólvora, lo que en otros asuntos de índole parecida, y es que los datos relativos al particular se hallan diseminados, dispersos y confusos, habiendo necesidad de integrarlos para asignar á cada uno su verdadera importancia y el valor que le corresponde, descartando como inútil todo aquello que la vulgaridad, la ligereza ó el error han acumulado, para quedarse tan sólo con lo que reune más probabilidades de certeza, y brille con los inextinguibles fulgores que debe reunir la Historia.

No han faltado épocas en que se ha execrado y maldecido á los iniciadores de una substancia que producía los desastrosos efectos de llevar en pos de sí la muerte y destrucción, mediante la inmensa cantidad de gases formada por la rapidísima combustión de los cuerpos que la componen, acompañada del ruído formidable de las detonaciones, creyendo, sin duda, las sencillas y supersticiosas inteligencias vulgares, tan faltas de instrucción como llenas de fantásticas imágenes y de soñadoras consejas, que los resultados producidos por aquel cuerpo, en mal hora traído, no podían ser obra más que de un espíritu maléfico, enemigo de la humanidad, que conspiraba constantemente en su daño.

Sin embargo, tales opiniones prosperaban poco, pasando como rápidas y fugaces nubes que obscurecen un instante el sereno cielo, para dar pronto paso al esplendente sol que ilumina el horizonte.

Huían despavoridos al fragor de aquellos estruendos, sólo comparables á los que produce la naturaleza en las tempestades, y por tanto, atribuían origen sobrenatural á los seres que los ocasionaban, mirándolos primero con el asombro y admiración engendrados por el espanto, para tornarse más tarde en odio aquellas primeras impresiones hacia los autores de tamaños motivos de perturbación de la tranquilidad, sosiego y calma de que antes disfrutaran.

A pesar de todos los desastres que produce, las pérdidas que ocasiona y las vidas que extingue, no debe empequeñecer su gran importancia por lo que significa el trabajo y la fuerza que desarrolla en momentos dados, sumando enormes cantidades de velocidad y movimiento, que son manantiales fecundísimos de nuevas existencias y gérmenes de vitalidad, pudiendo decirse que las lágrimas producidas por su empleo tórnanse en riego bienhechor que baña los campos de donde han de brotar frondosas flores y sazonados frutos. Las consecuencias de este descubrimiento han sido de tal índole, que han motivado cambios sociales de inmensa trascendencia, que bien pueden ponerse al nivel de esos inventos que han ocasionado profundas metamorfosis en la vida de los pueblos, y han sido causa de grandes progresos en su modo de ser.

¿Cómo surgiera el descubrimiento que tanto eco había de tener y cuyas consecuencias habían de ser de tamaña magnitud? No fué, sin duda, como tantos otros, debido al acaso ó á fortuita contingencia, sino el producto de la meditación y del estudio, después de haber observado atentamente las propiedades que resaltan y distinguen á cada uno de los cuerpos que la componen.

Todo cuanto al origen de esta substancia se refiere es digno del mayor interés y de la curiosidad más extraordinaria. La idea de sumar tres cuerpos cuyo conjunto produzca por su rapidísima y casi momentánea combustión una oleada de gases, capaces por su fuerza elástica de lanzar grandes masas á lejanas distancias, es digna indudablemente de la considera-

ción de la Historia y de la meditación de todo el que se detenga un instante á contemplar los descubrimientos humanos y á medir sus consecuencias.

La Química puede y debe reclamar el puesto de preferencia, y aun el exclusivo, para conocer en todo lo relacionado con el estudio de la pólvora, pues se trata de una mezcla de tres substancias, cuales son el *nitro, azufre* y *carbón,* de la indudable competencia del químico, tanto cuando se las considera aisladamente, como una vez reunidas y quemadas en conjunto, para dar por su combustión origen al súbito é instantáneo desprendimiento de una masa gaseosa, cuya expansiva fuerza produce la detonación y el rapidísimo impulso del proyectil ó del cuerpo que impide el desarrollo de dichos gases.

El pensamiento de sumar las propiedades altamente combustibles del carbón y del azufre, y las especialísimas comburentes del nitro, que multiplica y exalta esa combustibilidad para producir en momentos brevísimos, tan rápidos como el pensamiento é instantáneos cual el relámpago, esos efectos (portentosos, terribles, destructores y profundos), no podía menos de revestir los caracteres de una originalidad extraordinaria y de un invento de grandísimos alcances.

Mezcla íntima la pólvora de las tres referidas substancias, constituye un trabajo químico, de cuya perfección, al interponer estos cuerpos, cantidades relativas de los mismos, pureza que les constituye, división más ó menos profunda, etc., son otros tantos factores que ejercen grandísima influencia en la energía y rapidez de las reacciones que se producen en la combustión, para que los resultados de la misma tengan mayor ó menor trascendencia y la masa de los gases producidos posea diferente tensión, y por tanto una fuerza impulsiva variable en lo que se refiere al objeto principal á que se destina.

La Mecánica se ocupa inmediatamente, por medio de sus abstrusos cálculos, de lo que aquella fuerza impulsiva puede producir, para encadenarla y dirigirla como el domador á la fiera; pero el químico, no hay que dudarlo, es el que determi-

na su composición, examina su fórmula, enseña el modo de prepararla y estudia las condiciones más adecuadas para producirse y, por tanto, es, como hemos dicho, una página de la curiosa y accidentada historia de esta ciencia, lo referente al conocimiento del origen é invención de la pólvora.

Atribúyese erróneamente el descubrimiento al monje benedictino Bertoldo Schwartz, en 1334; pero por más que haya tenido esta opinión gran número de secuaces, que la acogieron sin reserva en el concepto de inconcusa verdad histórica, debe ser rectificada en absoluto, para dejar paso á los datos, que posteriores estudios han sancionado, en el conocimiento de un asunto que importa sobremanera dejar bien sentado cuanto á su historia y orígenes se refiere.

III

Conocían los chinos la pólvora desde remota época, siquiera no la empleasen para lanzar proyectiles, sino en los fuegos de artificio, á propósito de lo cual refería el P. Magailleus haber presenciado un precioso juguete de esta índole que representaba un emparrado de vistosísimas uvas de encendido color granate, observándose que, tanto las hojas como las ramas y los frutos, consumíanse con extraordinaria lentitud, pudiendo apreciarse los vistosos racimos, el color verde de las hojas y el propio del leño, los cambiantes y tornasolados reflejos del conjunto, representados con tal naturalidad, que parecía estarse mirando la obra exacta de la naturaleza, y no la imitación artística, más ó menos perfecta, pero siempre deficiente.

Parece, pues, fuera de duda, que los efectos más sencillos de la pólvora, cuales son los fuegos de artificio, eran conocidos en China desde los primeros siglos del cristianismo, pero permaneció como todos los descubrimientos en dicho país: en un estado completamente pasivo y estacionario, sin darle significación ni importancia.

A fines del siglo undécimo pasaron los procedimientos relativos á este asunto á los tártaros, en cuyas manos no adelantaron ni un paso, hasta que al final de la décimatercia centuria, cuando tuvo lugar la conquista del Celeste Imperio por los mogoles, realizaron perfeccionamientos en el arte pirotécnico, debidos, sin duda, á la benéfica influencia de los árabes y de los europeos.

Los romanos usaban ya, en el siglo IV, fuegos de artificio en las representaciones teatrales, á quienes tampoco hay que atribuir esta prioridad, pues lo aprendieron indudablemente de otros pueblos, que, al decir de la tradición, empleaban este género de espectáculo, que por su índole especial tenía gran número de adeptos, por lo sorprendente y variado de su manera de ser.

Mas hay algunos períodos de obscuridad, de duda, de incertidumbre, de confusión y de sombras, en lo que se refiere á fijar la época del descubrimiento de la pólvora de cañón. Las investigaciones de Reinaud, del Coronel Favel, de Hoefer, Lacabanne y Lalanne, son las que han alcanzado mayor crédito en este particular, y á ellas debemos atenernos.

En el reinado del Emperador Koung-Ming, 200 años antes de la era cristiana, servíanse los chinos, con resultado, de muchos compuestos incendiarios, que designaban con los pomposos y altisonantes nombres de *fuego del cielo*, *trueno de la tierra*, *fuego devorador*, que alcanzan, según los historiadores chinos, una antigüedad remotísima.

La composición del fuego griego permaneció ignorada y envuelta en el misterio con el mayor cuidado, imponiendo severas penas á los que osasen revelar secreto tan sagrado y transcendental. Hay motivos fundados para suponer que las máquinas que servían para lanzar el fuego griego, y cuya descripción se halla en las *Tácticas* de León VI, presentan gran analogía con las empleadas con este mismo objeto por los chinos, y más tarde por los árabes. El titulado *Liber ignium ad comburendos hostes*, atribuído á *Marco Greco*, contiene treinta

recetas de compuestos incendiarios empleados por los griegos.

Los romanos, en tiempo de las guerras de la República, se valían de *pez, resinas*, *betún* y otras substancias inflamables, para lanzarlas sobre el enemigo en las ciudades sitiadas, ocasionando los terribles y destructores resultados del incendio.

La *nafta*, cuya etimología es de las palabras *nare* (nadar) y *phta* (fuego), fué desde remotos tiempos usada para obtener efectos de combustión, de tal suerte que se refiere que Medea abrasó á su rival y concluyó con ella, valiéndose de una corona barnizada de nafta, que se prendió de un modo rápido y brusco al aproximarse al sitio en que se hallaba la llama del altar, viendo de tal suerte consumirse en breve tiempo las hermosas y seductoras facciones de una belleza que adquirió universal é indiscutible fama.

IV

Hállase mencionada la pólvora de cañón por vez primera, en un libro árabe sobre arte militar, cuyo autor vivía en Egipto hacia el año 1249, época de la última cruzada dirigida por San Luis, expresándose, según Reinauld, en estos términos: «La pólvora se arrastra á manera de escorpiones que se extienden, se inflaman y hacen explosión donde se colocan, se esparcen cual si fuesen una nube, retumban como el trueno, abrasan como voraz incendio, reduciendo todo á cenizas.» Esta descripción coincide con la que del fuego griego hicieron Joinville y los escritores bizantinos.

Desde Egipto siguió el uso de la pólvora el camino que naturalmente le estaba trazado por las conquistas árabes, ó sea por las costas africanas, de cuyo sitio pasó á España por razón de su inmediata proximidad. Figura ya en nuestro país en 1257 en el sitio de Niebla. También se hace mención

de la pólvora en un poema árabe sobre las máquinas de guerra, cuyo autor vivía en 1272.

De todos modos, los libros de Alberto el Magno y Rogerio Bacon contienen composiciones que parecen sacadas del opúsculo de Marco Greco, cuya circunstancia ha sido el motivo de considerar á Rogerio Bacon como el inventor de la pólvora de cañón.

Aunque este religioso franciscano, que nació en el siglo XIII en Uchester, y cuya fama universal tuvo comienzo en un célebre sermón que predicara en Oxford ante Enrique III conoció la pólvora de cañón, no puede adjudicársele la prioridad de un invento de que ya Marco Greco, como hemos dicho, había hecho revelaciones.

Sin embargo, consignemos las palabras de Rogerio, por la importancia de que están revestidas y la curiosidad que despiertan. Dice: «Podemos con el salitre y otras substancias componer artificialmente un fuego susceptible de ser lanzado á cualquier distancia. Basta emplear una pequeñísima cantidad de esta materia para producir mucha luz acompañada de horrible estruendo: este medio permite destruir una ciudad ó un ejército.

»Para producir los fenómenos de luz y trueno hay necesidad del salitre, azufre y *Luru Vopo, Vir can Utriel.*»

En estas palabras ininteligibles á primera vista, han creído observar los eruditos un ingenioso anagrama que da á entender que el tercer ingrediente era carbón pulverizado.

Todo esto indica bien á las claras el perfecto conocimiento que ya se tenía en el siglo XIII de los efectos de la combustión del salitre y de las propiedades y composición de la pólvora, así como también el papel que al ilustre Rogerio Bacon, gloria de los filósofos ingleses, corresponde en este descubrimiento.

Antes de usar la pólvora como medio de lanzar proyectiles, se sabe por la tradición, que se empleaba en festejos y regocijos populares. Ya en el *Viaje literario* de Villanueva, da

cuenta que en Valencia la antigua fiesta de la Palometa se practicaba en la Seo, en la época precisamente de la Pascua de Pentecostés, para solemnizar la bajada del Espíritu Santo, en la catedral; tiraban con ballestas, con un punto en ignición, á manera de cohetes, donde llevaban la mezcla explosiva para que llegase á la bóveda al tiempo que una paloma de madera descendiese en un momento dado, y unas estopas incendiadas bajaban en forma de lenguas de fuego. Pero algunos incendios que tuvieron lugar con tal motivo, ocasionaron que se prohibiese por la autoridad eclesiástica semejante festejo, que á nada conducía. El Sr. Obispo D. Vidal de Blanes, en 1356, terminantemente lo prohibió, y á pesar de esto se ccntinuaron hasta que, en 1469, en el mismo día de Pentecostés, se quemó la iglesia á consecuencia de esta costumbre.

Y cual esa, hay otras muchas fiestas populares que se hallan enlazadas con el uso de la pólvora, en términos de formar parte integrante de la historia de varias poblaciones que han conmemorado sus patrones, sus gloriosas efemérides y todos los hechos que forman los variados matices de su existencia, con el empleo de esta substancia, que no ha de mirarse como mortífero elemento, sino por lo que ofrece de bello y agradable, convenientemente dirigida y dispuesta.

La posibilidad de adicionar á la pólvora otras substancias cuya combustión comunica á las llamas colores diversos, brillantes matices, preciosos cambios de luz, variadísimas tintas, sorprendentes reflejos y caprichosos tonos, ha motivado que el arte pirotécnico haga las aplicaciones que la Química pone de manifiesto y se utilicen para espectáculos recreativos, donde puede apreciarse el grado extraordinario de manifestación artística á que se ha llegado en este particular.

Así es que ese mismo cuerpo que ocasiona tamaños desastres y produce los horrores que acompañan á la destrucción y al incendio, puede producir, adicionándole diversos cuerpos, las benéficas y dulces sensaciones que la mente en sus plácidos sueños imagina, al formar esos preciosos juegos que las mul-

ticolores luces, combinadas en caprichosos y fantásticos giros, pueden presentar de igual modo el infantil capricho de un niño, que fragante ramo de vistosas flores, ó el dibujo de un objeto de arte, ó la leyenda de una profunda y sublima máxima.

Un autor árabe es el primero que habla de un cañón empleado en 1323 por el Rey de Granada en el sitio de Baza. Un dato auténtico del 11 de Febrero de 1325, demuestra que las armas de fuego eran ya conocidas en Florencia en esta época, y los historiadores de Italia hablan de su empleo en 1326 y de los grandes servicios que prestaron en el ataque de Cividalia en 1331, y este uso penetró bien pronto en Francia, como se demuestra en el decenio de 1335 á 1345, habiéndose empleado el cañón en 1339 en el sitio de Puy Guillem. Los primeros que emplearon la artillería en campo raso, fueron los ingleses, en 1346, en la batalla de Crecy.

En el sitio de Algeciras, casi á mediados del siglo XIV, fué donde en España se usó de una manera evidente como arma de combate, empleando procedimientos metódicos y estratégicos, produciendo ya resultados maravillosos de tal suerte, que han quedado como un hecho de recuerdo inextinguible las piedras lanzadas por los moros con la pólvora del trueno, (que así la denominaban).

Produjo en los ejércitos sitiadores no poca sorpresa y gran curiosidad, por lo cual recogieron cuidadosamente aquella substancia de negro color, que tan extraños efectos producía. Así es que su sabor, su aspecto, sus propiedades físicas, no tardaron en conducirles á conocer de una manera más ó menos aproximada su composición, aun careciendo de los conocimientos y reactivos que la Química analítica ha puesto al alcance de la ciencia moderna.

No dejan de ofrecer curiosidad é interés algunos otros datos relacionados con la historia del descubrimiento, siendo muy dignos de mención, entre varios, el libro que en 1365 escribió un árabe granadino, sobre la *Guerra y sus ardides,* cita-

do por Rodríguez de Castro; la batalla naval de 23 de Julio de 1371, sostenida por los españoles contra los ingleses enfrente de la Rochela, donde se cree que por vez primera se usase la pólvora en la Marina; la noticia de que en 1380 se establecieron las primeras fábricas de pólvora y cañones en Barcelona, y que los primeros fabricantes de pólvora en Cataluña fueron Simón Jaca, Vicente Solá, Jaime Porta y Francisco Porra, los cuales prepararon *1883 libras de pólvora* á Don Fernando I de Aragón para la guerra de 1413, y por la que recibieron 4434 sueldos barceloneses, entregándoles el mismo año el Rey doce arrobas y catorce libras de salitre para continuar trabajando.

Las primeras fábricas de pólvora que se recuerdan en el siglo XV en España, fueron las de Villafeliche y de Tembleque, cuyo dato juzgo que es también de algún interés por lo que se refiere á este asunto. El General Mr. Piobert, en su *Tratado de artillería teórico y práctico,* dice «que los orientales nos precedieron en el conocimiento de las propiedades incendiarias y uso para la guerra de una mezcla de salitre, azufre y carbón, y que la fuerza balística de la pólvora fué conocida de los árabes mucho después.

La pólvora sirvió en las minas desde mediados del siglo XV.

Pero lo que hizo conocer muy en breve las diferencias respectivas entre unas y otras, era la calidad del carbón que en su preparación se empleaba, según procediera de sauce, pino, nogal ú otras maderas. Merece también mencionarse la obra de Lázaro de la Isla, impresa en Madrid en 1595, titulada: *Breve tratado del arte de Artillería, Geometría y Artificios de fuego,* en cuyo libro, dividido en 77 capítulos, se trata en algunas de sus páginas de la fabricación de la pólvora y la construcción de toda clase de proyectiles, cuyo dato se indica como curiosidad histórico-bibliográfica.

Existe asimismo un manuscrito en la Biblioteca Nacional, titulado: *Tratado de Artillería, Minas y Fortificación,* hecho

en Túnez por Juan Fernández Espinosa, en 1599, en donde se habla también de pólvora.

En un manuscrito latino del siglo XVI, intitulado *Varii tractatus de Alchimia*, hay un pequeño tratado con el título de *Liber ignium ad comburendos hostes,* cuyo principio es *Incipit liber ignium á Marco Græco descriptus*, donde se halla, entre otras cosas, la primera descripción un tanto exacta y minuciosa de la pólvora de cañón. Menciona varios procedimientos para combatir al enemigo á distancia, consistiendo uno de ellos en reducir á polvo en un mortero de mármol *una libra de azufre, dos libras de carbón y seis libras de salitre*, y poner esta mezcla en una envoltura larga, estrecha y bien apretada. Cuando quiera imitarse el trueno, debe la cubierta ser corta y gruesa y estar fuertemente atada con un bramante. En el año 1500 había en España una fábrica de pólvora por cuenta de la Real Hacienda, si bien se estancó esta substancia hasta el año 1608.

La ley de 17 de Junio de 1864 hizo libre, como es sabido, la fabricación de dicho artículo, cuya ley comenzó á regir en 1.° de Enero del año siguiente, ó sea del 65, sujetando á los industriales que á esta profesión se dedicaban á las tarifas correspondientes, aun cuando conservó el Estado las fábricas que conceptuó necesarias para el servicio de Guerra. Es decir, que ha sido la pólvora, como todos saben, un objeto estancado hasta la referida época, cuyo dato es conveniente conocer, aun cuando no sea más que como recuerdo teórico.

Los primeros explosivos se fabricaron en España á últimos del pasado siglo. Desechadas la plata y el oro fulminante por su difícil preparación, se prefirió el mercurio, por la facilidad y menor peligro en su manejo, aun cuando de menor actividad explosiva, y lo empleaban para las armas de caza, colocándolo en bolitas de cera y también en cintas, para conservarlas un tiempo más ó menos indefinido.

Al recorrer la historia de este cuerpo, habríamos de experimentar no pocos motivos de asombro y admiración, lo mis-

mo en la inteligencia del que lo fabrica, para que resulte con verdaderas condiciones de substancia explosiva, como en los prodigios de valor confinantes con la temeridad del que arrostra los peligros de manejar combustibles en sitios inmediatos á los polvorines, ó á los depósitos destinados á la conservación de esta materia explosiva, ó á la Santa Bárbara de los buques. Muchas páginas podrían llenarse de estos rasgos, que más bien parecen creaciones de calenturienta fantasía que verídicos relatos de históricos acontecimientos.

La fabricación de la pólvora, con sus inmensos riesgos y gravísimos peligros, cuenta no escaso número de víctimas; pero ha ofrecido motivo para presentar multiplicados ejemplos de heroismo, en que se ha tenido en muy poco la vida ante la necesidad de la defensa, habiendo inspirado al genio del ilustre pintor español Goya motivo para uno de sus preciosos cuadros, que representa, enmedio de un extenso campo, un conjunto de hombres ocupados en las faenas de hacer pólvora, pudiendo apreciarse todo un raudal de bellezas pictóricas en las figuras que trazara en el lienzo el insigne pintor de la corte de Carlos IV. Precioso cuadrito, en efecto, de pequeño tamaño, que puede contemplarse en la denominada casita del Príncipe, en El Escorial, donde se admiran los mágicos tonos, el claroobscuro, la originalidad de las figuras de aquellos labriegos que, sin temor al peligro que corren, pulverizan los ingredientes de la pólvora, y allá en lontananza, en último término, los curiosos que los contemplan, en cuyos rostros se mira el terror en unos, la indiferencia en otros y la curiosidad en la mayor parte.

V

A fines de la pasada centuria, cuando Berthollet acababa de descubrir el clorato potásico, experimentó que sustituyendo este cuerpo al nitro en la pólvora ordinaria, formaba una materia explosiva de una violencia grandísima. Esta fabricación, que comenzó en Esonnes en 1786, ocasionó un terrible accidente, del cual estuvo á punto de ser víctima el mismo Berthollet.

La explosión que ocurrió en París el 6 de Octubre de 1780 y que costó la vida á trece personas, puso en evidencia los gravísimos peligros de las pólvoras de clorato, que producen sus efectos con la mayor facilidad, mediante el más ligero é insignificante choque ó un ligero rozamiento, que puede verificarse por cualquier accidente fortuito.

Hasta que en 1846 llamó la atención Schœnbein sobre el fulmicotón ó algodón pólvora, no se usaba más que la pólvora ordinaria. Se propusieron primero ligeras reformas, consistentes en la substitución del nitro por cuerpos más baratos, como el nitrato sódico, y el carbón de encina por carbones minerales ó procedentes de cuerpos orgánicos, como el almidón, azúcar ó serrín.

Pero la propiedad de producir el ácido nítrico productos explosivos con las substancias leñosas, iniciada por Braconnot en 1823, fué más tarde perfeccionada, hasta que se generalizó el uso del referido fulmicotón ó piroxilina, si bien tampoco ha podido prosperar su empleo por la facilidad con que se destruyen las armas que con tales explosivos se usan.

Ultimamente se ha dado á conocer un explosivo de gran potencia llamado *cibalita*, que puede emplearse como pólvora sin humo, y consiste en la nitrocelulosa bajo la forma granu-

lada. Su preparación se reduce á impregnar en una solución de permanganato potásico la celulosa natural, y adicionar después ácido nítrico para verificar la vitrificación de la celulosa, terminando por lavarla, desecarla y granularla, habiendo necesidad, cuando ha de usarse como pólvora sin humo, de adicionarle bicromato potásico, que se impregna después con nitroglicerina (1).

De todos modos, en el adagio vulgarísimo que para expresar la falta de ingenio de una persona se dice *que no ha inventado la pólvora*, se sintetiza ciertamente, con el buen sentido de la voz del pueblo, la importancia de un descubrimiento que supone en el que lo realiza una perspicacia nada común, y que sabe apreciar *à priori* los efectos y consecuencias transcendentales de un hecho que puede acarrear súbitos é inesperados trastornos, de igual manera que grandes é incalculables beneficios, no sólo por su papel de primera importancia en las guerras, sino por la misión que ha desempeñado en la voladura de la montaña que forma el obstáculo para el paso de la locomotora, que anula la distancia; en la perforación de la mina, que arranca del seno de la tierra el preciado tesoro que llegará á ser la base del fomento y bienestar de los pueblos; en los beneficios que proporciona para la caza de animales útiles al hombre, ó en la muerte y defensa de aquellos que le son agresivos; en una palabra, ha formado época en la historia de la humanidad, como acontece con todos los hechos que dejan en pos de sí una huella inextinguible é imborrable á la acción de los tiempos y al embate de la continua sucesión de los acontecimientos, que no se dan punto de reposo ni paz á su vertiginoso progreso.

Claro es que la mirada retrospectiva que en el concepto histórico se dirige á este asunto, revela de una manera patentísima los inmensos y portentosos adelantos realizados hoy en el arte de la guerra en este particular, como acontece, por

(1) *Moniteur scientifique du Dr. Quesneville.*—Enero de 1893.

ejemplo, con la pólvora sin humo, dispuesta bajo la forma de pastas, que, colocada en esos admirables fusiles Maüsser, lanza los proyectiles con precisión y gran fuerza á la distancia de mucho más de dos mil metros. Pero mi objeto es tan sólo hablar del pasado ó sea de la Historia.

De lo expuesto, puede afirmarse como breve síntesis:

1.° Que no debe atribuirse en absoluto á persona determinada el descubrimiento de la pólvora, y, por tanto, que no es el nombre del fraile Rogerio Bacon, del siglo XIII, el que debe estar rodeado de esa aureola de gloria, ni tampoco el franciscano de Friburgo, Bertoldo Schwartz, sino que ha surgido en varios países y por diversos medios.

2.° Que España ocupa lugar honroso en los fastos del descubrimiento.

3.° Que á la ciencia química es á quien corresponde la perfección en el análisis y estudio de los efectos del explosivo, y, por tanto, que sus conquistas se han reflejado en el conocimiento de esta substancia.

Y 4.° Que el descubrimiento de la pólvora debe considerarse como preciada conquista de la civilización, y como aurora que ilumina los espacios, para dejar en pos de sí las huellas de grato recuerdo, aunque á primera vista parece que siembra el luto y la aflicción, el dolor y la desventura.

Doctor Joaquín Olmedilla y Puig,
Académico, Consejero de Sanidad del Reino, y Catedrático.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

UNA VUELTA POR INGLATERRA

De Manchester á Glasgow: salida á las dos de la madrugada. Al rayar el día se ve aún el paisaje inglés, una pradera y un seto en un terreno, no pingüe y naturalmente fértil como en Flandes, sino trabajado y constreñido á producir por la industria del hombre. Más allá de Carlisle el suelo desciende y luego se eleva formando altas y largas colinas cubiertas de pastos. Soledad; ni árboles ni cultivos; aquí y allí una casa; los carneros manchan de puntos blancos las enormes intumescencias verdes. Ese verde perdurable, siempre húmedo y siempre pálido, deja una extraña impresión.

En las inmediaciones de Glasgow, infinidad de chimeneas, altos hornos flameantes: cuento diez y seis en una masa. Glasgow, como Manchester, es una ciudad de hierro y de hulla. También ocupa un terreno teñido de negro en los mapas, y el Clyde le forma un puerto para unirse al mar. Uno se inclina á ver en los caracteres físicos del país la predicción de su historia: la tierra verde, los rebaños, el lacticinio, el clima húmedo

y frío y el suelo ingrato, producen el animal carnívoro, enérgico, tenaz y trabajador; la hulla, el hierro, la cercanía del mar y los ríos convertidos en puertos, le invitan á hacerse industrial y comerciante. Trescientas setenta mil almas. Pero el aspecto de estas grandes colmenas descorazona siempre: los niños bullen descalzos por el lodo; mujeres desastradas, enseñando los hombros por los rasgones del vestido, dan el pecho sentadas en la calle. El clima es peor que el de Manchester. Estamos á últimos de Julio, y luce el sol; á pesar de eso, no me sobra el abrigo. Afortunadamente, el cuerpo humano se acomoda al medio. Sobre el césped del paseo veo tumbadas mozas hechas, sin medias ni zapatos; los chicuelos se bañan en el río. Además, ciertos rasgos del carácter moral forman una compensación. Yo he caído en un hotel de negociantes y viajantes *(commercial gentlemen)*, y durante veinticuatro horas, en la mesa sobre todo, los he visto á veintenas. Su fisonomía es una mezcla del propietario, del profesor y del zapatero: la de los nuestros participa del payaso y del militar. Ahora bien: en achaque de negocios y comercio, da mucho más de sí el primer carácter que el segundo; y la diferencia indicada no se encuentra sólo entre los viajantes de ambas naciones.

El vapor baja el Clyde hasta el mar, envuelto en la niebla luminosa de la mañana, y enmedio de una fila de mástiles y cordajes. Seguimos la honda y recortada costa, de uno en otro golfo. Esos golfos casi cerrados parecen lagos, y su ancha superficie brilla como un espejo dentro de un anfiteatro de colinas verdosas. Todos los ámbitos y contornos de la playa están sembrados de blancas quintas; el agua se halla poblada de embarcaciones; me indican una altura desde donde se pueden contar frecuentemente 300 á la vez; un buque de guerra de tres puentes flota á distancia, como un cisne entre gaviotas. Ese gran espacio lleno de vida ensancha el alma; el pecho se dilata

ampliamente, y se respira con placer la brisa fría. Pero el efecto sobre los nervios y el corazón no es el del Mediterráneo; este aire y este paisaje, en vez de convidar á la voluptuosidad, impulsan á la acción.

Pasamos á un botecito, tirado por tres caballos, que sigue el Crenan-canal entre dos orlas de césped. A un lado peñascales vestidos de maleza; al otro, pendientes escarpadas, grises ó rojas; ya eso es color, recreo para los ojos, tonos bien combinados ó fundidos. En el ribazo y en las breñas, rosas silvestres y plantas finas de blanco penacho que sonríen con una gracia delicada y encantadora.

Al salir del canal, subimos nuevamente al vapor, y el mar vuelve á dilatarse más que nunca. El cielo está completamente despejado, espléndido, y las olas se retuercen trémulas al sol con los reflejos del estaño fundido. El barco avanza dejando en pos de sí una calle bullente y rumorosa. Las gaviotas le siguen infatigablemente. A una y otra parte yérguense sobre el pálido azul islas, peñascos y promontorios de soberbio corte; la vista cambia á cada cuarto de hora. Pero á cada torno reaparece el mar infinito, que confunde su superficie casi plana con la curva del blanco cielo.

Baja el sol, costeamos á Glencoe, y surge el monte Ben-Nevis jaspeado de nieve; el golfo se estrecha, y el agua, encerrada entre áridas montañas, toma un aspecto trágico. No es esto para el hombre; la naturaleza permanece aquí indómita y salvaje; se ve que se está sobre un planeta.

Desembarcamos cerca de Fort William; un crepúsculo moribundo, un vago residuo de arrebol permite ver el paisaje asolado, los campos de turba, los relieves del valle, entre dos hileras de montañas enormes. Un ave de rapiña grita en el silencio. Acá y allá se ven algunas chozas miserables; me dicen que las de las alturas son cubiles sin ventanas, de donde sale el humo por un agujero del techo. Muchos viejos son ciegos. ¡Qué país tan hostil al hombre! — Al otro día, durante cuatro horas, seguimos costeando soledades por el Caledonian-

canal, una fila monótona de montañas sin arbolado, enormes jibas verdosas que manchan á trechos piedras derrumbadas. Algunos carneros enanos buscan en las vertientes un poco de hierba; á veces el invierno es tan crudo, que mueren; de distancia en distancia se ve un buey peludo, de ojos selváticos y del tamaño de un borriquillo. Plantas y animales, todo perece ó se desmedra. Para sacar algo de tal país, habría que repoblarle de arbolado ante todo, como se ha hecho con el Southerland; el árbol rehace el suelo, y después abriga el cultivo, el ganado y el hombre.

El canal conduce á un rosario de lagos. Nada más noble que su aspecto, nada que más impresione. El agua, obscurecida por la turba, forma una vasta llanura reluciente, ceñida por un circo de montañas. A medida que se avanza, cada montaña se desarrolla lentamente, se despliega, aparece con su forma y su fisonomía; las últimas, azuladas, se esconden las unas tras las otras, bajando hacia el horizonte que cierran. Así aparecen congregadas como una asamblea de grandes seres tristes alrededor del agua negra en que se miran, y alguna que otra vez, por encima de ellas y del lago, asoma el sol al través de un sudario de nubes.

Por fin, la soledad tórnase menos severa. Los montes empiezan á vestirse, y acaban por vestirse del todo; al propio tiempo se aplanan, y los valles ensanchados se cubren de cosechas; el verde nuevo y lozano de las plantas forrajeras viene á adornar las hondonadas y las vertientes. Entramos en Inverness, y nos admiramos de encontrar, casi en el extremo Norte de Escocia, en la ladera de los desiertos Highlands, una linda ciudad moderna y viva. Se extiende á ambas orillas de un río cristalino. Tiene una porción de edificios nuevos; se ve una iglesia, un palacio, un puente de hierro; por todas partes brillan la limpieza, el esmero, el cuidado solícito. Los cristales relucen; los suelos están fregados; los agarradores de las puertas son de cobre; hay flores en las ventanas; las casas más pobres están blanqueadas de nuevo. Por las calles pasan señoras

bien vestidas y *gentlemen* de traje correcto. Hasta se ha querido tener obras de arte, columnas jónicas, gótico puro, y otros adornos arquitectónicos de pacotilla, pero que demuestran, al menos, el deseo de buscar lo mejor, la intención de hacer bien las cosas. Evidentemente, el país es malo; todo lo hace la industria, el orden, la economía, el trabajo de los moradores. ¡Qué contraste con el aspecto de una ciudad modesta de las costas del Mediterráneo, tan descuidada, tan sucia, donde la persona de clase media vive como un gusano en una viga carcomida!

Paso ocho días en los alrededores, en casa de un amigo. Casi todos los cottages se hallan en buen estado ó retocados de nuevo. Granjas humildes, casitas de labriegos, tienen su jardín llenos de rosas y sus paredes vestidas de madreselva. Cierto que esas casas, demasiado bajas, no suelen tener más que piso bajo y son reducidas, porque cuestan caros los materiales de construcción. Cierto también que la cama, mal ventilada, está siempre dentro de una alcoba de tablas, porque en invierno es muy recio el frío. Pero esos inconvenientes del suelo y del clima han sido un aguijón para el hombre. Por todas partes, en los cottages más humildes, se encuentran libros, la Biblia desde luego, y además algunas biografías, viajes, consejos de higiene, manuales de pesca, tratados de agricultura: de 8 á 30 volúmenes. Casi todos los campesinos escoceses saben leer, y leen. Nuestros huéspedes dan la mano á todas las aldeanas, á las muchachas, y nos dicen que se la demos; ellas no son encogidas.

Cada campesino se considera soberano en su casa, libre en lo espiritual y en lo temporal, encargado de su salvación, lo cual le da una dignidad natural. Los ricos y los *gentlemen* no se encastillan ni viven aparte por desconfianza, repulsión ó egoismo, como en Francia, sino que dan lecturas públicas y se suscriben para las fundaciones. Uno de ellos ha erigido una iglesia, que me enseñan; otro, un puente colgante; en una inscripción «ruega á los pasajeros que lleven el ve-

hículo al paso»; el muro de su parque no levanta más que dos pies; puede entrar todo el mundo, sin más condición que la de no hacer destrozos.

Entre Keith y Aberdeen encuentro un tren económico, cuyos vagones van atestados de gente. Todos esos viajeros se dirigen á un *meeting* religioso: es una Asamblea de edificación y de emoción protestantes, un *revival* donde hablarán varios predicadores célebres. La afluencia es tan grande, que tienen que pedir por telégrafo vagones suplementarios, y eso que hay muchos coches donde las muchachas van sentadas en las rodillas de los hombres. Mi vecino dice que habrá 20.000 personas; algunas vienen de muy lejos, de 50 ó 60 millas. Durante la detención del tren, las mujeres entonan un salmo con fervor; siempre es grave y dulce aquí la música religiosa, y nunca ha dejado de impresionarme gratamente. Los coches son de tercera clase, y los ocupan tenderos, obreros y labradores, vestidos todos como nuestra modesta burguesía; trajes curiosos, frecuentemente nuevos, de paño pardo ó negro; fisonomías animadas y despejadas: la raza es más viva, más despierta que en Inglaterra. Son gente del pueblo, pero mucho más afinada á todas luces que nuestros lugareños.

Al llegar al hospedaje, á un temperance-hotel, encuentro sobre la mesa de la dueña de la casa, entre diversas novelas morales y libros piadosos, un tratado apologético en favor de los *revivals*, donde se justifican las exclamaciones, los deliquios y otros raptos apasionados. «En la sociedad más escogida: una madre ó un padre, en presencia de un hijo que creían perdido, prorrumpen en exclamaciones, se desmayan de alegría y nadie tilda de inconvenientes sus transportes: ¡cuánto más legítimos no son los del alma que de repente se ve salvada, redimida por la gracia!» En el periódico un *clergyman* reprende á Walter Scott por haber contribuído con sus novelas á disminuir la estimación de los covenantarios.—En mi sentir, el protestantismo presbiteriano es el poema que aquí cuadra: poema triste, grandioso, moderado, excelente

para replegar al hombre sobre sí mismo, para apegarle al trabajo y hacerle llevadera la vida.

Al culto el domingo: ni cuadros, ni estatuas, ni música instrumental. La iglesia es una simple sala de reunión, provista de bancos y de una galería arriba, muy á propósito en conjunto para conferencias públicas; y en efecto: el culto divino apenas es aquí más que una conferencia de moral. El tema del ministro es «que debemos operar por nosotros mismos nuestra salvación» (1), no esperar ayuda extraña, sino desplegar esfuerzos, obrar por nuestra cuenta; Dios nos ayudará, nos dará su gracia, no por nuestros esfuerzos (porque es gratuita), sino en proporción á nuestros esfuerzos. Sermón bien dicho, sobria y juiciosamente, sin frases ni voces. El precepto, aunque algo abstracto, es práctico y puede despertar reflexiones personales en algunas cabezas, sobre todo en invierno y cuando llueve. Seguir y proseguir tales reflexiones, con ayuda del texto evangélico ó bíblico, es una ocupación que eleva el alma y provoca un trabajo de la conciencia. Además del sermón, los oficios comprenden una lectura de ciertos textos sacados de la Biblia, especialmente de San Pablo, oraciones de prosa rezadas en voz alta, y salmos é himnos cantados por la congregación. Los rezos y los himnos son perfectamente vulgares y bastante modernos; no se ha sabido hablar verdaderamente con Dios más que en el gran siglo literario, desde Shakspeare á Milton. Pero los salmos, aunque traducidos flojamente, se sostienen por la fuerza del sentimiento y de la inspiración; aun en el día, un alma alterada y que se considera responsable, puede comprenderlos; son el diálogo del corazón humano y del Juez eterno, á solas los dos y cara á cara. Gracias á ellos, en medio de las disputas teológicas, de la predicación árida y del trabajo monótono, se explaya el sentimiento moral en una flor poética. No está de

(1) We *must work out our salvation.*

más tener una, una siquiera, en una religión cuyas prácticas y dogmas parecen un seto de zarzas.—Recogimiento en los concurrentes: me dicen que Escocia es más religiosa aún que Inglaterra; el presbiterianismo, tan rígido, no ha parecido aquí bastante rígido. En 1843 juzgaron varios que el nombramiento del ministro por el patrono era contrario á la ley de Dios; así se formó la Iglesia libre, sostenida por los dones voluntarios de los fieles. En algunos años ha igualado á la Iglesia oficial. Ahora tiene 330.000 libras esterlinas de renta, ha fundado 700 escuelas, y cuenta con un partido en cada pueblo. Por la poca importancia del punto debatido, por la energía de la separación efectuada y por la prontitud, la entidad y los gastos de la obra, mídase la susceptibilidad teológica y el celo de los contribuyentes.—La misma reflexión en punto á la observancia del domingo; comparado con el de Edimburgo, el de Londres es alegre.

El paisaje que nos rodea, muy bello y delicado; el suelo parece de mediana calidad, pero los cultivos no tienen la regularidad artificiosa de Inglaterra. La naturaleza, más agreste, se presta menos á la disciplina; es accidentada, y agradaría á un pintor. Abundan las flores delicadas, lindas, sobre todo las rosas silvestres, que crecen en las orillas de todos los caminos. Cristalinos y murmurantes riachuelos vagan al azar al través de las praderas. En las vertientes, debajo de los pinos, se extiende un tapiz de seda de morados brezos. Más arriba vienen grandes zonas de bosques siempre verdes, y, al acercarse á la montaña, se ve en el horizonte un círculo pardo de áridas alturas. Al cabo de una hora, es ya el desierto: el clima es hostil á toda vida, aun la de las plantas. Un lago, color de topacio quemado, duerme triste y arrecido entre vertientes pedregosas, donde brotan á trechos algunos juncales ó brezales. Media legua más arriba, la niebla que sube envuelve un segundo lago, más triste aún. Placas de nieve jaspean las cimas del contorno y bajan en arroyadas, que forman lamedales. Los caballejos del país, con instinto seguro, trepan por

la landa, y hétenos sobre una altura desde donde la vista no abarca más que un anfiteatro de cimas asoladas y, á pesar de eso, verdosas; con la destrucción de los bosques, todo ha perecido; una naturaleza arruinada ofrece aspecto más lúgubre que todas las humanas ruinas. A la vuelta toca un gaitero, á orillas del lago. Música extraña y agreste, en armonía con el aspecto de las aguas rumorosas, veteadas de visos brillantes ó sombríos. Un tema corto, especie de aire de baile, sube por todos los tonos de una manera rara y disonante, y vuelve sin cesar, pero siempre agrio y áspero: se da uno á pensar en una naranja desmirriada y de sabor amargo, á causa de los fríos.

Son los Highlands. Desde Brœmar á Perth, durante leguas enteras, continúan aún. Siempre la soledad; á veces se pasan cinco ó seis valles seguidos, enteramente desnudos, y se viaja una hora sin encontrar un árbol; después, durante otra hora, apenas si se divisa á lo lejos un pobre abedul ladeado, que se muere ó que está muerto. ¡Si al menos la roca estuviese desnuda y descubriese la estructura mineral en toda su energía y rudeza! Pero los montes, de mediana altura, no son más que lomas de formas blandas, desmoronadas en pedruscos y guijarros, que parecen los escombros de una cantera. En invierno, las caídas de agua desarraigan los brezos y dejan en las vertientes una cicatriz leprosa, blanquizca, apenas sonrojada por el sol, demasiado pálido. Las cimas, truncadas, carecen de audacia. Rastros de una vegetación raquítica delatan á trechos, en las laderas, la resudación de los manantiales; el obscuro brezo cubre lo demás. Abajo, en el fondo del valle, un torrente sembrado de piedras se agita en su garganta ó se despereza en remansos estadizos. A veces se descubre una choza, con una vaca enteca. El cielo gris y bajo completa la impresión de lúgubre monotonía.

El coche escala una última montaña. He aquí, al fin, una pendiente abrupta, un gran muro de roca; pero es lo único. Se baja de nuevo, y se entra en la comarca habitable. El cultivo conquista las hondonadas, y luego las vertientes; vuelven

á vestirse las laderas, y después montes enteros; los pinares cubren las cimas con su manto sombrío. Ensánchanse los sembrados de avena y de cebada; se ven preciosos sotillos, casas rodeadas de jardines y de flores y, en las suaves colinas, todas las variedades del cultivo; acá y allá un parque, un palacio moderno. El sol traspasa las nubes, y luce alegremente, sin molestar; ábrese la llanura fértil, abundante en promesas de comodidad y de atractivos, y se entra en Perth, pensando en las descripciones históricas de Walter Scott, en el contraste de la montaña y de la llanura, en las injurias y en los desdenes que se prodigan el hombre de las tierras altas y el hombre de las tierras bajas. Desde Perth á Edimburgo el paisaje sigue siendo risueño y variado. Escocia, más ondulada, más accidentada que Inglaterra, es más pintoresca; la naturaleza, menos uniforme y menos dócil, no es una simple fábrica de leche y de carne.

Lo mismo Edimburgo comparado con Londres.—En vez de una ciudad regular, moderna, llana, centro de negocios, de comodidades y de lujo, se encuentra una ciudad vetusta llena de contrastes, desparramada en tres valles y sobre varios cerros, y donde las calles pinas, los altos edificios y las múltiples huellas del pasado forman por todas partes perspectivas inesperadas. Sobre una de las cumbres, yérguese un castillo feudal. Desde allí, bajando hacia Holyrood, de uno y otro lado de la calle, arrancan hacia las partes inferiores, viejas callejuelas y callejones cerrados de pendiente abrupta *(lanes and closes)*, verdaderos zaquizamíes de la Edad Media, cuyos muros, ennegrecidos por el humo y la lluvia, conservan su lepra desde hace cuatrocientos años. Al ras de esos muros ó destacándose de ellos, se elevan torreones redondos ó cuadrados. Los ventanuchos, enrejados é irregulares, parecen tragaluces de calabozos. Por la obscuridad interior se desarollan escaleras de piedra, bajas y húmedas, entre sombríos declives cuya profundidad permite medir un rayo de luz. En los escalones se ven montones de niños de cráneo blanco, con los piés descalzos,

y hombres acurrucados, comiendo; todo eso trae á la memoria las formas fantásticas, las semi-tinieblas y los extraños huéspedes de las cuevas de Rembrandt.

Una porción de estatuas, de monumentos góticos y sobre todo griegos; dos galerías de cuadros.—Carlton-hill, con su columnata y sus dos ó tres templecitos, quiere ser una acrópolis, y la ciudad científica, literaria y filosófica, se llama la Atenas del Norte. Pero, ¡qué despropósito aquí la arquitectura antigua! La niebla pálida, azotada por el viento, flota y se desparrama por todas partes. Los contornos de los edificios se sumergen en el vapor ó se destacan débilmente á una luz enfermiza. Un velo vaporoso se arrastra por la verde pendiente de Carlton-hill, y se enrosca alrededor de sus columnas. El clima rechaza esas formas del país seco y cálido, y las necesidades, los gustos y las costumbres del hombre las rechazan más. Aquí, por ejemplo, la principal tentación es emborracharse, y las sociedades de templanza la combaten por una mezcla de ideas bíblicas y de consideraciones utilitarias. A este fin se ven carteles con dos figuras expresivas: la una representa «un hombre» *(a man)*, el trabajador; la otra representa «una cosa» *(a thing)*, el beodo; debajo se leen consejos apropiados al caso. Seis peniques al día, de tabaco y de cerveza, hacen tanto al año; y se demuestra mediante cifras que con ese dinero se hubiese podido comprar tales artículos de cama ó de mueblaje, tantos pares de calzado, tantas camisas, y por contera el libro indispensable, «una Biblia de familia.» Ese cálculo y esa mención de la Biblia son rasgos característicos. Cuando después se entra en el Museo, y se miran los tres ó cuatro grandes Van Dyck, un Garofalo, un Veronés y, sobre todo, dos bocetos de mujeres por Tintoreto, se considera uno en el otro extremo del mundo.

Saliendo de Edimburgo, se ve, á la izquierda, el mar circuído de montes lejanos, que descienden gradualmente y forman una obra de labor delicada en torno de la brillante masa líquida. Pasa Berwick, alegre y pintoresco, con sus rojos teja-

dos y su puerto tranquilo, donde duermen algunas naves. Más lejos viene Newcastle, cuya hulla baja directamente á los buques para ir á abastecer las costas del Mar del Norte: ciudad de carbón y de fábricas, negra y fumosa, triste como una cárcel. La campiña se presenta llana en todo el trayecto, casi desprovista de setos y de árboles; á veces, sin embargo, una ensenadita arbolada cobija una aldea. Pero del uno al otro extremo del viaje el mar está á la vista y el tren rasa la costa, ya metido en una ranura de peñas, ya colgado sobre el abismo. El corazón se dilata ante esa inmensidad refulgente, cuya superficie vaga y regular va á juntarse con el cielo; montículos de espuma matizan de lugares blancos la azulada extensión. Dos ó tres buques se ciernen á distancia como aves. Por encima se desarrolla la gran curva del pálido cielo, y olvida uno el espectáculo bullicioso del hormiguero humano, sintiendo nuevamente la calma, la sencillez, la divina inmutabilidad de las cosas.....

.....York á la mañana. Entre líneas de torres góticas brilla suavemente un gracioso y límpido río; más lejos hay un puente y una masa de barcos negros; se atraviesa el río en una barca. Nadie en las calles; el aire llega á las mejillas tan fresco como en el campo. Se pasa por delante de casas antiguas; se ven bajas arcadas y portalones de arco con grandes clavos. La hierba brota entre las piedras; en una plaza, al lado de la catedral, extienden sus frondosas copas árboles seculares. Todo aparece verde, limpio, apacible é impregnado de antigüedad, como en una ciudad flamenca. La enorme y venerable catedral contribuye á acentuar la semejanza. Intacto por fuera, el coloso gótico de tres torres aventaja á Notre-Dame en elevación y en amplitud. Por dentro lo despojaron los iconoclastas de la Reforma; está blanqueado de cal, desnudo y triste. De la antigua ornamentación no queda más que la parte del coro, un laberinto de festones, estatuillas, pechinas y pequeños púlpitos esculpidos, cuyas formas se traban con delicada y pródiga fantasía. ¡Qué encantadoras son esas viejas ciudades so-

segadas! Pero en la rapidez del viaje todos estos espectáculos pasan ante el espíritu como otras tantas decoraciones.....

.....Ultimo día: de York á Londres. Tiene uno que hacer su oficio hasta el fin; voy en tercera clase durante nueve horas para ver bien á la gente del pueblo. Los dos tipos que más llaman la atención son los que ya he encontrado: el hombre robusto y el rendido ya por la fatiga. El uno con la corpulencia de un atleta, cara coloradota, patillas rojizas, ojos de toro, ademanes rudos, fisonomía huraña ó amenazadora, que, no obstante, se ablanda á veces, cuando la atraviesa una sonrisa ó se les dirige cortesmente la palabra. El otro, de ojos entornados, de facciones estiradas, estrangulado por una corbata ajada, pero muy tiesa. Veo hombres del campo; ninguno tiene la facha de nuestros campesinos, esa fisonomía cauta, recelosa y, sin embargo alelada, que anuncia otra especie, un descendiente de los siervos, un antiguo fellah, una raza despejada, pero inculta, pariente todavía de la gleba, á la cual se apega de todo corazón y limita su pensamiento. Los aldeanos que montan en las estaciones parecen más bien obreros ó semi-burgueses, porque una hacienda en Inglaterra es una fábrica como las demás, que emplea jornaleros y contramaestres. De York á Londres el paisaje corrobora esta idea: un cuadro de verde dentro de un seto, después otro y otros, siempre en grandes extensiones, con una regularidad monótona, sin ninguno de esos accidentes que anuncian la pequeña propiedad y pequeño cultivo.

En el mismo vagón que yo viene una familia de Newcastle: el marido, la mujer y su madre, gente de la clase media inferior, bastante bien vestida y con trapitos nuevos. Van á Venecia por recreo, y, sin embargo, no son ricos, puesto que viajan en tercera. Ir tan lejos, de un modo tan incómodo y con un gasto forzosamente gravoso, son cosas que indican una pasión bien profunda por los viajes. Familias bastante modestas, que yo conozco, emplean de la misma manera todo su excedente; con 1.000 ó 1.200 pesetas que les quedan, van todos los años al continente, á Holanda, á Noruega; no hacen econo-

mías; cada año debe proveer á sus necesidades y bastar á su trabajo. Mis tres vecinos se preparan en regla; llevan á la mano un Murray, un Manual de frases italianas, una guía especial y llena de cifras, para el trayecto de los Alpes. La madre, respetable, silenciosa, impasible, va muy erguida, con sus gafas y con una paciencia estoica, sobre el duro asiento de madera. La mujer estudia las frases italianas y busca las palabras en un diccionario de bolsillo. Su marido es un buen combatiente en la batalla de la vida moderna, un hombre activo, enérgico, con la cara picada de viruelas y la mirada fija y ardiente. ¡Singulares visitas para Venecia! Personas sensatas, por lo demás, capaces de aprender, y que, si no gustan la pintura, volverán, sin embargo, con toda clase de noticias y de nociones útiles. Desde Glasgow he hablado con una porción de compañeros de viaje de la clase media ó inferior, un comisionista, un pintor de brocha gorda, tenderos, posaderos. Jamás gastan saliva en balde; no tienen ideas demasiado falsas sobre el extranjero; no sentencian á diestro y siniestro; no son indiscretos; no son fanfarrones; siempre he visto en ellos un fondo de ideas honradas y juiciosas.....

..... Londres, Douvres y el vapor lloviendo. De Londres á Douvres, ya en primera clase, un *semigentleman* propone á sus compañeros de viaje un juego de cartas donde se apuesta: cada jugada es de cinco libras. Empiezan por negarse, pero después se dejan conquistar, y, naturalmente, pierden. Calculo que el hombre de las cartas ha ganado en una hora 150 libras. Lo notable era la cara de los jugadores: ni una arruga, ni un gesto, ni una exclamación; el orgullo concentra y reprime; pero se adivinaba el atractivo, la pasión sorda y violenta, la obstinación, el deseo de vencer. Uno de ellos, un hombrón, con cara de buey pensativo, doblaba continuamente la puesta, y sacaba los billetes de banco con los aires de un boxeador. Les gusta el riesgo, y produce sobre su espíritu el mismo efecto que el aguardiente sobre su paladar.

Uno de mis amigos vuelve al mismo tiempo que yo, y comparamos nuestros resúmenes. ¿Cuál de las dos civilizaciones vale más, la de Inglaterra ó la de Francia? Eso es demasiado vago. Hay que distinguir y dividir.

Tres cosas superiores en Inglaterra:

La constitución política.—Es estable, y no corre, como la nuestra, el riesgo de ser destruída y rehecha de mala muerte cada veinte años. Es liberal, é invita á los particulares á intervenir en los asuntos públicos como actores y colaboradores, en vez de mirarlos como simples curiosos. Entrega su dirección á la clase alta, que es la más capaz de orientarlos bien, y que encuentra en ellos su natural ocupación, en lugar de consumirse ó averiarse por falta de empleo, como la nuestra. Se presta á continuas mejoras sin sacudidas, y conduce de hecho al buen gobierno, al que respeta más la iniciativa de los individuos y pone el poder en las manos más dignas. El 3 por 100 inglés está á 96; los ciudadanos hablan y se asocian como les place; no hay en el mundo una prensa tan bien informada, ni asambleas tan competentes.

La religión.—Subordina los ritos y los dogmas á la moral. Predica el *self-government* la autoridad de la conciencia, la cultura de la voluntad. Deja un margen bastante amplio á la interpretación y á la opinión personal. No es resueltamente hostil al espíritu de las ciencias modernas ni á las tendencias del mundo moderno. Sus sacerdotes son casados; funda escuelas; recomienda la acción; no aconseja el ascetismo. Aproximada al laico de esa suerte, tiene autoridad sobre él; el joven, al entrar en la vida, el hombre hecho, al emprender su profesión, se encuentran guiados, hasta cierto punto, por un conjunto de creencias antiguas, populares y fortificantes, que le proporcionan una regla de conducta y una idea noble del mundo. En nuestro país, obligado á los veinte años á forjarse de suyo y por sí solo esa idea y esa regla, no lo consigue hasta tarde, cuando lo logra, y á veces incompletamente.

La entidad de la riqueza adquirida, unida á la facultad

mayor de producir y de adquirir. Toda la obra útil ejecutada desde hace siglos se ha transmitido y acumulado sin pérdida; Inglaterra no ha sufrido invasiones desde hace ochocientos años, ni guerras civiles desde hace doscientos. Su capital, hoy día, es varias veces mayor que el de Francia. Los signos del regalo de la vida y de la opulencia abundan más allí que en ningún país del mundo. Véase en las estadísticas los resúmenes de su comercio, de su industria, de su agricultura y de su ganancia anual. Y esto lo mismo se aplica á lo moral que á lo físico. El inglés, no sólo sabe, mejor que el francés, dirigir sus negocios públicos y particulares, fecundar su suelo, mejorar su ganado, dirigir una fábrica, desbrozar, colonizar y explotar las tierras lejanas, sino que también sabe mejor cultivarse á sí propio. A no considerar sino lo más selecto, podrán hallarse en Francia espíritus iguales á los más grandes de Inglaterra (salvo en lo que toca á la política), y aun quizá algunos espíritus superiores, de alcance más vasto y filosófico, más comprensivos y más delicados á la vez. Pero la mayoría de los espíritus medios, un *gentleman* de provincia, un *clergyman* ordinario, poseen aquí una instrucción más sólida y extensa. Su cerebro está mejor pertrechado, indudablemente; su ajuar intelectual es menos añejo y menos incompleto. Es mayor, sobre todo, el número de hombres suficientemente informados y capaces de tener una opinión en materia política. Compárense nuestro *clergyman* y nuestro *gentleman* inglés con un hombre de clase media y con un cura de Francia, ó mírese el pan cotidiano de sus inteligencias: el periódico inglés y el periódico francés, sobre todo periódicos franceses é ingleses de poblaciones modestas; la distancia es excesiva. Y claro es que quien da el tono, dicta la opinión y dirige los negocios no es el corto número de los escogidos, sino la mayoría media.

En cambio hay en Francia tres cosas mejores:

El clima.—Esto es harto evidente; pero, sin una experiencia personal y una reflexión prolongada, nadie puede figurar-

se cuántas miserias ahorran al cuerpo y cuantas tristezas ahorran al alma seis ú ocho grados menos de latitud.

La repartición de la riqueza.—En Francia hay cuatro ó cinco millones de propietarios, y las herencias se dividen entre los hijos por partes iguales. Consideradas las cosas en conjunto, nuestras instituciones, nuestros instintos y nuestros hábitos contribuyen á impedir que nadie se lleve una tajada demasiado grande y á procurar que todos tengan su pequeña tajada. Muchos viven mezquinamente, pero casi todos pueden vivir sin demasiado apuro. Los miserables son menos miserables. El trabajador que no tiene más que sus brazos no ve debajo de sí un abismo horrible, una cloaca negra y sin fondo en donde cualquier accidente, una paralización, una enfermedad, pueden sepultarle á él y á su familia; teniendo menos necesidades y menos hijos, soporta una carga menos pesada; por otra parte, la miseria le embrutece menos, y es menos borracho.

La vida de familia y de sociedad.—Varias circunstancias la hacen más libre y agradable. Por el pronto, el genio es más alegre, más afable y comunicativo. Luego la completa ó casi completa igualdad establecida por la ley ó la costumbre entre padres é hijos, entre el hermano mayor y los menores, entre el marido y la mujer, entre el noble y el plebeyo, entre el rico y el pobre, suprime muchas violencias, reprime muchas tiranías, previene muchas insolencias y suaviza muchos rozamientos. En el pequeño círculo doméstico todos se explayan, se abandonan sin reservas, se unen para pasar la vida juntos, libre y afectuosamente; en el círculo social las personas conversan, se entregan á medias, se reunen para pasar una hora juntos, libre y alegremente. Menos sujeción en la casa propia y en la ajena; la benevolencia y la cortesía sustituyen con ventaja á la subordinación. Entre nosotros, á mi juicio, un ser humano siente menos á menudo y menos pesadamente sobre su cabeza la mano dura y despótica de otro ser humano.—Última causa de expansión: puede decirse todo en las conversaciones, pue-

de llegarse hasta el fin del relato ó de la teoría. La novela, la crítica, el arte, la filosofía, la gran curiosidad no sufren entre nosotros las trabas que la religión, la moral y las conveniencias oficiales les imponen al otro lado de la Mancha. En París se piensa más libremente, con un desinterés más completo, de una manera enteramente abstracta, sin preocuparse de la aplicación ni tener que temer los rayos de la reprobación pública.

En resumen: todas estas diferencias contribuyen á hacer al inglés más fuerte y al francés más feliz. El traje del primero es más recio; el del segundo más cómodo. El primero hace bien en ensanchar el suyo, que le aprieta por las sisas; el segundo haría bien en evitar los movimientos bruscos que pueden desgarrar su tela frágil. Pero creo que cada uno de los dos tiene el traje que prefiere.

H. Taine.

CRÓNICA LITERARIA

VARIOS POETAS.—(Enrique W. Fernández, Ismael Enrique Arciniegas, Manuel Reina, Vital Aza, M. Morera y Galicia, Arturo Reyes.)

No haya miedo de que acabe la poesía castellana por falta de poetas. Buenos ó malos, peores ó mejores hay bastantes, así españoles de Europa como hispanoamericanos, pudiéndose citar de entre estos últimos algunos de verdadero mérito.

De los libros de poesías últimamente publicados, tengo á la vista: *Bagatelas,* de Vital Aza, colección variada y entretenida de composiciones ligeras, algunas muy graciosas; *Versos,* del notable escritor colombiano Enrique W. Fernández; *Desde el surco,* por D. Arturo Reyes, autor de la novela *Cartucherita; Poesías,* de Ismael Enrique Arciniegas (colombiano); otras *Poesías* de M. Morera y Galicia; *Rayo de Sol y otras composiciones,* de Manuel Reina..... Media docena de poetas, en todos los cuales hay algo que aplaudir, aunque en algunos no falte tampoco algo que censurar.

Los *Versos* de D. Enrique W. Fernández están impresos en Londres con mucho esmero y elegancia. Hubiera sido una verdadera lástima que este primoroso librito, de aspecto tan

simpático y señoril contuviese versos malos. Pero no es así. El Sr. Fernández es verdadero poeta y en su obra hay que admirar algo más que el buen gusto de la edición.

El Sr. Fernández es un poeta de corte clásico. Sobresalen sus composiciones por cierta majestad y grandeza que recuerdan la *manera* de nuestros grandes poetas del siglo de oro. Ha debido de manejar nuestros clásicos ó cuando menos *los presiente*.

Domina bien este poeta la métrica. Versifica con soltura y facilidad, sobre todo en endecasílabos y otros metros mayores, que son los que mejor se acomodan á su inspiración grave y majestuosa. En las composiciones que contiene el tomo titulado *Versos* hay muy pocos descuidos métricos. Tampoco abundan los ripios, y eso que ¿cuál poeta no los tendrá, á menos que se pase los años *cincelando* sus composiciones como José María de Heredia los *Trofeos?*

Pero es algo más el poeta colombiano, Sr. Fernández, que un versificador fácil y correcto. Esta cualidad, por ser un mérito bastante común entre los escritores españoles, no merece estimación extraordinaria. En todas las lenguas abundan más los versificadores que los poetas; pero en la nuestra, ya sea sea por lo mucho que se presta al verso, ya por ser muy accesible nuestra raza á la intuición musical de la poesía, es lo cierto que suelen ser buenos versificadores muchos que, en el fondo, nada tienen de poetas, ó que á lo sumo pueden ser graduados de medianos en un arte en que ya Horacio consideraba que la mediocidad no era tolerable.

El autor de *Versos*, como vengo diciendo, tiene otras cualidades de orden superior al dominio de la métrica. Es poeta de ideas y de imaginación, que se manifiesta en bellas y expresivas imágenes. Sus composiciones son algo más que un grato murmullo como el del aire entre las cañas. No se contentan con hablar al oído. Hablan al alma.

De los sonetos que contiene este tomo, merecen citarse, como los mejores, los titulados: *Desde el mar*, *A Bolivar*, *A*

Napoleón, Ante la hostia. Es muy bella la imagen contenida en el último terceto de éste:

> Y alada sube la oración ferviente,
> como nube de pájaros que vuela
> cuando apunta la luz por el Oriente.

También los tercetos del soneto *A Napoleón* son notables por el vigor y la entonación clásica del verso:

> ¡Oh grandeza mortal, cuánto eres vana!
> De tanta pompa y majestuoso arreo,
> Como nunca soñó soberbia humana,
> Sólo una ruina amarillenta hoy veo.
> ¿Y qué serás, Napoleón, mañana?
> Aquí una sombra, y ante Dios un reo.

Muy inferior á esta y á otras composiciones del Sr. Fernández me parece la titulada *¡Oh, madre!* Encuentro en ella afectación retórica, falta de esa expresión sencilla y espontánea de las voces que salen del alma. Los sentimientos íntimos de la familia son, en verdad, tema literario muy difícil. Hay en ellos algo de inefable, ó de incomunicable, algo que parece que va á ser profanado al ofrecerlo á la mirada indiferente de los extraños. El poeta ha de expresarlos como si involuntariamente acudiesen las palabras á su boca, cual si hablase consigo mismo, sin advertir que hay un público que le escucha. El menor asomo de afectación al expresar estos sentimientos los desnaturaliza y los expone al ridículo, ó á la indiferencia del lector. El Sr. Fernández no ha logrado, á mi juicio, vencer estas dificultades en la composición á que aludo.

Las poesías *No crezcas* y *A Elvira Silvia Gómez*, están inspiradas en pensamientos delicados y verdaderamente poéticos. En la primera late la melancolía de un padre que, al ver crecer á su hija, querría que el tiempo detuviese su marcha para que permaneciesen en el ser querido las inocentes gracias de la niñez, la angelical hermosura de la infancia. Esta composición está algo descuidada. Contiene versos duros, algunas

comparaciones prosáicas y tal cual ripio; pero la delicadeza del sentimiento que expresa hace que se lea con agrado y se olviden esos defectos.

Algo parecido sucede con la poesía *A Elvira Silvia Ramos*. Es poética la idea de que la descomposición que sigue á la muerte perdone el cadáver de una hermosa para que se conserve como tipo de belleza soberana, y aparezca tal como fué, con todo el esplendor de su hermosura, salvada de «la gula de la tierra»—como dice el poeta—el día de la resurrección de los muertos. Atenúa luego el autor el sabor pagano de esta exaltación de la belleza corpórea, hablando de la hermosura del espíritu; pero en este final decae su poesía, en la que se advierten los mismos defectos que en aquella otra, titulada *No crezcas*, de que hace un momento hablaba.

Todavía pueden citarse con elogio varias composiciones más del Sr. Fernández. Una de ellas es la que se titula *Viajando*, en la cual el poeta llama elegantemente á la colmena

rumoroso convento del trabajo.

El Diluvio recuerda por el tono y por la combinación métrica á Fray Luis de León (salvadas, naturalmente, las distancias).

Poesía tierna y sentida es *La Oración*, en que viejos y niños

Platican, unos, de sus años idos,
Los otros, de sus años venideros.

De otro género, y de las mejores del libro, á mi parecer, es la composición que lleva por título *El ave del sepulcro*. De ella pueden dar idea estos versos:

Es la vida que canta de pie sobre la fosa
Y alegra los oídos profundos de los muertos.
. . . . . .
Pájaro del sepulcro,
Narrador de misterios,
De pie sobre la muerte

Como un arcángel negro
Símbolo de la vida,
Trovador de lo eterno,
¡Tu voz da regocijo
Al polvo de los muertos!

*
* *

Otro poeta americano notable es D. Ismael Enrique Arciniegas, autor del libro titulado *Poesías*, impreso en Caracas en el presente año.

Lleva esta obra un prólogo interesante y escrito castizamente por D. Ricardo Becerra, escritor que recuerda, no sólo por el estilo, sino por algunas de sus ideas sobre la civilización americana, á nuestro Valera.

Por sí solo merece atención este prólogo, particularmente por las consideraciones atinadas é imparciales que en él se hacen acerca de la literatura de los pueblos hispano-americanos. El siguiente párrafo resume el pensamiento del Sr. Becerra, pudiendo observarse en él la analogía de opiniones con el autor de *Pepita Jiménez*, á que antes aludo.

«Hijos como somos de la cultura europea—escribe el prologuista—nutridos con sus creencias, paralizados por sus dudas, sin más nociones científicas que las suyas, envueltos de ordinario en el oleaje de sus revoluciones, hablando, en fin, una de sus lenguas más sabias, en vano intentaríamos sustraernos á la influencia de esa maternidad, en lo que ella tiene de más penetrante, directo y naturalmente imperativo, ó sea en cuanto se refiere al concepto superior de la vida y al sentido de lo bello, que constituyen el fondo de la poesía. En letras, como en religión y en política, nosotros no podemos ser originales ó genuinamente americanos, sino á condición de tornar á ser bárbaros y paganos, de adorar al sol y á la luna,

disgregarnos en tribus ó dejarnos absorber por el socialismo incásico, limitar nuestra industria á la pesca, ó, cuando más, al cultivo de la yuca y del maíz, llorar, en fin, nuestros dolores ó espaciar nuestra alegría, acompañándonos de la *quena*, en el tono del *yarabí*, ó con la *guazábara* del caribe. Fuera de estos desvaríos, lo único que debemos ó podemos exigir á nuestros poetas y literatos como signo y garantía de nuestra débil autonomía literaria, es que exploten de preferencia el rico filón de nuestras tradiciones y costumbres, en cuanto ellas son de alguna manera originales; que en su obra objetiva reflejen fielmente y más á menudo las magnificencias y peculiaridades de nuestro medio físico, y, por último, que al plantear nuestros problemas sociales y políticos, recuerden que estos pierden bajo el cielo y sobre la tierra, ampliamente remuneradora del Nuevo Mundo, el carácter conflictivo y atemorizador de que el pauperismo y un exceso de población los revisten en Europa.»

Siento que el asunto de esta crónica, dedicada exclusivamente á versos y poetas, no me deje lugar para ocuparme más extensamente en el examen de este sustancioso y elocuente prólogo. Acusada ya su lectura por la observación y la cita anteriores, paso á tratar de las poesía del Sr. Arciniegas.

Se observa en éstas gran desigualdad. Diríase que el señor Arciniegas ha reunido poesías escritas en diferentes épocas y en las cuales se puede descubrir, si no una gradación constante desde los primeros ensayos del poeta hasta las composiciones en que muestra ya en plena madurez sus facultades artísticas, por lo menos alguna huella de los progresos conseguidos por el autor, que acaso ha ido poco á poco limpiándose de la hojarasca pseudo poética, de los lugares comunes, de las imágenes convencionales, de todo ese conceptismo artificial que casi siempre embaraza los primeros pasos de los que comienzan á cultivar la poesía, impidiéndoles dar libre curso á su inspiración espontánea. Desconfían de sí mismos, creen ver en el lenguaje de los poetas anteriores que con predilección han estudiado,

una lengua sagrada y como sagrada inmutable; en los asuntos cantados por aquellos, las únicas verdaderas fuentes de poesía; en su estilo y manera un rito que fuera atrevimiento bárbaro profanar. De ahí cierto encogimiento, cierta tendencia á la imitación y á visitar los tópicos de la poesía, que desaparece con el tiempo en los verdaderos poetas, cuando su experiencia personal y la depuración del gusto les hacen ver cómo el fondo eterno de la inspiración poética admite infinita variedad de formas y deja ilimitado campo á la manera individual de ver, de sentir y de expresar lo bello.

Rastros de imitación ó de marcada influencia de otros poetas es fácil hallarlos en el libro del Sr. Arciniegas. Leyendo las poesías *Esperanza* y *En Colonia,* surge al punto el recuerdo de Becquer, por ejemplo. Pero hay también, y en mayor abundancia, notas originales reveladoras de una personalidad poética.

La composición más acabada que contiene este interesante libro es para mi gusto la titulada: *Mi musa.* Es una hermosa poesía, digna de cualquiera de los buenos poetas castellanos de este siglo. La firma de Becquer ó de Tassara no resultaría desairada al pie de esta bella composición, en que hay verdadera armonía entre la ritma y los pensamientos y sentimientos que va expresando el poeta:

¡Oh mi Musa! ¡Oh mi novia!
¡Oh mi pálida amada!
Cuando el pesar mi corazón agovia
Como aurora me alumbra tu mirada.
. . . . . .
Á los silfos dormidos
Tú, trémula, apostrofas
Y surgen de los cármenes floridos
Cual mariposas blancas las estrofas.
. . . . . .
¡Oh novia sin engaños!
¡Oh Musa soñadora!
Di siempre la canción de los veinte años
En el fondo de el alma que te adora.

Comparadas con estas estrofas, parecen muy inferiores otras de las *Poesías* del Sr. Arciniegas, inficionadas algunas de un romanticismo trasnochado y falso, de ese aparato medioeval de feroces castellanos, de hermosas cautivas y de osados paladines que corren á libertarlas, que es la parodia ó caricatura de algo que tiene su valor poético y hasta su valor histórico, si se quiere, pero que resulta profundamente alterado en las composiciones de los literatos que conocen la Edad Media de oídas y por referencias de como se la figuraron algunos vates melenudos de los buenos tiempos del romanticismo. Por otra parte, todas estas aventuras medioevales, apenas si son ya á fines del siglo XIX más que un tema de poesía erudita, que requiere gran estudio para hacerla bien, y no es, al cabo, sino un trabajo raro de filigrana, cuyo mérito pueden apreciar tan sólo algunos aficionados. De lo contrario, para expresar sentimientos contemporáneos están demás la cota de mallas, el lanzón de batalla, el yelmo y todos los otros arreos caballerescos, que, en tal caso, vienen á ser disfraces de carnaval.

Continuando la citación de las poesías del Sr. Arciniegas que me parecen más dignas de elogio, mencionaré entre ellas la titulada *Tropical,* descripción brillante y rica en colorido de un paisaje americano. *Su alcoba*, composición delicada y discreta, digna de un autor de galantes madrigales, de un poeta á lo Watteau, si vale la comparación pictórica; el *Canto á la patria*, que si bien inspirado en el error (que señala discretamente el Sr. Becerra) de atribuir á las luchas de independencia de los pueblos americanos el carácter de reacción contra la conquista europea, de guerra de emancipación del indio contra la raza que le dominó y civilizó, no carece de majestad ni de acentos inspirados.

El nido oculto es otra de las buenas poesías del Sr. Arciniegas. La serena indiferencia de la Naturaleza ante las desdichas humanas, la continuación imperturbable de la vida universal, que no se altera ni conmueve por la muerte de los individuos, está bien expresada en el símbolo de la tumba

perdida en un campo de rubias espigas y en la cual ha fabricado un pájaro su nido. Hay tal vez alguna inverosimilitud en la existencia de una tumba en un campo cultivado, pero la poesía es poco exigente en punto á verosimilitud. Basta que evoque en la fantasía imágenes vivas y animadas; que sugiera *posibilidades* bellas de la vida real.

Aun en las composiciones menos acabadas y menos felices de este poeta suele hallarse algún rasgo inspirado, alguna estrofa notable por su armonía, algún verso vibrante y apasionado. Sorprende á veces la desigualdad que se observa en una misma poesía.

Parece como que la musa del poeta vuela á flor de tierra rozando con el ala la vulgaridad y el prosaismo, y de repente se levanta á alturas luminosas y toca á las cimas de la verdadera inspiración. Así, en los sonetos á Mayorga y á Pinzón Rico el último terceto, en *La estrofa eterna* el verso final y en *Noche de invierno* la última estancia, superan con mucho á lo demás de las citadas composiciones. Esta desigualdad en una misma composición, no puede ya explicarse por diferencias de tiempo como la desigualdad entre unas y otras poesías. Acaso influya en ella la verbosidad común en los poetas americanos, que es á menudo causa de que resulten demasiado difusos y no concreten bien el pensamiento capital, el rasgo poético que forma el núcleo de cada composición.

*
* *

La extensión que tiene ya este artículo me obliga á no decir más que breves palabras de los demás libros citados al principio.

Manuel Reina y Vital Aza son poetas demasiado conocidos para que haya necesidad de presentarlos al público español ni al de América que habla nuestra lengua.

Esto es, acaso, lo único que hay de común entre ellos como poetas, pues su estilo no se parece en nada. El de Reina es brillante, rico en metáforas y en calificativos *pictóricos;* su Musa no se descalza el coturno. La de Vital Aza es, por el contrario, bromista y bonachona: si no con el zueco clásico, anda por lo menos en zapatillas y en traje de casa. El autor de *Bagatelas* es uno de nuestros más fáciles versificadores, tiene gracia é ingenio. Más que poeta popular, en el sentido propio de la palabra, es poeta de la clase media y aun de la clase media intelectual. Sus composiciones expresan bien el sentido que tiene de lo cómico esa clase media que forma entre nosotros la mayoría de los lectores de la literatura amena. El señor Aza, que es maestro en ese género de composiciones ligeras que forman parte muy principal del texto de los semanarios cómicos, *padece* la influencia de su público, que se llama Juan Vulgar. Sigue á veces el consejo de Lope, malgastando sus versos fáciles y fluídos en revestir de forma poética algunos de esos chistes de café en que hacen por lo común el gasto las suegras, los caseros ó las patronas. No quiere esto decir que no haya composiciones verdaderamente ingeniosas en el tomito *Bagatelas,* que forma parte de la *Colección Elzevir ilustrada,* de la cual se ha hablado ya en estas crónicas.

De las composiciones que publica el Sr. Reina reunidas con el Poema *Rayo de Sol,* las mejores me parecen la valiente *Canción de la espada* y la poesía titulada *¡A las viñas!,* en la cual vibra un eco de las alegres odas de Anacreonte ó de los cánticos de los vendimiadores griegos en las Dionisiacas rústicas, de donde es fama que salió la comedia.

***

También es versificador fácil y correcto D. Arturo Reyes, á quien su novela *Cartucherita* ha dado más fama que la colec-

ción de poesías titulada *Desde el surco,* aunque acaso valgan más estas poesías que la novela.

El Sr. Reyes domina la parte musical de la poesía; tiene ese sentido de la rima necesario á los poetas en verso. Pero muestra poca originalidad, frecuenta demasiado los tópicos convencionales de la poesía, no da una nota verdaderamente personal y se limita en la mayor parte de sus composiciones á cultivar los temas de siempre y á expresarlos como los han expresado centenares de poetas que no han pasado á la posteridad. Adolecen también sus poesías de cierta ampulosidad, de ese romanticismo falso y artificial de que antes hablaba y de las manías literarias de la bohemia, que hoy es ya un figurín muy atrasado.

Una de ellas era aquella singular concepción del amor, según la cual éste no era tema literario ni apenas satisfacción individual si no lo inspiraban y compartían grandes damas ó al menos cortesanas de rumbo. Esto era, en realidad, pura *fantasía,* como dicen los chulos, mera afectación retórica, pues los bohemios, que se pasaban la vida en el café y se mudaban poco de camisa, eran los menos apropiados para aspirar á esos amores patricios, y en la vida práctica no desdeñaban los atractivos de una maritornes rozagante, si venía á mano. Esa teoría del amor era simplemente una de las manifestaciones del orgullo, de la exaltación del yo, que formaba la verdadera base del credo literario de la bohemia y que explica casi todas sus virtudes y defectos. Hoy ya no quedan bohemios de los de antaño, pero todavía hay quien les tributa una cándida admiración. Varias de las poesías del Sr. Reyes dan testimonio de ello.

El campo de la poesía es inmenso; en él cabe todo. Mas aunque la belleza sea eterna y el fondo de la inspiración poética permanezca bajo el mudar de las formas, no debe el poeta, so pena de convertir su obra en mero ejercicio retórico, en estéril repetición de variaciones sobre temas gastados, limitarse á copiar ó imitar á sus predecesores. Hay ciertamen-

te una poesía histórica ó arqueológica que trata de resucitar la manera de concebir y de expresar lo bello que tuvieron los antiguos. Es un género erudito, para pocos, y que requiere mucho saber y primores de ejecución. Y en estas restauraciones de lo pasado, ocurre lo que con las modas que ya no rigen: las que más extrañas y ridículas nos parecen, son las más cercanas. No nos choca tanto el atavío de un cortesano de Luis XIV como la levita y el sombrero de copa de un petimetre de 1830. Y es que esta forma de indumentaria no nos parece todavía bastante antigua, bastante diferente de la actual, para que le atribuyamos valor histórico. Los poetas de todos los tiempos han cantado v. gr., el amor. Seguramente los venideros seguirán cantándole. Es un tema eterno é inagotable de poesía, pero no se sigue de eso que en todas las épocas se haya sentido la poesía erótica de la misma manera, ni que todos los poetas hayan de expresar con arreglo á un patrón invariable ese sentimiento universal. La poesía histórica puede, sin duda, tratar de expresar el amor como lo concibieron los griegos de la antigüedad, intentar una imitación ó restauración de las poesías amatorias helénicas. También es *tema histórico* la concepción del amor de un romántico melenudo, aunque por ser cosa reciente no ofrezca todavía suficiente interés arqueológico. Pero imitar á estos poetas sin intención *histórica*, es tomar por realidad, por fuente viva de poesía, un molde anticuado que da forma artificial á los sentimientos y les quita sinceridad y espontaneidad.

De las poesías del Sr. Reyes puede decirse en resumen que sobresalen más por la forma que por el pensamiento y la originalidad imaginativa.

*
* *

A la misma *Colección Elzevir* de que forma parte el libro de Vital Aza antes citado, pertececen las *Poesías* del Sr. Mo-

rera y Galicia, escritor poco conocido, pero que muestra en este libro ser poeta delicado y manejar con soltura y facilidad la rima.

Las composiciones reunidas en este volumen justifican los elogios que afamados críticos han tributado al Sr. Morera y Galicia. El defecto que encuentro á varias de sus composiciones es uno en que suelen caer los imitadores ó discípulos de Campoamor; los cuales, queriendo extremar la llaneza y sencillez, incurren en prosaísmos y en exceso de familiaridad afectada. También hay en estas poesías algún que otro descuido métrico y algunos ripios y redundancias; pero, á decir verdad, no son frecuentes estas faltas.

Entre las mejores composiciones del libro del Sr. Morera figuran las tituladas *¡Cómo ha de ser!*, *La noche de Reyes*, *Marinas lequeitianas*, *Rayo de luna*, *La Correo*, *Ausencia*, *A orillas del Perdigón*, y los briosos romances *Paseo en bote* y *El héroe anónimo*.

. . . . . .
Que en las lomas de Cascorro,
Dondo hubo feria de alientos,
Ganó talegas de gloria
Con pedazos de su cuerpo.
. . . . . .

Y basta por hoy de poetas.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Festejos en Londres. — Inmovilidad de la monarquía en Inglaterra y movilidad en los pueblos latinos.—Cómo Inglaterra tuvo también sus revoluciones.— Carácter eminentemente constitucional de Victoria.— El Príncipe Alberto y su influencia. — Democratización de Inglaterra.— Los festejos reales. — Federación de las colonias inglesas.—Disputas anárquicas entre germanos y esclavones en Austria.—Guillermo II y su mala política, lo mismo exterior que interior.—Alemania y Turquía. — Resistencias á la paz de Turquía.—Rectificación de fronteras que demanda en Tesalia.—Grecia.—El culto de todos á tan divina tierra. — Sus heroicos esfuerzos en la primer guerra por su independencia.—Necesidad de su conservación.—Conmemoraciones de glorias occidentales. — Vasco de Gama divinizado en Lisboa. — El poema de Camoëns.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Quien crea que se han acabado en el mundo las devociones fervorosas, los entusiasmos sinceros, las esperanzas optimistas, no se acuerda de Inglaterra, en fiestas ardiendo y en júbilo, porque ha llegado á la mitad de un siglo con dos lustros más el reinado feliz de su augusta Soberana. Yo no creo haya en el planeta pueblo alguno tan realista como ese pueblo inglés tan libre. Su Reina es una madre de todos, como si la mayor altura, hoy en el globo conocida, no hubiera ido allende aquel matriarcado prehistórico, á que atribuyen los historiadores modernos la primer tutela sobre los hombres primitivos,

quienes no llegaron al dominio y autoridad social del padre ó patriarcado, sino después de haber puesto gran porción y largo período del ser y vida suyos, bajo el amparo y tutela de las madres. Todo inglés verdadero se interesa por la vida privada de su Reina como puede interesarse por la vida privada de su hija ó de su mujer. Cuando una Princesa de la casa real contrae matrimonio, se constituye de suyo en las casas particulares verdadero consejo de familia y se trata este asunto como un asunto doméstico. Las disidencias entre Inglaterra y Alemania, naciones hermanas de suyo por los orígenes, por la historia, por la religión, por la sangre, dimanan, más que de contradicciones entre sus sendos intereses é ideas, de la hostilidad á la real Princesa británica, mujer de Federico el Bueno, hostilidad sentida siempre por los ásperos Emperadores germanos, contra su nuera, y por Bismarck, el cual, sin ser suegro, y menos suegra, jamás le perdonó el virus liberal y parlamentario infundido, merced al nacimiento y educación de Victoria, en la corte y en los cortesanos de Prusia. Nada tan ingenuo y cándido como la extrañeza del pueblo inglés, al fulminar Guillermo II sus anatemas sobre la irrupción filibustera de Jamesón en el Transval, creyendo debía el Príncipe posponer al carácter de nieto de la Reina el carácter de Emperador de Alemania. Sólo el mujik ruso es tan realista como el ciudadano inglés.

II

Imaginaos cuánto maravillará esto á los latinos, entre quienes los reyes duran poco y valen poco en esta espirante centuria. Ninguno de los delfines ó príncipes herederos franceses ha ceñido desde mil setecientos noventa y dos la corona que creían les aportaba su regia cuna. Delfín de Luis XVI, Rey de Roma, nieto de Carlos X, Conde de París, hijo de

Napoleón III, todos han tenido la misma suerte: sonó el cañón de los Inválidos á sus respectivos nacimientos, presenció sus respectivas muertes y cubrió sus cadáveres el desolador destierro. Nosotros hemos visto destronados á Carlos IV, á Fernando VII, á María Cristina de Borbón, al Duque de Aosta; y se necesitaron todos los errores de la revolución y de los revolucionarios, desde aquel error ajeno de traer un Rey extraño, hasta el otro error nuestro de proclamar la República federal, para que muriera D. Alfonso XII de Borbón en el trono de Felipe V. Mas, ¿quién asegura que morirá su hijo en este mismo trono? Todos lo dicen á una: caso de obtenerlo en su mayor edad, no se hará viejo en su trono Alfonso XIII. Y en cuanto á los italianos, para constituir su monarquía constitucional, han tenido que devorar los Estes, los Farnesios, los Austrias, quedando bajo una realeza proveniente de la revolución progresiva y de la soberanía nacional el pueblo más republicano entre todos los pueblos latinos. El inglés tiene una ventaja desconocida por los demás pueblos europeos: ha fundado su libertad con la dinastía de Orange y Hannover, mientras nosotros hemos fundado nuestras libertades contra nuestras dinastías: los húngaros, contra la dinastía de Hapsburgo; los prusianos, contra la dinastía de Brandeburgo, obligada por los revolucionarios á saludar los muertos tendidos en las calles á sus resistencias reaccionarias; los italianos del Mediodía contra su infame rey Bomba, que mantenía la tortura, y los del centro contra sus Duques de Parma y de Módena, que llamaban á la cuádruple alianza de las naciones constitucionales ¡la cuadrúpeda alianza! Una sola dinastía, dinastía revolucionaria, significada por sus ataques en los Países Bajos á los legítimos herederos de aquellas coronas, los Borgoñas, y significada en Inglaterra por sus ataques á los herederos legítimos del trono inglés, los Estuardos, ha prevalecido por la revolución y por la libertad, descendiente de los rebeldes Oranges, y teniendo por esto que transigir con soberanía superior á su soberanía, la soberanía nacional, y que reconocer

el más republicano de todos los poderes modernos, el poder parlamentario.

III

Inglaterra, sin embargo de todo esto, padeció tanto como padecimos nosotros al pasar del régimen absoluto al régimen parlamentario, cuando pasó ella del régimen cortesano y absolutista de los Tudores y del régimen jesuítico de los Estuardos á las instituciones liberales y parlamentarias. Aquellos ingleses de tanto seso enloquecieron al mosto de las nuevas ideas; aquel suelo de tanta firmeza osciló como los suelos ecuatoriales á impulsos del terremoto; resistieron los reyes hasta la demencia, innovaron los tribunos hasta la temeridad; las utopias del poder absoluto prendieron en las cimas del trono, y las utopias de una igualdad niveladora se arrastraron por los abismos donde yace la inteligencia del pueblo; esgrimiéronse sin piedad los puñales del asesino en la persona de los ministros y cayó el hacha de los verdugos sobre la nuca de los reyes; los consejos militares dispusieron de la suerte de los diputados, y las bayonetas de los pretorianos volcaron por los suelos el honor y majestad de la tribuna; los partidos religiosos y sus sectas encendieron todas las pasiones y juntaron á la tempestad universal los horrores del fanatismo; corrió la sangre de los caballeros, de los puritanos, de las cabezas redondas, de los utopistas, manchando las losas de los templos, las puertas de los Parlamentos, el armiño de la corte; á las revoluciones sin medida sucedieron las dictaduras sin freno y á las dictaduras sin trono sucedieron las restauraciones sin escrúpulo; porque Inglaterra fué como navío encallado en arena y combatido por el oleaje, teniendo de la inercia y del movimiento los daños y no las ventajas; zozobras y naufragar de que no pudo salir hasta echar al agua un peso in-

útil, el peso de los viejos ídolos, y recoger en sus velas un viento favorable, á su vida y á la carrera de su vida, el viento fuerte, pero vivificador, de la libertad.

IV

Así debemos decir, en descargo del pueblo inglés, que no festeja la soberanía de su Reina, festeja su propia soberanía. Si allí el poder monárquico, asesorado sólo de cuatro primates, resolviera él mismo y ante sí mismo las crisis ministeriales y políticas; si allí se dijera por los publicistas más leídos que sólo quedaba un prestigio, el prestigio de la Casa Real para gobernar al pueblo; si allí pidieran oradores elocuentísimos y escuchados reyes del siglo décimoquinto y del siglo décimosexto, aunque fueran estos reyes como Enrique VIII de hábiles y como Isabel I de poderosos; si allí se fueran los avanzados del Parlamento para mirar al palacio y prefiriesen las intrigas palaciegas á los discursos políticos; si allí se organizaran manifestaciones contra el Gobierno asociando á estas manifestaciones la Reina; si allí los conservadores tuvieran la tribuna tanto tiempo cerrada como ahora, en este período, acostumbran los conservadores nuestros á tenerla; si allí pasaran los fenómenos que pasan en los pueblos continentales, habría tantos republicanos como se ven pulular por las naciones desgraciadas, en que nunca llegó el poder monárquico á la saludable neutralidad y á la olímpica indiferencia que alcanza hoy en la libre y soberana Inglaterra. El inglés conserva muchos de los juramentos feudales prestados por nosotros á la Monarquía en el Parlamento para demostrar su canina lealtad á los reyes; pero jura con estas fórmulas medioevales no volver jamás á su religión de la Edad Media; no consentir merma ni mengua de ningún género en el poder parlamentario; no tolerar la vuelta de los Estuardos. Así cualquiera jura, por avanzado y republicano que sea.

V

Curiosa por extremo la ficción romana, con que los ingleses personifican el Estado en la Reina. Como nosotros llamamos al Teatro de la Ópera y á las seis Academias reales, siendo nacionales, pues no las paga de su lista civil el Palacio, las paga de su presupuesto general el Estado, llama Inglaterra en su lenguaje monárquico, real, á todo lo público. Hasta el buen tiempo, ajeno á toda influencia humana, se llama tiempo de la Reina, ni más ni menos que llamamos los andaluces á nuestra tierra la Tierra de María Santísima. No fueron así los franceses en su revolución. Apenas acababan de poner en el Temple la dinastía lanzada del trono, borraron todas las denominaciones regias, como nosotros en la revolución de Septiembre, sin derribar del primer empuje la Monarquía, derribamos las coronas, como si lejos de ser éstas un símbolo común á todos los reyes, fueran un particular símbolo exclusivo de los Borbones. Recuerdo mi viaje primero de apostolización republicana, cuando por la estación de Nava del Rey salieron los revolucionarios entre campaneo y vítores, á decirme que desde aquella hora en adelante se llamaría tal villa Nava de la Libertad. Así los franceses de la República denominaron á la calle de Borbón, calle de Lila; y á la calle de los Delfines, calle de la Constituyente; y al Puerto Luis, Puerto Libertad; y á las tres calles reales, calles de los Molinas, y de la Revolución, y de la República, mientras los británicos, cuya santa revolución fuera mucho más radical que todas las revoluciones francesas, pues llevaba en sí misma, no solamente un verdadero cambio político, un verdadero cambio religioso, pusieron todas sus instituciones nuevas bajo la correspondiente advocación monárquica, y creídos de que su libertad necesitaba un remate antiguo, huyeron del gorro frigio, resucitado de Grecia por

Brissot y transmitido á Francia, sustituyéndolo con una corona redorada tanto por la electricidad revolucionaria cuanto ungida con el óleo de las tradiciones medioevales.

VI

Yo, de niño, si me traían un Belén, le quitaba los reyes, y en Francia dejó de llamarse pastel regio al pastel de la víspera de los Reyes, durante toda la primera República. Otro método, el inglés: hacen muchos regalos á la Reina por el placer de regalarse con estos dones ellos mismos. Ahora le han regalado á la preciosa majestad un hospital nuevo, montado con arreglo á todas las leyes higiénicas y á todos los prostreros descubrimientos médicos. Cierto pueblo añadió un reloj nuevo á sus relojes públicos, y luego puso á la Reina un telegrama diciendo como le regalaba el reloj colocado en la entrada de su primer paseo. El curtidor curte, forja el herrero, el músico anota, el platero argenta, el arquitecto construye, todos los productores á una producen objetos, sus hechuras, dedicados á la Reina, que la Reina no ve jamás, pues creen aquellos exaltadísimos realistas aumentar el precio de sus artes é industrias diciéndolas reales y destinándolas á obsequios nominales, de los que sacan honores y provecho. Muchos ingleses dejan á la Reina mandas á granel, con las cuales aumentan á ésta mucho su tesoro privado, y no hay campesino que pase á Windsor y á Balmoral, sin preguntar por el asno de la Reina y adorarlo como adoraban los árabes la yegua del profeta. Mas no erremos á este respeto nunca, trocando los frenos, y reconozcamos cómo este sentimiento realista es un sentimiento nacional. Y si no, mirad á los irlandeses: no participan de tal entusiasmo, no presentan tales homenajes, porque para ellos Victoria, lejos de representar su nación, representa la conquista sajona sobre su nación.

VII

La Reina Victoria tuvo siempre convicciones profundas y preferencias señaladas en política. Durante todo el período de su juventud prefirió á las ideas conservadoras las ideas liberales, y mantenida por una influencia liberal interior, como la grande un tiempo de lord Melbourne, la cual corroboraba otra influencia liberal exterior, como la grande por aquella sazón del Rey Leopoldo de Bélgica, combatió cuanto pudo las tendencias y las personalidades del partido Tory, pasando ultra el claro límite de sus deberes constitucionales. Así empeñó á brazo partido un verdadero combate palaciego, de influencias camarillescas y de caracteres cortesanos, con administración y gobierno tan respetables y tan respetados como el gobierno de sir Roberto Peel. Fueron las resistencias domésticas tan lejos y se enredaron las intrigas palaciegas con tal urdimbre, que debió Peel, temeroso de que las damas de palacio alcanzaran en su contra lo que alcanzaron un día contra Turgot las damas de Versalles y trajeran otra revolución como las revoluciones francesas, decir á la Reina que lo había puesto en el trance de proponer este dilema: ó la despedida de su servidumbre femenil, ó la despedida de su Ministerio responsable. Todo lo contrario de la política del primer período de su vida, fué la política del segundo período de su vida. Sobradamente liberal de joven, fué sobradamente conservadora de vieja. El fantaseo congénito á la política del novelista Disraeli, un tanto romancesca, deslumbró su imaginación femenil con aquellas lentejuelas poéticas, cual deslumbra el ojo tranquilo de las alondras y refrena su alto rápido vuelo el chispear de los espejuelos puestos en las máquinas, con que las cazan, cadenas de tales señuelos, propias para detener y engañar á esas melodiosas profetisas del día. Después no le gustaban,

aunque su elocuencia le maravillase, las ideas sobrado puritanas de Gladstone; el sabor calvinista de sus arengas á lo Knox, cuando ella es un tanto puseista y muy anglicana; las tendencias del sublime orador á desmontar las Iglesias históricas levantadas contra su voluntad sobre los hombros de los pueblos cultos, y su democracia un tanto teñida de socialismo y opuesta en todo al patriciado y al poder histórico.

VIII

También ha tenido ideas especiales y propias en los asuntos extranjeros. Antaño propendió mucho á Francia y á las alianzas francesas. Mientras los Reyes del Norte se detenían ante la usurpación de Luis Felipe, hasta creerlo digno retoño de su abuelo el regicida, Victoria no dejaba de ver las manifiestas analogías entre los Oranges y los Orleanes, visitando al usurpador en los palacios donde suplantara por medio de la revolución á los reyes legítimos, lanzados al destronamiento y al destierro. Iguales relaciones tuvo con Luis Napoleón Bonaparte. Aunque reprobara la rapidez de Parlmerston en reconocer el golpe de Estado que asestó el improvisado Imperio al Parlamento y á la República, súbitamente se reconcilió con el Emperador, aguijoneada por el deseo de impedir á Rusia, con la guerra de Crimea, el avance inmediato sobre Constantinopla y la desmedida extensión por el Asia menor y mayor. Sin embargo, el destronamiento de Luis Felipe le sobrecogió enemistada con este Monarca por el matrimonio entre Montpensier y Luisa, en el cual creía ver el pacto de familia viejo redivivo en la mente de otro de los Borbones juramentados para combatir, como en el siglo anterior, á Inglaterra; y le sobrecogió enemistada con Luis Napoleón el destronamiento de éste, porque su oposición á la unidad germánica transcendía en el pensar y sentir de Victoria mucho á

un regreso hacia las guerras y las conquistas del primer Imperio. Basta con leer sus memorias para notar á cada paso cuantas supersticiones anglicanas y británicas la poseen á una contra todos los pueblos católicos y meridionales, con excepción de los italianos, á quienes aprecia un poco más que á nosotros; pues en cuanto con un lusitano y con un francés tropieza, vese cómo los juzga con arreglo al criterio histórico de la gente sajona, y no digamos nada de los españoles, de los que llevamos á Inglaterra el sombrío Felipe II; de nosotros, los que combatimos con los ingleses en todos los mares del planeta; de nosotros, los que coronamos con tanto esfuerzo la *Invencible* y sucumbimos con tanta gloria en Trafalgar; nosotros, llamados por el protestantismo los demonios del Mediodía. Ni á los reyes y príncipes de Portugal perdona Victoria, magüer llevar en sus venas la sangre germánica de sus propios hijos, la sangre de los Coburgos.

IX

Con ideas propias, y hasta con arraigadas supersticiones, modelo es de reinas constitucionales. Casualmente se convirtió á los conservadores ella, mientras el jefe de los conservadores, Peel, se convertía de súbito á los liberales. Tres revoluciones profundas ha presidido Victoria nominalmente, ó, mejor dicho, á tres revoluciones prestó Victoria el nombre y sombra de su reinado: á una revolución religiosa y á una revolución política y á una revolución económica. Fué la religiosa el célebre *bill* emancipando los católicos, que destruía en su esencia los privilegios anglicanos; fué la política el nuevo régimen electoral, que se completó, yendo desde las admisiones de una burguesía más ó menos restricta en series graduadas, á las fronteras del sufragio universal; fué la económica el decreto respecto de los trigos, que, anteponiendo

los trabajadores y los industriales y los comerciantes al feudalismo agrícola, consumó una revolución social. Pues á ninguno de todos estos progresos resistió y todos ellos se realizaron contra sus creencias, pero con su regia sanción, trocada en atributo meramente honorario de la corona británica. Y he por qué dogmática y militante Victoria en sus creencias políticas, hálas sacrificado todas sin la menor vacilación á los dictados del pueblo inglés como Reina. Grande admiradora de Gladstone, ya lo he dicho, por la elocuencia maravillosa del grande orador, no coincidía con él jamás en política; y, sin embargo, no solamente lo admitía cuando el pueblo inglés lo mandaba por su voto á presidir el Consejo de Ministros, le admitía jóvenes como Dilke, distinguido en el Parlamento por sus reiterados ataques á la lista civil y por sus apologías de Mazzini. Al mismo Labouchere nombrara la Reina, republicano práctico todo cuanto puede serlo un verdadero inglés, si Gladstone, muy devoto de la monarquía inglesa, y más aún de la reina Victoria, no asume sobre sí la responsabilidad personal de su proscripción del Consejo, evitando esta grande contrariedad á la monarquía y á la Reina. Victoria es el único modelo perfecto de reyes constitucionales que hay en Europa.

X

En aspecto ninguno de la vida se conoció esta calidad superior de su persona, como en su matrimonio de amor con el príncipe Alberto, quien tuvo el primer lugar en su corazón y el segundo lugar en su trono. Debe contar con muy elevada complexión una mujer para señalar claro límite á las ambiciones del hombre amado sin límites, por quien daría, no ya la corona, la vida. El primero en las preferencias de Victoria, el primero en la clausura del hogar privado, el primero en la familia, su cabeza, era el último casi de la dinastía en las apa-

riencias y en los honores monárquicos, que tanto seducen á los monarcas. Ni siquiera el título de Rey consorte le permitieron los ingleses, movidos de su culto á la unidad real, como lo llevaban los esposos de las dos reinas coetáneas suyas, el esposo de la reina Isabel II en España y el esposo de la reina María I en Portugal. Con una delicadeza extremada supo ante lo público disminuirlo como querían las supersticiones políticas de Inglaterra, para elevarlo ante la familia en el hogar á ídolo, como quería el exaltado amor de su regio pecho. Y cuenta que no hubo nunca diálogo político tan largo y quizá tan sabio como el usual entre aquellos dos esposos que se amaban mutuamente con ternura y departían á la continua, tomando sus sendos disentimientos como solemos tomar cada cual el disentimiento con la propia conciencia, pues como formaban un alma sola, tenían en todo el mismo espíritu. La dominó Alberto y avasalló por el amor y por la paternidad, como el patriarca bíblico á su mujer, pero en público fué su segundo vasallo, después del príncipe de Gales, cuanto permiten se avasalle á otra una persona en el régimen parlamentario y liberal. Muchas veces la condición inferior le dolía con intenso dolor al príncipe Alberto; pero lo fuerte de la tradición en Inglaterra y lo delicado del proceder en Victoria, hicieron de un matrimonio empeñado en su fe propia y en sus creencias antiguas, un matrimonio constitucional.

XI

Y se ha democratizado Inglaterra, sin perder su aparente carácter de Monarquía, y de Monarquía muy aristocrática. En libertad religiosa, no solamente se han emancipado los católicos, el derecho de legislar, á las sectas protestantes reservado, háse á los judíos, y aun á los ateos, extendido con amplitud verdadera; el antiguo criminal odio entre las iglesias cristia-

nas, se ha entibiado en tales términos, que ha podido tratarse la validación por el Papa de los beneficios eclesiásticos, confundidas casi por el dogma y por el rito la Iglesia nacional y la romana; se ha quitado al pueblo celta de Irlanda el odioso yugo de aquel clero sajón, que tanto sus creencias malhería; y se ha propuesto ya desarraigar del pueblo celta de Gales aquella soberbia é insufrible iglesia oficial anglicana; los gobiernos locales hanse mucho ampliado, y á pesar de las recientes amenazas dirigidas por la oligarquía Tory á la enseñanza primaria, no se retrocederá en las vías que han á sus progresos conducido; el predominio de los conservadores en el Gobierno y su triunfo en el comicio no ha quitado un ápice á las libertades económicas, y á pesar de la crisis mortal por que atraviesan el trabajo y el producto agrícolas, no se ha oído pronunciar la palabra reacción, borrada del diccionario inglés para siempre; la grande ampliación del sufragio y los sucesivos advenimientos á la vida pública del pueblo han dado al traste con todas las utopias, desvanecidas al rayo de la libertad, y con todos los partidos revolucionarios, allí donde fueron los cartistas con sus congéneres tan temibles; y el jornalero, la base firme de aquella sociedad trabajadora é industrial, aunque pugne, como debemos pugnar todos, por su mejoramiento social, aguárdalo, no de las bondades y riquezas del Estado, reducido á sus límites necesarios, del ejercicio de sus incontrastables derechos.

XII

Digámoslo con verdad: Inglaterra no hubiese llegado á las alturas desde cuya cima señorea el Océano, si no toma el régimen mercantil y parlamentario frente al régimen absolutista y guerrero que le opuso Europa. Nosotros, los españoles, fuimos en las tres largas centurias precedentes á la

nuestra, los que personificamos el régimen opuesto al régimen británico. Extranjero, por completo extranjero, el absolutismo á los españoles y á España, consumió nuestras fuerzas sirviendo á la casa de Hapsburgo y á la Iglesia de Roma en los siglos décimosexto y décimoséptimo, como consumió nuestras fuerzas en el siglo siguiente sirviendo á la casa de Borbón y al pacto de familia, para que Francia predominara en Europa. Mientras los puritanos escoceses juntaban Escocia con Inglaterra, sólo unidas nominalmente bajo los Estuardos, pagábannos los jesuítas aquellos cruentos sacrificios que por ellos y por sus hechuras hicimos en la guerra de los Treinta Años, separándonos Portugal y haciendo que su triste dinastía se opusiera en tierra y mar á todos los progresos peninsulares, y se aliara contra nosotros con todos los enemigos de la Península. ¡Cuál diferencia entre Portugal y España, separándose las infelices, en tanto que se juntaban Escocia é Inglaterra para un poderío común! Pero ¡España y Portugal se apartaban, porque á ello las movía su régimen dinástico en política y medioeval en religión, mientras Escocia é Inglaterra sacudían los jesuítas Estuardos, tan extranjeros al pueblo inglés como los Austrias y los Borbones al pueblo español, y establecieron un régimen mercantil que les ha dado el cetro de la mar y los ha constituído en la primer potencia industrial del planeta. Comparadla con las naciones absolutistas y conquistadoras: con Rusia y con Turquía.

XIII

Una pobre cenicienta hubo en festejos tan espléndidos, la pobre Irlanda. Su dolor ha crecido con razón, tanto más cuanto que fiaba llegar, merced al Verbo luminoso de Inglaterra en estos tiempos, merced á Gladstone, hasta el Gobierno de sí misma en el seno de la grande potencia celto-sajona, cuyo pa-

rentesco y afinidad con la propia sangre irlandesa, no puede desconocerse. Mas le ha sido imposible recabar el gobierno de sí misma. Primero los patricios británicos, después las clases populares temieron que un Parlamento en Irlanda trajera un Parlamento en Escocia, otro Parlamento en Gales; y todos estos Parlamentos desmontasen el Imperio británico y se perdiera su Cámara nacional en un fraccionamiento feudalísimo. Gladstone fué derrotado por la Cámara de los lores primero, después por los comicios de Inglaterra, Escocia y Gales. Mas, aunque haya el partido conservador presentado ante las Cámaras reformas sociales extensivas á Irlanda y una identificación del Gobierno local de esta isla con el Gobierno local de Inglaterra, también dice á la hermosa Erin que renuncie para siempre al proyecto de Cámara propia, como á su régimen autonómico. Ni una luz en las calles de Dublín se ha encendido, ni una hoguera se ha levantado, como las innumerables puestas sobre las cumbres de los montes altos y de los humildes collados en toda Escocia é Inglaterra; el *Te-Deum* de júbilo se ha reemplazado con la rogativa empleada por el clero en tiempo de calamidades; y un alimento más se ha entregado á las ya seculares discordias. Aquellos que con profundidad estudian el régimen inglés, atribuyen las desgracias de Irlanda, irremediables casi, á su falta de idoneidad para entrar en el Estado mercantil é industrial compuesto por Inglaterra y Escocia. Pero ¿de quién la culpa? ¿De Irlanda que no ha querido entrar, ó de Inglaterra que no ha querido abrirle la puerta? Los amigos de Irlanda todos aseveran que no quiso Inglaterra franquear su régimen mercantil á los irlandeses. Sobre la legislación industrial y de comercio dada por los ingleses á Irlanda en los días mismos de su asociación estrecha con Escocia, dice Lesky: «Se prohibe la exportación del ganado irlandés á Inglaterra; se arroja del comercio colonial á Irlanda; se dificulta la salida de lana bruta para el continente y de lana cardada para todas partes: resultado de la ruina en que han caído las fábricas, trayendo por única conse-

cuencia la miseria y el hambre. En cambio, los ingleses dicen que Irlanda rinde culto á la suciedad y á la pobreza, recordando las palabras del gran filósofo idealista, Berkeley, quien asevera de sus compatriotas lo siguiente: «Cosa tristísima tener que vivir entre ociosos y mendigos.» De todas suertes, Irlanda extiende muy de antiguo esta sombra nefasta en los regocijos de Inglaterra. Por eso creo yo que ha debido Inglaterra su poder á no recelar del progreso, mientras ha debido Irlanda su servidumbre, no sólo al odio persistente de Inglaterra, y de los ingleses, á la perseverancia propia en viejos y desacreditados errores. El ejemplo de la grandeza británica no me disuadirá jamás de una creencia, tradicional en mí, de que la forma de Gobierno mejor es una República que asegure á cada ciudadano y á cada pueblo el Gobierno de sí mismo en la plenitud de todos los derechos.

XIV

Magníficos en verdad los festejos con que Inglaterra se regocija por los largos lustros que ha cumplido Victoria en el trono. La población de Londres ya suma cinco millones; y el glorioso aniversario le aportó tres más, no habiéndose visto nunca en las planicies del planeta nuestro reunida tal copia de gentes. Aunque los tablados, puestos en el orden y en el curso de la procesión, cubiertos con percalinas multicolores, no brillen por su poesía y por su hermosura, ostentan tales dimensiones y soportan número tan crecido de curiosos espectadores, que ya constituye todo esto una excepción apreciable y digna de la visita hecha por muchos á Londres, donde puede alcanzarse la satisfacción de verse unas á otras las gentes como en parte alguna, pues aquello es un mar de vida humana, en que han ido, como ríos, á desaguar filas y filas de míseros mortales. Enarenado el pavimento, extendidas vistosas fuerzas

militares en las aceras, erigidos los tablados en graderías ascendentes desde los arroyos á los tejados, festonadísimas las ventanas y balcones por ramilletes con matices de iris y olores de pebeteros, gallardeando los mástiles uno á otro ceñidos con guirnaldas y todos ornados con blasones, ondeantes al aire las banderolas y los gallardetes, ornadas las esquinas con simulacros, resonantes las músicas militares en los espacios, jamás habráse visto cosa parecida, ni cuando los monarcas asiáticos reunían sus huestes y sus sátrapas en aquellos palacios-ciudades que se llaman Babilonia y Nínive, ni cuando los Césares de Roma, señores de todos los hombres y compañeros de todos los dioses, corrían desde las vías sacras á las vías flaminias, pasando bajo los arcos triunfales, deteniéndose sobre su logia del Circo, y después de pisar el Foro y ver entre sus intercolumios el Senado entero y las embajadas del Universo, subiendo al Capitolio para ofrecer á Júpiter, que representaba el cielo, todos los homenajes del mundo representado por las legiones romanas y los romanos Emperadores.

XV

Y lo que más excedía en grandeza y originalidad, acaso á todo lo visto, á todo lo soñado, era el número de gentes congregadas en Londres y desconocidos cuando no habían descubierto España y Portugal todo el planeta, redondeándolo con sus próvidas manos y ciñéndole un zodiaco de glorias para que fuera templo digno del humano espíritu, y se apropiara el templo al Dios, como al cuerpo se apropia el alma. Junto con los malteses, tan conocidos en la Edad Media, y con los chipriotas, sabedores de tantas cosas otros días, y con los egipcios, de aires sacerdotales, y con los árabes, curtidos por el sol de la Libia y envueltos en sus blancos alquiceles de lana y lino, estaban en aquella procesión colonial, con la que so-

lamente hubiéramos podido competir nosotros cuando poseíamos las Indias occidentales con las orientales, durante la Monarquía de Felipe II, ya representados ó ya presentes, el negro marmóreo de la Nubia y el deforme hotentote negro de la Nigricia; el fuerte montañés del Afhagnistan, que avecina las cumbres del Himalaya y guarda contra los mongoles el manantial primero de donde fluyen los ríos sacros indios, y las gentes amarillas, tan frías y tan lustrosas como sus multicolores porcelanas; los arios del Ganges, que creen ser padres de los dioses, amén de los hombres, y los parias que se creen rebujo de la humanidad; el igorrote apresado como un salvaje viejo en los bosques impenetrables de los archipiélagos oceánicos, y el cipayo que ha corrido desde los feudos birmánicos á las ruinas del templo en que á Júpiter Anmon Alejandro consultaba y le rendía parias; desde los salvajes del Cabo de las Tormentas y los zulúes del otro desierto austral, hasta los cultos ciudadanos que beben las aguas del Orinoco; las islas Australias y las islas Hoyeres; los habitantes de aquellos escollos vecinos á la desembocadura del Amazonas en el Mediodía y del Missipí en el Norte americano, hasta los habitantes que oyen los fragores del despeñado Niágara, pues la corona británica es como una serpiente de mar que se ha enroscado al árbol de la vida.

XVI

Entre razas tan opuestas y contrarias, extendidas desde los inflamados arenales del Africa meridional hasta los hielos eternales del Polo Norte, ha constituído Inglaterra una federación rematada por espléndida corona, que bien podían estudiar los esclavones con los alemanes de Austria, condenados á una guerra perpetua entre sí mismos, á pesar de sus afinidades históricas, é incapacitados por sus mutuas discordias, no ya de

constituir materiales para procurar la construcción del Estado fuerte y uno, indispensable á la igualdad del derecho, incapacitados de fundar ni siquiera una pasable y duradera confederación. Porque un estadista de origen polonés, como el Conde Badeni ha propuesto la igualdad de lenguas para los usos oficiales entre las diversas razas, los germanos han movido escándalo tan fragoroso, que han llegado dentro de las Cámaras á denostar sus compañeros y han promovido encrespamientos análogos á una revolución. En vano quisieron los estadistas aquellos decretar el sufragio universal á ver si los factores plebeyos aportaban al seno de tales fraccionados pueblos la idea de igualdad, opuesta de suyo al fraccionamiento en castas, y ahogaban los separatistas casi feudales en los senos de una idea tan cosmopolita como la que sirve de base al socialismo, quien echándoselas de humanitario, comienza por aspiraciones de universal y por humano. Mas también los comuneros, aspirantes á borrar las fronteras en todo lo relativo al derecho, se han roto por varios lados hasta distinguir dentro de su seno propio nacionalidades correspondientes á la inferior idea de tribu, idea oriental y primitiva, contradictoria con esta superior personalidad social surgida de nuestros continuos progresos. Cinco grupos nada menos dividirán á estas huestes universales, cuyo ideal consistía en uniformar el humano espíritu y el globo terráqueo de modo que hubiese un solo derecho en todos, y con arreglo á esta igualdad de derecho, se constituyera la tierra entera en una propiedad colectiva para todos. Tribu germánica, italiana, polaca, cheque, yugo-esclavonas reconocidas en el socialismo cislhestano, dejando aparte los magyares, dicen y enseñan, al constituirse por separado cada una, una utópica idea la del trabajo universal, como la del Imperio universal, pues la vida se compondrá siempre de bien y mal, y se constituirá á su vez el mundo siempre con variedad y con unidad.

XVII

En cambio, Guillermo II lleva tan lejos la idea de unidad alemana, que concluirá por estallar Alemania. Demanda de un material marítimo incompatible con las fuerzas del contribuyente germano; regreso al feudalismo agrícola é industrial, representados por una personalidad tan reaccionaria como el fabricante Sturm, parecido á los potentados promovedores en la revolución religiosa del movimiento labriego; amenazas á la cátedra y al catedrático independientes, con prohibiciones de que muestre los progresos efectivos de la evolución económica necesaria en el advenimiento de la democracia universal; veto á las alteraciones votadas por las autoridades legislativas en la ordenanza militar para concordarla con el Código civil y evitarse Germania un verdadero cuartel; restricciones al derecho de asociación, hasta entregarlo á merced y arbitrio de una policía sin entendimiento y sin entrañas; crisis ministeriales conducentes á que un reaccionario, tan reaccionario como Putkamer, se apodere de la gobernación interior, y un renegado, tan renegado como Miquel, de las relaciones exteriores; desgracia del ministro Marschall, porque no ha querido caer en el señuelo de las intrigas cortesanas, ni perdonar á los esbirros secretos de la corte; fomento al espíritu neo-luterano, más temible para la libertad que todo nuestro asfixiante y necio dogmatismo neo-católico; vuelta de los jesuitas y propósito de aplicar á los liberales algo así como la revocación del Edicto de Nantes; lucha con todos los elementos progresivos y propensiones á caer de espaldas en una regresión espantable hacia las reacciones de todo género: he ahí lo que nos ofrece un poder, en cuya transformación libraban mil esperanzas los ilusos liberales alemanes, como si al humano poder alcanzase hasta cambiar en el Cesarismo su complexión intrín-

seca, y hacer de los Césares constituídos para déspotas, por la índole política y social de su encargo y ministerio, verdaderos demócratas en plena democracia.

XVIII

Y aún peor, mucho peor que la política interior, es la política exterior. Guillermo, semejante á muchos romanos Césares por sus múltiples aptitudes y vocaciones, deseméjase de todos ellos en lo que tenían de idéntico: en el amor y culto á Grecia. No creerán los venideros haya en el siglo décimonono existido un César que se huelga con ver cómo los musulmanes exterminan á los cristianos en el territorio helénico, y reponen bajo los cielos de Tesalia la media luna de Ostman, borrada por innumerables holocaustos. Hasta el día de hoy los Emperadores alemanes llevaban la espada de Carlo-Magno al cinto, el globo áureo, coronado por la cruz, en su mano, y la corona casi pontificia en su cabeza, para indicar su ministerio de apoyo y de auxilio á la cristiandad. ¿Quién había de creer entrara el Sultán en Grecia, sobre su caballo apocalíptico, llevándole á este caballo, como un paje, las bridas el joven César de Alemania, el monarca primero y mayor entre todos los monarcas cristianos? Lutero no habrá podido comprender desde la otra vida cómo la victoria del imperio luterano de los Brandeburgos sobre el imperio católico de los Hapsburgos, únicamente haya podido servir para el triunfo de Turquía en Oriente, cuando él propuso, al acercarse los turcos en su tiempo hasta las campiñas de Viena, que cesaran todos los odios entre los Príncipes cristianos, y se unieran en un haz los por él mismo levantados, y á causa de su doctrina perseguidos, para que, bajo las enseñas españolas y católicas del Emperador Carlos V, expulsasen del Danubio á Turquía,

caída ya sobre los húngaros, y pronta en sus triunfales correrías á marcar con la media luna el Imperio germano, el nato defensor de toda la cristiandad.

XIX

En vano le ha pedido una madre llorosa preservara su hija de tan horrible desgracia, como la pérdida de un trono en Atenas, que por su posición en Alemania le había él granjeado, trono expuesto á romperse ahora en mil pedazos, lanzado al aire por los artilleros alemanes adscritos á servicio de Constantinopla: Guillermo no ha sabido hacer otra cosa en este verdadero trance que azuzar á los musulmanes contra los cristianos y servir como de ayudante al verdugo de Grecia. Entre prosperar su familia imperial ó prosperar el harén turco, ha preferido prosperar el harén. Y mientras sirve así los intereses de Turquía, desirve los intereses de Inglaterra. No obstante tratarse del festejo universal tributado á su abuela por los innumerables súbditos y vasallos que Victoria en el mundo tiene, Guillermo no se ha presentado entre los príncipes idos á Londres, donde al cabo se celebraba increíble apoteosis de su propia sangre y de su propia familia. Sólo el príncipe, el hermano menor, Enrique de Brandeburgo, ha ido, por ser, como buen sajón, el marino de la dinastía. Todo lo contrario, según coloquios divulgados por las indiscreciones periodísticas, Guillermo II se cree, á pesar de sus propensiones hacia el Korán, un romano Emperador con el ministerio y la finalidad internacionales de oponerse á la nueva Cartago, quien, so pretexto de navegación y de comercio, va poco á poco posesionándose del Oceano, que podrá cerrarnos cuando se le antoje; y así que suelta la paleta de pintor, el rifle de soldado, la verga de marino, la composición de músico, el verso de poeta, el breviario de predicador, coge un mapa y se pone á trazar un bloqueo

continental contra Inglaterra, como aquel soñado allá en otros días por Napoleón el Grande. Dios lo tenga de su mano.

XX

Turquía quiere la reconquista del mundo cristiano por el Korán. Como si estuviéramos en el siglo séptimo al corromperse la prematura civilización de los godos por la culta y hermosa Bética, ó como si estuviéramos en el siglo décimo quinto al consumirse la civilización bizantina en su larga decadencia por la culta y hermosa Grecia, pasa el tiempo de los arreglos y pactos conducentes á la paz, transformando la batalla de Farsalia en la batalla del Guadalete ó trabucando la toma de Larisa en la toma de Constantinopla. La rectificación de la frontera Tesalia, por ella pedida hoy, equivaldría en el fondo mañana por completo á un avance del fatalismo islamita sobre la cristiana libertad. Devolver Laval y desfiladero de Tempe, tomando la carrera tortuosa del célebre Peneo, sería tanto como dejar Grecia en lo futuro á merced y arbitrio de Turquía. Y esto no lo consentirán jamás las tribus manumitidas del vasallaje otomano en la Península de los Balkanes y en las orillas del Danubio. Mi culto á Grecia es inextinguible, suceda lo que suceda. El pueblo que abriera otros días á todos estos pueblos orientales el camino de la libertad, el pueblo que los ha iniciado en la vida del derecho, ha sido ese pueblo griego, cuya fecunda inteligencia no se agota jamás y cuyo porvenir tiene celajes tan bellos como su pasado. Maravillosos en verdad siempre los griegos. Dominaciones varias los han oprimido, desde la dominación romana hasta la dominación oriental; aquel bizantinismo, capaz de corromper los pueblos más fuertes y viciarlos para siempre, ha penetrado en la médula de sus huesos; bandas aventureras

varias se han creído en las luchas de la Edad Media llamadas á su dominación y se han ornado varios reyes con el vano título de Duques de Atenas; el turco ha venido por fin y ha esterilizado con su despotismo desde el suelo hasta el espíritu; se ha cebado la miseria en sus familias, la sequía en sus campos; la despoblación ha llamado el desierto á sitios antes consagrados por las inspiraciones del genio y por los resplandores del arte; la tierra entera, desnuda de su primitiva vegetación, apenas produce con qué mantener á sus hijos, obligados todos los años á largas emigraciones, doblemente tristes para quienes han nacido bajo la sonrisa de aquel cielo, entre las reverberaciones de aquella luz, á la sombra de aquellos montes de mármol, besados por las ondas de aquel mar de eternas armonías; todo se ha conjurado para perder á Grecia, desde los elementos implacables hasta la implacable política; y sin embargo, la inteligencia brota en su seno con tanta espontaneidad, la idea se apodera de su inteligencia con tanta viveza, la hermosura reviste á la idea de formas tan escultóricas y tan correctas, que hoy mismo, en su precaria independencia, en su mal gobierno, en su pésima administración; sin haber respondido en la ciencia de gobernarse á las esperanzas nuestras; rota, y con el dolor de su vencimiento, asombra y maravilla por la suma de cualidades contradictorias como las aptitudes artísticas y científicas unidas á las aptitudes guerreras y mercantiles en tan alto grado, que parece vivir todavía en Grecia el alma deslumbradora de sus antiguos genios. Bien es verdad que no puede verse uno de aquellos sitios, no puede mentarse una de aquellas porciones del planeta sin que el alma se conmueva y se crea llamada con su ejemplo y su recuerdo á producir algo extraordinario que frise con la inmortalidad. Por sus cimas denominadas con vocablos que todavía seducen y halagan nuestros oídos, arden como un fuego eterno las ideas; por sus mares, que esculpen la tierra con cortes tan graciosos y la esmaltan con franjas tan celestes, todavía viven los dioses. No hay alma, por vulgar, que no aspire á subir al Parnaso, á

escuchar los ruiseñores de Colonna, á ceñirse los laureles del Pindo, á beber en las fuentes de Hipocrene y de Castalia, á descansar á la sombra de los árboles de Delfos, á repetir el coro de las islas griegas, á visitar la cuna del espíritu europeo, á recorrer los sitios donde ha nacido Homero, donde ha hablado Demóstenes, donde ha pensado Platón, donde ha esculpido Fidias, donde han peleado Milciades y Temístocles, donde ha muerto Leónidas.

XXI

Todos tenemos una parte del alma de Grecia en nuestra alma y todos imaginamos haber encendido la luz de nuestra vida en su divina luz. La resurrección nacional de Grecia se debe al prestigio de sus recuerdos y al resplandor de su historia. Todos los hombres eminentes de Europa se empeñaron á una en que Grecia había de ser, y Grecia fué, aunque arrancando su libertad á la Santa Alianza. Verdaderamente merecía ser por su esfuerzo y por su heroismo. Jamás pueblo alguno ha combatido con pujanza tan grande como ese pueblo móvil, artista, inspirado, á quien los fuertes, incapaces de comprenderlo ni de imitarlo, llamarían el lado femenino de la historia humana. Su epopeya heroica tuvo tres momentos sublimes: la guerra en las montañas, la guerra en las ciudades, la guerra en los mares. La antigüedad no ha ofrecido jamás heroismo semejante al heroismo de los kleftas. En cada uno de aquellos montañeses del Epiro renacían los trescientos espartanos que sucumbieron por los desfiladeros de las Termópilas. El heroico Photos supo comunicar su heroismo á las mujeres, que combatían á manera de las fabulosas amazonas, y se mataban antes que llegar á poder de los turcos. El monje Samuel, con su Crucifijo en la mano, hacía saltar la última fortaleza en que se anidaba su esperanza, para morir sobre las

humeantes ruinas. Dos mil combatientes pelearon tres años seguidos con el feroz Ali-Bajá y detuvieron á sus plantas ejércitos numerosísimos, contra los cuales sólo tenían muchas veces las piedras de sus montañas. Sucumbieron, porque aquella guerra á la luz del raciocinio frío parecía una demencia; pero enseñaron á los suyos que no había muerto toda entera la Grecia, y que aún quedaba quien supiese morir en aras de su libertad y de su independencia, sentidas, adoradas, exaltadas por unos cuantos náufragos que escaparon en las montañas á la total ruina de su patria. No es mucho que su ejemplo despertase á Grecia y sus imitadores descendieran á la llanura y á las costas, superándolos en heroismo, como los superó Botzaris, aquel epirota nacido para convertir en realidad la poesía del heroismo, defensor de Arta y de Missolonghi; el mártir sublime que, no pudiendo ganar la última de sus batallas sino por el sacrificio de la vida, fué vivo á los monasterios y se arrodilló al pie de los monjes á pedirles que rogaran por su alma, y enseguida corrió á la pelea para concluir con un ejército, acabando con su jefe: acción sublime, para la cual se necesitaba aceptar con la resignación de un mártir el sacrificio de la vida, que él aceptó y consumó, recibiendo la muerte y alabando al cielo por permitirle gloria tan grande y envidiable como el morir por Grecia. Estas heroicidades de los montañeses y de los ciudadanos fueron coronadas con heroicidades increibles también de los marinos, dignos descendientes de aquellos que habían sembrado con bellísimas colonias todas las costas del Mediterráneo, y que habían traído al seno inmóvil de la vida antigua todo el movimiento y toda la actividad del comercio. El marino griego es uno de los más originales tipos que tiene la nación: inteligente como los atenienses, sobrio como los espartanos, valerosísimo como los epirotas, de genio mercantil como los corintios, reune á todas estas cualidades un espíritu de asociación y de disciplina difíciles de obtener y de conservar en el seno de una raza cuyo individualismo hála llevado muchas veces á la anarquía y

cuya anarquía á la conquista extranjera. Todas estas cualidades desplegaron los griegos en la guerra por la independencia, y todas estas cualidades le valieron victorias ilustradas por las hazañas de Mioulis, como las guerras de los montes fueron ilustradas por las hazañas de Photos, y las guerras de las ciudades por las hazañas de Botzaris. Grecia, tras veinticinco siglos de decadencia, mostraba en pleno siglo décimonono al mundo que no había perdido el secreto de su grandeza, su histórico heroismo. Así no puede morir y Europa no puede consentir que muera, pues la muerte de Grecia sería la muerte también de toda nuestra civilización europea. No se detendría el turco en Atenas, como no se detuvo ni en Salónica, ni en Hungría, cuando su primera victoria sobre Constantinopla. Detestemos á los que abandonan Grecia por vencida. Hoy la queremos mucho más cuantos protestamos contra las fatalidades del triunfo bárbaro é injusto.

XXII

Quitemos los ojos del europeo Este para fijarlos en el Oeste. Portugal dedica todo el espacio de un año, que media entre Julio de mil ochocientos noventa y siete hasta Julio de mil ochocientos noventa y ocho, un año entero á conmemorar el descubrimiento por Gama de las Indias Orientales. Mas debemos decir que antes de Gama, por encima de Gama, recuerdan los portugueses á Camoëns, y antes que el descubrimiento de las Indias, sobre tal maravilloso descubrimiento, evocan el poema que lo cantó. Y hacen bien. No existe poeta ninguno en el viejo y en el nuevo mundo con la capacidad que Camoëns para cantar el poema de los descubrimientos y de las navegaciones. El objeto y la materia de sus *Luisiadas* asemé-jase mucho á la materia y objeto del *Diario de Colón*. Precé-

denos y acompáñanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Y en la fecundidad que tenía entonces el reino lusitano, á un mismo tiempo, engendraba los pilotos descubridores y el poeta cantor de los descubrimientos. Cuando éste pide á las musas del Tajo, tan melodiosas como las musas del Mondego, que cantan en el manantial de las lágrimas los tristes amores de Doña Inés de Castro, dejen de susurrar desde Toledo á Lisboa los antiguos idilios pastoriles y los populares romances caballerescos, y tomen aliento para la intentada epopeya oceánica, en verdad recoge la inspiración más real de aquellos tiempos con la materia épica más cierta, encerrando una y otra en octavas inmortales, animadas todas por estro incomparable y esclarecidas en luminoso ideal. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandros Magnos de Occidente. Camoëns decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia, que Vasco eclipsaría de seguro á Eneas, y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver, en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas, y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas; cuando el exámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Zannazaro y los períodos de Cicerón en los labios de Bembo, por la Roma de León X entrando ceñido á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los Césares y mostraran la universal sumisión del mundo antigo á la Ciudad Eterna. ¡Las perlas del Manaar, los rubíes de Pegú, el clavo de las Coloculas, el oro de Sumatra, lo canela de Simaliala, el alcanfor de Ormutz, el aiñl de Cambay, bastaban para enloquecer al mundo cristiano y darle vértigos de verdadera embriaguez, al mismo tiempo que levantaban la poesía, necesitada siempre de supe-

rar y vencer la realidad, hasta una exultación y una exuberancia extraordinarias.

XXIII

Camoëns tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo, que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien, á pesar de moderno y cercanísimo á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoëns. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el Universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así emplea, como la máquina sobrenatural de su poema, el Olimpo. Y el Olimpo servía para que supieran aprovecharlo las artes plásticas: para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituído en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito, cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico, sin duda, cuando canta la historia y la nación lusitanas, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa oída por Colón en el monasterio de los franciscanos, sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría rezada en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas de Gades, la tarde misma de haber el misterioso descubridor, desde la boca del Odiel, zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el

ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alisios, la luna llena; los ecos de la Salve y del *Maris stella*, como por un órgano inmenso acompañado de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Te Deum* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da Colón gracias á Dios en su diario por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños, para precaverlo contra los peligros circunstantes en Mombaza, que la bajada fabulosísima de Baco al mar de Melinde, que las apariciones de Venus por las isletas indias, que los agasajos de Tetis, que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trastrocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas.

XXIV

En cambio es Camoëns épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad Media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de un vuelo increíble, las descripciones de los pueblos descubiertos por los nautas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar, ya en el aparejo y apercibimiento de las expediciones temerarias, acompañadas con los plañidos y lloros de cuantos por la playa se quedan maldiciendo las humanas ambiciones; ya en la exquisita limpia de limazones y ostrios adheridos al casco de las naves durante las estadas por los deseados puertos de arribo; ya en las aguas encendidas á los la-

tigazos de la centella eléctrica; ya en la tromba que, á guisa de sanguijuela chupando la sangre, levanta en ciclónicas espirales de horror las aguas tormentosas y luego las diluye por doquier en diluvios espesos; por fin todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidades juntas del poderoso universo. Sí, Camoëns, entre los poetas del Renacimiento, perdura y prevalece como épico, llegando á la gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, por el artificioso poema de Tasso, por el británico poema de Milton, por el ridiculizador poema de Pulci; porque Camoëns canta la Naturaleza rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad; ¿dónde hubiera llegado si el estrecho patriotismo portugués, un patriotismo de terruño, no le posee como le poseyó, é inspirándose, cual debía, en toda la gloria peninsular, nos ofrece y presenta la invención increíble de América por el milagroso genio español? Reconociendo yo, cual reconozco, el mérito de tan excelso poeta, digo que no hallo en sus octavas, siendo tantas y tan hermosas y tan inspiradas, ninguna en que su héroe Vasco de Gama, cuyos relatos pasarán de siglo en siglo, exprese algo tan hondamente humano, á pesar de su perfección literaria, como las frases del diario de Colón ante Cuba, parecidas en su concisión sublime á los primeros versículos del Génesis. Mas, con estos reparos y todo, no puede negarse que se hallan entre las glorias mayores del Universo, la poesía de Camoëns, la empresa de Gama, los descubrimientos de Portugal, y que, al celebrarlos este pueblo, celebra genios y obras dignos de toda la humanidad.

EMILIO CASTELAR.

San Sebastián, 26 de Julio de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

L'omicidio negli Stati Uniti d'America, per Augusto Bosco. Roma, Tipografia nazionale, 1897.—Un folleto de 72 páginas en 4.°

El Sr. Bosco ha dado en este trabajo una nueva muestra de la grandísima competencia que tiene bien acreditada y que todos le reconocen en cuestiones de criminología y de estadística criminal.

Apoyándose en datos del mejor origen, teniendo presentes multitud de escritos que se relacionan con la materia de que trata, interpretando aquellos datos con todas las precauciones y discreción necesarias para que las inducciones no resulten hechas con precipitación y su valor sea, por tanto, problemático y discutible, y empleando el único procedimiento de estudio apto para que los resultados de la indagación sean, en lo que cabe, seguros, esto es, el procedimiento realista, ha escrito el autor una notable y muy completa monografía acerca de *El homicidio en los Estados Unidos de América*, considerando el problema desde diferentes puntos de vista: exponiendo primero cuáles son los hechos que, según las leyes norteamericanas, se conceptúan como homicidios y las clases de éstos que las mismas admiten; después, el número de homicidios que anualmente se cometen, las causas, tanto sociales como étnicas, á que los homicidios obedecen, el influjo que

en los mismos puede ejercer el factor geográfico, ó sea la distribución geográfica de los homicidios, el influjo de las condiciones biológicas y sociales (anomalías y enfermedades, sexo, edad, estado civil, profesión, desocupación, instrucción, etc.) de los sujetos homicidas, y finalmente la manera como se reprimen los delitos de que se trata, así cuando se hace uso de los medios y procedimientos legales, como cuando se prescinde de éstos y las masas populares se toman la justicia por su mano (ley de Lynch).

Acompañan al trabajo dos apéndices, en los que el Sr. Bosco nos muestra cuáles son las *especies de homicidio en las leyes de los varios Estados de la Unión* y las *penas que el homicidio tiene señaladas en las leyes de los varios Estados de la Unión.*

P. Dorado.

Prolegómenos de Derecho penal, por Emilio Brusa, con un apéndice sobre *El Derecho penal español* (Historia y fuentes). — Madrid, Hijos de Reus, editores, 1897.—Un volumen de 548 páginas: 7 pesetas.

Pertenece este libro á la «Biblioteca jurídica de autores españoles y extranjeros» que ha comenzado á publicar, bajo la dirección del sabio Catedrático de Madrid Sr. Azcárate, la casa editorial «Hijos de Reus.»

El trabajo del ilustre profesor de Turín, uno de los que, muerto Francisco Carrara, puede contarse entre los representantes más legítimos y más competentes en Italia de la dirección penal llamada «clásica», no contiene sino cuatro capítulos, en los cuales se limita el autor á tratar aquellos problemas que él, por lo visto, estima que son propios de una introducción al estudio del Derecho penal, á saber: el concepto de

esta disciplina y sus relaciones con otras, así como las relaciones de la función penal con otras funciones análogas; la discusión del fundamento del Derecho de penar y del fin de la pena; la exposición sucinta de la Historia del Derecho penal; las cuestiones referentes á la naturaleza de la ley penal, á la interpretación de la misma, á la eficacia de la ley penal con relación al tiempo, al lugar y á las personas, y á las disciplinas auxiliares del Derecho penal.

Hay bastantes tratadistas que siguen la misma conducta que Brusa, esto es, que discuten todas las materias indicadas, en la Introducción ó Prolegómenos del Derecho penal; yo creo, sin poder ahora entrar á justificar mi manera de concebir el asunto, que sólo tienen derecho á figurar en aquel puesto los problemas dilucidados en el capítulo primero de la obra de Brusa, y que los tratados en los otros tres capítulos (excepto lo que toca á las ciencias auxiliares, que esto sí es pertinente en la Introducción) corresponde al cuerpo mismo de la disciplina penal.

La cuestión, aunque otra cosa parezca, puede tener gran importancia, según se la mire.

Sobre las diferentes materias dichas, escribe el distinguido profesor con la erudición y competencia que son en él habituales, pero también, á menudo, con no poca obscuridad. Yo por lo menos le encuentro muy confuso á veces y tengo que hacer un intenso esfuerzo mental para seguirle en sus lucubraciones, que son de las que pasan por el ánimo del lector como sobre brasas, sin dejar en él apenas huella, y mucho menos el convencimiento.

Lo que sí merece bien la pena de leerse, por la multitud de ordenadas noticias que en pocas páginas contiene, es el apéndice que va al fin del libro, acerca de la *Historia* y *Fuentes* del Derecho penal español; apéndice que, aun cuando no lleva el nombre de su autor, bien se ve que éste es persona trabajadora y conocedora de lo que trae entre manos. Me han dicho que ha sido escrito por D. Constancio Bernaldo de Quirós, un

joven que *oficialmente* no es nada, pero que *realmente* es de mucho y verdadero provecho, uno de esos jóvenes de que tan necesitados estamos aquí en España y que tan caros se venden, por lo escasos.

P. Dorado.

Essais sur la conception materialiste de l'histoire, por Ant. Labriola, profesor en la Universidad de Roma, con un prólogo de G. Sorel.—1 vol., 348 págs., 3'50 francos. París, 1897. V. Giard y E. Brière, editores.

El libro del profesor italiano Sr. Labriola, se ha publicado en Francia en la interesante *Biblioteca socialista internacional,* donde también han visto la luz obras de Deville, y de Marx, y más recientemente la importantísima *Histoire du Trade Unionisme* de los señores Sidney y Beatriz Webb, de que daré cuenta en otro número. El trabajo del Sr. Labriola está basado en las enseñanzas de su cátedra de Roma, y puede considerarse como una exposición muy clara y concisa del socialismo, en una de sus tendencias más principales. De un lado, en el primer ensayo de los dos de que el libro consta, titulado *En memoire du Manifeste du parti communiste,* estudia los antecedentes del socialismo *científico* y comenta con gran competencia el célebre manifiesto, iniciador poderoso del movimiento formidable del proletariado como fuerza política internacional. Por otra parte, en el segundo ensayo, sobre el *Materialismo histórico*, desarrolla su doctrina filosófica capital desenvuelta también por Marx, y por Engels, y según la cual las actuales pretensiones del proletariado implican un proceso orgánico y responden á la marcha misma de la vida económica en la historia. Este último ensayo merece ser leído y meditado, no sólo por los partidarios del socialismo sino

por sus adversarios. Sabido es, que esto del *materialismo histórico*, ó de la concepción de la historia, como un proceso regular, evolutivo, movido principalmente por los estímulos económicos, es para el socialismo marxiano de importancia capital; por ella se justifica la oportunidad y se defiende el triunfo definitivo del movimiento socialista y proletario. Ahora bien: lo mismo los que propenden al socialismo por simpatía, por amor á la justicia ó sed de regeneración social, que aquellos que por cualquier motivo se oponen al triunfo de sus ideales, necesitan penetrar, hasta donde les sea dable, en esa concepción fundamental del marxismo, y nada más recomendable en verdad que el trabajo del profesor Labriola, para lograr enterarse, con leve esfuerzo, del alcance que la interpretación económica de la vida de la humanidad tiene en la filosofía de Marx.

Según el prologuista, Sr. Sorel, «la obra del Sr. Labriola tiene su puesto señalado en las bibliotecas al lado de los libros clásicos de Marx y de Engels: constituye, dice, una aclaración y un desenvolvimiento metódicos de una teoría que los maestros del pensamiento socialista nuevo, jamás han tratado de una manera didáctica. Es, pues, un libro indispensable para quien quiera comprender las *Ideas proletarias*.»

No me detendré á criticar el fondo de las ideas del profesor Labriola, pues esto exigiría *tomar posiciones,* no ya frente al contenido doctrinal del libro, sino frente al socialismo en general y más especialmente frente al *marxista*. Mi juicio, favorable en definitiva á la obra, se refiere sólo á su valor como exposición clara, simpática, atractiva, de una teoría social, sin duda discutible, pero, de todos modos, de altísima importancia filosófica y práctica.

Los *Ensayos* del profesor italiano terminan con la traducción completa del *Manifiesto del partido comunista*.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Aragón Fernández (A.)—El Monasterio de Silos; estudio histórico. En 8.°, 168 págs.: 1 peseta.

Asensi (J. de).—Auras de otoño. Cuentos para niños y niñas. En 8.°, 159 págs.: 1,25 pesetas.

Idem.—Brisas de primavera. Cuentos para niños y niñas. En 8.°, 156 págs.: 1,25 pesetas.

Azucena (La) del Tíber: Drama religioso en tres actos y en verso, por una religiosa de la Orden de Sancti Spiritus. En 8.°, 52 páginas: 2 pesetas.

Baró (T.)—Cuentos del hogar. En 8.°, VIII-160 págs.: 1,25 pesetas.

Bertrán Rubio (E.)—Los modernos derroteros de la higiene. Un problema de higiene resuelto. La habitación del obrero. En 8.°, 184 páginas: 2 pesetas.

Biblioteca bascongada. *Tomos VII y VIII.* Fueros, privilegios, franquezas y libertades del M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya. En 4.°, A. J. J. XV-415 págs.: 2 pesetas.

Idem. *Tomo IX.* Euskariana, *parte segunda.* Fantasía y realidad, por Arturo Campión. (Euskal-erriaren alde.) En 4.°, 271 págs.: 2 ps.

Idem. *Tomo X.* Los Isunzas de Vitoria, por Julián de Apráiz. En 4.°, XII-220 págs.: 2 pesetas.

Bonilla y San Martín (A.)—Concepto y teoría del Derecho; estudio de metafísica jurídica. En 8.°, 216 páginas: 2 pesetas.

Borrell y Soler (A. M.)—Reseña leída en la sesión pública inaugural de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Barcelona, celebrada el día 23 de Abril de 1897. En 4.°, 16 págs.

Bosque y Ros (R.)—Ensayos taurinos. (Coplas y semblanzas del arte y sus cultivadores). En 12.°, 23 págs.: 0,25 peseta.

Brusa (E.)—Prolegómenos de Derecho penal. En 8.°, 551 págs.: 7 ps.

Canalejo y Soler (J.)—La fotografía sin maestro. En 8.°, 163 páginas: 2 pesetas.

Casadevall (F. J.)—Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. En 8.°, 475 págs.: 4 pesetas.

Casares Gil (J.)—Elementos de análisis químico-cualitativo-mineral. En 4.°, 151 págs.: 4 pesetas.

Ceballos Quintana (E.)—Capullos de rosa. Cuentos para niños y niñas. En 8.°, VIII-159 págs.: 1,25 pesetas.

Idem.—Jazmines y violetas. Cuentos para niños y niñas. En 8.°, 4 hojas, 125 págs.: 1,25 pesetas.

Cebrián (V.)—Concepto general de la hepatología. En 8.°, 16 páginas: 1 peseta.

Idem.—Exploración clínica del hígado. En 8.°, 16 págs.: 1 peseta.

Ciarán (A.)—Panegírico de Santo Tomás de Aquino. En 8.°, 32 pg.

Código de comercio aumentado con la novísima ley de hipoteca naval. En 12.°, 478 págs.. En tela: 3 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomos XI y XII.* (*Valdivia y sus compañeros. IV y V.*) Santiago de Chile. En 4.° mayor, 557 y 448 págs. Cada tomo 15 pesetas.

Díez de Tejada (V.)—Cuentos piadosos. En 8.°, XII-156 páginas: 2 pesetas.

Echegaray (J.)—Lecciones sobre resoluciones de ecuaciones y teoría de Galois. En 4.°, págs. 1 á 272.

Escalafón general de los catedráticos de las Universidades del reino en 1.° de Enero de 1897. En 8.°, 82 págs.

Escalafón general de los jefes y oficiales del Cuerpo administrativo del Ejército en 1.° de Enero de 1897. En 12.°, apaisado, 59 páginas.

España (G. R.)—Novísimo manual de jurisprudencia. Memorandum

de Derecho administrativo. En 8.°, 256 págs. En piel: 3 pesetas.

Idem.—El matrimonio según el derecho vigente. *Tomo I.* En 8.°, 238 págs.: 2 pesetas.

España ilustrada: vistas, monumentos, escultura y pintura. Hauser y Menet. S. a. (1897.) En 4.°, apaisado. Láminas en fototipia y una hoja con explicación de las mismas, á dos columnas. *Cuadernos 8 á 11.* Cada cuaderno de 5 láminas: 1 peseta.

Galindo Pardo (L.)—Explicación doctrinal y práctica del libro III del Código civil. En 4.°, XIII-882 págs: 12 pesetas.

García Icazbalceta (J.)—Obras. Tomo IV. (Biografías II.) Méjico. Imprenta de V. Agueros, editor. 1897. En 8.°, 445 págs: 6 pesetas.

García Ladevese (E.)—El ídolo; novela contemporánea. En 4.°, 332 páginas: 9 pesetas.

Gómez Arca.—El vocabulario castellano: estudio metódico y progresivo de las palabras del lenguaje usual. En 8.°, 144 páginas: 1,50 pesetas.

Gómez Carrillo (A.)—Historia de la América Central. *Tomo IV.* En 4.°, XVI-359 páginas.

Gómez Zarzuela (V.)—Guía oficial de Sevilla y su provincia para 1897. *Año XXXIII.* En 4.°, 411. CCLII págs.: 5 pesetas.

Granada (D.)—Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de La Plata. Montevideo. Impr. Artística de Dornaleche y Reyes. 1896. En 8.° mayor, XXI-669 págs. Tela-26 pesetas.

Isern (D.)—Problemas y teoremas económicos, sociales y jurídicos. *Tomo I.* En 8.°, VIII-334 págs.: 4 pesetas.

Izquierdo (H.) y Camino (J.)—El instalador de teléfonos. En 4.°, 167 páginas.: 3 pesetas.

Just y Lloret (A.)—Manual de derecho para los aspirantes al cargo de procurador en Audiencia territorial ó juzgados de 1.ª instancia. En 4.°, IV-360 págs.: 10 pesetas.

Lisbona Fabrat (E.)—Los Bancos de emisión de Europa. Sus leyes, organización, capital, operaciones, circulación fiduciaria y existencias metálicas. En 4.° mayor, XXXII-655 págs.: 20 pesetas.

Lucrecio Caro (T.)—De la naturaleza de las cosas; poema en seis cantos, traducido por D. José Marchena. En 8.°, XXX-349 páginas: 3 pesetas.

Biblioteca clásica. *Tomo* 200.

Maistre (J. de).—La joven siberiana ó el amor filial. En 12.°, 120 págs.: 0,50 céntimos.

Márquez Rodríguez (M.)—Las parálisis alternas. (Estudio de diagnóstico topográfico de las lesiones en los centros nerviosos.) En 8.°, 79 págs.: 2 pesetas.

Martínez Reguera (L.)—Bibliografía hidrológico-médica española. *Segunda parte.* (Manuscritos y biografías.) En 4.° mayor, 2 tomos XL-637 y 886 págs.

Mas i Jornet (C).—Satires morals, per Claudi Mas i Jornet. En 8.°, 102 págs.: 2 pesetas.

Menor (E).—La carrera de Aduanas ó guía para ingresar en este Cuerpo del Estado. En 8.° menor, 160 págs.: 2 pesetas.

Merino (B.)—Contribución á la flora de Galicia. La vegetación espontánea y la temperatura en la cuenca del Miño. En 4.°, XXV II-320 págs.: 4 pesetas.

Mitología (La) en el arte clásico. (Dioses y Diosas. Héroes y semidioses. El mundo físico y el mundo moral, etc., etc.) con 30 grabados. En 8.°, 79 págs.: 1 peseta.

Morera y Galicia (M.)—Poesías. En 8.°, 191 págs.: 2 pesetas.

Moyano y Moyano (P.)—Compendio de zootecnia especial. En 8.° mayor, XV-212 págs.: 6 pesetas.

Muñoz de Madariaga (J. J.)— Lecciones de Mineralogía. En 4.°, 754 págs.: 23 pesetas.

Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. En 4.°, VI-495 págs.: 3,50 pesetas.

Pérez Nieva (A.) — Diminutas (novelitas). En 12.°, 122 págs.: 50 céntimos.

Permanyer y Ayats (J. J.)—Discurso. En 4.° 39 págs.

Tema: Agravios que sufre la sociedad en general de los vicios de nuestro sistema tributario.

Pont (J. B.)—El aguinaldo. En 8.°, 20 págs.: 50 céntimos.

Pulido Fernández (A.)—La pena capital en España. En 8.°, 215 páginas: 2 pesetas.

Ramón de Luanco (J.) — La alquimia en España. Escritos inéditos, noticias y apuntamientos que pueden servir para la historia de los adeptos españoles. *Tomo II.* En 8.°, 289 págs.: 2 pesetas.

Redel (E.)—Obras literarias, de Enrique Redel. *Tomo I.* (Amapolas. —Al aire libre. — Algo de letras. —Predicar en desierto. — Donde menos se piensa. — Turbas y espectáculos.—Cartas de un lego.—Almanzor.—En zig-zag).—En 4.°, XVI-497 págs.: 5 pesetas.

Regis Planchet (F.) — Tratado del matrimonio. *Tomo I.* En 4.°, 175 págs.: 2,50 pesetas.

Reina (M.) — Rayo de sol; poema y otras composiciones. En 8.°, 66 páginas: 1 peseta.

Saavedra (E. R. de). — Cuadros de la fantasía y de la vida real. *Tomo I.* En 8.°, 191 págs.: 2 pesetas.

Saboni (L.)— Plaza partida. Rafaela la generosa. Katipunán literario. En 12.°, 64 págs.: 1 peseta.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias, en la recepción pública del Excmo. Sr. Don Práxedes Mateo Sagasta, el día 20 de Junio de 1897. En 4.°, 66 páginas. — Contestación por el Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesino.

Tema: El concepto de las Academias de Ciencias, distinto según los tiempos y países; su origen, desenvolvimiento, organización y fin á que deben aspirar en el estudio y aplicación de los conocimientos que son objeto de su instituto.

Salazar (F.)—Algo de todo. En 12.°, 191 págs.: 50 céntimos.

San Martín y Aguirre (J. F.)— Filigranas íntimas; poesías. En 8.°, 202 págs.: 2,50 pesetas.

Siles (J. de). — Los mil y un cuentos. *Vol. V.* En 8.°, 30 págs.: 25 céntimos.

Soler (S. S.) — Curso abreviado de geometría. 15 págs.: 1,50 pesetas.

Soto y Calvo (F.) — Cuentos de mi padre. Buenos-Aires. Impr. de Pablo E. Coni é hijos. 1897. En 8.°, 359 páginas.

Tablas de valores para la estadística comercial de los años de 1895 y 1896, publicadas por el Consejo de Aduanas y Aranceles. En 8.° mayor, 56 páginas.

Trigo (F.) — La campaña filipina (impresiones de un soldado). I. El general Blanco y la insurrección. En 8.°, 92 págs.: 1,50 pesetas.

Utrilla y Calvo (F.)—Lucha de ideales. Morriones, sotanas y boínas-novela original. En 8.°, 599 páginas: 3 pesetas.

Valdés Riesco (A.) — Quiebras. Comentarios al libro IV del Código de Comercio. *Tomo I.* Santiago de Chile. Establecimiento polig. Roma, 1897. En 4.°, XVI-357 páginas: 12,50 pesetas.

Vasconcellos (J. de). — Damião de Goes. (No cuarto centenario da India Portugueza). Novos estudos. En 4.°, XXIII-153 págs.: 12 pesetas.

Tirada de 100 ejemplares numerados, papel de hilo.

Velasco (C.) y Montero Daza (J.)— Manual completo de desamortización é investigación, venta de fincas de bienes nacionales, excepciones civiles y eclesiásticas, propios, montes, parte práctica y administradores de bienes del Estado. En 4.°, VIII-491 págs.: 16 pesetas.

Vidar (L.)— Dos nuevos historiadores de la Vida de Cervantes. Carta dirigida al Sr. D. Leopoldo Ríus y Llosellas, ilustre cervantista. En 8.°, 14 páginas.

Villaseñor y Villaseñor (A.)—Obras. I Estudios históricos. Méjico. Imprenta de V. Agüeros, editor, 1897. En 8.°, XVI-509 págs.: 6 pesetas.

Biblioteca de autores mejicanos. *Tomo 7.*

INDICE

	Págs.
Teresa (novela), por Neera	5
Cleopatra, por el Marqués de Valmar	71
Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola	89
Curio idades acerca de la invención de la pólvora, por Joaquín Olmedilla y Puig	113
La prensa internacional.—Una vuelta por Inglaterra, por H. Taine	130
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	148
Crónica internacional, por Emilio Castelar	169
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada	192
Obras nuevas	197

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.—MADRID.

Aguanno (José D.)—*La Génesis y la evolución del Derecho Civil*, según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico sociales, con una introducción de G. P. Chironi. Traducción de P. Dorado. Un gran vol. 4.º m., 15 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Idem.—*La reforma integral de la Legislación Civil*; traducción de P. Dorado. Un vol en 4.º m., 4 pesetas

Alcofurado (Mariana). — *Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly*. Un vol. impreso en cartulina, edición de bibliófilo, tirada de 200 ejemplares, á 3 ptas.

Son las más bellas cartas de amor que existen impresas.

Anónimo. — *¿ Academicas?* Curiosísimo librito anónimo, una peseta.

Anónimo.—*Currita Albornoz al Padre Coloma*. Un vol. una peseta.

Araujo y Sánchez (Ceferino).—*Goya*, estudio biográfico crítico, con el catálogo de sus obras. Un vol. en 4.º m., edición de bibliófilo, tirada de 300 ejemplares, á 3 pesetas.

Arenal (Concepción).—*El Visitador del preso*, 3 pesetas. *El Derecho de Gracia ante la justica* y *El reo, el pueblo y el verdugo*, 3 pesetas. *El Delito colectivo*, 1,50 pesetas.

Arnold (Mateo).—*La Crítica en la actualidad*, 3 pesetas.

Asensio (J. M.)—*Fernán Caballero*, una peseta. *Martín Alonso Pinzón* (estudio histórico), 3 pesetas.

Asser (T. M. C.)— *Derecho internacional privado;* obra completada por Alfonso Rivier; traducida, prolongada y anotada por J. F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Un volúmen en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades.

Balzac (Honorato).—*Eugenia Grandet. Papá Goriot. Ursula Mirouet. César Birotteau. La quiebra de César Birotteau.* Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Barbey d'Aurevilly (J.)—*El Cabecilla. El Dandismo y Jorge Brummel. Venganza de una mujer. Las Diabólicas. Una historia sin nombre. La Hechizada.* Seis volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Baudelaire (Carlos).—*Los paraísos artificiales*, un vol., 3 pesetas.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—*Trueba*, biografía, una peseta.

Bergeret (Gastón).—*Eugenio Mouton (Merinos)*, una peseta.

Bourget (Paul). — *Hipólito Taine*, biografía, 50 céntimos.

Buylla (Adolfo A.)—*Economía.* Un vol. en 4.º m., de 676 págs., 12 pesetas.

Esta obra comprende ocho partes que constituyen la Economía política, cada una de ellas á cargo de un profesor especialista, en la siguiente forma: I. Concepto de la Economía y carácter de su ciencia, por Adolfo A. Buylla.—II. Los conceptos fundamentales de la Eco-

nomía Social, por J. G. Neumann. —III. La producción económico-social, por F. Kleinwaechter.— IV. La formación del precio, por F. G. Neumann.—V. La Moneda, por E. Nasse.—VI. El Crédito y los Bancos, por Ad. Wagner. — VII. La distribución económico-social, por F. Mithoff.—VIII. El consumo económico social, por G. Lexis.

Sirve de texto en varias Universidades.

Campe (Enrique). — *Historia de América*, con notas y aclaraciones de Fernández Duro: dos volúmenes, 6 pesetas.

Campoamor (Ramón de).—*Ternezas y Flores, Ayes del alma, Fábulas.* En un solo volumen, 3 pesetas. *Doloras y Humoradas.* Todas en un solo vol., 3 pesetas. *Cánovas*, estudio biográfico, una peseta.

Carnevale (Manuel).— *La cuestión de la pena de muerte.* Un volumen, 3 pesetas.

Idem.—*Filosofía jurídica.* Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Contiene: Ciencia criminal y ciencia penal. El Derecho. La pena en el Derecho. Noción de la pena. Función de la pena. El principio ideal en la pena. Auxiliares de la pena. Decadencia de la pena.

Caro (E.)—*El pesimismo en el siglo XIX. El suicidio y la civilización. Costumbres literarias. Littré y el positivismo. El Derecho y la fuerza, ó Kant y Bismark.* Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Coppé (Francisco).— *Un idilio*, 3 pesetas. Delicadísima novela.

Cherbuliez (Víctor).—*Mis Rovel. La Tema de Juan Tozudo. Amores frágiles. Paula Meré. Meta Holdenis.* Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Daudet (Alfonso).—*Jack*, dos tomos. *La Evangelista. El sitio de París. Novelas del lunes. Cartas de mi molino. Tartarín en los Alpes. Cuentos y fantasías.* Ocho volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Dorado (Pedro).— *Concepción Arenal*, una peseta. *Problemas jurídicos contemporáneos.* Un vol. en 4.° m., 3 pesetas.

Dostoyuski (Fedor).—*La Casa de los muertos*, 3 pesetas. *La Novela del presidio*, 3 pesetas.

En estas dos obras relata de mano maestra, el ilustre novelista ruso, todos los trágicos incidentes de sus prisiones en Siberia.

Engels (Federico).— *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* Un vol. en 4.° m., de 336 páginas, 6 pesetas.

Es la obra más notable que ha producido el socialismo, después de *El Capital* de Marx.

Fernan Flor—*Zorrilla*, una peseta. *Tamayo*, una peseta.

Fernández Guerra (Aureliano).— *Don Juan Eugenio Hartzembusch*, una peseta.

Ferrán (Augusto).— *Obras completas*, 3 pesetas.

Comprende: Prólogo, por Gustavo Becquer, y Cantares del pueblo, La Soledad, la Pereza, Una inspiración alemana, El Puñal, Epitafio de una joven y traducciones é imitaciones de Enrique Heine.

Es un precioso libro que debe conocer todo el que haya leído las obras de su émulo Becquer, á quien supera muchas veces.

Ferri (E.)—*Estudios de Antropología*, 3 pesetas. *Nuevos estudios de Antropología*, 3 pesetas.

Idem (en colaboración con Lombroso, Garofalo y Fioretti).—*La Escuela criminológica positiva.* Un vol. en 4.° mayor, 7 pesetas.

Flaubert (Gustavo).— *Un corazón sencillo*, 3 pesetas.

Foillée (Alfredo).—*Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Idem.—*La Ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Idem.—*Historia de la Filosofía*, dos vols. en 4.° m., 12 pesetas.

Framarino dei Malatesta (Nicolás).—*Lógica de las pruebas en materia criminal.* Dos grandes vols., 15 pesetas.

Esta obra, digno complemento del *Tratado de las pruebas en materia civil*, de Ricci, ha tenido un

éxito enorme en Italia y viene á llenar completamente entre nosotros la necesidad sentida por los profesores de Derecho, abogados, jueces y magistrados, de un buen tratado rigurosamente científico y eminentemente *práctico* acerca de las pruebas en materia criminal. Ninguno de los problemas relativos á la indicada *prueba* queda por estudiar en este precioso libro. Empieza por una preparación lógica; luego estudia las cuestiones generales de *la prueba*, su naturaleza, sus reglas, su clasificación, el peso de la prueba; siguen las diferentes pruebas particulares, directas é indirectas (especialmente las indirectas), reales y personales, dedicando todo el tomo segundo á hacer un examen, el más completo que existe, sobre la prueba testifical, la documental y la material.

Garofalo (R.) — *La Criminología*; estudio sobre el delito y sobre la teoría de la represión, con un apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli, traducción por P. Dorado. Un gran vol., 10 pesetas.

Idem.—*Indemnización á las víctimas del delito.* Traducción y estudio crítico, por P. Dorado. Un volúmen en 4.º m., 4 pesetas.

Idem. — *La superstición socialista.* Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

Idem (en colaboración con Lombroso, Ferri y Fioretti). — *La escuela criminológica positiva.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Gautier (Teófilo).—*Bajo las bombas prusianas.--Nerval y Baudelaire.—Madama de Girardín y Balzac*, tres tomos, á 3 pesetas cada uno.—*Enrique Heine*, biografía, una peseta.

Gay (Sofía).—*Salones célebres*, 3 pesetas.

Gladstone (W. E.) – *Los grandes nombres.* Un vol. en 4.º m., 5 ptas.

Ocúpase el insigne político inglés en esta obra de los hombres ilustres que han contribuído al progreso de la humanidad.

Idem.—*Lord Macaulay* (biografía), una peseta.

Goncourt (Los hermanos).— *Querida.—Renata Mauperin.— Germinia Lacerteux.— La Elisa.— La Faustin.—La Señora Gervaisais.* Seis tomos, á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de María Antonieta, reina de Francia.* Un vol. en 4.º m., de 384 páginas, 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la Pompadour.* Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

González (Carlos).—*Derecho usual. Resumen de los principios generales del Derecho y del Derecho positivo español.* Un vol. en 4.º mayor, encuadernado en tela, 5 pesetas.

Esta obra es de utilidad grandísima para quien quiera conocer el Derecho sin estudiar la carrera, para quien desee recordar los conocimientos adquiridos, y principalmente para repaso de las asignaturas con objeto de tomar el grado. A este fin la emplean con grandísimo éxito los estudiantes.

Goschen (C. J.)—*Teoría sobre los cambios extranjeros, con una introducción del marqués de Villaviciosa de Asturias.* Un vol. en 4.º m., de 320 páginas, 7 pesetas.

Grave (Juan).—*La sociedad futura.* Traducción del Dr. Marco. Un volúmen en 4.º m., 8 pesetas.

En esta importantísima obra se estudia lo que será la sociedad anarquista.

Gross (Hans). — *Manual del Juez*, para uso de los jueces de instrucción y municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y Subalternos de la Guardia civil, Agentes de policía, etc. Obra traducida del alemán é ilustrada con multitud de grabados. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Los grandes progresos realizados últimamente en el descubrimiento y captura de criminales en todas las naciones, se deben á la publicación de esta obra.

Trata, entre otras muchas materias: Del conocimiento de los hombres. Del interrogatorio. De los testigos. De la inspección ocular. De los peritos. De los médicos. De los casos que entran en el dominio de la medicina legal. De las hue-

llas. De las manchas. De la fotografía. De la antropometría. Prácticas de los rufianes. Robos y secuestros. La superstición. La criptografía. La prensa periódica. Las lesiones. Las armas. Las estafas. Autores, cómplices y encubridores. De los incendiarios. Delitos cometidos empleando procedimientos científicos. Daños y perjuicios, etc.

Cumplowicz (Luis).—*Derecho político filosófico*, traducción del alemán, prólogo y notas, por P. Dorado. Un vol. en 4.° m., 10 pesetas.

De texto en varias Universidades.

Idem.—*La lucha de razas.* Un volumen en 4.° mayor, 8 pesetas.

Guyau (M.)—*La educación y la herencia*, estudio sociológico traducido, prolongado y anotado por A. Posada. Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Heine (Enrique).—*Memorias*, 3 pesetas.

Pocos libros más encantadores que este, en el cual el gran poeta nos cuenta sus aventuras.

Howard Collins (F.)—*Resumen de la filosofía de Herbert Spencer*, con un prólogo de Herbert Spencer. Dos vols. en 4.° m., 15 pesetas.

El ilustre filósofo inglés ha declarado que este Resumen está muy bien hecho, y que es indispensable para quien quiera conocer á fondo su filosofía.

Hunter (Guillermo A.)—*Sumario de Derecho Romano.* Un vol. en 4.° mayor, 4 pesetas.

No hay estudiante inglés que no curse por este libro, al que llaman *the little Hunter* (el pequeño Hunter), dándole el nombre de su ilustre autor, que actualmente ocupa la cátedra de Sumner Maine.

No existe libro que resuma mejor, ni con más claridad, ni en menos páginas, 220, el Derecho romano; por esto se valen de él para aprender muy bien en pocos días la asignatura los estudiantes ingleses, y ha sido aceptado con igual éxito por los españoles.

Kells Ingram (Juan).—*Historia de la Economía política*, traducida del inglés por M. de Unamuno. Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Kidd (B.)—*La evolución social.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Krapotkin (Príncipe Pedro).—*La conquista del pan*, 3 pesetas.

Lange (A.)—*Luis Vives*, traducción del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. Un vol. en 4.° mayor, 2,50 pesetas.

El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es recordar que su autor escribió la célebre *Historia del materialismo.*

Laveleye (E.)—*Economía política.* Un vol. en 4.° m., 7 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de Economía en la Universidad de Lieja, es completísima, alcanzando hasta el socialismo y la anarquía en sus últimas manifestaciones.

De texto en varias Universidades.

Lombroso (César).—*El hipnotismo. Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología. Últimos progresos de la Antropología.* Tres volúmenes, á tres pesetas cada uno.

Idem (en colaboración con Ferri, Garofalo y Fioretti).—*La escuela criminológica positiva.* Un volumen en 4.° mayor, 7 pesetas.

Lubbock (Sir John).—*La vida dichosa*, 3 pesetas.

Martens (F. de).—*Tratado de Derecho Internacional.* Prolongado y anotado por F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Tres volúmenes en 4.° m., 22 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de San Petersburgo, es el mejor tratado de Derecho internacional, público y privado, que actualmente existe.

De texto en muchas Universidades.

Maupassant y Alexis. — *Emilio Zola*, biografía, una peseta.

Macaulay (Lord).—*Estudios jurídicos*, dos vols., 6 pesetas.

Manduca (F.)—*El procedimiento penal y su desarrollo científico.* Traducción, prólogo y notas por A. Pintós. Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*Núñez de Arce*, una peseta.—*Martínez de la Rosa*, dos biografías, cada una, una peseta.

Merimée (Próspero). — *Colomba*, 3 pesetas.—*Mis perlas*, 3 pesetas.

Meyer (F.)—*Derecho administrativo. La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, seguida de la organización administrativa en España*, por Adolfo Posada. Un vol. traducido del alemán, 5 pesetas.

II tomo.—*La Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Miraglia (Luis).—*Filosofía del Derecho*: dos volúmenes en 4.° mayor, 15 pesetas.

Hermosa obra que compendia todos los adelantos en la materia.

Molins (Marqués de).—*Bretón de los Herreros*, una peseta.

Neumann (Barón Leopoldo de).—*Derecho Internacional público moderno;* obra traducida del alemán, prolongada y anotada por A. Sela, profesor de esta asignatura en la Universidad de Oviedo. Un vol. en 4.° m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y en la Escuela superior de Guerra.

Pardo Bazán (Emilia.)—*El Padre Coloma*, 2 pesetas. *Alarcón*, 1 peseta. *Campoamor*, 1 peseta.

Passarge (L).—*Ibsen*, 1 peseta.

Picón (J. O.)—*Ayala*, 1 peseta.

Posada (Adolfo). — *Derecho Administrativo. La Administración política y la Admistración social.* Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes. Un vol., 5 pesetas.

La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, obra escrita en alemán por F. Meyer, con introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Renán (Ernesto).—*Mi infancia y mi juventud*, 3 pesetas. *Memorias íntimas* (dos tomos), 6 pesetas. *Estudios de Historia religiosa.* Un vol. en 4.° m., 6 pesetas. *La vida de los Santos.* Un vol. en 4.° m., 6 pesetas.

Ricci (Francisco).—*Tratado de las pruebas* (*en derecho civil.*) Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la Jurisprudencia española, por Buylla y Posada. Dos vols. en 4.° m., 20 pesetas.

Comprende: De la prueba en general. De la prueba por escrito. Del documento público. Del documento privado. De la prueba testifical. De la confesión. Del juramento decisorio. Del juramento de oficio. De la cosa juzgada.

Sainte-Beuve. (C. A.)—*Tres mujeres* (Madama de Staël, Madama de Sevigne y Juliana de Krudner. Apéndice: El salón de la Baronesa de Staël.) Un vol., 3 pesetas. *Retratos de mujeres* (Madamas de Souza, de Pontivy, Durás, Roland y Guizot.) Un vol., 3 pesetas.

Sardou (Victoriano).—*La perla negra* (novela) 3 pesetas.

Savigny (F. de).—*De la vocación de nuestro siglo para la Legislación y para la Ciencia del Derecho.* Un vol. en 4.° m., traducido del alemán, 3 pesetas.

Schopenhauer (Arturo).—*Estudios escogidos*, 3 pesetas.

Idem.—*Fundamento de la moral.* Un vol. en 4.° m., 5 pesetas.

Idem.—*El mundo como voluntad y como representación.* Tomos 1.° y 2.° en un vol. en 4.° m., 12 pesetas.

Sighele (Scipión).—*El delito de dos:* ensayo de psicología morbosa. Un vol. en 4.° mayor, 4 pesetas.

Comprende: La sugestión en el delito. Sugestión de un delincuente sobre otro. La pareja sana. La pareja suicida. La pareja demente. Los Goncourt. Eloisa y Abelardo. Carlyle y su esposa. Ideas de Schopenhauer, Espinas y Roger. Los esposos asesinos. Los amantes asesinos. La pareja infanticida. El infanticidio. El aborto. La cortesana y el *souteneur*. La pareja tribadita y la pareja cinédica, etc.

Idem.—*La muchedumbre delincuente*, ensayo de Psicología colectiva. Un vol. en 4.° m., 4 pesetas.

Idem.—*Teoría positiva de la complicidad.* Un volumen en 4.º m., 5 pesetas.

Spencer (Herbet).—*La Justicia.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Las Instituciones eclesiásticas.* Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *La moral de los diversos pueblos y la moral personal.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *La Beneficencia.* Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *El organismo social.* Un volumen en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones sociales.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones políticas.* Dos vols. en 4.º m., 12 pesetas. *El Progreso, su ley y su causa.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *De las leyes en general.* Un vol. en 4.º m., 8 pesetas. *Exceso de legislación.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. (Contiene: Exceso de Legislación. Para qué es bueno el sistema representativo. La reforma parlamentaria. Intrusión del Estado en la circulación monetaria y fiduciaria. Administración especializada. Stuart Mill contra Hamilton. De la libertad á la esclavitud). *Etica de las prisiones.* Un vol. en 4.º m., 10 pesetas. (Contiene: Etica de las prisiones. La Etica de Kant. Etica política absoluta. Moral del Comercio. Moral y policía de los ferrocarriles. La sabiduría colectiva. Fetichismo político. Ensayo de Estética. Filosofía del Estilo. Uso y belleza. Las fuentes de los tipos arquitectónicos. La gracia. La belleza personal. Origen y función de la música. Fisiología de la risa. Las maneras y la moda. Los americanos.)

Sthal (Federico Julio).—*Historia de la Filosofía del Derecho*, con prólogo de E. Gil y Robles, profesor en la Universidad de Salamanca. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.

Esta es la mejor obra del sabio profesor de la Universidad de Berlín, Federico Julio Sthal.

Stendhal.—*El amor*, 3 pesetas.—*Curiosidades amatorias*, 3 pesetas.

Stuart Mill (John).—*Mis memorias*, 3 pesetas. Precioso volumen en el cual el gran filósofo nos cuenta su vida con absoluta sinceridad.

Sumner-Maine (Sir H.) *El antiguo derecho y la costumbre primitiva.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Idem.—*La Guerra según el Derecho internacional.* Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

Idem.—*Historia del Derecho.* Un volúmen en 4.º m., 8 pesetas.

Idem —*Las Instituciones primitivas.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

(Contiene: El antiguo Derecho. El parentesco considerado como fundamento de las sociedades. La tribu y la tierra. El jefe y la aristocracia. El jefe y la tierra. Antiguas divisiones de la familia. Cómo se propagan las ideas primitivas. Formas del procedimiento en derecho romano, teutónico, brehon é indio. Historia del régimen de los bienes de la mujer casada. La Soberanía. Los Imperios).

Supino (David). — *Derecho Mercantil*, traducido y anotado extensamente por Lorenzo Benito, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Valencia. Un volumen en 4.º m., 12 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

Taine (Hipólito).—*Filosofía del Arte. La pintura en los Países Bajos. El Arte en Grecia. El ideal en el Arte. Viaje á Italia: Nápoles, Roma* (2 tomos), *Florencia, Venecia, Milán.* Diez volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa contemporánea.* (Dickens, Thackeray, Macaulay, Carlyle, Stuart Mill, Tenyson). Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa.* Los orígenes, Un vol., en 4.º m., 7 pesetas.

Tarde (G.)—*Estudios penales y sociales.* Un vol., 3 pesetas.

Comprende: El sufragio universal. El amor morboso. El atavismo moral. La arqueología criminal. Despoblación y civilización).

Idem.—*La criminalidad comparada.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El tipo criminal. La estadística criminal. Problemas de la penalidad. Problemas de la criminalidad).

Idem.—*El duelo y el delito político.* Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El duelo. El duelo en lo pasado. El duelo en lo presente. El duelo, sus causas y remedios. Los duelos en Italia. Los duelos en Francia. El delito político).

Idem.—*Las transformaciones del Derecho.* Traducción, prólogo y 120 notas, por A. Posada. Un volumen en 4.° m., 6 pesetas.

(Contiene: Derecho criminal. Procedimiento. Régimen de las personas. Régimen de los bienes. Obligaciones. El derecho natural. El Derecho y la Sociología.)

Torold Rogers (James E.)—*Sentido económico de la Historia.* Un vol. en 4.° m., 10 pesetas.

Esta es una de las más importantes obras de nuestra colección. Explica la Historia á través de la economía política.

Tcheng-Ki-Tong.—*La China contemporánea*, 3 pesetas.

Tolstoy (Conde León).—*La sonata á Kreucer. Marido y mujer. Dos generaciones. El ahorcado. El príncipe Nekhli En el Cáucaso. La muerte. El sitio de Sebastopol. Los cosacos. Iván el Imbécil. El canto del cisne. El camino de la vida. Placeres viciosos. El dinero y el trabajo. El trabajo. Mi confesión. Los hambrientos. ¿Qué hacer? Lo que debe hacerse. Mi infancia. Fisiología de la guerra. La escuela de Yasnaia Poliana. Mi juventud.* 23 vols., á 3 pesetas cada uno.

Turgueneff (Iván).—*Humo. Nido de hidalgos. El judío. El rey Lear de la Estepa. Un desesperado. Primer amor. Aguas primaverales. Demetrio Rudin. El reloj. Padres é hijos. La guillotina.* Once vols., á 3 pesetas cada uno.

Uriel Hancock (Anson). —*Historia de Chile*, traducida del inglés. Un vol. en 4.° m., 8 pesetas.

Esta interesantísima historia alcanza hasta el año 1893.

Valera (Juan). – *Ventura de la Vega*, 1 peseta. *Currita Albornoz al Padre Coloma*, 1 peseta.

Varios autores. — *Cuentos escogidos.* «El gallo del campanario», por Eugenio Montón (Merinos.) «La Criadita», por Cátulo Mendes. «Sganarelle», por Teodoro de Banville. «La obra maestra del crimen,» por Juan Richepin. «Los Generales y el Mugik», por Chchedrine. «La partida de Chaquete», por Próspero Merimée. «El Ayuno», por Emilio Zola «Christel», por Sainte Beuve. «El pan bendito», por Francisco Coppé. «Una Condesa», por Alfonso Daudet.

Varios autores. — *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, por Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forjas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña, etcétera.

Esta hermosa obra, de 800 páginas en 4.° mayor, contiene todos los progresos y el estado actual del Derecho y la Sociología; precio, 12 pesetas.

Varios autores.—*La Escuela criminológica positiva*, por Lombroso, Ferri, Garófalo y Fioretti. Un volumen en 4.° m., 7 pesetas.

Renombrada obra, en la cual exponen sus teorías los cuatro jefes de la escuela positivista de Derecho penal.

Varios autores.—*Estudios de higiene en general*, traducidos del alemán por F. Murillo. Un vol. de 300 páginas, 3 pesetas. Comprende: «Desarrollo histórico de la Higiene pública», por A. Hirsch, profesor en Berlín. «Patología comparada de las razas», por J. B. Stokirs, profesor en Amsterdam. «Las infecciones en la guerra», por R. Koch, profesor en Berlín. «Cómo degeneran las naciones: Causas y remedios», por A. Wurzburg, jefe de estadística en Berlín.

Varios autores.—*Novelas y caprichos.* Comprende: «Sopas de ajo», por el doctor Thebussem. «El collar de Perlas», por Manuel del Palacio. «Virtudes premiadas», por Jacinto Octavio Picón. «El Poder de la Ilusión», pequeño poema, por

Campoamor. «El mechón blanco», por Emilia Pardo Bazán. «Tisis poética», leyenda, por José Zorrilla. «Chucho», aguafuerte, por A. Palacio Valdés. «La Risa del Payaso», anécdota, por Emilio Ferrari. «El novenario de ánimas.», por Narciso Oller. «Placidez», por Eugenio Sellés. «La Condesa de Palenzuela,» por Antonio de Valbuena.

Este precioso libro, ilustrado con más de 200 grabados y multitud de *Historias mudas*, vale 3 pesetas.

Varios autores.—*La nueva Ciencia jurídica, Antropología, Sociología*, por Aguanno, Altamira, Arenal, Dorado, Ferri, Fioretti, Lombroso, Oliva, Posada, Salillas, Escartín, Silió, Torres-Campos, Vida, etc.

Esta obra consta de dos volúmenes en 4.° m., con grabados, y da á conocer las aplicaciones de la Antropología y la Sociología á la Ciencia jurídica. Precio, 15 pesetas.

Varios autores.—*Ramillete de cuentos*. Comprende: «Malachka y Akulina,» por el Conde León Tolstoy. «Muerte voluntaria», por Francisco Copée. «Caballería rusticana.», por G. Verga. «El verdugo», por Balzac. «El libro japonés», por Eugenio Mouton. «Un animal sarnoso», por Pedro Loti. «El babieca de la señá Antoñica», por Juan Richepín. «Mateo Falcone», por Próspero Merimée. «Fragmento de una carta de mujer,» por A. Daudet. «El baño de la Malibran», por A. de Pontmartin. «La canción del peral», por Paul Feval. «Cálculo exacto», por Dostoyeusky. «Cómo se engaña á las mujeres», por Teodoro Banville. «Un jugador», por Paul Bourget. Un vol. 3 pesetas.

Varios autores.—*Tesoro de cuentos*. «El cura de Cucuñán», por A. Daudet. «Las dos margaritas, por Cátulo Méndez. «La miniatura», por Teodoro Banville. «El miedo», por G. de Maupassant. «Cuento histérico», por Teófilo Gautier. «Losladrones y el asno», por Emilio Zola. «El asesino desnudo», por Juan Richepín. «Un veterano de la veterana», por Francisco Copée. «La Marquesa de Aurebonne», por A. de Pontmartin.

Vivante (César).—*Derecho Mercantil*, traducción, prólogo y notas, por F. Blanco Constans, profesor de esta asignatura en la Universidad de Granada. Un vol. en 4.° mayor, 10 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

Wagner (Ricardo)—*Recuerdos de mi vida*, un tomo, 3 pesetas. En este hermoso libro refiere el ilustre músico sus memorias íntimas.

Wolf (Fernando).—*Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, traducción del alemán, con notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. Dos vols. en 4.° m., 15 pesetas.

Ybsen (Enrique). *Casa de muñeca*, con biografía del autor y estudio preliminar, por L. Passarge, 3 pesetas. *La Dama del mar* y *Un enemigo del pueblo*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas. *Los Aparecidos*, *Edda Gabler*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas.

Yhering (Rodolfo von).—*Cuestiones jurídicas*, traducción del alemán por Adolfo Posada. Un vol. en 4.° mayor, 5 pesetas.

Zola (Emilio).—*Biografías de Jorge Sand, Víctor Hugo, Balzac, Alfonso Daudet, Sardou, Dumas* (hijo), *Gustavo Flaubert, Chateaubriand, Los Goncourt, Alfredo de Musset, Stendhal, Sainte-Beuve, Teófilo Gautier*, 13 tomos, á peseta cada uno. *Las veladas de Médan*, 3 pesetas. *Estudios literarios*, 3 pesetas. *La Novela experimental*, tres pesetas. *Mis odios*, 3 pesetas. *Nuevos estudios literarios*, 3 pesetas. *Estudios críticos*, 3 pesetas. *El naturalismo en el teatro*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los novelistas naturalistas*, 2 tomos, 6 pesetas. *El doctor Pascual*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los hombros de la Marquesa*, 3 pesetas.

AÑO 9.º NUM. 105.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SETIEMBRE 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TERESA

NOVELA

(Conclusión)

XV

El señor Caccia era duro y tieso en su despacho, aunque estuviese solo, por la gran costumbre que tenía de echárselas de plancheta.

Sentado en su sillón, en forma de carro romano, con las gafas montadas en la nariz y una carta en la mano, gruñía sordamente. Un golpe de tos seca, como si se atragantase, interrumpía de rato en rato la lectura, que fué larga y laboriosa.

Así que hubo concluído, permaneció inmóvil, con los anteojos levantados sobre la frente y la mirada fosca.

La media luz de un día nebuloso iluminaba apenas el pequeño aposento, haciendo más tristes las cuatro paredes jaspeadas á esponjazos, y la tétrica taquilla de oficina, toda llena de papeles sellados. El estante de libros, al cual acababa Carlitos de romper los pocos libros intactos, ya no mostraba los dieciocho tomos del Botta de color agarbanzado, ni la suntuosa encuadernación en piel roja de los clásicos; porque costaba mucho dinero poner otros vidrios, y Teresita había clavado en lugar de ellos una tela verde, por indicación de su madre.

Aquel color oftálmico daba un aspecto misterioso á la librería, como si encerrase venenos.

El señor Caccia seguía siempre inmóvil, profundamente meditabundo, sin oir siquiera el ruido que ocasionaba Ida arrastrando un carrito debajo del pórtico, ni la voz cascada de la señora Soave, que le pedía se estuviese quieta; y ni aun dos golpes bastante fuertes, dados con el aldabón de la puerta.

Al abrirse ésta, levantó los ojos y quedóse atónito al ver entrar á Orlandi.

Con Orlandi se difundió por la oficina tal aspersión de juventud y de alegría, que el recaudador frunció el entrecejo y se puso aún más huraño; á lo cual no dió el joven importancia, sino que alargando cordialmente las manos, le saludó con mucho desparpajo.

—¿A qué puedo atribuir?....—dijo de pronto el Sr. Caccia, medio levantándose del sillón con aquel tanto de cortesía indispensable, pero queriendo demostrar que la visita era inoportuna.

—Ante todo, traigo á usted memorias de su hijo.

—¡Mi hijo!.... Algo mejor pudiera hacer que enviarme memorias. Pero, siéntese usted. Espero que no tendrá otros encargos de parte de mi hijo.....

En vez de sentarse, el joven hizo ademán de salir.

—Dispénseme usted, veo que le incomodo. Si quiere recibirme en otro momento, ruego á usted me diga la hora á que puedo encontrarle libre de quehaceres.

El señor Caccia balbuceó una excusa; comprendió que se había dejado llevar demasiado lejos, y quiso dar una justificación de su mal humor:

—No; ruego á usted que tome asiento. Debe dispensarme si respondí un poco irritado al oir el nombre de mi hijo. Cuando se dedica toda la vida á una idea, cuando del deber de padre de familia se ha hecho una religión, cuando gastos y sacrificios, todo se afronta por el bien de los propios hijos, es bastante duro verse tan mal correspondido, como lo demues-

tra un hijo que no tiene pundonor, ni delicadeza, ni corazón.

Orlandi escuchó ese rapapolvo con el más respetuoso silencio; y sólo cuando la última sílaba de la palabra «corazón» se extinguió con el eco de las cuatro paredes, creyóse en el deber de contestar:

—Dudo si un instante de cólera, justísima ciertamente, pero acaso un poco excesiva, le hará juzgar sin razón.....

—¿Juzgar sin razón?—interrumpió el señor Caccia.—Lea usted esta carta; y usted, que es amigo de mi hijo, me podrá decir, si lo sabe, cómo y cuándo se puede contraer una deuda de 100 pesetas. ¡Y advierta usted que nada le falta! Alojamiento, alimentación, vestido; todo pagado.

Aquella deuda de cien pesetas no podía producir mucha impresión en Orlandi; antes bien, si hubiese estado en el caso de expresar con claridad su propio parecer, no hubiera vacilado en declararla una verdadera miseria. Sin embargo, para no irritar más al recaudador, hizo como que comprendía su indignación; pero añadiendo muchas cosas en descargo de Carlitos, tales como la edad, la ocasión, el ejemplo, las compañías.

—¡Las compañías, precisamente!

El señor Caccia, recalcando la frase, fulminó al joven una mirada olímpica.

—Hace mucho tiempo que no hago vida común con Carlitos.

Orlandi dijo estas palabras con sencillez, sin aparentar disculparse; tanto que el señor Caccia volvió á tener vergüenza de sus arrebatos, y se encerró en una taciturnidad llena de calma y más tieso que nunca.

—El motivo que aquí me conduce— prosiguió Orlandi con voz clara y bien timbrada — es de un carácter tan opuesto á las preocupaciones en que veo á usted absorto, que temo...

Detúvose, no porque no supiera qué decir, sino porque quería que el otro le animase.

—Sin embargo, hable usted con entera libertad; estoy

acostumbrado á reprimir mis particulares sentimientos. Cuando se ocupa un cargo público de confianza..... Diga usted, en resumen, diga usted.

Pronunció estas palabras con mucha prosopopeya, con el puño puesto en la mesa de escritorio, con la fisonomía inmóvil.

—Ya sabrá usted que he terminado la práctica de la abogacía en el bufete de Sandri.

—En efecto, me parece haberlo oído decir. Le felicito á usted por ello.

—Gracias. Pero, como puede usted imaginarse, no he venido por eso. He puesto por delante el hecho de la conclusión de mis estudios, para inspirar á usted la confianza que necesito.....

Ligera vacilación de Orlandi; inmovilidad absoluta del señor Caccia.

—..... en el momento en que vengo á pedirle la mano de su hija Teresa.

Dichas estas palabras, Orlandi levantó su hermosa frente, altiva, donde se retrataba la persuasión de sus propios méritos y la gran confianza en su amor correspondido.

Por un instante, el señor Caccia no dió ninguna respuesta; parecía petrificado. En realidad, pensaba en los frecuentes paseos de Orlandi por la calle de San Francisco, en algunas alusiones bromistas oídas en el café, en las distracciones de Teresita; y si no se hubiese tenido á sí mismo un respeto sin límites, se hubiera dado á los demonios por no haber olido el asunto. Pero, cuidadoso del decoro más que de nada, se contuvo; y limitándose á enarcar las cejas con la más severa de sus miradas, dijo:

—Agradecidísimo por el honor..... pero..... su posición...

—No está asegurada—interrumpió fogosamente el joven—es verdad; sin embargo, aquel amor que me hizo superar los primeros obstáculos, me ayudará á vencer los demás, sólo con que usted quiera darme apoyo.

—¿Y qué apoyo?

Orlandi no se había imaginado, al prepararse para la conversación, que ese asunto resultase tan escabroso. Pensarlo no era nada; al querer manifestarlo con palabras, balbuceó:

—Si tuviese una pequeña suma para establecernos.....

—¡Ah! ¿Cuenta usted conmigo para eso? Mi hija no tiene dote. Tengo cuatro muchachas, caballero; y si hubiese de dar una dote á cada una de las cuatro, no le quedaría á mi hijo más recurso que hacerse peón del campo.

El recuerdo de su hijo acibaró más al señor Caccia. Púsose de pie, rojo y resoplando, decidido á cortar bruscamente la cuestión. Así, pues, añadió:

—No, mi hija no es para usted.

Orlandi, pálido de ira, había estado escuchándole sin poder dar crédito á sus propios oídos. Las últimas palabras le hirieron como flechas; dió un paso adelante, atrevido, resuelto, echando lumbre por los ojos, con las venas de la frente ligeramente hinchadas:

—Señor Caccia, amo á su hija y demostraré á usted que no me hace falta su dote. Si usted hubiese tenido un poco de confianza en mí, un poco de cariño á Teresita, más pronto seríamos felices. Así, es cuestión de tiempo, y por mi parte, tendré el placer de no deberle á usted nada. Hasta la vista.

Salió bruscamente, dejando estupefacto al recaudador.

La señora Soave fué la primera en recibir el contragolpe de la escena. Su marido la encontró en la alcoba conyugal, arrodillada ante el Niño Jesús de cera.

—¡De nadie puede fiarse uno en esta casa! ¡Tendré yo que estar con ojo en todo: negocios, economía doméstica, el hijo, las chicas!

—¿Qué tienes, Próspero?

Levantóse ella, un poco temblorosa, al ver que su marido echaba la llave á la puerta.

—¿Qué hay?

El señor Caccia permaneció callado un momento, hasta to-

mar una actitud severa, firme; y luego, con toda la majestad que pudo sobreponer á su cólera, dijo:

—¿Nunca se te ha ocurrido que Teresita cortejaba con alguien?

Un rubor de niña despavorida apareció y desapareció al punto en las mejillas de la señora Soave; la cual balbuceó, bajando los ojos:

—Ya sabes, las muchachas.

—¡Cómo!—interrumpió con voz atronadora el señor Caccia.—¿Debo oir estas cosas acerca de una hija mía? ¿Son estos los principios inculcados por mí? ¿Son estos los ejemplos dados?

—Quise decir..... No hay nada malo en eso. Teresita tiene cerca de veintitrés años; ya es tiempo de que se coloque.

—¡Y para colocarse coquetea con perdidos!

Al oir cosas tan gordas, la señora Soave se turbó y se puso otra vez á temblar, no teniendo ánimo para hacer frente á su marido, ó acaso desesperada por las acusaciones dirigidas contra Teresita.

—¿Cómo puedes hablar así de una muchacha tan buena?

La frase quedó entrecortada dos ó tres veces por sollozos, los cuales no conmovieron ni un ápice al señor Caccia, fijo en el principio de la inflexibilidad.

—Era una buena muchacha, ó por lo menos así lo creí, lo cual es ciertamente más exacto; porque una hija respetuosa nunca se hubiera atrevido á alentar, sin consejo de sus padres, el amor de un joven ocioso y vagabundo.

La señora Soave se tapó la cara con las manitas. Mil recuerdos lejanos, memorias de ilusiones desvanecidas, acudieron á hacerle más doloroso aquel momento. Nada sabía acerca de los amores de su hija por hecho ó por confidencias de ésta; pero lo veía revolotear por el aire, lo inducía por las miradas vagas de la joven; quizá la ilusionaba, en su ciego cariño de madre, en su ternura de mujer, á quien el amor hizo infeliz y que aún sonríe el amor. Ciertamente, no tuvo necesidad de

preguntar el nombre del novio de Teresita. La hermosa y simpática figura de Orlandi brilló en seguida como un relámpago en su pensamiento; y entonces fué cuando se tapó la cara con las manos, suspirando. Pero al ver que su marido callaba, tuvo el valor de añadir:

—Por último, ¿qué sucede?—con una vocecita dulce, conciliadora.

—Ese miserable de Orlandi ha venido á pedirme su mano.

—¿Conque la ama de veras?—exclamó ella alegre, pareciéndole justificada la pasión de su hija.

El señor Caccia se encogió de hombros con desdén:

—¿Qué saben de amor estos jovenzuelos sin ley ni fe, dedicados al placer, que pasan la vida en francachelas, olvidándose de los deberes más sagrados?

Por la mente tímida de la señora Soave cruzó como un relámpago la reflexión de que tampoco los hombres serios, majestuosos, rigidísimos, saben nada del amor y también olvidan algunos de sus deberes, si llega el caso. Pero no concretó este pensamiento, ni siquiera con la apariencia de una frase; exhaló un suspiro más largo, ahogándolo como tantos otros había ahogado en su existencia de mujer modesta y resignada. Cuanto que se atrevió á decir:

—Parece que ya es juicioso. Ha terminado los estudios, ha hecho las prácticas.....

—¿Y qué más?..... Además, no tiene un céntimo, no tiene profesión. Aguardando á que caigan clientes, quería comerse la dote de la mujer. ¡Bonito partido!

Quedó vencida por la evidencia del razonamiento. Según lo que de su cosecha añadió á ello el señor Caccia, arrastrado por una natural antipatía, la posición de Orlandi no era la más segura.

Por otra parte, acostumbrada á reconocer siempre y en todas ocasiones la superioridad de sú marido, persuadióse de que tenía razón en casi todo, salvo el caso de que Orlandi consiguiese con su talento hacer fortuna.

—Pero—replicó la señora Soave, sintiendo en el corazón toda la angustia de su hija,—si diese pruebas de conducirse verdaderamente bien, si obtuviese un empleo (¿qué sé yo?) un medio para crearse una posición honrosa, ¿no estarías dispuesto á anticipar algo á esa pobre niña?

—Bien se ve que no tienes idea práctica de la vida, una mujer de poco seso, capaz tan sólo de charlar.

—Mi dote.....

—Tu dote, dividida entre cinco, no daría el pan á ninguno. ¡Y tenemos el varón, el sostén de la familia! Por él debemos hacer sacrificios. Cuando seamos viejos, no es de las chicas de quienes podremos esperar ayuda. El varón lleva el apellido y el honor de los Caccia; no puedo abandonar su porvenir para dar á las hembras una dote que llevasen á unos extraños á nuestra casa.

La señora Soave no habló más del asunto. Estaba convencida, resignada; bajaba la cabeza ante la elocuencia de su marido, persuadida por una larga costumbre de que las mujeres deben ceder siempre.

Lo más triste fué cuando tuvo que explicarse con Teresita. La joven había leído ya su propia sentencia en el cejijunto rostro de su padre, el cual no se dignó decirle á ella nada. Pero cuando su mamá trató de apartar de aquel amor su pensamiento, mostrándole que no podría conducirla más que á graves sinsabores, prorrumpió Teresita en un llanto tan desesperado, y dijo estar tan firme en su decisión de casarse con Orlandi, que la señora Soave tuvo que reconocer por vez primera en su hija alguna semejanza con la energía y la firmeza del señor Caccia.

No podía agradarle tal descubrimiento en aquel instante, pues en seguida comprendió á qué choques llegarían los dos caracteres en lucha. Verdaderamente espantada, preguntó á Teresita si se atrevería á resistir á su padre.

Sin vacilar contestó la muchacha:

—¡Sí!

—¿A desobedecerle?

El *sí* no fué tan rápido esta vez.

—Lo que se llama desobedecerle..... creo que no..... pero resignarme tampoco.

—¡Hija mía,—gritó la pobre mujer, sollozando—no querrás causarnos á mí y á tu padre el dolor de casarte sin nuestra bendición!

Teresita la tranquilizó, diciéndole que no haría nada que fuese en deshonor ó para disgusto de la propia familia.

—¿Y entonces?

—Aguardaré.

Y para que esta palabra no pareciese convenida, añadió á escape:

—Orlandi me ama y yo tengo fe en él. Dentro de un año tendrá una posición tan brillante, que mi padre ya no podrá rechazarle por yerno.

La señora Soave creía soñar. Su hija hablaba con aplomo, con el acento de una voluntad inquebrantable. Mirábala y le parecía transfigurada, más alta, con las líneas del rostro dando á su fisonomía una expresión característica, habiendo perdido las exuberantes rotundidades de la primera juventud. Tenía en los ojos la seriedad pensativa de las mujeres que aman, y el fulgor de las que saben que las aman. Estaba en el máximo desarrollo de su belleza y de su fuerza.

—¡Dios te oiga y te bendiga!

No se le ocurrió á la madre otra cosa que decir. Después de haberla contemplado, se acercó á ella abrazándola, arreglándole los cabellos encima de la frente, como habría hecho con un niño pequeño, enternecida toda por aquella gran pasión.

La misma noche recibió Teresita una carta de Orlandi, en la cual el joven la juraba eterno amor.

Madre é hija lloraron al leerla.

XVI

Al prometer Orlandi á Teresita hacerla suya á despecho de todo obstáculo, no tenía un plan preconcebido. Obedecía al impulso natural de los jóvenes á quienes todo sonríe, y que están habituados á triunfar de todo.

Su amor por la joven no era una pasión de paladín ó de héroe; quizá no hubiera ido en busca de la muerte, pero la quería con absoluta sinceridad. La hubiera querido aunque fuese un hombre, aunque fuese una vieja, porque en ella amaba, sobre todas las cosas, la bondad afectuosa del corazón, la dulzura sonriente, la simplicidad. Siendo una joven, y no fea, la simpatía no podía recibir otro nombre sino el de amor.

Pero faltábale á ese amor la gran palanca, por la cual el hombre llega al grado máximo de la exaltación amorosa: la proximidad, la intimidad, la comunión de los sentidos.

Cuando le escribía que pensaba en ella todas las noches, antes de acostarse, era verdad, Orlandi no mentía. Después de un día alegre y de una noche aún más alegre; después de las estrepitosas conversaciones con sus amigos, de las cenas improvisadas, de las copiosas libaciones, de las mujeres complacientes y complacidas, Orlandi regresaba á su cuartito de soltero con los nervios satisfechos, con ideas alegres, con un bienestar por todo el cuerpo. Quitábase el sombrero, el gabán y todo; se arrebujaba debajo de las mantas, y en aquel momento de reposo y de soledad, á punto de salir del día para sumergirse en el gran limbo del sueño, enviaba un pensamiento á la joven ausente, y en seguida se dormía, de pronto, como un lirón.

También por la mañana, casi siempre, se le presentaba la imagen de Teresita á darle los buenos días. Recibía sus cartas

con placer; leíalas con atención un par de veces, sonriéndose, feliz por aquel amor intenso y candoroso que le hacía experimentar un júbilo diferente de los habituales. Exclamaba en alta voz: «¡Pobre Teresita!» Colocaba la última carta sobre las anteriores, en una cajita de madera de Sorrento, y se iba de casa.

Durante el día no tenía mucho tiempo para pensar en ella. Sucedíase sin interrupción el trabajo en el bufete del abogado Sandri, sin más distracciones que las bromas que se daban entre sí los jóvenes pasantes. Agrupados en número de cuatro en el hueco de la ventana, aun cuando tuviese cada uno su puesto separado, su gran recreo era la vecindad de dos guapas chicas, unas coquetas de marca mayor, que desde su balcón les tentaban continuamente.

Más tarde fué escogido por el abogado para las consultas verbales Orlandi, por su buena presencia y por su desenvoltura. Ausentábase así del despacho, recorría la ciudad y encontraba á cada paso á un amigo, saludando también en cada ventana á una carita conocida.

Entraba en el café, tomaba un *vermouth*, daba un vistazo á los periódicos, oía el reciente escándalo, la noticia recién llegada; olía el ramito de flores que la dueña tenía en el mostrador, diciéndola en voz baja algún requiebro. En el fondo, prefería esta vida ligera y variada á las costumbres sedentarias del bufete.

Sandri le hizo algunas observaciones.

Orlandi se encontraba á menudo en el café con los redactores de *El Presente*. Entablaban discusiones de arte y de política, leían las pruebas de imprenta, improvisaban un artículo en una esquina de la mesa. También Orlandi se puso á escribir por curiosidad, por jactancia, queriendo demostrar que en último término no es ninguna cosa del otro jueves eso de ser escritor.

Dejó de ir á comer á la fonda donde acostumbraba á hacerlo, y fuese á la del *Aguila* juntamente con los periodistas, cuya

sociedad cada día era más de su agrado. Sentíase nacido para las batallas de la pluma, para las emociones de la publicidad. Y además, amaba sobre todo la vida libre.

Las veladas de *El Aguila* se hicieron célebres. Orlandi atraía allí á todo el elemento joven de Parma, bueno y malo, ejerciendo sobre todos su influencia dominadora, su fogosidad persuasiva de tribuno improvisado. Con su elevada estatura, sobresaliendo su cabeza por encima de las demás, por su expresión varonil, su frente espaciosa y sus ojos relampagueantes, parecía haber nacido para el mando; y aquella bondad suya, negligente y alocada, aquella ausencia de cálculo, creábale las mayores simpatías.

En este período fué cuando pensó más en serio casarse con Teresita. El porvenir le abría nuevos horizontes; un ligero puntillo de ambición acrecentaba la firmeza de sus propósitos.

Escribió á la joven:

«He abandonado el bufete de Sandri y la carrera del foro. Tengo un proyecto grandioso; te lo comunicaré de viva voz. Estáte tranquila; todo va bien y yo te adoro como siempre.»

El proyecto era la fundación de un periódico político literario, independiente de todos los partidos, sin sujetarse á escuelas ni sectas. Debía proclamar siempre la verdad, á toda costa; ayudar á los débiles y desconocidos, despreciar á los poderosos, desenmascarar á los bribones.

Orlandi eataba entusiasmado con su programa. Todo lo bueno que en él había, corazón y talento, quería consagrarlo á esta obra. Ya no se diría que era un haragán; sonreíase pensando en que aquel trabajo no le costaba ningún sacrificio, y que le era posible hacer bien sin abdicar de su propia libertad ni aburrirse soberanamente.

Entre las plácidas perspectivas del porvenir, no faltaba la sorpresa que el señor Caccia mostraría cuando, al pedirle por segunda vez Orlandi la mano de Teresita, le echase en rostro como un reto su título de director de un periódico.

Pero, en honor de Egidio, precisa decir que su gozo más

delicado y más íntimamente querido era el de pensar en la felicidad de Teresita. Como todos los seres fuertes y buenos, amaba la debilidad y hacíase un deber de protegerla.

La vida que llevaba la joven le parecía tan mísera, que debía ser para él suma ventura el poderla cambiar. Este convencimiento explica la frase compasiva que pronunciaba á menudo: «¡Pobre Teresita!»

En el amor del joven calaba poco la pasión absorbente: no tenía necesidad de aquella muchacha para ser feliz, pero veía en ella un complemento para su felicidad. No la deseaba ardientemente, con premura, con la avidez de un sediento; él no tenía sed, la guardaba en depósito más bien.

Era justo. Comprendía la enorme diferencia que hay entre el amor de un hombre y el amor de una muchacha; cómo es todo placer y conquista para el primero, y la mayor parte de las veces no hay más que tormento para la segunda. ¿Qué le hemos de hacer? No podía cambiar el orden de la sociedad y no había nacido para los heroismos solitarios. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de negarse á sí mismo lo que ella no podía tener.

Por otra parte, las mujeres nacen con espíritu de sacrificio. Todo lo que podía hacer por Teresita, era casarse con ella cuando las circunstancias se lo permitiesen.

En los últimos días del año le escribió:

«Tengo que ir á Milán. Esperaba llegarme antes ahí para saludarte, pero no me es posible. Los negocios van viento en popa, por lo menos en cuanto á promesas. A mi vuelta podré decirte algo positivo. Estaré ausente ocho días ó diez, según las circunstancias. Escríbeme á la lista de correos. Te amo y pienso en tí continuamente.»

Teresita asistió á los funerales de la Caliope. La chiflada había muerto de repente y de un modo misterioso, como vivió.

En la mañana de la Epifanía la encontraron echada en la cama, vestida, con el pañuelito amarillo puesto á la cabeza y con la fisonomía tranquila. Estaba fría como el hielo. El doc-

tor Tavecchia declaró que un síncope había determinado la muerte, pues la pobre mujer llevaba ya mucho tiempo padeciendo del corazón.

A la conducción del cadáver habia concurrido todo el vecindario, hasta aquellos que nunca habían visto á la Caliope y sólo de nombre la conocían.

Pero como no había parientes que presidiesen la ceremonia, hubo un poco de barullo. Todos entraban y salían á su antojo.

—Mamá, ven tú también—dijo Teresita.

La señora Soave nunca salía de casa. Sólo el pensamiento de tener que quitarse de los hombros el chal de color de ceniza, la espantaba. Además, padecía mil achaques: la mucha gente dábale dolor de cabeza; las emociones, la abatían; también temía á los vértigos.

Teresita cruzó la calle con su fiel amiga la jueza.

—¿Vamos á ver su cuarto?

—Pero, ¿se puede?

—Bien ves que también los demás entran.

Cuchicheábase muy quedo. ¿Cuántos años tenía la difunta? Cincuenta, sesenta, cuarenta y cinco. ¿Había hecho testamento? Sí; no. ¿Dejaba algo para los pobres? No. ¿Al asilo de huérfanas? No. ¿Dotes para doncellas casaderas? Tampoco. Todo el producto de la venta de sus bienes tenía que remitirse á Francia, á una dirección que sólo el Notario conocía.

La antigua historia salió á relucir de nuevo. El doctor Tavecchia repitió que la Caliope, á la edad de veinte años, era bella como una diosa. Se susurró el nombre de la condesa, que la había criado como hija, y díjose que era hija suya de verdad. Ninguno había conocido al oficial francés, pero hablaron de él largo y tendido, con la simpática curiosidad que despiertan las historias de amoríos, cuando el tiempo ha disipado todos los celos y todas las envidias.

La cama mortuoria, vacía, cubierta con una sábana, estaba frente á la ventana. La cabecera, apoyada en la pared, te-

nía encima un cuadro sagrado, pintura más antigua que bella, y debajo de él, en una repisita de madera negra, tres flores campestres, atadas juntas, yacían como una reliquia.

—Creí que era más pequeña esta casa. ¡Qué habitaciones tan espaciosas!

La jueza alzaba los ojos para mirar los escondrijos; Teresita, en cambio, miraba las tres florecillas secas.

—Vaya, ¿qué hay de interesante ahí? ¿Qué miras?

—Aquellas flores. Me producen una melancolía extraña. ¡Si pudiesen hablar!

—Es cierto, ¡si pudiesen hablar!

Teresita no dijo más, pero pensó: «¡Cuántas memorias! Hermosas y frescas un día de primavera, acaso las cogiese para adorno de su persona; arrebatadas quizá, ó mejor, cogidas por ambos juntos.....»

Entróla grandísima tentación de apoderarse de ellas y llevárselas consigo. ¡Quién sabe en qué manos caerían!

—Pues señor, acabóse todo—dijo la jueza.—Sólo Dios sabe si la pobre mujer fué más cuerda ó más loca que nosotras.

Teresita comprendió que no podía resistir á la tentación. Parecíale que la muerta, desde el fondo de la caja donde estaban cubriéndola de flores frescas, gemía pidiendo sus florecillas marchitas.

Descolgó la repisa, y, sin que la viesen, la deslizó bajo la tapa del cestito.

—¿Lágrimas ahora? ¡Quita allá!

Lloraba de veras, conmovidas todas sus fibras, exaltada por la historia de la Caliope, preguntándose á sí misma si concluiría también así su amor.

Se dirigieron á la iglesia de San Francisco, la cual en seguida se llenó de gente.

Todos los vecinos de la calle estaban allí: los niños de la jueza, juntamente con las gemelas de Caccia; la señora de Portalupi, con la última hija soltera; la vieja Tisbe, que nunca se

moría, como si hubiese hecho pacto con el demonio. Hasta D. Juan Boccabadati apareció un momento en el quicio de la puerta de la iglesia, lánguido, llevando fajada de mala gana la barriga, que comenzaba á pesarle.

—Tengo frío—murmuró Teresita.

—Hace mal día—respondió la jueza, metiendo las manos en el manguito.

—¿Quieres que vayamos hasta el cementerio?

—Haz lo que te parezca. Mejor será.

Después del oficio fúnebre, el cortejo se puso en fila: delante el coche, después el clero, luego las mujeres y, por último, algunos hombres.

Corría un viento fresco de Poniente.

—Quiere nevar.

—Témome que sí.

No dijeron más en todo el camino, presa ambas del frío y de la tristeza, con los velos echados á la cara y medio cerrando los ojos.

Pocos fueron los que llegaron al camposanto; formóse un pequeño círculo en derredor de la fosa recién cavada, donde bajaron despacio el ataud.

—Los muertos ya no sufren—dijo Teresita, volviendo la cabeza á otro lado.

—No. Es un consuelo.

—Ya no sufren, pero tal vez sientan aún.....

—Eso es absurdo.

La jueza dijo estas palabras distraidamente, pensando en sus niños, que se habían vuelto atrás.

Siguió largo silencio. Las dos amigas desanduvieron el camino. De pronto Teresita suspiró tan dolorosamente por debajo del velo, que la jueza comprendió al punto á dónde iba aquel suspiro.

—¿Hace mucho que no tienes noticias?

—¡Diez días! Son muchos, ¿no es verdad?—exclamó Teresita, escuchando con tristeza el sonido de su propia voz, pa-

reciéndole que los «diez días» pronunciados fuerte duplicaban su longitud.

—No sabría decirte si son muchos; todo es relativo.....

—Ha ido á Milán.

—Entonces, se comprende.

—Pues no; eso no es una razón. Tanto puede escribirme desde Milán, como desde Parma.

—Si ha ido á negocios.....

—De seguro. Tiene en la cabeza todos aquellos proyectos.....

Pasó un sacerdote alto, bien vestido, con medias de color de violeta y zapatos relucientes, adornados con gruesas hebillas de plata. La jueza dió un codazo á Teresita, diciéndole en voz baja:

—Es Su Ilustrísima.

La joven le dirigió una mirada indiferente.

De allí á poco encontraron á la señora de Luzzi, con un sombrero caprichoso, hecho de tela de oro.

—¡Mira!—exclamó la jueza.

Pero la joven ni siquiera volvió la cabeza esta vez. Entonces su amiga reanudó el interrumpido discurso.

—¿No ha notado tu padre que seguís carteándoos?

—¡Pobre de mí, si lo supiese!

—Pero, ¿y mamá?....

—¡Oh! á mamá se lo cuento todo.

—Haces bien—dijo sentenciosamente la jueza.—¿Y sabes por qué te compadece tu mamá? Porque es mujer. Sólo las mujeres comprenden el amor.

—También los hombres aman.

—Sí..... á su manera; pero nunca como las mujeres.

Empezaba á nevar. Del cielo, todo gris, caían copos blanquísimos, no muy anchos, espesos, casi como agujas.

—¡Dios mío, que día tan malo!

—En casa nos calentaremos.

Teresita meneó la cabeza, como si estuviese convencida de

que ya no podría entrar en calor nunca. Tenía frío en el alma; sentía una tristeza invencible, cada vez mayor, cual un veneno que circulase poco á poco con su sangre.

—¿Qué hará ahora? ¿Pensará en mí? ¿Estará triste como yo?—así suspiraba con la boca ahogada por el velo, opresa por una irresistible necesidad de amor.

En la desembocadura de la calle de San Francisco encontraron al cartero; llevaba una carta para Teresita.

—Alégrate—exclamó la jueza;—ahora ya no tendrás frío.

Las dos amigas se separaron sin saludarse casi; una corría á ver á sus hijos, la otra á leer la carta.

«No te he escrito antes y no por mi culpa, créelo. Apenas vine me vi engolfado en un maremagnum de negocios y diversiones, de placeres y aburrimientos que no me dejaron un instante libre. No puedes formarte idea de la vida periodística, como no puedes formártela de Milán. He adquirido un montón de relaciones; he encontrado compatriotas, amigos, condiscípulos de la Universidad. Todas las noches voy al teatro. En el de la *Scala* hay uu espectáculo estupendo: la Wrozlinger es la mejor *prima donna* que he oído en mi vida. El baile es también de mucho aparato. En resumen: estoy en éxtasis como un verdadero provinciano.

»En vez de una semana, prolongaré aquí mi estancia todo el mes de Enero. Han ocurrido cambios que no puedo explicarte por carta; modifico mis proyectos relativos á la fundación de un periódico. Personas competentes me lo han quitado de la cabeza, á lo menos por ahora. Sin embargo, no renuncio á la carrera de publicista; mi porvenir está aquí. Quisiera decirte mil ternezas, pero en este momento me veo interrumpido. Mañana, cuando recibas estas líneas, estaré de convite en casa de la condesa Bernini, pariente de los Arese.»

No había nada más. Por más vueltas y revueltas que daba al papel por todas partes Teresita, Egidio no había escrito la palabra de amor que ella buscaba. Egidio se divertía, Egidio era feliz.....

Duplicóse su tristeza, sintió todo el horror del aislamiento. Aquellos amigos, aquellos teatros, aquellos bailes le robaban su enamorado; y por más que la envidia le pareciese egoista, tuvo envidia de todas aquellas personas que le veían, que hablaban con él, que saboreaban lo delicioso de sus miradas y sonrisas, que le robaban su tiempo, sus pensamientos, su vida.

¿Qué valía su ardiente amor? ¿Qué valían cuatro años de pensamientos no interrumpidos, de locos afanes, de esperas agonizantes, de insomnios, de tormentos, de continuo martirio? Allí estaba sola para llorar, sola para sufrir.

Miró la nieve que seguía cayendo lentamente y le pareció que la envolvía toda con un manto de hielo. Estremecióse, y un vago deseo de muerte cruzó por su cerebro, juntamente con el recuerdo de la pobre mujer á quien acababan de enterrar.

Luego se echó sobre la carta, estrechándola apasionadamente, con los ojos llenos de lágrimas, estallando su corazón entre amoroso y dolorido, murmurando con sollozos:

—¡Egidio, Egidio, Egidio!.....

XVII

El señor Caccia, después de haber visto el entierro de lejos, volvíase á su casa arrimado á las paredes, para evitar la nieve.

Al revolver una esquina se encontró frente á Su Ilustrísima, á quien se apresuró á saludar con un profundo sombrerazo. Pero, con grande asombro suyo, el abad mitrado se detuvo.

—Mi querido señor Caccia, ¡qué fortuna poderle encontrar!

—Su Ilustrísima me confunde; yo soy quien.....

—¿Está buena la familia?

—Muy bien, gracias á Dios.

—¿Y el jovencito?

—Está en Parma, estudiando el último año de leyes.

Mientras andaban, el abad había tomado por su calle, y el recaudador le seguía humildemente, llevando la izquierda, muy hueco con el honor que en público recibía.

—¿Y su señora?

—Así, así; delicada siempre.....

—¡Qué buena mujer! ¿Y las niñas?

—Creciendo mucho, señor.

Estaban delante de la casa del prelado. Con un gesto gracioso é imperativo, Su Ilustrísima invitó al señor Caccia á que entrase.

El mayordomo, con el gorro de piel, los introdujo en un salón espacioso, casi desnudo, donde los muebles se perdían entre uno y otro balcón, bajo los retratos que presidían majestuosos en sus marcos ahumados: retratos de sacerdotes ascéticos, con las mejillas hundidas y la barba en punta; retratos de clérigos coloradotes, gordos, lustrosos, con papadas cayéndoles sobre el alzacuellos; ojillos picarescos de augures que no creen; pupilas llenas de mansedumbre, de siervos del Señor de buena fe; la colección completa de los abades mitrados predecesores de Su Ilustrísima.

—Está un poco fría esta sala.....

El recaudador se devanaba los sesos por adivinar el secreto móvil del prelado; pero éste no le dejó pensar mucho tiempo; y, modulando la voz con un *allegretto* lleno de desenfado, le preguntó de sopetón:

—Y á su hija, la mayor, ¿cuándo la casamos?

El señor Caccia, confundido, no supo al pronto qué responder. Esperaba cualquiera otra cosa. Entonces tomó Su Ilustrísima otra vez la palabra:

—Parece una indiscreción, pero no lo es..... Créalo, carísimo señor: estamos en nuestra esfera, siendo Nos también padre; y el honor y la felicidad de nuestras hijas en Jesucristo nos importan más que la vida.

—Se lo agradezco á Su Ilustrísima—dijo el recaudador, re-

soplando, rojo ya, con las cejas enarcadas, pero haciendo alarde de la mayor dignidad;—la felicidad de mi hija está bien colocada entre su madre y yo. En cuanto al honor, en nuestra familia.....

No pudo proseguir; se ahogaba. El prelado, sonriéndose, con aspecto melifluo, con el más perfecto aplomo, prosiguió;

—¡Dios me libre! señor Caccia; tengo á su familia una consideración sin límites. Le ruego que no me comprenda mal. Acontece á menudo que las personas directamente interesadas en un asunto no pueden medir su alcance y sus consecuencias. ¿Me permite usted explicarme mejor?

—Eso es lo que deseo.

—Todo el vecindario habla de las relaciones de su hija con el abogado Orlandi. Sábese que el año pasado la pidió por esposa Orlandi y que usted se la negó. Pero, ¿por qué continúa la gresca? ¿Por qué permite usted que su buena y honrada hija disipe los mejores años, el corazón, la reputación, todo afecto lozano del alma en unos amoríos vanos, sin fundamento para el porvenir?..... ¿A qué me meto yo en eso? Tentaciones le dan á usted de preguntarme con qué derecho me hago juez de asuntos ajenos. Pero la religión que profesamos, nos obliga á las misiones más espinosas. ¿Puedo ver á un hermano al borde del abismo, y no avisarle y no procurar apartarle de él, por la sencilla razón de que no me conoce?

El señor Caccia se pasaba el pañuelo por la frente, bañada en sudor. Todos los defectos de aquel hombre, la vanidad, la incapacidad, la terquedad presuntuosa, se unían á su única virtud, el honor, para convertir aquel momento en uno de los más tristes de su vida.

Al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, con ademán noble y sereno, dijo:

—Mi hija.....

Su Ilustrísima le interrumpió en el acto, apretándole la mano que había extendido casi en forma de juramento solemne:

—¡Ni una palabra en defensa de la muchacha! ¿Quién no la conoce? ¿Quién se atrevería á arrojarla la piedra? La cuestión se reduce á un dilema sencillísimo. O usted consiente en la boda, y hagámosla lo antes posible, ó no da su consentimiento, y entonces, por caridad hacia el prójimo y cumpliendo mi deber de padre de almas, le suplico que suprima ese escándalo.

—En lo que de mí depende.....

—Si á usted le parece, haré también hablar al joven; eso, en el caso de que usted no tenga por mejor el consentir.....

—¡Jamás!

Con este adverbio de negación, en que desahogaba un poco de su cólera, el recaudador recobró el aliento. Pronunciando un «¡jamás!» con tanta resolución, sentíase rehabilitado á sus propios ojos; le parecía un acto público, que afirmaba su autoridad de padre de familia, una garantía para la felicidad de su hija, una satisfacción á Su Ilustrísima, y, sobre todo, una justa venganza contra Orlandi, á quien aborrecía cada vez más. Repitió con gran convencimiento:

—¡Jamás!

—Mi derecho termina en suprimir el escándalo; no está en mí juzgar si tiene usted razón ó sinrazón al oponerse á esa boda; pero *inter nos*, como amigo, me congratulo por ello. Ese Orlandi es un libertinillo; ahora se ha metido en la política y en el periodismo... cosas que nunca se sabe á dónde conducirán.

Vióse muy lisonjeado el señor Caccia de que Su Ilustrísima pensase como él acerca de Orlandi. Herido así en su flaco, ahogó con una profunda inclinación un restillo de ira y despidióse, seguido hasta la puerta por los cumplimientos que el abad le recitaba con voz meliflua é insinuante.

Pero una vez fuera, libre de trabas, suprimida la fascinación de la superioridad, el recaudador sintió de nuevo hervirle la sangre. ¡Con que su familia había dado ocasión á murmuraciones! ¡Con que, á pesar de su hondo respeto del decoro,

había permitido un acto, una sola palabra que pudiera ofrecer un lado débil á la maledicencía! En su mente limitada refulgía como faro conductor un solo ideal: el honor del apellido; y á éste había sacrificado siempre todas las demás consideraciones.

¿Y ahora? Por culpa de Teresita, veíase envuelto en una red de bachillerías enojosas y humillantes. ¿Qué diría la gente? Al pensar qué diría la gente, el señor Caccia ya no se contuvo.

Verdad que unos veinte años atrás no había tenido muy en cuenta el parecer de la gente en unos asuntillos particulares suyos, en los cuales *un hombre nunca pierde nada*. ¡Pero una mujer! Para las mujeres ¡ah! es diferente la cuestión. El señor Caccia tenía por artículo de fe esta diferencia. Cuando un hombre no roba, no miente, no hace traición, ¡basta! Todo lo demás le es lícito. A la mujer se la exigen otras cosas más.

—¡Demontre—murmuraba, abrigándose con el gabán;—tendría que ver que yo no fuese el amo en mi casa! Una chiquilla tontuela se permite resistirme, ¿y dejaré que nuestro nombre sirva de entretenimiento á los desocupados?

Un granujilla cruzó la calle cantando:

Mira el amor,
Qué cosas me hace hacer.

El señor Caccia se volvió con rabia, como si le hubiese mordido una víbora.

—Estas cancionuchas son las que hacen perder la cabeza á las muchachas—pensó.

Al llegar á su casa no le fué posible preparar un discurso; tuvo que desahogar la bilis, y el arrebato fué tan violento que la señora Soave se desmayó. Así que acomodaron en su cama á la pobre mujer, con un puñadito de manzanilla tostada en la boca del estómago, el recaudador llamó aparte á Teresita y dirigióla las más terribles amenazas.

Le dijo que era el oprobio de la familia, deshonra de sus canas; que si se empeñaba en seguir con esos amoríos, iba á

acortarle la vida; que por su causa perdían la reputación sus inocentes hermanas; y un montón de cosas más, capaces de poner carne de gallina, dichas todas ellas con acento sincero, con una indignación verdaderamente sentida; de suerte que la muchacha, con la cabeza baja, estaba como la mayor culpable, sin atreverse ni aun á llorar.

También ella había crecido educada en aquel prejuicio de pudor que rodea á las mujeres y en virtud del cual todas se avergüenzan del amor, admitiéndolo como una abstracción, pero nunca en la realidad.

Una joven se enternece con el beso de Julieta y de Romeo, porque está lejos, porque está escrito ó pintado; pero no se atrevería á confesar que su novio la ha besado, y está pronta á escandalizarse si una amiga parlanchina le confiesa haber besado al suyo. Todo esto sin hipocresía, sólo por la continua lucha en que se ve entre la naturaleza y la sociedad: la sociedad que le dice «rehusa», la naturaleza que le grita «acepta».

Teresita se hubiera muerto de vergüenza si alguno hubiese podido leer en su alma hasta qué punto amaba. Tenía el convencimiento de amar demasiado, bastante más de lo permitido por la religión y por el pudor femenino: era un gran pecado, del cual se acusaba ante Dios. Oyendo las graves palabras de su padre, creyóse perdida sin remisión.

Era como si la hubiesen sorprendido desnuda: un vituperio, una vergüenza indeleble.

No dijo una palabra, no se defendió, no suplicó. Cuando su padre quiso hacerla jurar que nunca volvería á pensar más en Orlandi, doblóse toda sobre sí misma cual caña derribada por tierra, en un completo anonadamiento, y su respuesta se perdió entre sollozos.

Pero, después, ¡qué horas, qué días, qué semanas siguieron á aquel terrible momento!

No se atrevía á mirar de frente á su padre, y ni siquiera á sus hermanas, las cuales habían adquirido una prosopopeya de personas á quienes nada puede reprenderse.

Sólo á su madre podía Teresita volver los ojos llenos de lágrimas, sin encontrar en los de aquélla una acusación.

¡Qué largos silencios penosos en la sala de la planta baja! ¡Qué tormento, renovado todos los días, cuando la familia estaba junta en la mesa y el dueño de la casa, con el entrecejo aun más serio de lo habitual, presidía como un juez!

Ya nada sonreía á Teresita en el obscuro saloncillo: ni la ventana, donde le estaba prohibido asomarse, desde donde ya no había de oir los pasos de Egidio; ni el reloj, en el cual había contado estremeciéndose sus horas felices. Una tristeza sin nombre pesaba sobre ella como plomo; todos los objetos que la rodeaban, todos los muebles, todo tenía impresas las huellas del pasado. Acá había leído á hurtadillas una carta; allá había pensado, llorado, suspirado de amor. Y los recuerdos estaban recientes, calientes todavía.

Los improperios de su padre, los ruegos de su mamá, la idea de verse señalada con el dedo como una sinvergüenza, de no poder alzar la frente sin rubor, todo esto habíala impresionado muchísimo. Comprendía no poder sobrellevar aquella vida, y la última carta de Orlandi le ayudaba en el propósito de olvidar.

¿Qué iba á olvidar? ¿Las embriagueces? ¡Habían sido tan vivas! ¿Los anhelos? ¡Quedaron tan compensados! ¿Las dudas, las espectativas, los dolores? ¡Cada uno de ellos había remachado la cadena! ¿Se dan al olvido cinco años de la propia existencia?

Exhortada por la madre, aconsejada por la amiga, habíale escrito que ya no pensase más en ella; que no estaban destinados el uno al otro; que su familia se oponía; que no le escribiese más ni tratase de volverla á ver.

Echada la carta, parecióle un sueño.

Aguardaba verle presentarse de un momento á otro. Por la noche soñaba que su padre consentía la boda y que Orlandi, riquísimo, millonario, venía á pedirla con asombro y sorpresa de todo el mundo.

Algunas veces, después de un día de tormentos y de tedio indescriptible, después de haber llorado en silencio sobre las camisas que cosía, Teresita se acostaba cansada, dándole nauseas la vida. Llamaba al sueño, único bien que le quedaba; prometíase hallar el olvido en el sueño. Pero, al despertarse por la mañana, la primera impresión era la de su amor perdido; y le entraba tal desesperación que le parecía imposible repetir un día como el transcurrido.

Sin embargo, reanudaba su monótona existencia habitual, en la inenarrable monotonía de la vida femenil, arrastrando de aposento en aposento su tristeza, asombrada de tener tanta pasividad en medio de tanto dolor.

¿Qué podía hacer? ¿Rebelarse contra su padre, hacer morir de pena á su angelical mamá, romper todas las tradiciones de la familia, faltar á los deberes de hija obediente y sumisa?

La esclavitud le oprimía por todos lados. Cariño, costumbres, religión, sociedad, ejemplos, cada cosa le imponía su propio yugo. Veía la felicidad y no podía alcanzarla. ¿Era libre acaso? Una doncella nunca es libre; ni siquiera se le concede la libertad de manifestar sus sufrimientos. Debía disimularlos con su madre por amor, con su padre por miedo, con sus hermanas por vergüenza.

Peor era cuando salía á la calle. Observábanla como á un bicho raro, parándose á pié firme. Todas las que le envidiaron la conquista de Orlandi, se vengaban riéndose de ella en su cara, en son de zumba. Las personas más prudentes cuchicheaban al oído. Mirábanla los hombres á los ojos, con atrevimiento.

Ninguno de aquellos curiosos consideraba en serio el amor. Inclinábanse á encontrar en él la parte alegre, las bobadas, las ridiculeces, las chanzas obscenas. En verdad, el amor es un drama para quien lo recita y un sainete para quien lo presencia.

Yendo detrás de dos mocetes, sorprendió Teresita este

fragmento de diálogo, comprendiendo que lo decían por ella:

—...y por aquella simpleza...

—Es una tonta.

—Hablo de él.

—¡Oh! él se arrepiente.

Y en seguida una carcajada.

En medio de su dolor, Teresita presentía algo ridículo, pero una ridiculez inaccesible á su análisis; como ya lo había experimentado otras veces, notaba su aislamiento, unida al mundo sólo por intermedio de la familia, y que en derredor había como una densa niebla.

Asemejábase también á aquellos que no frecuentan de niños todas las clases; quienes, al tocarse cierto punto, advierten de pronto que les falta base, por haber en sus estudios una laguna.

Esta desconfianza le humillaba más que nunca, ahora que se veía en el apogeo de su desarrollo de mujer; y la irrisoria compasión demostrada por alguien le quemaba el rostro como si la abofeteasen.

Las gemelas, que se habían hecho dos chicarronas vistosas, ostentaban con cierta insolencia sus diecisiete años, considerando á la hermana mayor destinada ya á quedarse solterona. Y, de hecho, la pequeña estatura de Teresa, su rostro pálido y tranquilo, eran á propósito para eclipsarla entre aquellos dos colosos que habían heredado del padre el color subido y las fornidas espaldas.

Comenzaba para Teresita una nueva serie de pequeñas mortificaciones, de alfilerazos lentos, casi invisibles, que rasguñaban la vanidad mujeril y penetraban dentro de su corazón, mordiéndola con el veneno de la ingratitud, dejándole un desaliento y un desconsuelo de todas las cosas.

El gran resorte del organismo femenino, la necesidad de agradar, había perdido su elasticidad. ¡Agradar! ¿A quién? Todo el mundo le era indiferente. No admitía, ni aun como hipótesis remota, que ella pudiese amar á otro.

Hay mujeres que se equivocan en el primer encuentro y se corrigen después; pero ella sentía que Egidio era la mitad de su alma. Alguno hubiera podido interesarle antes; ahora, imposible.

Veía llegar la muerte: una muerte precedida por el anonadamiento de todas las facultades, una muerte libertadora. Visitábala á menudo el recuerdo de la Caliope; le parecía que debajo de tierra debe de estarse en paz.

XVIII

La tristeza de Teresita continuaba tan muda, pero honda, que en los últimos días de Carnaval el señor Caccia, rompiendo con los hábitos austeros de su casa, permitió que sus hijas fuesen al baile de máscaras que se daba en el teatro.

En su intención de hombre brusco, pero no malo, el beneficio debía ser para la pobre afligida; pero, sea por disimular su propósito, sea porque las gemelas tuviesen ya una edad digna de tenerse en cuenta, también fueron invitadas á prepararse para el baile. Hiciéronlo con un entusiasmo del que Teresita no podía ya participar.

Miraba con ojos indiferentes los vestidos estivales de color de rosa, cuyas guarniciones renovaban las gemelas. También tenía ella traje de color de rosa, pero tuvo repugnancia en ponérselo; parecíale ser demasiado vieja y fea, y que contrastaba en extremo con sus pensamientos.

Pocas horas antes le entraron tantas ganas de llorar, que manifestó el deseo de quedarse en casa.

El señor Caccia dijo que, de quedarse ella, también debían privarse de la diversión las hermanas.

Teresita consintió entonces, ahogando un suspiro.

No había vuelto al teatro desde la noche en que oyó *Ri-*

goletto; y volviendo á su memoria las impresiones de aquella ópera, sintió oprimírsele el corazón. Cantaba interiormente el aria *Tutte le feste al tempio,* pensando en Orlandi...

Atravesó la puerta del teatro con lágrimas en los ojos.

Sentada en el palco detrás de las gemelas (no quiso ponerse en la delantera), aún tenía la mente ocupada en Orlandi.

¿Qué haría ahora? Quizá estaba divertiéndose en Parma; quizá en la *Scala* de Milán, aplaudiendo á aquella *prima donna* tan guapa. ¿Se acordaba de ella? ¿Se habría consolado ya? En dos meses no había dado señales de vida.

—Mira á aquellas chicas con los brazos desnudos: son las de Ridolfi. Su padre ha comprado la casa de la Caliope. Van á ser vecinas nuestras.

—Don Juan las está mirando con los gemelos.

—Puede contemplarlas á su sabor: ya no hace sombra á nadie. Paréceme imposible que haya sido un joven guapo; tiene cara de canónigo.

—¿Quién es aquel que está allí, de bigotito corto, bastante más corto que su nariz?

—¿Junto á Luminelli?

—Sí.

—Debe de ser hermano suyo.

—¿Cómo has conseguido saberlo?

—Lo he oído decir; además, se le parece.

Teresita oía la cháchara de las gemelas, pero no tomaba parte en ella, no escuchaba nada ni veía á nadie. Abandonábase sin resistencia á la melancolía, pareciéndole también lo mejor que podía hacer.

Mirando á la platea sin fijarse, veía á Luminelli, de quien pudo haber sido mujer y que no se había casado. Si ella lo hubiese admitido cuando la jueza se lo propuso, iría ahora del brazo con él, comerían juntos, dormirían juntos, le daría muchos besos y abrazos muy apretados. La idea de abrazar á Luminelli le puso un nudo en la garganta; se volvió hacia el

fondo del palco, con la cabeza apoyada en la pared. Sentía otra vez ardientes los besos de Orlandi en los labios.

Las máscaras comenzaban á apiñarse, serias y acompasadas, conociéndoselas bajo el adornado traje. Las gemelas se divertían en adivinar quiénes eran.

—Aquél de allá es el farmacéutico.

—¿Así lo crees?

—Sin duda ninguna. ¿No ves cómo se contonea y lleva separados los codos?

—Entonces, aquel dominó celeste que parece su sombra ¿es la Gigia?

—Es natural.

—Cuando se va de máscara debiera disfrazarse mejor.

—Es difícil; aquí nos conocemos todos.

A quienes nadie conocía era á cuatro jóvenes disfrazados con el elegante traje de caballeros venecianos, los cuales habían invadido el palco escénico con unos bríos de mil demonios. Forasteros, indudablemente; pero, ¿quiénes eran?

Las gemelas bajaron á bailar; Luminelli, el menor, se manifestaba muy asiduo para con una de ellas.

—¿Qué hace aquel joven?

Así preguntó el señor Caccia, escamado; porque desde lo que pasó con Teresita, no tenía ojos sino para descubrir novios de sus hijas.

El teniente de la Guardia civil satisfizo plenamente su curiosidad, diciéndole que era un catedrático, como su hermano, y persona recomendabilísima.

Después de haber dado varias vueltas con las gemelas, el joven profesor insistió en bailar con Teresita.

«Tiene delicadeza», pensó el Sr. Caccia; y como Teresita rehusase, obligóla á que aceptara á lo menos una vuelta, para no dar que decir á la gente.

Bajaron del brazo, despacio, en una recíproca y completa indiferencia: él procurando abrir camino en medio de las máscaras; ella aburrida, contrariada, sin esperar del baile ningún

goce, pensando que ¡estaría tan bien sola, en la camita, donde al menos descansaría!

—¿Saltado ó corrido?—preguntó Luminelli, apoyando la punta de los dedos en la espalda de Teresa.

—Como usted guste.

Dieron media vuelta por el salón, tropezando, pisándose los pies mutuamente, sin conseguir ponerse nunca de acuerdo, á compás.

—¿Probamos á saltar?

—Ya he dicho á usted que como guste.

Una comparsa de *Pierrots* los empujó echándoles contra la pared; por poco si se caen. Acabándosele la paciencia á Teresita, sintiendo ir en aumento la displicencia y la irritación que el gentío le producía, retiró la mano del hombro de su pareja y estuvo á pique de decirle: «Estoy cansada».

En aquel momento, uno de los cuatro venecianos, de capa corta, la cogió con presteza por la cintura. Luminelli, poco práctico, aturdido, creyó que ella misma se había soltado para bailar con la máscara; y no teniendo ningún motivo para deplorarlo, quedóse mirándolos y pensando que ellos dos nunca hubieran ido de acuerdo para bailar á compás.

Antes de que Teresita pudiese decir una sola palabra, el apasionado apretón de su raptor le reveló quién era.

Entre el gentío, valsando hábilmente, pudo seguir estrechándola contra su pecho, en un abrazo vertiginoso. A través de la capucha del dominó, su boca rozaba los cabellos de la joven.

—Necesito hablarte, no me digas que no. Estate al amanecer en el fondo de tu jardín.

Pocos minutos después, acompañando Luminelli al palco á su pareja, el caballero veneciano se inclinó profundamente, dió las gracias y desapareció entre la multitud.

Teresita no había abierto la boca; agarróse al brazo de Luminelli como si tuviese un deslumbramiento; y cuando éste le preguntó si quería continuar el baile, contestó negativa-

mente con la cabeza. Luminelli, con un suspiro como de aquel que se quita de encima un peso, volvió á dejarla en el palco.

Las gemelas la miraron con sorpresa. Su padre le preguntó si se sentía mal. En cuanto á ella, siempre incapaz para hablar, meneaba la cabeza, fijando en el vacío los ojos vidriosos.

—Se ve que no te prueba bien el baile—dijo el señor Caccia.

El incidente de la máscara había sido tan breve, tan rápido, que nadie lo echó de ver. Luminelli, cogiendo de la mano á la gemela de su gusto, volvió al palco escénico para dar mejor prueba de su habilidad.

—Ya será tiempo de retirarse; es la hora—anunció el señor Caccia, mirando su antiguo cilindro de oro.

—¡Oh, sí; volvámonos á casa!

Tales fueron las primeras palabras dichas por Teresita, al salir de su estupor. No le parecía verdad al verse fuera de aquella muchedumbre. La primera bocanada de aire puro le devolvió todo su vigor, produciéndole una necesidad de movimiento, se puso á correr á lo largo de las paredes, con la cabeza erguida, para sentir en la cara el fresco de la noche.

—¡Qué prisas!—dijo una de las gemelas, despechada por haber tenido que abandonar tan pronto el baile.

Teresita acortó el paso, pero sin responder. Era la vez primera que se encontraba en la calle á esas horas; y con la exaltación que le había producido el imprevisto encuentro con Orlandi, hubiera querido caminar sola, á obscuras, con frío, en silencio.

La serena fantasía de muchacha vislumbraba con asombro los contornos de un mundo fantástico.

Las casas más conocidas, las calles tantas veces andadas, aparecíansele bajo un aspecto nuevo. Pero, aún más que los objetos materiales, lo que le impresionaba era el misterio de la noche: aquel gran silencio frío, aquella pureza del aire y del suelo, que se regeneraba en ausencia de los hombres, como si la naturaleza quisiese recobrar entre las tinieblas sus derechos violados todos los días bajo la luz del sol.

Nunca había sentido con tanta viveza el instinto de la libertad.

Sin fijarse, comenzó de nuevo á correr, haciéndose la ilusión de que era dueña de sí misma, experimentando con ese engaño uno de los goces más embriagadores de su vida.

Pero la voz del recaudador gritó en falsete «¡Teresita!» y se desvaneció el encanto. El padre, la madre, la familia, el decoro, las costumbres, todas las cadenas de su existencia recobraron su puesto; extremecióse lo mismo que si un brazalete de hierro le apretase las muñecas.

Solamente cuando estuvo ya en su cuarto fué cuando se puso á considerar con una frialdad relativa la proposición de Orlandi. Habíale dicho que estuviese en el fondo del jardín, y comprendía que, después de los escándalos ocurridos, no quisiera que se asomase á la ventana que daba á la calle.

El jardín confinaba con un callejón inhabitado; pero la tapia era alta; ¿cómo podrían hablarse? Y sobre todo, ¿qué iba á decirle?

Desde un año á la fecha, Teresita dormía sola en su cuarto; las gemelas se habían colocado, juntamente con Ida, en la espaciosa habitación de Carlitos.

Así, pues, tuvo todo el vagar necesario para reflexionar é imaginarse las cosas más extravagantes, como las más comunes, apoyada en el borde de la cama.

Cuando vió que la vela, casi enteramente consumida, estaba á punto de quemar el papel del cabo, quitóse con rapidez el traje de baile, se puso el de casa y soplando la luz se echó medio vestida en la cama, para esperar la aurora.

A cosa de las cinco, blanqueándose la ventana, dióle aviso de que despuntaba el día, y se asombró de tener que hacer un esfuerzo para levantarse, maravillada de sentir el cuerpo en un instante como aquel. Todos los huesos le dolían.

Se puso en los hombros un mantoncito negro y bajó la escalera temblando, extremeciéndose, convulsa, con un gran vació en la boca del estómago.

Cruzó el jardín por entre los árboles secos, sobre el sendero blanco de escarcha, dando un vistazo á la derecha al corral de la casa del juez, y á la izquierda á la casita de D. Juan, que parecía esconderse entre un bosquecillo de magnolias siempre verdes.

En el fondo, encima de las bordas de la tapia, donde la higuera extendía sus ramas nudosas, estaba al acecho Orlandi; apenas apareció la joven, descolgóse á escape.

Teresita quedó sorprendida, no de la aparición de él, sino de no haber pensado antes que aquel era un camino muy practicable para un amante audaz.

En seguida se abrazaron, sin hablar, como si temiesen perder tiempo. La joven, que había preparado una frase muy digna, se encontró colgada del cuello de Egidio, besándole en las mejillas, en las orejas, en la raíz de los cabellos, adhiriéndose á él en el calor de sus brazos, con la sensación de un bienestar que ahogaba todo razonamiento.

Ya no tenía frío, ni estaba cansada; apoyábase toda su persona con abandono en la del joven, en completo olvido de todo cuanto no fuese él. Le abrazaba en gradación, cada vez más fuerte, con la inconsciencia del instinto, teniendo una sola idea clara y precisa: «¡Egidio en mis brazos!»

Cogióla él la cabeza y echándosela atrás, con un movimiento brusco, la besó en los labios.

—Vente conmigo, huyamos.

El sonido de la voz extremeció á Teresita. Se apartó del joven, teniéndole solo puestas las manos en los hombros y mirándole con embriaguez.

—Vente conmigo. Tu padre no consentirá nunca nuestro casamiento, hasta que no se vea obligado á ello. Te llevaré á Parma, á casa de mis hermanas. ¿Quieres?

Teresita no pudo saber si había ido él á buscarla con ese proyecto, ó si se le había ocurrido de pronto en el delirio del primer abrazo. Pero presentía que Egidio era sincero, y nunca como en aquel momento comprendió que era amada.

Pero en tanto que esta incertidumbre le llenaba de inmenso júbilo el corazón, como balanza que por una parte ha colmado la medida, hacíala saltar por otra parte el terror de hacer una cosa inconveniente para una honesta doncella.

—No... no... no puedo. He prometido á mi madre...

—¿Qué has prometido?

—No darle ningún disgusto.

—¿Y renunciar á mí?

—¡Oh, eso no!

Una ligera contrariedad se dibujó en la frente de Orlandi. Rodeándole con el brazo la cintura, la atrajo hacia sí.

—Hablemos. ¿Puedo presentarme á tu padre?

—Sí... cuando tengas un empleo seguro y decente.

—Eso es precisamente lo que no tengo.

—Pues me habías escrito...

—El proyecto no cuajó. Ahora vivo y salgo de apuros escribiendo, ya para un periódico, ya para otro.

—Pero ¿por qué te has dedicado al periodismo?

—¡Qué sé yo! Es una pasión como otra cualquiera y que no excluye á las demás...

La abrazó dulcemente, buscando de nuevo su boca con una sonrisa de hombre feliz.

Durante cinco minutos no hablaron.

—Pero, ¿tienes frío?

Orlandi se quitó el abrigo y envolvió en él á Teresita, con una solicitud casi maternal, mirando sus pálidas mejillas que llevaban impresas las huellas de la noche perdida.

—¡Ahora tendrás frío tú!...

—¿Yo?...

Estaba para decir:

—No puedo tener frío; he cenado opíparamente.

Pero tuvo lástima al ver aquella carita lánguida, en la cual dejaban surco todas las abstinencias. Levantó una punta de la capa, lo suficiente para poder cubrirse los hombros, y mudó aquella frase no dicha por ésta:

—Si me permites estar aquí, ya no tendré frío.

Estrechóle dichosa contra su pecho, descubriendo una alegría nueva en aquella protección, pareciéndole como si anticipase la intimidad seria y solemne del matrimonio. Era verdad que sentía frío. No había pegado los ojos esa noche, no había comido desde el almuerzo de la víspera; pero también aquellos extremecimientos que el alba le producía hasta en los huesos, tenían su voluptuosidad, le hacían encontrar más dulce lo tibio del abrazo.

Una palabra de Egidio la turbó.

—Con que ¿vienes conmigo?

—¡Sabes que no puedo!—le respondió Teresita con lágrimas en los ojos, apretándole la mano desesperadamente.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos?

—Espero.

Era su fuerza, su fe. Ni siquiera sabía ella qué esperaba: lo incierto, lo desconocido, tal vez un milagro. Pero Orlandi no lo entendía así:

—Querida, la juventud pasa pronto; hace ya seis años que nos amamos inútilmente.

Teresita no comprendió el acento descorazonado del joven.

¿Por qué decía que se amaban inútilmente? El amor siempre es amor—pensaba;—y cuando se ama, se espera. Si ella vivía con aquel tenue hilo de felicidad, ¿por qué no le bastaba también á él?

Pasósele por la imaginación preguntarle si pensaba continuar toda la vida escribiendo artículos de periódico. Pero esa conversación aburrida ¡la hubiera robado tantos besos! Y además, quería escuchar de él otras palabras: *tesoro mío*, *vida mía, mi querida Teresa*. Todo esto era lo importante; las demás cosas se esfumaban y perdían en una lejana niebla de fatalismo.

Con lo monótono de su vida, donde sólo era una nota risueña aquello que pensaba, estos momentos eran de positiva y real felicidad. Sentíase mujer, se sentía amante y amada;

mientras que después, como antes y como siempre, no podría ser por meses y meses otra cosa sino una hija obediente, una muchacha reservada y muy de su casa.

—Me establezco en Milán, probablemente—dijo Orlandi.

—¿Sí?

Súbito desmayo apareció en los ojos de Teresa. Milán estaba más lejos que Parma; y, aunque sin conocer la gran ciudad, figurábase por vaga intuición que allí encontraría mayores tentaciones. El corazón se le oprimió con indefinible melancolía. Vió de pronto toda su humildad, su pobreza, su impotencia. Quiso decirle «¡llévame contigo!»; pero cortósele la voz por un sollozo y no pudo hacer más sino ocultar la cara sobre el pecho de él.

—¿Ves, ves? Ya te dije que esta vida es imposible. Tengo remordimiento al ver disiparse tu juventud. ¡Teresa, pobre Teresa mía!...

—¡Oh, sí; llámame tuya, porque lo soy!

Abandonóse sobre su pecho con tan desesperado ímpetu, que, por un instante, Orlandi sintió una llamarada en los ojos y tembló como si tuviera fiebre. Pero casi de repente aflojó ella en su abrazo, deslizándose anonadada casi hasta el suelo, donde quedó con la cara oculta entre las manos, doblado el cuerpo por la mitad.

Orlandi contempló aquella cabecita de vírgen, postrada ante él.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó, con acento grave y dulce, levantándola.

—Amarte siempre, ocurra lo que ocurra, cualquiera que sea mi destino.

Acercó Orlandi á sus labios la mano de la joven; depositó en ella un beso, vacilante, turbado, repentinamente frío, afectuoso, pero distraído.

Ella no lo notó; aún sentía sus besos, le veía, le tocaba; era imposible que pensase en ninguna otra cosa.

Cuando Orlandi hubo desaparecido detrás de la tapia, en-

traron á Teresita tentaciones de seguirle, quiso gritar, quiso llamarle. Pero, volviéndose de pronto, cual si hubiese oído una voz, se encontró delante de su casa, de su hogar casto y severo, donde dormía su madre confiando en ella. Y volvióse atrás cabizbaja, disgustada de aquel coloquio que le dejaba insólita tristeza, un descorazonamiento de quien huía la fe.

XIX

Aquel año terminó con dos sucesos importantes.

Luminelli, el menor, pidió la mano de una de las gemelas, contentándose con recibirla sin dote; y Carlitos, doctorado en Derecho, partió para una ciudad pequeña de la Italia meridional.

Habíanle aconsejado dedicarse á la carrera judicial, la más breve y segura para permitirle ayudar pronto á la familia.

El señor Caccia se apoyaba mucho en su hijo, por el cual habían hecho grandísimos sacrificios él y todos los de casa. Carlitos no había resultado aquel hombre eminente que soñaba su padre en las horas de recogimiento en su despacho, cuando el pequeño colegial andaba á vueltas con Cornelio Nepote. No obstante, habiendo salido bien en los exámenes y tomado el título de doctor como otro cualquiera, hacíale cierto honor, del cual estaba muy hueco, levantando las cejas hasta unas alturas descomunales.

En el momento de partir, le dijo:

—Cuida de no olvidar nunca los buenos ejemplos que has visto en la familia; ten honradez y firmeza.

Y como la señora Soave lloriquease en silencio, sentada en el diván, con los piés encima del taburete (tan débil ya, que no podía valerse), el señor Caccia la miró de arriba á abajo, encogiendo los fornidos hombros.

—Es triste cosa el ser mujer—decía para sus adentros.

Y volvió á saludar á su hijo, tieso, impasible, dando pruebas de una gran superioridad.

Pasmóse Teresita, y casi por ello se reprendió á sí misma, al no conmoverse gran cosa con aquella despedida. ¿Amaba menos á su hermano? Ciertamente que no; pero estaba tan absorta en su amor á Orlandi, que todos los demás afectos parecían pálidos si con aquel se comparaban. Y, además, había sufrido mucho. Su corazón ya no tenía los arranques repentinos de la primera juventud; comenzaba á estar cansado y á medir el dolor.

Algunas veces había reflexionado (no sin vacilación, temerosa de ser una mala hermana), si, no habiendo que gastar más en los estudios de Carlitos, le señalaría el recaudador una pequeña dote. ¡Cómo se simplificaría todo en ese caso!

Comprendía las razones de su padre. Había vivido demasiado en aquel ambiente, y sólo en aquel, para no estar convencida de que su condición de mujer le imponía en primer término la resignación con su destino (un destino que ella no era libre de regir), el cual había de aceptar como se presentase, truncado por las exigencias de la familia, supeditado á necesidades y deseos ajenos. De todo eso estaba convencida, sí; pero también un ciego está convencido de que no puede aspirar á ver, y sin embargo pregunta de quienes poseen vista por qué ha de ser víctima él solo.

Cuando se fué Carlitos, acompañado de los votos y esperanzas de todos, Teresita murmuró con tristeza:

—¡Véase lo que son las cosas: se marcha á labrar su porvenir, como quiera y donde quiera!

Y asaltáronle gran número de reflexiones dolorosas, por lo cual estuvo paralizada en el momento de despedirse, pareciendo fría, indiferente. Apenas se separaron, fué presa de remordimientos; se acusaba siempre á sí misma, á cada impulso de rebelión. Bajo el velo de las lágrimas, dibujósele en el rostro un desmayo de persona culpable, y juntamente un terror tímido, un desconsuelo, un algo indefinible.

Se parecía entonces tanto á su mamá, con aquel aire de resignación lánguida, que el señor Caccia las envolvió á entrambas en una misma mirada olímpica y desdeñosa; dirigiéndola luego, con una leve dilatación de complacencia, á la hermosa y robusta Ida, festiva hasta para manifestar el mal humor.

Ida producía en la familia el efecto de un rayo de sol; era el ídolo, el Benjamín de todos; al nacer había recibido el don de agradar; todo el mundo era indulgente con ella. Estudiaba para maestra y considerábanla ya como un prodigio.

Después de Ida, el lugar más visible lo ocupaban las gemelas: era imposible no fijarse en ellas: altas, gruesas, rubicundas, inseparables; parecidas á su padre en su fachenda sin garbo, en la anchura de hombros y en lo vivo de la carnación.

Tomaban aires de superioridad, fuertes por el hecho de ser dos personas distintas y una sola voluntad verdadera, á la cual obedecían dos voces, cuatro ojos y cuatro manos.

Sentadas en el espacioso aposento de Carlitos, desde por la mañana se asomaban para ver pasar á los transeuntes, frescas y atrevidas en sus veinte años.

Teresita tenía entonces frío; y al levantarse de su lecho, estaba harto pálida para dejarse ver en la ventana.

Las gemelas tenían íntimas relaciones con los nuevos inquilinos de la casa de Caliope (los de Ridolfi), entre quienes había dos bonitas muchachas; y todo era telegrafiarse continuamente de una casa á otra, con miraditas, con señas, con sonrisas y signos convencionales.

Teresa estaba excluída de esos tejemanejes y los comprendía poco; porque, habiendo transcurrido su juventud en hacer de mamá con sus hermanas, no le había quedado tiempo para buscarse una amiga de su edad. La jueza seguía siéndole fiel, pero también iba haciéndose vieja, tenía las hijas grandecitas, ¡y tanto en qué pensar, tantos quebraderos de cabeza!

Con gran trabajo, Teresa había logrado convencerla para que recibiese á nombre suyo las cartas de Orlandi. Estas car-

tas eran poco expresivas y muy escasas; sin embargo, Teresita las abría siempre palpitándole el corazón y las leía con avidez.

La mujer del juez meneaba la cabeza: las relaciones muy largas no traen cosa buena. Según ella, no había ninguna razón para continuar en correspondencia.

Pero Teresita recordaba el último coloquio: los puros transportes amorosos, los besos que no engañan. Diez meses habían transcurrido ya sin ver á Egidio. No obstante, aún la perseguían los recuerdos de aquella noche: el baile, la atrevida aparición, sobre todo, la cita en el fondo del jardín, después de pasar la noche en vela, en la fría aurora de aquella mañana de Febrero.

Pensaba que aun estando lejos de Egidio debería de conservar el ardor del deseo, como lo conservaba ella, y que ninguna mujer podría interesarle, así como á ella no le interesaba ningún hombre.

Pues bien, esta fe ingenua se quebrantaba algunas veces. Veía, mirando en derredor suyo, reflexionando, comparando, y comprendía que en la vida de un joven se desarrolla todo de una manera opuesta á la de una joven; por consiguiente, el amor del uno no puede ser igual al amor de la otra.

Chocábale también la creciente compasión de las personas buenas hacia ella, compasión que en los maliciosos tomaba la forma de una ironía punzante.

Frecuentes alusiones á las doncellas que envejecen en casa, faltas de quien las ame, heríanla agudamente.

¿Acaso no amaba, acaso no era amada? ¿Qué era, pues, aquel misterio que se le escapa de continuo y acerca del cual parecía reconcentrarse la atención de todos? ¿Qué cadena, qué secreto acuerdo enlazaba á hombres y mujeres, por el cual se entendían con un monosílabo, con una mirada? ¿El amor? Pero ¡si ella amaba! ¿Era posible amar más?

Al pararse en esta reflexión, un rubor tardío subía á sus mejillas. Ya no era el rubor brusco y vivo de los quince años;

era un reflejo que apenas sonrosaba y ponía tibia la piel, la cual volvía á ponerse en seguida tan pálida como antes. Y pensaba:

—No, no es posible. Nada de cuanto pudiera acaecerme en lo venidero me podría hacer más dichosa de lo que fuí en aquella mañana, al estar en sus brazos..... Entonces era enteramente mío.

A veces trataba de tomarse el desquite contra aquellos aires de protección despreciativa, y contestaba con altivez ó no contestaba de ningún modo. Una vez le dijo le jueza:

—No hagas eso; dirían que vas agriándote como una solterona.

Ofendida Teresita al oir tales palabras, fué á encerrarse en su casa y lloró como jamás había llorado desde que vino al mundo.

Lloró las desesperadas lágrimas de la juventud que se extingue. Lloró por sí misma, por su rostro demacrado; por sus bellos ojos, que iban apagándose con atonía; por su pobre cuerpo, que después de haber vivido como una planta, iba fosilizándose como una piedra. Tuvo un acceso de verdadera desesperación, durante el cual sintió agitarse en el fondo de sus entrañas un torrente de odio, de malas pasiones, de envidias nunca sentidas antes.

Retorcíase en la cama, mordiendo las cubiertas con un deseo frenético de hacer daño á alguien, con el monstruoso deseo de ver correr sangre juntamente con sus lágrimas.

La encontraron desmayada, con el rostro lívido y los dientes apretados.

El doctor Tavecchia, llamado para tranquilizar el miedo de la madre, dijo que aquello era un acceso nervioso de histerismo, y prescribió calmantes.

Desde entonces á cada momento se repitieron las convulsiones, ocultadas al principio hasta á sus hermanas, aceptadas después como una crisis pasajera producida por debilidad general del organismo. El doctor Tavecchia recetó píldoras de hierro.

El invierno estuvo todo él ocupado en hacer el equipo para la novia. Hacíase económicamente, cosiéndolo todo en familia. Naturalmente, también ayudaba Teresita; y á menudo, al bordar los festoncillos de las camisas, acudían á sus ojos grandes lagrimones. Un día, luego de haber trabajado cuatro horas seguidas, dijo estar cansada; los párpados le echaban lumbre y veía delante de las pupilas como una niebla.

—¡Si fuese tu equipo, no te cansarías!—dijo cruelmente la que iba á casarse.

Teresita inclinó la cabeza en silencio. Nadie supo el esfuerzo que tuvo que hacer para dominarse y no abofetear á su hermana.

El novio iba á la casa todas las noches. Estaba enamoradísimo; sentábase muy arrimado á su prometida y parecía querer comérsela con los ojos; tenía besos en la punta de los labios, y á cada palabra que de éstos fluía, volaba hacia ella como una caricia ardiente, con ardores reprimidos. Parecía que su cabeza, sus manos, sus rodillas, estaban provistas de una aguja imantada: volvíanse siempre á aquel punto, contenidas no más que por el respeto.

Por acuerdo tácito, formábase el vacío en derredor de ambos novios. La señora Soave no se movía del diván, rodeada por las otras tres hijas, encorvadas todas encima de la labor, con prisa, atentas á su faena, respondiendo con breves palabras á los dulces lamentos de la madre.

Del rincón de los novios, en una ligera penumbra, llegaba el quedo murmullo de las palabritas dulces, de los suspiros interrumpidos: esfumábase en una irradiación regocijada, egoistamente mantenida dentro del círculo de la media luz, hasta que con la llegada del señor Caccia se generalizaba la conversación.

A las diez, regla invariable, se apagaba la lámpara.

Los novios se despedían con un largo apretón de manos, á hurtadillas; y Teresa, cerrando la puerta de su cuarto, pensaba tristemente en el tiempo en que, después de una velada aburrida, la aguardaba Egidio al pie de la ventana.

El señor Caccia estaba convencidísimo de que su hija no tenía ya relaciones de ningún género con Orlandi; la prolongada ausencia de éste le confirmaba en esa seguridad; y Teresa hubiera preferido hundirse en lo profundo de la tierra, antes que verse descubierta por tercera vez.

Así es que tenía paciencia semanas enteras, sin atreverse á escribirle á menudo, siempre temerosa de un extravío de las cartas.

La jueza, que recibía é nombre suyo las de Orlandi, se las entregaba á regañadientes; hubiera preferido que Orlandi no escribiese más. Por tanto, una vez se decidió á escribirle ella misma, exhortándole á no entretener á Teresita con vanas esperanzas.

El joven respondió de un modo evasivo. Dijo que él había intentado ya esta separación, dejando ver harto lejana la posibilidad de su matrimonio; pero que Teresita ni había querido consentir, ni él se encontraba con valor para ser el primero en dejarla.

La jueza hizo pedazos la carta, exclamando para sus adentros:

—¡Valiente valor el de estar á cien kilómetros de distancia y con todas las distracciones posibles, á manera de consuelo!

Por medio de las de Ridolfi, y con el pretexto del equipo de novia, las gemelas habian introducido en casa algunos periódicos de modas; tras ellos apareció un periódico político de la sociedad elegante, en el cual Teresita leía con curiosidad las reseñas de los estrenos teatrales y de los bailes, en los que era sabedora de que Egidio tomaba parte. La enumeración de las mujeres hermosas, la descripción de sus trajes, algún adjetivo de profunda admiración, le emponzoñaban la sangre.

Una noche no durmió, á causa de esta frase: «La Sra. A., de formas de Juno, artísticamente expuestas con un elegante traje de Diana cazadora, iba acompañada por uno de nuestros más brillantes periodistas, el Sr. O.»

No tenía certidumbre de que aquella inicial significase Orlandi; sin embargo, atormentáronla los celos. En un rapto de su imaginación llegó á representarse la figura de la señora A., y parecíale verla, con sus formas de Juno apenas veladas, apoyándose en el brazo de Egidio.

El artículo, al describir la fiesta, añadía: «No puede idearse nada más espléndido, sino pensando en los jardines de Armida. Las flores, de penetrantes aromas, de anchos cálices velludos, de corolas tembladoras, se entrelazaban formando festones y guirnaldas sobre las parejas, que pasaban dulcemente atraídas por la embriaguez de la música, por los vapores aromosos, por el destello de mil y mil luces; y cuando, después de la cena, se calmó por un instante el ardor del baile, detrás de cada macizo de flores, en el hueco de cada ventana, bajo los floridos ramos de azaleas, las parejas hallaron dulce y voluptuoso descanso, que la orquesta hacía más muelle con los nocturnos más delicados de Chopin, con la embriagadora serenata de Gounod».

Soñaba la pobre mártir, cerrando los ojos; soñaba, con una lucidez espantosa, en todos aquellos esplendores, en aquel lujo, en aquellas suavidades de la vida. ¡Y *él* gozaba con todo eso!

¡Oh! Aquellas mujeres que le veían sonreirse, que le apretaban la mano; aquellas mujeres á las cuales llevaba agarradas con el brazo, que le tributaban los perfumes de su hermosura; aquellas mujeres juntas á él, ¡cuán felices eran!

Pero, ¿por qué iba él al baile? ¿Podía divertirse? ¿Podía sonreir á otras, ceñir el talle de otras? ¡Ella no hubiera podido hacer otro tanto!

Durante las siete ú ocho horas que había pasado en aquellos salones encantados, entre el crugir del raso y el destellar de las piedras preciosas, ¿era posible que hubiese pensado en ella? ¡La olvidaba, pues, durante siete ú ocho horas, mientras que ella nunca le había olvidado ni una sola hora!

Milán había llegado á ser la atormentadora meta de sus

pensamientos. Cada suceso que acontecía en la gran ciudad, tenía especial interés para ella. Si se trataba de lances personales, de heridas, estaba siempre temerosa de que en ellos interviniera Egidio. Si había diversiones, cenas, teatros, pensaba que á ellos asistiría él, y se informaba de las más minuciosas particularidades, con un ansia atormentadora, celosa, que medio la roía las entrañas.

A menudo, el periódico daba noticias del estado del tiempo: «Hoy hemos tenido un día espléndido,» ó bien «La lluvia amenaza eternizarse.» Teresita corría al punto con el pensamiento tras de Egidio, siguiéndole con sol y con agua, haciéndose su acompañante, yendo en pos suyo paso á paso.

Alguien dijo una vez en su presencia que las milanesas son muy simpáticas, y Teresita tuvo por ello disgusto; un disgusto mudo, profundo, al cual se unía (como á todos sus demás desagrados) el sentimiento humillante de una persona que se ve atada, que no puede defenderse, y crecía cada vez más en ella aquel rencor, aquel fermentar del corazón insatisfecho, que, mal pagado por el amor, siente la tentación del odio.

Pero luego venía la reacción, venía el arrepentimiento. En esos instantes acusábase ante Dios como una gran pecadora, y no queriendo achacárselo á ninguno, se culpaba á sí misma, llorando lágrimas ardientes.

XX

La señora Soave apresuraba la boda todo lo posible, porque sentía írsele acabando la vida. Se extinguía como había vivido, blandamente, sin espasmos atroces, pero con una continuidad de dolor no interrumpido. ¿De qué padecía? De nada y de todo. Era una flaqueza, un desfallecimiento general.

Tenía casi los mismos años que su marido, y parecía madre de él, abuela de sus hijas.

Con las ventanas abiertas, respiraba el aire de Mayo, sin moverse del diván, arropada toda con el mantón, cruzadas sobre el pecho las céreas manitas, mirando al vacío sus grandes ojos opacos.

Teresita pasaba á su lado muchas horas, mientras las gemelas se entretenían en el jardín y la Ida desempeñaba sus quehaceres domésticos.

El acuerdo misterioso y simpático que había unido siempre á la madre y la hija, hacíase más perceptible en aquella aproximación de sus tristezas, en aquella doble puesta de las ilusiones y de la vida.

Seguían hablándose poco, pero algunas veces sus manos se buscaban, apretándose con un sacudimiento mudo.

La señora Soave nunca había vuelto á hablar de Orlandi á Teresita, ni preguntado por él; empero Teresita, al mirar á su madre á los ojos, leía en ellos una inmensa lástima, una ternura infinita, toda compuesta de perdón y amor.

Una noche le dijo:

—Cuando yo no exista, ¿quién te amará, Teresa?

Echándose la hija en aquellos brazos amorosos, quiso acallar los temores de la moribunda; quería decirle que aún la amaba Egidio.

La señora Soave se le anticipó, manifestando en lo dulce de su sonrisa haberla comprendido, y añadió:

—Dios te inspire y te guíe, hija mía. Sólo un consejo te doy: que sigas los impulsos de tu corazón.

Las tinieblas de la noche, condensándose en aquella estancia, le encubrían el rostro; así es que Teresita no vió su profunda expresión de melancolía. La experiencia había demostrado á la pobre mujer que el corazón no siempre nos guía á la felicidad; pero, como una mártir antigua, moría confesando su fe.

Al joven Luminelli, que iba puntualmente de visita todos

los días, acompañábale de vez en cuando el hermano mayor, bien quisto del dueño de la casa, con quien se entretenía en hablar de política.

—Si te hubieses casado con él—era la jueza quien esto decía á Teresita—llevarías casada diez años, más guapa y más fresca, sin que él haya aumentado desde entonces en fealdad; porque es propio de los feos el conservarse inalterables. Añade que se le murió la hija...; no era, verdaderamente, mal partido.

Pero todas estas consideraciones no llegaron á inspirar á la solterona aquella útil enmienda que su amiga esperaba.

Por cortesía, habíase propuesto interesarse por él, por las buenas cualidades que todos le reconocían; pero la distraída atención de Teresa no se fijaba en el valor moral del profesor, y en cambio veía su cráneo calvo, su barba hirsuta, espesa, recortada en forma de seto de mirto. Todo eso producía un efecto diametralmente opuesto á las ideas de la jueza; porque Teresita echaba en falta con más ardor los hermosos cabellos negros de Orlandi y su bonita barba, con la cual jugueteaba el sol, dándola reflejos de fuego.

—Después de todo, también por Orlandi pasan los años,—objetaba la amiga.—Luzzi, que estuvo días atrás en Milán, le ha visto; y dice que ya no es aquel joven guapo de antes.

Pero parecía que todo cuanto se tramaba en torno de ella para disuadirla de su amor á Orlandi, no lograba otro resultado sino el de hacer que le amase más y más. Teresita pensó que también sufría él, que estaba solo, sin familia, sin amor; y escribióle una extensa carta, llena de cariño. ¡Cómo deseaba verle! Casi año y medio hacía que no se habían abrazado. ¿Cuándo vendría á verla?

En la existencia febril de Egidio, en las ásperas y violentas luchas que á diario tenía que sostener, en aquella afanosa carrera en pos del buen éxito, no faltaban horas de desaliento, de atroz melancolía. Hallábase enmedio del camino de su vida, con la juventud á la espalda, perdidos los mejores años,

desvanecidas las más fuertes ilusiones, sin haber sacado partido ninguno de su talento, de su belleza, ni de su salud. Los amigos decían entre sí: «¿Cómo no se ha creado aún Orlandi una posición?» Uno, que le conocía, le definió con dos palabras: «Orlandi no tiene la constancia del trabajador, ni la pillería del vividor de oficio; es un hombre incompleto.»

Y ese hombre, á quien la fortuna había sonreído falsamente prodigándole todos sus dones, conservaba en el fondo del corazón un sincero cariño, mezcla de agradecimiento y de lástima, á la joven que le amaba con tanta abnegación.

El cariño surgía sobre todo en los días de desaliento, cuando después de haber buscado inútilmente una nueva embriaguez ó una amistad desinteresada, después de las derrotas del ingenio y las bascas de los sentidos, de regreso en su casa, encontraba las cartas de la pobre olvidada.

En uno de esos momentos, contestó Egidio á Teresita contándole sus luchas y desfallecimientos, llamándola hermana y amiga suya.

—Comprendo,—pensó la jueza, al ver el rostro radiante de su amiga;—aquél ha vuelto á echar aceite en la lámpara.

Pero un suceso inesperado se impuso á la atención de toda la familia. Luminelli, el mayor, pidió la mano de la otra gemela; y, como cosa ya convenida, consintió ella alegremente. Ambos matrimonios debían celebrarse en un mismo día.

Y dijo la jueza á Teresita:

—¿Ves? Tu hermana tiene ocho años menos que tú; y, sin embargo, se conforma con casarse con él.

Teresita se encogió de hombros. Las gemelas habían sido siempre para ella un enigma; pero, ante aquellas bodas sin amor, sintió verdadera repulsión. ¡Qué infame injusticia pesa aún sobre nuestra sociedad, que se llama civilizada, si una joven tiene que elegir entre el ridículo de la virginidad y la vergüenza del matrimonio por interés!

Estas reflexiones la tuvieron trastornada varios días, y la

amargaron vivamente. Sin darse cuenta de ello, su alma acogía mil dudas y se empapaba en hiel.

El continuo choque de sus sentimientos con las realidades brutales de la vida, dábale una aspereza de lenguaje que parecía extravagancia. Y ella misma se percataba de su desentono entre el resto de la gente; sentía su propio mal humor como una nota falsa en un concierto, incapaz de refrenarse; tanto más incapaz, cuanto que cada día iba aumentando en ella el desprecio á sus semejantes, bajo la forma de rebelión contra el convencionalismo hipócrita que la había oprimido y seguía oprimiéndola siempre.

El asco á las personas y á las cosas infiltrábase dentro de ella por mil caminos secundarios, lentamente, pero por completo.

Una vez, hablando de la última de las de Portalupi, dijeron las de Ridolfi:

—¡Oh, esa ya no se casa! ¡Es una solterona vieja!

Y la tal señorita de Portalupi era menor que Teresa.

Resultaba antipática á todas aquellas muchachas, así como las muchachas lo eran á ella. Se aislaba lo más que podía, encerrándose en un sosiego melancólico, incomprensible para aquellas jóvenes casquivanas.

Tenía chifladuras y deseos absurdos. Cuando salía á pasear, nunca ponía los pies en las junturas de las losas: si lo hacía inadvertidamente, experimentaba en las piernas un escalofrío, un temblor convulsivo. Contaba los rosetones del entablamento, imaginando que eran pares; como fuesen impares, le entraba una ira, una contrariedad absurda pero invencible. Miraba fijamente á una persona por detrás, empeñándose en que volviese la cabeza; si no la volvía, parecíale recibir un choque en el pecho y castañeteaba los dientes.

Sufría con el sol, con el viento, con el tiempo lluvioso. Tenía siempre fríos los brazos por arriba, por la coyuntura; y llevaba por debajo del vestido dos mangas de lana mantenidas juntas por medio de una cinta que iba por la espalda.

Las gemelas, que se habían cortado algunas camisas sin mangas, decían riéndose:

—¡Estas serían buenas para Teresita!

Faltando la faena de cuidar de las hermanitas, que tanto quehacer la habían dado años atrás, encontraba vacíos los días. Tampoco podía ayudar á Ida, porque nunca tuvo gran talento; y la muchacha, despiertísima de ingenio, estaba ya muy adelantada en los estudios, próxima á tomar ya el título de maestra.

Su hermano estaba tan lejos, que no le ofrecía ningún recurso de distracción. Sólo se hablaba de él como de un apoyo futuro para la familia: cuando se casasen las muchachas, irían á reunirse con él para formar una sola casa, ó gestionarían el traslado de Carlitos á su ciudad natal.

En espera de esos cambios, en el barullo de las bodas, con el horror al mundo y á la sociedad, Teresita vivía ocupada casi exclusivamente en acompañar á su mamá enferma, resguardadas ambas del aire, con los pies en el mismo taburete, sonriéndose una á otra con tristeza.

Asaltábale de vez en cuando un pensamiento desesperado: tenía miedo de convertirse en una vieja estrambótica como la Calíope, de recluirse en casa y presentarse sólo en la reja de las ventanas, con un pañuelito amarillo en la cabeza, haciendo burla de los transeuntes.

Por más prisas que se dieron, el doble matrimonio no pudo celebrarse hasta primeros de Septiembre. Aquel día tuvo Teresita uno de sus habituales accesos de convulsiones; Ida la llevó á la cama, cariñosamente, tratando de calmarla, acordándose de cuánta paciencia había tenido con ella cuando era pequeña.

No asistió á la ceremonia, ni al desayuno.

Las esposas gemelas vinieron á saludarla, de pie, llevando levantada la cola de los vestidos. Tenían prisa, porque el tren iba á salir dentro de un momento. Volviéronse desde el quicio de la puerta; habían olvidado besarla y le echaron un besito

con la punta de los dedos, aconsejándole que estuviese tranquila.

Como Dios quiso, poco á poco fué entrando en orden la casa; desaparecieron los figurines de modas, los retazos de tela, los recortes de cintas olvidados encima de los muebles. Al vocerío bullanguero de las gemelas, á las carcajadas argentinas de las de Ridolfi, siguió un silencio que parecía sepulcral.

El señor Caccia meditaba en su despacho acerca de los gastos habidos por efecto de las bodas, y enderezaba el pensamiento al hijo ausente, á aquel que había de ser el sostén de la familia.

Ida estudiaba sin descanso, sin distracciones, sin desmayar, con los ojos fijos en la meta.

Sólo hacia la noche dejaba Ida los libros, Teresa se apartaba del lecho de su madre, y ambas hermanas (la primera y la última) salían á tomar un poco el aire, serias las dos por diversos motivos, cruzando entre sí pocas palabras.

A fines de Septiembre, Ida se torció un pie y no pudo salir en una semana. Teresita, á quien el doctor había prescrito rigorosamente un paseo todos los días, salía sola. Pasaba á la sazón de los treinta años y nadie se ocupaba ya de ella.

Aquellos preludios de libertad, aun cuando llegados en un tiempo en que ya no hubiera sabido aprovecharse, fueron para ella un placer nuevo.

Salía de la ciudad, tomando el camino de la ermita de Nuestra Señora de la Fuente, grato para ella por antiguos recuerdos; y volviendo á pasar bajo aquellos árboles, sentía una multitud de emociones dulces y melancólicas, tan vivas, tan intensas, que aquel paseo vespertino era la hora más hermosa de sus días.

Una vez entró en la iglesia para volver á contemplar la capilla subterránea, la graciosa capillita pintada, desde cuyas ventanas se descubría el huerto del cura, perfumado por la albahaca.

Asaltáronle ásperos y punzantes los recuerdos de la juventud en aquel sitio donde estuvo arrodillada á la edad de veinte años, donde por vez primera había mirado á Egidio. Aún entraban por las ventanas las matas de albahaca; morían las rosas en el altar entre las lámparas de latón plateado; las figuras de los frescos se sonreían con los tonos delicados de las pinturas antiguas. Nada había cambiado en la gran placidez inmóvil del templo, pero Teresita lloraba.

Un rumor de pasos repercutido en el silencio de la nave le hizo extremecerse. Enjugóse los ojos con la punta del velo y salió de la capilla. Enmedio de la iglesia encontró solo á Orlandi, que iba en su busca.

Ni siquiera quedó sorprendida; palideció, agarrándose á su brazo y dando diente con diente, por la emoción.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos horas. Un telegrama de mi tía... para negocios. Vuelvo á salir esta noche.

—¿Y si no me hubieras visto?

—Te veo—dijo Orlandi con su bella sonrisa.—No tuve tiempo de advertirte, pero estaba decidido á verte á toda costa. Por casualidad supe que habías venido aquí: mi tía te ha visto pasar.

Teresita no pensó en el peligro de ser descubierta: la felicidad del momento presente la llenaba por completo. Pero su cuerpo debilitado no se sostenía ya, por las fuertes sacudidas; no podía estar de pie. Llevóse á Egidio á un banco de la iglesia y tomó asiento á su lado, con aquel olvido de todo el mundo que siempre se apoderaba de ella estando en compañía de él.

Hablaron rápidamente de sus familias, de sus posiciones respectivas.

Teresita, que le miraba á la luz del sol poniente, sintió oprimírsele el corazón al descubrir á lo largo de sus mejillas dos surcos, que daban al hermoso rostro una indefinible expresión de melancolía.

—¿Me encuentras cambiado?—dijo Orlandi de improviso; y con una triste sonrisa, enseñóla en las sienes sus escasos cabellos.

Se arrimó á él, hasta ponerle la boca en el pecho, murmurando:

—¿Y tú á mí?

Callaron, casi abrazados, escuchando sus respiraciones; pudiendo besarse, pero no besándose, con los sentidos fríos.

—¡Me escribes tan pocas veces!...

Así dijo Teresa en voz baja, mirándole con dulzura para atenuar la queja.

El se pasó una mano por la frente.

—Estoy ocupado todo el día y gran parte de la noche.

—¿Dónde vas por la noche?

—Primero á los teatros, después á la redacción del periódico: hago la crónica. No me gusta ese oficio; yo aspiraba á la crítica de arte...

¡Destilaba su voz una amargura, como un desfallecimiento de persona envilecida!

—¿Y no puedes hacerla?

—No... no... son cosas que tú no comprendes.

Teresita bajó la cabeza con la humildad de su propia ignorancia, con el desconsuelo de no poder participar de todos los pensamientos y dolores de él. Apareciósele con la rapidez de un relámpago la imagen de la bella señora de opulentas formas, vestida de Diana, pero no tuvo valor para hablar de ella en aquel momento.

Acontecíala siempre así. De las mil cosas que decirle quería, nunca lograba decir una; dominada por extraña sugestión y absorta por entero en el arrobamiento de contemplarle.

Los dolores, los arrebatos, las luchas, los celos, las resoluciones hechas y abandonadas, los éxtasis convulsos, las melancolías histéricas, toda su juventud, su belleza, su vida, que iba disipándose en aquella lenta llama de amor, no la sugerían

ni una sola palabra. Estaba inmóvil junto á él, con los ojos fijos, como un perro leal delante de su amo.

—Te aguardarán en casa...

—¡Oh, un minuto más!

Pensó si tenía alguna otra cosa que decirle; no halló nada. Hubiera querido saber de él, de su vida; hubiera querido que él hablase, pero no se atrevía á interrogarle; temía perder tiempo con una pregunta ociosa.

Y entre tanto, el tiempo pasaba.

La iglesia estaba ya á obscuras; el altar mayor, escondido en la sombra, tenía una vaga apariencia de sepulcro; las columnas de la nave parecían gigantescos fantasmas. De la cripta salía el resplandor rojizo de la lámpara encendida delante de la Virgen. Había en el aire un olor á rosas secas.

El bedel, en la sacristía, sacudió el manojo de llaves.

Se levantaron juntos, tropezándose en las tinieblas.

Egidio la cogió por el talle.

—¡Ah!—dijo ella.—¡Si nos encerrasen aquí para siempre, sin ver ya á nadie y morir así!

Tenían puestos los labios en los labios.

Asombróse él de ese pensamiento atrevidamente poético. Sosteniéndola mientras salían del templo, murmuró á su oído:

—Cuando me sienta morir, vendré á morir junto á tí.

No dijeron nada más. Abrazáronse estrechamente, largo rato, con una tenacidad desesperada. Teresa desapareció con rapidez debajo de los árboles. Orlandi la escoltó á distancia hasta la ciudad.

XXI

Pocos meses después del casamiento de las gemelas, la señora Soave había cerrado los ojos en paz.

Al llorarla comprendió Teresita que le faltaba el mayor de

los consuelos, el cariño más ilimitado; de toda la familia, quizá fué la única persona que sintió el vacío dejado por aquella muerte.

Para el señor Caccia fué un alivio. En su egoísmo de hombre robusto, pensaba que la pobre mujer hubiera debido irse mucho tiempo antes. Restringida ahora la familia, acariciaba más que nunca el sueño de toda su vida: empujar á su hijo rápidamente en la carrera de los empleos, hacerle cabeza de la casa, reorganizar la desequilibrada hacienda doméstica; y al cabo de cinco ó seis años de estrechísima economía, proporcionarle un partido brillante, hermosa mujer y pingüe dote.

En estos planes acerca de lo venidero, Ida, su predilecta después del varón, tenía asegurada su suerte futura con la posición de maestra. En cuanto á Teresa, viéndola dar vueltas por la casa, ensimismada, con los negros ojos en que se desvanecía el brillo de la mirada, con las manitas que iban adquiriendo el color de la cera, estaba convencido de que nunca sería más de lo que fué su madre; y encogía los anchos hombros, con aire despreciativo.

Ella tenía que ocultarle sus sufrimientos, para que no la riñese; pues bien, esos sufrimientos aumentaban de día en día.

Ya no podía comer á las horas de costumbre: hacíala daño el alimento tomado en compañía; sola en la cocina, devoraba las sobras. Hacía un grandísimo abuso del café.

Muchas veces, en los momentos de mayor calma, cosiendo tranquila junto á su hermana, poníase á gritar: «¡Viene, viene!» Se refería al ataque de su mal. Y con una mano sobre el estómago, los ojos muy abiertos, la boca espumante, como si viese un monstruo horrible, entraba en la primera fase de las convulsiones.

Decía que la atenaceaban el pecho: esta era su expresión.

Todos los calmantes resultaban vanos; rechazábalos ella misma con horror, quejándose de que todos le hacían sufrir, gesticulando con los brazos para alejar á las personas que la rodeaban, acusándolas de quitarle el aire.

Durante esta crísis, su frente se llenaba de gotitas de sudor, castañeteaba los dientes, las manos y los pies se ponían como el hielo. Si la convulsión era fuerte, sobrevenía el delirio acompañado de sacudidas nerviosas, aullos, roncos lamentos, gemidos tan desgarradores que parecía estar acabándose su vida.

Tenían entonces que echarla en la cama, guardando absoluto silencio, hasta que pasara el acceso; después caía en un profundo sueño, al despertar del cual no recordaba nada.

En los casos simples, cuando no había delirio, la convulsión terminaba con un llanto copiosísimo; pero la impresión era más fuerte para ella, acabando casi siempre por un estado melancólico que duraba varios días.

En su cuarto, habia sobre la mesilla de noche una hilera compacta de botecitos y frasquetes: agua matricaria, píldoras antihistéricas, píldoras de hierro, glóbulos de arsénico, vinagre, flor de azahar, melisa. En el cajón tenía granos de café tostado; los masticaba durante los insomnios, aunque el doctor la habia amonestado que se abstuviese de ello.

Pero Tavecchia, que pasaba de setenta años, no quiso asumir él solo toda la responsabilidad de aquella dolencia nerviosa, y propuso se encargara del caso un joven médico, peritísimo en las teorías modernas, tan versado en la patología médica como en la psiquiatría.

Cierto día se presentó y dijo que quería visitar á la enferma en cama, para asegurarse del diagnóstico.

Al día siguiente no se levantó Teresita, agitada y contrariada ante la perspectiva de aquella visita.

—Ponte un gorro bonito—dijo Ida riéndose, para distraerla.

No quiso ponerse gorro; antes bien, quitóse un pañuelo que acostumbraba á llevar, teniendo vergüenza de presentarse con la cabeza cubierta como una señora anciana.

Aún tenía hermosos cabellos, largos, finos; y al mirarse en el espejito que Iba le presentaba, quedó íntimamente satisfe-

cha. Sobre el fondo blanco de la almohada destacábase con delicadas líneas su cabecita; el calor de la cama extendía por sus mejillas un matiz sonrosado, bajo el cual desaparecía el ascético enflaquecimiento del rostro. La boca, un poco pálida, estaba circundada por algunas arruguitas; pero entre los labios, dibujados con finura, una sonrisa siempre graciosa descubría los blancos dientes.

—¿Qué querrá hacerme?—preguntó á su hermana, mientras con las manos se aseguraba de si tenía abrochado bien el botón en lo alto de la camisa.

—Nada... te recetará otras píldoras. Esto tuyo no es una enfermedad; no tengas miedo.

—¡Ah! no es por eso... Sin embargo, quédate aquí, no me dejes sola.

Cuando vino el doctor, Teresita tenía tal orgasmo que fué preciso darle algunas gotas de melisa para que se calmase.

Ida, no comprendiendo nada de aquel cúmulo de males que le parecían imaginarios, estaba derecha al pie de la cama, mirando al médico. El señor Caccia, serio, con cara de pocos amigos, aguardaba.

El reconocimiento fué largo y minucioso. Comenzó por un diluvio de preguntas, inesperadas unas, incomprensibles otras para la paciente, la cual se limitaba á menear la cabeza, muda, bajo la penosa impresión de una pesadilla.

En un momento dado, el doctor levantó las cubiertas de la cama, diciendo:

—Siéntese usted, así; pero no se agite, se lo ruego.

Teresa estaba verdaderamente despavorida; temblaba, con la frente sudorosa.

—No puedo reconocerla en este estado—prosiguió el médico, alejándose un paso.

Intervino el señor Caccia, ahuecando la voz y mirando á su hija con severos ojos.

—No, no,—volvió á decir el médico;—si la riñe usted es

peor; dejemos que se tranquilece dulcemente. Es bastante juiciosa, ¿no es verdad?

Sentóse junto á la cama sonriéndose, sereno, con la mirada fija en Teresita.

Impaciente el señor Caccia, se puso á pasear por el dormitorio, y luego por fuera de la puerta, dejando oir una tos seca de hombre que se reprime.

El doctor permaneció solo, en medio de las dos hermanas, volviendo un poco la espalda á Ida, atento nada más á la enferma.

Teresa sentía penetrar en sus vísceras y en sus pensamientos aquella mirada: no la sostenía, pero, aun rehuyéndola, advertía su intensidad y en este caso hasta se le manifestaba más fuerte. Por eso tomó el partido de mirarle también ella, atraída por un magnetismo que la dominaba, hasta que al fin se quedó inmóvil, calmada de repente.

Entonces el médico la cogió con suavidad una mano y se puso á pulsarla.

—Bueno.

Se levantó, invitándola de nuevo á que se sentase en la cama, como la vez primera.

Ida hizo ademán de llamar á su padre. El médico la detuvo con un gesto, mientras se inclinaba hacia Teresita, acercando el oído al corazón de ella.

En el silencio del dormitorio se oían tres respiraciones.

—¡Basta!—murmuró de pronto la enferma.

—¿Le hago daño?

No respondió; pero volvió á caer palidísima sobre las almohadas.

El médico apretó los labios.

—Permítame usted... tenga paciencia.

Volvió á poner su cabeza sobre el corazón de Teresita, oprimiendo ligeramente.

Tenía un bosque de cabellos castaños, un poco fuertes, de los cuales emanaba leve perfume. Descompuesto el peinado

por el movimiento, esos cabellos casi tocaban la boca de Teresa, que se ponía rígida, dilatando los ojos, bajo la tentación de un loco deseo.

Alrededor de la oreja, entre el lóbulo y la raiz de la cabellera, dibujábase con vigor el cuello, ligeramente enrojecido hacia la garganta, blanquísimo en la nuca. El médico tenía veintinueve años.

—Nada. El corazón no tiene nada... exteriormente.

Recalcó con una ligera vacilación esta última palabra, enderezándose, con el rostro algo enrojecido.

En aquel momento volvió á entrar el Sr. Caccia.

—Su hija tiene una constitución buenísima: sanos los pulmones, el corazón sano; tal vez hay en ella una tendencia á la anemia, pero aún así, ésta es temporal y dependiente de causas inadvertidas para nuestro examen...

—Pues si la viera usted en el momento del ataque, cuando le da la convulsión... No se lo puede usted figurar.

—¡Oh, sí!—dijo el médico sonriéndose;—me lo figuro perfectamente; pero eso no es más que una alteración nerviosa. Con el tiempo y con un poco de buena voluntad, creo que podrá desaparecer.

Al decir «buena voluntad» volvió á mirar á Teresa.

—¿No estará muy metida en casa, es cierto?

—Pero... verdaderamente—balbuceó el Sr. Caccia—las mujeres...

El médico prosiguió, sin dejarle concluir:

—Cuando se manifiesta una perturbación de los nervios tan viva, con caracteres francamente histéricos, la mejor cura consiste en no abandonar á sí misma á la enferma. Puedo recetar medicinas, pero si no son auxiliadas por el régimen...

Volvióse directamente á Teresa y dijo:

—La estación es favorable, tenemos una primavera que es un encanto. Salga usted á menudo. Vaya en busca de una amiga; procure interesarse en cualquiera cosa, cambiar el orden habitual de sus pensamientos, no fijarse en una idea.

Haremos una pequeña cura arsenical, combinada con el hierro; pero el primer remedio, convénzase usted, ha de encontrarlo en usted misma. Me comprende, ¿no es verdad?

Le apretó la mano, con su dulzura indolente de operador, mostrando unos dientes blanquísimos entre el arco de la sonrisa, dejando en la cabecera como un perfume de su vigorosa juventud.

Días después volvió para ver el curso de la curación; y habiéndose presentado de improviso delante de Teresita, ruborizóse ella, toda confusa, con un recóndito sentimiento de vergüenza.

Aquella especie de intimidad con un hombre joven, sin los lazos del amor, la turbaba. Maravillábase de no sentir mayor aversión al contacto físico, de sorprender en sus sentidos una vida autónoma, independiente del corazón y de la voluntad.

Hasta entonces había amado en un solo hombre la encarnación del amor; pero en la tensión de todo su ser hacia aquel ideal, el corazón y la mente resistían, los nervios no. Sin darse cuenta de ello, sus nervios vibraban con una rebelión monstruosa cuando el joven doctor le daba un apretón de manos y la miraba con sus ojos atentos. Estremecíase Teresita, sintiendo en la garganta una resequedad convulsa; hallando en sí misma, en la tarda revelación de sus propios sentidos, el enigma de la vida, que siempre se le apareció en fragmentos, disfrazado, escondido como una vergüenza.

Por una casualidad, habiendo adquirido su padre una partida de libros viejos, sin mirarlos, puso ella las manos encima de un librito arrugado. El título la invitó á leer las primeras páginas, y después continuó leyendo pasmada, ansiosa, pasando de la sorpresa á la indignación, desde un placer feroz hasta el asco más nauseabundo.

Quedóse inmóvil, hormigueándole en las venas la sangre, ardientes las mejillas, seco el paladar, hinchadas las fauces, vidriosos los ojos.

Jamás había oído ni imaginado nunca nada semejante.

Así que se repuso, la indignación fué más fuerte que todos los demás sentimientos; rompió el libro en mil pedazos pequeños, cada vez más y más menudos, poniéndolos, por último, bajo los pies y sintiendo al pisotearlos un goce que la purificaba. Recogió después los residuos informes y los tiró al cajón de la basura. Pero se veían: su color blanco sucio se destacaba sobre el fondo negruzco. No estaba satisfecha. Volvió á cogerlos y quiso quemarlos *vivos*; pues aquellos fragmentos agitados por la llama producíanle verdaderamente la impresión de cosas vivientes, de monstruos obscenos condenados á la hoguera.

Palpitándole el corazón, se detuvo ante el montoncillo de cenizas, hasta convencerse de que ya no quedaba nada de aquellas porquerías.

Pero se engañaba. Su pensamiento estaba herido, manchado irremediablemente. Por más que hiciese, no podía desvanecer el recuerdo de las páginas leídas; y era un recuerdo amargo, como de medicina que se sube á la garganta.

Y acudían, sin buscarlas, las reflexiones, las comparaciones, las inducciones. Cien cosas obscuras hasta entonces se le hacían despiadadamente claras; ya no cabían dudas ni ilusiones.

Aquellas explicaciones crueles eran la única respuesta que encontraba á su larga y no satisfecha curiosidad de muchacha.

Aquellas páginas impresas, que no volaban como las palabras ni se desvanecían como las sonrisas, que ella había destruído en un ejemplar, pero existían en otros mil, aquellas páginas infames eran un documento de la miseria humana, de su propia miseria.

Un libro obsceno le daba la clave del misterio que en vano había perseguido, interrogando á sus propios estremecimientos medrosos y pudibundos, á las ajenas reticencias malignas.

¿Y era aquello el innoble secreto que mantenía á los hombres unidos á las mujeres? ¿Era aquello el amor?

Un pensamiento sutil y profundo la martirizaba más que todos: Egidio.

Cuando su imagen vino á mezclarse con las reminiscencias lascivas, tuvo la mayor vergüenza de su vida. Parecióle ver arrastrarse por el fango cuanto había de sagrado en el mundo. Era la profanación del afecto más noble; era el altar que se derrumbaba, el ídolo que se hacía polvo. Ruborizose á solas de sí misma, y se apoderó de ella una tristeza, un dolor como si hubiese perdido para siempre una persona adorada.

En todo aquel día no pudo ver á nadie con la cabeza levantada; tenía horror á sus semejantes.

Por la noche, al encerrarse en su dormitorio, se hizo la ilusión de poder librarse de la pesadilla; pero el íncubo llegó á ser aún más violento.

Mientras se desnudaba, asaltábanle curiosidades brutales. Parecía que las páginas infames se habían adherido á su piel, formando, como la túnica de Neso, una envoltura de fuego dentro de la cual se retorcía.

Cayó de rodillas desesperada, recitando maquinalmente las oraciones que sabía, uniendo el nombre de Egidio al de la Virgen, con una necesidad ardiente de olvidar.

Acurrucándose debajo de los cobertores, desfallecida, evocó las puras visiones de su amor: el encuentro en la capilla, las reuniones en la iglesia; la primera cita en la ventana, bajo la lluvia torrencial, que ninguno de ellos sentía; ¡y aquellos besos de cielo, en los cuales creía ella entregar el alma!

Poco á poco iba apaciguándose. Una dulzura melancólica la mecía, la consolaba. Egidio había sido sincero siempre; no la había engañado, no la había hecho traición nunca, no había aparentado ser mejor de lo que era. ¿Qué más puede pedirse á los hombres?

¿Sentía entonces una ternura extraordinaria al compadecerle, al comprenderle en las flaquezas de su sexo? El reciente dolor le hacía verter sangre del corazón; pero de aquella misma herida subía á las más nobles idealidades de su pensamien-

to una lástima piadosa, una conmiseración hacia esta humanidad doliente y bestial, un delicado instinto de perdón. Y de tanto barro surgía más fuerte y puro el cariño que en el corazón llevaba y que sabía era correspondido.

Cerró los ojos resignada, suspirando levemente.

Aún la agitaba de pronto un extremecimiento, pero también fué disipándose bajo la modorra del sueño; hasta que el afán de los suspiros, cada vez más leves, llegó á indicar que el pensamiento se adormecía.

XXII

La tierra estaba árida, quemada por el sol que había estado dando en ella todo el día. Las plantitas del jardín, mustias, dejaban caer las hojas; las flores, casi todas cerradas, caídas sobre el tallo, parecían exhaustas ya de fuerzas para exhalar olores. Sólo en el ángulo de un arriate comenzaba á entreabrir su cáliz de colores ingratos y de embriagador arome un geranio nocturno.

Poco tiempo hacía que Teresa cultivaba esta flor singularísima, pero con especial interés; maravillándose y casi complaciéndose en verla tan fea y tan perfumada, tan modesta, que nunca se abría antes de ponerse el sol.

Iba desde la casa, con una regadera en la mano, cansada ella también y exhausta cual sus flores, sintiendo sobre sí el insoportable calor de aquel día de Julio. Detúvose un momento echando una ojeada en derredor, asustándose ya de la fatiga que le esperaba al regar todos aquellos arbustos.

Cogió con lentitud la bocamanga y la levantó, primero la izquierda y después la derecha, descubriendo el principio del antebrazo, delgado, sin mirarlo, con una resignación dolorosa.

Llevaba puesto un pobre vestido amarillento, que le sentaba mal. Lo sabía, pero no se le daba un ardite. Odiaba los trajes, la moda.

Las pocas veces que se miraba en el espejo recibía una im-

presión ingrata, y eso la irritaba contra todos los adornos, que ya eran inútiles.

No era aún fea. A aquel rostro simpático, enflaquecido por los sufrimientos, pero no deformado, sólo le faltaba un rayo de felicidad. Como todas las puestas de sol, para lucir, sólo hubiera necesitado de un cielo sin nubes.

La pasión por las flores habíale entrado aquel año, acogiéndola Teresa como una distracción en el gran aislamiento que la rodeaba.

Desde seis meses á la fecha, yacía enfermo su padre en un sillón. Aquel coloso fué acometido por un ataque apoplético que le dejó paralizadas las piernas y las manos. Teresa tenía que vestirle, desnudarle, echarle en la cama y darle de comer lo mismo que á un niño. Ya no salía de casa, por haberse quedado sola (pues Ida habia obtenido una plaza de maestra en la Italia meridional); y desde entonces, decían algunos, el recaudador había comenzado á entristecerse y á perder la salud.

Casi todas las tardes el doctor, que se había hecho amigo, iba á pasar media hora con el enfermo. Teresa aprovechaba esa media hora para salir al jardín.

—¿No ha concluído usted aún? — gritó desde debajo del pórtico la voz fresca y varonil del médico.

—Ha hecho tanto calor hoy, que las plantas están sedientas—respondió Teresita sin levantar la cabeza.

—Debiera llover.

Estaba junto á Teresa, que se apresuró á bajarse las mangas.

—Y sin embargo, quizá no esté lejos la lluvia.

Miraron ambos al aire. Teresa había apoyado la regadera sobre la arena del sendero y estaba derecha, con los brazos caídos, con una expresión de fatiga que afilaba sus facciones.

De los arriates regados iba desprendiéndose el olor á tierra húmeda, agudo, sensual, rompiendo la sequedad de la atmósfera. Y todos los seres animados que había en el suelo, orugas, gusanillos, desplegaban su vitalidad reanimada por aquellos pocos hilillos de agua.

El aire abrasaba todavía, pero poco á poco iba cruzándolo un vapor suave, como una caricia.

—¡Qué buen olor! ¿No es verdad?

Ella dijo que sí, distraída, sintiendo penetrar por todos sus poros una irresistible necesidad de vivir. Su atonía no era más que aparente.

Miraba á la tierra, que iba embebiéndose poco á poco, y á las flores, que se alargaban frescas, surgiendo de los terruños.

El doctor hablaba con aquella voz varonil que hacía estremecerse á Teresita. Su pensamiento estaba lejos; pero la habitual corriente magnética, de un magnetismo puramente físico, hacíala estar atenta á las palabras del joven. Con los ojos bajos, veía de refilón sus largos bigotes castaños, que se agitaban levemente, proyectando una sombra sobre la blancura intensa de la barba.

Pensaba Teresa:

—¡Si estuviese *él* aquí!

Unía el alma del ausente á las sensaciones materiales de aquel momento.

El doctor experimentaba tal vez algo semejante: presente con el cuerpo, tenía algo lejos la imaginación. Fijaba la mirada como quien tiene ante sí una visión, y con su caña de Indias trazaba en la arena caracteres incomprensibles. Sin saber de qué modo había comenzado, resultó hablando de amores.

—En los dramas y en las novelas de otro tiempo encontramos á menudo esta situación: Una mujer se cae al agua, un hombre la salva, se aman. Pero ¿cómo? ¿Qué saben ellos de eso? ¿Han probado á entenderse en los largos silencios donde habla el corazón? ¿Han llorado, han reído juntos? ¿Saben siquiera cómo comen, cómo duermen, de qué modo se regocija su espíritu y hasta qué punto vibran sus nervios? Difícilmente la belleza que impresiona es la que retiene. El amor, el verdadero amor, nace de un conjunto de circunstancias, de afinidades íntimas y continuas. Es cierto modo de mirar, de sentir,

de exponer las ideas; es un mohín de los labios, la voz, el gesto, la forma de la mano, el olor de la piel. Es la atracción prolongada de los cuerpos, en virtud de la cual cuanto más cerca están más quisieran estarlo; es el cambio rápido y completo de los pensamientos; es el experimentar juntos la misma sensación, fundirse, completarse uno á otro en un arrobamiento progresivo del alma y de los sentidos...

—¡Es verdad, es verdad!

Con los ojos cerrados, apoyada en el tronco de un árbol, Teresa continuó murmurando: «¡es verdad!» Sentíase mecida por aquella voz, casi adormecida en su eterno sueño de amor; mientras la tierra circundante le enviaba fuertes y salvajes emanaciones y se erguían opulentas las flores; y hierbas y hojas, todos los tallos, todas las matas exhalaban olores en la húmeda frescura del crepúsculo, aljofaradas por las recientes gotitas del riego.

—... El amor es la mirada que vuela rápida cual una flecha, es la palabra que los labios apenas pronuncian balbucientes, es el deseo que la emoción paraliza...

—¡Verdad, verdad!

Teresita sentíase desfallecer en un rapto de voluptuosidad, con la delicada excitación de aquella voz masculina que hablaba de amor.

El joven calló bruscamente.

Había entrado la noche, fresca, dulcísima, llena de caricias. Refulgían en el cielo las primeras estrellas; el geranio nocturno daba al aire su intenso aroma, casi carnal, tendiendo sus ramas hacia la argentada luz; y en aquel silencio caían las gotas lamiendo las corolas, deslizándose por los tallos, cayendo en tierra con un pequeño ruído seco que turbaba á los moscardones en su primer sueño y hacía huir despavoridas á las luciérnagas de flor en flor.

Cuando el joven volvió á hablar, su voz había cambiado. Dió las buenas noches deprisa, aferrado á un pensamiento que le había ocurrido en la dulzura tentadora de aquella noche.

Saludó sin mirar siquiera, y desapareció en la obscuridad del pórtico.

Estremecióse Teresa, apretó los dientes, cerró los ojos; y suspirando y levantando los brazos por encima de la cabeza, los estiró con un abandono al cual respondieron gimiendo todas sus fibras.

. . . . . .

En la sala baja, en el húmedo y obscuro gineceo, el señor Caccio terminaba sus días, recluso en el diván donde la señora Soave había pasado tan gran parte de su vida quejándose dulcemente con los ojos dirigidos al cielo.

Concluía derrotado, vencido en sus mayores energías, con la tristeza de tener que implorar la compasión ajena, desprovisto ya de todo poder, á merced de la única hija que junto á él había quedado.

Y aquella hija no era la predilecta; hasta habíala desconocido á menudo, haciéndola víctima de su despotismo.

Se hallaban frente á frente, solos, con todo un pasado que los separaba, con la indestructible amargura de los dolores sufridos. Callaban: pero en el silencio de la hija había quizá una acusación, en el del padre un remordimiento; y más que un remordimiento, para aquel carácter soberbio, la humillación de deberla una prolongación de la existencia.

Observábala á veces con una ira sorda, otras con repentino impulso de ternura.

Teresa estaba tranquila. No exageraba las demostraciones de cariño: era atenta, dócil. Cumplía sus obligaciones sin entusiasmo y sin apatía, con seriedad.

Pero toda su marchita juventud parecía agarrada á aquella casa, en torno suyo, en aquellas paredes que la vieron de niña, donde había ido cayendo cada día, cada hora, como de una clépshidra, un rayo de su belleza; donde había presenciado en el transcurso de los años la lenta evolución de su familia y de sí misma.

Miraba su pasado de igual modo que hubiera mirado el de

otra persona, evocando á la Teresita de los quince años, tan alegre el día que salió para Marcaria, por aquel camino largo, lleno de sol, inacabable, por donde el cochecito de Orlandi corría en medio de una nube de polvo. Pensándolo otra vez, parecíale una profecía: pasó junto á ella, huyendo.

¡Ah, cómo hubiera querido recomenzar la vida, ahora que la conocía mejor!

Cuando le asaltaba esta amargura, consumíase con una melancolía aguda, con una tristeza que la revolvía toda, hasta en sus pesares lejanos, hasta en los deseos más celosamente custodiados y que creía ella domados para siempre.

¡Cuán largas y penosísimas transcurrieron así las horas del padre y de la hija, siempre juntos, graves, soportando con altivez el peso de sus deberes, arrastrando la odiosa cadena de los hábitos, de los afectos impuestos!

Una carta de Carlitos vino á dar el último golpe á los dos seres que aún representaban la mansión de la familia Caccia. Anunciaba lacónicamente el joven su matrimonio con la hija de su hospedero, á la cual había seducido. Ni una palabra de excusa, ni un acto de deferencia á la autoridad paterna. ¡Nada! Era la voluntad brutal de un hombre libre, que no necesita de nadie.

El señor Caccia se afectó por ello de un modo que daba lástima.

Llamado el médico, por empeoramiento del enfermo, dijo en el acto que no podría resistir aquel golpe.

En efecto, siguió empeorando, y á principio del otoño, habiendo perdido ya el habla y la memoria, falleció por parálisis del corazón.

En la ciudad todos creyeron que Teresita se iría á vivir con sus hermanas, pero Teresa no se movió.

Asistió á su padre hasta el postrer suspiro, le colocó en el ataud, le veló muerto, lloró en el instante de sacar el cadáver. Y después reanudó sus costumbres tranquilas, vagando cual una sombra por la casa desierta.

En vano algunas personas, como el doctor, la jueza, las vecinas Ridolfi, probaron á hacerla salir, á proporcionarle distracciones. Rechazó cuanto le propusieron, tan serena y tan fría, que acabaron por juzgarla insensible.

—¡Pobrecita!—pensaba la jueza.—Ha sufrido tanto, que se le ha endurecido el corazón y ya no siente nada.

Después, como último recurso, valiéndose de su antigua amistad, tocóle un día al amor propio y le dijo:

—Temo que te asemejes de veras á la Caliope. Nunca sales, tienes la casa cerrada á piedra y lodo..... Anda, ponte á hacerme señas de burla..... á ver si sabes.

Pero también por esta parte se mostró invulnerable Teresita. Una sonrisa seria, hondamente melancólica, era su respuesta á todo y á todos.

Pasaron dos meses.

En los últimos días del año, recibió una carta de Egidio. Estaba enfermo, pobre, sin ayuda de nadie. Le escribía, como pudiera hacerlo un hijo á su madre, con una fe sin límites.

Teresa hizo muchas reflexiones acerca de aquella carta, muchas meditaciones, y no durmió en toda la noche, y al siguiente día volvió á reflexionar y á meditar.

No viéndola la jueza, fué á visitarla. La encontró en su dormitorio, rodeada de vestidos y ropa blanca, puestos en desorden sobre los muebles, con un baul abierto en el suelo.

—¿Qué veo? ¿Te decides al cabo á irte á casa de los de Luminelli?

Teresa no respondió al pronto: estaba muy preocupada. Pero al cabo de un momento, cogió las manos á su amiga y hablando muy quedo, le dijo con gravedad pensativa:

—Me ha escrito.

La jueza no comprendió al pronto. Desde unos seis ú ocho meses antes, no se había mentado entre ellas el nombre de Orlandi. Por lo mismo, no ocultó su asombro, sino que, por el contrario, lo acentuó más.

—¿Ha vuelto á escribirte? ¿Qué quiere?

—Nada.

La señora del juez meneó la cabeza. Teresa añadió entonces.

—Está enfermo.

—¡Ah!

—Y solo.

La jueza esta vez no pronunció ni una sílaba.

Hubo luego un breve silencio doloroso.

Teresa doblaba un traje sobre la cama, dando la espalda á su amiga. Con rapidez, como se saca una muela, dijo:

—Mañana me voy.

Y volvióse, con el vestido encima del brazo.

Cruzáronse las miradas de ambas mujeres. La jueza había comprendido.

Calló por un momento, mientras Teresa arreglaba el baul. Cuando hubo terminado, por simultáneo impulso, se apoyaron las dos en la cama, serias y conmovidas:

—¿Has reflexionado?

—Sí.

—¿Y estás resuelta?

—Resuelta.

La jueza acudió al sarcasmo, diciendo con fría sonrisa:

—¡Vas á hacer de enfermera!

—Lo que Dios quiera—respondió Teresa.

Entonces replicó la otra:

—¿Qué pensarán tus hermanas, tu hermano?

Encogióse de hombros.

—¿Y la gente?.....

—¡Oh! la gente.....

Y se sonrió con su sonrisa melancólica, á la cual fué á añadirse un asomo de ironía.

—Por último..... ¿y si me hiciesen observaciones, á mí que soy tu amiga?

—Bueno: dirás á los curiosos que he pagado con toda mi vida este momento de libertad. Resulta bastante caro, ¿no es cierto?

Volvió á sonreirse y se alisó con las manos (dos manitas de

cera amarilla) los cabellos, que empezaban á perder los reflejos castaños.

La jueza permaneció con ella casi todo el día.

A la mañana siguiente, vestida de negro á causa del luto, con un velo que casi la ocultaba el rostro, Teresa cerró la puerta de su casa.

Su amiga, fiel hasta lo último, estaba junto á ella.

—¡Hasta la vista, hasta la vista! ¿Sabes?

—Esperemos,—respondió Teresa con acento profundo, impresionada ya con los misterios del futuro.

Don Juan Boccabadati, envuelto en un abrigo de pieles, asomó la cabeza por una ventana. Teresa recordó el día en que él también se había marchado con el sol y con las golondrinas, en una mañana de primavera.

—¡Mal día vas á llevar!—dijo la jueza.

Teresita miró al cielo con indiferencia, y dirigióse á la estación con su amiga.

Antes de entrar en la sala de espera se detuvieron aún algunos instantes para saludarse, para renovar la promesa de escribirse.

En el momento de salir Teresa por la puerta, después de haber presentado el billete, su amiga se arrojó sobre ella, abrazándola. Quería decirle aún alguna cosa, pero enmudeció en el abrazo. Se miraron intensamente, sin proferir ni una sola palabra.

—¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

La jueza corrió á la empalizada que cerraba la vía férrea. Llegó á tiempo de verla por última vez. Saludáronse con la mano y con los ojos, mientras fué posible. Después cesó de flotar el negro velo de Teresita en la ventanilla del coche. Arrancó el tren.

Nevaba.

NEERA.

FIN.

LEYES HISPANO-ROMANAS GRABADAS EN BRONCE

LA EPIGRAFÍA Y LOS EPIGRAFISTAS EN ESPAÑA

En la primavera de 1889 se vió sorprendido el autor de estas líneas por la grata visita del ilustre epigrafista y profesor alemán Dr. D. Emilio Hübner, benemérito de nuestra patria por haber recogido con incansable perseverancia, y comentado con envidiable sagacidad, todas las inscripciones hispano-romanas en la obra monumental que bajo el título de *Corpus inscriptionum Latinarum* publica la Real Academia de Berlín. Con su acostumbrada cortesía, díjonos el Sr. Hübner que deseaba copiar las inscripciones que como marcas de fábrica se leen en los ladrillos romanos del Museo Arqueológico Nacional; pero calló con prudente reserva el principal objeto de su venida á España. Como anteriormente la había ya visitado, para escudriñar nuestros tesoros epigráficos, que constantemente se acrecientan, á nadie pudo extrañar dicha venida; pero el verdadero fin de ella se cuidó de revelarlo á las personas que nos ocupamos de estas cosas otro epigrafista insigne, y español, el doctor don Manuel Rodríguez de Berlanga, en su obra *El Nuevo bronce de Itálica*, obra que de Real orden se imprimió en Má-

laga en 1891. Según esta verídica referencia, el profesor Hübner tuvo conocimiento en Diciembre de 1888 del hallazgo, casualmente ocurrido dos meses antes en tierras de Santiponce, de una tabla de bronce cubierta por una de sus caras con una larga leyenda. Las antigüedades en España (esto no lo dice el Sr. Berlanga, pero lo sabemos todos los arqueólogos), desde que se adquieren hasta que pasan á manos de un coleccionista inteligente ó á poder de un Museo público, llevan una existencia llena de peligros, desde el de ser bárbaramente destruídas hasta el de transponer la frontera. El bronce epigráfico recien descubierto estaba, pues, en peligro. Mas por fortuna, el señor Hübner, con una alteza de miras que le honra, se puso de acuerdo con su amigo y nuestro el Sr. Berlanga, que no había tenido noticia del hallazgo hasta Enero de 1889, para dirigirse á Sevilla, el primero desde Berlín y el segundo desde Málaga, con el fin de reunirse allí en un día fijo del mes de Mayo, y juntos poder entonces examinar la tabla, que se guardaba con singular misterio. Lo que sucedió es muy curioso: al Sr. Hübner se le consintió ver el bronce y calcar su leyenda; pero al Sr. Berlanga no se le dejó «ni aun echar una rápida mirada» sobre él, y hasta «fué quitado de enmedio» tan pronto como se supo que tal persona estaba en Sevilla. El Sr. Hübner indemnizó á su amigo de tan injustificados desaires dándole á conocer el texto epigráfico y comunicándole «el pensamiento que venía acariciando de que monumento tan importante no saliera de España por concepto alguno, yendo á aumentar las riquezas epigráficas de nuestro Museo Arqueológico Nacional.» (El *Nuevo bronce de Itálica,* p. 11).

Para conseguirlo vino el Sr. Hübner á Madrid, y sin pérdida de tiempo se fué á ver al Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, confiando fundadamente en que el amor por las ciencias históricas y la prestigiosa influencia de tan esclarecido patricio conseguirían lo demás, como así fué en efecto. Ocupaba á la sazón el poder el partido liberal. El Sr. Cánovas hubo de dirigirse al Sr. Conde de Xiquena, Ministro de Fomento, é hizo

venir á Madrid al Dr. Berlanga para que, como persona competente y única en España que conocía el texto, pudiera atestiguar su importancia, con lo cual y con el informe de la Academia bastó para que á mediados de Julio se adquiriese *el bronce de Itálica* para nuestro Museo Nacional, en la cantidad de 25.000 pesetas.

La historia de esta adquisición tiene por sí bastante elocuencia para demostrar á los lectores la suerte que, en general, siguen en España las antigüedades, y especialmente los monumentos epigráficos, pues como estos no tienen el atractivo del arte, y por otro lado en este país, por tanto tiempo educado en el horror á lo escrito, por aquello que reza el bárbaro adagio de que *la letra con sangre entra,* las piedras «con letreros» están siendo todavía material aprovechable para construcciones *urbanas,* que por ese solo hecho no merecen tal apelativo; y los bronces ¡Dios sabe cuántos se habrán destruido por quienes no serían capaces de percatarse de que tenían letras ó de lo que éstas pudieran decir! Siempre que se halla una moneda, una escultura, una pieza cerámica, hay alguien que al fin lo adquiere y lo conserva; pero las joyas y las inscripciones, las primeras porque la codicia inculta las arroja al crisol y las segundas porque la ignorancia las destruye ó las acomoda á *mejor* destino, corren gran peligro, aún hoy en que hay quien viaja desde Berlín por conocerlas y hombres de cultura bastante para imponer á la Nación el rescate de sus tesoros históricos. Por desgracia, la mayoría de las gentes, de la clase que se llama ilustrada, dan á los monumentos epigráficos el despreciativo nombre de *pedruscos*, y creen que sólo inspiran interés á los *inútiles* sabios que se llaman arqueólogos. Hasta el humorismo se ha entretenido en zaherir á la Epigrafía y á sus cultivadores con el ridículo cuento de las cuatro eses y otros absurdos, que en todo caso probarán el daño que han hecho á las ciencias históricas algunos necios.

El mal que señalamos no es de ahora; es antiguo y *endé-*

mico en nuestro país, como lo demuestra la historia de muchas inscripciones halladas y perdidas repetidamente. Citaremos un ejemplo. El estudio de la Epigrafía, y por consiguiente el afán de copiar las inscripciones, data en España del siglo XV, pues de esta fecha son las dos colecciones epigráficas más antiguas, la del *Antiquissimus,* y la del *Antiquus*. En el siglo XVI, el más fecundo en esta clase de investigaciones, prosiguieron la tarea con noble emulación humanistas tan esclarecidos como D. Antonio Agustín, el Beneficiado de Ledesma, Gaspar de Castro, el cronista Florián Docampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita y el Conde de Guimerá, D. Gaspar Galcerán de Castro, entre otros. Pues bien, el citado D. Antonio Agustín, cuando fué Opispo de Tarragona (1576 á 1586), reunió é hizo empotrar en los muros de la galería baja de su palacio varias lápidas antiguas, entre ellas una, curiosa porque expresa que Lucio Minicio Aproniano (edil quinquenal, duumviro y cuestor quinquenal de la Colonia de Tarragona, y flamen del Divino Trajano, según otra inscripción de que dió cuenta, al propio tiempo que de la primera, el Sr. Hernández Sanahuja en el *Museo español de antigüedades,* II, p. 405), mandó en su testamento erigir una estatua de plata de quince libras de peso al genio de la Colonia de Tarragona; es decir, que contiene un dato interesante para la historia del culto tarraconense y otro para la historia del arte. Esta inscripción desapareció á fines del siglo XVII; reapareció en Abril de 1800 entre los cimientos de una casa; al reconstruir ésta fué colocada en el antepecho de una ventana; desapareció nuevamente y después de dos años de pesquisas para encontrarla consiguió dar con ella y transportarla al Museo local el Sr. Hernández Sanahuja, que, según dice, la halló en la bodega de aquella casa, sirviendo de sostén (!¡) á las cubas que allí se guardaban.

En las numerosas notas con que el Sr. Hübner encabeza en el *Corpus* las inscripciones recogidas, se hallan á cada paso indicaciones como estas: 2.117 (en Arjona) *en el alcázar dentro*

del algibe de Santa María.—2.129 (en Porcuna) *á mano izquierda á raíz del suelo, sirviendo de un antepecho en un arriate, las letras del todo consumidas.*—2.150 (en Cañete de las Torres), *á la entrada de la casa del Santero, á mano derecha, sirviendo de poyo.*—2.187 *En el Carpio, en la iglesia, en la pila del agua bendita;* etc., etc.; y lo que más desconsuela es que muchas de estas notas están tomadas de los diligentes compiladores de pasados siglos, porque las inscripciones se han perdido y sólo queda de ellas la copia, cuya exactitud es imposible comprobar. Por casualidad suelen parecer algunas de las muchas que dejó perder la incuria nacional. Hace tres años, D. Antonio Vives y el autor de estas líneas tuvieron la fortuna de encontrar, cuando menos lo pensaban, en el castillo-palacio de las Navas del Marqués, construído á principios del siglo XVI por el primer ostentador de ese título, D. Pedro de Ávila, nueve inscripciones, cuidadosamente colocadas por la diligencia y el celo de un humanista de pasados tiempos, en el zaguan, galería alta y baja del patio y en los gruesos del muro de una ventana de la sala principal; y remitidos al Sr. Hübner los calcos de estas nueve inscripciones, resultó que cinco de ellas, cuatro de Mérida y otra de Caparra, habíalas él ya incluído en el *Corpus,* copiándolas de Florian Docampo, por no saber que existieran; y las otras cuatro, de procedencia también emeritense, por lo menos tres, eran completamente desconocidas.

El haber aprovechado las piedras con inscripciones como sillares en la construcción de iglesias y casas rurales ha sido, enmedio de todo, beneficioso; porque así se han conservado, aunque deteriorándose por espacio de siglos, y la solicitud de algún arqueólogo ó aficionado puede conseguir que pasen á enriquecer el Museo local, ya que hoy y desde hace mucho tiempo no hay hacendados que traten de imitar á los humanistas pudientes del siglo XVI.

***

Las gentes (ó sea la mayoría de los españoles) que tienen por ínfimas antiguallas los inscripciones, no saben que estos son precisamente los testimonios más auténticos de la Historia, más aún que las referencias de los autores antiguos, por lo mismo que son coetáneas de los sucesos pasados y el reflejo fiel de ellos. A seis mil llega ya el número de las conocidas de la antigüedad romana. Entre las perdidas de que hacen referencia dichos antiguos escritores se cuentan *actas,* ó sea tratados de Roma con Cartago, Sagunto y Ampurias, con Asdrúbal; el de Graco el mayor con los celtíberos, y los trofeos que erigió Pompeyo Magno cuando terminó la guerra sertoriana. Las *actas* existentes son edictos del Pretor Lucio Emilio Paulo, vencedor del Rey Perses, relativo á la *turris Lascutana* del año 189 antes de Jesucristo; el de Claudio Quartino, legado imperial de la Tarraconense del año 119, encontrado en Pamplona; leyes municipales, decretos de patronato y hospedaje; documentos relativos al culto, alguno curiosísimo porque es una lista de adornos pertenecientes á una estatua de Isis (la diosa egipcia, adorada también por los romanos) que existió en *Acci* (Guadix), y documentos privados. Más numerosa la serie de las inscripciones llamadas en latín *tituli,* comprende los epígrafes de obras públicas y privadas, en los que se hallan nombres geográficos, indicaciones de origen ó destino de las murallas y puertas de las ciudades, de los mercados, pórticos, basílicas ó casas de contratación; tiendas, como carnicerías y tabernas; lugares de espectáculo, como circos, teatros y anfiteatros; las llamadas columnas miliarias, por medio de las cuales han podido trazarse con bastante exactitud en el mapa de la España antigua las magníficas *vías* ó calzadas que establecieron en la península aquellos ingenieros incomparables; inscripciones terminales, que servían para marcar las fronteras de las colonias, municipios, establecimientos militares, etc.; aras dedicadas á dioses y templos; dedicaciones á los emperadores; epígrafes honorarios de los que se ponían al pie de las estatuas de las deidades ó de personajes; la serie interesantísima de las

inscripciones referentes á los ejércitos enviados á España para dominarla; otra serie epigráfica no menos importante, que da numerosas noticias de la Administración provincial, los magistrados que ejercían los cargos públicos, las colonias y poblaciones; las inscripciones sepulcrales, en las que, además de los nombres propios, edad, etc., se hallan indicaciones de la patria de los difuntos, particularidad no frecuente en los epígrafes de Italia y de las demás provincias romanas; y por último, las inscripciones puestas á título de marcas de fábrica ó con otro valor en objetos de oro, plata, bronce, plomo, hueso y barro.

Estas someras indicaciones, tomadas del libro que el señor Hübner escribió en castellano bajo el título *La Arqueología de España* (obra preciosa para los investigadores, y que fué premiada en el certamen Martorell de Barcelona en 1877), bastarán para indicar que la historia más verdadera y completa, puesto que comprende desde las creencias, las instituciones y los sucesos políticos, hasta las costumbres, los usos y los títulos y nombres de las personas; todo eso que se puede llamar la historia externa é interna de la sociedad hispano-romana, con sus caracteres peculiares y sus rasgos locales más desconocidos, está en las inscripciones.

Sobresalen entre éstas, por su excepcional importancia, por su extensión, y hasta por la materia en que están trazadas, las leyes municipales y coloniales y algún otro documento análogo, todos los cuales se conocen con los nombres de bronces de Osuna, de Málaga, de Salpensa, de Itálica, de Bonanza, etcétera. En todos estos bronces los textos están escritos, mejor dicho, grabados con trazos gruesos, en letras capitales, y en las leyes, ó sea en los bronces de Osuna, Málaga y Salpensa, están divididos en columnas iguales, sucediéndose por numeración correlativa las rúbricas ó capítulos. Unas tablas conservan íntegro, otras en fragmentos, su marco ó moldura, complementos decorativos de esos monumentos legales, que debieron estar expuestos en los muros del foro de cada una de

las indicadas ciudades romanas, sin duda con el fin eminentemente práctico de que sirviesen á los naturales para constante recordación de sus deberes y derechos. Ninguna otra invención que esta de grabar en bronces inmortales sus disposiciones jurídicas, caracteriza mejor al pueblo que se distingue en la Historia por la institución del Derecho. La mejor parte de dichos bronces, seis tablas, es lo recientemente adquirido por el Gobierno en la suma de 100.000 pesetas, para enriquecer el Museo Arqueológico Nacional, y esta adquisición, que el Museo señala en sus fastos con piedra blanca, nos ha dado la mejor oportunidad para poner al público al corriente de los tesoros epigráficos de España y de los estudios realizados en el vasto campo de la Arqueología literaria.

Esos seis bronces han formado durante algunos años el Museo particular del señor marqués de Casa-Loring, en Málaga, y han sido publicados é ilustrados de un modo verdaderamente magistral por el doctor Rodríguez de Berlanga, en libros nunca sacados á la venta, por deliberado propósito de su autor, sino regalados por éste á contadas personas, y que se titulan *Los bronces de Osuna, Los nuevos bronces de Osuna, Estudios sobre los dos bronces encontrados en Málaga á fines de Octubre de 1851, Ensayo de una nueva versión castellana del bronce Salpensano, Monumentos históricos del Municipio flavio malacitano* (á lo que deben añadirse dos láminas litográficas, en gran tamaño, cuyos nombres respectivos, *Aeris salpensani* y *Aeris Malacitani,* indican bien el contenido) y *Los bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel.*

Los bronces malacitano y salpensano fueron hallados juntos, en Octubre de 1852, á las afueras de Málaga, hacia la parte Norte, en el barranco llamado de los Tejares, por dos trabajadores que sacaban barro para una fábrica de ladrillos inmediata. Estas tablas contienen sendos fragmentos de dos decretos municipales otorgados por Domiciano hacia los años 81 al 84 de nuestra era, para *Malaca* y *Salpensa*. El bronce malacitano comprende, en cinco columnas, los capítulos 51 al 69 del

decreto, cuyos epígrafes correspondientes declaran el contenido, á saber: del nombramiento de candidatos para las dignidades de duumviros, ediles y cuestores, celebración de los comicios, curias en que correspondía votar, personas que debían llevar cuenta de los comicios, modo de efectuar las votaciones, remedio en los casos de empate, juramento de los elegidos; y después, de los arrendamientos de tierras, de las fianzas y multas, y, en fin, de la administración de fondos públicos. El bronce salpensano comprende, en dos anchas columnas, los capítulos 21 al 29 del documento respectivo, y sus epígrafes anuncian las disposiciones referentes al privilegio de la ciudadanía romana, del derecho del prefecto, del juramento de los duumviros, ediles y cuestores al comenzar á ejercer sus cargos, de la manumisión de los siervos ante los duumviros y de la dación de tutor. Ambas tablas, la primera de $1^{m},285 \times 0^{m},940$, y la segunda de $0^{m},930 \times 0^{m},750$, con su escritura regular y clarísima, con su marco de severa moldura y su patina verde claro, son hermosos monumentos arqueológicos, admirables hasta por lo perfecto de su conservación.

Los bronces llamados de Osuna por ser el campo inmediato á esta villa el lugar de su hallazgo, contienen varios capítulos ó rúbricas de la ley dada por el Dictador Julio César hacia el año 44 antes de Jesucristo á la *Colonia Genetiva Iulia,* ley que debió ser grabada, según los Sres. Hübner y Berlanga, al final del siglo I, hacia la época de Vespasiano.

Pecaríamos de prolijos si pretendiéramos dar aquí cuenta de los puntos que comprende esta ley municipal, en la que se trata también de los magistrados y de los comicios, del culto y de las sepulturas, de la administración de justicia y de las propiedades rústicas, etc., etc. Los bronces en cuestión, son cinco: tres que adquirió en 1871 el señor marqués de Casa-Loring y dos que compró el Gobierno en 1876 para el Museo Arqueológico, donde al fin se reune la serie. Desgraciadamente, ésta no se halla completa en lo que se refiere al texto, ni es del todo correlativa, pues las dos tablas adquiridas en

1876 comprenden los capítulos ó rúbricas 61 al 82 de la ley, mientras que las Loringianas comprenden en dos tablas desde el final de la rúbrica 91 hasta la 104, y en la última tabla desde la rúbrica 123 hasta el principio de la 134. Dicho texto se halla dispuesto á tres columnas por tabla, menos en la última, que está á dos y que es también más pequeña que las demás: sólo mide de longitud 0^m,690, mientras que las otras cuatro tienen unos 0^m,940, y todas de ancho unos 0^m,600. Esta última tabla ofrece también diferencia con las otras en la dicción, pues hay en ella numerosas interpolaciones, de donde deduce el Sr. Berlanga que no fué grabada al tiempo que las otras cuatro, «hacia el año 75 de Jesucristo, en que Vespasiano, siendo Censor de su hijo Tito, dió el derecho del Lacio á toda la España,» sino que hubo de pertener «á una tercera edición» (las otras supone que pertenecen á una segunda) hecha después de la indicada fecha, antes quizá de la muerte de Domiciano. (*Los Bronces de Lascuta*, págs. 480 á 483.)

Fijándose tan sagaz comentarista en que viene á contener unas diez rúbricas cada tabla, calcula que falta una entre las dos primeras y las dos correlativas Loringianas; que entre la segunda y la tercera de éstas falta otra, y que para el completo deben faltar seis del principio y una del fin, lo que da un total de catorce.

Catorce se dijo en un principio que eran las encontradas, y, al hacerse cargo de ello, escribe el mismo Sr. Berlanga: «Luego que he visto al que las ha encontrado, me he afirmado en la idea de que acaso posea más de las que hasta ahora ha mostrado, y que han de ser completamente falsos cuantos datos haya dado sobre el lugar del hallazgo, á no ser que le tenga hasta la saciedad explorado.» (*Los nuevos bronces de Osuna*, págs. 16 y 17.) La ocasión de ver al sujeto que las había encontrado, se la dió el viaje que, para conocer las dos tablas que después compró el Gobierno, hizo á Osuna en 1875, es decir, unos cinco años después del hallazgo. Efectuóse éste del 1870 al 1871, y su noticia adquirió desde luego, por lo

visto, el carácter *misterioso* que, por perniciosa y nefanda tradición, procuran darle los sujetos á cuyas manos depara tales hallazgos la negra suerte de las antigüedades españolas. Compró entonces el señor marqués de Casa-Loring dos tablas, que, por lo visto, fueron las únicas cuyo hallazgo declaró el poseedor, y luego otra, siendo muy de notar en ese primer poseedor el modo peregrino de ir mostrando en el transcurso de cinco años esos bronces, partes de un todo, hojas de un libro, que juntos tienen á todas luces más valor que separados; lo que prueba á qué extravíos conduce la mísera ignorancia cuando se aconseja de la codicia. Si fueron catorce las tablas encontradas, habrá que pensar á estas fechas (aun dada la intermitencia de tales manifestaciones), que nueve debieron ser bárbaramente destruídas, seguramente antes de que el poseedor llegase á comprender que aquello podía tener un valor *metálico*. Acaso tardó en descubrir ésto más que en descubrir las tablas; pero fué, seguramente, su segundo error, pues supuso que valían una exorbitancia, por lo que, desatendiendo las ofertas del señor marqués de Casa-Loring respecto de las dos tablas que le quedaban en 1875, se dirigió al extranjero, «sometiendo la venta—dice el Sr. Berlanga en el prólogo de su citado libro *Los nuevos bronces de Osuna*—á una especie de licitación por correspondencia, reservándose el decidirse por el mejor postor como término de sus aspiraciones, y llevando su deslealtad, según se aseguraba, hasta el punto de hacer suscribir las ofertas por uno de sus hijos, para no verse obligado á nada más que á lo que pudiera convenirle.» Y á punto estaba de conseguir su objeto tan *buen* negociante como *buen* patriota, percibiendo 30.000 pesetas de manos de un extranjero, cuando, en Agosto de 1876, sabedor el Gobierno (que presidía el Sr. Cánovas del Castillo) de lo que ocurría, comisionó con urgencia al Sr. Rada y Delgado para que adquiriese los *nuevos bronces*, lo que solamente pudo conseguir éste haciéndose acompañar á Osuna del distinguido arqueólogo sevillano, presbítero D. Francisco Mateos Gago, el diputado provincial

por dicha villa D. Cayetano Negro, y el Alcalde de la misma, D. Ventura Galbán, á quienes llamó telefónicamente el Gobernador de Sevilla, D. Antonio Guerola, y los cuales, con su influencia y autoridad, pudieron *reducir* al vendedor á que en dicha cantidad cediese los dos bronces al Museo Nacional, venta que se efectuó mediante escritura pública. (Véase la monografía titulada *Los nuevos bronces de Osuna*, suscrita por los señores Rada é Hinojosa, é inserta en el *Museo Español de Antigüedades,* t. VIII, pág. 115). El deseo de completar en lo posible la serie de las tablas inspiró entonces la idea, que puso en práctica el citado arqueólogo Sr. Gago, de hacer excavaciones en Osuna, sin otro resultado que el hallazgo de un pequeño fragmento de una de las tablas recién adquiridas y algunas otras antigüedades que vinieron á enriquecer el Museo Arqueológico Nacional.

El más pequeño de los seis bronces del museo Loringiano, es el llamado de Bonanza, que fué descubierto por el año 1868 en las inmediaciones del puerto de Sanlúcar de Barrameda, y contiene un fragmento del formulario de un pacto fiduciario.

Estos seis bronces, los dos ya citados de Osuna, el de Itálica (trozo de un senado, consulta sobre juegos gladiatorios), mencionado al principio, el de Audita (parte del texto de un pacto de hospitalidad) y el de Río Tinto (dedicación al emperador Nerva por el procurador de aquellas minas), son los once monumentos histórico jurídicos que hoy posee el Museo Arqueológico Nacional; y para que pueda juzgarse de su importancia bastará consignar, bajo el testimonio de Hübner, que de todas las naciones modernas que fueron provincias del Imperio romano, España es la única de cuyo suelo se han desenterrado restos auténticos de textos legales.

No es posible hablar de las adquisiciones de esos bronces, que cuestan á la Nación 155.000 pesetas, cantidad que no parecerá excesiva á las personas conocedoras del valor de las antigüedades, sin citar el nombre ilustre de D. Antonio Cáno-

vas del Castillo; y de hoy en adelante, no es posible recordar aquellos beneficios reportados á la cultura patria, ni recordar al protector más decidido, más entusiasta y más eficaz que han tenido nuestras ciencias históricas y especialmente el Museo Arqueológico Nacional, sin deplorar la trágica muerte de tan esclarecido hombre de Estado, por quien todavía viste luto nuestro infortunado país. Por embargado que tuvieran al Sr. Cánovas las exigentes atenciones de la política, siempre tenía un momento que dedicar á la Historia, al Arte y á la Arqueología. Su último hecho en este respecto basta para pintar la cultura no común que poseía y la atención que le merecía la del país. Porque tanto, ese último hecho del insigne patricio fué la adquisición de los bronces Loringianos, y pasó del modo siguiente: Dijeron al Sr. Cánovas que el señor marqués de Casa-Loring acariciaba la idea de vender los bronces; pero que, en atención al estado financiero de la nación, alguien había considerado absurdo ofrecérselos al Gobierno.

—¡Absurdo!—exclamó el Sr. Cánovas al oir esto.—Lo absurdo sería no adquirir esos monumentos.

Mandó en seguida preguntar el precio y dió prontas facilidades para la realización del pensamiento.

***

Es indudable que sin la iniciativa y la influencia de los hombres de Estado, no es posible se acrecienten los Museos; pero éstos no vivirían tampoco si los hombres de ciencia no dedicaran sus esfuerzos al estudio de las obras que nos han dejado los pueblos y las generaciones que pasaron, ó que produce la Naturaleza.

La Epigrafía en España ha tenido cultivadores ilustres entre los humanistas primero, los anticuarios y viajeros después, que tan alto colocaron el nombre de nuestro país. Dignos

continuadores de ellos son los epigrafistas que hoy podemos señalar en nuestros fastos científicos: el Sr. Rodríguez de Berlanga, el P. Fita, cuya incesante labor se encuentra en el *Boletín* de la Academia de la Historia, y sobre todo el gran colector de nuestros epígrafes, el profesor Hübner. Este, por lo colosal de su trabajo y por ser extranjero, y el Sr. Rodríguez de Berlanga por el retraimiento voluntario en que se mantiene, son las dos figuras que inspirarán más interés á los lectores.

D. Manuel Rodríguez de Berlanga, de cuyas obras queda hecha mención, y también de su noble afán por conocer nuestras joyas epigráficas, á despecho de los rústicos guardadores de las mismas, vive en Málaga, alejado, por sistema, de la vida oficial, y aun casi de la vida literaria, á pesar de los estímulos que de vez en cuando le ha dirigido su buen amigo el Sr. Cánovas del Castillo. Consagrado á la ciencia por la ciencia misma, los libros que escribe, libros que sólo por el esfuerzo que supone la erudición encerrada en sus páginas revelan un trabajo asiduo, de mucho tiempo, dálos á la imprenta, mas, según queda dicho, no para ponerlos á la venta, sino para regalarlos á los amigos, lo que sin duda les ha quitado toda la publicidad que merecen y que todo producto de las prensas parece reclamar. En la personalidad del Sr. Berlanga descúbrese al humanista, humanista á la manera clásica ó sea como Antonio Agustín y Antonio de Nebrija, de cuya cepa española son él y el P. Fita los únicos representantes.

En cuanto al Sr. Hübner, la historia de los orígenes de su obra *Inscriptiones Hispaniæ latinæ,* obra verdaderamente titánica, es por extremo curiosa. Vino Hübner á España por vez primera en 1860, y permaneció en nuestro país hasta 1861.

Discípulo del insigne Mommsen, y comisionado por el Rey de Prusia, vino á estudiar nuestras antigüedades, y especialmente á coleccionar copias y calcos de las inscripciones romanas. La tarea era enorme, abrumadora, capaz de poner miedo en el ánimo más esforzado. Pero Hübner era entonces muy jo-

ven, y, así que empezó á escudriñar nuestras bibliotecas y ver en los libros y manuscritos de los humanistas lo vasto del campo que intentaba trillar, sin arredrarse acometió la empresa con una serenidad de juicio y una perseverancia tenaz, tan germánicas, que le permitieron redactar en ocho años el segundo volumen del *Corpus*, y sin abandonar el hilo de semejante trabajo, á pesar de los muchos que sobre él pesan como profesor de la Universidad y miembro de la Academia de Berlín, ha publicado hace pocos años el suplemento á dicho volumen, y continúa publicando apéndices interesantísimos, en los que recoge las nuevas inscripciones que se van descubriendo y le comunican los numerosos amigos corresponsales que tiene en España. Pero su viaje fué una Odisea. Porque Hübner no se contentó con repasar nuestro tesoro literario en la parte que le interesaba: esto para él era no más que un trabajo preliminar, sino que para buscar las inscripciones mismas, los originales, que entonces éstos no estaban todavía recogidos en los Museos, le fué forzoso viajar por casi todo el país, á la sazón atrasado, y donde, por lo mismo, la presencia de un extranjero excitaba la curiosidad general, á veces importuna y nada benévola entre la gente del campo. Había que buscar las inscripciones, no tanto en las ciudades, donde la cultura insuficiente no se cuidaba de coleccionarlas, sino en los pueblos, en los caminos, en los despoblados, donde la seguridad personal era harto dudosa hasta para los nacionales. Sucediéronle al animoso epigrafista lances pesados, que hubieran hecho desistir de su empresa á otro menos dispuesto ó de fe más tibia en el resultado. En más de una ocasión, y escarmentado de otras, hubo de pedir á los alcaldes de los pueblos que le acompañase la Guardia civil á lugares no tan faltos de vecinos como de malhechores ó mal intencionados.

Una vez, en Cartagena, quiso calcar una inscripción que estaba en paraje muy alto, en el castillo. Hübner calcaba y calca las inscripciones como todos los epigrafistas, por el procedimiento que del nombre de su inventor, Mr. Lottin, se

llama *Lotinoplastia*, y que consiste en aplicar sobre la lápida cuya reproducción se desea, un papel sin cola, mojado, y después de adaptarle cuidadosamente, y oprimirle con un paño, *(el pañuelo epigráfico,* que nos decía el mismo Sr. Hübner en una ocasión en que le ayudábamos á sacar unos calcos en el jardín del antiguo Museo), dar sucesivos y secos golpes con un cepillo, hasta conseguir que el papel se introduzca en los huecos de las letras, que después de secos queden marcadas en él con todos sus detalles. La citada inscripción de Cartagena estaba muy alta. Para alcanzar á ella le fué preciso pedir una alta escalera en la iglesia más próxima, y como el aire impedía retener el papel sobre la lápida, fué menester que los monaguillos de la iglesia le mantuvieran desde abajo con las cañas de encender las lámparas.

¡Con tal pena hizo Hübner muchos de sus calcos!

Tiene Hübner un ojo tan ejercitado, que yendo á El Escorial, por el tren, con D. Aureliano Fernández Guerra, poco antes de llegar á Villalba, iban recreándose con el paisaje, cuando de pronto exclamó, señalando á una piedra:

—¡Aquello es una inscripción!

Y con efecto, fueron luego Hübner y su amigo al lugar indicado y vieron que la piedra era un ara dedicada á Marte, y más lejos hallaron otra con análoga dedicación. Ambos monumentos fueron transportados á los pocos días á la Biblioteca Nacional, y hoy se hallan en el Museo Arqueológico.

José Ramón Mélida.

PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

PERÍODO DE TRANSICIÓN DEL ABSOLUTISMO AL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL

I

MEDIDAS TOMADAS POR GODOY CONTRA LAS INSTITUCIONES VASCO-NAVARRAS

Los eminentes servicios que habían prestado á la Nación las Provincias Vascongadas y Navarra, salvando á Castilla de las invasiones francesas, los olvidó el Duque de Alcudia, ofuscado, como el Conde-Duque de Olivares, por la obsesión de una dictadura sin freno, y se propuso destruir el régimen foral de las Provincias Vascongadas.

Ya hemos visto con cuánta complacencia daba oídos á las patrañas del auditor Zamora, y para preparar el terreno en su obra de nivelación, encomendó al Canónigo D. Juan Antonio Llorente, persona de indudable talento, pero de escaso sentido moral, la tarea de revisar los archivos y de recopilar los materiales para dar á la estampa sus célebres *Noticias históricas de las tres provincias vascongadas,* obra que refutó en 1807 D. Francisco de Aranguren y Sobrado, Consultor del Señorío de Vizcaya, si bien se llevó la arbitrariedad hasta el punto de prohibir la impresión del tomo II de su *Demostración del sentido de las autoridades citadas por Llorente.*

No entra en nuestro plan engolfarnos en estas materias, proponiéndonos, además, huir cuidadosamente en el curso de este estudio de escribir un alegato en favor de nuestro país natal, procurando, por el contrario, inspirarnos en miras levantadas y en un sentido de recta imparcialidad y de acendrado afecto compartido entre la Patria española y la tierra eúskara.

Disfrutaba á la sazón el Reino de Navarra, entre sus Fueros, los de *sobrecarta* y de *promulgación*. Consistía el primero en la necesidad de someter las Reales cédulas y provisiones al pase del Virrey con el Consejo, pero después de oir á la Diputación permanente; si se concedía la *sobrecarta*, desatendiendo su dictamen, tenía varios recursos para reclamar contra el agravio y negar el servicio; el de *promulgación* tendía á robustecer el poder parlamentario, constituyendo ambos precauciones de distinta índole para contener al Poder ejecutivo en sus invasiones. Pero el Príncipe de la Paz, obedeciendo á los mismos móviles anteriormente indicados, acometió también en Navarra la obra de unificación por la Real orden de 1.° de Setiembre de 1796, en la que dispuso «se llevasen á efecto y observasen allí las Cédulas que se dictasen para Castilla, ínterin una Junta de personas competentes examinaba las pretensiones de aquel reino, y el origen, causa y motivo de sus fueros». (1)

La rivalidad y la discordia eran durante los siglos pasados el estado normal de las relaciones dentro de una misma región, entre pueblos limítrofes y aun entre distintas parcialidades de cada villa ó ciudad, y quizás por efecto del vigoroso individualismo de la raza eúskara, se mantuvo, á pesar de sus virtudes y cualidades, muy acentuada la tirantez ó la lucha entre las principales corporaciones vizcaínas. Terminadas las

(1) *Historia de la Legislación y recitaciones de Derecho civil de España*, por D. Amalio Marichalar y D. Cayetano Manrique. Navarra, sección IV, cap. III.

cruentas guerras de los banderizos que asolaron el país vasco en las últimas centurias medioevales y aun en el primer período de la Edad Moderna, comenzó otra contienda muy viva, aunque de carácter más pacífico, entre las villas y la tierra llana.

Fundóse Bilbao por D. Diego López de Haro con una Constitución municipal amplia y expansiva, que la convirtió rápidamente en centro populoso y mercantil, y mal avenidos los propietarios territoriales con la prosperidad creciente de la villa enclavada en la región marítima del Nervión, y muy celosos de sus viejas franquezas, inclinaron al Señorío á disputarle la mayor parte del término jurisdiccional, logrando, como fallo de pleitos seculares, dejar constreñido á Bilbao dentro de un perímetro extremadamente mezquino é insuficiente para su futuro desarrollo.

En este antagonismo crónico entre la villa murada, asiento natural de las artes y oficios, de la industria y del comercio, y por otro lado del régimen solariego y semi-feudal del infanzonado, sirvió á la primera de poderoso auxiliar la *Casa de Contratación* ó *Consulado de Bilbao*, creado por los Reyes Católicos, institución célebre que con sus fecundas iniciativas aplicadas á las obras de mejora de la ría y á la redacción de las famosas Ordenanzas mercantiles, echó los cimientos de la futura prosperidad de la capital vizcaína. En pugna con su desenvolvimiento se creó en Miravalles, ó sea en la orilla del mismo Nervión, otra villa rival; se limitó la representación de Bilbao en el Congreso foral al nivel de las aldeas más pobres, extremando en ocasiones el rigor, hasta privarla de asiento en las Juntas generales; la rivalidad con la tierra llana se manifestó en varias asonadas populares, pero á consecuencia de los cuantiosos gastos originados por la guerra contra la República francesa, estalló un conflicto de extremada gravedad, como epílogo de tan antiguas disensiones.

A los sacrificios enormes hechos por Vizcaya durante la invasión de Moncey, vino á unirse un pedido extraordinario

de 3,48 millones de reales, como parte alícuota reclamada al Señorío en el repartimiento de 300 millones de contribución extraordinaria echada á todo el Reino, y al crearse algunos nuevos impuestos para cubrir las deudas contraídas, surgieron grandes desabrimientos entre las corporaciones vizcaínas.

Para formar juicio en este linaje de asuntos, conviene oir á ambas partes, siendo el documento más notable de los cargos dirigidos al Concejo y al Consulado de Bilbao, el discurso exposición leído por el gran agitador y alma de aquel movimiento, D. Simón Bernardo de Zamácola, en la Junta de Guernica, celebrada en Julio de 1804 (1).

Pintó la apurada situación del Señorío, pobre de recursos, con la propiedad territorial recargada de tributos, consumida por la guerra hasta la plata de las iglesias, acosado de deudas contraídas con la Corona y los particulares, é imposibilitado de cumplir sus obligaciones mientras «Bilbao, rico *por su comercio exclusivo contra toda justicia*, aumentaba cada día sus recursos y agotaba las fuentes de la prosperidad del país; porque no sólo impedía que éste buscase el socorro para sus urgencias en una ú otra imposición sobre los objetos mercantiles, sino que aún dificultaba la recaudación de otras imposiciones territoriales ó personales. Varios amantes de nuestra patria iban descubriendo estos males y oponiendo algunos diques á su continuación y progreso, pero un acaso proporcionó el medio y *la ocasión fatal para Bilbao, y otro tanto dichosa para el país entero.*»

Aludía á los conflictos derivados del cupo pedido por el Gobierno en la mencionada contribución. La Junta de Merindades proyectó el establecimiento de varios arbitrios, obteniendo la Real aprobación, pero la Villa de Bilbao y el Consulado se opusieron á la cobranza de algunos impuestos. Reclamaron contra el gravamen de 6 por 100 sobre las utilidades de los

(1) *La cuestión del Puerto de la Paz y la Zamacolada*, por D. Camilo Villavaso.—Apéndice V.

comerciantes, prefiriendo, por razones de diversa índole y principalmente por guardar la debida reserva en las operaciones mercantiles, el encabezamiento en una cantidad alzada. También impugnó el Señorío con viveza los derechos cobrados por el Consulado, sobre todos los géneros que entraban por la barra de Portugalete, y el peaje impuesto por el Concejo de Bilbao con Real autorización, á todos los carros y caballerías que transitaban por la Villa, para resarcirse de los daños y perjuicios sufridos en la inundación de 1801.

II

EL CONFLICTO DE LA ZAMACOLADA

Consideró la Diputación oportuno el momento *para sacudir el yugo insoportable,* iniciando al efecto el proyecto de fundar á expensas del Señorío, en término de Abando y contigua á Bilbao, otra población dotada de un puerto grandioso, erigido con el propósito de absorber el tráfico comercial de la comarca.

Esta fué la señal de una guerra á muerte entre las Comunidades vizcaínas, y de un pugilato vergonzoso para alcanzar los favores de Godoy, es decir, del mayor enemigo de los fueros vascongados. Zamácola regalaba un millón de reales para las bodas del Príncipe de Asturias, haciendo otros gastos considerables á cuenta del país, y llevaba el servilismo hasta conseguir que por Real orden se bautizase con el título de *Puerto de la Paz* el nuevo fondeadero, y con los nombres del *Rey, la Reina* y *el Príncipe*, las plazas principales marcadas en el grandioso plano de la futura población, y á su vez la Villa de Bilbao, lanzada á la porfiada competencia, nombraba su Alcalde al Valido y ofrecía dos millones de reales por la anexión de una parte de los terrenos de la Ante-

iglesia de Abando, á fin de hacer abortar el maquiavélico plan forjado por sus enemigos.

No somos partidarios de los monopolios, y si se hubiera tratado de fomentar el tráfico mercantil de Bermeo, de Lequeitio, la ría de Guernica ú otros puertos del litoral vizcaíno, hubiera merecido aplausos el proyecto; pero resultó vituperable la gestión del escribano de Dima en la forma agresiva planteada, siendo impolítico el empleo de todos los recursos y de las fuerzas del Señorío en la anulación de Bilbao y de su célebre Consulado. Es posible que no careciesen de algún fundamento ciertos cargos dirigidos á la Junta de propietarios y á los comerciantes de la Villa, de egoísmo y tacañería en el pago de tributos, y esto hubiese autorizado las reclamaciones oportunas ante el Poder Real para conseguir la equidad debida en los repartimientos, pero nunca se debieron gastar las energías de Vizcaya, tan necesitada de la unión de sus hijos, en esta empresa desacertada y poco viable.

Es preciso desconocer la condición humana para suponer que los grandes intereses acumulados en Bilbao se habían de resignar á sucumbir sin extremar la defensa. Zamácola llegó al apogeo de la gloria en la Junta memorable de Guernica con su notable discurso; pero las complacencias con Godoy le impulsaron no sólo á hacer el espléndido donativo mencionado, que originó bastantes censuras, sino á proponer el plan de milicias locales con carácter permanente, harto parecido al servicio militar, siempre repugnado en el país vascongado.

Había á la sazón gran disgusto en Vizcaya por la insistencia con que el Gobierno de Carlos IV exigía la contribución extraordinaria, de la que los vascongados se consideraban exentos, y la implantación de los duros procedimientos de la ley de Vagos contribuían también á excitar la indignación popular, «creyendo descubrir en el plan militar que hizo votar Zamácola una especie de servil y vergonzoso pacto con la Corona para desatender y en cierto modo traicionar los intereses del país, explicándose, por tanto, que estallase la bomba.

Diéronse al olvido los servicios pasados, y enfriándose las alegrías recientes, se trocaron violentamente en antipatía y aversión los sentimientos de gratitud inspirados por el autor del plan» (1).

Empezó á manifestarse en Begoña el descontento popular contra los apoderados de las Juntas que aprobaron tan vidriosa novedad; cundió la agitación á Abando—en donde detuvieron las turbas al Corregidor y á los Diputados—y á otros pueblos de Vizcaya, logrando los alborotados la convocatoria de nuevas Juntas para revocar los acuerdos tomados anteriormente, pero no alcanzaron los sucesos de la *Zamacolada* tanto desbordamiento de las pasiones, ni dieron ocasión á los crímenes y venganzas de otras asonadas anteriores, gracias á la intervención eficaz de patricios tan altos como el Teniente General D. José D. Mazarredo y el ex-Ministro D. Mariano Luis de Urquijo. Aparece en la obra del Sr. Villavaso la ingenua y leal vindicación escrita por el Padre de Provincia D. José María Murga, testigo presencial de aquellos acaecimientos, trazada con elegante estilo y espontaneidad: documento que arroja mucha luz para conocer la historia de la algarada de 1804.

No guardaron proporción los tumultos del mes de Agosto con el aparato de fuerza desplegado por el Príncipe de la Paz para reprimir el desorden. Llegó á Bilbao el Brigadier San Juan con un Cuerpo de tropas y el Juez Comisionado regio don Francisco Durán, quien procesó á grandísimo número de personas de todas clases y condiciones, figurando á la cabeza las principales de Bilbao. Se les condenó con extremado rigor y suspicacia á fuertes penas pecuniarias ó corporales, y tanto á la Villa como á las anteiglesias que dieron algún contingente á la alteración se les impuso elevadas multas, amén de la costosísima carga de sostener el Ejército durante varios años. Tanto en la correspondencia oficial como en la dureza de los

(1) Villavaso: *La Zamacolada*, V.

castigos se comprobó la doblez y la inquina del Príncipe de la Paz contra la más importante de las poblaciones vizcaínas.

Juzgando el Sr. Villavaso con calma y frialdad el proyecto patrocinado por Zamácola, Ibáñez de la Renteria, Aranguren y algunos otros vizcaínos que no eran hombres vulgares ni adocenados, opina «que sería injusto y contrario á la verdad negar ahora que el plan del nuevo puerto fué original, atrevido, importante y con elementos serios de realización».

La intervención que como Ingeniero y Alcalde de Bilbao nos ha correspondido tanto en el proyecto de Ensanche, como en su planteamiento en la misma vega de Abando, en donde intentaron levantar una nueva población en el comienzo de la actual centuria, nos induce á juzgar como fantástica é irrealizable la idea patrocinada por Zamácola, aun reduciéndola á más modestas proporciones. Ha contado el novísimo barrio con las inmensas ventajas del progreso realizado en noventa años, en el vecindario, la riqueza, los medios de transporte, la industria y el comercio, y no obstante, se ha resentido la urbanización de los terrenos anexionados á Bilbao de ciertas rencillas y resistencias locales, y calcúlese lo que hubiera sucedido entonces. En pugna completa con la Villa y el Consulado, con las Ordenanzas draconianas aprobadas para la edificación, los obstáculos de las leyes forales para la inmigración de gentes extrañas, y sin capitales ni espíritu mercantil en los promovedores de tan magna empresa, ¿cómo era posible improvisar, aun con el concurso del Señorío, aquella vasta ciudad compuesta de una red extensa de canales, de muelles, plazas, alamedas y calles, ni levantar las manzanas de casas del magno proyecto?

Derrocado el antiguo régimen con la Constitución de Cádiz, recuperó la anteiglesia de Abando la plenitud de su autonomía municipal; desapareció en 1848 el odiado Consulado, y á pesar de la supresión de los privilegios mercantiles que antes molestaban á las anteiglesias vecinas á Bilbao, no realizaron éstas ninguna clase de obras para fomentar el tráfico

marítimo hasta la anexión á Bilbao, realizada en 1870. En resumen: el espíritu de discordia fomentado por algunos vizcaínos trajo grandes males sobre el país, y el disgusto que la asonada produjo al Príncipe de la Paz debió contribuir á exacerbar sus tendencias contrarias al régimen foral. D. Fidel de Sagarminaga coincidió con este juicio, calificando de *Delenda* el decreto dictado por las Juntas contra la Villa. «Por él se sacaron las diferencias entre las Corporaciones del recto camino de la defensa contra pretensiones que pudieron ser exorbitantes, para convertirlos en guerra implacable y casi de exterminio, á riesgo de dejar los destinos de Vizcaya á merced de los que habrían de aprovecharse de nuestras discordias para destruir los fundamentos de la constitución del país.» (1)

El Gobierno patrocinaba la publicación de las *Noticias históricas*, de Llorente y, al efecto, ordenó en 1805 que se franqueasen los archivos del Señorío al Alcalde mayor, y en 1807 comisionó al Consejo de Castilla para «que examine los Fueros y privilegios de Vizcaya y exponga si conviene confirmarlos *si fueren efectivos* y no ofendiesen á la Majestad, ó derogarlos si resultasen ficticios ó perjudiciales. También su real ánimo está enterado por lo que se ha escrito últimamente, que semejantes fueros ó no han existido ó no son de la calidad que quieren sus naturales».

A consecuencia de los deplorables sucesos de la *Zamacolada* se barrenó el régimen foral con el nombramiento de un Comandante militar que asumía las funciones de Presidente de la Diputación, Gobernador político y Alcalde de la Villa de Bilbao, estableciéndose, además, la Capitanía de puerto contra lo dispuesto en el Fuero de que no habría en Vizcaya Almirante ni oficial suyo; pero proclamado Fernando VII á consecuencia del motín de Aranjuez, acudió á presentarle sus homenajes en Vitoria la Diputación, en Junio de 1808,

(1) *Régimen foral*: tomo VI, capítulo II.

y consiguió del Rey la confirmación de los Fueros y que derogase las novedades introducidas por Godoy, restableciendo las cosas en el estado en que se encontraban antes de aquellos disturbios.

III

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

No pudieron ser más bochornosos los preludios de aquella explosión del entusiasmo nacional, cuyas energías se manifestaron en la gloriosa *Iliada Española*. La traidora entrega de las plazas fuertes de Cataluña, Navarra y las Provincias Vascongadas á las tropas de Napoleón; el motín de Aranjuez, la abdicación de Carlos IV, que dejó la Corona española y sus derechos al arbitrio del Emperador, puesta en vigor por el Consejo Real y por las Chancillerías, las autoridades civiles y militares del Reino; el viaje de Fernando VII al encuentro de Napoleón y su marcha á Francia; la constitución en Madrid de la Suprema Junta de Gobierno, presidida por el Infante D. Antonio, reconociendo como Lugarteniente general al Gran Duque de Berg, y la convocatoria por ambos de un Congreso en Bayona, compuesto del clero, la nobleza y el estado general para tratar de la felicidad de España, parecen sucesos inverosímiles y novelescos.

Apenas se concibe que una nación tan altiva y guerrera como España se humillase de tal modo sin protesta ni resistencia, hecho inaudito que sólo puede atribuirse al aturdimiento é incapacidad de las personas encargadas á la sazón de dirigir la nave del Estado. Y produjo tal desmayo la orfandad de España que, descorazonados no pocos buenos patriotas con la vergonzosa fuga de la Familia Real, abrazaron la causa del invasor, convirtiéndose en *afrancesados,* y así se tradujo en

desdichada guerra civil lo que sólo debió revestir el carácter de repulsión unánime contra el extranjero.

Todas las provincias de España enviaron sus Diputados á la Asamblea, incluso el Señorío de Vizcaya, en donde el descontento contra Godoy y Caballero fué grande en las postrimerías del reinado de Carlos IV, pero nada influyó esta circunstancia en favor de los franceses, puesto que se manifestó bien pronto la opinión contraria, constituyéndose en Bilbao, el 6 de Agosto de 1808, una Junta gubernativa formada por los Diputados forales, el Alcalde, los regidores, presbíteros y otras personas principales. Se pronunció por Fernando VII y designó sin tardanza, como delegación suya, la Junta de guerra, presidida por el Mariscal de campo Zarauz, y compuesta del Comandante de Marina y varios oficiales del Ejército y de la Armada, la cual prestó juramento *con vestido de ceremonia,* ocupándose en la organización de dos batallones.

No se hizo esperar la llegada de las tropas francesas, que penetraron en Bilbao después de un sangriento combate, entregándose durante algunas horas al pillaje, al saqueo y á las más cruentas violencias. Sucumbieron en la lucha muchos patriotas exaltados ó pundonorosos en extremo, pagando con la vida el intento temerario de defender la plaza, entre otros, D. Luis Power, oficial de artillería, á quien se llamó el Daoiz de Vizcaya por su heroico comportamiento.

El Capitán general D. José Mazarredo abrazó el partido de Napoleón, y habiéndole encomendado el Ministro O'Farril, en nombre del Rey José, la convocatoria y presidencia de las Juntas, se trasladó á Bilbao, en donde las congregó al amparo de las bayonetas francesas; anatematizó en el discurso inaugural «la insurrección, movida por unas cuantas malas cabezas sin honor, que arrastraron á la hez del pueblo para constituir la anarquía. No hay que vacilar: el Emperador no cejará en la determinación de que su augusto hermano José se siente en el trono de España. Ejércitos formidables están ya muy cerca para llevar de un cabo á otro la empresa. Y si

la desgracia hiciese que se extremase la resistencia, todo el territorio comprendido desde la frontera hasta Santoña y la línea del Ebro, formaría parte integrante de Francia. Esperamos que no suceda así, sino que España en su integridad, y tal vez con creces, goce del dulce gobierno de un Rey padre, laborioso, sabio, prudente y justo como José Napoleón.»

Notóse en la Junta la ausencia de varios apoderados, á quienes impuso Mazarredo fuertes multas, y aun cuando los congregados dieron muestra de forzada docilidad, no consiguió con toda su elocuencia y prestigio cambiar los rumbos del sentimiento público, que correspondía al de las otras regiones del Reino, esperando los vascongados el remedio de los males del país de un Gobierno nacional, y no del Rey intruso. Vivió la Diputación de Vizcaya agobiada por las atenciones militares y en una situación difícil, por la proximidad á Francia y su repugnancia en secundar los planes de los afrancesados, quedando disuelta, así como las de Guipúzcoa y Alava, en Marzo de 1810, y reemplazadas por los Consejos provinciales.

El General Porlier envió en la primavera de 1811 un emisario á Vizcaya, con el encargo de explorar la actitud de los Diputados forales depuestos, que respondieron al patriótico llamamiento en cuanto fué posible organizar la lucha, y en el año inmediato se constituyó la Diputación interina, preparándose tres batallones de á 1200 plazas y un escuadrón de caballería, que mandaba Renovales. Presidió el General Mendizábal las Juntas que se celebraron en Bilbao, en las que resignó sus poderes la Comunidad del Señorío, procediéndose al nombramiento del nuevo Gobierno vizcaíno, que hubo de instalarse en Orduña como punto adecuado para proseguir la campaña y burlar la persecución de los invasores. Los Diputados forales designados por aclamación fueron los Generales Castaños y Mendizábal, probándose así la íntima unión entre el sentimiento del país vascongado y los guerreros de la Independencia.

El comportamiento de las tres Provincias y Navarra fué ejemplar en aquella epopeya. Por dos veces cortó el pueblo en Vitoria los tirantes del coche que en 1808 conducía al Rey cautivo á Francia, y en aquella lucha gigantesca, mantenida con indomable energía, las proezas de Mina, Manso, Jáuregui *el Pastor,* Renovales, Longa, Echévani, Aristegui, etc., como activos auxiliares de los Generales Porlier y Mendizábal, abatieron en numerosos encuentros las águilas imperiales. La lucha sin tregua ni descanso de los célebres guerrilleros, sus frecuentes sorpresas y las duras refriegas sostenidas con indómita perseverancia contra los enemigos de la Patria española, contribuyeron muy eficazmente al éxito alcanzado, y así lo reconoció D. Antonio Cánovas del Castillo en el célebre prólogo de *Los Vascongados,* al consignar «que la campaña de 1813 se sostuvo, principalmente, por los voluntarios eúskaros, quienes demostraron su valor en Munguía, Ampuero y Castro.»

Condujéronse también los catalanes como buenos españoles, é irritados contra los franceses desde su traidora ocupación de las plazas fuertes, comenzaron la campaña el somatén de Sampedor y los tiradores de Sallent, derrotando en los desfiladeros del Bruch á las tropas del General Schwartz, victoria que enardeció la fogosidad del paisanaje, lanzándole á la lucha formidable por la Independencia. Napoleón I promulgó en 1810 un decreto segregando Cataluña de la Corona de su hermano José para incorporarla al Imperio francés; pero fué vano el intento, por hallarse definitivamente borrada en el Principado aquella inclinación.

Los hombres de Estado ingleses nos hicieron más justicia que sus escritores militares. Decía lord Caning en 1810 que no dominaba el Ejército francés más que las fortalezas y cantones, por no encontrar sino obstinado descontento, venganza premeditada, resistencia indomable y odio á muerte; «si España padece, en cambio cuesta á Francia esta guerra más que las sostenidas contra todo el resto de Europa», y Sheridan, jefe de la oposición, replicaba: «Bonaparte ha recorrido hasta

ahora un camino triunfal, porque ha tenido que habérselas con Príncipes y Gobiernos sin dignidad, y países en que el pueblo no se interesaba por el triunfo de la patria; ahora aprenderá lo que es una nación animada del espíritu de resistencia.»

Olvidando estos y otros muchos elogios de los publicistas coetáneos, se ha procurado desvirtuar los heroicos servicios prestados por España para abatir al Capitán del siglo; pero, por fortuna, el General Gómez de Arteche va terminando su magnífica obra intitulada *Guerra de la Independencia; Historia militar de España de 1808 á 1814*. Ha llenado con esta obra un vacío notorio al contestar punto por punto á los escritores extranjeros, tan desprovistos de caridad hacia los españoles, como pródigos de alabanzas para los suyos. D. E. Fernández San Román escribió en su notable prólogo: «Nuestros enemigos los franceses, á pesar de su arrogancia y de tratarnos con dureza, alguna vez lo hacen con respeto, y nunca mezclan el insulto y menosprecio á sus inexactitudes; nuestros amigos y aliados, los fríos ingleses, al consignar los más graves errores, nos niegan el sacrificio, nos disputan el triunfo sin ellos, y nos abruman con sus ofensas, con su petulante desdén y con sus agravios. Es llegado el tiempo de deshacer los errores y las acusaciones que dejó caer en sus despachos lord Wellington y lo que Napier escribió con mano harto ligera, y afirmó con el mayor énfasis y aplomo.»

¡Bien venida sea esta obra de reivindicación de nuestras legítimas glorias, reconocidas por Napoleón! Porque en el torcido empeño de los españoles de denigrar todo lo propio y de repetir como papagayos lo que aprenden de nuestras cosas en libros exóticos debidos á autores ensoberbecidos con prosperidades que, según la ley de la Historia, no han de ser eternas, estamos muy necesitados los españoles de escritores que den una dirección sana al sentimiento nacional, vigorizando la fe en los futuros destinos de la Patria.

IV

INFLUENCIA DE LA CONSTITUCIÓN DE CÁDIZ EN EL RÉGIMEN FORAL

En medio del estruendo de la lucha sublime mantenida con gran unidad de miras por las diversas regiones españolas contra las legiones del invasor, el insigne Jovellanos alzó su voz elocuente reclamando para la Nación abandonada por el Rey el derecho de proceder á salvarla. Triunfó su gran prestigio de todas las resistencias, y la Junta Central dictó en Mayo de 1809 un decreto prometiendo el restablecimiento de la representación legal de la Monarquía en sus antiguas Cortes. Consagró al mismo fin su eficaz propaganda el erudito escritor D. Antonio Capmany y Montpalau.

Reunidas las Cortes de Cádiz, la Comisión encargada de formular el proyecto de *Constitución política de la Monarquía española* lo presentó precedido de un notable y erudito discurso preliminar: consignaba que nada tenía su obra que no se encontrase del modo más auténtico en la legislación de los diversos reinos, consistiendo únicamente la novedad en el método adoptado para distribuir, ordenar y clasificar las materias, á fin de constituir un sistema fundamental provisto del debido enlace entre las antiguas leyes de España. Lo dispuesto en las de Aragón, de Navarra y Castilla en lo concerniente á la libertad é independencia de la Nación, á los fueros y obligaciones de los ciudadanos, á la dignidad y autoridad del Rey y de los tribunales, al establecimiento y uso de la fuerza armada y al gobierno de las provincias, se ordenaba conforme á los progresos alcanzados en Europa en estas materias.

La Comisión recordaba con dolor el velo que había cubierto en los últimos reinados la importante historia de nuestras

Cortes, las dificultades con que se tropezaba para adquirir sus actas «y el ahinco con que se prohibía cualquier escrito que recordase á la Nación sus antiguos fueros y libertades, hasta el punto de mirar con ceño y desconfianza á los que se manifestaban adictos á las antiguas de Aragón y de Castilla. Aunque la lectura de los historiadores aragoneses, que tanto aventajan á los de Castilla, nada deja que desear al que quiere instruirse de la admirable Constitución de aquel Reino, todavía las actas de Cortes de ambas Coronas ofrecen á los españoles ejemplos vivos de que nuestros mayores tenían grandeza y elevación en sus miras, firmeza y dignidad en sus conferencias y reuniones, espíritu de verdadera libertad é independencia, amor al orden y á la justicia».

Ensalzaba la Constitución de Navarra que, como viva y en ejercicio, no podía menos de llamar la atención del Congreso, por ofrecer su observancia un testimonio irrefragable en una de las más felices y envidiables provincias del Reino, en donde la voluntad del Gobierno hallaba un antemural inexpugnable en que iban á estrellarse sus órdenes y providencias cuando eran contrarias á la ley. En la fecha del dictamen—Diciembre de 1811—el Reino solía reunir las Cortes que, habiendo sido anuales como en Aragón en otras épocas, se celebraban entonces una vez en cada trienio, quedando encargada la Diputación en el intermedio de las legislaturas de ejercer la autoridad y ordenar la administración.

«Deliberan sin la asistencía del Virrey, y si convienen en el proyecto que se llama en Navarra *pedimento de ley*, pasa al Rey, que lo aprueba ó desecha. Aún en este caso pueden hacer *réplica* hasta llegar á un acuerdo, y de lo contrario, el Monarca resiste la promulgación. La *ley del servicio* ha de pasar por los mismos trámites, y ningún impuesto creado para todo el Reino de España tiene validez en Navarra hasta obtener la sanción de sus Cortes propias, que para conservar su autoridad absoluta llaman á cualquier contribución *donativo voluntario*. Las cédulas, pragmáticas, etc., no pueden ponerse en eje-

cución hasta conseguir de las Cortes ó de la Diputación el permiso ó *sobrecarta*. Este Cuerpo tiene extensas atribuciones tanto en el orden económico como en el político; la autoridad judicial es independiente del Gobierno, y en el Consejo de Navarra finalizan todas las causas, así civiles como criminales, sin que vayan las apelaciones á los Tribunales Supremos de la Corte, ni aun con el recurso de *injusticia notoria*. Gozan igualmente las Provincias Vascongadas de infinitos fueros y libertades que por tan conocidos no necesitan mención especial.

»Los españoles, que fueron libres antes de la reunión de Aragón y de Castilla, perdieron después la libertad, y el yugo se fué agravando de tal modo, que, últimamente, habíamos perdido—doloroso es confesarlo—hasta la idea de nuestra dignidad, si se exceptúan las felices Provincias Vascongadas y el reino de Navarra, que presentando á cada paso en sus venerables fueros una terrible protesta y reclamación contra las usurpaciones del Gobierno, y una reconvención irresistible al resto de España por su deshonroso sufrimiento, excitaba de continuo los temores de la Corte, que acaso se hubiera arrojado á dar el mortal golpe que amagó más de una vez á su libertad en los últimos años del anterior reinado, á no haber sobrevenido la revolución. Convencida, por tanto, del objeto de su grave encargo, procuró penetrarse profundamente, no del tenor de las citadas leyes, sino de su índole y espíritu; no de las que últimamente *habían igualado á casi todas en el yugo y la degradación, sino de las que todavía quedaban vivas en algunas de ellas*, y las que habían protegido en tiempos más felices la religión, la libertad, la felicidad y bienestar de los españoles; extrayendo, por decirlo así, los principios inmutables de su doctrina y sana política, ordenó su proyecto nacional y antiguo en la substancia, nuevo solamente en el orden y método de su distribución.»

Se promulgó el Código fundamental en 18 de Marzo de 1812 por la Regencia del reino, encabezándole en nombre de la Santísima Trinidad, y en su corto preámbulo repetía lo más

esencial de las consideraciones anteriores como base de la Constitución del Estado, dictada para promover la prosperidad y el bien de España. Pero surgió en su discusión la pugna entre las dos tendencias: la federativa, patrocinada por el primer Presidente de la Cámara, el catalán D. Ramón Lázaro Dou y D. Gaspar Jovellanos, que tendía á inspirar el renacimiento de la Patria en cuanto había de bueno y fecundo en la vida tradicional de sus regiones, y la unitaria, mantenida por los progresistas imbuídos en la enciclopedia francesa y más propensos á novedades. En este choque de ideas y sentimientos contrarios, prevaleció el prurito de imitación á nuestros vecinos, triunfando la tendencia niveladora, según Coroleu y Pellá, *por las intrigas de los Diputados americanos, cuya presencia fué fatal para España en las Cortes de Cádiz.*

Analizando el articulado de la Constitución, se observan las innovaciones siguientes: Se consignó la apremiante necesidad de modificar la división del territorio, adoptando el vecindario como base del sistema electoral; se reformó el procedimiento para nombrar los Concejales; admitióse en principio la unificación del Código civil y criminal en toda la Monarquía, pero con esta importante salvedad: «sin perjuicio de las variaciones que por particulares circunstancias podrán hacer las Cortes.» Todas las causas debían fenecer en las respectivas Audiencias, pero se estableció el recurso de nulidad ante el Tribunal Supremo de Justicia para el efecto de reponer los procesos y hacer efectiva la responsabilidad.

Decían aquellos legisladores que el régimen económico y administrativo de las provincias debía encomenderse á Corporaciones interesadas en la mejora y adelantamiento de los pueblos, constituyéndolas periódicamente por un sistema de libre elección. Con tal objeto creó el Código fundamental las Diputaciones provinciales, ó sea una institución algo parecida á las que con anterioridad regían en las Provincias Vascongadas y Navarra, y aún en Cataluña aunque con menos atribuciones. La Constitución de 1812 organizó aquellos Cuerpos

con el Jefe político, el Intendente y siete diputados designados por los electores, dictándose al efecto la Ley-instrucción en 23 de Julio de 1813.

En tiempo de Carlos III se deslindaron las facultades de las autoridades de las provincias, encomendando á los Intendentes el gobierno económico y á los Corregidores las funciones de policía y de la administración de justicia, estas últimas bajo las órdenes de las Audiencias. Así continuaron hasta la Constitución de Cádiz que, al consignar el principio de la división de poderes, separó las de orden judicial de las políticas y administrativas, creando en cada población un Jefe superior, que se llamó político hasta 1833, en que tomaron el nombre de Subdelegado de Fomento, cambiándose por el de Gobernador civil en el año siguiente. Estableció también el Código de 1812 la obligación de todos los españoles de pagar las contribuciones con arreglo á sus medios, *sin excepción ni privilegio alguno*, y el deber de acudir al servicio militar cuando lo dispusiese la ley. Por último, ordenó la traslación de todas las Aduanas del Reino á las costas y fronteras, aunque aplazando el planteamiento de esta medida hasta que las Cortes lo determinasen.

Del examen de cuanto antecede se deduce, que á pesar de las pomposas alabanzas prodigadas en el discurso preliminar al régimen privativo de las Provincias Vasco-Navarras, predominó en el texto de la Constitución el espíritu unitario, consignándose, empero, como atenuante en el camino nivelador, la salvedad de la legislación civil y criminal, pero no se determinó la posibilidad de adoptar temperamentos especiales para los países regidos con arreglo á sus antiguos fueros, cuando estaba aún tan reciente el Código fundamental votado en Bayona, en cuyo artículo 144 se admitió texativamente la facultad de establecer organismos diferentes para la administración de determinadas comarcas del Reino.

Don A. de Artiñano, diligente publicisca vizcaíno y poco afecto al nuevo régimen, consiguó con gran imparcialidad

que al hacer caso omiso del sistema excepcional de las Provincias Vascongadas lo hicieran aquellos legisladores sin sospechar siquiera que vulneraban un derecho respetable. «No culpamos á las Cortes de Cádiz por esta omisión; quizás no hubiera en ellas quien levantara su voz para recordar los derechos de los vascongados; acaso al penetrar por vez primera en el magnífico edificio de la libertad les deslumbrase su magnificencia» (1). A nuestro entender debió contribuir al contraste que se nota entre la salvedad del Código de Bayona y la omisión de Cádiz, la influencia decisiva de Urquijo como Ministro del Rey José, y la menor significación de los diputados vascongados enviados á Cádiz, porque aun en tiempos posteriores se vencieron varios escollos del régimen foral cuando brillaron en las esferas oficiales otros eúskaros de nota.

Al darse lectura en la Junta celebrada en Bilbao, bajo la presidencia del General Mendizábal, á la Constitución de 1812, hubo de reconocerse la íntima conexión de sus principios generadores con los que había inspirado el sistema secular del Gobierno de Vizcaya, y se acordó «tributarle el homenaje de obediencia y respeto»; mas á pesar de lo crítico de las circunstancias, surgió la alarma de si eran ó no conciliables los Fueros y aquel Código, resolviendo la Asamblea enviar á dos Padres de Provincia en nombre del Señorío, á fin de pedir á la Regencia ó á las Cortes soberanas las aclaraciones precisas.

La exaltación de los sentimientos patrióticos ocultó en un principio la incompatibilidad entre el texto de la Constitución y el régimen vizcaíno, lo cual se comprobó al procederse en 1813 al nombramiento de la *Diputación provincial* que sucedió tranquila y pacíficamente en sus funciones á la Diputación general del Señorío.

---

(1) *Biografía de D. Pedro Noria de Salcedo*, II.

V

TENDENCIAS NIVELADORAS DEL TIEMPO DE FERNANDO VII

En cuanto desembarcó el Rey *Deseado* en Valencia, se apresuró por decreto de 4 de Mayo de 1814 á derogar la Constitución, volviendo las cosas al estado antiguo, y al cesar la Diputación provincial de Vizcaya le sustituyó en aquella especie de turno pacífico su predecesora la Comunidad foral, reproduciéndose, como en todos los casos análogos, las demostraciones de regocijo por tales mudanzas.

No por esto cejaron—según observa Sagarminaga—«los peligros que amenazaban á los Fueros; el espíritu de Llorente revivió muy pronto en los Reales Consejos; los primeros años del reinado de Fernando VII no fueron sino la continuación de los últimos de Carlos IV en cuanto á la prevención con que se miraban en la Corte las libertades vascongadas.» (1)

En efecto, en 6 de Noviembre de 1815 se nombró una *Junta de reforma* de *Abusos de la Real Hacienda en las Provincias Vascongadas*, que presentó su trabajo cuatro años después en forma de estudio histórico-jurídico, «negando la independencia de la tierra eúskara y descargando en nombre de la autoridad Real y del Estado rudos golpes sobre los privilegios y exenciones cuya abolición se preparaba, sin duda alguna, con voluntad firme y resuelta.» (2)

Decía al Rey la referida Junta en su informe de 12 de Abril de 1819: «Es bien sabida la adoración que tributan á sus Fue-

(1) Tomo VII, Capítulo I.

(2) *La abolición de los fueros vasco-navarros*, por D. Francisco Calatrava. *Discurso preliminar*, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.

ros y privilegios, y que van ya corridos muchos siglos en que la autoridad soberana de S. M. experimenta allí continuos desaires, igualmente que los tribunales supremos del Reino. La Diputación de cada una de estas Provincias parece se ha establecido con el objeto de oponerse á las medidas del Gobierno. Nada hay allí de común con el resto de España; las leyes distintas, el comercio del todo franco, las contribuciones casi ningunas, las Aduanas infructuosas, los resguardos oprimidos en sus funciones, muy costosos y cuasi inútiles, la hidalguía se ha hecho universal; la Península parece que está abierta á todos sus tráficos y negociaciones, y son sin duda las que logran las mayores ventajas en el continente, pues son exentas de las contribuciones de Castilla, y aun del catastro y equivalente de la Corona de Aragón, del servicio ordinario, de la contribución general ó de los derechos de las ventas provinciales, de los arbitrios del crédito público y de los empréstitos y donaciones que han sido tan frecuentes y cuantiosos desde la revolución de Francia; y aun en los diezmos, subsidio eclesiástico y gracias apostólicas con casi nada contribuyen al Estado, de quien reciben la protección; se han hecho libres de quintas, milicias, utensilios, cuarteles y bagajes, de matrículas y expediciones marítimas, y toda otra gabela ó servicio de guerra, y el Rey y la Nación entera defienden allí su territorio y sus costas de las intrusiones enemigas; este es el cuadro que presentan las Provincias en sí mismas; y S. M., conducido por los principios de justicia y de conveniencia pública, que no permiten una desigualdad tan perjudicial en un mismo Estado, se ha propuesto poner el conveniente remedio, y esta importante resolución ha tenido á bien se examine por la Junta que mandó crear con este único objeto.»

No vamos á analizar este documento, cuya inquina y pasión saltan á la vista, pues prescindiendo de las cuestiones de derecho, parece imposible el olvido completo de los grandísimos servicios prestados por las Provincias Vascongadas en hombres y dinero durante las invasiones francesas, logrando

siempre con sus esfuerzos, unidos á los de Navarra, salvar á Castilla de las depredaciones que trae consigo la guerra, y la ocupación del país por ejércitos extranjeros. Pero resalta claramente demostrado en cuanto antecede, el contraste manifiesto entre el respeto y las alabanzas, prodigados por los constitucionales de Cádiz á las instituciones vasco-navarras, á pesar de su tendencia niveladora, con la hostilidad y detracción de los Ministros del Rey absoluto, antes y después de la restauración de Fernando VII.

Dada esta tirantez de relaciones, no faltaron conflictos en aquel período por cuestiones tributarias y de diversa índole, é insistiendo siempre en el empeño antifuerista, se envió á Simancas y á otros archivos al presbítero D. Tomás González, para acopiar los materiales destinados á los seis tomos de su obra, titulada *Colección de Cédulas, Cartas-Patentes, Providencias, Reales órdenes y otros documentos concernientes á las Provincias Vascongadas, copiadas de orden de S. M.*», que se publicó en la imprenta Real de Madrid en 1829. Los dos primeros volúmenes se dedican al Condado y Señorío de Vizcaya; el tercero á Guipúzcoa, el cuarto á Alava y los tomos V y VI á la Corona de Castilla, con el propósito de demostrar la semejanza de los fueros y privilegios de las ciudades y villas enclavadas en aquella región con los de la tierra eúskara.

Varios publicistas vascongados demostraron la poca escrupulosidad del Maestre-escuela de la Catedral de Plasencia en el desempeño de su cometido. D. Mateo B. de Moraza consignó en su discurso del Congreso de 1876 «que cometió González infinidad de alteraciones y supresiones; sólo en el capitulado de Chinchilla existen 39 modificaciones fundamentales, y tiene supresiones de cláusulas hasta de tres líneas, y después, en la escritura de la voluntaria entrega de Alava existen alteraciones también esenciales, etc.»

Bastaba, por otra parte, la tranquila y secular posesión de las extensas libertades y franquicias vascas para demostrar

sus extraordinarias facultades en el orden político, no obstante lo cual, es preciso reconocer que hay, entre las Reales cédulas y providencias, bastantes que demuestran la ingerencia del Gobierno en la administración pública de las Provincias Vascongadas durante los siglos pasados. Los servicios corrían entonces en su mayor parte á cargo de los pueblos y no del común del Señorío, representado por la Diputación. En el infanzonado, ó sea el conjunto de las anteiglesias y Concejos que constituían el país rural, el Municipio era más autónomo é independiente, por ser su poder ingénito y originario; pero las villas, fundadas por el *Señor,* se subordinaban en su gobierno á las cláusulas señaladas en las cartápueblas ó privilegios, hallándose sujetas á una centralización absorbente. Necesitaban Real licencia para crear ó modificar los arbitrios ó sisas municipales, para fundar establecimientos de beneficencia y tomar dinero á censo con destino á la construcción de murallas, puentes, acueductos ó muelles, según se comprueba en los archivos de los pueblos, que se encontraba entonces bastante mermada la jurisdicción conocida en el Derecho moderno con el nombre de Administrativa.

Desde que Fernando VII derogó en 1814 la Constitución de la Monarquía, se entabló la lucha tremenda entre los partidarios del viejo régimen y de la libertad; y cuando éstos triunfaron en 1820, las Juntas de Vizcaya, animadas de un espíritu de acomodamiento, apropiado á la gravedad de las circunstancias, acordaron «que la Diputación exponga al Gobierno lo conducente á preparar las transacciones y medidas que fuesen necesarias, sin que en el ínterin se innove el sistema foral.» Y el Cuerpo del Señorío dejó su puesto—como en 1812—á la Diputación provincial, sin el menor asomo de protesta, aceptando esta el Código fundamental animada de un temperamento conciliador.

Los antagonismos y desavenencias, tan generalizados en los tiempos antiguos, se robustecieron en las Provincias Vascongadas, dividiéndose en dos bandos irreconciliables, cuando

restablecido en 1823 el absolutismo con el concurso de los 100.000 hijos de San Luis, se inició una era de crueles persecuciones en la que se excluía con tesón inquebrantable á los *impurificados* de toda clase de cargos y destinos públicos. No pareciendo á los *ultra-realistas* bastante reaccionario el Gobierno de Calomarde, surgió en Cataluña, en el año 1827, una insurrección formidable encaminada al restablecimiento de la Inquisición y de la integridad del viejo régimen, y aun cuando Launsagarreta secundó en Alava el movimiento sedicioso, no tuvo eco la rebelión en las Provincias Vascongadas; pero estaba sembrado el gérmen de la discordia, y como los liberales desvirtuaban su platónico entusiasmo por las instituciones eúskaras con el afán de simetría y uniformidad, y sus adversarios venían preparando desde el tiempo de Godoy la derogación de los fueros aún vigentes en España, hallábanse éstos cada vez más amenazados al avecinarse la guerra civil de los siete años.

En la Real orden suscrita en 13 de Setiembre de 1825 por D. Francisco Tadeo Calomarde, se mandó en términos secos y apremiantes que las tres Diputaciones nombrasen comisionados para trasladarse inmediatamente á la Corte, á fin de conferenciar con el Consejo de Ministros acerca «de diferentes asuntos interesantes á su Real servicio.» Seis meses permanecieron en Madrid el Sr. Novia de Salcedo, persona muy competente en materia foral, y sus compañeros, defendiendo con tesón los derechos del país vascongado. Las medidas niveladoras que entonces se proyectaban, consistían en la reforma del antiguo sistema electoral para la renovación de los Ayuntamientos, en una contribución cuantiosa, el planteamiento del servicio militar y la legislación del ramo de minas de 1825. Siete millones de reales tuvo que entregar el Señorío de Vizcaya, *sin dilaciones ni apariencias de excusa;* consiguió algún atenuante en punto al sistema electoral, y algunas concesiones respecto de la forma en el reemplazo del Ejército.

Las libertades vascongadas atravesaron recios tempora-

les durante el reinado de Fernando VII, tanto en el breve período del mando del partido constitucional, por efecto de sus tendencias unitarias, después de todo bastante platónicas é inofensivas, como por los repetidos golpes asestados al régimen foral vasco-navarro en los agitados tiempos de los realistas; quiere decir que las doctrinas del Gobierno absoluto, arraigadas en España desde la casa de Austria, y los principios modernos importados en España por los enciclopedistas, vinieron por distintos caminos á coincidir en su enemiga contra el *particularismo* de las regiones no niveladas. Los choques se sucedían con frecuencia: en 1824 por el pedido á las tres provincias de un donativo temporal de tres millones de reales anuales; en 1829, al promulgarse el Código de Comercio que establecía las matrículas, las apelaciones á nuevos Tribunales y el sistema electoral para los cargos, y luego por la enajenación de bienes de Propios, el uso de armas, los gravámenes del comercio marítimo, y, sobre todo, por la cuestión candente del reemplazo.

Vizcaya sostenía por cuenta propia los batallones de realistas, pero no le libró esta prueba de adhesión al Gobierno tradicional del cupo militar para el reclutamiento del Ejército que se le exigió en los años 1818, 1819, 1824, 1827 y 1830, (1), no lográndose, á pesar de las insistentes reclamaciones del Señorío, basadas en tan manifiesta infracción de los Fueros, sino el pago en metálico, logrado á fuerza de cuantiosos donativos.

D. Liborio Ramery, ardiente apologista del tradicionalismo, recordó en su obra (2) la frase de Sánchez Silva de «que fastidiado Fernando VII de tantas luchas y tantas dificultades é inconvenientes como le ocasionaban las Provincias Vascongadas en punto *á maravedís se propuso concluir con los Fueros*,

(1) Sagarminaga, tomo VIII, capítulo II.

(2) *El Liberalismo* y *Los fueros Vascongados*, capítulos XXI y XXII. Colección de artículos publicados en *El Fuerista*. Año 1896.

y añade por cuenta propia: «Parece increible la ingratitud de este Monarca, al que le prestaron tantos y tan grandes como heróicos servicios durante la guerra de la Independencia y después de ella. En su tiempo se preparó por las malas artes de los *falsarios* el arsenal de documentos amañados contra el edificio foral. Si en todo eso hubo perfidia y deslealtad, la verdad es que Fernando VII tampoco pudo dar el rudo golpe *que contra nosotros preparaba*, porque la provincia provocó sin duda la revolución francesa de 1830 que distrajo su atención.

Desde la anexión de Navarra á Castilla por Fernando *el Católico,* se había observado el fenómeno de la influencia constante ejercida por el Gobierno en los Brazos noble y eclesiástico, así como lo inaccesible á los halagos del elemento popular ó de las Universidades, al que nunca se logró intimidar ni corromper, derivando quizás su fuerza del sistema de insaculación adoptado en las elecciones.

Hemos visto que Godoy derogó en 1796 el derecho llamado de *sobrecarta* y algunos otros favorables á la independencia de las Cortes de Navarra. Se suspendió su reunión en 1810 al enviar el Reino diputados al Congreso de Cádiz, renunciando por entonces á la autonomía parlamentaria, sin duda por el estado del país, para tomar parte por vez primera en una Asamblea nacional. Proclamada la Constitución en 1812, desapareció, como en las Provincias Vascongadas, el genuino organismo de su vida privativa, y si bien funcionaron de nuevo las Cortes navarras al restaurarse en 1814 y en 1823 el régimen absoluto, en sus últimas legislaturas de 1828 y 29 se reiteró la citada Real orden de 1796 (1), derogándolas definitivamente. El afán nivelador se manifestó en Navarra lo mismo que en las Provincias vecinas, dictándose medidas análogas respecto del contingente del Ejército, que se sustituyó también por donativos en metálico. Logróse, sin embargo, en tan

(1) Manrique y Marichalar. Sección IV. Cortes, capítulo III.

turbulenta época, hacer extensiva en 1829 la inviolabilidad parlamentaria que disfrutaban desde el siglo XVI los Apoderados en las Cortes á los Vocales de la Diputación permanente, cuerpo foral que adquirió desde entonces mayor importancia al absorber no pocas facultades que habían pertenecido al Real Consejo de Navarra y á sus Cortes.

Derogados por Felipe V los Fueros de Cataluña en lo más fundamental, se conservaban en las postrimerías del reinado de Fernando VII algunos vestigios de la vieja Constitución catalana, disfrutando, según Coroleu y Pellá, de varias exenciones: pagaban una contribución personal en equivalencia del servicio militar; se hacía el cobro de los impuestos por un sistema más parecido al de Aragón que al de Castilla; manteníase en vigor gran parte de la legislación civil y penal, y se usaba la lengua catalana; la Diputación general constituía en el orden administrativo, y aun en el político, un solo Cuerpo en todo el Principado, y subsistían las agremiaciones de artes y oficios. «De atenderse en las Cortes de Cádiz las inspiraciones de Jovellanos y de Capmany, se hubiera alcanzado en 1812 la solución más lógica que requería el cambio de instituciones.»

PABLO DE ALZOLA.

(Continuará).

PALMAROLI Y SU TIEMPO

POR QUÉ HE DADO Á ESTE TRABAJO CIERTA FORMA Y PROPORCIONES

La vida privada de un hombre modesto y de buenas costumbres domésticas pronto está contada. Un poeta compuso el siguiente epitafio de un quídam:

«Nació, creció, y se casó con Liboria.
Tuvo un hijo, se murió, y se fué á la gloria.»

Palmaroli, como particular, hizo exactamente esto; pero como era un gran artista y tenía un corazón de oro, hizo mucho más.

Juzgar su carácter, juzgar sus obras, tantas veces juzgadas, tampoco ocuparía mucho espacio siendo yo el encargado de hacerlo; porque tengo poca imaginación y fantasía, é instintivamente abrevio los relatos, que aun cuando alguna vez sazono con sal y pimienta, nunca con galas ni digresiones que amenicen; cualidades que envidio á otros escritores.

No extender algo la narración tratándose de personaje tan importante y figura que cada día tomará más relieve en la historia del arte español, sería no darle la importancia que merece.

Una biografía de diccionario, los apuntes necrológicos que cuando ocurrió su muerte le consagré, no me parecen bastante.

Discurriendo qué hacer, porque á todo trance quiero dedicar un recuerdo serio al amigo querido desde la infancia, me ocurrió ir relatando, al mismo tiempo que su historia de artista, los sucesos que en su tiempo fueron pasando en asuntos de arte, estén ó no relacionados con él; tomando las cosas tan de raíz que comienzo hablando algo de su padre antes de tener tal hijo.

Digo esto, porque al titular este trabajo *Palmaroli y su tiempo*, temo que haya quien crea que el cariño me hace dar demasiada importancia al personaje; ó que, no leyéndome, suponga trato de demostrar una influencia sobre su época, que no tuvo.

No es eso lo que quiero; sino que haciendo el relato de muchas personas, de muchos sucesos y de muchas cosas, á través de las cuales va pasando Palmaroli, unas veces relacionado con ellas, otras no, su memoria se borre menos fácilmente de la imaginación que si fuera él solo para excitar la curiosidad.

Recuerdo á este propósito que hace años la Academia de San Fernando sacó á concurso la biografía de Pablo de Céspedes, exigiendo la mayor suma de datos desconocidos. No conozco más Memoria que la que fué premiada, tal vez por lo ingeniosa, pues los datos no aumentaban nada á los que habían recogido Palomino y Cean.

Como Céspedes había estado en Italia y el autor de la Memoria estuvo también, aprovechó la ocasión para trazar el itinerario que supuso debió haber seguido el pintor, y fué describiendo los puntos en que probablemente se detendría y las obras que debió ver y consultar; tratando de dar razón no de la Italia de ahora, sino de la que debió ver Céspedes en el siglo XVI. Como se cuenta que el pintor hizo dos viajes, presume el ingenioso literato que la segunda vez siguió otro camino para ir á Roma, y acaba de hacer la descripción hipotética

de la parte de Italia que le faltaba. Con este procedimiento logró formar un regular volumen de lo que sólo daba ocasión á un ligero folleto, y le exornó con sendos planos de aquellos viajes imaginarios, puesto que nada le costaba, pues costeaba el Estado la impresión.

Mucho me dió que pensar este libro cuando lo leí, y tal vez sea á esto á lo que debo la idea de hacer un trabajo en el que no todo sea enteramente pertinente, lo cual es muy opuesto á mi modo de pensar habitual. Pero ni trato de ganar ningún premio, ni ofuscar á nadie con mi erudición, ni presentar este escrito como mérito para pretender un sillón académico, como pretendió y logró el autor de la biografía de Pablo de Céspedes.

Empiezo hablando de cosas de que, aun cuando era muy niño, oí, ó fuí testigo presencial, y digo esto para asegurar su exactitud y verdad.

Nos sucede desde el primer momento de nacer, que todas las impresiones que recibimos quedan archivadas en nuestro cerebro, hasta que un trabajo de arreglo y coordinación se verifica. De otro modo no comprenderíamos todo, y aun hablaríamos algo cuando sólo contamos uno ó dos años de edad; pues de repente no es posible que sea, y no ha debido pasar ni un segundo sin almacenar conocimientos.

Cuando yo, á los cuatro ó seis años, oía y veía mucho de lo que ahora cuento, quedaba en el archivo, y por mucho tiempo, sin saber que allí estaba. Después, ya grande, todo aquello ha ido desembrollándose y apareciendo perfectamente claro.

Hay cuadros que ví muy poco, hace más de cincuenta años, de los que me atrevería á trazar el plan general.

Desde el capítulo V me he valido de notas y apuntes que pedí y tuvo la amabilidad de darme el hijo único del artista, hoy Vicecónsul de España en Cardiff; pero del orden, de la redacción y de las apreciaciones, desde el principio al fin soy el solo responsable. Advierto esto, tanto por agradecimiento al citado querido joven, como garantía de la autenticidad del relato.

I

ESTADO DE LA AFICIÓN A LA PINTURA EN ESPAÑA DE LOS AÑOS 1833 Á 1845 (CAPÍTULO QUE PUEDE DEJARSE DE LEER)

El día 27 de Setiembre del año 1833 falleció el rey Fernando VII, pudiendo decirse en verdad que fué de dicha para la patria, á pesar de la herencia que dejó de una guerra civil que duró siete años, y retoñó después otras dos veces. No fueron estas solas las malas semillas de aquel tiempo, que aún germinan entre nosotros á pesar del plazo transcurrido. Para encontrar en los tiempos modernos algo parecido al despotismo y crueldad de este monarca, es menester trasladarse con la imaginación al Paraguay.

Quizá el único hecho digno de aplauso de todo aquel funesto reinado es la creación del Real Museo de Pintura y Escultura, base del actual Museo del Prado. Sin embargo, la vida de la inteligencia se hallaba tan decaída, que ciencias, letras y artes agonizaban.

La pintura, tanto por el número como por la calidad de los profesores, había llegado al nivel más bajo. Muerto Goya, no quedaba otro que mereciese el nombre de artista notable que D. Vicente Lopez; pero éste era un rezagado de ideales que habían pasado, y en la época á que me refiero se hallaba casi reducido á los retratos, por faltarle ocasión de ejercitarse en las grandes obras de otros tiempos.

D. José de Madrazo no fué más que un muy mediano discípulo de David, aun cuando algunos biógrafos le supongan émulo del gran maestro francés. Y á propósito de esto, bueno será advertir que semejante emulación no cabe *nunca* en un discípulo, aun cuando iguale al maestro, caso no muy probable, pues siempre tendrá la inferioridad de no ser creador. Po-

drá suceder, y es muy frecuente, que el discípulo supere al maestro, y sucede esto cuando crea algo nuevo importante que no estaba en las lecciones recibidas. David fué un reformador de gran talento y energía que por un período breve, pero de gran actividad, arrastró tras sí á los artistas de Europa entera. No me he de meter ahora en si aquella reforma fué un bien ó un mal, pero algo debió tener de excesivo y violento cuando terminó por una revolución en contra, que se llamó romanticismo.

¡A cuántas leguas de esto se encuentra Madrazo, sólo conocido entre nosotros, y que cuando le conocimos ya la escuela á que pertenecía se había casi desmoronado!

Bagaje tan corto como *El Beso de Judas*, *La Muerte de Lucrecia,* la de *Viriato, El Amor divino y el amor profano*, y el *Retrato ecuestre de Fernando VII*, necesitaba pesar mucho para ser contado como algo.

Si dijéramos que D. José Aparicio fué, aquí, en casa, émulo de D. José de Madrazo, ó éste de aquél, estaríamos más en lo cierto y la comparación no sería impropia, por pertenecer ambos á la misma escuela y tener en ella poca categoría.

D. Juan Ribera, también de la escuela de David, fué un pintor que logró cierto nombre y desempeñó los cargos más altos de la Academia sin haber pintado apenas. Su cuadro representando la virtud de Cincinato es lo que un crítico de hoy llamaría *discreto;* no pueden citarse con este pequeño elogio sus demás obras, que, ó son copias, ó manifiestas *indiscreciones*.

Todos los artistas citados eran pintores de Cámara y recibían la protección de Palacio, sin la cual hubieran podido vivir muy mal con su arte.

Más apreciables que las obras de los pintores citados, exceptuando á López, son las de D. Rafael Tejeo, que, aunque con ribetes de la escuela francesa clásica, tenía más originalidad y se apartó algo de ella.

No quiero dejar de citar á D. Juan Gálvez, que dejó algunas pinturas al temple, de tamaño pequeño, en el palacio de

Buenavista, y en los techos y paredes de los Sitios reales. Pero de las obras que más le honran es la patriótica colección de escenas del sitio de Zaragoza, que hizo en compañía del perspectivo D. Fernando Brambila.

El país estaba muy pobre, ó embrutecido, tal vez ambas cosas, para pensar en el arte. Años después de terminada la primera guerra civil aún continuaban siendo cosa rara ciertos lujos. Las casas de los magnates conservaban restos del mueblaje de sus antepasados, aunque algunos lo habían subido al desván para sustituirlo con obras desdichadas de la época, que fué la de peor gusto conocido y de una construcción de pacotilla. La talla de madera se había completamente olvidado, sustituyéndola horribles molduras de pasta. Las alfombras eran lujo extraordinario, y piezas muy principales de las casas grandes estaban cubiertas con esteras de pleita, blancas ó de color. No hay que decir que la clase media no conocía otra cosa, así como en materia de sillas las de Vitoria.

El día que en el salón del Prado se veían veinte ó treinta carruajes particulares, era un asombro. Eso sí, era costumbre de las casas de la nobleza que al lacayo acompañara un vistoso cazador vestido de gran casaca galoneada y sombrero tricornio con plumas; cosa reservada ahora para las grandes solemnidades.

Conservaban los grandes de antigua cepa colecciones más ó menos valiosas de cuadros españoles y flamencos, principalmente del siglo XVI, y tal vez por emular con ellos quisieron tenerlas también personas que se habían enriquecido haciendo contratos con el Estado, ó negocios de Bolsa, y habían tenido la vanidad de adquirir títulos de condes y marqueses. Por otra parte, se desarrolló la misma afición entre algunas otras personas incitadas con la idea de adquirir *gangas* procedentes de la *rebatiña* que produjo la desamortización. En pinturas modernas no había que pensar como no fuera algunos retratos de los interesados, y estimo que, aun siendo inconscientemente, acertaron aquellos aficionados.

Naturalmente, esta demanda de pinturas creó especuladores de varias categorías. Unos que eran malos pintores ó despiadados restauradores, y otros, agentes subalternos que traían el botín; ladrones, ó poco menos, que habían encontrado ocupación menos arriesgada.

Entre estos agentes de los verdaderos comerciantes citaré dos tipos opuestos. El uno era un matón andaluz, á quien llamaban Barba, no sé si porque era su apellido, ó por mote: tal vez lo primero, porque no usaba más que patillas de chuleta. Había sido contrabandista y contaba alguna muerte en su hoja de servicios: no digo sobre su conciencia, pues tales sujetos carecen de ella. Traía cuadros de las provincias, que Dios sabe cómo fueron adquiridos, arrollados y á lomo de alguna caballería, con lo que sufrían el deterioro consiguiente á carecer de todo embalaje. Esto no importaba mucho al restaurador, por ser una ganancia para él. Barba no vendía al pormenor, sino por cargas, las más veces de basura; pero fueran como quisiera *exigía* siempre la compra al primer parroquiano á quien se presentaba. Vestía el traje cordobés de entonces, con sombrero de cubilete, polainas de cuero con herretes, y la manta al hombro.

Otra cosa era un tal D. Clemente Rojas, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, y el tipo de viejo truchimán más acabado. Había obtenido la confianza del *buen* Fernando VII, quien le tuvo encargada la comisión de la adquisición de alimañas raras y fieras para la casa del Retiro. Con esto debió Rojas hacer algún dinero, pues había sido dueño de una posesión en Vacia-Madrid, que no debía ser mala, teniendo en cuenta que el Rey solía ir á merendar cuando había algún animal nuevo que ver. En una de estas visitas parece que el *gracioso* monarca tuvo una broma de su gusto. Subió con la Reina á un balcón de la casa é hizo que soltasen algunas alimañas pretextando que se habían escapado, recreándose en ver el susto de la comitiva y los desmayos de las damas. Don Clemente, que siempre conservó cariño y respeto á tan

buen amo, celebraba la gracia con la mayor ingenuidad.

Por qué desgracias, vicisitudes ó vicios, se encontraba miserable hacia el año de 1843, no lo sé; pero sí que no tenía precio para embaucar á eclesiásticos, con el fin de que le vendieran, y él pagara con dinero ajeno, obras que no debían haberse vendido, y en lo que la desamortización no tuvo parte; ó para sustituir copias por originales, como sucedió en un pueblo cercano á Madrid, en que se hallaba la obra tal vez capital de Carreño, que hoy creo que se encuentra en el Museo de Berlín.

No citaré otros tipos por no ser pesado; pero pudiera citar muchos; entre otros un Sr. Mauricio (el Gallego), que vendía cuadros y restauraba en un portal de la travesía de Moriana, y el valenciano que ponía puesto en la feria, conocido por el *Rojo,* no porque entonces hubiera políticos de este color, sino por el de su pelo.

Era tal la ignorancia y la inocencia de aquellos tiempos de que voy hablando, que en 1837 vendió la parroquia de una población del obispado de Palencia cinco cuadros, que sacó á pública subasta, con las licencias necesarias, anunciando la venta en la *Gaceta de Madrid*, y atribuyendo las obras á don Diego Velázquez. No eran de este autor, pero sí originales auténticos de Bartolomé Murillo, muy importantes y de la mejor época. Se adjudicaron los cinco en muy poco más de trece mil reales, contando por la unidad de entonces, habiendo concurrido varios de los principales especuladores de Madrid, y no todos, por los temores y dificultades que ofrecía la guerra civil. Hay que advertir que los cuadros estaban en el mejor estado de conservación, y que es rarísimo que no constase, ó no se buscase, en los archivos de la iglesia algún documento sobre la procedencia de tan importante serie de obras de tal autor.

A pesar de que no faltaban compradores y todo se vendía, y se hablaba mucho del inglés que ofrecía cubrir de onzas de oro, como valor de tal ó cual cuadro, los precios eran siempre

muy bajos. Obras importantísimas como el citado lienzo de Carreño no alcanzaban mayor valor que el de tres mil pesetas. Contados serían los cuadros que en aquellos tiempos lograron adquirir algunos miles de duros, no muchos.

Era aquel un comercio muy extraño, como lo son muchas cosas en España; lejos de buscar el comprador publicidad que le sirviese de garantía, prefería realizar el trato en secreto. Se tenía por condición muy especial que el lienzo ó tabla que se intentaba vender acabara de llegar de fuera, y que no lo hubiera visto ningún otro aficionado. Si porque verdaderamente era así, ó porque la semejanza de autor y asunto podían hacer sospechar que Ponz en sus *Viajes,* ó Cean en su *Diccionario* habían registrado la obra, la venta era más segura y el precio más elevado; pero los aficionados españoles de entonces no eran muy exigentes en materia de auténticas, y creo que en esto hacían muy bien, porque se falsifican como otra cosa cualquiera. En este asunto no hay más auténtica que la inteligencia especial. No la tenían aquellos buenos señores, y no se asesoraban de nadie, y en esto *parece* que no hacían bien; pero aunque les dieron muchos petardos, ya intencionados, ya por ignorancia de ambas partes, á la postre, ellos ó sus herederos no debieron perder nada, y algunos ganarían, porque andando los tiempos lo que realmente valía centuplicó de precio.

A D. José Salamanca no sé si colocarle en la categoría de los compradores ó de los especuladores. Formó una mediana galería en sus primeros tiempos por los procedimientos en usanza, y recibió casi tantos engaños como obras; pero no tardó en trasladar la carga al Palacio Real, obteniendo ventaja. Más experto después, y valiéndose de personas de más conocimiento que él en la materia, reunió otra segunda galería bastante importante, de la que se deshizo en París en tiempos que le fueron menos bonancibles. Supongo que no perdería, como tampoco en la colección de antigüedades que adquirió en Italia y endosó á nuestro Museo Arqueológico. Pero todo esto es algo más moderno.

Si no se enriquecieron los especuladores de los años 1834 á 1845, en que este comercio languideció ya visiblemente, algunos hicieron modestas fortunas, no tanto, como he dicho, por lo importante de las ventas, como por la multiplicidad de ellas.

Entonces todo se vendía: una carga de cuadros que Barba cedía en ciento ó ciento veinticinco pesetas, á los quince días había producido en venta mil ó mil quinientas. Un movimiento tan acelerado del capital tenía que ser muy beneficioso para el especulador.

Aun cuando la mayoría de las transacciones se hacía con obras españolas, no faltaban de Miguel Angel, de Rafael, de Durero, de toda la plana mayor. Los *cobres* de Rubens eran una inundación. En materia de clasificaciones no había medias tintas, todo era de los autores de mayor renombre. Andaban por el mercado más obras de Velázquez que las que hay en el Museo. ¡Gracias si alguna de ellas era de fray Juan Rizi, ó de algún buen autor flamenco desconocido!

No siempre estas clasificaciones eran obra de la mala fe de los especuladores; muchas veces procedían de la ignorancia general. Después de todo, un lienzo importante de Ticiano, ó una tabla de Sebastián del Piombo, fueran auténticos ó no, eran baratos en las tres mil pesetas que era, puede decirse, el precio reglamentario de las obras maestras.

Un coleccionista suponía tener nada menos que una *Venus* de Leonardo Vinci, siendo envidiado por los otros aficionados, y aun creo que está citada en alguna Historia de la Pintura publicada por entonces, como auténtica del gran pintor florentino. Naturalmente, era una ofensa mucho mayor al famoso artista que la que se le hace atribuyéndole la *Magdalena* que se halla en la sacristía de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, obra por la que el inglés legendario ofrece, según dicen los guías, dar sacos de onzas de oro. En tiempos modernos vi en venta la *Venus* en cuestión, y era un cuadro menos que mediano por el que nadie ofrecía nada, y creo que

no habría costado mucho más al feliz poseedor que vivió con la ilusión de que guardaba un tesoro, idea fortificada por la creencia de muchos otros tan poco inteligentes como él.

Los aficionados de entonces no eran exigentes ni escrupulosos en materia de asuntos. Lo mismo les daba una bacanal con el colorido brillante de la escuela de Rubens que la pintura más ennegrecida y del asunto más tétrico. La manía era coleccionar cuadros antiguos; aún no había llegado la de los muebles y otras antigüedades, que se miraban casi con desprecio.

Los restauradores hicieron entonces muchas atrocidades lamentables cuando se trataba de obras de algún valor. No sólo pretendían dejar *como nuevo* el lienzo más destrozado, sino que se metían á hacer arreglos y *correcciones*. Si el restaurador era además comerciante de cuadros, que más ó menos todos lo solían ser, los de su propiedad los multiplicaba á veces dividiéndolos en trozos, con lo que conseguía dos ó tres retratos de Velázquez, varios Murillo, etc., etc., de lo que había sido una sola composición.

Un rico aficionado, el Sr Paz García, propietario del principal periódico liberal de aquella época, *El Eco del Comercio*, me enseñó en una ocasión varios cuadros obtenidos de este modo. Procedían de una obra que debía haber sido de tamaño colosal, y embarazosa para colocarla en habitación que no fuera de un palacio. Me pareció que el asunto habría sido el triunfo de algún Emperador romano, y autor Sebastián Couca. Había sacado cabezas de caballo, bustos de hombres, un grupo de músicos, no recuerdo cuántas cosas más, una galería. Esta no había sido fechoría de restaurador, sino por iniciativa del propietario.

¡Pero todo acabó, como siempre sucede en este mundo! Hubo un pequeño paréntesis en esta absurda manifestación de la afición al arte antes de que lentamente se encaminase por los derroteros modernos, muy lejos aún de la ilustración que debiera tener. Los capitales que se empleaban en cuadros se

emplearon en las minas y después en las sociedades anónimas, en donde recibieron coscorrones más sensibles y más fuertes que los que el arte les había dado.

Como todo pasó como he contado, no quedaron catálogos, ni precios, ni datos. Lo más importante fué después pasando al extranjero.

A pesar de todo, si bien muy pocas, y que tenían que estar infestadas de la atmósfera en que vivían, había algunas personas verdaderamente inteligentes en cuestiones y asuntos de artes. Acababa de morir Cean Bermúdez, pero existía don José de Madrazo, que si como pintor me merece el concepto expuesto, como persona de talento, ilustrada, conocedora de la historia del arte, y promovedora de su adelanto entre nosotros, será siempre una figura notable á quien la patria tiene mucho que agradecer.

A él se debe la fundación del Real Establecimiento litográfico que tuvo por objeto la reproducción de los cuadros del Museo. Como la litografía era aquí entonces poco conocida, contrató artistas en Francia y en Italia para dar principio á los trabajos y que formasen escuela, como sucedió. Entre los más notables que vinieron se contaba el italiano don Cayetano Palmaroli, que llegó el año de 1829, cuando ya hacía tres ó cuatro años que el Real Establecimiento funcionaba, llamado por la fama de fácil y correcto dibujante de que gozaba á pesar de su juventud, pues sólo contaba veintiocho años de edad.

Se dedicó D. Cayetano á la litografía principalmente y á copiar cuadros. Por cierto que está muy mal grabada, por dibujo suyo, que debió ser bueno, la copia del cuadro de Coello representando la adoración de la Santa Forma, que dió el *Semanario Pintoresco* con motivo de haber Palmaroli presentado en la Exposición de la Academia del año de 1839 una copia pequeña al óleo, que fué muy celebrada. En el mismo *Semanario* hay algún otro dibujo original de este artista, que, aunque siempre malamente grabado, demuestra que á Palmaroli

no le faltaba talento para haber sido un buen pintor si las necesidades de la vida no le hubieran obligado á limitar sus trabajos á cierta esfera. Se conoce que en Italia no andaban las artes mucho más prósperas que entre nosotros cuando artistas de tanto valer como el que voy citando, Gaspar Sensi y Augusto Guglielmi, se vieron obligados á adoptar la litografía y las copias como *modus vivendi*.

Ya que he citado como malos los grabados del *Semanario Pintoresco*, no debo dejarlo de pasar por alto, porque son una muestra casi increíble de hasta dónde puede llegar la incapacidad. El grabado en cobre había descendido también tanto, que temería ofender á algunas tribus salvajes si comparara las manifestaciones de este arte entre ellas con el nuestro.

II

LAS EXPOSICIONES DE LA ACADEMIA.—LA ENSEÑANZA.—LAS PENSIONES PARA ROMA.—LAS EXPOSICIONES NACIONALES. (PUEDE DEJAR DE LEERSE ESTE CAPÍTULO, COMO EL ANTERIOR.)

Celebraba la Academia de San Fernando una Exposición de Bellas Artes por el mes de Setiembre, durante los quince días que duraba la feria de San Mateo, que servía de ocasión para que los artistas de todas categorías hicieran ver sus obras y nada más, pues ni había premios, ni compras por el Estado, ni ninguna otra clase de recompensas. Sin embargo, todo el que manejaba un pincel presentaba obras, demostrando lo escaso de la afición el que sesenta ó setenta cuadros, dos ó tres bustos de barro ó escayola, y otros tantos planos de arquitectura eran un contingente extraordinario.

Los salones y el patio de la Academia en donde se verificaban Exposiciones no podían ser menos á propósito para el objeto, tanto por lo pequeño del local, como por las condiciones de

la luz que entraba por los balcones, pues por la parte de la calle de Alcalá, que era el sitio destinado para las obras de los académicos y lo demás notable que se presentaba, entraba el sol, que había que cortar con unas cortinas blancas que daban muy mal aspecto á los cuadros. Los salones interiores recibían luz tibia y cansada del patio, llena de reflejos de los cristales de los balcones de la fachada de enfrente. Tener por fondo todos los cuadros los otros antiguos de la colección de la Academia no les favorecía nada, y muchos de los pocos visitantes se distraían más, si eran algo inteligentes, en contemplar los Murillos y las demás preciosidades, que lo moderno expuesto.

Todo se hacía en aquellos tiempos á la buena de Dios. Me parece que no había censura, y se admitía cuanto se presentaba. Las copias se aceptaban como los originales; no era obligatorio que los cuadros tuvieran marco.

En el patio completamente descubierto donde se colocaban las obras que por su tamaño grande no cabían arriba, la luz estaba también llena de reflejos, y los cuadros sin más resguardo que un cobertizo de hule para mal protegerlos contra la lluvia, tan frecuente en esta estación.

En tales cosas no se reparaba entonces. Se vivía en un estado de inocencia muy feliz; después nos hemos ido haciendo más exigentes y más señoritos. Años y años pasaron sin que en ningún periódico se presentase la menor queja, ni se indicase el modo de mejorar aquel estado de cosas tan primitivo. Creo que la Academia ya comprendería todo lo que le faltaba para preparar en otra parte una instalación conveniente, y que la escasez de recursos sería la causa de todo.

Las clases de dibujo y pintura, que tenía también la Academia, se hallaban en el mismo estado de inocencia que todo lo demás relacionado con las Bellas Artes; sobre todo los estudios elementales, en los que se estudiaban modelos dibujados por Mengs, Maella, Bayeu y D. Vicente López, hechos á plumenda, y que, aun cuando eran buenos dentro de la manera á que

pertenecían, la mayor parte se hallaban muy deteriorados. La clase del yeso y la del natural de noche eran regentadas por diferentes profesores cada semana, de modo que servía de tribulación al discípulo someterse á diferentes criterios.

Indudablemente, la que estaba mejor dirigida, y de la que por todos conceptos se sacaba mayor provecho, era la de colorido y composición, á cargo de D. José de Madrazo, que no sólo era el alma de la enseñanza toda, sino el que fué solicitando, trabajando y consiguiendo la reforma de la Academia, la creación de la Escuela independiente de aquella, las pensiones para Roma, y las Exposiciones nacionales en la forma que hoy tienen. Lo repito otra vez: era mediano pintor, pero tuvo inteligencia grande, actividad y buen deseo. Su energía é iniciativa le granjearon enemigos; porque la pereza y la ineptitud no se avienen á ser turbadas ni empujadas, y Madrazo, como he dicho en otra ocasión, «fué durante muchos años el pontífice de nuestros asuntos de arte, *porque lo debía ser.*» Si encontraba en esto su interés, ni lo sé ni me importa: el caso es que su dictadura fué beneficiosa para el arte.

A pesar de todo, ni de la clase de Madrazo, ni de ninguna otra salían discípulos que prometieran gran cosa. Lo que verdaderamente dió impulso á la enseñanza fué la vuelta á España de D. Federico de Madrazo, hijo de D. José, después de sus diversas estancias en París y en Roma. Encargado de una clase que se llamó de «Antiguo y ropajes», no sólo aumentó el número de alumnos, sino la afición, el entusiasmo y la fe. Si todas las clases estaban más concurridas, la de D. Federico, que así se le empezó á llamar y se le siguió llamando, tuvo que dividirse en tandas, que alternaban por semanas, porque no había local donde cogieran todos los matriculados.

La fama de este maestro entre la juventud procedía de los retratos y cuadros que desde años antes venía presentando en las Exposiciones de la Academia, obras que causaban en todos una admiración indescriptible. Vistas hoy desapasionadamente siempre son muy apreciables, sobre todo los retratos; pero por

todas partes surgieron después discípulos que aventajaron notablemente al maestro.

La admiración que causaban las pinturas de D. Federico, se explica muy bien, porque abrían nuevos horizontes; pero aquello no era más que una *manera* agradable, que sólo por la novedad podía ser antepuesta á la de D. Vicente López, mucho más viril y más sabia, á mi entender, que la de D. Federico. No sacando á texto las obras importantísimas de composición que López había hecho al fresco y al temple, y citando sólo como comparación uno de sus últimos cuadros, que es el que representa la incredulidad de Santo Tomás, y se halla hoy en Toledo en la parroquia de Santo Tomé, lo creo muy superior, pero mucho, á la *Visión de Godofredo de Bouillon*, y *Las santas mujeres en el sepulcro de Cristo,* de Madrazo. Retratos como el de Goya, el de María Cristina, el del General Castaños y muchísimos otros, son mucho más importantes y serios que las *melosidades* de D. Federico, sin que por este adjetivo trate de negarle mérito, como no se lo negaría á López si recordara sus *acritudes verdosas*. Creo que este último siempre será una figura importante dentro de su escuela, al paso que el primero no figurará entre los modernos tan en primera fila como las circunstancias le colocaron en vida.

Aquel entusiasmo por D. Federico de los primeros tiempos había disminuído mucho cuando más modernamente se encargó de la clase de colorido y composición. Pero sea de esto lo que quiera, no puede negarse que tuvo una influencia muy beneficiosa.

Aunque no inferior en mérito, si bien por diversas cualidades, no tuvo tanta D. Carlos Ribera, hijo del citado D. Juan, contribuyendo quizá á ello las condiciones de su carácter raro y retraído.

D. Federico sustituyó á su padre cuando éste falleció, en el pontificado del arte español, y, naturalmente, esto le ensoberbeció é hizo creerse infalible é indiscutible, como lo demostró en la polémica que sostuvo con D. José Galofre sobre re-

formas en la enseñanza, en la que el artista catalán estuvo siempre comedido ante los desplantes histéricos de su contrincante y las chirigotas de un ayudante que éste tuvo en el señor Eguren. Ni uno ni otro contestaban á los razonamientos de Galofre, sino que para tratar de confundirle se prevalían de que el catalán era un pintor muy mediano y no manejaba el idioma con gran pureza. No fué esta la única ocasión en que dió muestras de lo que le ofendía se dudara de su infalibilidad el D. Federico, á quien todos trataron siempre con el respeto que se merecía.

Volviendo á la Academia, vemos que donde hacía mucho tiempo no se presentaba un alumno que prometiera gran cosa, empezaron á surgir algunos que daban buenas esperanzas.

El que figuraba á la cabeza era el zaragozano Bernardino Montañés, á quien con esa justicia y desinterés tan propios de la juventud todos consideraban como superior, á pesar de que entre muchachos alocados tenía algunas cualidades que pudieran serle perjudiciales, como su carácter serio y retraído, su modo de vestir, semejante al de un seminarista externo, y sus ideas místicas, que hicieron se le pusiera entre los compañeros el apodo de «el Curita.» Pero el Curita dibujaba y pintaba mejor que los demás, y era querido y respetado de todos, tanto por esto, como porque á pesar de su seriedad era muy afable.

Establecidas en 1848 las pensiones para estudiar en Roma, se sacaron á oposición dos plazas para la pintura, y otras varias para la escultura, la arquitectura y el grabado.

Pretendieron las pensiones para la pintura: Bernardino Montañés, Luis de Madrazo, Francisco Sáinz, Francisco Lameyer y Carlos Múgica. Sólo los tres primeros llegaron á realizar el último ejercicio, que era un cuadro representando á «Tobías acompañado del ángel, devolviendo la vista á su padre.»

Desde que se supo que Montañés era uno de los contrincantes, nadie dudó que obtendría el primer lugar, como así fué,

pues su obra era notabilísima para aquellos tiempos, y muy superior á las de los otros opositores. Muy apreciables fueron también los trabajos de Madrazo y de Sáinz, habiendo sido el primero elegido en segundo lugar y el tercero excluído. No fué esto del gusto de todos, pues creían ver en Sáinz ciertas cualidades de atrevimiento y originalidad superiores á las de Madrazo. Además, ser éste hijo de D. José hacía suponer parcialidad en los jueces. El caso es que se produjo protesta tan acentuada, que para acallarla fué menester dar á Sáinz una tercera pensión de gracia.

Por mi parte no creo que la elección estuviera mal hecha como se hizo, pues si había alguna diferencia en el mérito de las obras era muy pequeña, y no es á académicos á quienes hay que pedir se presten á patrocinar innovadores como Sáinz pretendía ser.

Rarísimas son las veces que en oposiciones y premios no se oyen quejas y protestas, y muy raro también que el disgusto sea justo y desapasionado.

Poco resultado produjeron aquellas primeras oposiciones. Sáinz murió antes de concluir de disfrutar la pensión. Montañés, que en sus envíos reglamentarios siguió dando muestras de talento, á su vuelta se encerró y aisló en Zaragoza, atrasando más que adelantando, si bien siempre figurará como un artista apreciable, pero nada más. Luis de Madrazo, con ser de la familia que era y residir en Madrid, ha vivido obscurecido, sin figurar apenas y no aumentando en nada las glorias de su raza.

Por una desgraciada coincidencia, dos arquitectos de aquella misma oposición á las pensiones de Roma murieron locos; Gándara, de remate, é Inza, poco menos.

Lo que sí hizo aquel primer concurso fué avivar la aplicación y el entusiasmo de la juventud. Cuatro años había para prepararse para las próximas oposiciones, y este fué el sueño de muchos. Los que lograron llegar al último ejercicio en ellas entre los pintores, fueron: Isidoro Lozano, Germán Hernán-

dez y Juan García Martínez. Lozano obtuvo el primer lugar; Germán, nombre por el que siempre se le conoció en el mundo artista, el segundo; quedando excluído García, á quien decían sus condiscípulos que figuraría en los catálogos del porvenir con el sobrenombre de *el Gordo,* porque efectivamente lo era, y desearé que lo siga siendo. A pesar de este fracaso y el que volvió á tener en la oposición siguiente, García es artista que ha demostrado varias veces gran talento.

Germán, para las generaciones que le conocieron ya de alguna edad, fué D. Germán, y el origen de conocérsele por su nombre y no por su apellido fué diferenciarle de su hermano Víctor, que era pintor también.

Esta vez tampoco faltaron protestas con respecto á los lugares, pues el crítico Manuel Cañete se declaró tan ardiente partidario de la primacía de Germán, que colocó coronas sobre el cuadro que prefería y hasta armó el gran escándalo porque los porteros las quitaron, como era su deber.

La Academia no podía consentir en su propia casa tamaño desacato. De todos modos, esto denotaba una vida en el terreno del arte que hasta entonces no había habido.

Hallarse todo dominado por Madrazo traía estos inconvenientes; pues no se tenía razón de más peso que alegar para la suposición de que había habido injusticia que ser Lozano discípulo particular de D. Federico.

No hubo un adelanto muy sensible con respecto á la oposición anterior, y los dos laureados, aunque después hicieron obras estimables, no figurarán nunca en primera categoría.

Indudablemente la oposición que dió mejores resultados en aquellos tiempos fué la en que obtuvieron las plazas Antonio Gisbert y José Casado del Alisal, que son los que empezaron á demostrar las beneficiosas consecuencias del impulso dado por estos certámenes.

Por otra parte, de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de Valencia, salían otros jóvenes á estudiar al extranjero, ya por su propia cuenta, ya protegidos por la Comisaría de Cruzada,

por las Diputaciones provinciales ó por potentados como el duque de Osuna, el de San Lorenzo y otros.

Es graciosa la causa que produjo algunas pensiones de la Comisaría de Cruzada. Vino á Madrid una bailarina extranjera, la Fuoco, que según malas lenguas mereció la protección del entonces omnipotente General Narváez, quien se supuso influyó para que se le diera una pensión de los fondos de Cruzada. Descubierto el *infundio*, se trató de justificar diciendo una cosa ignorada de los á quien podía interesar, cual era que, legalmente, una parte de los dichos fondos tenía por objeto proteger á los artistas. Tiempo faltó á algunos pintores para aprovecharse del descubrimiento, y tres ó cuatro que tuvieron influencia fueron pensionados.

Pero á todo esto, al entusiasmo y afición á las artes que la juventud iba demostrando, así como sus buenas disposiciones, no correspondía el público en general, ni aun aquel que antes se había apasionado por los cuadros antiguos. Era menester algo, y esta falta la remedió en cierto modo la protección del Estado, creando las Exposiciones nacionales, ofreciendo recompensas y comprando obras.

La primera Exposición celebrada con estas condiciones lo fué en el año 1856, en las galerías del claustro del convento de la Trinidad, en donde está el Ministerio de Fomento, medianamente habilitadas para el objeto. Sin embargo, había una enorme distancia de aquello á las antiguas Exposiciones de la Academia, tanto por el número y calidad de las obras, como por la concurrencia de las gentes.

De cincuenta á sesenta cuadros que se presentaban antes, de los que más de la mitad eran copias, se elevaron de repente á quinientos ó seiscientos, todos originales, y la concurrencia de visitantes fué grande aun el día de pago que se estableció como ensayo.

Indudablemente lo mejor que se presentó en aquella primera Exposición nacional fueron los retratos pintados por don Federico, entre los que, si no recuerdo mal, se encontraba el

de cuerpo entero de la duquesa de Alba, vestida con traje de raso blanco con encajes.

Se habían dividido por el reglamento los premios en géneros, y el primero de historia le ganó, con toda justicia, Eduardo Cano, con su cuadro representando á Cristóbal Colón en el convento de la Rábida.

Cano, que había estudiado en Sevilla y en París, era en Madrid un desconocido que adquirió gran crédito con este suceso. No verdaderamente porque su obra fuera cosa muy extraordinaria, juzgada con criterio elevado, sino porque el decaimiento anterior había sido tal que un lienzo que á duras penas merecería hoy una distinción fué entonces un asombro. Otro tanto sucedía con las obras del sevillano Manuel Rodríguez de Guzmán, las de Dionisio Fierros, en el género de costumbres, y otros artistas de los que sostuvieron aquellas primeras Exposiciones, alcanzando distinciones bien ganadas, si estos premios no tuvieran otro valor que el relativo, y no el absoluto que se les da, porque siguiendo este criterio resultan grandes injusticias en concursos y oposiciones.

Pero en la Exposición de 1856 hubo un suceso más trascendental que todo lo referido, cual fué la presentación de dos modestos paisajes, no de mucho tamaño, por Carlos de Haes. Aquellos lienzos fueron una revelación que los artistas empezaban apenas á presentir; encerraban el estudio ingenuo del natural, elemento el primero y más necesario, que aquí andaba completamente olvidado.

Es increíble la influencia del profesor citado, entonces muy joven, tanto en el género que cultivaba como en los demás. Cuando un año después quedó vacante la plaza de profesor de paisaje de la Escuela de Bellas Artes, por muerte de D. Fernando Ferrant, y se sacó á oposición, fué una novedad que no faltó quien no comprendiera, que dejara de darse un tema para hacer los ejercicios de memoria como hasta entonces se había hecho, y en su lugar estudios y cuadro se hicieran en el campo.

Como era natural, De Haes ganó la plaza, y en su clase siguió predicando la doctrina que cultivaba, cosa muy necesaria; porque si bien ya estas corrientes empezaban á venir de fuera con algunos de los que estudiaban en el extranjero, los que siempre habían permanecido en casa se mostraban algo refractarios á otra cosa que el maniquí, que es lo que D. Federico había traído de la escuela purista.

No sé si se ha estimado por otro ó si se habrá olvidado esta influencia que De Haes tuvo; pero es tan positiva que ninguno de los que alcanzaron aquellos tiempos la podrá negar. Como me unen á él la amistad más entrañable y el respeto al maestro, no digo más.

¡Dios quiera que nunca tenga que contar con más detalles todo ls bien que de él pienso!

CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

ESPAÑA EN 1679

SEGÚN MADAMA D'AULNOY

Se dan á la publicidad muchos libros nuevos, pero no estaría mal el reimprimir algunos antiguos, y en primer lugar éste. Por cierto que está muy bien escrito; Mad. D'Aulnoy pertenece al siglo de oro de la literatura, conoce perfectamente la buena sociedad, habla con imparcialidad y sencillez; no es pretenciosa, filósofa, ni pedante; está exenta de toda afectación; observa sin esfuerzo, censura ó elogia con discreción y prudencia; no exagera nunca; no pretende hacer, ni cree haber hecho, un monumento literario; relata como si conversara; tiene todas las cualidades de una francesa bien instruída y bien educada: buen sentido, libertad de juicio, tacto exquisito, gracia algo burlona, urbanidad delicada y continua. Por otra parte, ve á España en un momento interesante de su historia: se trata del fin de una brillante época; el último descendiente de Carlos V reina; después de él, la Nación, regida por una nueva dinastía, recorrerá nuevos caminos. Ordinariamente no se conoce á España más que por su literatura dramática, sus novelas picarescas y su pintura; cuando con tales datos se pretende formar una representación de la vida real, se duda, y es muy difícil llegar á una conclu-

sión; muchas costumbres parecen fabulosas, pero después de haber leído la descripción de este viaje, se ven, y aún se tocan, esas costumbres, tales como las obras artísticas las habían dado á conocer; ni los libros ni los cuadros habían mentido; los personajes de Lope, de Calderón, de Murillo y de Zurbarán, eran vulgares. El lector va á juzgar del carácter español, no mediante obras de imaginación que lo pongan en escena, sino por la descripción de un testigo de vista.

I

El espectáculo es terrible y extraño; se desarrolla una devastación, y para el observador, la causa de todas las miserias que envuelve aparece de manifiesto á la primera mirada. Todas las cosas obedecen á las leyes, que son inexorables; unas veces obran contra el hombre y otras veces para el hombre, según los actos de éste; pero el hombre no es dueño de cambiarlas; en unas ocasiones las sufre y por ellas padece; en otras, á ellas se acomoda y las utiliza; en las cosas morales, como en las cosas físicas, la repercusión es segura; debemos estar prevenidos, porque seríamos arrollados si la provocásemos ó la esperásemos. España la provocó, y la esperó, y cayó en ruínas por efecto de su choque. A fines del siglo XVII se parecía á la Turquía contemporánea. Aunque de tanta extensión como Francia, se vió reducida á seis millones de habitantes. Unas veces sirvió de presa á Holanda, á Cromwell; otras veces á Richelieu, á Mazarino, á Luis XIV: en cada guerra perdía una provincia; le arrebataban las ciudades á la carrera. Si aún se sostenía era con ayuda de naciones protestantes; si conservaba los Países Bajos era con guarniciones holandesas. Su ejército se componía de 20.000 malos soldados; la escuadra consistía en algunos barcos prestados por los genoveses, y en

todas partes, al lado de la impotencia del Estado aparecía la miseria del súbdito. Ni una fuente en Toledo; el gran depósito que alimentaba la ciudad se rompió, no se pudo reconstruir, y era preciso andar 30 toesas (58 metros) hasta el Tajo para encontrar agua. En la Mancha y en Galicia había 80 leguas de desierto: «el mayor árbol que se encuentra en esa región es un poco de sérpol y de tomillo salsero.» Ni una hospedería. Se viajaba en caravanas, en grandes galeras de seis ruedas, que podían contener hasta 40 personas; enganchaban á estas máquinas 20 caballos y partían ocho ó diez juntas, para socorrerse en caso de necesidad. En las otras provincias, los albergues eran como las posadas en que pernoctó D. Quijote. A diez leguas de Madrid, las habitaciones eran agujeros obscuros, en donde «era preciso llevar luz hasta en pleno medio día.» No se usaba más lumbre que una lámpara infecta. «Se ha ido por »todas partes, y hasta en casa del cura, para encontrar can»dela, y no se ha hallado en ningún sitio..... No hay chime»neas. Hacen un agujero en lo alto del techo, y por allí sale »el humo.» En esta atmósfera, que perturba y sofoca, «gru»ñen una docena de hombres y otras tantas mujeres, más ne»gros que diablos, hediondos y sucios como cerdos, y cubier»tos de harapos.» Uno rasguea una mala guitarra y canta con voz de gato ronco; las mujeres, desgreñadas como gitanas, hacen resaltar sobre su piel morena y amarillenta cinco ó seis collares de gruesos abalorios. «Ni puchero en el fuego, ni pla»tos lavados. No hay en la casa más que una taza, y para uti»lizarla es necesario esperar á que los arrieros la hayan deja»do.» El aspecto era de un campamento asiático, y en los pueblos, las frituras, las materias excrementicias y el lodo recuerdan la negligencia de las ciudades de Oriente. En Madrid las casas son de tierra y ladrillo, la mayor parte sin cristales. «Cuando se quiere hablar de una casa á la que nada falta, se dice que tiene vidrieras. Nada hay peor acondicionado que el pavimento de las calles; por muy lentamente que se ande por ellas, se va siempre tropezando.» Los arroyos, detenidos en

su curso, producían un lodo que «manchaba hasta los arreos de los caballos»; la suciedad salpicaba á las señoras que iban en carruaje, y para preservarse de ella bajaban los cristales y las cortinas; aun así, el agua entraba en los coches por debajo de las portezuelas. Un paseo era un peligro. En una ocasión, el carruaje del embajador de Venecia volcó al salir de su palacio en esta «marea negra», y los terciopelos, los bordados y los dorados de 12.000 escudos quedaron en tal situación, que no pudieron volver á servir. La policía de las costumbres no era mejor que la policía de las calles: los valientes asesinaban por precio convenido, y las gentes de justicia procedían peor que los valientes. En dando algún dinero á un Alcalde ó á un alguacil, detendrán á la persona más inocente, la arrojarán á un calabozo y la harán perecer de hambre sin proceso, sin orden, sin decreto. En cambio, los ladrones, los asesinos, los envenenadores, permanecen tranquilamente en Madrid, si no tienen bienes conocidos. Si los tenían, la policía explotaba su crimen para apoderarse de su dinero. Ninguna idea de la justicia. Se condenaba á muerte á dos ó tres culpables por año, y eso con repugnancia. Son hombres como nosotros—decían,—compatriotas nuestros y súbditos del Rey. En presencia del cadalso el pueblo llora, y, como en Italia, se declara contra el verdugo en defensa del criminal. Una población así, es, como en Oriente, un conjunto de hombres entregados á sí mismos para bullir en sus chiribitiles y luchar con sus propios instintos. Si el Gobierno interviene en la vida pública, no lo hace para prestar servicios, sino para cobrar impuestos: toma, deja hacer y no saca más provecho del hombre que el que el hombre saca de las cosas. Ni las aptitudes humanas ni las fuerzas naturales han sido organizadas inteligentemente y con una dirección determinada y útil; el desorden, la inexperiencia, la esterilidad primitivas subsisten en la sociedad lo mismo que en el suelo. Miseria y farsa, dorados y guiñapos. Hace ya cien años que en *El Lazarillo de Tormes* se escribía la novela del hambre. En esa decadencia común la falta no

está sólo en el Gobierno, sino en el pueblo. Lo que el primero ha hecho, el otro lo ha conservado, consentido ó aprobado. La intolerancia católica, la política absolutista, la Administración inepta y brutal han tenido á la Nación por cómplice. Si se busca la causa de este abatimiento continuo ó de esta barbarie persistente, no se hallará sólo en la ignorancia ó en la ceguera de los jefes, sino especialmente, y sobre todo, en esa estructura íntima de las almas, que en todo país impone á cada Nación su fortuna, buena ó mala, y la destina á los desastres ó á los éxitos.

El primer rasgo del carácter español es la falta de sentido práctico. No sabe y, sobre todo, no quiere acomodarse á las cosas. La soberbia es su fondo, y juzga que la preocupación por lo útil es indigna de él. En Vizcaya y en Navarra, todos, hasta los aguadores son caballeros; habiendo combatido toda la Nación contra los moros, todos los hijos del país se consideran descendientes de los Cruzados; la ley declara que los niños expósitos sean reputados nobles, y un noble no trabaja. «Cualquier humilde campesino tiene la persuasión de que es »hidalgo, es decir, caballero; en la más modesta casa hay una »historia fabulosa, compuesta desde hace muchos años, que »se deja por única herencia á los hijos y á los nietos de aque»lla gente rústica; en esa historia fabulosa interviene la anti»gua caballería y lo maravilloso, y figuran como tatarabuelos »Don Pedro y Don Juan, que hicieron tales y cuáles servicios »á la Corona, y, por tanto, no quieren *descender* y perder su »*gravedad*. Por lo mismo que así piensan, sufren resignada»mente el hambre y otras necesidades de la vida antes que »trabajar, según dicen, á manera de mercenarios, lo que sólo »es propio de esclavos; de modo que el orgullo, secundado por »la pereza, les impide la mayor parte del tiempo sembrar sus »tierras, á menos que no vengan extranjeros á cultivárselas. Sucede que un campesino se repantinga en su silla y se pone »á leer un viejo romance, mientras que otros trabajan en su »lugar y se llevan su dinero.» El mismo orgullo existe en toda

clase de personas, cualquiera que sea su condición. El cocinero de un Arzobispo reprendido por su amo á causa de haber guardado la llave del lugar en que se guarda la marmita, se niega á entregarla, y responde: »No puedo sufrir que se me »reprenda, siendo como soy de raza de cristianos viejos tan »nobles como el Rey, y tal vez un poco más.» Los criados exigen respetos; «pretenden casi todos ser de tan buena casa »como el dueño á quien sirven, y si fueran ultrajados, serían »capaces para vengarse de matarlo á traición ó de envenenarlo. Se han visto muchos ejemplos.» Se dirige uno en Madrid á casa de un carnicero, «le pide la mitad de una ternera para »pagarla proporcionalmente á su peso, pero él no se digna res»ponder ni dar lo que se le pide. Se limita el comprador á pe»dir una lonja de la ternera, y el carnicero le hace pagar por »adelantado y le entrega por su ventanilla un trozo de carne»ro. El comprador se lo devuelve, diciéndole qne no es aquello »lo que pide; el vendedor lo toma y entrega un solomillo de »vaca: grita el otro más fuerte pidiendo lo que había solicita»do; pero el carnicero no contesta, tira el dinero y da al com»prador con la puerta de la ventana en las narices.» No es el vendedor el que se muestra atento con el comprador, sino éste con aquél. «Hasta los mendigos cuando piden limosna lo ha»cen con aire imperioso y dominante, y si se les niega, es ne»cesario hacerlo con cierta cortesía, diciéndoles: caballero, »perdóneme su merced; no llevo dinero.» Por veleidades de la fortuna, bajo la ropilla de cualquier mendigo se halla el alma de un rey que se cree nacido para el respeto y la ostentación. Un zapatero se aproxima al puesto de una mujer que vende salmón, y le pide una libra: «Sin duda, exclama la vendedora, »vuestra merced cree que este pescado está barato, pero se en»gaña: vale á escudo la libra.» El zapatero, indignado, le responde en tono altanero: «Si hubiera estado barato me conten»taría con una libra; pero puesto que está caro llevaré tres. »Inmediatamente le da los tres escudos, se cala bien el som»brero, se atusa con arrogancia el bigote, requiere la formi-

»dable espada hasta levantarla á la altura del hombro, y no»tando que escuchábamos su coloquio y que éramos extranje»ros, nos mira con fiero desdén. Lo gracioso del asunto está »en que aquel hombre tan vanidoso no tendría quizás en el »mundo más que aquellos tres escudos, que serían su jornal de »toda la semana, y que el día siguiente, él, su mujer y sus hi»jos, ayunarían rigurosamente con solos pan y agua; pero de »esa condición es esta gente: muchos individuos se proporcio»nan las patas de un gallo capón y las llevan colgando por »debajo de la capa, á fin de aparentar que llevan efectivamente »un capón aunque no llevan más que las patas.» Pero, en suma, entre cueros y tirapiés pasan por señores. «No se encuentra un »carpintero, un sillero, ú otro cualquier artesano de taller, que »no se vista con veludos y satín como el rey, y no tenga la »espada, el puñal y la guitarra colgados en su accesoria. Tra»bajan lo menos que pueden, y solamente obligados por extre»ma necesidad hacen algo; después llevan su tarea. Si se tra»ta de un zapatero, y tiene dos aprendices, se hace acompañar »de los dos, y da á cada uno un zapato para que lo lleve; si »tiene tres van con él los tres, y solamente con mucho disgus»to se rebaja él mismo á llevar su trabajo. Cuando concluye »va á sentarse al sol con otros holgazanes como él, y allí, con »autoridad soberana, deciden acerca de los negocios del Esta»do y arreglan los intereses de los Príncipes.» La discusión se enciende, los discutidores se acaloran, y se baten. Hace poco llevaron á la Embajada de Dinamarca á un frutero gravemente herido: había hecho uso de la espada para sostener que el Sultán debía extrangular á su hermano. En el teatro deciden: un zapatero es quien dirige en Madrid los aplausos y los silbidos; y cada autor va al taller del maestro de obra prima para consultarle sus obras. En fin, son galantes, músicos y poetas. En los días festivos, en el paseo ó cerca del Manzanares se les ve conversar noblemente, bebiendo agua y tocando la guitarra ó el arpa. A un pueblo de esa condición conviene un pueblo de esclavos; pero como sus individuos no tienen esos es-

clavos que los provean de trajes, víveres y de bienestar, se quedan en la cama el día en que dan á lavar su única camisa y ayunan en paños menores.

El ejemplo lo dan los grandes, y aun el mismo Rey. En suma, la administración es la de un *pachá* que corta el árbol para cogerle el fruto. Hay prohibición de plantar vides ú olivos en las Indias y de establecer manufacturas en ellas: los galeones del Rey son los únicos proveedores y la repartición indica á cada villa los abalorios que debe comprar. Un gobierno de provincia no es una carga sostenida para servicio de los súbditos; es un beneficio que el poseedor explota en su provecho. Con ese motivo y para que cada cual pueda enriquecerse cuando le llegue el turno, se dan aquellos empleos solamente por tres ó cinco años. «A ellos van pobres la mayor »parte y apandan lo que pueden: un Virrey sin dificultad reune »cinco millones de escudos; un gobernador de plaza quinien»tos ó seiscientos mil; un religioso predicador treinta ó cua»renta mil.» Los españoles no se han desprendido todavía de las ideas groseras de las civilizaciones despóticas, en que la Administración no es más que una conquista permanente, en que el único medio de adquirir es la rapiña y en que no hay más valer que el del dinero; pero «guardan ese dinero en sus cajas y mientras dura tienen buena despensa;» no lo emplean en tierras, no lo colocan á interés; «consideran depresivo sacarle beneficio,» y piensan «que cuando se les concluya solicitarán un nuevo cargo.» No tienen idea de economía. «Cuando »muere un padre que deja dinero contante é hijos menores, el »dinero se encierra en una buena caja sin darle colocación »productiva.» El Duque de Frías dejó tres hijas y 600.000 escudos en efectivo: se encerró el dinero en tres cajas, cada una con el nombre de una de las niñas; los tutores guardan las llaves, y diez años, quince años después, el día del casamiento se abren. Lo que nosotros llamamos crédito, empresas, trabajo en grande, se desconoce. La riqueza es un cúmulo de oro, que se encierra ó que se pone de manifiesto. El Duque de

Alburquerque tiene 1.400 docenas de platos de oro y de plata: 500 platos de entrada, 700 más pequeños, el resto en proporción, y 40 escabeles de plata para colocar junto á la mesa. El Duque de Alba, que no es rico en vajilla, tiene 600 docenas de platos pequeños, y 800 platos mayores, todos de plata. La servidumbre corresponde á este lujo, y cada individuo se halla tan ocioso como el dinero. Las dueñas, escuderos y pajes hormiguean con sus grandes mantos y sus libreas lujosas, en los grandes salones vacíos, y bostezan noblemente, haciendo figuras ó mascullando con sus rosarios. «Cuando un gran señor »muere, si tenía cien criados, su hijo los conserva, sin dismi»nuir el número de los que ya tuviera en su propia casa. Si »muere la madre, lo mismo: todas las mujeres que estaban à »su servicio, pasan al de su hija ó de su nuera; y esta costum»bre se extiende hasta la cuarta generación, porque nunca se »les despide: se les coloca en casas vecinas, y se les paga me»sada; de cuando en cuando, se presentan más bien para ha»cer ver que no han muerto que para prestar ningún servi»cio.» La Duquesa de Osuna tiene 300 criadas; hace poco tenía 500. El Rey paga sueldo á 10.000 personas. Todos esos parásitos mueren de hambre. Un criado tiene de jornal dos reales diarios (siete sueldos y medio) para alimentarse y vestirse. Un gentil hombre tiene quince escudos por mes, y con este dinero debe sostenerse, vestir de terciopelo en invierno y de tafetán en verano. «Así no se alimentan más que de cebollas, guisantes y otros modestos géneros.» Ordinariamente no comen en la casa, excepto los dueños: los gentiles hombres y las damas van á la esquina de la calle, á las cocinas públicas, donde hay grandes calderos que hierven en trébedes. «Compran habas, ajos, cebolla y un poco de caldo, en el cual empapan el pan.» Así viven miserablemente, cargando su estómago. Los pajes son más felices, «porque son ladrones como hurracas... Al llevar los platos á la mesa, se comen más de la mitad de lo que contienen, y se engullen los trozos hirviendo, por lo cual tienen los dientes echados á perder.» Algunos in-

dividuos acomodados han hecho construir una marmita de plata, cerrada con un candado; el cocinero observa por una rejilla si la sopa está en punto; de esta manera se preserva de los pajes. «Antes de este procedimiento, ocurría muchas veces que cuando se iba á poner la pasta para la sopa, no se encontraba ni carne ni caldo.» La vida doméstica parece un campamento con todos sus azares y todos sus desórdenes. «Frecuentemente hay en una cuadra 50 caballos que no tienen paja ni cebada, y perecen de hambre.» Nunca se guardan provisiones. Todos los días hay que ir á casa del panadero, del carnicero y del pastelero para comprar fiado lo que hace falta. «Si el dueño de la casa durante la noche se pone enfermo, ocurrirán muchas dificultades; porque ni vino, ni agua, ni carbón, ni bujías se encuentran en la casa: todo lo sobrante del día se lo llevan los criados á su domicilio particular, y al día siguiente hay que comenzar de nuevo la provisión.

Con estos detalles, referentes á la casa, se puede adivinar la manera con que los españoles gobiernan su fortuna. El orgullo reina en sus almas, y las quimeras refinadas que ese orgullo arrastra consigo predominan con él, tanto más imperiosamente cuanto más se oponen al interés visible y á la vulgar razón. El príncipe Destillano tiene empleos y comisiones que deben producirle unas 80.000 libras de renta, pero sólo dan de cuatro á cinco mil libras, y «cuando su secretario le presenta las cuentas, aquél las rechaza, alegando su condición y diciendo que aquello es una bagatela.» El Duque de Arcos, creyéndose despojado de la corona de Portugal por los Braganzas, se niega á rendir á éstos homenaje por las tierras que tiene en aquel reino, y pierde así anualmente 40.000 escudos de renta, y además los atrasos inmensos que deberían pagarle. Muchos grandes no quieren ir á sus Estados, «así es como llaman á sus tierras, ciudades y castillos»; ponen todos sus negocios en manos de un intendente, cuyas cuentas no revisan, y á quien permiten arruinarles como tenga á bien. «Un hombre ó una mujer de calidad preferiría morir antes que re-

gatear el precio de una tela, de unos encajes, de unas alhajas, ó de admitir la vuelta de una moneda de oro; la ceden al vendedor por la molestia que éste hubiera tenido en vender por diez doblones lo que no vale más que cinco. Los proveedores ordinarios fijan en sus facturas lo que quieren y el precio que les parece. Así marchan las cosas, hasta que los bienes se concluyen; entonces el propietario cede lo que le resta por una pensión vitalicia. La misma incuria y el mismo desorden hay para la educación de los hijos; tan pronto como los destinan á la profesión militar, no les enseñan latín ni historia; no los hacen viajar, no los instruyen en el uso de las armas ni en la equitación; verdad es que en Madrid no hay ni siquiera una Academia en que se enseñen ejercicios corporales; se pasean y hacen la corte á las damas. «Los jóvenes de calidad, que tie»nen dinero, comienzan desde la edad de doce ó trece años á »proporcionarse una novia, es decir, una dama, para la cual »toman de la casa paterna todo lo que pueden atrapar. Añá»dase á esto, que se les casa, por decirlo así, al salir de la cu»na. Se da colocación á los dieciséis años á un hombrecito en »su casa con una mujercita, que no es más que una niña, y »esta costumbre hace que el joven no aprenda lo que debería »saber, y que se entregue desordenadamente á los vicios cuan»do se encuentra hecho dueño de su conducta; de manera, que »pasa frecuentemente su vida al lado de la chimenea, como un »anciano en su decrepitud: y porque este noble holgazán es »de una ilustre casa, tal vez sea escogido para que vaya á go»bernar pueblos, que serán víctimas de la ignorancia de su »gobernador. Lo que es aún más lastimoso, es que este tal »hombre se llega á creer un gran personaje, y no se rige más »que por su propio parecer, sin consultar con nadie: de esta »manera, todo lo hace al revés. Su mujer no tendrá genio ni »habilidad, y consistirá todo su mérito en una gloria insopor»table, de la que estará orgullosa. Y frecuentemente, personas »de capacidad reconocida tendrán que obedecer á estos dos »estúpidos, que les han dado sus superiores.»

Lo más triste del caso es, que esta esterilidad y este desorden son voluntarios. «La naturaleza ha sido con ellos me»nos avara, que ellos mismos lo son para sus propios intere»ses. Tienen más inteligencia que otros; poseen gran vivaci»dad y gran cordura; hablan y se expresan fácilmente; tie»nen mucha memoria, escriben de una manera clara y conci»sa; comprenden con rapidez; les es fácil aprender todo lo »que quieren; entienden perfectamente la política; son labo»riosos y sobrios cuando es preciso... Dan pruebas de gran»des cualidades: generosidad, reserva, amistad, valentía, en »una palabra, todos aquellos sentimientos del alma que hacen »el perfecto hombre honrado.» Ningún pueblo ha recibido de la naturaleza y de las circunstancias tan magnífico lote de prosperidades y de esperanzas. Por la fuerza y por la inteligencia los españoles dominaron en Europa, á la cual impusieron el ascendiente de su política, de su literatura y de su gusto. Cuanto el genio, el trabajo y las circunstancias del Renacimiento llegaron á acumular con respecto á invenciones, descubrimientos y tesoros, les tocó en suerte; heredaron las artes de Italia; gozaron de la industria de Flandes, recogieron las riquezas de América. La fortuna fué con ellos pródiga, y la verdad es que su corazón estaba tan alto como su fortuna. Un solo don les ha faltado: la capacidad para comprender y la voluntad para sufrir las condiciones vulgares é insuperables de la vida humana. Al tratar de los españoles, se piensa en aquel hijo de príncipe colmado desde su nacimiento de inteligencia, de virtudes, de grandezas, pero que habiendo sido cegado por una mala hada, languidecía enfermizo, impotente, miserable, en su cuna cargada de coronas y bordada de oro.

H. Taine.

CRÓNICA LITERARIA

CÁNOVAS

Θελω λέγειν 'Ατρείδας..... Quisiera hablar, como de costumbre, en esta crónica, de algunos de los libros recientes que se amontonan en mi mesa del trabajo. Pero el pensamiento y la pluma se me van irresistiblemente hacia otra parte. Hacia esa gran figura española que acaba de desaparecer trágicamente, y á la cual podemos ya rendir libre homenaje de admiración los que la admiramos en silencio, en los días de su poder, cuando el elogio podía parecer á la malicia adulación interesada.

¿Qué libro más interesante que la realidad? Y dentro de ella ¿qué asunto de tan magno interés como la vida de los grandes hombres, de los conductores de los pueblos, ya por el áspero camino de la vida real, ya por las etéreas y luminosas esferas del pensamiento?

La obra literaria de Cánovas, pues como habrán comprendido los lectores á él me refiero, daría motivo para llenar no una sino varias de estas crónicas. Fueron muy diversas sus aptitudes como cultivador de las letras, y muchos y diferentes los géneros en que ejercitó su ingenio. En la poesía lírica, en la historia, en la oratoria política y académica, en la novela histórica, en la literatura didáctica, á la que pertenecen sus nu-

merosos y profundos estudios filosóficos, sociales y jurídicos, en la crítica literaria y artística mostró Cánovas la universalidad de sus facultades, si bien no pudo, naturalmente, sobresalir y perfeccionarse por igual en tan diversos géneros, que no fueron tampoco, como es sabido, la principal y más constante ocupación de su laboriosa existencia, consagrada en primer término al ejercicio práctico de las artes de Gobierno.

Considerábase Cánovas por esta razón como un desterrado de las letras, á las que sólo pudo consagrar, fuera de los primeros años de su juventud, los ratos de ocio, que le dejaban sus ocupaciónes y cuidados de gobernante y hombre público.

Teniendo en cuenta esta circunstancia, es verdaderamente prodigiosa la labor literaria que pudo realizar, casi á ratos perdidos, como suele decirse vulgarmente, aunque en realidad no lo fueran, sino todo lo contrario, este hombre verdaderamente excepcional, uno de los pocos contemporáneos de quienes con razón puede mostrarse orgullosa España.

No menos sorprendente que el fruto con que cultivó Cánovas las letras, en condiciones tan poco favorables como las que supone la continua y obligada preocupación de su espíritu con otro género de problemas que los pertenecientes al reino de la estética, es esa gran variedad de sus aptitudes de literato, á que antes aludía. No llegó, ciertamente, en todos los géneros cultivados por él (ni era, en lo humano, posible) al grado superior de perfección, pero mostró en todos ellos condiciones tales de buen gusto, de claro entendimiento y de sólida preparación, que de haberse consagrado exclusivamente á cualquiera de ellos, hubiera podido emular á sus más celebrados y sobresalientes cultivadores.

La obra literaria de Cánovas no ha sido, hasta ahora, juzgada imparcial y completamente. Tuvo, como todos los poderosos, aduladores, pero también apasionados enemigos que quisieron cobrarse en el literato los agravios del político, ó llevar al examen de sus obras la prevención nacida de la oposición de ideas ó del odio hacia lo que Cánovas en la vida pú-

blica representaba. Se le juzgó, por lo común, de un modo pequeño, con microscopio, buscando menudas imperfecciones de detalle en obra de tan grandes alientos y elevada inspiración como la suya. Más que la crítica serena y razonada, se ensañó con él la sátira mordaz, que á pocos grandes perdona, si por ventura se libra de ella alguno. Estas mismas críticas delataban á veces, en medio de su saña, la alta idea que tenían de Cánovas sus censores. ¡Poco ufanos que se ponían por haberle sacado á relucir un ripio, ó por haberle pedido cuentas de un arcaísmo! ¡Ahí era nada hombrearse con tal personaje y erigirse en juez de sus obras! Este sentimiento vanidoso y el espíritu de imitación de los abundantes carneros de Panurgo que por acá tenemos, hizo que muchos hablaran mal de las poesías de Cánovas..... sin haberlas leído.

No me propongo ahora hablar de sus numerosos libros, ni señalar siquiera las cualidades que desarrolló principalmente en cada género. Trataré tan sólo de bosquejar algunos rasgos característicos suyos y de mostrar lo que me parece más saliente de su obra como historiador y como político, como autor de historia, en los dos sentidos, de escritor y de agente, que puede admitir la frase.

*
* *

Cánovas ocupaba en la sociedad española un lugar aparte, una posición especial por lo preeminente. Desde la Restauración acá, sólo Castelar ha compartido con él esta hegemonía espiritual, esta autoridad moral que nada tiene que ver con la autoridad material del mando, ejercida en igual medida por otros hombres, ni con el prestigio pasajero de la popularidad que tan rápidamente cambia de titulares. Uno y otro, Cánovas y Castelar, eran para los extranjeros las dos grandes figuras españolas de nuestra época, y lo mismo para sus compatricios, aunque entre estos negase la pasión política lo que el

convencimiento íntimo de la generalidad afirmaba. Poco antes de la tragedia de Santa Agueda, discutióse cierta alusión que un escritor francés hacía en una revista al «hombre que en España conocía mejor su tiempo y los tiempos pasados, su país y los demás países». A nadie se le ocurrió que el texto pudiera referirse sino á Castelar ó á Cánovas, y hay que decir, en honor de la verdad, que primeramente se señaló á éste como la persona de tal manera designada. En ambos aparecen los talentos políticos y la pericia de gobernantes, realzados por el prestigio del saber y de la fama literaria.

¿Era Cánovas impopular, como se ha dicho? Lo era y no lo era, según la impopularidad se entienda. Si por pueblo se toma á la plebe y por popularidad el sentimiento que inspiran los ídolos populacheros de un día ó de una semana, no era popular ciertamente. Mas si por representación del pueblo tomamos á la masa de personas desinteresadas de las luchas políticas, que forma esa opinión neutral, tan numerosa en España, y por popularidad la confianza en las dotes y en la buena fe de un hombre público, bien puede decirse que era popular Cánovas. En los momentos de pesimismo respecto á la cuestión de Cuba y la actitud de los Estados Unidos, era frecuente oir á personas imparciales: «¡Gracias que está Cánovas! ¡Sólo él puede sacarnos de este atolladero!»

Era, sin embargo, más respetado que amado, aunque inspiraba viva afección á los que le trataron con alguna intimidad, y ejercía grandísimo ascendiente, verdadera seducción — la seducción del genio — sobre cuantos á él se acercaban. Pero los que no le conocían, ó le conocían sólo superficialmente, se le figuraban muy otro de lo que era. De ahí la leyenda de su soberbia, que interpretada caprichosamente por personas que sólo conocían á Cánovas por las caricaturas y los chistes de los periódicos, hacía creer á muchos que Don Antonio era un señor de muy mal genio, que miraba á todo el mundo por encima del hombro, y que hablaba siempre con el entrecejo fruncido.

No; no era soberbio Cánovas en el sentido que se figuraba el vulgo. Tenía, sí, el noble orgullo del hombre que se lo debe todo á sí mismo; la plena conciencia de la dignidad debida á lo que era y representaba en España: pero esa altivez la ejercitó sólo con los grandes y poderosos, ante los cuales puede decirse que nunca cedió poco ni mucho, dando un ejemplo de decoro y de respeto á sí mismo, por demás raro en estos tiempos de flexibles espinazos. Pero cualquiera de los personajes nulos á quienes hizo D. Antonio de la nada, en un momento de condescendencia disculpable en aquel hombre que lo podía todo, tiene más soberbia y se da más tono que Cánovas, el cual se humanizaba con los humildes y no tenía á menos departir un rato con la Canuta del Retiro, ó tratar como á compañeros á los *chicos de la prensa* que le esperaban en las escaleras de la Presidencia. Mejor que nadie saben los periodistas que no era Cánovas el hombre intratable y endiosado por que se quería hacerle pasar. Era de más fácil acceso y de trato más llano y afable que cualquiera de los infinitos Ministros que han llegado á serlo en España, sin haber debido pasar jamás de jefes de negociado de tercera clase.

Esta justa altivez de Cánovas, tan desfigurada por la leyenda, era uno de los rasgos, eminentemente españoles, de su carácter. Era la altivez del *Castellano leal* que pinta en su maravilloso romance el Duque de Rivas; la conciencia de la propia dignidad y del propio valer, sin la careta de la falsa modestia, que es una forma solapada y embustera del orgullo.

Cánovas era un espíritu eminentemente aristocrático que rendía culto á las más nobles aspiraciones intelectuales. Pero convencido de que pertenecía por derecho propio á la más elevada, más antigua y natural de las aristocracias, á la aristocracia del genio, jamás quiso buscar en distinciones y títulos exteriores la consagración de su categoría. Él, que después de la Restauración recompensó con honores y títulos nobiliarios á sus auxiliares, no quiso nunca llamarse más que D. Antonio Cánovas. Como Bismark, cuando Guillermo II, al despedirle,

le decoró con un aparatoso ducado, podía decir que un título no le hubiera servido más que para viajar de incógnito.

No se dice ciertamente una cosa nueva al decir que Cánovas tenía temperamento autoritario y no era dado á sufrir la contradicción. Bien miradas las cosas, tenía razón para ser así. En su larga vida política tropezó muchas veces con colaboradores torpes ó desleales; tuvo que luchar con preocupaciones del vulgo, con intereses de clases, con intrigas y conjuraciones diversas; vió en diferentes ocasiones estropeados los planes que sagazmente concibiera, por errores y torpezas de otros. No es extraño que, conociendo mucho á los hombres y no haciéndose ilusiones sobre el estado de cultura del país, se inclinase más al pesimismo que al optimismo. Confiando en sí, viendo sancionadas por la experiencia sus previsiones y establecido y triunfante el régimen político que era su obra, parece natural que se mostrara celoso de su autoridad para conservarle y que usara de ella en interés público, que en interés propio jamás la usó, pues aparte de su honradez acrisolada, de que ha venido á dar nuevo testimonio el hecho de haber muerto pobre, fué acaso el político menos accesible á los achaques de nepotismo, tan generales en España.

Tenía Cánovas verdaderas condiciones de dictador. No en el sentido antipático y faccioso que se ha dado modernamente á esta palabra, llamando dictador al hombre que atropella las leyes y gobierna por la fuerza, con la complicidad y el apoyo de alguna clase ó institución poderosa. Era demasiado hombre para este papel de tiranuelo á la americana. Hubiera podido ser dictador y acaso lo fué de hecho en algún instante, en el noble y alto sentido que dió á esta magistratura Roma, la maestra política de las naciones. Un patricio eminente á quien el Estado confiaba en momentos de peligro todos los poderes: eso era un dictador en el sentido clásico, y para eso tenía Cánovas condiciones no superadas ni igualadas por ningún otro español de su tiempo.

Aunque estas viriles cualidades de aquel gran hombre,

despertaran muchas veces iras, temores y hasta odios, jamás fué menospreciado ni tenido en poco. Pudieron llegar hasta él las imprecaciones de la cólera, mas no la carcajada del desprecio. Hasta el mote popular con que la sátira designaba á Cánovas—el *Monstruo*—revela el aprecio que hacían de él sus mismos adversarios. Hasta en burlas lo tomaban en serio, y en vez de buscarle una representación ridícula le daban la representación de algo espantable y fiero, de algo, en fin, que era, según la frase vulgar, cosa de cuidado.

***

Prescindiendo del *Bosquejo histórico de la casa de Austria,* obra de su juventud que en cierto modo repudió Cánovas cuando se hallaba en la plena madurez de sus facultades literarias, y que empezó á refundir ó á hacer nuevamente, mejor dicho, en sus *Estudios del reinado de Felipe IV,* son estas y *El Solitario y su tiempo*, las principales obras históricas que deja publicadas, si bien tenía entre manos, y debe de dejar adelantada ó quizás concluida, aunque inédita, otra muy interesante sobre la desmembración de la Monarquía española, estudio destinado á servir de prólogo á las Memorias del Marqués de la Mina y del cual sólo se ha publicado un extenso capítulo que apareció en *La Época* (1). Han dicho algunos, pretendiendo rebajar el mérito de Cánovas, que era un mero prologuista, pero solían ser sus prólogos obras de mayor interés é importancia que las prologadas, ocurriéndole, por su abundancia de erudición y pensamiento, que se ponía á escribir un prólogo y le salía un libro completo.

No parece, así á primera vista, muy grande la obra histórica de Cánovas, y sin embargo pocos de su país y de su tiempo han podido aspirar, con iguales merecimientos que él, al título de historiador. Tenía en grado eminente las cualidades li-

(1) Del día 13 de Enero de 1895. Creo que es el primer capítulo.

terarias exigidas para el cultivo de la historia como arte. Poseía el don de evocar lo pasado en representaciones de vivo colorido; su estilo clásico y majestuoso se amoldaba á maravilla á la severidad de las relaciones históricas; sin incurrir en el arcaismo exagerado de su tío el Solitario, pertenecía por su castizo estilo á la familia de los Melo y los Hurtado de Mendoza, como éstos á su vez fueron, en algún modo, sucesores de Tácito, Tito Livio y Salustio. Y no eran menores en Cánovas las dotes pertenecientes, no ya á la forma sino á lo interno de la historia, al esclarecimiento, interpretación y juicio de los sucesos.

Historiador de sucesos particulares en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, cultivador de la historia anecdótica y biográfica en *El Solitario*, penetra, sin embargo, Cánovas en las profundidades de la historia pragmática y filosófica. Su teoría de la parte de azar que hubo en el predominio de España en el siglo XVI; de la desviación causada en el cauce natural de nuestra historia por el matrimonio de Doña Juana la Loca; y de lo inestable y pasajero que había de ser forzosamente aquel período de grandeza, debida á causas que no tenían por base las condiciones naturales y económicas del país, es de lo más profundo que se ha pensado y dicho sobre la historia de España. Por eso quizás, la ignorancia y la patriotería de oropel se cebaron con preferencia, en sus ataques á Cánovas, en estas verdades más útiles y patrióticas que las ficciones de la historia no *ad usum desphinis*, sino peor: para uso y adulación del vulgo.

Cánovas amaba la tradición española, pero no con pasión irracional que le cegara el entendimiento. Veía, pues, el carácter accidental de aquella grandeza, lograda por otros caminos y en empresas diferentes de las que la naturaleza de las cosas parecían haber marcado á España; contemplaba luego el desarrollo y consumación de la inevitable decadencia, el agotamiento, la pérdida del poderío, la desmembración del enorme imperio y tras tantos sacrificios y luchas, no lograda

ni en camino de lograrse, la unidad peninsular que parecía ser el término natural de la evolución histórica de los Estados regionales españoles. De ahí su deducción amarga, pero verdadera y de provechosa enseñanza, de que debíamos limitarnos á conservar nuestro patrimonio, si nos era posible, absteniéndonos de todo linaje de aventuras y de todo sueño de engrandecimiento.

Es de notar y muestra cuán sólido era el juicio histórico de Cánovas y cómo no enturbiaban la claridad de su inteligencia esos vapores de orgullo y endiosamiento de que tanto se ha hablado, que aquel hombre que había sido uno de los principales factores de la historia de su tiempo y de su patria, que *había hecho la historia*, en algún momento, no se dejó arrastrar por la seducción de esa teoría aristocrática, según la cual la historia de los pueblos es en primer término creación y obra de los genios, de los grandes hombres ú hombres providenciales. Lejos de seguir esta doctrina histórica que viene á representar la etapa del pensamiento que, en el orden lógico, inmediatamente sigue á la interpretación teológica de la historia, y aun se confunde con ella presentando en cierto modo á los héroes ó personajes providenciales como sucesores de aquellos dioses y semidioses que, según las fábulas primitivas, fueron los instructores de la humanidad en artes, leyes y costumbres; lejos de esto, Cánovas entendía la historia á la moderna, como resultado de muy complejos factores, pero principalmente de las condiciones naturales de cada pueblo, así las tocantes al territorio, como las referentes á la raza de sus pobladores.

Es tanto más notable esta elevación del pensamiento de Cánovas como historiador, cuanto que en España los estudios históricos han tenido modernamente muy escaso florecimiento. Con raras excepciones, apenas hemos tenido otra cosa que investigadores de segundo orden, de esos que pudieran llamarse albañiles de la historia, á los cuales corresponde la indispensable pero no genial tarea de ir acopiando datos y materiales

para el verdadero historiador. La historia no se reduce á eso, como la arquitectura no se reduce al acopio de piedras, ladrillos y argamasa, sino que supone el plan inteligente del arquitecto y la disposición armónica y adecuada de los materiales, con arreglo á ese plan. No hay que decir lo mucho que se destaca la figura de Cánovas historiador (que era, siguiendo la comparación, arquitecto) de entre todos esos modestos operarios de la historia nacional, rebuscadores más ó menos afortunados en Archivos y Bibliotecas, embebidos por lo común en la persecución de las migajas históricas que dejaron abandonadas ú olvidadas sus predecesores, y consagrados casi siempre á la averiguación de esos menudos antecedentes y detalles más propios para satisfacer la curiosidad de los eruditos que para hacer variar el curso del pensamiento histórico, presentando bajo nueva faz y con nueva luz personajes y sucesos.

No quiere esto decir que sean de desdeñar, ni que desdeñara Cánovas los laboriosos trabajos de investigación de los monumentos de lo pasado. Por el contrario, era, como nadie ignora, aficionadísimo á los libros y papeles viejos, de los cuales tenía gran copia en su selecta biblioteca. Pero su gran entendimiento no se limitaba al trabajo, de orden secundario, de la comprobación y acumulación de hechos: veía en ellos datos que interpretar, símbolos de la realidad que pasó, hilos conductores para orientarse en el laberinto de las épocas que fueron, y llegar á reconstruir su imagen con las cortas é incompletas reliquias que va dejando el tiempo de los siglos que devora.

***

Se juzgará paradoja, pero es lo cierto que era Cánovas uno de los hombres á quienes más debía la libertad en España. Contribuyó como ninguno á consolidarla y á hacerla compatible con el orden, sin el cual sólo puede tener existencia efímera y azarosa. Los reaccionarios, que nunca transigieron

con él, y que fueron sus más resueltos enemigos, lo han reconocido con franqueza á su muerte.

La época culminante de la vida política de Cánovas es la de la Restauración, aquella en que se echaron las bases y se marcaron los derroteros del régimen existente en España. Están todavía recientes los sucesos, vivos algunos de los actores, fresca la tumba de otros, para que pueda todavía la historia dar con toda serenidad y completo conocimiento su sentencia sobre los sucesos de aquel período. Pero ha transcendido al público, y anda ya en historias escritas lo bastante para que podamos figurarnos el drama íntimo que se representó entonces entre los partidarios del restablecimiento de la Monarquía constitucional, y los obstáculos con que tuvo que luchar y que tuvo que vencer Cánovas, no siendo los menores los procedentes de sus auxiliares en la común empresa. Mucho se ha dicho de las desavenencias entre el elemento civil y el elemento militar alfonsino, de la intemperancia de los *ultras*, que acusaba de tibieza á Cánovas, de lo inopinado del movimiento de Sagunto, fraguado á espaldas de aquel, según muchos, que aseguran lo calificó severamente de *cadetada*. Pero sea de esto lo que quiera, que no ha llegado aún el momento de esclarecerlo, ni ahora se trata de ello, es lo cierto que si no le fué dable á D. Antonio Cánovas traer la monarquía de Don Alfonso por medios completamente pacíficos y legales, como era sin duda su aspiración, procuró borrar el sello pretoriano que podía imprimirla aquel origen; establecer un régimen amplio y liberal en que cupiesen todos, para que con el tiempo no hubiera vencedores ni vencidos, y extirpar el militarismo sedicioso, que fué la plaga del reinado de Doña Isabel II.

Este fué el gran mérito y esta la obra de Cánovas. La restauración que él hizo no fué una restauración, sino, como dijo en uno de sus discursos parlamentarios, una conciliación, una continuación de la historia de España. La gran inteligencia de Cánovas comprendió que no pueden borrarse los

hechos consumados, ni puede interrumpirse con una vuelta hacia atrás la continuidad de la historia, sin correr la más ciega é insensata de las aventuras. Su poderosa voluntad se impuso á todos, y obra suya fué el carácter liberal de la restauración, que no hubiese podido consolidarse de otra manera.

Vienen las restauraciones, no tanto por adhesión al régimen que se restaura, como por cansancio y aversión al estado revolucionario al que sustituyen. Pero rara vez lo comprenden los que son en ellas vencedores. Embriagados por el triunfo toman por fuerza propia, lo que es, en realidad, fuerza negativa, fuerza de repulsión á otra cosa, que á ellos les encumbra. Se creen fuertes para todo, pierden el freno de la prudencia y tratan de resucitar el régimen antiguo con los mismos vicios y errores que le condujeron á su ruína. De ahí el carácter efímero, de reacciones pasajeras, que han tenido comunmente las restauraciones, derribadas, más que por sus enemigos, por las torpezas de sus partidarios.

El que no haya sido así la restauración española, á Cánovas se debe principalmente; y bien puede decirse, en este sentido, que los veinte años de paz y de relativa prosperidad que ha tenido España desde 1875 hasta 1895, en que comenzó la crisis presente con la insurrección cubana, fueron obra suya.

Tuvo en este largo período algunos momentos de eclipse la estrella política de Cánovas. Hombre hecho para magnas empresas, sus grandes facultades no se acomodaban á las cosas menudas. En el juego de la política pequeña pudieron alguna vez aventajarle sus adversarios ó dejarse él llevar por auxiliares indiscretos y perjudiciales, cediendo á su desdén hacia las menudencias y tramoyas de la parte más baja de la vida pública, en que él, por repugnancia patricia, no quería penetrar. Pero llegaba el momento difícil, la ocasión solemne, el lance apurado y salía al encuentro de la dificultad el Cánovas de siempre, vigoroso y entero, como si los años no pesaran sobre su altiva frente de genio.

Así ocurrió, cuando en edad avanzada ya, que más le con-

vidaba al bien ganado reposo y á los nobles ocios del estudio, que á los cuidados y preocupaciones del Gobierno, tuvo que salir de nuevo á la arena, esta vez á defender los restos del patrimonio colonial de España. Hacía treinta años que él mismo, desde el ministerio de Ultramar, abriera aquella información sobre el régimen de las Antillas con que acreditó ya su previsión de gobernante, cuando aún no era conocido como político de primer orden. El curso de los sucesos impidió que la información diera los resultados prácticos que de ella pudieron esperarse. Y al cabo de un tercio de siglo correspondió al mismo hombre que la iniciara recoger la espinosa herencia de toda la larga serie de errores cometidos en el régimen ultramarino. Tocáronle al ocaso de su vida días de lucha y de peligro. Su esfuerzo no se desmintió, no flaquearon su voluntad ni su inteligencia, no vaciló su entereza. Alejó el peligro de un conflicto internacional que podía presumirse desastroso para España, cambió radicalmente el régimen ultramarino, improvisó ejércitos y escuadras, puso en la empresa todo el vigor de su alma; y si no murió vencedor, no murió tampoco vencido ni sin esperanzas de victoria.

*
* *

La vida de Cánovas es armoniosa, completa; envidiable, en cuanto se puede juzgar por apariencias. Una de esas vidas que ofrecen la realización de las más altas aspiraciones del hombre. Llenó plenamente su misión en el mundo. Realizó cuantas ambiciones generosas pudo abrigar en los días de su mocedad pobre y obscura. La gloria, el poder, la felicidad doméstica, cuantos fantasmas seductores pudieron cruzar por sus sueños de mancebo, le acompañaron luego en su peregrinación por la vida. Hasta el amargo trance de la muerte, que á todos los hombres hace iguales, se revistió para él de formas trágicas y apartadas de lo vulgar, que provocaron general consternación y pusieron un coronamiento dramático á aquella

noble y bella existencia. La muerte, mirada desde el lado humano y prescindiendo de la fe en otra vida mejor, es siempre un mal. Cuanto la anticipa es también un mal. El mismo Aquiles dice á Ulises que más vale ser humilde patán bajo la luz del sol, que príncipe y soberano de las sombras. Pero, parece que á los grandes hombres les disminuyen menos que la muerte natural, estas muertes trágicas en que se cae en postura de combatiente. Así ha muerto Cánovas: en la plenitud de su poder, esperanzado acaso con el triunfo, tras la ásperay penosa lucha de los dos años últimos; como el general que recibe de improviso una bala, cuando la batalla está indecisa y las banderas ondean aún con promesas de victoria...

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LOS CLUBS FEMENINOS EN LONDRES

Aristóteles dijo que el hombre es un animal sociable; los ingleses, y á ejemplo suyo todos los pueblos civilizados, prueban además que este extraño animal es «clubable», es decir, apto para ir todos los días á un local más ó menos fúnebre, á matar el tiempo fumando cigarros puros, jugando innumerables partidas de billar ó de naipes y leyendo monstruosos periódicos, desde el artículo de fondo hasta el último anuncio. Plantéase aquí una grave cuestión: ¿es *clubable* el bello sexo, y lo es en el mismo grado que el sexo fuerte, según pretende, y feo según es de cierto? Hasta ahora podían caber dudas, pues nunca se había oído hablar de clubs femeninos, aunque la institución estaba tal vez en germen en las reuniones de café provincianas y en los *five o'clock* de la *high life* (¡qué demonio de palabras inglesas!, decía el tío Van Buck). En nuestra época de feminismo exasperado no podía existir por más tiempo semejante laguna, y las ciudadanas de Londres se han encargado de llenarla. La Sra. A. Zimmern, en *Le Forum*, nos da acerca de la finalidad y organización de los

clubs femeninos del otro lado del canal de la Mancha, detalles que insertamos aquí, sobre todo para dar vergüenza á la vieja Galia por haberse dejado una vez más tomar la delantera por la pérfida Albión. ¿Cuándo va á fundarse en París el «Círculo de señoras solas?»

Digamos ante todo algunas palabras acerca del fin que se proponen. Este parece ser doble: en primer término matar el tiempo, como en los clubs masculinos, excepto en lo de los cigarros puros, reemplazados, sin duda, por la conversación picante, ó á lo menos por el gracioso cigarrillo; en segundo término (y de seguro que esto no deja de tener su valor), cuando el marido anuncia después de comer que se va á su casino, poder contestar la señora por su parte que también ella se va al suyo. Kingsley ha dicho en algún sitio que el hombre debe trabajar y la mujer llorar. Pero la Eva moderna rechaza con desprecio ese aforismo de otras edades; á su vez quiere trabajar para no verse ya obligada á llorar. También pretende que la dirijan la frase consagrada, pues de lo contrario se la dirigirá ella misma: «¡Pobrecita, todo el día trabajando; lo menos que puede hacer es distraerse un poco por la noche!» He aquí en dos palabras por qué las señoras y señoritas inglesas han fundado para su uso personal clubs, que al parecer son ya una legión.

El primero (no por orden de antigüedad, sino más bien por su renombre) es *The Pionner*, fundado y dirigido todavía por Mrs. Massingberd, una de *las* apóstoles más fervientes de la gran causa de la temperancia. El local del club está en Bruton Street, no lejos del palacio de lord Rosebery. La cuota de entrada es de tres guineas, y lo mismo la cuota anual; lo cual no tiene nada de exagerado, pero, no obstante, impide el ingreso en el santuario á las fortunas de una mediocridad poco áurea. Sin embargo, la idea democrática igualitaria reina como soberana y halla su expresión en el hecho de que cada miembro se designa en las relaciones diarias del círculo, no por su nombre, sino por un número de orden. Los *pionners*—

no nos atrevemos á decir las «gastadoras» (1)—tienen por misión trabajar en el progreso moral, intelectual y material de la humanidad; necesitan abrirse camino con el hacha á través de las malezas de las preocupaciones sociales y del espíritu de casta. En efecto, sus insignias son un hacha de plata, que llevan prendida como un broche; y su divisa, inscrita encima de la entrada del *hall* («Si dicen, que digan; dejadlos decir»), es una apremiante invitación á no hacer caso ninguno, en su marcha triunfal, de las murmuraciones y pareceres de las personas ñoñas y asustadizas.

Conocido el carácter de la fundadora-presidente, claro es que el alcohol está proscrito de su dominio con todo rigor, y que todo miembro, al ser admitido, adquiere el compromiso tácito de ser abstinente. En cuanto á las creencias, á las reglas de conducta, á los medios de acción, conserva una libertad absoluta, como lo indica este otro lema inscrito en el salón de recepciones: «Unidad en lo grande, libertad en lo pequeño, caridad en todo». Aparte de su gran misión roformista, el club se ha propuesto diversas tareas, más modestas sin duda, pero más fácilmente realizables, de un interés más inmediato y que se proponen también el mismo fin. Ha permitido á mujeres unidas por una comunidad de sentimientos y de ideas trabajar de consuno en obras caritativas. Sucesivamente, se han fundado: un pequeño hospital, un asilo para doncellas pobres, una fonda de temperancia, una taberna (claro que de temperancia también) para obreros y obreras, una sala de evangelización, sin hablar de una liga contra la vacuna; y una Asociación de sastras, donde, triste, profundamente triste es confesarlo, ¡son hombres quienes trabajan!

---

(1) En francés *pionnières*. Dado que en castellano la palabra *pionnier* equivale á «gastador» en el sentido ingenieril, y la palabra «gastador» viene á decir casi tanto como «derrochador» ó «manirroto», resulta de todo ello un juego de palabras que no está en el propósito del autor.—(N. DEL T.).

Las sesiones nocturnas de los jueves se consagran á discutir asuntos vitales: manumisión de la mujer, igualdad entre los sexos; la ciudadana del porvenir, sus derechos y deberes; la mujer debe tener otro interés en la vida que el de limpiar á sus nenes é impedir al asa de la cesta bailar una danza frenética; la novela moderna ¿es fiel retrato de la sociedad actual, trabajada por el movimiento feminista? He aquí otros tantos temas que ofrecen á la elocuencia de esas damas inmenso campo de actividad oratoria, donde siempre está segura la cosecha de flores retóricas. Entre los miembros más ilustres de dicho club, se cuentan: Sarah Grand, cuyo nombre no necesita comentarios ni aun en Francia; Mona Caird, autora del genial descubrimiento de que el matrimonio *debe* concluir por declararse en quiebra; Mrs. W. Phillips, la encantadora abogada de los derechos de la mujer; María Corelli, la más popular, y Annie Swan, la más fecunda de todas las novelistas del mundo; por último, lady Henry Somerset, campeón de las más nobles causas, defensora de los oprimidos, providencia de los derrotados en la vida.

La fundación del *Somerville Club* se remonta á 1881, y esta fecha señala el origen del movimiento clubista femenino. Tal es la verdad exacta: habiendo pasado tanto tiempo fatigas el *Somerville*, justo es que hoy se le honre. El fin que se propone es, poco más ó menos, el del *Pionner;* pero lo que le distingue de éste es su carácter esencialmente democrático. Su cuota anual se fijó al principio en cinco chelines, para ponerla al alcance de todas las fortunas; esperábase que la gran señora y la humilde esclava del mostrador, del taller ó de la escuela, se darían allí cita para trabajar con intimidad fraternal en la tarea común. ¡Ilusión bien pronto desvanecida! La esclava respondió al llamamiento, dichosa con sacudir por un instante su cadena de miseria, pero la señorona no se dejó tentar: si el programa era grandioso, desarrollábase con un lenguaje bastante malo en un local obscuro y falto de comodidades, de Mortimer Street, *¡Uncomfortable!*

Quien conozca el peso de este calificativo terrible en el pueblo más idólatra de la comodidad, no se asombrará de que un club, afligido con semejante desdoro, fuese condenado á una muerte lenta, pero segura. Después de una agonía de siete años, no debió su salvación sino á una medicina enérgica: la cuota fué subiendo, primero á diez y luego á doce chelines, lo cual permitió alquilar un local en el barrio más elegante de Oxford Street y amueblarlo con decencia. La sala de lectura está abundantemente provista de periódicos; dentro de poco habrá una sala de billar y otra de fumadoras en el primer piso, reservado hasta aquí á la austera meditación y á los *lunches*; pero debe añadirse que esa reforma no parece obtener todos los votos de las socias. Lo mismo que el *Pionner*, el *Somerville* celebra sesiones nocturnas, donde se discuten los puntos más graves, si no con una elocuencia tan florida como en Bruton Street, á lo menos con tanto calor y convencimiento. A pesar de las dificultades económicas, no vencidas aún por completo, el nuevo *Somerville*, á diferencia de su rival más aristocrático, goza de verdadera autonomía: á sus mismos miembros corresponde redactar los estatutos, elegir la junta, admitir nuevas socias, discutir los presupuestos, etc.

Mientras que el *Pionner* y el *Somerville* representan el partido de la guerra, caliente y bullanguero, el «Club universitario de señoras», en su local coquetón, con vistas á la pintoresca animación de Bond Street, respira la serenidad apacible y algo irónica de la inteligencia bien ponderada. No es que las discípulas del *Alma mater* no tengan en política miras muy claras, que esperan hacer que algún día prevalezcan; pero, en el seno mismo de la Universidad, numerosas asociaciones ofrecen ya campo muy suficiente para los torneos oratorios. Aquí se ha refugiado la amena conversación; aquí, después de pasar junto al Caribdis del sastre del piso bajo y al Escila de la modista del entresuelo («cuidado con los escalones que hay en seguida de la puerta», dice un caritativo cartel), nos encontramos en una especie de pequeña Tebaida, amueblada con senci-

llez, pero con comodidades, á la que cierto número de veladorcitos dan un carácter muy especial: son las mesas del té, en derredor de las cuales se toma asiento para leer ó charlar, bebiendo en general té. Esta es la bebida universitaria por excelencia; pero no se ha puesto veto al vino y á los licores, y papá Weller hubiera podido presentarse en el club universitario con su nariz como un pimiento y su panza saltona, sin correr peligro de ser tratado de «*¡vas iniquitatis*, Sammy!» Pero no, ¡ni pensarlo! ningún ser masculino debe pisar los peldaños fatales, pues los estatutos lo prohiben terminantemente. Aquí no se trata de animosidad sexual, sino que la falta de sitio para abrir un salón de recepciones impone esta bárbara regla. Más tarde, si continúa progresando el número de socias como en estos últimos años y sigue una marcha ascendente la prosperidad económica, podrá tratarse de tomar en arriendo un local más vasto; entonces ya no quedará excluído de las partidas de te el elemento barbudo, y recobrará sus derechos el *flirt* delicioso.

Después del magisterio, la carrera literaria es la que sin duda ninguna suministra en Inglaterra medios de existencia al mayor número de mujeres. Sabido es qué plaga social ha llegado á ser allí la marisabidilla emborronapapeles y hasta qué grado de futileza, de bobería y de mal gusto ha hecho descender el arte en general y el estilo en particular. Aunque la *woman journalist* y la *lady novelist* hayan sido muy bien recibidas en los círculos ya descritos, compréndese perfectamente que, formando una corporación tan potente y numerosa, hayan preferido estar en su propia casa. El «Club de Escritores» (claro es que la palabra «escritores» se toma en una acepción puramente femenina), desdeñando las frivolidades de Piccadilly y de Bond Street, ha establecido su *home* en el barrio del Strand, ó, con más exactitud, en Norfolk Street. Hastings House, donde está el local del círculo, es un gran edificio de ladrillo, de un color rojo sucio, lleno de oficinas de hombres de negocios y bufetes de abogados, que rezuma tris-

teza y tedio. *Las* escritores han tenido que contentarse con una humilde habitación en la planta baja, pues los alquileres son carísimos y la gente de letras no forma una raza opulenta, lo mismo allí que aquí, según parece.

La cuota de entrada es de una guinea, como también la cuota anual; y la condición *sine qua non* para el ingreso es que la candidato haya publicado por lo menos una obra en que cobrase derechos de autor. Esto sirve para tener á raya á á quienes escriben de afición, plaga aún más funesta que la gente del oficio en todos los ramos de la actividad artística, y á las personas de buena sociedad que echan á perder la profesión pagando para que su nombre aparezca al pie de un trabajo. El *Writers'* es estrictamente un club de trabajadoras, una colmena sin zumbidos: en el mezquino escritorio, bien provisto de anuarios, de toda clase de libros de consulta y de enciclopedias, no se ven más que cabezas dobladas sobre la austera labor, no se oye más que el chirrido de plumas garabateando el cándido papel. Sólo una vez por semana, el viernes por la tarde, se despoja el club de su lúgubre aspecto y se metamorfosea en *tea-room*, donde aparecen las tazas relucientes y las golosinas apetitosas. Las socias pueden invitar á esas partidas de té á sus amigas y amigos; y generalmente hay allí algún huésped distinguido á quien corresponden los honores de la sesión. Por de contado, el mismo círculo tiene en su seno más de una persona ilustre, bastándonos citar á mister Humphry Ward, que durante un año ha sido presidente de la Junta; la señora Adam, la duquesa de Sutherland, Mrs. H. Burnett, que son vicepresidentes; y la princesa Christian, presidente vitalicia. En cuanto á los fines que el club se propone (aparte del ya indicado, de ofrecer en el barrio mismo de la prensa un retiro donde se puedan «emborronar cuartillas» al abrigo de importunos), hay los más generales de estrechar los vínculos de confraternidad entre gentes del oficio, crear relaciones entre principiantes tímidas y veteranas curtidas, ayudar eventualmente á tal ó cual hermana desgraciada, y quitar

el pellejo á tal ó cual otra cuyo buen éxito llega á ser molesto para las demás. Claro es que esto último no figura de una manera explícita en los estatutos.

Hasta ahora hemos hablado nada más que de los clubs donde se trabaja con el cerebro, con los diez dedos, ó por lo menos con la lengua; pero sería un error el creer que junto al tipo profesional ó filantrópico no exista el de la *sociedad recreativa*.

Para las mujeres de mundo, á quienes darían jaqueca sólo las palabras «política» y «sociología», el club de Green Park abre sus elegantes salones, con sus tapices de tonos armónicos y sus muebles cubiertos de suntuosos brocados. La luz discreta, el conjunto artístico, la cualidad de miembro limitada á las señoras que pueden presentarse en la corte, todo habla aquí de una dorada nata y flor que se cierne muy por encima de las miserias y de los cuidados de la vulgar humanidad. Cada quince días, durante la *season*, se organizan conciertos ú otras diversiones por los propietarios del club, los cuales se encargan de la gerencia económica, permitiendo así á los *fashionables* miembros coger las rosas de los placeres clubistas sin pincharse los dedos con las espinas, á veces muy agudas, de las responsabilidades. El club *Alexandria*, de Grosvenor-Street, impone á las aspirantes las mismas condiciones de fortuna y de linaje; y en sus grandes líneas, está organizado de una manera idéntica.

Además de estos Edenes aristocráticos y opulentos, existen otros menos pretenciosos y menos lujosos; pero que, sin embargo, ofrecen á las damas un lugar de descanso muy agradable después del paseo ó de la fatigosa sesión en casa de la costurera y de la modista. Tal es el *Club Victoria*, cuyos estatutos declaran expresamente que sólo es un elegante *apeadero* para las señoras que pasan algunas horas en la calle; y que no se propone ningún fin político, social ni profesional de ninguna especie. Tal es también el *Comity Club*, de Hannover Square, al principio modesto locutorio de señoras para el *five* ó

clock tradicional, hoy círculo que se cuenta entre los más ricos y prósperos: el número de sus miembros asciende á un millar. También hay clubs empingorotados, como el *Albemarle*, donde fraternizan los dos sexos bajo un pie de absoluta igualdad; pero por lo común, su frecuentación trae consigo mayores gastos que la de los círculos reservados al sexo más parlanchín, pero más sobrio y modesto en sus gustos. En todo caso, los clubs femeninos se multiplican con espantosa rapidez, y dentro de poco, la mujer que no forme parte de un club cualquiera llegará á ser un bicho tan raro como la mujer que no pedalea.

Mujeres clubistas, mujeres ciclistas, mujeres artistas, mujeres políticas, doctoras, autoras, abogadas, ¿qué sé yo cuántas cosas más? ese es el porvenir, según dicen. *Suave mari magno*..... Es dulce, sentado en la ribera, contemplar la tempestad desencadenada y pensar en el valor que necesitarán nuestros tataranietos hasta nuestros mismos nietos, para embarcarse en la galera conyugal bamboleada por todos los caprichos del movimiento feminista, emancipador y desfacedor de entuertos.

G. Art.

(Revista Azul.)

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Pérdidas irreparables.—Oraciones fúnebres.—Cánovas.—Pretensiones carlistas sobre un gran espíritu.—Testamento político de Cánovas.—Necesidad evidente, para no recaer en las revoluciones, de impedir los retrocesos.—Movimientos regresivos hacia las ideas muertas que deben impedirse.—La cuestión lusitana.—Agitación de Portugal.—Fenómenos sociales y políticos de nuestro tiempo.—Consejos á Portugal.—Observaciones sobre su estado político.—Conclusión.

I

Dicen por ahí las gentes que una larga vida cosecha celestes bendiciones y significa en quien la consigue, no sólo robustez del cuerpo, fortaleza del alma. Sesenta y cinco años tengo yo; por causa y razón de mi salud, puedo prometerme algunos más en el discurso natural de este río sin reposo llamado la vida; y por grande bendición que los muchos años sean, créame quien me leyere, los temo, no los deseo. Y no deben desearse por nadie que de sentir afectos humanos se precie, si considera cómo bosteza el hambre de la eternidad á diario, tragándose allá en sus abismos insondables tantos y tantos seres queridos, que nos abandonan y nos dejan solos en las tristes playas del tiempo, cuando nos creíamos de ellos inseparables hasta por la muerte, cuya guadaña esperábamos en Dios se embotaría sobre lazos tenidos en nuestro corazón por indisolubles é inmortales. Yo he visto el cerebro de Cánovas, radiante un día y difundiendo éter ideal, atravesado por unos

adarmes de plomo y roto en pedazos á manera de cualquier mísero ladrillo amasado con cal fría; yo he visto exangües, con amarillez de cirio mortuorio, aquellos labios rojos donde vibraba el verbo de la más alta elocuencia: no quiero ver más, pues experiencias y enseñanzas tales hacen desesperar del destino de nuestra especie, y temer se interrumpa en lo vacío la escala misteriosa de Jacob, por donde nos imaginábamos subir á lo infinito en busca y posesión de lo perfecto. ¡Cuántos muertos! Y á la vista de tantos muertos, en vano el sol brilla, el cielo sonríe, la ola espuma sus aguas celestes en el escollo estriado como un diamante, las arboledas exhalan su oxígeno vivificador de la fresca fronda, visten las montañas del color de la violeta, los prados del color de la esmeralda; el Universo se nos aparece como un cruento campo de batalla donde reina la muerte con absoluto imperio, y los mortales se nos aparecen como tiburones, quienes después de haber devorado á sus semejantes más débiles, se comen unos á otros con resoplidos de cóleras, coletazos de combate, quijadas de exterminio, movidos todos á estas obras carniceras que de sangre tiñen el Océano, cubierto con disoluciones de levadura vital, por el genio de las tinieblas, diciéndonos cómo superan, no obstante, nuestras soberbias al amor, y á la caridad el odio inextinguible.

II

Tres muertos hemos llorado en estos días: Vacherot, Cánovas, Monescillo: gran filósofo el primero, gran estadista el segundo, gran prelado el último, los tres á una entrañables amigos míos en este mundo triste, donde tengo tantas y tan preclaras amistades juntamente con innumerables enemigos. Todavía recuerdo al Vacherot del año setenta y cinco, tan reflexivo en el pensar como claro en el exponer; sobre las playas de Normandía sentado, por los topes de las altas dunas, entre

cuyas raíces el mar hervía; departiendo de lo invisible y de lo perdurable conmigo en un diálogo, que, por su parte, no por la mía, bien podíamos calificar de coloquio científico á lo Platón. Ciertamente no estábamos en el sitio donde los diálogos platónicos revelaron al mundo atónito el Verbo de Dios y la inmortalidad del alma; no se veían allí lucir bajo cielo meridional crestas opaladas del Hibla, henchido de áticas mieles y arrullado por las estivales cigarras y las áureas abejas; el aire no estaba cargado con el aroma voluptuoso de las rosas y de los jazmines helénicos; no corría entre adelfas de Apolo el arroyo cristalino derivado de la fuente ubérrima, en cuyos bordes los artistas se congregan y de cuyas aguas beben la inspiración los poetas: el horizonte gris, el helecho boreal, el olor de algas, el suelo compuesto por las mareas, al aire de tormenta cargado inspiraban tristezas profundísimas y tiraban del ánimo hacia consideraciones sobre la muerte. Añadíase á esto que acababa de caer Francia, en su derrota, bajo una República, cuyo primer lustro iba entonces cumpliéndose con suma inquietud y trabajo sumo. Reveses de tal gravedad influyen hasta sobre pensadores que han procurado aparecer como seres abstractos. Vacherot, discípulo de Hegel hasta Sedán, de Hegel, esencialmente germano, buscaba otra doctrina, la cual no hubiese nacido en tierras tan funestas para su patria como Alemania. Yo le felicité por su patriotismo, de todo corazón; pero le argüí por su filosofía de poco circunspecto. ¿Porque ganaron la batalla de Waterlóo los ingleses sobre Napoleón habría que cambiar la ciencia del Cosmos á lo Newthon, revelador verdadero, con cualquier otra explicación perteneciente á un sabio nacido en pueblo aliado de Francia? Vacherot me pronunció un discurso admirable de forma y fondo, para decirme había encontrado su nueva doctrina en la lectura y meditación del sabio Spencer, inglés. Debe notarse que aún reinaba en Egipto el condominio de Francia con Inglaterra. Ignoro si tras la exclusiva ocupación inglesa el gran maestro francés habrá de doctrinas cambiado, como se creyó

en la obligación de cambiar tras el nefasto Sedán. Mas debemos recordar como, acogiéndose á Spencer, mi amigo ilustre no se preservaba de Hegel. Imposible una doctrina que sea prole sin madre. Toda idea produce otra idea. Si el dogma de la concurrencia vital fué trasladado por Darwin desde los principios fundamentales del mayor sistema económico moderno á la explicación del origen de las especies, el dogma de la evolución universal, explicado tan prolijamente por Spencer, al aplicarlo así á lo espiritual como á lo material, es un dogma recogido en las entrañas del pensamiento hegeliano. Si la ciencia de Kant y de Hegel no ha podido desasirse de Platón y Aristóteles tras tantos siglos; ¿cómo desasirnos ahora nosotros de Kant y de Hegel? Historiador fiel de las escuelas alejandrinas, á quienes alzó un verdadero monumento; profundísimo comentador de la filosofía contemporánea en sus diálogos científicos; político al modo sabio en su libro de la Democracia; como Vacherot cambió Hegel por Spencer en las ideas filosóficas, también en sus preferencias sociales cambió la República por la Monarquía, pero movido de honradas convicciones, y dejando nuevo ejemplo de una vida sin mancha de una honradez en el pensar y en el proceder sin desmayos ni eclipses.

III

Puedo discurrir con serenidad y aplomo de Vacherot, y no puedo discurrir de Cánovas con la misma serenidad y el mismo aplomo. Vacherot era un amigo del pensamiento; Cánovas era un amigo del corazón. Vacherot me llevaba muchos años de edad; Cánovas tenía poco más ó menos mis años. A Vacherot le guardaba un culto científico; por Cánovas sentía un afecto exaltado de camarada escolar. Imposible comparar el dolor sufrido á la muerte natural de Vacherot, con el dolor

sufrido á la muerte violenta de Cánovas. Nuestra misma perpetua contradicción de ideas aproximaba nuestros perennes sentimientos. Eso de contradecirse y disputar á la continua sin reñir nunca, era un encanto. Si por espacio de un lustro llegamos á no saludarnos, obra fué de nuestros partidarios ésta, no de nuestros corazones. Hubo más canovistas que Cánovas y más castelaristas que Castelar, aun pasando los dos por muy pagados de las sendas personas nuestras, tenido él generalmente por soberbio á lo déspota y tenido yo por vanidoso á lo artista. Cuando leo estos juicios, no les contradigo; levanto los hombros y exclamo: todo sea por Dios. Una vez dije yo en cierto escrito que me había encontrado en mi vida con dos amigos ilustres, uno en Francia, otro en España, los cuales ejercieran poder omnímodo sobre sus dos Naciones: Gambetta y Cánovas, dotados por el cielo de cuantas cualidades concede á sus predilectos, pero aquejados uno y otro de cierta debilidad grave: no poder sufrir ninguna contradicción. El artículo se publicó en un periódico de la mañana y hubo en la embajada inglesa baile aquella noche, al que asistíamos los dos. Apenas en el salón entré dí de manos á boca con Antonio, como le llamaba yo siempre cariñosamente, y al verme clama: ¡Oh! ¿cómo, Emilio, te atreves á decir que no puedo sufrir ninguna contradicción, cuando hace cuarenta años que te estoy sufriendo á tí, contradicción perdurable conmigo, en el diario, en el libro, en el Parlamento, en el hogar? Pues yo, cuanto menos asentía en mis riñas intelectuales con él á sus ideas, más admiraba su genio incomparable. Cánovas fué toda su vida el primer polemista de la tierra. Leía refunfuñando contra el libro que pasaba por sus ojos aquel incansable lector. Amigo de sus maestros como nadie, les azotaba, mejor dicho, azotaba sus ideas en las academias sabatinas con una dialéctica realzada por su maravillosa facundia, pues las palabras abundaban tanto en él como las ideas, y en un aparente desorden predominaba el método y en unas amplificaciones perpetuas predominaba el pensamiento. Yo he visto inteligencias

telescópicas que sólo saben ver lo inmensamente grande, así como inteligencias microscópicas que sólo saben ver lo infinitamente pequeño. Cánovas tenía un microscopio y un telescopio en su inteligencia. No continúo. Cuando haya traído el tiempo algún calmante á mi dolor, lo historiaré con fidelidad escrupulosa y le juzgaré con juicio sereno. Ahora lo veo tras mis lágrimas: dejad que lo llore.

IV

Don Antolín Monescillo ha muerto casi al par que Cánovas, y enterado del fin cruel de éste, cuando le asaltaba su postrer agonía, entre los estertores dolorosos del cuerpo y las beatíficas visiones del alma, escribió desde su lecho, parecido á un túmulo, pésames iguales á los que habían de suscitar su cuerpo y su recuerdo pocas horas después. Era un celtíbero Monescillo, en quien lo ibero y el ingenio ibérico predominaban sobre lo céltico y la metafísica celta. Erguido, corpulento, el traje talar le prestaba una verdadera majestad y le disponía mucho para el primero de los efectos oratorios, el efecto que sin necesidad de hablar produce una gallarda presencia, pues Monescillo, tanto al hablar como al escribir, era un orador verdadero. Así profesaba grande amistad á los del oficio, á Cánovas, á Moret, á mí, á todos los demás conocidos, con excepción de Pidal, á quien toda la vida detestara, por razones teológicas, creía él, en realidad por razones puramente políticas, esfera de la vida donde nunca se hallaron acordes tan grandes oradores, consagrados por sus sendos caminos al servicio de la religión y de los sentimientos religiosos. Estatura esbelta, gesto irónico, ojos penetrantes, labios finos, color pálido, pelo castaño, Monescillo, con la púrpura eclesiástica, me parecía siempre, por la distinción de sus maneras y por la brillantez de su inteligencia y por la facundia de su palabra y

por la gracia de su trato, un prelado como los que dejara vivos el pincel de Pinturriceno en la divina librería de Iena. Hoy, que las clases altas no dan á la Iglesia en España príncipe ninguno eclesiástico, y que las clases medias sólo dan uno que otro, sacándose los sacerdotes del mismo seno de donde se sacan los soldados, del más humilde pueblo, Monescillo, aunque algo rural por su origen, mostraba distinción elegante, sin haber jamás pertenecido á la corte y menos á los cortesanos. El objeto de toda su vida fué la mitra de Toledo, y con la mitra de Toledo en su frente ha muerto el gran prelado. Por obtenerla tuvo alguna impaciencia; pero no hizo jamás ninguna bajeza. Su primer escrito, pues era un escritor clásico, el que lo mostró resaltando entre nuestros más eximios doctores eclesiásticos, cuando había ya muerto Balmes, fué la refutación de los anatemas lanzados, á fuer de neófito, por el gran Donoso Cortés, sobre la humana razón; y las últimas palabras que yo le oyera, hoy hace dos meses, dentro de su palacio arzobispal, tendido en la cama donde había de morir, fué una elocuente apoteosis de León XIII, fundada en el amor de tan glorioso Pontífice á la libertad, y en los esfuerzos hechos por hermanar la República con la religión en Francia. Dicen los carlistas que fué siempre de D. Carlos, y tengo documentos irrefragables para demostrar que perteneció á la democracia. Dejémoslo, pues, en paz.

V

Los espíritus excepcionales no se apagan al trasponer el horizonte sensible permitido á la vista y alcance de nuestros ojos; antes bien, desde la eternidad, es decir, desde los espacios del horizonte racional, donde se han ocultado, trascienden á la vida corriente de cada día, y nos dejan signos espirituales, no indescifrables enigmas, no geroglíficos tallados so-

bre tumbas frías, focos de ideas luminosas y vivificantes, cual estrellas fijas, cual soles de primera magnitud en torno de cuyo disco los cuerpos opacos, planetas ó satélites ó aerolitos, habrán de girar, suspendidos á ellos, porque resultan en la mecánica social nucleos de misteriosas, pero visibles, llamas, centros de mágicas, pero reales atracciones. Las ideas no se alcanzan en sí mismas y por sí mismas se definen: se alcanzan y se definen por medio de sus contrarios. Las síntesis resultan de las antítesis. Los términos componentes de un juicio forman irreductibles antinomias. Toda grande afirmación trae aparejada su negación formidable como la verdad el error, como el mal el bien. Lo que no puede la razón abstracta demostrar, se prueba en la razón práctica. Toda vida corre al impulso de principios, que parecen falsos, vistos desde ciertos puntos en el espacio y en el tiempo, aparecen verdaderos desde otros puntos como las figuras, invertidas en una parte de nuestros órganos visuales, se rectifican luego y enderezan en la totalidad de nuestra visión. La pura lógica, irrealizable por completo en ciertos períodos y estados sociales, se cumple luego por manera fatal, como las leyes morales, cuyo cumplimiento no vemos á las primeras miradas, nunca están destituídas de su verdadera sanción en el conjunto infinito de la Historia. Nadie comprende á Cánovas como quien lo ha combatido, y al combatirlo, ha necesitado conocer y definir sus ideas para conocer y definir las ideas propias. Cánovas en los días de su muerte se preparaba, por una intuición connatural á su genio, la inmortalidad. Y muriendo muy fijo en los principios conservadores, para él inmutables, en la existencia y arraigo del trono histórico, en la supremacía del culto católico, en el respeto á las tradiciones antiguas, pensaba que todo esto no podía subsistir si no se aligaba con los derechos individuales, con el jurado popular, con el sufragio universal.

VI

Y ha permanecido en este juicio con firmeza, por más que le hayan muchos de sus correligionarios contrastado con furor; y deduzco esta fortaleza personal de Cánovas en sostener los principios democráticos, no de palabras oídas en privadas conversaciones, de las cuales no tengo derecho alguno á usar; lo deduzco del ejemplo visible dado por su política desde las alturas del Gobierno, donde siempre molestan, incomodan, marean los fragores tempestuosos y oceánicos de la libertad. Le habrá tentado mil veces, entre los acerbos dardos despedidos sobre su cuerpo vivo por la calumnia en boga, tan homicidas como las balas del infame asesino, restaurar, disponiendo de mayorías propensas á la reacción, los códigos cesaristas del primer período restaurador, en que no pudo tener periódico suyo ningún correligionario mío, por causa de las previas autorizaciones, que convertían el derecho de todos en privilegio de algunos; pero si algún vértigo de tal género le prestaba cualquier malestar pasajero, su firme voluntad y su claro juicio se han sobrepuesto á todas esas insanas solicitudes, y la libertad de hablar, con la libertad de escribir, ha permanecido incólume, intacta, íntegra, entre los embates de la guerra y los estremecimientos del Estado. Cito la libertad completa de imprenta, por ser la más ruidosa de suyo, y á los estadistas todos la más molesta, siquier sea también la más necesaria; pero le ha sucedido lo mismo con otra libertad madre, por la cual reñimos antaño batallas horribles, con la libertad de enseñar en la cátedra, muy amenazada de conjuras formidables, y salva por completo en su postrero tormentoso Gobierno. Necesitaba tener muy segura cabeza y muy firme voluntad, circuído como se veía siempre de sectarios que prefieren se abra una taberna ó un garito, á que se abra una iglesia ó una

escuela protestantes, para reconocer el derecho de un catedrático en Barcelona y el derecho de un catedrático en Salamanca, el uno anatematizado por su Obispo y el otro despedido por su rector, para pensar y enseñar según sus creencias, con arreglo á los decretos sugeridos por la creadora revolución de Septiembre, y dados en las expansiones mayores del readvenimiento y restauración de nuestra democracia bajo los Gobiernos liberales.

VII

Y hacía esto Cánovas, no por mera voluntariedad ó arbitrario capricho; hacíalo por una honradísima convicción, que determinaba sus complejos actos en el último período de su vida y en la postrera fase de su espíritu; por la convicción de que necesitaba la política española en su derecha un partido alejado de la reacción, propia sólo á generar guerras civiles y revoluciones continuas; un partido conservador á la inglesa, el cual combatiese á las ideas y á las leyes democráticas, mientras estuvieran en período de proposición y debate, con verdadera tenacidad para luego aceptarlas y sostenerlas con igual tenacidad, así que las admitiera el consentimiento público y las diluyese una larga práctica en las generales costumbres. El pensamiento humano tiene su natural tricotomia, y no se constituirá jamás una escuela política, ni se constituirá jamás una escuela filosófica, sin agruparse, cual si las ideas fuesen átomos y pasaran por las cristalizaciones de los átomos, en derecha, izquierda, centro; y como no puede menos de suceder esto, porque así lo quieren la química y la mecánica sociales, el partido conservador tiene su centro de todos conocido; su izquierda, cuyos extremos con los revolucionarios confinan; y su derecha, cuyos extremos confinan, por ne-

cesidad, con los íntegros y con los carlistas. Pues bien, Cánovas sustentaba el equilibrio entre todas estas fuerzas contrarias, la concordia entre todos estos espíritus discordes, pero inclinándose á la izquierda para mantener con ella los principios de la Constitución del sesenta y nueve, ingeridos, tras largos esfuerzos, en la doctrinaria Constitución vigente por un triunfo en toda regla de nuestra democracia. Un ejemplo reciente demostrará de modo evidentísimo este mi aserto incontestable. Se ha organizado un enorme Consejo de Instrucción pública, donde, por un absurdo frecuentísimo en nuestras corporaciones literarias, predominan los viejos principios llamados en el habla contemporánea regresivos, sobre los principios luminosos y progresivos que tarde ó temprano se implantan en la realidad y encarnan en las leyes. Este Consejo votó un dictamen relativo á escuelas normales, contrario del todo al principio de los principios democráticos, á la libertad pura de conciencia, garantida por la declaración de que los españoles pueden optar á los cargos públicos, sean cualesquiera sus creencias, declaración derogativa de la intolerancia religiosa, conténida bajo el destruido antiguo principio de la unidad católica. Pues no prestó á este dictamen el Ministerio de Fomento asenso. Y no lo prestó, porque tendía de suyo á contrastar la política de Cánovas, basada en escrupuloso respeto á las leyes democráticas vigentes sobre nuestra libre y progresiva sociedad. ¿Puede revelarse con mayor claridad la política del mártir á quien todos lloramos?

VIII

Y se necesita recordar esto, porque hay factores importantes de nuestra política, empeñados en promover una reacción legal, preñada, digan lo que digan y hagan lo que hagan, de innumerables catástrofes. No conozco labor de reacción más

fina que la presentada con el aspecto modestísimo de reformar el Código penal; primero para ponerlo en verdadera consonancia con los adelantos de nuestras ciencias antropológicas modernas; segundo para ponerlo en consonancia con la Constitución vigente. *In cauda venenum.* Este último factor del razonamiento encierra el daño y el peligro de reacción, daño y peligro sólo comparables á la proposición de forjar monarcas parecidos á los del siglo décimoquinto, cuando apenas puede tolerar nuestra patria los monarcas propios del siglo décimonono, tan rebajados de talla, y cuando la madera en que modelar tales imposibles reyes de la Edad Media hoy solamente la guarda un político entre nosotros, solamente la guarda don Carlos. La democracia no se opone á que nuestro Código penal pueda reformarse con arreglo á los adelantos modernos, con cuya progresiva obra debe siempre compadecerse; mas si oye añadir á esto la congruencia del Código con la Constitución dice, como experta y experimentada, en sus adentros: á otro perro con ese hueso. La Constitución es doctrinaria y el Código es democrático. Se le quiere con grande habilidad reformar para restringir la libertad completa de creer, la libertad completa de escribir, la libertad completa de reunión; para deshacer el Jurado popular, para limitar el sufragio universal; y todo esto no puede suceder en España. Si hay que reformar el Código democrático para ponerlo en armonía con la Constitución doctrinaria, más natural es reformar la Constitución en sentido progresivo, que no reformar el Código en sentido represivo á príncipes por siempre apagados, á fetiches rotos para siempre. Se intentó esto mismo un día por la extrema derecha del partido liberal, que representaba en sus Consejos de Ministros un jurisconsulto ilustre; no se pudo conseguir, porque la unanimidad del partido liberal descansa en inconmovibles bases democráticas. Hemos pasado, y pasamos, por dos guerras, á cual más espantosas; hemos sufrido, y sufrimos, reveses con desgracias, bastantes en otro tiempo á producir desórdenes sin número; hemos tolerado, en medio de nuestra movilidad

meridional, el gobierno continuo de dos partidos y dos hombres, aquí, donde tanto escasean las cabezas y tanto abundan los cabecillas; el culto de la estabilidad se ha en términos tales arraigado, que habiendo tenido el servicio militar obligatorio en la República, se piden y sacan los soldados sólo del pueblo ínfimo bajo la Monarquía; y nadie se ha movido, ni con doscientos mil hombres á nadie le ha pasado por las mientes el fantasma de la dictadura pretoriana, triste aparición, facilísima en estas noches de ahora, donde sólo se cuentan muertes y sólo se oye por los aires el toque de ánimas; pero toda esta profunda tranquilidad proviene del triunfo de nuestros principios democráticos, y como los hemos establecido, si tocais á un cabello no más de esa libertad, temed la revolución.

IX

Durante todo el transcurso de Julio, y aun parte de Agosto, la prensa europea nos tuvo en bilo, anunciándonos para fecha próxima, en plazo breve, una revolución lusitana. Estamos ya tan lejos del período revolucionario, que se necesitaría en los dos pueblos más dados á la revolución de todo el continente nuestro, en España y Francia, para de nuevo reabrirlo con fortuna, ó la restauración de una política como la que precedió al destronamiento de Doña Isabel II, ó la recaída en un error tan craso como aquel conflicto franco-prusiano, generado tan sólo para dorar la diadema de una regencia é inaugurar el reinado de una minoridad. En Grecia, donde han sucedido tantas cosas horribles, no ha sucedido una revolución. Desastres sobre desastres en Macedonia, en Tesalia, en Epiro; aproximación de los turcos al desfiladero de las Termópilas y retroceso de los helenos, representados por su coronel Vassos, en Candía; dominio de una sociedad secreta sobre Atenas, como la Comunidad revolucionaria, que produjo en

París á fines del siglo pasado la revolución del diez de Agosto y al último tercio de nuestro siglo la revolución del dieciocho de Marzo; desengaños del pueblo respecto de la influencia del Rey ó de su dinastía en los regios é imperiales consejos europeos; calumnias al heredero de la corona por sus procederes en la guerra, que lo pusieron á dos dedos del deshonor y del suicidio; insistencias y persistencias de Turquía en guardar los despojos de su infame conquista; invasión de todos los elementos cosmopolitas revolucionarios, anhelosos por devorar, obedeciendo á sus instintos, un trono más; disgustos del ejército nacional, y subversiones del voluntario extranjero; condensación de la demagogia universal en aquel pueblo resquebrajado por la derrota cruel; todo esto ha sucedido en Grecia, y no se ha forjado entre mares tan extensos é intensos de copiosa electricidad, el rayo de una revolución fulminante, que parecían pedir las olas tormentuosas de los más encrespados hechos y las profundas perturbaciones de los muy agitados ánimos. Y no se condensa el espíritu revolucionario en las alturas y no se cristaliza la revolución material en lo profundo porque falta el medio ambiente, ó sea un medio social predispuesto y apercibido á la producción de tan espantosos fenómenos. Seguros los individuos de que nadie podrá los derechos humanos arrebatarles, y seguros los pueblos de que nadie podrá tampoco arrebatarles su inmanente soberanía colectiva; la reacción por completo conjurada; el régimen, apropiado á cada pueblo, ya establecido sin propensiones de ningún género al retroceso; republicana Francia, independiente Italia, redimidos los principados del Danubio, libre y democrática España, una Germania, constitucionales y parlamentarios todos los Gobiernos escandinavos; no existen los productores de corrientes eléctricas que antaño cargaban el cielo de tempestades, y abrían voragines sobre la tierra en profundos y continuados terremotos.

X

Así, por muchos motivos que para sublevarse Portugal tenga, no se subvierte ahora, se agita dentro del orden establecido y bajo las leyes vigentes. Ni hablarse puede, ni hablarse desde aquí, desde nuestro suelo, del tierno afecto sentido por todos los españoles hacia Portugal, sin que los portugueses exagerados atribuyan estos requerimientos de amistad á propósitos de conquista. Nada tan lejos del espíritu español, siempre, y mucho más ahora, en que nuestras desgracias nos reducen á limitadas ambiciones, como conservar el territorio sin disminución alguna ni mengua, tal y como lo recibimos en legado intangible de nuestros padres muertos. Pero los portugueses debían reconocer cómo el espacio y el tiempo, anejos, no al Universo exterior, al humano espíritu, que lleva en sí la cuenta y la medida, no pueden suprimirse, sino después de suprimirnos nosotros mismos. Y cómo un latido del corazón, afectado, ya sea por el amor, ya sea por el odio, ya por una sospecha de ambición, ya por un sueño de conquista, no pueden jamás borrar nuestra Geografía y nuestra Historia. No es dado evitar la identidad é identificación de nuestros dos territorios; no es dado evitar que las raíces de nuestros árboles se abracen, por los campos patrios; que las líneas de nuestras fronteras se borren por los territorios comunes; que las aguas de nuestros mares y de nuestros ríos se confundan en las mismas playas y en los mismos cauces; y no es dado tampoco evitar que nuestros siglos respectivos se identifiquen todos en la misma Historia y encuentren las mismas creencias en la misma religión, como si dijéramos que la misma eternidad sea centro de nuestras sendas almas. No estuvimos separados al tomar en los senos de las edades prehistóricas los in-

manentes caracteres que perduran hoy en nuestro ser y esencia fundamentales; no estuvimos separados al extender desde Braga á Hispalis y desde Hispalis á Tarragona, y desde Tarragona á León, y desde León á Lugo, la espiral de una civilización iberolatina que fué un ornamento de Roma, y por consecuencia del mundo; no estuvimos separados, ni bajo el yugo árabe ni en la reconquista cristiana, ni al sentarse con sus Borgoñas las hijas de Alfonso VI en tronos feudales, aunque fueran estos tronos enemigos; ni bajo los reyes santos del siglo décimotercio y los reyes árabes del siglo décimocuarto; ni en las invenciones intercontinentales é interoceánicas, ni en las grandezas del siglo décimosexto, ni en las jesuitadas del siglo décimoséptimo, ni en la filosofía del siglo último, ni en la libertad de nuestro siglo, porque no basta existan dos gobiernos distintos para dividir dos pueblos identificados en el espacio infinito por la Geografía en el tiempo eterno por la Historia, en el Universo material por la misma sangre y en el Universo moral por el mismo espíritu, provenidos unos y otros de idéntico protoplasma primordial de la vida y ascendiendo unos y otros en nuestras constantes ascensiones hacia el mismo cielo, hacia el eterno Dios de nuestros padres.

XI

Así no digo nada nuevo, si digo que los asuntos portugueses me interesan cual si fueran asuntos españoles. E interesándome así, parécenme los males públicos en Portugal, no de carácter político, de carácter económico. Y los males económicos son de aquellos que no se curan ó extirpan al hierro candente de la revolución. Para que produzcan remedios económicos las revoluciones, se necesita sean de suyo, no meramente políticas, sociales, muy sociales. Engrandeció á Inglaterra la revolución religiosa, porque trasladó las propieda-

des de los clérigos ortodoxos á los nobles; engrandeció la revolución universal á Francia, porque trasladó los bienes de los nobles á los burgueses, produciendo esa clase media que hoy sustenta la democracia, la libertad y la República. Pero no cabe hoy más revolución social que la evolución socialista. Y la evolución socialista, ensayada en pueblos imperiales por el poder omnímodo de un Ministro como Bismark y por el genio multiforme de un artista como Guillermo II; ensayada en los pueblos soberanos por una libertad como la fecunda libertad de Inglaterra, y por una democracia directa como la democracia suiza, da tan poco y tan malo de sí, hasta donde hay en el Gobierno socialistas de suyo tan sabios como el inglés Chamberlain y republicanos tan sólidos como los que constituyen el Consejo federativo helvecio, que no valdría un coscorrón tan enorme cual el coscorrón de las revoluciones, un bollo tan mísero cual el bollo de unas cuantas reformas ya ensayadas, las cuales empeorarían el Tesoro sin aliviar al pueblo. Además, paréceme una vulgaridad insigne atribuir al hambre revoluciones humanas, promovidas todas por el ideal. Dentro del horrible sistema económico, propio del absolutismo, jamás gozó Francia prosperidad superior á la prosperidad alcanzada en tiempo de Luis XVI. La Enciclopedia fué causa permmanente y primera de la revolución; fué causa ocasional y segunda, la correa. En la serie revolucionaria, como en todas las series lógicas, el aspecto económico es un término y nada más que un término, posterior, muy porterior al aspecto político.

XII

O ando yo muy trascordado en mis nociones políticas respecto de Lusitania, ó era más fácil allí una revolución popular con los Gobiernos anteriores, que una revolución popular

con el Gobierno presente. Hubo Gobiernos con aires de reacción y con procedimientos dictatoriales, más odiosos al pueblo que este Gobierno de ahora, un día sostenido y auxiliado por los republicanos mismos. Y se necesita conocer poco el mundo para ignorar que la pléyade brillantísima republicana se halla compuesta de insignes pensadores, polígratos admirables, catedráticos é ingenieros de primer orden, factores componentes de luminosa escuela, más que políticos y estadistas dispuestos á componer un verdadero Gobierno. Cierto filósofo inglés, muy célebre, oyendo á otro colega suyo lamentarse de la poca ciencia conocida por aquellos gobernantes consolábale con esta observación: «á un filósofo henchido de ideal, podrían en el Estado antojársele forzar la sociedad, concediendo derechos, tan dañosos á un pueblo atrasado, como sería sacar un animal nacido en atmósfera de hidrógeno, prometiéndole vida y salud en una para él irrespirable atmósfera superior de oxígeno.» No queramos que respiren hoy en el aire pueblos acostumbrados á respirar ayer en el agua. La filosofía y la religión pertenecen á todos los tiempos; la Historia pertenece á lo pasado, el arte á lo porvenir, á lo presente la política. Si Portugal necesita economizar, no conozco nada tan caro en el mundo como la revolución. Yo, republicano de toda la vida, he dicho cuando se han intentado revoluciones sin medida ninguna por conspiradores sin acuerdo: es más cara que una lista civil una guerra civil. La República debe ser fundada en paz y para continuar la paz. De las revoluciones se conocen los bienes tarde, muy tarde, como conocemos tras un siglo los bienes de la revolución francesa, como conocemos, tras cinco lustros, los bienes de la revolución española del mes de Septiembre, que hoy proclaman próvida y santa los españoles más reacios á reconocer los bienes del progreso universal y á proclamar los principios del humano derecho. En toda revolución hay favorecidos y agraviados. Los favorecidos son siempre más que los agraviados. Pero como éstos experimentan el agravio pronto, gritan, y como aquéllos el

favor tarde, callan, encontrándose así las revoluciones rodeadas de implacables enemigos, á los cuales nada tan fácil como promover una espantosa reacción.

XIII

Suceden fenómenos bien extraordinarios á nuestra vista. Mientras crecen los medios de comunicación, por el progreso de las ciencias aplicadas á la industria, menguan los cambios y las comunicaciones de productos. Los dos pueblos destinados á focos de luz en América y en Europa, los Estados Unidos y Francia, dos Repúblicas, se nos aparecen ahora, no como auxiliares del cambio libérrimo en la producción y en el comercio universales, como prohibicionistas chinos, llevando á sus respectivas cabezas dos reaccionarios en economía política, tan conocidos como el buen Meline y el buen Mac Kinley. Un Emperador, el joven utopista que reina sobre Alemania, capaz de probar y ensayar todos los progresos económicos para que contrasten la estabilidad, mejor dicho, la reacción imperial, concluye por entregarse y rendirse al arbitrio de los intransigentes feudales agrícolas, empeñados, no sólo en impedir la circulación de los pensamientos humanos, sino también la circulación de los humanos productos: empresa tan vana, como si quisieran impedir el movimiento de la luz en los espacios, la circulación en nuestros pulmones del aire, la circulación de la sangre en nuestras venas. Y hasta Inglaterra hoy retrocede. Antaño llamábamos á esta nación gloriosa la patria de Cobden; hogaño, un individuo de la Cámara de Comercio en Manchester, la Roma del librecambio, es osado á proponer se quite la efigie del apóstol de la libertad mercantil al salón histórico, donde se le prestaba culto análogo al prestado por los devotos en iglesias y cofradías al santo de

sus devociones. Y alucinados los ingleses por el fantasma de un Imperio universal, compuesto con sus colonias unidas por un cambio interior de productos, como el existente hoy entre las provincias, merced á nuestras revoluciones que han producido la idea nacional y quitado las aduanas interiores, restringen la comunicación mercantil con el resto de la tierra y denuncian, á ruegos del Canadá, su tratado con Alemania en un sentido, digan lo que quieran, resuelta, francamente proteccionista. Y lo que pasa con la protección mercantil, pasa con el socialismo. Aquellos mismos para quienes apareció un tiempo como sistema odioso y abominable, lo cultivan ahora como un árbol, á cuya sombra puede prosperarse la triste condición del que tan impropiamente llama la jerga revolucionaria cuarto estado. Cuando el socialismo de la Cátedra, formulado por un catedrático tan famoso como Wagner y puesto en práctica por el colosal Bismark, marra en Alemania, lo aplican suizos y sajones. Chamberlain, ministro eximio de las Colonias en Inglaterra, pasado desde las filas del partido radical á las filas del partido conservador, queriendo cohonestar con algún viso republicano su cambio, no progresivo hacia la democracia, regresivo hacia los torys, propone la célebre ley protectora del trabajo en las minas y del trabajador minero, sustituyendo al principio individualista viejo de la contratación libre una serie de intervenciones del Estado en la relación entre jornaleros y patronos, como las que piden los comunistas más exagerados y sueñan los innovadores más decididos contra el principio divino de la libertad humana. Y esto mismo hacen los radicales helvecios, idólatras de la entidad Estado, al proponer el seguro forzoso impuesto por las leyes al capitalista y al jornalero, como el que predicó Lasalle, propuso Wagner, realizó Bismark, y frustró la gran piedra de toque, así en economía como en política, la experiencia. Existen, pues, tres neurosis en nuestra Europa contemporánea: la neurosis del proteccionismo, la neurosis del socialismo, á la cual se une otra que llamo yo neurosis de la colonización. Por la nativa propensión

del hombre á las imitaciones del simio, las tres entran en todos los pueblos, y no podrá evadirse á la moda Portugal. Las tres son muy caras.

XIV

Portugal debe comprender cómo todos estos caracteres de la sociedad contemporánea, todas estas corrientes de las ideas vivas, todas estas fases del espíritu reinante, todo esto que ahora predomina, razonable ó erróneo, impone sobre los demás ideales el ideal económico, y embarga los pensamientos y los ánimos con finalidad singular, con la finalidad de mejorar el estado material de las clases sociales, si hay clases en pueblos como los nuestros, donde todo es accesible á todos, pero con especialidad de las clases, mejor dicho, de las gentes menesterosas. Y puesto que el ideal económico se impone hasta la extremidad de que soldadotes de hierro, como Bismarck, acepten remedios casi comunistas para las enfermedades colectivas, y un tribuno de la libertad, como Chamberlain, retroceda á la idolatría cesarista del Estado, vulnerando en bien más ó menos efectivo de los pobres la facultad esencialmente humana de contratar libremente; los pueblos deben penetrar con resolución en la economía, y sacrificarlo todo al interés económico. Yo no pienso decir á Portugal que medite si le conviene ó no le conviene mantener él solo un Estado carísimo, una representación dispendiosa, un ejército abrumador, el peso de colonias que lo arruinan, las cargas innumerables que lo matan: si la voluntad suya es que perdure todo eso, ya puede perdurar en buen hora, cueste lo que cueste. Hágase la voluntad del pueblo, así en la tierra como en el cielo. A la postre, contra la voluntad del pueblo nada puede intentarse. Pero sí puede una cosa decirse, y es que, aun estando los sentimientos portugueses tan apartados de los sentimientos es-

pañoles en esto de juntarse los dos pueblos; por la proximidad de sus respectivos territorios y por las analogías de sus sendas historias, á las mismas causas perdimos nuestro cuantioso patrimonio continental en América ellos y nosotros: á causa de la funesta política que siguieron nuestros malhadados reyes absolutos, cuando disponían del pueblo, así los Braganzas como los Borbones. Si el mal nos coge igualmente á los dos pueblos, y en el mal podemos unirnos, ¿por qué no habría de hallarnos el bien unidos? Mas dejemos esto por ilusorio é imposible, y vamos al estudio de la fase económica en que hoy entra Europa y con Europa Portugal y todos los pueblos segundos, á quienes llamamos así, no porque á nuestros ojos aparezca secundario y subordinado su espíritu eminente, porque aparece pequeño su territorio en parangón, sobre todo, con las enormes potencias europeas. Queramos ó no queramos, se impone á éstas el desarme, ó sea la conversión de sus ejércitos de ofensa y conquista en ejércitos de defensa social dentro de cada pueblo, contra los perturbadores del orden, en ejércitos de seguridad interior. Tiene gracia que se halle armada Europa hasta los dientes y esos ejércitos de las grandes potencias, de Austria, de Francia, de Alemania, de Rusia, no sirvan para cosa ninguna, porque su excesivo número impone un respeto tal mutuo de los unos hacia los otros, que nadie se atreve á declarar la guerra y alzarse con la responsabilidad terrible de haberla declarado. Pues el comienzo de la fase contemporánea económica está en el desarme, y el desarme habrá de comenzar por una disminución en las cargas militares, y esta disminución de las cargas militares por una metamorfosis del ejército de ofensa y de conquista en ejército de defensa y de seguridad. Y para esto del desarme, para esto de la disminución en los presupuestos militares, sirven, como nadie, las naciones que llamamos nosotros naciones segundas. Tiene gracia lo que sucede ahora en Europa, de lo cual es un ejemplo vivo la sublime y desgraciada Grecia. Se hacen allí los mayores sacrificios para mantener la inviolabilidad del te-

rritorio contra los soldados extranjeros, y luego, por causa de estos mismos sacrificios, entran en el territorio, atropellando su inviolabilidad, irruptores más dañosos que los soldados á la independencia nacional, entran los usureros internacionales. Y la heroica Grecia, servida por soldados de una fibra increíble y de un valor incomparable, pierde por las armas un territorio que salva después por las ideas, por el entusiasmo sentido en todos los pueblos cultos, hacia la Musa divina del verbo, del pensamiento, del arte. Portugal se queja de lo mismo que se queja Grecia, temiendo ver el extranjero entrar por las puertas del Tesoro tras los enormes sacrificios hechos para que no entrase por las puertas del territorio. Pues no puede impedir tal irrupción, porque justo es pague quien deba, sino subordinándolo todo, Estado, diplomacia, ejército, á la economía. Mucho ha escandalizado á mis compatriotas el presupuesto de la Paz; pero yo lo sostengo, y lo sostendré mientras viva para mi patria, óigame ó no me oiga. Pues Portugal, más que nosotros, lo necesita. Nada de guerras extrañas, y nada de revoluciones internacionales: economía, paz y libertad.

EMILIO CASTELAR.

Llodio, 30 de Agosto de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

El Empleo de la vida, por Sir John Lubbock. Traducción del Dr. Luis Marco. Un vol., 151 págs. La España Moderna.—Madrid 1897.—Su precio, 3 pesetas.

Un libro hermoso, de lectura agradable y aprovechadísima. No tiene una página que no contenga una enseñanza. Sir John Lubbock, el originalísimo autor de *La dicha de vivir,* tan conocido en el mundo científico por otras obras interesantísimas, ha escrito su *Empleo de la vida,* manteniéndose en este libro á la altura de su envidiable reputación de filósofo, de moralista y de erudito.

Porque *El Empleo de la vida,* como *La dicha de vivir*, revelan eso, un gran escritor, que es á la vez un moralista, utilitario, sí, pero lleno de ideal, un filósofo y un gran erudito. Sir John Lubbock escribe, ó mejor, sabe escribir para todos. Los dos libros á que me refiero, contienen algo que puede interesar al pensador más preocupado con los problemas metafísicos, y al hombre de sociedad y de mundo.

En *El Empleo de la vida,* Sir John Lubbock nos dice cómo debemos vivir para ser felices; es la obra de un optimista, pero no de un optimista inocente, sino de un conocedor de las fuentes inagotables que la vida natural y social ofrecen para el placer honrado y bien entendido. No es un asceta Lubbock, pero tampoco es un epicureista; es un conocedor del mundo,

estoico y edonista al propio tiempo en el fondo, equilibrado, sereno, que sin irreflexivos entusiasmos ni idealismos exagerados presenta el lado bueno de las cosas, advierte sus peligros y aconseja con calma admirable, cómo debemos proceder para utilizar los bienes sin cuento que la naturaleza y nuestra propia constitución orgánica ofrecen á todos: altos y bajos, ricos ó pobres.

Consta *El Empleo de la vida* de diez y ocho capítulos, en los cuales examina el autor las diferentes fuentes que al hombre pueden proporcionar alguna felicidad y placer en la tierra: plantea en el primer capítulo la cuestión: la vida es un gran negocio; vivir bien una aspiración justísima; aprender á vivir lo más importante en la vida. Su tesis fundamental es que «la felicidad y el buen éxito no dependen de las circunstancias, sino de nosotros mismos.» En los capítulos siguientes nos habla Lubbock del tacto, del dinero, del recreo, de la salud, de la educación, de la lectura, del deber social, de la aplición, de la vida social, de la fe, de la esperanza, de la caridad, del carácter, de la tranquilidad de ánimo y de la religión: y de todo esto nos habla con el mismo espíritu indicado, y con la misma erudición verdaderamente pasmosa.

A. Posada.

Histoire du Trade Unionisme, por Sidney y Beatriçe Webb. Un vol. de 615 páginas de la *Bibliotheque socialiste internationale.*—Paris 1897. Giard y Brière, editores.—Su precio 10 francos.

Por el asunto, tan interesante desde el punto de vista económico y social, por la manera de tratarlo, por la erudición completísima que en las notas y apéndices se revela, y por otras varias circunstancias, la *Historia del Trade Unionismo* de los Sres. Webb es un libro en extremo recomendable á cuantos se interesan en el estudio de las cuestiones sociales que hoy

tanto preocupan en el mundo civilizado. Y no importa, en verdad, que se trate de instituciones nacidas y desarrolladas sólo en el Reino Unido; «en su más amplio aspecto, considerada como manifestación de una organización democrática, que cumple su propio desenvolvimiento en el dominio político y en el económico á un mismo tiempo, la historia del *Trade Unionismo* inglés no deja de entrañar enseñanzas para los obreros y los patronos, para los economistas y los políticos de los demás países.»

«Una *Trade Union*—añaden los autores de este libro—es una asociación permanente de los asalariados que se proponen defender ó mejorar las condiciones de su contrato de trabajo.» Ofrece el estudio detenido y documentado de este género de asociaciones un doble interés: técnico y político. Técnicamente interesa dicho estudio para conocer una de las manifestaciones más parmanentes de la organización obrera; dos siglos de existencia cuenta: políticamente importa, porque la organización de las *Trade Unions* presenta resueltos problemas dificilísimos en la formación y estructura del Estado. Con gran exactitud aprecian esto último los Sres. Webb. «Para el que estudia—dicen—la democracia, ofrece la historia del *Trade Unionismo* el espectáculo de un millar de repúblicas independientes y autónomas, que han hecho en diversas maneras la experiencia de todos los expedientes conocidos en la ciencia política, para llegar á combinar una administración eficaz con la intervención popular. En parte alguna puede estudiarse tan completamente como en la experiencia de las *Trade Unions* los resultados del *referendum,* del derecho de iniciativa popular en materia legislativa, del mandato imperativo y de todos los demás artículos de un programa de gobierno democrático.»

La obra de los Sres. Webb principia por un largo estudio acerca de los orígenes del *Trade Unionismo*, y luego, en capítulos distintos, contiene investigaciones, todas muy documentadas, acerca del desarrollo de aquél en los diferentes períodos

á partir de 1799. Son de gran interés los dos últimos capítulos, uno de los cuales habla del antiguo y del nuevo Unionismo, y el otro del *Mundo de las Trade Unions* (1892-1894). Al final insertan los autores seis apéndices, de los cuales el sexto es una lista muy nutrida de publicaciones relativas á las *Trade Unions* y á las asociaciones obreras.

La *Historia del Trade Unionismo,* aun cuando constituye una obra independiente, no representa todo el trabajo realizado por sus autores con el estudio de la materia. Anuncian éstos la futura publicación de la *Democracia Industrial (Industrial Democracy),* que ha de contener un más amplio y completo resultado de sus largas y complejas investigaciones.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Alvaro y Miranzo (F.) y Rodriguez (V.)—Taquigrafía cíclica. En 8.°, 64 págs. de texto y 24 de cuadros: 2 pesetas.

Antología hebráica, con vocabulario comparado, traducciones, análisis y raíces al margen, por el P. Miguel González, de la Compañía de Jesús. En 4.°, 87 págs.: 2 pesetas.

Arnaiz Hinojosa (F.)—Soledad, drama en tres actos y en prosa. En 8.°, 72 págs.: 2 pesetas.

Arniches (C.)—La banda de trompetas, zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.°, 37 págs.: 1 peseta.

Arpal y Daina (F.)—Intervención quirúrgica en los traumatismos del cráneo. En 8.°, II-218 págs.: 3,50 pesetas.

Arteaga y Pereira (F. de).—Quinientos cantares. En 8.°, 131 páginas: 1,50 pesetas.

Arroyo y Villaverde (T.)—Músculos intrínsecos del ojo en estado normal y patológico. En 8.° mayor, 64 págs.: 2 pesetas.

Autric (E.)—La vuelta del soldado. En 8.°, 14 págs.: 1 peseta.

Baró (T.)—Cuentos del hogar. En 8.°, VIII-160 págs.: 1,25 pesetas.

Brañas (A.)—Amor y patria, drama de actualidad en un acto y dos cuadros en verso. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Burgess (J. W.)—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, por Juan W. Burges, decano de la Facultad de Ciencia política en el Colegio universitario de Nueva York. *Soberanía y Libertad.* En 4.° 316 págs.: 6 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é historia.

Canós Sanmartín (F.)—Instrucción primaria educativa; enseñanza gradual cíclica de la geometría, dibujo y agrimensura. En 12.°, 32 págs.: 0,50 peseta.

Cens y Roquer (J.)—¡Compuesta y sin novio! monólogo original. En 8.° mayor, 12 págs.: 1 peseta.

Clapés y Corbera (J.)—Englantines y violes, poesies. En 8.°, VIII-160 págs.: 1,50 pesetas.

Cortés (R.)—El bautizo, sainete lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 29 págs.: 1 peseta.

Galería dramática de Arregui y Aruej.

Cospedal (J. de). — Cosucas que cuentan, ensayo de novela. En 8.°, 228 págs.: 2 pesetas.

Costi y Erro (C.)—El fondo del armario, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.°, 28 páginas: 1 peseta.

Cotteau (M. G.)—Descripción de los equinoides fósiles de la isla de Cuba. En 4.° mayor, 100 págs. y XXIX láminas.

Tirada aparte del «Boletín de la Comisión del Mapa Geológico.»

Cuaderno de faros de la costa E. de Asia, Japón, Australia é islas del Pacífico en 1.° de Enero de 1897. En 4.°, 15 págs.: 1,50 pesetas.

Díaz Macías (J.)—Fabianelo, poema social. En 8.°, XXXII-27 págs.: 1 peseta.

Dolcet (M.)—Muerte de Maceo, monólogo. En 8.°, 16 págs.: 0,50 peseta.

Echegaray (M.)—El último drama, comedia en dos y en verso. En 8.°, 74 págs.: 1,50 pesetas.

Escalante (E.) (hijo).—Un alcalde de barrio, juguete bilingüe en un acto y en verso, original. En 8.°, 36 págs.: 1 peseta.

Exposición (La) nacional de Bellas Artes en 1897. Reproducción autotípica de las obras más notables, reseña crítica, por D. Francisco Alcántara. *Cuaderno I.* En 4.° mayor, 16 págs.: cada cuaderno 0,75 peseta.

Fairen (H.)—Discurso leído en la sesión inaugural de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Zaragoza el año 1897. En 4.°, 59 páginas.

No se vende.

Fernández Arreo (A.)—En el garlito, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.°, 25 páginas: 1 peseta.

Idem.—¡No hay mujeres!, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.°, 28 págs. 1 peseta.

Fernando y Arnau (F.)—El misterio de la fe, ó sea catecismo eucarístico. En 12.°, 304 págs.: 1,50 pesetas.

Flores García (F.)—El señor Tromboni, comedia en dos actos y en prosa. En 8.°, 59 págs.: 1,50 ptas.

Forcat y Ribera (A.)—Cuadros sinópticos de legislación de Hacienda pública: 0,50 peseta.

García y Aparicio (B.)—Estudios sobre organización militar. En 4.°, VIII-385 págs.: 12 pesetas.

González (Martín R.)—Cartilla higiénica para Filipinas y demás países tropicales. En 8.°, 70 páginas: 1 peseta.

González y Meléndez (C.)—Apuntes judiciales. En 4.°, 288 págs.: 3 pesetas.

Guía del bañista en Portugal, descripción de las playas y principales poblaciones. En 12.°, 72 páginas: 0,50 peseta.

Janet (P.)—La familia, lecciones de filosofía moral, por Pablo Janet, obra premiada por la Academia Francesa, traducida al castellano por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 221 págs.: 5 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é historia.

Kreinter (P. W.)—Recte et inmobiliter ó ¿cómo se habría hecho santo en medio de nuestra sociedad Luis Gonzaga? Su espíritu y firmeza de carácter. En 12.°, 60 págs.: 0,50 peseta.

Lanchetas (R.) — Morfología del verbo castellano, ó explicación

del verbo castellano actual, según los principios y el método de la gramática comparada é histórica. En 4.°, XXVIII-212 páginas.: 3,50 pesetas.

Lara y Pedrajas (A. de).—La Gaceta anual; extracto de las disposiciones publicadas en 1896. En 8.°, VIII-271 págs.: 2 pesetas.

López Tuero (F.)—El trabajo. En 8.°, 55 págs.: 1 peseta.

Lubbock (J.)—El empleo de la vida, por John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 151 págs.: 3 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Lucio (C.) y Palomero (A.)—El juicio del año; humorada en un acto. En 8.°, 36 págs.: 1 peseta.

Mario (E.) y Santoval (D. de).—Los gansos del Capitolio; comedia en tres actos y en prosa. En 8.°, 89 págs.: 2 pesetas.

Martínez Añibarro (J.)—Apuntes acerca de la fabricación de los diferentes cartuchos Maüser. En 4.°, 30 págs. y 2 láms.: 1,50 pesetas.

Meseguer y Costa (J.)—La bula y la cuaresma. Reflexiones piadosas sobre estos dos importantes asuntos. En 4.°, 16 págs.

No se vende.

Montero (A).—Vibraciones: colección de versos. En 8.°, 84 págs.: 1,50 pesetas.

Montesinos (E.) y Jiménez Prieto (D.)—La nieta de Don Quijote; juguete cómico-lírico en un acto y en verso. En 8.°, 45 págs.: 1 peseta.

Moraleda y Palomares (V.)—Estudio clínico, terapéutico é higiénico de la viruela en los seres irracionales. En 4.°, 297 págs.: 3,50 pesetas.

Notas ampliadas para contestar las preguntas de legislación notarial en las oposiciones á Registros de la Propiedad. En 4.°, 55 págs.: 1 peseta.

Pando y Valle (J.)—Regeneración económica; croquis de un libro para el pueblo. En 8.°, 227 páginas.: 3 pesetas.

Presa (J. de la) —Las grandes ideas escogidas y comentadas. En 8.°, VIII-211 págs.: 2 pesetas.

Prieto (E.)—Los guerrilleros; opereta cómica en un acto y en verso, original. En 8.°, 47 págs.: 1 peseta.

Ramonet.—Cent refrans estiragassats y comentats; imitació á Fra Anselm. En 4.°, 15 págs.: 0,25 peseta.

Ramos Carrión (M.)—Agua, azucarillos y aguardiente; pasillo veraniego, original, en verso y prosa. En 8.°, 52 págs.: 1 peseta.

Saavedra (E. R. de).—Cuadros de la fantasía y de la vida real, por Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. *Tomo II* (fin). (La dicha en el oro, el Padre Anselmo.) En 8.° prolongado, 205 págs.: 2 ps.

Colección Elzevir, ilustrada. Vol. IX.

Toledo y Toledo (E.)—Sociología médica; breve estudio de moral profesional. En 8.°, XLIII-227 páginas.: 3,50 pesetas.

Ximénez de Embun y Val (T.)—Lengua española en el siglo de oro de su literatura; cambios notables que ha sufrido, diferencias principales que la distinguen de como ahora comunmente se usa. En 8.° mayor, 304 págs.: 8 pesetas.

INDICE

	Págs.
Teresa (conclusión), por Neera	5
Leyes hispano-romanas grabadas en bronce, por José Ramón Mélida	77
Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola	93
Palmaroli y su tiempo, por Ceferino Araujo y Sánchez	121
España en 1679, según Madama D'Aulnoy, por H. Taine	143
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	155
La prensa internacional: Los clubs femeninos en Lóndres, por G. Art	169
Crónica internacional, por Emilio Castelar	178
Notas bibliográficas, por A. Posada	201
Obras nuevas	205

AP
60
E8
año 9
no.103-05

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY